José María Gironella

CONDENADOS A VIVIR



Esta novela, galardonada con el Premio Planeta 1971, relata la vida de dos familias radicadas en Barcelona, a partir del año 1939 hasta el final de la década de los sesenta. El autor, combinando su capacidad de fabulación con su sentido realista, consigue recrear con exactitud el clima ambiental de una larga posguerra. Los personajes, pertenecientes a dos generaciones distintas, se enfrentan en una lucha de ideas y valores que culmina en un abismo, en el que ni siquiera el diálogo es posible. Las palabras acaban no teniendo el mismo significado para unos y otros, y los conflictos se van enconando, creando fricciones dramáticas representativas de la época. Este enfrentamiento es el reflejo de los conflictos de la clase burguesa a lo largo de veinte años.

Lectulandia

José María Gironella

Condenados a vivir

ePub r1.0
lezer 28.11.14

Título original: *Condenados a vivir*
José María Gironella, 1971
Diseño de cubierta: lezer

Editor digital: lezer
ePub base r1.2



A Jordi Adroer *y a su esposa,* Ana*, con mi amistad.*

PRÓLOGO

Mi propósito al escribir estas páginas ha sido ambicioso: contar con sencillez una historia. El intento me ha costado semanas y meses y huelga decir que ignoro si he salido airoso de la empresa.

Me tentaba el problema de la juventud y el del abismo generacional que dicho problema comporta. Por tres veces marré el enfoque, porque me ocupaba en demasía de los hijos y sólo marginalmente de los padres. Hasta que descubrí que era elemental conceder a unos y otros idéntica atención.

Por otra parte, decidí limitar el área geográfica. Abordar en extensión el conflicto de los jóvenes de hoy me obligaba a trasladarme de los Estados Unidos al Japón, del Brasil a Inglaterra, de Rusia a España, etcétera. Era excesivo. El lector se hubiera mareado.

Algo semejante puedo decir de mi inicial proyecto de referirme a la juventud en su aspecto plural, en la diversidad de sus clases sociales. Opté por renunciar. Los jóvenes forman grupos muy dinámicos y separados. Los conflictos de los universitarios tienen poco que ver con los de los trabajadores y con los que atenazan a los muchachos marginados por la pobreza. Ahí limité el campo psicológico y decidí ceñirme al análisis de los «burgueses», por ser los que mejor conozco. Cualquier otra tentativa hubiera sido una hipócrita y falsa intrusión.

En definitiva, pues, relato los avatares de dos familias bienfortunadas, y las sitúo en Barcelona. Época, la posguerra civil: desde 1939 hasta 1967. A medida que la pluma trazaba sus garabatos mi temperamento «torrencial» iba imponiéndose y terminé por pintar un retablo, mejor o peor, de un gran sector de la sociedad que nos rodea; operando conforme a mi característica manera de hacer, es decir, a base de ensanchar la acción por medio de círculos concéntricos en busca de una visión panorámica, general.

Esta vez, sin embargo, me he apoyado sólo en muy raras ocasiones en hechos y datos históricos. Se trata de una novela-novela, de una estricta fabulación, por lo que me he permitido más que nunca una libertad absoluta.

Desearía hacer constar que a lo largo de mi tarea he leído una serie de libros sobre el tema y que algunos de ellos me han sido de gran utilidad. Gustosamente citaré los de Peter Laurie, Caries Gil Muñoz, Octavio Fullat, Georges Poloczi-Horvath, André Amar, Joe David Brown, John Cashman, Herman Kahn y Anthony J. Wiener. El «sueño» o «viaje» que realiza uno de los personajes a raíz de tomarse cierta dosis de ácido lisérgico está entresacado casi literalmente —en ese pasaje preferí el rigor científico— de la obra LSD, *de los doctores R. E. L. Masters y Jean Houston.*

La novela está dividida en cuatro partes, cuyos capítulos hablan por sí solos: Los padres, Los hijos, Enfrentamiento, Ruptura.

En lo posible, me he abstenido de juzgar. Mi terreno es el narrativo. Los hechos

están aquí y que cada lector los interprete a su modo.

JOSÉ MARÍA GIRONELLA

Primera parte

Los padres

CAPÍTULO PRIMERO

JULIÁN VEGA ENTRÓ EN BARCELONA con las tropas «nacionales». Era la viva estampa del vencedor. Alto, fuerte, seguro de sí. El uniforme le sentaba bien. Diríase que a los vencedores el uniforme les sienta bien. Estaba eufórico y, al llegar a la plaza de Cataluña, donde se arremolinaba una inmensa multitud dispuesta a cantar el tedéum, tiró el gorro al aire y gritó algo, no se sabía qué. Luego dio una palmada en el hombro de su camarada el teniente Saumells, alias *el Mujeriego*, que se pirraba por largarse a Tarragona para abrazar a su familia, y le dijo: «¡Estáis en el bote!». El teniente Saumells sonrió. «¡Sí, por fin!», contestó, tirando igualmente el gorro al aire y cazándolo al vuelo.

El espectáculo era en verdad hermoso. «¡Viva España!». «¡Arriba España!». Las banderas se volvían locas. Julián Vega se sintió orgulloso de su estatura y de las dos estrellas de la bocamanga. ¡Había deseado tanto vivir aquel momento! Sabía que significaba el principio del fin. A gusto hubiera encendido su famosa pipa, obsequio de un legionario al que salvó la vida, y hubiera dado en ella varias chupadas. Pero el apretujamiento era tal que apenas si podía moverse.

Una niña brotó a su lado, lo miró con ojos grandes y le pidió chocolate. Julián Vega estuvo a punto de apartarla de un manotazo. Pero, inesperadamente, se compadeció. «No tengo, pequeña. Lo siento». La niña siguió mirándolo. ¡Sería impertinente! «Toma, llévate esta cantimplora». La niña la tomó y desapareció.

Los altavoces reclamaban silencio, pues el tedéum iba a empezar. Pero la multitud seguía clamando: «¡Arriba España!», «¡Viva Franco!». ¿Serían sinceras aquellas gentes? Claro que sí… ¡Habían pasado tanta hambre! Su aspecto no mentía: eran guiñapos, les costaba esfuerzo sostenerse en pie.

El tedéum despegó cielo arriba, y una vez más Julián Vega advirtió que desconocía el significado exacto de aquel cántico de acción de gracias. Bueno, ¿qué importaba? ¿Desde cuándo para ganar la guerra era preciso saber latín? Unió su voz a la de la masa incontable y sintió que aquello lo resarcía de tanta lucha y de tantas inquietudes. ¿Cuánto tiempo hacía que dejó su ciudad natal. Granada? Mucho, mucho tiempo… Se incorporó en 1936, al son de los tambores que llegaban de Marruecos, y desde entonces había dado tumbos por toda la geografía hispana, durmiendo bajo muchas lunas. Y aunque sirvió en Zapadores —era arquitecto—, no por ello se ahorró el permanecer cuatro meses en Burgos curándose de un balazo que por poco lo manda a los luceros.

Acabó el himno y las banderas enloquecieron de nuevo. «¡Estáis en el bote!». Esta vez, el teniente Saumells, alias *el Mujeriego*, no sonrió. ¿Qué ocurría? Julián Vega le dio un codazo, pero el teniente permaneció inmóvil. Su rostro reflejaba una extraña tristeza. ¿Sería por la vieja que se había arrodillado a su lado y que intentaba, sin conseguirlo, besar el suelo? ¿Sería por aquellos manchones negros que se

divisaban a lo lejos y que decían: «NO PASARÁN»? ¡Ah, claro, los aviones…! Se acercaba una escuadrilla de aviones, brindando allá arriba por la victoria, y he aquí que el teniente Saumells, en un combate que tuvo lugar en el Norte, cuando el asedio de Bilbao, perdió a un hermano, piloto de caza.

Julián Vega respetó el recuerdo. Sin embargo, ¡estaban en Barcelona! Y aquello era el principio del fin… Ya sólo faltaba llegar a la frontera, soltarles cuatro cosas a los franchutes y luego apoderarse de Madrid.

—¡Anímate, hombre! ¡No querrás que en Tarragona te vean con esa cara! ¡Anímate!

El teniente Saumells miró a su amigo. Lo miró con tal fijeza, que éste no pudo menos de recordar a la niña que le pidió chocolate. Por último, *el Mujeriego* balbució:

—Sí, desde luego, tienes razón…

Julián Vega no pudo satisfacer su deseo de llegar a la frontera y soltarles cuatro cosas a los franchutes. Su compañía permaneció en Barcelona, dedicada a tareas de reconstrucción. ¡Había tanto que hacer! La guerra convirtió la ciudad en un haz de escombros. Los hoyos de los obuses, los sacos terreros, las fachadas pringosas, las vallas que se levantaban aquí y allá, los solares con restos de huida y de muerte, le daban un aspecto caricatural, dramático. Era preciso quitarle la máscara. Y los zapadores podían contribuir a ello eficazmente.

Al arquitecto le sorprendió que después del último y definitivo parte de guerra, hecho público el 1 de abril, no se les concediera a todos, automáticamente, la licencia. Consiguió hablar con Granada y su padre le preguntó: «Pero ¿qué ocurre, Julián?». «¡Nada! ¿Qué quieres que ocurra? Cosas del ejército». Su madre quiso también hablar con él. «Pero… ¡hijo! ¿Cuándo vendrás?». Julián contuvo un movimiento de impaciencia. «¡Por favor, mamá, no os preocupéis! Estoy bien, estoy muy bien. ¡Y diles a todos que el día menos pensado me planto en casa…!».

Me *planto* en casa… *Plantarse* era una promesa. ¿Por qué, apenas terminó de hacerla y colgó el teléfono, notó una íntima vacilación? ¡Bien, ése era el conflicto! En aquellos meses de obligada estancia en Barcelona, Julián Vega se llevó dos grandes sorpresas. La primera, que puede echarse de menos un huracán; la segunda, que hay estaciones de paso que pueden tentar de una manera imprevista.

El huracán, por supuesto, era la guerra. No porque la echara de menos; eso, no. Sin embargo, le costaba adaptarse a la nueva situación. Saber que se había acabado la lucha, y con ella el riesgo y el incentivo que lo llevaban a llenar constantemente la cantimplora de coñac, introdujo un fantástico silencio en el interior de su cabeza. Incluso el humo de su pipa parecía ascender con lentitud. La desaparición del enemigo —al otro lado de los Pirineos, en el fondo de las cárceles, en los batallones de trabajadores…—, lo enfrentó con un vacío que no acertaba a explicarse. En cuanto

se apagaran las estrellas de su bocamanga, en cuanto colgara su uniforme hermoso y bravo, ¿qué haría? Tuvo plena conciencia de que le había surgido otro enemigo: él mismo, su porvenir. ¿Sería verdad que siempre resulta difícil regresar de un cementerio?

Ese forcejeo se complicó más aún al advertir que Barcelona lo atraía… Nunca imaginó que aquello pudiera ocurrirle. El teniente Saumells, al igual que el alférez Roig, también de Tarragona, se lo habían profetizado en más de una ocasión; pero él se lo tomó siempre a chacota. «¿Yo en Barcelona? ¿Yo en Cataluña? ¡Vamos! ¡Como decirme que me casaré con la Pasionaria!».

Y he aquí que la Pasionaria no resultaba tan horrible como se la pintaron desde la niñez. Cierto que Cataluña era la «gran responsable», por lo que Julián Vega estimaba acertados los letreros que decían: «Prohibido hablar catalán», así como el derribo de las estatuas, la sustitución de los nombres de las calles y la implacable búsqueda de cualquier pedazo de tela en que hubiera las cuatro barras; no obstante, en cuanto subió a Montjuich y al Tibidabo y divisó desde allí el bosque de chimeneas de Barcelona, y paseando por las calles oyó el trepidar de toda una población afanándose por reabrir tiendas, talleres, garajes, y conoció el bullicio de las Ramblas, la majestad del barrio de la Catedral y las mil posibilidades que el Barrio Chino ofrecía a su pletórica juventud, se acarició la mejilla derecha, en ademán peculiar, y pensó para sí: «¿Estaré soñando?».

Por descontado, en el cuartel se guardó muy bien de exteriorizar sus cavilaciones, pues la risotada de la mayoría de sus compañeros hubiera rebotado contra los heroicos muros del Alcázar de Toledo. E igualmente procuró ocultárselas al teniente Saumells y al alférez Roig. Pero éstos leían en él como en libro abierto.

—Te lo habíamos pronosticado, amigo Vega. Todo esto es muy natural. Saliste de la jaula y ahora te horroriza la idea de encerrarte en ella de nuevo…

¿Cómo? ¿Qué estaba oyendo? ¿Acaso Granada era una jaula? ¿Y tenía él cara de pájaro?

—¡Pues sí que estamos apañados! ¡Ni que fuera un crío que acabara de descubrir quiénes son los Reyes Magos!

—¡Hala, no te hagas el tonto!… Para un hombre como tú, Barcelona es la Meca.

—¿La Meca? ¿Qué clase de Meca?

—¡Toma! ¿No quieres revolucionar la arquitectura? ¿No sueñas con la técnica y esas cosas? Pues aquí podrás despacharte a gusto; en tu famoso feudo árabe, en cambio, te aburrirás como una ostra.

¡Ay, lo malo de aquella pareja de catalanes era que pisaban siempre tierra firme! Julián envidiaba su buen juicio, que los llevaba a argumentar con precisión. Sí, a fuer de sincero debía reconocer que no andaban descaminados. En la atracción que Barcelona ejercía sobre él influían en gran medida sus ambiciones profesionales y su anímica proyección hacia el futuro. Julián Vega, en efecto, era un enamorado de la técnica, y en la urbe catalana, precisamente por el asolamiento de que ésta había sido

objeto, descubrió un campo de acción ilimitado. Por el contrario, Granada, que siempre fue «nacional», apenas si había sufrido algún que otro arañazo…

Por lo demás, ¿no era cierto que corría en su «feudo árabe» el riesgo de morirse de aburrimiento? ¿Acaso no había vivido la experiencia al salir del hospital de Burgos y pasar con su familia un mes de permiso? ¡Por poco si revienta en aquel caserón asmático, de techos absurdamente altos y pasillos interminables! Todo el mundo con sabañones, agarrotado de frío por el aire que llegaba de Sierra Nevada. Con su padre indolente, tranquilo, levantándose de la mecedora y diciendo: «¡Bien! Me voy un rato al Casino…». ¡Un rato significaba toda la santa tarde! Con su madre eternamente vestida de negro y advirtiéndole cada dos por tres: «¿Sabes, hijo, que te encuentro muy cambiado? Tienes otra manera de mirar…». Con sus hermanas, ¡cuatro hermanas, un harén!, esperando a ver si le hacían tilín a algún capitanejo, de Estado Mayor a ser posible… Menos mal que su hermano Manolo, médico en el Hospital de Santa Cruz, alegre y optimista, lo calmaba ironizando: «Chico, a ti lo que te ocurre es que tienes la tensión muy alta».

«Otra manera de mirar…». ¡Psé! Esta vez, por un casual, su madre había pisado también tierra firme. Cierto. Julián Vega, a fuerza de ver cadáveres en las trincheras y de dormir bajo muchas lunas, notó que sus ojos eran «otros». ¡Amaba la vida! ¡Quería vivir! Y contribuir a que en España desaparecieran las viejas que intentaban inútilmente besar el suelo, y los hombres abúlicos, y los sabañones… La victoria había sido rotunda y ello abría las puertas a la extirpación radical de cualquier tipo de tumor.

Entonces, si ello era así, ¿por qué diablos sentía aquel vacío y llamaba «enemigo» al porvenir? ¿Sería idiota? ¿Y por qué el humo de su pipa ascendía con lentitud?

El alférez Roig le dijo:

—Es más fácil ser sepulturero que arquitecto, ¿comprendes? Ése es el intríngulis.

CAPÍTULO II

JULIÁN VEGA HABÍA CURSADO la carrera en Madrid, con altibajos, debido a su labilidad emocional y a que las mujeres le gustaban tanto o más que al teniente Saumells. Tan pronto se encerraba, sin apenas salir, en el cuarto de su pensión de la calle del Arenal, rodeado de libros, compases, escuadras, *flumasters* de distintos colores, etcétera, como se pasaba una semana entera persiguiendo obsesivamente a las chavalas para decirles: «Soy de una tierra que sabe querer…».

Consiguió el título en 1934, y acto seguido empezó a ejercer, en Granada, en calidad de ayudante de un tío suyo, don Ildefonso Vega, el cual se dedicaba más que nada a remozar los cortijos de los amigos. Teniendo en cuenta que la guerra estalló dos años después, Julián sólo tuvo tiempo de comprobar la diferencia abismal existente entre los libros de texto y la práctica, entre la pizarra y el espacio; pese a lo que don Ildefonso Vega, que murió de un ataque cardíaco a poco de iniciarse la contienda, afirmó desde el primer momento que su sobrino Julián era un caso de «vocación auténtica». «Quizá —solía añadir— se deje deslumbrar con exceso por los rascacielos…, pero es de suponer que el sarampión se le pasará».

El inconveniente del arquitecto, por lo tanto, era su escasa experiencia profesional. El día que le llegó la tan esperada licencia acababa de cumplir los veintiocho años. Y si bien había vivido mucho, no había realizado por cuenta propia más que varios proyectos sin importancia. El hecho le preocupaba y lo comentó con sus camaradas en el transcurso de la cena de despedida que les ofreció. Le costó mucho que se lo tomaran en serio. El ambiente olía aún a provisionalidad y, por supuesto, a alcohol. «¡Vamos, anda, que no hay para tanto!». «¡Chico, si vas para genio avisa, que nos pondremos firmes!». Por suerte, a última hora, su vecino de mesa, el alférez Roig, que había sido el primero en chancearse, pero que lo quería muy de veras, cambió bruscamente de actitud y le prestó la atención debida. Le dijo que lo comprendía perfectamente y que acaso lo mejor para él fuera, de momento, reanudar el aprendizaje, esta vez junto a un arquitecto de acción más vasta que la que suponía remozar cortijos.

Julián Vega le agradeció el interés.

—Sí, claro… —cabeceó—. Pero ¿dónde encontraré ese mirlo blanco?

El alférez Roig tuvo una expresión irónica.

—¡Bueno! Supongo que, a partir de ahora, todos los mirlos blancos se encontrarán en Madrid…

El arquitecto granadino hizo un mohín.

—¿En Madrid?

—Pues claro… —El alférez Roig echó una bocanada de humo y añadió, cambiando la expresión—. De todos modos, si te sintieras capaz de quedarte aquí, en la «responsable» Cataluña, tal vez pudiéramos echarte una mano…

Perplejidad en el rostro de Julián Vega.

—¿Qué quieres decir?

—¡No sé! Y conste que estoy improvisando… Pero no me parece imposible hallar una solución. Sería cuestión de hablar con Saumells y tantear el asunto…

—Ya…

El alférez Roig marcó una pausa y por fin concluyó:

—¡Bien, ya lo sabes! Si un día te decides, nos lo dices y veremos lo que hay.

Julián Vega guardó un largo silencio, durante el cual se acarició varias veces la mejilla derecha. Por fin, agradeció de nuevo, con sinceridad, el gesto de su camarada tarraconense, pero alegó que, lógicamente, debía reflexionar. Una cosa era jugar con las palabras y con los deseos y otra muy distinta enfrentarse con una realidad tan concreta. Pese a ello, el muchacho no echó en saco roto, ni mucho menos, el ofrecimiento del alférez Roig, alias *el Barbita*, tanto más cuanto que, llegado el caso, contaría con un dato a su favor: en zapadores había aprendido mucho, sobre todo de los técnicos alemanes, a los que vio tender puentes con una rapidez asombrosa y calcular con no menos asombrosa seguridad la resistencia de los materiales. En el Jarama llegó a intimar con uno de dichos técnicos, que se llamaba Krüger y era de Hamburgo, quien le enseñó un montón de fotografías de las construcciones levantadas por el III Reich, cuya solidez causaron en Julián una fuerte impresión.

Así, pues, la juventud del arquitecto se convirtió, paradójicamente, en un lastre para él. O, dicho de otro modo, era la causa de las muchas dudas que lo atosigaban. Por ejemplo, había momentos en que le parecía que, al fin y al cabo, «también en Granada habría mucho que hacer», dado que la arquitectura arabizante que allí imperaba quedaba a todas luces fuera de juego, por lo que urgía que alguien aportase ideas nuevas. Desde ese punto de vista, Julián Vega, de natural honrado, casi consideraba un deber pechar con las dificultades con que allí tropezaría y quedarse en su ciudad natal. Pero el muchacho tenía su espejo particular, que le permitía verse por dentro. Sabía que su emotividad continuaba siendo lábil, como en sus tiempos de estudiante, y que en consecuencia debía desconfiar. Desconfiar especialmente de su desbordante salud, que ya durante la guerra motivó que de pronto se saltara a la torera principios que en el fondo consideraba muy sagrados, lujos que en lo sucesivo no debería permitirse. Cierto que era un placer sentir circular con ritmo y potencia la sangre —«tensión alta», según diagnóstico de su hermano Manolo—, pero en eso mismo radicaba el peligro. Peligro de confundir la calma con la mediocridad o de caer en fáciles exageraciones. Peligro de dejarse llevar por algún que otro rapto colérico, mientras su cachimba despedía llamas y su cara enrojecía grotescamente. ¡Oh, sí, de Despeñaperros para arriba más de una vez lo tomaron por compatriota del técnico Krüger, por alemán! Aunque ello podría atribuirse a su espléndida facha y a su pelo rubio. Claro, a las gentes del centro y del norte de España les resultaba difícil imaginar que un hombre que medía metro ochenta y cinco, que tenía el pelo rubio y que despedía llamas pudiera ser andaluz.

Por fortuna, sus escrúpulos habían de desaparecer muy pronto, indicándole claramente qué camino seguir. Al día siguiente de la cena ofrecida a sus amigos marchóse a Granada, en un tren destartalado —¡qué viaje, con irritantes parones en cualquier sitio, rodeado de bultos y de cochambre por todas partes!—, y apenas se apeó en la estación frunció el entrecejo. Un enjambre de chiquillos se empeñó en llevarle la maleta, en la que guardaba el uniforme, el estuche de afeitar y unos cuantos regalos. Eran moscardones de la pobreza, frutos de la promiscuidad. «¡Largaos, dejadme en paz!». Le resultaba raro vestir de paisano. Se miró de reojo en el cristal de un escaparate y pensó: «Todo eso es un poco complicado».

En cambio, los suyos, al verlo trajeado y con corbata, lo besuquearon como si se tratase de un muñeco gigantón y travieso. «¡Hijo…!». «¡Julián!». «¡Estás estupendo!». «¡Creíamos que no ibas a volver!». Un coro disparatado y locoide. Un coro sentimental. Julián llegaba justo para completar la mutilada vida de aquel caserón… y para hacer honor al gazpacho que su madre le preparó con todo esmero.

Nada que hacer. Los esfuerzos de Julián para convencerse se revelaron inútiles. A las dos semanas escasas, la monótona realidad impuso su ley. Se dio cuenta de que «su salida de la jaula» lo había transformado en fiscal. Su padre, don Arturo Vega, de profesión abogado, pero cuyo diploma colgaba simbólicamente ladeado y sucio en la pared de su despacho, por la mañana se daba una vuelta por los olivares de su propiedad, y después de la siesta, a las cuatro en punto, se levantaba, ¡no faltaría más!, de la mecedora y decía como siempre: «¡Bien, me voy un rato al Casino…!». Claro que ahora añadía: «¿Me acompañas, Julián?»; pero al escuchar la invariable respuesta: «Quizá un poco más tarde», el hombre tomaba su sombrero y su bastón y se dirigía sin prisa a la puerta, abriéndola siempre de la misma manera, por lo que los goznes emitían siempre idéntico chirrido.

En cuanto a su madre, había nacido en un pueblo sin luz eléctrica, y las supersticiones y el miedo inmenso a los pecados de la carne habían confeccionado su vestido negro y su moño lustroso. No es que no tuviera cualidades, y que la sensatez —eso no podía negársele— del compañero que le tocó en suerte no hubieran influido en ella beneficiosamente. Era una mujer apañada, hacendosa, que mantenía el hogar reluciente como una patena. Pero el verano calcinaba los aires que llegaban de Sierra Nevada, por lo que se pasaba muchos ratos abanicándose en el patio, que era el único lugar habitable del caserón y, por supuesto, no leía jamás ni siquiera el periódico. Ahora bien, ¿podía reprochársele? ¿Tenía ella la culpa de que sus mayores preocupaciones fueran el escote de los vestidos de sus hijas y la ración de alpiste que el canario necesitaba? Probablemente no. ¡Si por lo menos de vez en cuando se riera abiertamente! Pero ni siquiera eso era posible. A lo sumo, al regresar cada día del rosario de la parroquia entraba en la casa con cierta aureola satisfecha, de misión cumplida.

Cuidado… Julián les temía a los espejismos tanto como a las mentiras de las gitanas del Albaicín, que a lo largo de su infancia le conturbaron en demasía. De

modo que luchaba, luchaba. Pero una sorda desazón lo reconcomía. Sus hermanas, adscritas a la «Sección Femenina», eran redondas, a excepción de Mari-Tere, que tenía ágil la cintura y bailaba y palmeaba que daba gusto verla. Era la única que necesitaba cerebro para vivir. A las demás les bastaba con el chismorreo, con prepararse el ajuar y con embutirse, a la hora de dormir, un horrible camisón blanco, largo hasta los pies.

Era evidente que en Granada se había parado el reloj. Y no sólo el de los Vega, sino, prácticamente, el de toda la población. ¡Qué diferencia —a juicio de Julián— con las ciudades que habían sido «rojas»! En éstas, la gente había sufrido hasta tal extremo que no sólo sintonizaba con quienes hablaban de «reconstruir España», sino que cada cual procuraba aportar su grano de arena para que tal empresa se convirtiera en realidad.

Por lo tanto, el único desahogo posible de Julián era su hermano Manolo, el optimista Manolo, que vivía en casa propia, pues estaba casado y tenía dos hijos, y había reanudado su consulta médica.

La ventaja de Manolo, especializado en pulmones y corazón, pero que de hecho ejercía medicina general, era que la experiencia profesional que acumuló durante la contienda era muy superior a la que adquiriera Julián. Tenía una capacidad de síntesis fuera de lo común, que él atribuía a las radiografías. Por sus manos habían pasado centenares de ellas, lo que le enseñó a objetivizar. Por descontado, fue el primero en darse cuenta de lo que verdaderamente ocurría en el interior de su hermano, que en resumidas cuentas era algo primario, elemental, al término de cualquier guerra: inadaptación. Todos los días se le presentaba algún excombatiente o alguien recién salido de la cárcel y le contaba una historia parecida. Por regla general, la terapéutica que empleaba era recetar vitaminas… y luego dar tiempo al tiempo, pues muchos casos se resolvían por sí solos.

Tratándose de Julián, apuró un poco más. Sometió a éste a un interrogatorio minucioso, sobre todo con respecto a sus tres años de combatiente, pues el historial clínico anterior se lo conocía al dedillo. «¿Alguna enfermedad venérea…?». Julián contestó: «Leve». «¿Aquel balazo…?». «Ahí tienes la cicatriz». Luego el chequeo, cuyo resultado fue totalmente negativo. Nada. Ni el menor rastro de lesión. «Chico, ¡estás como para comerte al mundo!». El conflicto, pues, radicaba en el cerebro y en lo que latía bajo la frase de Manolo, que éste pronunció con toda intención: Julián quería comerse el mundo, y el mundo era mucho más grande que Granada.

Sin embargo, ocurría que ninguno de los dos hermanos, bien que por razones distintas, se decidía a atacar de frente la cuestión. Manolo, que amaba el clan Vega como las cosas se aman a sí mismas, admitía la posibilidad de que se produjese un milagro, de que incluso en el caso de Julián el tiempo obrara a su favor; Julián, consciente de la importancia de la jugada, se limitaba a entrar a diario en el despacho de su hermano soltando exabruptos, afirmando que aquello era «la asfixia elevada al cubo» y que en toda su existencia no había visto un pastel de nata comparable a la

celebérrima Alhambra. «Hay que ver, hay que ver. La gente se lo traga todo. Y cuantas más fuentecitas, mejor».

Pero la crisis debía estallar tarde o temprano. Y así fue. Estalló exactamente el día de la Virgen de Agosto, el más caluroso de aquel estío violento. Julián había tenido una jornada completa. Por la mañana acompañó a su madre a misa. Antes de almorzar, acompañó a sus hermanas a tomar un aperitivo en un café céntrico. Por la tarde, se fue con su padre al Casino, donde se habló de todo menos de lo más importante, o sea, de las conversaciones que por aquellas fechas celebraban, en Munich, Hitler y Mr. Chamberlain. Todo ello acabó con la resistencia del muchacho, el cual, después de cenar, se dirigió a casa de Manolo arrastrando los pies.

Manolo, con sólo verlo entrar, notó algo raro, y se ajustó con más fuerza que de costumbre las gafas a la nariz, lo que confirió a su cara una expresión sorprendentemente cómica. Lo inquietante de Julián era precisamente la calma con que iba realizando cada uno de sus gestos, y el hecho de que no soltase ninguna barbaridad. Por el contrario, parecía relajado y daba muestras de una galantería especial. «¿Permites?», preguntó, en el momento de quitarse la chaqueta y desabrocharse el nudo de la corbata.

Manolo le ofreció, como siempre, café y coñac. Julián —¿cómo era posible?— rechazó ambas cosas. Luego Manolo le habló… ¡de las conversaciones que celebraban Hitler y Mr. Chamberlain!; Julián se encogió de hombros y se limitó a comentar: «Los paraguas sirven para cuando llueve, pero no para cuando amenaza diluvio». Manolo optó por callarse. Hasta que, por fin, Julián rompió el silencio, y lo rompió de la forma más imprevista.

—Escucha, Manolo —dijo con voz lenta—. He venido a que me ayudes a resolver esto de una vez. ¿Podrías decirme, si es que todavía te acuerdas, a qué jugaba yo de pequeño?

Los ojos de Manolo retrocedieron hasta Dios sabe dónde.

—¿A qué viene eso? —inquirió.

—¡Bueno! Si no me equivoco, a pequeñas causas, grandes efectos, ¿no es así?

—Ya… —Manolo marcó una pausa, reflexionó y contestó—: Pues, si la memoria no me falla…, te gustaba mucho disfrazarte de seminarista. ¡Ah, y otro dato! —añadió, con mayor convicción—. Sobre todo en invierno, te gustaba subirte a la azotea y ponerles nombre a las estrellas.

Julián cabeceó repetidamente.

—¿Podrías decirme qué nombres les ponía?

—¡Psé! —Manolo se rascó una ceja—. Por lo general, creo que les ponías nombres de exploradores…

Julián, al oír eso, dio varias chupadas a la pipa y el humo pareció explorar el techo.

—Entonces… —dijo, todavía con voz tranquila— resulta que la cosa viene de lejos, ¿no es así?

Esta vez quien cabeceó repetidamente fue Manolo.

—Todas las cosas vienen de lejos, Julián…

El tapón había saltado, y lo demás fue rápido. Julián le confesó a su hermano que su capacidad de aguante se había agotado y que allí mismo quería tomar una decisión. En su fuero interno, la había tomado ya; pero deseaba saber si algo fallaba en su operación mental, si existía algún argumento concluyente, capaz de hacerle rectificar. El asunto era diáfano, puesto que se trataba de su vocación. Quería ser arquitecto, pero no de «pasteles de nata». Para ello necesitaba un medio estimulante, un clima que le garantizase que al cabo de diez años su diploma no colgaría también, como el de su padre, ladeado y sucio en la pared de su taller. En Barcelona le habían abierto una puerta. Barcelona, pese a determinados inconvenientes del temperamento catalán, poseía una clase media, hecho importante. Era una baza fuerte y él estaba dispuesto a jugarla; en Granada, en cambio, rodeado de terratenientes y de churumbeles pedigüeños, que lo perseguían de la mañana a la noche para limpiarle los zapatos, acabaría dedicándose, como antaño hiciera su tío Ildefonso, a trabajos de tres al cuarto.

Manolo lo escuchó con atención un tanto solemne. Le dolía perder a Julián. Ahora bien, ¿qué podía objetarle? ¿Que la ambición lo mismo podía conducirlo al triunfo que a pegarse el tortazo del siglo? ¿Que, en todo caso, y pese a la «clase media» catalana, tal vez fuera preferible que probara suerte en algún sitio más afín? ¿Que a su madre le daría un patatús? ¿Que siempre era arriesgado abandonar el terruño, la azotea en que uno ha bautizado a las estrellas?

—Chico, no sé qué decirte… Me has apabullado. ¿De qué serviría darte un consejo? En primer lugar, en este despacho he aprendido que los consejos no sirven para nada; en segundo lugar, es probable que lo que has llamado «tu operación mental» sea correcta. Sí, ¿por qué no? En la vida pueden adoptarse dos posturas. Conformarse, y éste es mi caso, con la realidad que a uno le ha tocado, o tirar de la manta, a ver lo que sale. Yo no me arrepiento de mi elección; tú prefieres tirar de la manta. ¡Adelante, pues! Tu cuadro hormonal es perfecto. No veo razón válida para estimar que debes rectificar.

Julián se levantó. Le invadió una sensación de ternura hacia su hermano, que era calvo y que continuaba con las gafas muy prietas encima de la nariz. El arquitecto, inesperadamente, gritó: «¡Eureka!».

Entonces Manolo se levantó a su vez… y lo abrazó. Pero el médico era enemigo de las efusiones, por lo que pronto se separó de Julián y concluyó sonriendo:

—De todos modos, no me hagas demasiado caso. Ya sabes que soy optimista por naturaleza…

No había tiempo que perder. Julián escribió inmediatamente a Tarragona, al exalférez Roig. Tardó más de la cuenta en recibir respuesta, pues *el Bar bita* había

tenido su misma idea y se había trasladado a vivir a Barcelona, donde a la sazón trabajaba de aparejador a las órdenes de un arquitecto llamado Aurelio Subirachs. Pero por fin tuvo la carta en sus manos. Su amigo le decía que podía hacer las maletas y emprender viaje cuanto antes. «Creo posible garantizarte que encontraremos algo para ti. Me hubiera gustado enchufarte con mi “jefe”, que es un tipo de rostro ovalado, como un balón de rugby, pero que te caerá bien. Pero el muy tuno quiere hacer las cosas sólito. Por algo se llama Aurelio Subirachs. Sin embargo, me ha prometido ayudarte, y hemos hecho algunas gestiones. La verdad es que podrás elegir si continúas dispuesto a aceptar al principio el papel de soldado raso, tal y como hablamos en la cena de despedida. Personalmente conozco a alguien que a lo mejor te conviene. Pero, en fin, es cuestión de que te vengas. ¡Hala!, no te rajes ahora, y toma el tren antes de que te pudras».

Julián casi se comió la carta, y acto seguido comunicó su decisión a la familia. En efecto, a la madre del muchacho le dio un patatús, pese a que la mujer presentía que su hijo andaba tramando algo. «¡Dios mío, qué contrariedad! ¿Tan a disgusto te sientes en casa? Ahora sí puedo decir que te he perdido». Lloriqueos en el hogar de los Vega. Don Arturo, pasada la primera impresión, consiguió sobreponerse. «Tú sabrás lo que haces, hijo… Preferiría que te quedaras, pero te comprendo. ¡Qué le vamos a hacer!». Entre las hermanas el revuelo fue dramático. Entre otras razones, confiaban en Julián para encontrar novio. ¡Ahí era nada exhibirlo por las calles! «Pero ¿qué se te ha perdido en Barcelona? Alguna mujer que te habrá engatusado. ¡Jesús, ojalá te salga mal y vuelvas!». Mari-Tere, como siempre, fue la excepción. Más aún, le dio la gran sorpresa. «¿Por qué no me llevas contigo, Julián? Palabra que te seguiría con mil amores. ¿Y quién mejor que yo para cuidarte?». Julián sonrió, cariñoso. «¿No comprendes, mujer, que tendríamos que vivir juntos? ¿Y cómo conseguiríamos convencer a la gente de que somos hermanos?». Mari-Tere porfió, pero en vano, aunque le arrancó la promesa de que algún día mandaría a buscarla… Y entretanto, le regaló una pipa inglesa, preciosa, que el estanquero de la calle había recibido de Canarias.

En un santiamén Julián lo preparó todo. Y el 30 de agosto la familia entera, incluidos la mujer y los dos hijos de Manolo, lo acompañó a la estación. El tren salía de madrugada, y la ciudad y los andenes se veían envueltos en una neblina levemente azul. Los ojos de los Vega aparecían soñolientos, lo que empañaba el brillo de las lágrimas. Nadie decía nada, y los maleteros, al comprobar que no había «faena», se tumbaron en los bancos, mientras un perro oliscaba por entre los papeles de las vías. En cuanto la locomotora dio señales de disponerse a partir, hubo un temblor de brazos en torno al cuello de Julián. Don Arturo, tranquilo y digno, encontró el modo de decirle, manejando con soltura el bastón: «Si por cualquier motivo te ves obligado a volver, mi casa estará siempre abierta…». *Mi* casa… ¡Ay, el reinado de los varones, de los hombres del Sur! Manolo se mantuvo distante, y fue el último en abrazarlo y desearle buena suerte.

Sonó el silbato, Julián subió de un salto y momentos después el tren se puso en marcha. «¡Adiós, adiós!». ¿A cuántas cosas decía adiós Julián? A muchas, por supuesto. A jirones de su niñez, de su juventud. Al primer pecado, al señorío que había heredado de su padre, a los abanicos y a la negra mantilla de su madre, al chequeo que unos días antes Manolo le había hecho. Se dio cuenta de ello en cuanto perdió de vista la ciudad y los postes telegráficos empezaron a barrar el paisaje cortándolo verticalmente. ¡Hermoso paisaje, hermosa llanura, de un verde intenso, de muchos verdes, con manchas plateadas en los olivos, algunos de los cuales formaban parte del «patrimonio familiar»! ¿Por qué a Julián la naturaleza le dejaba indiferente? ¿No sería aquello un obstáculo para su profesión? ¿Le daría importancia a ese detalle el arquitecto «jefe» que le tocara en suerte? Recordó su primer viaje a Madrid, para cursar el primer año de la carrera. En aquella ocasión iba a enfrentarse con los libros; después, con hombres desconocidos, uno de los cuales tenía el rostro como un balón de rugby. Entonces y ahora su alma traqueteaba al compás del tren.

¡Al diablo las lucubraciones! Julián respiró hondo y se arrellanó en el asiento. Sintióse libre, con un ilimitado horizonte delante de él. Le invadió una extraña euforia. Lástima no llevar consigo la cantimplora que le regaló a aquella niña de ojos grandes —¿qué habría sido de ella?— en la plaza de Cataluña. Pero llevaba la pipa… inglesa, recién importada de Canarias. La estrenó. De la pipa salió un humo azul, azul como la madrugada, que caracoleó y se estrelló en el asiento delantero, en el momento en que un soldado se le acercaba: «¿Me da fuego, por favor?».

CAPÍTULO III

La llegada a Barcelona no pudo ser más estimulante. Pese al retraso de dos horas, Claudio Roig, el exalférez, lo estaba esperando en la estación. Le costó localizarlo, pues la barahúnda era enorme, como correspondía a la gran ciudad. Pero por fin dio con él. Claudio Roig se había subido a una de las carretillas de mano del andén y le hacía señas.

Los dos amigos, al verse vestidos de paisano, primero soltaron una carcajada y luego se abrazaron, temerosos de sentirse distanciados; pero no fue así. La campaña hecha juntos continuaba uniéndolos con un punteo cálido.

—¡Aquí estoy! ¡Centinela alerta!

—¿Y el uniforme?

—En el fondo de un baúl.

—¿Y la barbita?

—En la casa de empeños.

Era una novedad. Claudio Roig se había afeitado la perilla y su aspecto era más joven. Siempre necesitaba rematar de una manera plástica sus decisiones. Para iniciar su nuevo ciclo no le bastó con la licencia y con marcharse de Tarragona; se fue al barbero y le dijo: «Fuera el apéndice, por favor…».

Se abrieron paso a codazos, en busca de un taxi. El humo y el calor eran asfixiantes; el ruido, ensordecedor. Hubiérase dicho que en Barcelona continuaban los bombardeos.

Cuando les tocó el turno subieron a un vehículo centenario, que crujió bajo su peso y que, inesperadamente, arrancó.

—¿Dónde vives?

—Con unos parientes. Dos viejecitos. ¡Aseguran que soy la alegría del hogar!

—Toma del frasco…

Julián se dio cuenta de que en Granada, en su casa, jamás hubiera usado tal expresión.

—¿Y Saumells?

—En Tarragona. Prefirió quedarse allí.

—¿Amoríos?

—No creo. Proyectando casas baratas. Se le ve algo triste.

—¿Triste *el Mujeriego*? ¿Por qué?

—Vete a saber.

De pronto, Julián, volviéndose hacia su acompañante, puso cara cómica.

—¡Eh! ¿Puede saberse adónde me llevas?

—A una pensión barata. ¿O quieres instalarte en un hotel de lujo?

—Si pagas tú la cuenta…

Llegaron a la pensión, que tenía la ventaja de llamarse Pensión Paraíso y de estar situada en la calle del Carmen, muy cerca de las Ramblas. La patrona, Aurora de nombre, recibió con cordialidad al nuevo huésped. Era una mujer de unos cuarenta y pico de años, de mirada bondadosa y porte enérgico. Julián la llamó «doña Aurora» y ella se esponjó. «Bueno, todavía queda alguien que tiene detalles…».

En la habitación que iba a ser de Julián, Claudio Roig, después de bromear sobre las dos sólidas maletas que aquél se había traído, abrió de par en par el balcón y se dispuso a ponerse cómodo.

—¿Puedo tenderme en la cama?

—Naturalmente.

Claudio Roig se tumbó relajadamente, la cabeza alta sobre la almohada y cruzando las piernas. Julián, como de costumbre, permaneció de pie.

—¿Pedimos unas cervezas?

—Nada de despilfarros. La guerra ha terminado.

—Como quieras.

Era evidente que el arquitecto estaba ansioso porque su amigo le pusiera al corriente de la situación. El aparejador, que en principio había decidido hacerlo sufrir un poco más, por fin se compadeció de él y después de un ademán que significaba: «sí, hombre, sí, no te impacientes», dijo:

—Bien, supongo que te habrás leído mi carta un centenar de veces…

Julián asintió.

—Así es.

—Pues verás. Se ha confirmado lo que en ella te decía. Creo que no vas a tener problema. Aparte de que gran cantidad de arquitectos han sido depurados, estamos en plena fiebre de reconstrucción. Ello significa que hacen falta profesionales.

—Comprendo —asintió Julián.

—Por supuesto, he insistido de nuevo con mi jefe, para ver si te admitía en su taller; pero ni hablar. No quiere escolta a su lado. En eso funciona a rajatabla, pese a que en el fondo es un empedernido sentimental.

—Ya…

—Es una lástima, desde luego. No hay más que un Aurelio Subirachs. Mucho talento y una capacidad de trabajo fuera de lo común. No cabría mejor maestro para ti.

Julián tuvo una expresión resignada.

—¡Qué le vamos a hacer!

A Claudio Roig le ocurría que, refiriéndose a su jefe, se entusiasmaba con exceso. Se dio cuenta de que Julián no tenía la culpa de ello y abrevió.

—De todos modos, iremos a visitarlo. Quiere conocerte y también a ti te interesa estar en contacto con él. Y ahora pasemos a la solución mía, personal, de que te hablé: el asunto marcha sobre ruedas y don José María Boix espera que le llames por teléfono.

Julián parpadeó.

—¿Don José María Boix? No sé de quién diablos estás hablando.

—Te estoy hablando de un íntimo amigo de mi padre. Estudiaron juntos en los jesuitas. Se pasó toda la guerra en París y al regresar a Barcelona se ha encontrado con la sorpresa de que le llueven los encargos. Así que necesita un ayudante, y ese ayudante puedes ser tú si consigues llegar a un acuerdo con él.

Julián comprendió y sus ojos se abrieron golosos.

—¿Podrías completar un poco más la ficha del caballero?

—Con mucho gusto. Vive en la calle de Córcega, 355. ¡No, no te preocupes! Te daré las señas por escrito. Es el reverso de la medalla de Subirachs: no le interesa lo moderno y detesta cualquier tipo de revolución, incluida la arquitectónica; pero se conoce a fondo el oficio, lo cual, si estoy bien informado, no es tu caso.

—Muchas gracias.

—No hay de qué.

Julián sonrió. Su amigo Roig, hombre humilde, era un lince y el léxico que empleaba le recordó el que él exhibió a lo largo de la guerra. Obstinado, con enorme sentido práctico, que solía poner al servicio de los demás.

—¿Todo en regla?

—A tus órdenes.

—Bien, ahí tienes las señas del arqueólogo —y le dio una tarjeta de don José María Boix—. Llámalo cuando quieras.

Julián tomó la tarjeta y la miró como se mira un décimo de la lotería.

—¿A qué viene eso de arqueólogo?

—¡Hum! No lo es, pero lo parece. Don José María Boix mira al suelo, renquea de la pierna izquierda y carece de sentido del humor; aunque su mujer es un bombón, lo que parece demostrar lo contrario. Como sea, es un señor, y ello cuenta para la convivencia.

El resto del diálogo consistió en rememorar el pasado. La euforia de Julián era más consciente que la que sintió en el tren, puesto que se basaba en datos más concretos. Sólo recordó, de zapadores, anécdotas jocosas, en las que inevitablemente aparecía Saumells. De nuevo se preguntó por qué estaría triste *el Mujeriego*. La posguerra era un instrumento de sonido imprevisible.

Claudio Roig se incorporó de un salto.

—¡Bien, me largo!

—¿Cuándo visitaremos a tu famoso jefazo?

—Si te parece bien, mañana mismo.

—¿A qué hora?

—A las once. Pasaré a recogerte.

—Aquí estaré. ¡Centinela alerta!

Salieron al pasillo, que estaba oscuro. El aparejador se acarició la inexistente perilla.

—Desde luego, esto no es un hotel de lujo.

—¿Por qué no te quedas a cenar conmigo? —invitó Julián.

—No puedo. Mis viejecitos, que están enfermos, me esperan. Y yo cuido de ellos como una Hermana de la Caridad.

Salió a su encuentro la patrona, doña Aurora. Iba a decir algo, pero Claudio Roig se le anticipó:

—Señora, ¿puede saberse por qué la pensión se llama Pensión Paraíso?

La patrona ladeó expresivamente la cabeza.

—Jovencito, los malpensados al infierno. ¿Estamos?

El aparejador soltó una carcajada.

Aurelio Subirachs era un hombre casado, unos años mayor que Julián. Tenía cuatro hijos, todos varones, a los que llamaba su «póliza de seguro». Su taller estaba situado en un primer piso de la Rambla de Cataluña, frente al monumento a Clavé. Taller con varios delineantes en mangas de camisa y tinteros y lápices de colores por todas partes.

El arquitecto era acérrimo partidario de la inteligencia. Cuando conocía a alguien le disparaba unos *flashes* para saber a qué atenerse; si el resultado era mediocre, su ovalada cara se convertía en bostezo. Cejas prominentes, bigotes de foca, había momentos en que todo en él parecía una ampliación. Se pasó toda la guerra escondido detrás de un tabique simulado y desde entonces le gustaba crear en torno cierto misterio. No obstante, era realista hasta casi la superstición. Por ejemplo, jamás olvidaba llevar en el bolsillo un pedazo de cordel y otro de alambre, «pues en un momento determinado tales naderías podían ser de gran utilidad». Otra de sus manías era lanzar pequeñas flechas contra una diana que tenía en la pared de su despacho. Aseguraba que tal ejercicio sosegaba sus nervios. Y en verdad que le hacía falta, pues no soportaba la torpeza, y si alguien contradecía sus convicciones estéticas se encalabrinaba con facilidad. Le gustaba hacer deporte para mantenerse en forma y tenía una voz rotunda, de chantre, persuasiva, que fue lo primero de él que encandiló a Antonia, su mujer.

Recibió a su colega granadino, acompañado de Claudio Roig, con mucha cordialidad. El despacho olía a maquetas de yeso, a muebles funcionales, a futuro. Tomaron asiento en un tresillo verde. Afuera la mañana sudaba, chorreaba casi, pero allá dentro la temperatura era agradable.

Después de las presentaciones de rigor, Aurelio Subirachs le preguntó a Julián:

—¿De modo que se aburría usted en Granada?

Julián se rascó una ceja.

—Aburrirse es decir poco. Por lo visto, eso de la patria chica no reza para mí… —y sonrió.

—¿No cree usted que el aburrimiento lo lleva uno dentro?

—En mi caso, no. En otros lugares me he sentido como el pez en el agua…

—¿En el frente, por ejemplo?

—¡Bueno! En el frente pasé momentos muy buenos, qué duda cabe. Sobre todo, con los camaradas —y miró a Claudio Roig, que en presencia de su jefe se sentaba con timidez—. Pero lo que yo deseo es levantar casas y no destruirlas.

Aurelio Subirachs asintió, complacido, con la cabeza.

—Tengo entendido, señor Vega, que su propósito, por lo menos de momento, es adquirir experiencia profesional.

—Así es.

—Una temporada de disciplina, de cilicio…

—Creo que es lo que me conviene.

Aurelio Subirachs jugueteaba con una de las flechas —de cola emplumada— que le servían para hacer diana.

—Lo malo es que si consigue usted esa experiencia, a lo mejor dejan de interesarle las construcciones del III Reich…

Julián comprendió que aquello era un reto dialéctico y contestó:

—Las construcciones del III Reich sólo dejarían de interesarme si fueran producto de una moda, pero no creo que sea ése el caso. En mi opinión, obedecen a una profunda concepción de la vida.

—Todas las concepciones de la vida son profundas, sobre todo si van respaldadas por himnos y bayonetas.

Julián torció el gesto. Detrás de aquellas palabras se ocultaba una ideología que él no compartía en absoluto. Sin embargo, acertó a contenerse y replicó:

—Ese tema es para ser discutido largamente, ¿no le parece, señor Subirachs?

—Por supuesto, por supuesto… Y confío en tener ocasión de hacerlo. —Acto seguido añadió—: Ahora, si me lo permite, voy a hacerle otra pregunta: ¿cree usted que la arquitectura es una danza?

Julián no se amilanó. Comprendió el juego de su interlocutor.

—Lo mismo daría decir que la danza es arquitectura.

Los ojos negros y saltones de Aurelio Subirachs denotaron satisfacción y Claudio Roig suspiró aliviado. El *test* a que su jefe estaba sometiendo a Julián le resultaba a éste favorable. Al otro lado del ventanal veíanse las acacias de la Rambla ofreciéndose al sol.

Aurelio Subirachs cambio el tono de la voz.

—Se sentirá usted bien en Barcelona, señor Vega. Ya lo verá. A condición, naturalmente, de que se olvide de las saetas y sea capaz de resistir la contagiosa alegría de los catalanes.

—Estoy acostumbrado a la lucha, señor Subirachs. Si ésa es la dificultad, tranquilícese: he venido dispuesto a morirme de risa.

—¿Cuántos años tiene usted?

—Voy por los veintiocho.

—Pues no se muera aún ni de risa ni de nada. Aguante un poco más. Así, al pronto, yo diría que está usted destinado a triunfar.

—¿Qué entiende usted por triunfo, señor Subirachs?

—En su caso, saber adaptarse a las exigencias de don José María Boix…

La inesperada respuesta confirmó el realismo del teatral arquitecto. Éste sabía muy bien que aquel combate de esgrima era una comedia, y que tal comedia le interesaba a él mucho más que al joven alto y rubio que tenía enfrente. Julián Vega, en efecto, había aceptado el envite, pero en el fondo estaba ansioso de acabar con aquello y tratar del tema en virtud del cual se encontraban allí. De modo que agradeció que Aurelio Subirachs pronunciara el nombre de don José María Boix, y así se lo dijo al hombre de la cabeza como un balón de rugby.

Aurelio Subirachs se acarició con delectación los bigotes de foca.

—Hablando en serio, estoy al corriente de cuáles son sus aspiraciones. Y me alegraría que llegara usted a un acuerdo con don José María Boix. Es un colega muy estimable. Una de esas personas necesarias para perpetuar la tradición.

Julián se acarició la mejilla derecha, como solía hacer en los momentos importantes.

—La verdad es que me hubiera gustado trabajar con usted.

Aurelio Subirachs hizo un ademán de impotencia.

—¡Ay, eso es imposible, amigo! Y debe agradecérmelo. Soy un ser terriblemente frío. Pregúntele a mi fiel colaborador —y con el mentón señaló a Claudio Roig, quien no acertó con la frase que hubiera debido pronunciar.

Julián habló por él.

—Lamento decepcionarle, pero anoche su fiel colaborador me dijo que era usted un empedernido sentimental.

—¿Eso dijo? ¡Vaya! Habría que oír la opinión de mis colegas de por aquí. Sin embargo, tal vez tenga razón. De hecho, no hay nada tan complicado como conocerse a sí mismo.

La entrevista prosiguió. Aurelio Subirachs le dio un giro paternalista, tal vez porque Julián era andaluz y aquél entendía que los andaluces eran criaturas necesitadas de protección. Hablaron de estilos arquitectónicos y de la importancia del sentido de la ironía en la vida de los hombres. Julián dijo: «A mi juicio, el sentido de la ironía es primordial». Los ojos saltones de Aurelio Subirachs miraron a los cuatro ángulos. Después de afirmar que lo q|ue debía evitarse era caer en el sarcasmo, puesto que el sarcasmo dañaba a los demás, el arquitecto catalán añadió que quizá el mayor peligro de la aventura que Julián había iniciado fuera el de la soledad.

—Eso se lo digo para que sepa que, además de tener a su lado a Claudio Roig, me tendrá a mí.

—Muchas gracias. ¡Se lo agradezco mucho!

—Y obra usted cuerdamente. La sociedad es ahora hostil y casi puede decirse que obliga a uno a abrirse paso a codazos.

Julián sonrió.

—Eso no me preocupa. ¡Ya utilicé los codos para salir de la estación!

Claudio Roig se sentía feliz. Se daba cuenta de que los protagonistas habían hecho buenas migas, lo que podía ser decisivo para el porvenir de Julián.

—Señor Vega, aparte de lo de «mitad monje, mitad soldado», ¿cuál es su afición favorita?

—Tengo dos —contestó Julián—. Las mujeres y el ajedrez.

Aurelio Subirachs se disponía a aplaudir. En vez de eso le preguntó qué tal le parecería tutearse. «Somos colegas, ¿no?». «Por mí, estupendo. El protocolo me pone nervioso».

En ese momento exacto uno de los delineantes llamó con los nudillos a la puerta y anunció que la radio estaba dando noticias trascendentales.

Fue una rara coincidencia, que iba repitiéndose en la vida de Julián. Cada vez que estaba a punto de gritar «¡Viva el prójimo!» se producía un hecho marginal, lejano, que daba al traste con sus buenos propósitos. Era como si al estallar la primavera cayeran misteriosamente muertas las hojas de su propio jardín. Nunca olvidaría el día en que, durante la guerra, un moro, jugándose el pellejo, cruzó un largo terreno batido para darle un poco de tabaco. Fue un acto glorioso, de buena voluntad; a la noche se enteró de que otro moro, al otro extremo del sector, se había emborrachado y había clavado la bayoneta en el vientre de un compañero.

Esta vez, la bayoneta se clavó en el vientre de la tierra. Lo que las radios anunciaban era que las tropas de Hitler habían penetrado en Polonia. A consecuencia de ello, los «aliados» declararían la guerra al III Reich; es decir, declararían la guerra al técnico Krüger, de Hamburgo. La conmoción en Barcelona fue brutal. Otra vez la palabra SANGRE se incrustó en las mentes. Julián pensó: «Otra vez harán falta sepultureros».

Con todo, Polonia quedaba lejos… En cambio, la calle de Córcega, donde vivía don José María Boix, estaba a un cuarto de hora escaso de la pensión. Julián comprendió que había llegado el momento de renunciar a las abstracciones y regresar a su realidad individual.

—¿Puedo llamar por teléfono?

—¡Desde luego! —Doña Aurora se apartó a un lado—. Ahí lo tiene usted.

Julián marcó el número, que se sabía de memoria. Hubo suerte. Don José María Boix estaba en casa y lo recibiría en seguida.

Doña Aurora le enseñó sobre el plano el itinerario que había de seguir.

—Mire usted, ahí está. El 355. Justo al lado de la Diagonal.

—¿Diagonal?

—¡Bueno! Ahora pone Avenida del Generalísimo Franco… Pero para nosotros será siempre la Diagonal, ¿comprende?

—Ya…

Era mediodía. Julián salió a la calle y el ambiente lo espoleó —niños del Frente de Juventudes cantando «Cara al sol» y mucha gente apiñada ante los quioscos de prensa—, y en vez de tomar un taxi decidió ir andando. Subió hasta Canaletas, cruzó la plaza de Cataluña, donde ya nadie cantaba el tedéum y enfiló el paseo de Gracia. Al llegar a la altura de la calle de Provenza se detuvo unos instantes para contemplar «La Pedrera», de Gaudí. Tuvo un gesto ambiguo y continuó. Poco después se encontraba ante la puerta tras la cual lo esperaba don José María Boix.

¡Qué curioso! No se decidía a llamar. Los nervios lo traicionaban. Ya no se trataba de ver a un amigo subido a una carretilla en un andén, ni de visitar a un pontífice que creía que la arquitectura era una danza. Se trataba de llegar o no llegar a un acuerdo con aquel «estimable colega» que perpetuaba la tradición y renqueaba de la pierna izquierda. Si la visita fracasaba, ¡vuelta a empezar!

Se preguntó qué sabía, en realidad, del hombre que lo aguardaba. Poca cosa. Que estudió en los jesuitas, que se pirraba por los cuadros antiguos, que su mujer era un bombón, que admiraba a los franchutes… ¿Sería posible? Claudio Roig había remachado. «Por supuesto. Afirma que París es la capital del mundo. No se te ocurra tomarte esto a chirigota. Acuérdate de que se pasó allí los tres años de nuestra guerra». También le había dicho que llevaba zapatos negros, relucientes y puntiagudos, y que se sabía de memoria los nombres de todas las plantas medicinales de la región.

Julián, por fin, se decidió a pulsar el timbre, que sonó como una campanilla. Al minuto abrió la puerta una doncella guapetona, cuyo ceceo le indicó a Julián que era de su tierra, del Sur. ¡Detalle de buen augurio! «El señor Boix me está esperando», y le entregó su tarjeta. La doncella desapareció y regresó al instante. «Pase usted». Segundos después Julián penetraba en el despacho de don José María Boix, despacho un tanto «cargado», con muchos cuadros, sí, señor, y jarrones de porcelana de Sèvres.

Jamás pudo sospechar Julián que la cosa fuera a resultar tan fácil. Tal vez su padre tuviera razón al decir que las personas educadas se parecían a un buen camino vecinal. La sonrisa con que don José María Boix lo recibió, la forma como le estrechó la mano y lo invitó a sentarse, las frases de cortesía sobre el viaje, sobre la familia que dejó en Granada y demás discurrieron con naturalidad de buena ley, que era preciso agradecer. Apenas transcurridos unos minutos, Julián tuvo la íntima certeza de que todo se resolvería favorablemente.

—Varias personas se han interesado por usted, señor Vega. Aparte de la familia Roig, también me ha llamado Aurelio Subirachs. Eso me ha sorprendido un poco, se lo confieso. Aurelio Subirachs es hombre parco en elogios. Me dijo que se conocieron ustedes en su taller y que, de ser presidente de un tribunal, le hubiera dado a usted sobresaliente.

Julián, entre intimidado y satisfecho, no supo qué comentario hacer.

—Realmente, son ustedes muy amables.

Acto seguido, don José María Boix atacó de frente la cuestión. A su modo de ver, acaso lo más provechoso para ambos fuera un convenio entre caballeros. Un período de prueba recíproca, que tal vez pudiera fijarse en un año. Por su parte podía asignarle un sueldo inicial que, por supuesto, le permitiera vivir. En ese tiempo, el señor Vega tendría también ocasión de saber si le interesaba prorrogar el contrato, o por el contrario prefería tantear otra posibilidad. Caso de asentimiento por ambas partes, lo cual era deseable a todas luces, revisarían las condiciones con carácter definitivo.

Julián no pudo reprimir un sentimiento de profundo gozo. O bien don José María Boix se encontraba realmente desbordado de trabajo, o bien le había dado el *plácet* antes de verlo entrar por la puerta.

—Me siento abrumado, señor Boix. Mi respuesta es afirmativa. Aunque me preocupa saber si lograré adaptarme a su manera de trabajar…

Don José María Boix, sobre ese punto, se mostró inesperadamente tajante.

—Comprendo. De todos modos, me permito recordarle que no se trata de que comparta usted mis criterios, sino, simplemente, de que se someta usted a ellos.

Julián agradeció la sinceridad de su interlocutor. El caso es que el acuerdo sobre lo principal resultó así de sencillo. Tanto, que casi parecía un chiste que la famosa incógnita sobre quién iba a ser su «jefe» se hubiese despejado tan rápidamente. Ya lo sabía. Era un hombre elegante, de unos cincuenta años, cabeza enorme y blanca y estatura mediana. Un hombre que hablaba con marcado acento catalán, pero cuya voz era reposada y agradable, aunque con inflexiones clericales. Julián advirtió un curioso contraste entre la mansedumbre de su mirada y la energía de su mentón.

—Señor Boix, si no le importa, me gustaría conocer algunos pormenores…

—¡Claro, claro! A ello voy. Trataré de explicarme lo más brevemente posible… —Marcó una pausa—. Nuestro horario es teóricamente metódico: de nueve a una y de cuatro a ocho. Ahora bien, ya conoce usted nuestra profesión. Hay que contar con las visitas a las obras y, como es natural, con los desplazamientos… Precisamente, no sé por qué, en la actualidad trabajamos mucho fuera de Barcelona, lo cual, a decir verdad, personalmente me encanta. La ciudad es agobiante, ¿no cree usted? Por lo demás, a menos que haya algún trabajo urgente, algún imprevisto, no venimos los sábados por la tarde.

A Julián le costaba cierto esfuerzo retener esos datos. De pronto, la enorme cabeza de don José María Boix, su noble cabeza de artista, había acaparado su atención. La imaginó en piedra o en bronce, colocada sobre un pedestal, seccionada del cuerpo, y este pensamiento lo desasosegó.

—Las dependencias de trabajo están a este lado, dando a la calle —don José María Boix señaló a su derecha—. Luego las verá usted. La parte interior está destinada a vivienda, lo que a mi modo de ver resulta muy cómodo. —Cambió el

tono de la voz y prosiguió—: Lo malo, en estos momentos, son los trámites burocráticos. Y la prisa, claro… Tendrá usted ocasión de comprobarlo. La gente quiere recuperar el tiempo perdido con la guerra civil y exige los trabajos a fecha fija. Eso, en arquitectura, me parece peligroso. En los proyectos hay que preverlo todo, apurar el máximo los detalles. Y lo mismo si se trata de viviendas que de una fábrica, o de un trabajo sin importancia. De no hacerlo así, se expone uno a un gran fracaso.

La expresión «guerra civil» desagradó en gran manera a Julián. Sin embargo, su desasosiego había desaparecido, gracias a la plácida respiración de don José María Boix, quien sin duda era un hombre en paz consigo mismo. Por descontado, ni una nota de humor, y mucho menos sarcástica. Tal vez adorara la seriedad. En cualquier caso, el silencio en la casa era impresionante, como si en vez de proyectarse allí edificios se proyectase el Vacío Absoluto.

—Otra de las dificultades estriba en la calidad de los materiales. Imposible saber lo que le entregarán a uno. El cemento no es cemento, los ladrillos no son ladrillos. Abundan los desaprensivos, lo que para mí, se lo digo con franqueza, constituye una novedad. Claro, supongo que hay que achacarlo también al afán de recuperar el tiempo perdido…

Don José María Boix le dio algunos datos más, y de pronto creyó llegado el momento de enseñarle a Julián las llamadas «dependencias de trabajo». La ocasión era importante para el recién llegado. Iba a conocer el lugar donde debería dar fe de su preparación… y aprender.

¡Bien, todo conforme al espíritu de la casa! El taller, situado a la derecha, era muy espacioso y disponía de muy buena luz. Dos chicos jóvenes, que trabajaban de pie ante un tablero inclinado, al oír la voz de don José María Boix se volvieron y se quitaron respetuosamente la visera.

—Le presento a los hermanos Balaguer… Juan, aparejador; Jorge, delineante. —Los dos hermanos inclinaron la cabeza y don José María Boix añadió—: El señor Vega, arquitecto…

—Tanto gusto.

Julián correspondió al saludo, preguntándose si Juan y Jorge no serían gemelos: tanto era su parecido. Llevaban gafas idénticas, de montura negra.

Don José María Boix les indicó con un gesto que volvieran a su quehacer y se dirigió a Julián.

—Como verá usted, la estancia es bastante grande. Es una de las ventajas que tienen las casas antiguas de Barcelona. —De pronto, señalando un tablero vacío que había a la izquierda de un ventanal, añadió—: Se me está ocurriendo que podría usted trabajar ahí… Queda independiente y aireado, ¿no cree usted?

Julián había tenido tiempo de echar un vistazo, llegando a la conclusión de que el taller era tan «anticuado» como el aspecto que ofrecían los hermanos Balaguer. Instrumental rutinario, sin ninguna de las novedades que el joven arquitecto atisbo en el «santuario» de Aurelio Subirachs y que conocía por las revistas especializadas. En

las paredes, planos y dibujos clavados con chinchetas; un estante con los tubos de cartón en donde solían guardarse, enrollados, los proyectos; en un armario, muestras de baldosas, azulejos, etcétera. En la mesa, presidida por un sólido crucifijo, muchas carpetas, lápices y gomas de borrar y una serie de maquetas de yeso, de una blancura tal que a gusto Julián se hubiera acercado a ellas y las hubiera acariciado. Llamaba la atención una vieja maquinilla afilalápices, adosada a una esquina de la mesa y que debía de gemir al ser utilizada.

—Otra de las ventajas es que, normalmente, en estos pisos la calefacción funciona. Esto es muy importante, teniendo en cuenta el clima de Barcelona… Barcelona es muy húmeda, ¿sabe usted?

Don José María Boix abrió a continuación una puerta lateral, que comunicaba con el estudio en que él mismo trabajaba. ¡Regio estudio a fe! Grabados antiguos y una ordenada exposición de reproducciones fotográficas, algo así como una antología de su obra profesional. Julián abarcó dicha obra en panorámica y dictaminó para sí: «neoclasicismo, influencia italiana». En la pared opuesta, varios mapas, destacando uno muy detallado de la ciudad y otro, grandioso, de Cataluña, salpicado de puntitos rojo. Cada uno de esos puntitos correspondía a un municipio.

Don José María Boix, advirtiendo que Julián miraba este mapa con atención especial, se le acercó y en tono más entusiasta que de ordinario comentó:

—Sorprendente, ¿no es cierto? La extensión de Cataluña es cinco veces inferior a la de Andalucía… Pero aquí no tenemos latifundios y, como usted ve, en4as zonas llanas los municipios se tocan unos con otros. —Sacó un pañuelo y se sonó sin hacer ruido—. Además, ¿sabía usted que el setenta por ciento del territorio catalán es montañoso?

Julián puso cara de asombro.

—Francamente, no… No lo sabía.

—Así es —don José María Boix doblo con cuidado el pañuelo y lo guardó de nuevo—. Crear riqueza aquí ha significado un duro esfuerzo.

Lo último que visitaron fue el cuartucho contiguo, en el que se sacaban las copias de los planos. Olía a amoníaco, y la vaharada le resultó familiar a Julián.

La entrevista tocaba a su fin. Sólo faltaba fijar el sueldo, lo que se hizo en un santiamén, y la fecha de incorporación del joven arquitecto a la plantilla.

—¿Le parece bien el lunes?

—¿El lunes…? Conforme. Me parece muy bien.

Julián se volvió —distraído, creyó que los hermanos Balaguer se encontraban a su espalda y hubiera querido despedirse de ellos—, en tanto don José María Boix se disponía a abrir otra puerta que comunicaba directamente con el vestíbulo de entrada.

¡Ah, estaba escrito que una nota alegre debía sonar en la casa antes que Julián se marchara! Procedente de las habitaciones interiores avanzaba por el pasillo una mujer joven, de pelo castaño y aspecto radiante, llevando un jarrón de flores amarillas y rojas.

—¡Huy, perdón! —exclamó la joven mujer al ver a Julián; y con mucho donaire depositó el jarrón sobre una arca de madera, valiosa pieza que adornaba el vestíbulo.

Don José María Boix, al tiempo que, ¡por primera vez!, sonreía sin inhibiciones, dijo:

—Gloria, un momento, por favor… Voy a presentarte a don Julián Vega, cuya visita, como sabes, estaba esperando… Señor Vega, le presento a mi mujer.

La señora de Boix miró al forastero y Julián, inclinándose le besó la mano.

—Señora…

—Celebro mucho conocerle, señor Vega… —correspondió la mujer, que llevaba un elegante jersey de punto, con un hermoso broche en el escote. Acto seguido preguntó—: ¿Qué tal? ¿Llegaron ustedes a un acuerdo?

El señor Boix tuvo una expresión satisfecha.

—En efecto, querida… El señor Vega empieza el lunes a trabajar con nosotros.

La señora, sin dejar de mirar con curiosidad al joven arquitecto, exclamó:

—¡Enhorabuena! —y agregó—: Deseo que se encuentre a gusto en esta casa…

—Así lo espero —rubricó Julián.

Se despidieron. «Hasta el lunes». «¡Hasta el lunes!». La puerta se cerró y Julián permaneció quieto un momento, acariciándose la mejilla derecha.

Luego empezó a bajar lentamente los peldaños de la escalera. En uno de los rellanos se detuvo de nuevo, sacó la pipa —¡una hora lo menos aguantó sin fumar!—, y mientras la cargaba pensó: «Conque… el bombón ¿eh? Y además, se llama Gloria…».

Sacó el mechero y lo acercó a la cazoleta de la pipa, dando unas chupadas, que saboreó con voluptuosidad. La espiral de humo salió disparada a explorar el techo.

Al llegar a la portería, Julián se dio una palmada en la frente para despejar sus pensamientos…

CAPÍTULO IV

La patrona de la Pensión Paraíso le tomó afecto a Julián. Era una mujer cariñosa, servicial, que antes de 1936 vivió una etapa de esplendor, gracias a que su marido era dueño de una tienda de comestibles, en la calle Conde del Asalto, que les proporcionaba muy buenas monedas. El hombre fue movilizado, partió para el frente del Ebro y nunca más se supo de él. Le dejó un hijo, en cuya ayuda ella confiaba, pero los «nacionales» se lo llevaron a Zaragoza a cumplir el servicio militar y Dios sabe cuándo regresaría. «Así que a mi que no me hablen de fusiles, ¿entiende, don Julián?». Al encontrarse sola no se atrevió a reabrir por cuenta propia el establecimiento, pero sí a poner la pensión, a la que llamó «Paraíso» precisamente en recuerdo de aquella etapa feliz vivida antes de la guerra. «Y hasta ahora no puedo quejarme. Ya lo ve usted. Estamos hasta el tope».

Cierto. La pensión, sobre todo a la hora del almuerzo y a la noche, semejaba una colmena. La mayor parte de los clientes eran fijos y organizaban tertulias de escaso rigor intelectual, o apasionadas partidas de cartas. Cada uno tenía su manía o su tic particular, que la patrona se sabía de memoria. Julián procuraba no guardar para con ellos excesiva distancia; pero, aun así, su condición de arquitecto le valía un respeto especial. La patrona estaba muy al tanto de los movimientos del nuevo huésped, sin duda su preferido, por sus buenas maneras y porque era realmente el único que la llamaba «doña Aurora», y no dejaba de advertirle: «Cuidado, don Julián, que el coñac estropea a los hombres». Y cuando lo veía salir de noche y regresar a las tantas, ella, que se conocía al dedillo el Barrio Chino, lo amonestaba: «¡Como caiga en manos de alguna pelandusca, por la memoria de mi marido, que en gloria esté, que le pongo de patitas en la calle!». A Julián le hacía gracia que doña Aurora hablase de la gloria, pues en el fondo la buena mujer no había perdido la esperanza de que su marido reapareciese en carne viva un día u otro.

Los avatares de la contienda mundial sacudían de pronto el ritmo tranquilo de la pensión. A la hora del noticiario todo el mundo escuchaba la radio en medio de un gran silencio. Y al terminar, los comentarios delataban a la legua las simpatías de cada cual. Los «germanófilos» se tocaban la nariz y exclamaban: «¡Ese Hitler es el diablo! Los está achicharrando». Los «aliadófilos» encendían un pitillo y, sobre todo si Julián estaba presente, despistaban. «¡Bueno! ¿Qué se hace? ¿Empezamos la partidita?».

El día que el ejército nazi culminó con éxito la ocupación de Bélgica y Holanda, Julián, que en Barcelona se había inscrito, al igual que Claudio Roig, en la «Delegación de Ex Combatientes», no pudo ocultar su alegría, y a la hora de la cena levantó su copa y, dirigiéndose a los demás comensales, los invitó a brindar. Se produjo un leve incidente. Un muchacho joven, nervioso, llamado Román, que llevaba en la pensión una semana escasa, no sólo se negó a levantar su copa sino que

protestó en voz alta. «¿Por qué no nos deja usted en paz? ¿O se cree que esto es un cuartel?». Julián enrojeció. A punto estuvo de sucumbir a uno de sus raptos coléricos. Doña Aurora necesitó de todo su tacto para evitar que la cosa pasara a mayores. «¡Hala, hala!… No discutan, y que cada cual haga lo que le parezca». Julián, en homenaje a la patrona, cedió; pero fulminó con la mirada al joven Román y se prometió a sí mismo enterarse de «quién era aquel mentecato».

Esa exaltación de Julián había de repercutir en la vida del arquitecto durante su período de prueba en casa de don José María Boix. Éste era también «aliadófilo», y aunque nunca hablaba de ello, no lograba disimularlo. El día que los alemanes invadieron a Francia, el hombre dio la impresión de haber perdido la voz. Vagó por su despacho y por el taller como un sonámbulo, renqueando más que de costumbre, completamente distraído, sin apenas contestar a las preguntas que le formulaban Julián o los hermanos Balaguer. «¿Cómo…? ¿El señor Roca? Bueno, lo llamaré por teléfono». «Sí, sí, conforme… El señor Vega irá mañana».

Julián no quería de ningún modo que tal discrepancia ideológica entorpeciera su labor, y mucho menos que le creara dificultades con su jefe. Se había propuesto aprender y lo estaba consiguiendo. Cierto que para ello tenía que cumplir su promesa de someterse, de renunciar por completo a sus personales criterios estéticos, pero no podía prescindir del lado bueno del asunto. Don José María Boix era, en efecto, un arquitecto empírico, ritualista, pero su formación era tan sólida como el sillón de su despacho o como el esfuerzo que habían hecho los catalanes para crear riqueza en terreno tan montañoso. Los proyectos que se elaboraban en el amplio piso de la calle de Córcega eran un modelo de afinamiento. La fórmula del señor Boix: «hay que preverlo todo, apurar al máximo los detalles», se llevaba allí hasta las últimas consecuencias. Jamás se había derrumbado un edificio levantado por don José María Boix, y lo más probable era que eso nunca sucediese. Julián acertó a valorar semejante aspecto de la cuestión. De modo que frenó sus impulsos, convencido de que una temporada academicista, «de cilicio y disciplina», no podía sino beneficiarle.

Sin embargo, en la práctica no había de resultar fácil evitar ciertos enfrentamientos, por la sencilla razón de que la postura política no afectaba únicamente a lo que ocurría al otro lado de la frontera. El conflicto mundial había incidido de manera fulminante en la existencia cotidiana de los españoles, obstaculizando dramáticamente el despegue del país, que Julián imaginó automático y glorioso. España quedó aislada y una etapa de penuria azotó a la población. Ello creaba malestar, incomodidades de toda suerte. Doña Aurora, en la Pensión Paraíso, se las veía y se las deseaba para llenar los platos de sus clientes. «¿Se da cuenta, don Julián? ¡Otra vez las cartillas de racionamiento! Claro, usted no conoció la zona “roja” y no sabe lo que es eso. Quizá comprenda ahora ciertas cosas… ¡Mire ese pan! Es como masticar alpargata. ¿Y sabe usted a qué precio he pagado el aceite? No sé adónde iremos a parar». Se fundió una bujía de la radio y no había forma de encontrar otra de repuesto. El joven Román pareció alegrarse de que en el comedor no pudiera

oírse el noticiario…, aunque se lamentó de que se le hubieran roto las gafas y ningún óptico tuviera los cristales que necesitaba.

En el piso de la calle de Córcega ocurría otro tanto. Don José María Boix había dicho: «El cemento no es cemento, los ladrillos no son ladrillos». ¿Qué más podía decir? Había hablado de «desaprensivos»… ¡Santo Dios! Julián comprobó que éstos proliferaban como setas. La falta de escrúpulos imperaba por igual entre los fabricantes, los almacenistas, los constructores… Cuando visitaba alguna de las obras, se quedaba de una pieza. «Pero ¿qué ha pasado aquí?». Se especulaba con el hierro, con toda clase de material, con la tierra edificable, con el espacio… Don José María Boix estaba desolado. «Ya lo ve usted. Hay que pasarse el día tratando con intermediarios y pagando comisiones… En otros tiempos eso tenía un nombre: "corrupción"». Uno de los constructores, con el que Julián entró en contacto a raíz de un bloque de viviendas que proyectaron en una zona próxima a Badalona, a la vista de los planos protestó socarronamente: «¡No, no! Quiero los pisos mucho más pequeños… ¡La gente está tan delgadita!».

A decir verdad, Julián pasó unos momentos de desconcierto. En un principio, supuso que semejante estado de cosas era privativo de Cataluña; pero Aurelio Subirachs, que se había constituido en su mentor y que hacía frecuentes viajes a Madrid, le aseguró que allí, con eso de los Ministerios, era peor. «Si te presentas en cualquier despacho sin el consabido sobrecito, te dan con la puerta en las narices». ¿Era aquello posible? Julián recordó que, en el Casino de Granada, una tarde alguien afirmó que la guerra civil sólo había servido para «elevar al cubo» la capacidad picaresca del pueblo español y para que «unos cuantos se adueñaran del cotarro». Don Arturo Vega protestó contra tamaña insolencia, evitando la explosiva intervención de Julián. Y sin embargo, los hechos estaban patentes… «¡No, no! Quiero los pisos mucho más pequeños… ¡La gente está tan delgadita!». Y por el Barrio Chino, en cada esquina mujeres vendiendo de estraperlo bocadillos, tabaco, ¡incluso pitillos sueltos! ¡Y las pelanduscas a que se refirió doña Aurora! Sí, también proliferaban, también cobraban comisión… Un policía que de vez en cuando rondaba la pensión le dijo a Julián que «si conociera la cifra exacta de prostitutas que había en Barcelona, sus entusiastas ideas sobre la posguerra sufrirían un rudo golpe».

Julián, que no había dejado de preguntarse por qué las autoridades no tomaban cartas en el asunto, reflexionó y consiguió dar por fin respuesta cumplida a sus titubeos… No, no era cosa de confundir una charca con el mar. Aparte de que España no tenía la culpa de que en el mundo se hubiera desatado aquel vendaval, sabido era que por donde acechaba la escasez merodeaban indefectiblemente las ratas. Pero, ensanchando el punto de mira, sólo los miopes o las personas de mala fe podían negar que, por encima de tales signos adversos, existían otros muchos altamente reconfortantes. Signos de patriotismo y sacrificio, de continuidad del espíritu que presidió la «victoria». En efecto, millares de hombres, a lo largo y a lo ancho de la nación, luchaban con denuedo para no traicionar las promesas de una «España

mejor». Su profesión de arquitecto era idónea para calibrar la magnitud de dichos esfuerzos. España había dejado de ser un solar, un haz de escombros; desaparecían las alambradas y los nidos de ametralladoras; líneas telefónicas rasgaban el aire y el agua empezaba a cobijarse en los pantanos. Entretanto, se creaba el Seguro de Enfermedad, Auxilio Social atendía a los dolientes y se veían por doquier camisas azules avanzando codo con codo hacia una meta común. De consiguiente, si por causas ajenas, imprevisibles, la situación se había complicado, la norma a seguir estaba clara: combatir el derrotismo… y continuar luchando. Al fin y al cabo, para escalar los Picos de Europa su brava compañía tuvo que colgar tensas cuerdas sobre el abismo. Y si las tropas alemanas habían conquistado media Europa como quien da un paseo, el secreto radicaba en los años previos dedicados a la preparación.

Como fuere, al poco tiempo de trabajar al lado de don José María Boix, Julián hizo balance y llegó a la conclusión de que le convendría prorrogar el contrato. Se llevaba bien con su jefe, porque éste era educado, sensible y tenía con él atenciones sólo comparables a la brillantez de sus zapatos. «¿Le apetece tomar algo, señor Vega?». «Vamos, ya terminará esto mañana, que hoy ha tenido usted un día muy cargado…». Incluso, en una ocasión, le dio una sorpresa verdaderamente conmovedora. Con motivo de una visita que hicieron a Montjuich, donde vivían, hacinadas en chabolas inmundas, familias enteras, andaluzas en su mayoría, que se habían quedado en Cataluña cuando la retirada a Francia, don José María Boix dio muestras de sentirse vivamente impresionado. Deambuló por el lugar. Chabolas sin luz, sin agua, con chiquillos esqueléticos —¿dónde estaban las escuelas?— correteando por las laderas. El arquitecto le dijo a Julián: «Paisanos suyos, ¿verdad?». Julián, un tanto acomplejado, asintió con la cabeza. A don José María Boix se le ocurrió que fácilmente podría colocar como peones de la construcción a los varones que estuviesen en paro. «¿Qué opina, señor Vega?». A partir de aquel día el hombre, utilizando sus relaciones con las Inmobiliarias y con los capataces de las obras, empezó a facilitar trabajo a cuantos «paisanos» de Julián quisieron aceptarlo. «Con la ventaja —comentó don José María Boix— de que el que tenga ganas de superarse, de aprender el oficio, puede llegar a ser albañil».

¡Buen detalle, vive Dios! Sin embargo, la medalla tenía otra cara, como iba a quedar bien claro en los meses subsiguientes. El jefe de Julián, con harta frecuencia, al término de una situación placentera, soltaba un comentario que daba al traste con el buen ánimo de su ayudante. La raíz de dichos comentarios era muy precisa y no daba opción a componendas: don José María Boix no creía en absoluto en «la España mejor». Por el contrario, cada día se ratificaba en la idea de que la «corrupción» no había hecho más que empezar, y que las conquistas de que los periódicos hablaban, y que tranquilizaban a Julián, eran «pura fachada», burdas falsificaciones de la realidad. En definitiva, estaba claro que el hombre consideraba correcta su decisión de haber permanecido en el extranjero durante la contienda, sin adscribirse, a ninguno de los dos bandos.

El enfrentamiento se reveló inevitable. Por supuesto, don José María Boix se abstenía rigurosamente de provocar cualquier situación difícil en el taller; por el contrario, se despachaba a gusto en cuanto se encontraban fuera; por ejemplo, en el transcurso de los viajes que con harta frecuencia debía realizar en compañía de Julián.

Casi siempre, la causa desencadenante era el pésimo estado de las carreteras. Don José María Boix, que estimaba que una buena red de comunicaciones era vital para un país —tan vital como las escuelas—, no comprendía que el nuevo Estado no dedicara a ello atención principal. Su Ford negro, de motor potente, daba saltos, pegaba brincos como si cabalgase sobre «montañas rusas». «Señor Vega, ¿podría usted explicarme por qué no se preocupan ustedes de solucionar esto? ¡Aquí nos rompemos la crisma!». El «ustedes» ponía nervioso a Julián, que no cesaba de tragar saliva y de comprobar cómo el enérgico mentón de su jefe avanzaba hasta casi tocar el parabrisas. No era raro que don José María Boix, que conducía con guantes de gamuza, de pronto diera un manotazo al volante y barbotara: «¿No cree usted que asfaltar carreteras sería más funcional, más serio, que organizar concentraciones en el Cerro de los Ángeles?».

La índole de los encargos que recibía don José María Boix era propicia, precisamente, para que tuvieran que transitar por rutas de segundo orden. En efecto, el señor Boix, que era hombre muy religioso, adquirió fama de reconstruir con suma pericia —y con suma generosidad— iglesias rurales y ermitas, a veces, situadas Dios sabe dónde. Ello ocasionó que lo llamaran sin cesar de todas partes, singularmente de la comarca de Puigcerdá, de donde era oriunda su familia. Y cada vez ocurría lo mismo. En el trayecto las rabietas del jefe de Julián eran extremadamente aparatosas, pues los malditos baches le impedían gozar del paisaje del campo catalán, que lo tenía chiflado. Para el señor Boix, tal y como le dijo a Julián el primer día, dejar la ciudad y respirar aire puro significaba una liberación. Parecía rejuvenecerse y su mirada se iluminaba, como cuando veía a Gloria, su mujer. Pero ¿cómo dedicarse a ensalzar la belleza de los bosques, la forma de los parajes, la armonía de los montes y los valles? ¿Y cómo exhibir sus conocimientos sobre la nomenclatura de las especies botánicas de la región? Julián, cuanto peor era la carretera, tanto más procuraba distraer su atención. «¡Y yo que creía que en Cataluña no había más que chimeneas!», exclamaba de súbito. «Craso error, craso error —respondía don José María Boix—. Cataluña ha creado, es cierto, una poderosa industria, pero básicamente es campesina. Por ello el equilibrio de esta tierra… ¿No se ha fijado usted en los apellidos? El mío, por ejemplo, “boj”, es campesino, lo mismo que el suyo, “vega”; y si observa usted el arco de los puentes… ¡Por todos los santos, dejémonos de madrigales si no queremos morir patrióticamente despeñados en ese barranco…!».

Alusiones constantes. Alusiones más intencionadas aún cuando, en vez de visitar ermitas o parroquias rurales, tenían que desplazarse hasta alguna lejana masía cuyo propietario, burgués residente en Barcelona y también amigo de don José María Boix,

había decidido reparar la finca, construir en ella una pista de tenis, una piscina y un frontón, y plantar ante la verja una doble hilera de cipreses… Julián se preguntaba de dónde sacarían el dinero aquellos propietarios. ¿Es que la guerra no los había afectado? ¿Acaso figuraban en la lista de los estraperlistas al por mayor? Don José María Boix negaba rotundamente. Según él, la «corrupción» se daba principalmente entre los fabricantes y, por supuesto, entre los «ricos de aluvión», pero de ningún modo entre los propietarios agrícolas, que, en su gran mayoría, hacían honor a la sana tradición de la economía catalana, secularmente estragada por los impuestos exigidos por Madrid, y se defendían gracias a su apego al terruño en que nacieron y a su recomendable tendencia a arrimar personalmente el hombro… «Esos hombres trabajan, señor Vega. Se lo garantizo a usted. Lo que sucede es que, además, aman la belleza… Le aconsejo que se fije usted bien en esas masías. En la orientación de los pórticos; en la elegancia de las ventanas; en el escudo de los portales; en la fecha de su construcción; en la adaptación al paisaje circundante… La herencia es romana, ¿comprende? El románico es el arte de esta tierra: arte anónimo, colectivo, equilibrado… ¿Me permite que le resuma la cuestión? Esos propietarios prefieren disponer de una confortable finca rural y contribuir al mantenimiento de la ópera en el Liceo, y no vivir de las rentas del Cid Campeador o pasarse treinta años diciendo "¡A sus órdenes!" para conseguir un fajín de general».

Julián continuaba tragando saliva…, sin acertar a explicarse por qué don José María Boix no guardaba para sí tales provocaciones, ni el motivo por el cual aquel hombre de pelo blanco, que en la primera entrevista le pareció tan ponderado y afable, se excitaba tan fácilmente en cuanto respiraba aire puro o su potente Ford negro se quedaba clavado en un hoyo, en medio de la carretera.

Y con todo, el colofón, la prueba más fuerte, que superaría en violencia a todas las situaciones anteriores, Julián había de vivirla a raíz de un viaje un poco a trasmano del itinerario normal, que ambos arquitectos realizaron a principios de otoño. El señor Boix recibió el encargo de construir un refugio montañero en el Valle de Arán. Paradójicamente, en el camino, tal vez porque dicho encargo seducía de manera especial a don José María Boix, éste se abstuvo de formular la menor protesta, a excepción —¡era la primera vez que aludía e ello!— de un comentario sobre el tiempo, lluvioso, que agudizaba los habituales dolores que padecía en la pierna izquierda. Trató con Julián temas muy diversos, con su voz agradable, aunque un tanto clerical. Le contó varias leyendas en torno a los Pirineos, de bella mitología popular; elogió el arte de Gaudí, admitiendo con buen talante las objeciones que al respecto le formuló Julián; viendo de lejos un pastor solitario, habló de la forma misteriosa como, a medida que pasaban los años, las personas iban perdiendo amistades que en un momento determinado imaginaron eternas. Todo, en fin, razonable y normal, incluidas las abalanzas que dedicó a la guapetona doncella que tenían en casa, Adelita de nombre, que era de Jaén, y que siempre se lamentaba de que él y la señora no hubiesen tenido hijos.

De pronto, el panorama cambió. Acercábanse al puerto de la Bonaigua, progresivamente cubierto de nieve, y he aquí que en un recodo, ya próximos a la cima, tropezaron con un batallón de trabajadores, de presos políticos, que armados con pico y pala, despejaban el camino. Hombres de toda edad, que miraron con cara hosca al Ford negro y a sus ocupantes, y que vestían de la manera más extravagante, protegiéndose del frío con los más insólitos gorros y casquetes.

Julián, habituado, no le concedió a la escena mayor importancia; don José María Boix, en cambio, dirigió a los guardias civiles que vigilaban a aquellos hombres una mirada que difícilmente Julián olvidaría.

El joven ayudante hizo una mueca de desencanto… ¡y tragó saliva de nuevo! Hasta que don José María Boix, después de cabecear repetidamente, con el tono de voz que utilizaba para acusar, preguntó:

—¿Qué opina usted de eso, señor Vega?

Julián, simulando estar distraído, se volvió hacia él.

—¿Cómo…? ¿A qué se refiere?

Don José María Boix señaló con el mentón a los trabajadores y a los guardias.

—A ese tipo de espectáculo…

Julián, al tiempo que daba varias chupadas a la pipa, miró a los prisioneros.

—Supongo que hay que pagar las deudas… —respondió por fin.

Los guantes de gamuza de don José María Boix se deslizaron como esquís por el volante.

—¿No cree usted que les basta con haber perdido la guerra?

Julián inmovilizó sus facciones.

—Hubo muchos muertos… —comentó.

—Sí, desde luego… —Don José María Boix marcó una pausa, pues en aquel momento llegaban a la cumbre, y añadió—: Y por lo visto está decidido que continúe habiéndolos durante mucho tiempo…

En otras circunstancias, el Valle de Arán, nevadas las cumbres, con niebla en las laderas y eternos verdes en la hondonada, les hubiera parecido algo así como un diorama navideño; en aquellos momentos, los picos de las montañas semejaban espadas en alto.

Y sin embargo, incluso en esa ocasión las espadas permanecieron quietas… Como siempre. ¿Qué explicación podía haber? El contacto que unía a aquellos dos hombres tocaba a su fin, y Julián se había demostrado a sí mismo que estaba en condiciones de despegar. Por si algo faltara, algunas veces, hablando de ello con Aurelio Subirachs y Claudio Roig, éstos se habían mostrado tajantes: «Cuando quieras levantar el vuelo, avisas. El mundo no acaba en la calle de Córcega. Trabajo no ha de faltarte…».

Bien, la explicación existía…, perfectamente válida. Pero era una explicación tan

íntima, tan personal, que no sólo Julián no podía confiársela a nadie sino que lo mantenía atado de pies y manos a merced de su jefe, de aquel hombre insensible a las concentraciones del Cerro de los Ángeles. Se trataba de la nota musical, jubilosa, del piso de la «calle de Córcega»; se trataba de Gloria, la mujer de don José María Boix.

Gloria y Julián se habían enamorado con un ímpetu que al principió les produjo asombro y, más tarde, tensa inquietud. Gloria, siempre con sus discretos jerseys de punto, colocando aquí y allá jarrones de flores; con su pelo castaño y sus grandes ojos; con inmensas ganas de sorpresa y de placer, encontró en Julián el remedio a la monotonía que cercaba su existencia. Anduvo unas semanas sin estar segura de lo que le ocurría. ¿Cómo es posible? Se había casado con don José María Boix porque éste significaba para ella la seguridad y la ternura. Fue un acto plenamente consciente. Gloria quería huir de su familia. Vivían en un desangelado piso de la calle de Villarroel, y sobre todo su padre y sus hermanos parecían no soportar su belleza y le tomaban el pelo porque en la mesa doblaba con cuidado la servilleta. Cuando la veían acicalarse ante el espejo, ¡y depilarse las axilas y las piernas!, ironizaban sobre su porvenir. «¡Te van a nombrar miss España!». «¡Mañana, en el Teatro Apolo, debut de Gloria, la sensacional *vedette* de la calle Villarroel!». La muchacha, que no sabía llorar, pataleaba de rabia y con los dientes iba arrancándose el esmalte de las uñas.

Conoció a don José María Boix un día en que éste, con mucha gentileza, le cedió un taxi… Y se asió como a un clavo ardiente al amor que aquel hombre le brindó. La primera vez que la invitó a cenar, Gloria soltó una carcajada al verle doblar, con mucho cuidado, la servilleta. Él no comprendió y le tomó la mano. Se casaron en 1929, poco antes de proclamarse la República, y Gloria le fue siempre fiel, porque don José María Boix la trató con el señorío que ella anhelaba, perdonándole incluso que, por un capricho de la naturaleza, no pudiera darle hijos. Ni siquiera durante su estancia en París la mujer sintió la tentación de vulnerar la promesa conyugal, pese a que el arquitecto envejeció allí prematuramente. Y he aquí que, de regreso a Barcelona, Gloria, tal vez debido a la inclemencia de la posguerra, por primera vez sintió la punzada del tedio. Don José María Boix lo advirtió y se desvivió más que nunca para mimarla, para protegerla y para que no le faltasen siquiera los perfumes a que en Francia ella se había habituado, pero todo fue inútil. Gloria se aburría. Sus padres continuaban en Villarroel y sus hermanos… dieron con los huesos en la cárcel. ¿Qué hacer? Se iba al cine, escuchaba el gracioso parloteo de Adelita, la doncella, ¡y los seriales de la radio! Hasta que, en el vestíbulo, aquella mañana soleada de septiembre conoció a Julián. «Señora…», le dijo éste; y le besó la mano.

La facha de Julián, su estatura, su ancho tórax, su piel curtida, de guerrero vencedor, la impresionaron vivamente. En el momento en que el muchacho, en la escalera, se acarició la mejilla derecha y murmuró: «Conque… el bombón, ¿eh?», ella se dirigió al espejo del baño y se sorprendió a sí misma levantando los brazos y a punto de exclamar: «¡Mañana, en el Teatro Apolo, debut de Gloria, la sensacional *vedette*… de la calle de Córcega!».

El forcejeo duró dos meses escasos. Julián se dio en el acto cuenta de la situación. Gloria era realmente hermosa, una hembra en plenitud, a la que no podían interesar de ninguna manera las ermitas destruidas ni las parroquias rurales, y mucho menos los quince años —eran muchos años— que le llevaba don José María Boix. Julián inició el asedio, a lo primero, cautamente, luego, con desfachatez, pues no era raro que lo invitasen a almorzar o que fuese Gloria en persona quien acudiese a abrirle la puerta. Hasta que una tarde la esperó fuera, fue siguiéndola, entró tras ella en el cine y de pronto se sentó a su lado y le susurró al oído palabras que ella deseaba oír desde el principio de los tiempos. Poco después comenzó la ronda de citas en una habitación lujosa, cerca de Pedralbes, a resguardo de cualquier indiscreción, y Gloria conoció allí, ¡por fin!, el repertorio de sensaciones que podía procuraran cuerpo varonil más joven que el suyo, pero al que aprendió a corresponder con creces y que tuvo la virtud de colmarla de felicidad.

¿Qué sucedería si, por incompatibilidad temperamental, o por razones profesionales, él dejaba de trabajar a las órdenes de don José María Boix? Gloria no podía pensarlo siquiera.

—Te vas a olvidar de mí… ¡Julián, dime que te quedarás! Por lo que más quieras, júrame que dejarás a un lado el amor propio y que té quedarás…

—Pero, muñeca… ¿por qué hablas así? ¿Quieres escucharme un momento?

—¡Sé de sobra lo que vas a decir! Que todo sería incluso más fácil… Que aquí corremos el peligro de ser descubiertos…

—¡Pues claro que sí! ¿No te das cuenta? ¡Si apenas aciertas a disimular!

—Eso es una tontería. Nadie sospecha nada. ¡Con el orgullo que hay en esta casa!

—Pero está la doncella… Y están los hermanos Balaguer… Y además…

—No te vayas, Julián, te lo ruego… Me gusta saberte cerca… Cuando trabajas en el taller, me gusta recorrer cien veces el pasillo… ¡Y soy yo quien suele prepararte el café del mediodía! Julián… no me dejes rodeada de cuadros antiguos y de planos perfectos clavados en la pared.

Gloria se abrazaba a aquel hombre que se marchó de Granada dispuesto a conquistar el mundo…; y el hombre, instantes después, tenía la sensación de haberlo conseguido.

¡Curiosa mujer! Mejor dicho, una mujer como las demás, según criterio de Julián, a quien durante la guerra el exteniente Saumells llamaba *el Jeque*, por cuanto deducía de sus éxitos que las mujeres nacían con decidida vocación de esclavitud y de encontrar un varón a quien decirle: «quédate, te lo ruego…».

¿Sentimientos de culpabilidad? Muchos, y muy intensos, por parte de Gloria. Todo cuanto era se lo debía a don José María Boix; Julián más bien sentía lástima de su jefe, tan embobado ante la menor carantoña o sonrisa de Gloria. ¡Ay, don José María Boix perdía todas las batallas! Se conocía al dedillo la botánica de la región, pero ninguna de las plantas medicinales que en ella crecían le proporcionaba la menor victoria. Por fortuna, él no se daba cuenta —en el fondo mantenía la secreta

esperanza de que una mañana cualquiera los alemanes se verían obligados a abandonar Francia—, por lo que continuaba en paz consigo mismo, mudándose la camisa todos los días, satisfecho de su cabeza de «artista» y de las hileras de cipreses que plantaba en las fincas campestres de sus amigos…

—Señor Vega, faltan dos semanas para que expire nuestro contrato verbal. Por lo que a mí respecta, estoy dispuesto a prorrogárselo indefinidamente en las condiciones que usted quiera…

CAPÍTULO V

JULIÁN LLEGÓ A LA CONCLUSIÓN de que lo más pertinente —de que lo único pertinente— era levantar el vuelo. Estaba en juego su destino profesional, que había de imponerse sobre cualquier otra condición. Julián no podía hipotecar por más tiempo sus ambiciones en un taller en el que la palabra «vanguardista» no figuraba en el vocabulario y en el que la máquina afilalápices gemía cada vez más. ¿Las súplicas de Gloria? No resolvían el peligro cierto de ser descubiertos un día u otro. Gloria lo tenía embriagado, pero por eso mismo el peligro era mayor.

No obstante, antes de tomar la irreversible decisión, quiso concretar con sus amigos, con Aurelio Subirachs y con Claudio Roig.

—Me dijisteis que el mundo no acababa en la calle de Córcega y que trabajo no habría de faltarme. ¿Podría saber qué perspectivas reales me esperan? Porque la verdad es que estoy harto. Tengo la impresión de llevar una camisa de fuerza.

Aurelio Subirachs hizo honor a su palabra, mientras Claudio Roig se limitaba a asentir con la cabeza. Aurelio Subirachs le garantizó dos cosas. La primera, que podía contar con su ayuda personal. «Constantemente he de rechazar encargos, porque no doy abasto. Desde ahora son tuyos. ¡Por favor, no lo consideres una humillación! Son trabajos dignos, ya lo verás». La segunda, que inmediatamente se pondría al habla con algún constructor de empuje, que tuviera imaginación y con el que Julián pudiera entenderse. «Eso no va a ser tan fácil, porque la mayoría van a lo suyo, como habrás podido observar. Pero en fin, llamaré por teléfono a unos cuantos amigos…».

Julián se quedó estupefacto. En aquel tiempo había intimado con Aurelio Subirachs y sabía que una promesa suya era ley. Intentó demostrarle su gratitud pero Aurelio Subirachs, acariciándose los bigotes de foca, lo interrumpió. «Es normal, ¿no?». ¿Normal? ¿Desde cuándo era normal dedicarse a echarle una mano al prójimo?

Sobre esas bases, la vida de Julián iba a dar un giro de ciento ochenta grados. Porque, se daba la circunstancia de que estaba también harto de la Pensión Paraíso y había visto un ático por alquilar, en la parte alta de la calle de Balmes, aireado y con mucha luz. Ideal para poner en la puerta una placa que dijera: «Julián Vega, arquitecto». ¡Qué maravilla! Un piso de soltero, que le concedería absoluta libertad.

No lo pensó más. Claudio Roig lo estimuló. «Adelante. Las cosas son así, se cierra un ciclo y empieza otro». El aparejador dijo esto porque acababa de recibir una carta de Tarragona, firmada por Saumells, *el Mujeriego*, en la que éste le anunciaba que «estaba decepcionado de muchas cosas» y que ingresaba en un noviciado. «Vocación tardía… Pero nunca es tarde para entrar en religión».

Julián, vencidas todas las dudas, puso manos a la obra. Resultó chocante que, en el momento de notificar su decisión, lo que más le dolió fue desairar a don José María Boix. Éste se quedó tan asombrado, sus ojos reflejaron una tristeza tan honda, que

Julián se sintió como desnudo. «Lo lamento mucho, señor Boix. Al margen de nuestras discrepancias, me ha tratado usted de una manera exquisita». Al señor Boix se le habían formado dos bolsas en las ojeras. Renqueó por el despacho, hasta pararse frente a una magnífica pieza de porcelana de Sèvres. Por fin consiguió reaccionar. Dio media vuelta. «¡Bien, señor Vega! La vida hay que tomarla como es. —Marcó una pausa—. Además, no se preocupe. Le comprendo perfectamente. Usted es todavía un chaval y es lógico que tenga más aspiraciones…».

Gloria rozó el ataque histérico, pero Julián aguantó el chaparrón. No quería perderla, de modo que le repitió los argumentos ya sabidos, impuesto de que no se trataba de una excusa, de que tenían validez. «No seas tonta, mujer. Es la solución perfecta. Incluso podremos vernos más a menudo, y en casa propia. ¡El ático de Balmes te gustará como a mí! Huele a pintura fresca y lo acondicionaremos a nuestro gusto». Finalmente la mujer cedió, aunque al ver marchar a Julián, definitivamente, de la calle de Córcega, lo miró como ciertos enfermos miran hacia fuera al sentir que se acerca el invierno.

El traslado fue cosa de coser y cantar. Claudio Roig ayudó a Julián y en un solo viaje todo el equipaje quedó depositado en el flamante ático. Julián se despidió sin grandes nostalgias de la calle del Carmen y, de rebote, del Barrio Chino. Algo más le costó separarse de doña Aurora, la cual comentó: «¡Lo que me temía! Una golfa lo ha pescado…». Julián replicó: «Nada de eso, mi querida señora. Pero me ha tocado la lotería y he decidido independizarme…».

Julián dividió también el piso en dos mitades. La parte que daba al exterior la destinó a taller, adquiriendo todo el instrumental necesario, incluidos un taburete giratorio y muchos libros y revistas técnicas que entraban en España desde Portugal. La parte interior la acondicionó como si fuera un auténtico hogar, con *living* agradable —tresillo junto a la chimenea, radiogramola y mueble bar—, y sin regatear nada para el dormitorio y el cuarto de baño, pues Gloria se lo tenía merecido. Claudio Roig, al palpar las sábanas, de excelente calidad, le dijo: «Menudo canalla estás hecho, ¿eh?». «Anda, no te metas donde no te llaman». El vestíbulo lo decoró a base de unas reproducciones de Picasso y de un grabado antiguo que representaba a Barcelona rodeada de murallas.

Por cierto que Manoli, la portera, que se encargaría de lavarle la ropa y de limpiar el piso, al ver el mueble bar, ¡y sobre todo las reproducciones de Picasso!, se convirtió en un signo de interrogación. Julián procuró tranquilizarla. «No se preocupe. No le daré la lata…». Manoli, que era una mujer de apariencia tosca, ancha de caderas y seria como un funeral, barbotó algo en catalán y se fue dando un portazo.

Sí, giro de ciento ochenta grados en la vida de Julián. Desde el balcón del ático el panorama de la urbe era inmenso y se veía, allá al fondo, una franja vertical de mar;

por la parte norte, el Tibidabo parecía al alcance de la mano. También se veía, en la propia calle, un poco más abajo, el restaurante Roma, donde Julián almorzaría y cenaría. Restaurante modesto, pero limpio, con motivos marineros en las paredes y servicio diligente.

Aurelio Subirachs tardó muy poco en hacer honor a su palabra y le proporcionó a Julián en seguida un trabajo: el proyecto de una editorial de tres pisos, con toda la parte trasera de la planta baja destinada a almacén. En cambio, lo mantuvo un tiempo esperando antes de dar con el constructor que, en su opinión, podía resolverle la papeleta. Aurelio Subirachs quería que no se tratase de un consentimiento esporádico y provisional, sino de algo sólido, con garantías de continuidad. Para ello era necesario que cupiera la posibilidad de que dicho constructor y Julián llegaran a ser amigos. Después de pensarlo mucho se decidió por don Rogelio Ventura —Rogelio para los íntimos—, propietario de «Construcciones Ventura, S. A.». No se le escapaba que era arriesgado jugar aquella carta, pero Aurelio Subirachs se las daba de psicólogo y honradamente creyó que, por lo menos a la larga, iba a lograr la combinación del siglo.

Como fuere, Julián, al oír aquel nombre, se llevó las manos a la cabeza. ¡Rogelio Ventura! Lo conocía sólo de vista, pero desde que llegó a Barcelona había oído hablar de él, muy popular en el ramo. Hombre bajito, calvo, tenía la particularidad de llevar tirantes, de ser un empedernido charlatán y de fumarse una buena cantidad de habanos al cabo del día. Don José María Boix lo tenía por el arquetipo de los constructores desaprensivos, sin escrúpulos, que pululaban por la ciudad.

Aurelio Subirachs salió al paso de tales juicios y le dijo a Julián, con su voz segura, de chantre:

—Cuidado, amigo… No te precipites. Me sé de memoria la vida y milagros de Rogelio Ventura y no veo en el horizonte nadie más idóneo para ti. Los madrileños lo calificarían de tipo fetén, y no se equivocarían; sin embargo, puedo garantizarte que muy poca gente lo conoce de veras. Dicen de él que es un ser grosero, instintivo, estomacal: pamplinas. Eso es sólo parte de la verdad. Es listo como nadie. ¿Sabes lo que significa caballo ganador? Pues eso. Al saber que eres de Granada me soltó a boca de jarro: «Pero ¿crees de veras que un muchacho nacido casi en África puede seguir mi ritmo?». ¡Oh, no le hagas caso, te lo ruego! Es su manera de expresarse. Treinta y cinco años, siempre está en forma y se ríe del lucero del alba, como es corriente entre los gorditos. Mejillas sonrosadas, ojos claros, azules… En fin, tiene una vitalidad tan arrolladora, tan convincente, que si me descuido, a raíz de hablar estos días con él me dejo engatusar y en estos momentos me encontraría proyectando un par de cuarteles para la guardia civil.

A Julián se le ocurrieron mil preguntas a la vez.

—Pero… ¿verdad que suelta eructos como para parar un tren?

—Sí, pero, si mal no recuerdo, tú hiciste la guerra, ¿no es eso? —replicó rápidamente Aurelio Subirachs.

—¿Soltero? —interesó Julián, como si tal circunstancia fuera importante.
—Soltero.
—¿Vive solo?
—Eso lo sabe él. Su secretaria es muy mona y se llama Marilín.
—¿Cómo llegó a eso de la construcción?
—¡Huy, ésa es una historia muy larga! Ya te enterarás…
—¿Por qué crees que es la persona idónea para mí?
—Porque tiene una gran experiencia y un olfato fenomenal. Huele a las personas a la legua. Porque a su lado se aprende mucho… Yo, por lo menos, he aprendido de él que en la vida hay que actuar con una convicción: que se puede ganar. Es un excelente jugador de póquer, ¿entiendes?
Julián parecía desconcertado.
—No del todo, pero tengo confianza en ti.

Rogelio Ventura era, efectivamente, un ser dual, complejo y merecedor de muchos de los epítetos que le colgaban, «De todos modos, para trabajar con un angelito pudiste quedarte con don José María Boix, ¿no?». Verlo actuar era asistir a una película de acción. De aquí que Claudio Roig, al margen de los recelos que el hombre le inspirase, lo envidiara en grado sumo. Rogelio Ventura era lo que Claudio Roig, muchas veces, hubiera deseado ser: alguien seguro de sí mismo. En vez de ello, el aparejador era cada día más tímido y su existencia transcurría trabajando sin descanso, sin protestar jamás, y cuidando de «sus» dos viejecitos, parientes de su padre, él hemipléjico y babeante y ella sorda como una tapia y con dos ojos que ya no le servían para ver. «Ya me conoces, Julián: yo nunca he jugado al póquer…».

Rogelio Ventura era excautivo. Se pasó prácticamente toda la guerra en la Cárcel Modelo, lo que eliminaba por definición cualquier duda en el aspecto político, sobre el que Julián estaba harto escarmentado. Ya en la cárcel dio muestras fehacientes de su temperamento campechano y astuto: se ganó la simpatía de muchos milicianos e incluso la de un jefazo llamado Juan Ferrer, que en dos ocasiones le salvó la vida y que a la sazón se encontraba exiliado en París, dueño de un hotel. También intimó mucho con un recluso de su misma celda, tipo extraño y sinuoso, llamado Jaime Amades, que por consejo suyo se dedicaba a la publicidad pero que, en cuanto podía, se iba a «Construcciones Ventura, S. A.» y no se movía del lado del «gran» Rogelio, como él lo llamaba.

El constructor era oriundo de un pueblo de la provincia de Barcelona, Llavaneras, donde su familia, desde antiguo, regentaba un plantío de árboles. Al salir de la cárcel se fue a su casa y descubrió que dicho negocio, en manos de su madre y de dos hermanos, le quedaba estrecho. Entonces cogió el petate y se fue a Barcelona a tentar al diablo. Sus comienzos fueron, ¿cómo decirlo?, un tanto sobresaltados. Pocos miramientos, desde luego. Compraba y vendía máquinas de escribir, neumáticos,

chismes de poca monta… ¡Una temporada ejerció de detective particular! Y tal vez se dedicara también al timo de la estampita… Como fuere, consiguió algunos ahorrillos, hasta que de repente, ¡zas!, la jugada inesperada. Aprovechando que tenía buena labia y que era bajito se introdujo en los cuarteles… y se forró. Se forró con las subastas, como tantos otros. Primero fue una partida de rollos de alambre; luego, chatarra; luego, un camión despanzurrado, dos camiones, tres… «¡Lo que quieras!». Al estallar el conflicto mundial se dijo: «¡ésta es la mía!». Alquiló toda una planta del chaflán norte Consejo de Ciento-Aribau y puso en los balcones un rótulo colosal que decía: «Construcciones Ventura, S. A.». ¡Así llegó el hombre a la construcción! Naturalmente, no tenía la menor idea de lo que eran el gótico y el rococó, mas para sus propósitos, maldita la falta que le hacía. Porque, el caso es que prosperaba, que prosperaba vertiginosamente, sobre todo comprando y vendiendo solares y también pisos de lujo para los fabricantes de Sabadell y Tarrasa, «los cuales hacían su agosto con sólo revender los cupos de materia prima que les asignaban de Madrid». Pero también construía mucho, gracias a que, con la ayuda de su repertorio de argucias, a él nunca le faltaba el material necesario.

Muchos ejemplos había para demostrar la complejidad de su temperamento. Por un lado, estrangulaba a los intermediarios y a quien se le pusiese por delante entorpeciendo su labor; por otro, tenía rasgos de una generosidad extraordinaria, especialmente con sus empleados. Éstos lo adoraban. Se preocupaba de sus pequeños problemas y, por supuesto, de sus dentaduras. Era una manía suya, de imposible calificación. No soportaba que alguien que trabajase para él tuviera una muela picada. «¡Eh, tú, al dentista! Y que manden la factura a Caja». De ese modo las dentaduras que se exhibían en las oficinas de «Construcciones Ventura, S. A.» componían un muestrario casi artístico.

Otra variante demostrativa de su dualidad eran sus amistades. De una parte, su excompañero de cárcel Jaime Amades, contertulios del café de la esquina y el dueño y los dependientes de la barbería «La Esperanza», adonde iba a afeitarse todos los días a media mañana. El dueño se llamaba Deogracias y era un bendito, tristón por naturaleza, que escuchaba a «don» Rogelio como a un oráculo y que aseguraba de él que llegaría a ser directivo del Club de Fútbol Barcelona. De otra parte, arquitectos de valía, como Aurelio Subirachs. Y más aún: en cuanto inauguró la constructora se hizo socio del Club de Golf y del Barcino, y allí alternaba con gente de alcurnia, con tal capacidad camaleónica que era muy raro que alguien le viese el plumero. En esos lugares de postín sus dos conquistas más conspicuas fueron la del joven banquero Ricardo Marín, que lo consideró también «caballo ganador» y actuó en consecuencia no denegándole ningún crédito, y el inefable conde de Vilalta, aristócrata catalán, dueño de un periódico matutino, importador de yute y mecenas deportivo. El conde de Vilalta se reía mucho con Rogelio, especialmente con sus chistes verdes. «¡Rogelio, es usted el no va más!». «Pero usted, señor conde, juega al golf mucho mejor que yo…».

Resumiendo, era un pícaro, pero no se sabía si lo era de siete suelas, o sólo de cinco, o sólo de dos. Tenía una memoria prodigiosa para recordar y apropiarse las frases ingeniosas que se pronunciaban alrededor. Lo de la soltería lo llevaba a rajatabla. «Con la mercancía que circula por ahí, no comprendo que un hombre se ate para toda la vida con una sola mujer». Entre otras razones, Aurelio Subirachs pensó en él porque, en un momento determinado, podía mostrarse dispuesto a jugar la carta grande. Creía en el futuro y en las programaciones a largo plazo, lo que en el gremio era poco frecuente… Si Julián sabía llevarlo y hacía buenas migas con él, acaso a la primera oportunidad pudiera dar rienda suelta a los revolucionarios proyectos que llevaba en la mollera. Si se colocaba a la defensiva, todo estaba perdido y habría que seguir buscándole encargos para proyectar editoriales de tres plantas con almacén en la parte trasera.

—La cuestión es que no le hagas demasiadas preguntas, ¿comprendes?

—¿Preguntas? ¿Qué quieres decir?

—Que no te metas en su mecánica, en su sistema de contabilidad… Tú a tus planos y a cobrar, ¿está claro?

Julián se desconcertó de nuevo.

—Creo que sí.

Julián se dirigió a «Construcciones Ventura, S. A.», dominado por sentimientos contrapuestos. Le obsesionaba la figura espasmódica del dueño de la empresa y no se le escapaba el lado bueno de la cuestión; no obstante, se preguntaba si alguien era capaz de jugar con aquellos naipes sin ensuciarse las manos. Sólo un hombre hubiera podido convencerlo para que diera aquel paso: Aurelio Subirachs.

Mientras subía la escalera que conducía al despacho y a las oficinas, se dio cuenta de que los peldaños crujían como si tuvieran bronquitis. La casa, desde luego, era bastante destartalada y resultaba difícil imaginar que allí dentro se cocieran negocios importantes.

Llegado al rellano empujó la puerta y se encontró en un pequeño recibidor, un tanto oscuro. No le dio tiempo a desanimarse. Salió a su encuentro una secretaria de muy buen ver, limpia, redondita —sin duda Marilín—, con blusa roja y zapatos de tacón alto. Llevaba en la mano un bloc y un lápiz.

—Don Rogelio Ventura me está esperando…

La muchacha lo miró de arriba abajo como si Julián acabara de entregarle un ramo de rosas.

—¿Su nombre, por favor?

—Julián Vega.

La muchacha consultó su bloc.

—Sí, en efecto. —Sonrió y añadió—: Perdone usted, señor Vega, pero tendrá que esperar un momento. Don Rogelio está en «La Esperanza».

—¿La Esperanza?

—Es la barbería de abajo… Pero no tardará. Cuestión de cinco minutos. —Nueva sonrisa—. ¿Quiere sentarse?

Julián, aturullado, miró alrededor y segundos después se encontró con que la secretaria se había diluido y él había apoyado sus posaderas en un diminuto taburete situado junto a un paragüero, en un rincón.

Apenas si tuvo ocasión de farfullar varios tacos intrínsecamente andaluces y de forjar planes absurdos. Oyó, eso sí, al otro lado de una puerta de cristal opaco, el lento tecleo de varias máquinas de escribir. De pronto, como irrumpe en una habitación una súbita ventolera, apareció en el vestíbulo Rogelio Ventura, afeitado que era un primor, con un acompañante que desapareció en seguida tras la puerta de cristal opaco. Rogelio Ventura reconoció en el acto el bulto que el arquitecto hacía en el taburete y, sin darle tiempo a ponerse enteramente de pie, le estrechó con tal fuerza la mano que Julián tuvo que morderse con disimulo el labio inferior.

—¡Discúlpeme usted, señor Vega! Precisamente me gusta la puntualidad… Pero ¡ese barbero de la puñeta! Por poco si con la prisa me corta el pescuezo.

Rogelio Ventura olía a Floid. Julián iba a decir algo, pero el constructor, anticipándose con energía, lo invitó a pasar al despacho.

—Discúlpeme otra vez —le dijo al llegar allí—. Vuelvo al instante. —Y desapareció por una puerta simulada, que con toda probabilidad daba a los lavabos.

Julián permaneció de pie y se dedicó a inspeccionar la estancia en que se encontraba. Le llamaron la atención, en las paredes, una serie de calendarios representando mujeres en bañador. En la mesa, un tintero rematado por la silueta de un sátiro. Montañas de carpetas, un teléfono, una lámpara, un trozo de metralla que servía de pisapapeles.

El tresillo, situado a la izquierda, aparecía tan desgastado como los peldaños de la escalera. Había un ventanal al fondo, por el que revoloteaba un moscardón.

Rogelio Ventura regresó en seguida. La enorme estatura de Julián no pareció acomplejado. Mientras lo invitaba a sentarse, cogió una caja de habanos que había en la mesa y le ofreció: «¿Fuma usted?».

—Gracias, fumo en pipa —rechazó Julián, tomando asiento. Y mientras él encendía su cachimba, la preciosa cachimba que le regaló Mari-Tere, Rogelio Ventura inició el delicado rito de cortar la puntera del cigarro y encenderlo luego, haciéndolo rodar voluptuosamente entre los dedos y dándole fuertes chupadas.

—¡Bien, encantado de conocerle, señor Vega…! —Se sentó a su vez—. Aurelio Subirachs me ha hablado tanto de usted… ¡Ah, antes de que se me olvide!: me gustaría decirle que es usted un santo, amigo mío… ¡No, no proteste, no proteste! Un hombre capaz de trabajar un año seguido con don José María Boix es un santo. ¡Ja, ja! —y el dueño de «Construcciones Ventura, S. A.» soltó la primera carcajada.

El arquitecto, que consideró de mal gusto la chanza sobre su exjefe, recordó las palabras de Aurelio Subirachs: «Se ríe del lucero del alba».

—La verdad —se contuvo Julián— es que don José María Boix se ha portado conmigo de una manera exquisita.

—¿Exquisita? ¡Oh, claro, claro! Mi comentario ha sido una broma… Bromear es para mí…, ¿cómo se lo diría yo?, algo congénito, ¿se da cuenta? —y Rogelio Ventura dio otra chupada al cigarro, con tal potencia que lo redujo a la mitad, sin que Julián se enterase de adonde había ido a parar el resto.

El moscardón de la ventana reanudó su actividad y Rogelio Ventura, al darse cuenta, como tocado por un resorte, se levantó, tomó un periódico y de un golpazo lo mató. Luego volvió a sentarse.

—Bien, señor Vega… Desearía que todo esto resultase beneficioso para los dos. Por mi parte, estoy encantado. —De pronto, su voz adquirió un matiz de honda convicción—. Además, he de estarle agradecido. ¡Sí, sí! Entró usted con las tropas, estando yo en la Modelo, y por lo tanto contribuyó a mi liberación. ¡Esas cosas cuentan, sí, señor! Por lo menos, yo no las olvido jamás…

Julián observaba a su interlocutor y llegó a la conclusión de que lo más incisivo que había en él eran los ojos, claros y azules, en efecto, pero tras los cuales probablemente se ocultaba una tremenda frialdad interior.

—La verdad es que aquello no tuvo importancia. Cumplimos con nuestro deber.

—¡Caray con el deber!

Acto seguido Rogelio Ventura añadió que con eso de los contactos humanos ocurrían fenómenos extraños. La primera vez que Aurelio Subirachs le habló de él pensó que eso de ser andaluz podía constituir un obstáculo. ¡Lamentable error! Precisamente estaba cansado de oírles decir a los capataces de las obras que los catalanes y los andaluces, por motivos desconocidos, solían entenderse a las mil maravillas.

Julián Vega cambió de opinión. No, lo más incisivo de Rogelio Ventura no eran los ojos, claros y quizá fríos; era la sonrisa. Al sonreír le brillaba un diente de oro, que hacía juego con el alfiler, también de oro, que llevaba en la corbata.

—Me alegra oírle hablar así. Yo también me he dado cuenta de que, salvo en algunos detalles, me siento aquí como en mi segunda tierra.

—¿De veras? ¡Enhorabuena! ¿No echa de menos los chatitos de Granada?

—De ningún modo. Puedo prescindir de ellos sin el menor esfuerzo.

—¡Lo dicho, amigo mío! Es usted un santo —y Rogelio Ventura soltó otra carcajada.

Aquí se interrumpió el diálogo. En ese momento entró, sin llamar, Marilín, tan campante, llevando un platito y un vaso con cucharilla y dijo:

—Lo siento, don Rogelio… El bicarbonato.

Rogelio Ventura hizo una mueca de asco y miró a Julián.

—¡Ya lo ve usted, señor Vega! A juicio de Marilín, que me conoce muy bien, soy un ser flatulento… y que padece acidez.

El constructor, después de disolver con la cucharilla el líquido blancuzco, se lo

tomó de un sorbo… ¡y eructó! Julián no supo qué cara poner, mientras Marilín recogía el servicio y se dirigía hacia la puerta, taconeando con más garbo que nunca.

A continuación, Rogelio Ventura pareció dispuesto a entrar de lleno en el tema que los tenía frente a frente, a concretar. Primero le ratificó que, pese a las apariencias, la casa construía cada día más. «En estos momentos tenemos en curso lo menos un par de docenas de obras, de todos los tamaños y para todos los gustos —afirmó—. Y anteayer el señor obispo —por cierto: ¿se dice ilustrísimo o ilustrísima?— bendijo los locales de una fábrica de géneros de punto, levantada enteramente por "Construcciones Ventura, S. A."». Luego le dijo que la costumbre era no tener arquitectos en exclusiva, de plantilla. «Por aquí desfilan muchos. Se les encarga el correspondiente trabajo, y aparte que cada uno haga lo que le dé la gana, ¿comprende?». De momento, no podían hacerse filigranas, porque el cliente mandaba; «pero nuestra intención —ya se lo diría Subirachs— es acabar con la rutina del gremio y llegar a cometer auténticas locuras». Condiciones, las de costumbre: un tanto por ciento del valor de ejecución material de la obra, «naturalmente, siempre y cuando los proyectos hayan merecido previamente nuestra aprobación, la aprobación de "Construcciones Ventura, S. A."».

—¿Alguna pregunta?

—Sí —intervino Julián—. Desearía saber por qué de repente emplea usted el plural.

—¡Oh, muy sencillo! Porque, en esta casa quiero dar la impresión de que un servidor vale por dos —y Rogelio Ventura, por primera vez, y puesto que ya se había liberado del cigarro habano, hizo chascar los tirantes.

Julián tuvo que reconocer que se encontraba ante un sistema de reflejos notablemente directo. Para no quedarse rezagado, acto seguido le preguntó al constructor si había pensado en algo específico, concreto, para él.

—¡Por supuesto! ¡Por supuesto! Precisamente hace poco hemos adquirido una serie de solares en la zona del Turó Park. ¿Conoce usted el Turó Park? Bien, me alegro. Así ya sabe usted el repugnante aspecto que ofrece aquel barrio. Edificios aislados, montones de escombros, una pista de patinaje para romperse los huesos, manadas de cabras… ¡Una calamidad! ¿No le apasionaría adecentar un poco todo aquello, levantando un bloque de viviendas funcionales, a precios asequibles, pero dignas y según su estilo?

Julián, al oír esto, no pudo remediarlo. Puso cara de niño en la mañana de Reyes.

—Desde luego me encantaría…

—Pues podríamos empezar por ahí… —remató Rogelio Ventura—. A Aurelio Subirachs el asunto le ha parecido de perlas. Nos ponemos de acuerdo para visitar un día de éstos dichos solares, y puede usted empezar a trabajar. Naturalmente, si el planteamiento de la cuestión que hasta ahora le he hecho le parece correcto…

¡Un bloque de viviendas! ¡Transformar el aspecto de un barrio! Julián, que también había dejado de fumar, se llevó los índices a los labios.

—Desde luego —admitió—, todo esto se está pareciendo a un cuento de hadas. En cuestión de pocos días, me encuentro en situación de pegar el salto con que soñé desde que salí de mi patria chica.

—¡Por favor, amigo, no se ponga usted sentimental! Yo sólo me pongo sentimental cuando hablo de la Cárcel Modelo y cuando voy a Madrid, a los Ministerios, en compañía de mi querido amigo el coronel Rivero.

—¿El coronel Rivero?

—Claro, usted no sabe quién es. Pero su presencia allí me abre todas las puertas. A veces, con franqueza, salgo con una serie de papeles firmados que hacen que casi se me salten las lágrimas.

Julián pensó que el cinismo de Rogelio Ventura había hecho su aparición y se acarició el pelo rubio. Se puso serio. De pronto la biografía del hombre que tenía delante le pasó por la mente. «Los madrileños lo calificarían de tipo fetén, y no se equivocarían». «Un pícaro, aunque no se sabe si lo es de siete suelas, o sólo de cinco, o sólo de dos». «Tal vez se dedicara también al timo de la estampita…». «Sus empleados lo adoran». Sí, había algo contagioso en la personalidad del constructor. Imposible negar que era el caso del bribón simpático hecho realidad.

Rogelio Ventura se dio cuenta de que algo pasaba por el cerebro del arquitecto.

—¿Ocurre algo, señor Vega?

Julián disimuló.

—Nada, nada absolutamente… Sólo quería preguntarle si la costumbre de la casa es trabajar de prisa… o despacio.

Rogelio Ventura casi pegó un salto en el sillón.

—¡De prisa, de prisa! Los pies están hechos para andar, ¿no le parece?

—De acuerdo, de acuerdo… Procuraré no perder el tren.

Entonces Rogelio Ventura cedió a la tentación de darle algunos consejos, valiéndose de que le llevaba unos cuantos años. «En el mundo moderno, para triunfar, cada día hará falta más ambición, y la ambición no permite descansos demasiado largos». «En el ramo de la construcción la lucha es a muerte y quien pega primero pega tres veces». «Le convendría hacerse socio del Club de Golf y del Barcino, donde podría entrar en relación con personas que podrían echarle una mano…». Él lo había hecho y le iba de maravilla.

Julián estuvo de acuerdo en todo, menos en lo último. De momento no estaba en condiciones de codearse con la llamada alta sociedad.

—¡Grave error! —censuró Rogelio Ventura—. ¡Hay mujeres de aúpa! Y usted, con su facha y su cachimba, se las metería en el bolsillo, dicho sea para emplear una expresión moderada…

El arquitecto sonrió.

—Me las voy arreglando, señor Ventura… Y no olvide que tendré que ocuparme, con prisa, de los bloques del Turó Park…

—¡Ah, un último consejo! Eso del ajedrez… hace perder mucho tiempo, ¿no

cree?

Julián se acarició la mejilla derecha.

—Sí, pero me gusta. ¡Con su permiso, seguiré jugando!

La entrevista había durado lo suficiente y el arquitecto se puso en pie. Rogelio lo imitó. Tampoco en esa ocasión la estatura de Julián pareció acomplejar al constructor. Aquél le preguntó por la insignia que éste llevaba en la solapa y Rogelio Ventura le dijo:

—¡Huy, eso es algo serio, amigo Vega! La insignia del Club de Fútbol Barcelona… ¿Le gusta a usted el fútbol?

—Prefiero los toros…

—¡Naturalmente! Es usted del Sur…

—¡Bah!… Yo creo que empiezo a ser un poco de todas partes…

Rogelio cogió del brazo a Julián y lo acompañó hacia la puerta. Apareció Marilín y el constructor le preguntó:

—¿Hay alguien esperando?

—El señor Amades…

—¡Bueno! Ese hombre se está convirtiendo en mi guardaespaldas…

La despedida entre los dos fue cordial. «¡Hasta pronto!». «¡Hasta pronto!». Rogelio Ventura sostuvo la puerta y el arquitecto se lanzó materialmente peldaños abajo… Exactamente lo que le ocurrió a la salida de la primera entrevista con don José María Boix.

Julián no sólo escribió a Granada notificándoles su nueva «situación», sino que quiso que fueran felices y se gastó en regalos el resto de sus ahorros. «Para mi padre, para mi madre, para Manolo, para los hijos de Manolo, para mis hermanas… ¡Ahí va!». La respuesta fue conmovedora. Una carta firmada por toda la familia, que rezumaba añoranza, pero al propio tiempo alegría por los progresos que les anunciaba. En una posdata Mari-Tere le recordaba simplemente* «¿Cuándo me mandarás a buscar…?». Por su parte, Manolo dibujó al dorso un fornido atleta que fumaba en pipa, cuyas espirales de humo silueteaban una sola palabra: ADELANTE.

Adelante… Era lo propio. Julián no cabía en sí de gozo, sobre todo porque el día que visitó en compañía de Rogelio Ventura la zona del Turó Park, después de inspeccionar el terreno y de tropezar varias veces con una palangana rota que había entre los escombros, estuvo singularmente inspirado, mostrándose a la vez «minucioso» y «visionario», perfecta combinación, ajuicio de Rogelio Ventura, quien tuvo buen cuidado de guardarse dicha opinión para sí.

Como fuere, Julián, antes de lanzarse a trabajar y cediendo a sus impulsos, se dedicó a recorrer con «otros» ojos aquella urbe que lo había recibido con banderas locas y una niña hambrienta pidiéndole chocolate, y que en adelante él contribuiría a engrandecer. Entonces comprobó que Barcelona, bajo la luz otoñal, era hermosa. Los

árboles de las Ramblas se teñían del color de las custodias y el crepúsculo peinaba una a una las hojas con aquel punto de melancolía que tanto gustaba a Gloria. Por lo demás, quedaban al descubierto cierta sabia ordenación urbanística y la majestad de ciertas avenidas. Recorrió los alrededores del puerto y prestó atención a los pregones y voceríos… «¡Cien iguales para hoy!». «¡Cien iguales para hoy!». Julián sonreía… ¿No le había ya tocado —lo dijo mil veces— el gordo de Navidad? Los vendedores de periódicos anunciaban algo referente a los paracaidistas alemanes… ¡Al diablo la guerra! ¿Cómo…? Sorprendido de su propia reacción, compraba *El Noticiero* o *La Prensa* y procuraba en lo posible interesarse por las batallas que tenían lugar en Europa… Pero la verdad era que pronto se fatigaba y volvía a contemplar lo que le salía al paso. ¡Ah, sí, la vida era eso, una mezcla de escaparates y de bicarbonato, de fidelidad de Claudio Roig y de regalos a la familia, de tinteros coronados por un sátiro y de vallas que en el Turó Park decían: «Construcciones Ventura, S. A.»! La vida daba saltos, pegaba brincos, como el Ford negro de su exjefe por las infames carreteras que conducían al Valle de Arán. «Por favor, una copa de coñac».

El remate —Julián se preguntó si las gitanas del Albaicín se lo habían preconizado— fue Gloria, como tenía que ser. En efecto, Gloria cumplió debidamente con el pacto establecido, pues terminó por aceptar con júbilo que el ático de Balmes era infinitamente más personal que aquel establecimiento de Pedralbes en el que los amantes se turnaban como en un tiovivo carnal que daba vueltas sin fin. El nuevo piso confería a sus relaciones con Julián un carácter peculiar, con la placa en la puerta que decía: «Julián Vega, arquitecto» y una cama en la que no se mezclaban perfumes ajenos.

—¿Ves, muñeca, como yo tenía razón?

—Sí, cariño… ¡Pero en casa continúo echándote de menos!

—No seas tonta. Ahora puedes llamarme por teléfono a cualquier hora…

—Sí, eso es cierto.

Pronto el dormitorio y el cuarto de baño quedaron impregnados de Gloria. Y el taller, en cuyas paredes se veían ya, ¡clavados con chinchetas de colores!, los primeros bocetos del bloque que le encargó Rogelio Ventura. Hasta los libros y las revistas acabaron oliendo a besos interminables. De hecho, la exaltada unión de la pareja cruzó raudamente los días y las semanas y alcanzó su saturación, bajo la enigmática mirada de las figuras de Picasso colgadas en el vestíbulo y que parecían observar a la vez todas las virtudes y todos los pecados capitales.

CAPÍTULO VI

JAIME AMADES, el hombre que se estaba convirtiendo en el «guardaespaldas» de Rogelio Ventura y que había estado con él en la Cárcel Modelo —entraron y salieron el mismo día—, al conocer a Julián diagnosticó:

—Me parece, Rogelio, que has hecho un buen fichaje. Tiene buena pinta y, desde luego, una dentadura mucho más perfecta que la mía…

Jaime Amades trabajaba, en efecto, en el ramo de la publicidad. Era el propietario de la modesta empresa llamada Agencia Hércules. ¿Por qué Rogelio le había aconsejado, al término de la guerra, que se dedicara precisamente a esa labor? Por la sencilla razón de que lo sabía cargante y gelatinoso, pero al propio tiempo astuto, inteligente y singularmente dotado para exagerar cualquier nadería. En la cárcel teatralizaba los bulos y era el primer chivato de la comunidad. «La publicidad es un campo inédito, Amades —le dijo el constructor—. Y tú reúnes todas las condiciones para triunfar en él: metes la nariz en todas partes, te gusta llamar la atención, conoces las debilidades del prójimo… ¡Monta una agencia! Pero, eso sí, ponle un nombre sonoro, macizo, que dé la impresión, ¡y perdona la calumnia!, de que tienes una gran seguridad en tus propias fuerzas».

El fino oído de Jaime Amades captó el mensaje y pronto apareció en un entresuelo de la calle de Aribau un letrero que decía: Agencia Hércules. Jaime Amades no tenía idea de cómo llevar el asunto, pero su tenacidad y ambición consiguieron abrir brecha, de suerte que en el momento en que plantó en el Turó Park la valla de «Construcciones Ventura, S. A.» tenía en el despacho un dibujante y una mecanógrafa. Y no había hecho más que empezar…

La gran virtud de Jaime Amades era su aguante. Podían pisotearlo, y él se quedaba tan fresco. Iba a lo suyo, y sanseacabó. Sudaba mucho y tenía cara de pájaro adulón, con el pelo muy rizado y las orejas rojizas y transparentes. Tenía accesos de asma y tosía mucho, lo que le obligaba de continuo a pedir perdón… Curiosamente, su viscosa manera de comportarse hacía que muchas personas, aun sintiendo alergia, no pudieran prescindir de él; por supuesto, una de esas personas era el propio Rogelio. «¡Amades! ¿Por qué no me acompañas al Ayuntamiento? Anda, de paso te invito a un café y me cuentas los últimos chistes que corren por ahí…». «¡Amades! ¿Dónde diablos te metiste anoche? Quería echar una partidita y Marilín se hartó de llamarte a la oficina…». Julián, a poco de conocerlo, se quedó sólo con la alergia.

Amades sonreía… Amades sonreía siempre, excepto cuando su mujer, Charito de nombre, que tenía la costumbre de llamarlo por el apellido, abusando de su mayor energía lo cogía por la solapa y le imprecaba: «¡Bribón, que eres un bribón!». ¿Por qué era un bribón Jaime Amades? Por nada, por una bobada, porque se había manchado el traje o porque al echar la siesta roncó demasiado fuerte.

Tal vez el principal motivo de desavenencia conyugal fuera una distinta

concepción de la vida. La época era mala, el país en general —y Barcelona en particular— andaban a la pata coja y en el momento de fijar responsabilidades el hombre iba por un lado y la mujer por otro. Amades lo achacaba todo a la maldita guerra mundial, que hacía que la gente se abstuviese de forjar planes que no fuesen ir tirando, sobrevivir. «¿Anuncios dice usted? ¿Qué diablos quiere que anuncie, si reponer lo que hoy vendo a diez mañana va a costarme a ciento?». «¡Amades, vive usted en el limbo! ¿Quiere echar una ojeada al almacén? Pase la semana entrante y verá: *Cerrado por defunción*». Y así una empresa tras otra, un comercio tras otro… ¡Menos mal que se defendía con las casas patrocinadoras de los seriales radiofónicos, así como con los anuncios en cines y teatros! Charito, en cambio, enfocaba la cuestión desde otro ángulo. A su juicio, la gente, que sufría horrores, que las pasaba moradas, estaba siendo víctima de una «estafa colosal» por parte de los que mandaban. Y defendía su tesis con abundancia de datos y gran convicción. Por descontado, su forma de hablar era muy distinta a la de don José María Boix: hablaba sincopadamente, e intercalaba sin cesar frases referidas a sí misma:

—Amades, la gente tiene razón… ¿Cómo quieres que no se lamente, vamos a ver? Deberías anunciar por las calles: «¡Agencia Hércules regala aceite, carbón, abrigos y bufandas!». Por cierto: ¿me trajiste el azúcar? Vaya, menos mal… Pues sí, salvo unos cuantos privilegiados, como tu famoso Rogelio, los demás están hartos de pasar calamidades. ¿No te das cuenta de que esto se está pareciendo al tiempo «rojo», cuando todo el mundo creía que habían llegado las vacas gordas? ¡Anda, no empieces a sudar, que me pones nerviosa! La gente ha de trabajar diez, doce, catorce horas diarias para salir adelante… ¡Me gustaría saber cuánto le pagas a tu delineante! ¿Cómo…? ¡Estupendo! Para comprarse unos calzoncillos… ¿Y a tu mecanógrafa? ¡Magnífico! Para comprarse unas bragas… Deberías escuchar a Julio, en vez de mandarlo a hacer gárgaras. Al fin y al cabo, es sobrino tuyo y huérfano, ¿no? Si todo fuera tan fácil, ya tendríamos el cochecito que me prometiste para Navidad… ¡A ver si abres de una vez los ojos y te enteras de que en los hospitales se mueren como moscas! Hasta los niños de las escuelas cantan canciones sobre la tuberculosis. ¿Quieres que te cante la que está de moda? ¡Pues tienes que oírla! —y Charito, que había sido cupletista, y que todavía echaba buenas carnes, se ponía a cantar el *Raskayú*…

El propietario de la Agencia Hércules no entraba en el juego. Mejor dicho, creía que la gente debería afrontar con más arrestos la situación, que lo que faltaba en el país era optimismo. Por eso admiraba tanto a Rogelio, que en vez de acobardarse como tantos otros, se había lanzado a luchar. ¿Privilegiado? Lo mismo hubiera podido chaquetear y volverse a Llavaneras, al plantío de árboles que dejó en manos de su madre y de sus dos hermanos; pero decidió lo contrario, y ahí estaba, tan campante, encargándole otra valla —otros *«solares adquiridos»*— allá por la zona de la estación. ¿Se aprovechaba de su condición de excautivo? ¡Cuántos y cuántos lo eran y no supieron levantar cabeza!

Cabe decir que algunas noches, a la hora de cenar, mientras los cubiertos sonaban como petardos, Amades necesitaba de toda su fuerza de voluntad para no desalentarse. Aparte de que súbitamente se preguntaba si lo de los hospitales sería cierto, su mujer y el perillán de Julio, su sobrino, lo tenían apabullado. Su sobrino andaba por ahí con documentación falsa, a salto de mata y huyendo de la policía. Últimamente repartía barras de hielo por los tabernuchos del Paralelo y no contaba más que miserias. En cuanto a Charito —¡sí, menos mal que todavía echaba buenas carnes la muy pillastrona!—, era más ambiciosa que un pavo real. ¡Dale con el cochecito de marras! Quería presumir… Eso, eso era lo que ocurría. Y si azuzaba a su hombre de aquella manera era por puro egoísmo, para que éste imitara a Rogelio y no a los comerciantes que decían: «¡Amades, vive usted en el limbo!».

De todos modos, no llegaba la sangre al río… Calculando, Amades no tenía motivo de queja. Empezaba a descubrirle el intríngulis al oficio, que a largo plazo era tiro seguro y cuya base debía ser el cacumen para inventar *slogans*. En efecto, cuando acabase la cuarentena, hasta los más reacios se darían cuenta de que sin publicidad los negocios se estancaban. Ésa era, por descontado, la teoría de su gran amigo Rogelio Ventura, quien lo animaba en tal sentido, prometiéndole además que podría contar siempre con él —a condición de que continuase husmeando en todas partes… —, y augurándole que algún día la Agencia Hércules haría honor al nombre «sonoro, macizo» que con tanto acierto había elegido…

—Problema de neuronas, querido Amades… Anótate esta palabra. Y un consejo, a título personal: déjate de monsergas y haz un poco de gimnasia rítmica todas las mañanas…

Jaime Amades sonreía… y su cara de pájaro adulón alcanzaba la máxima expresividad. Sin embargo, al salir de la Constructora se pasaba el pañuelo por la frente… ¿Gimnasia rítmica? Charito se desternillaría de risa, o lo tiraría por la ventana. ¿Neuronas? Jaime Amades se conocía de punta a cabo la ciudad y podía dar fe de que no existía en ella un solo establecimiento dedicado a semejante vitalización.

A primeros de junio, poco antes del ataque alemán a Rusia, vencido ya el invierno, Rogelio Ventura dio una de sus clásicas campanadas: se casó. Para pregonar, tan fausta nueva reunió en la oficina a sus amigos, colaboradores y empleados.

—¡Señores, tengo el gusto de comunicarles que el mes próximo, exactamente el día tres, contraigo matrimonio, o sagradas nupcias, como ustedes quieran! Treinta y cinco años cumplidos, ya era hora, ¿verdad? ¿Qué diablos hace un hombre soltero, vamos a ver? Pegar chupinazos sin ton ni son y confesarse todos los sábados de tomar achicoria en vez de café… Por supuesto, todos los aquí presentes recibirán la consabida participación, aunque la boda se celebrará en la más estricta intimidad. Rosy, que a mi juicio es un nombre precioso, es partidaria de la discreción, y si ella es

partidaria, yo también. Ahora les ruego a ustedes que brinden conmigo, porque por fin he encontrado mi media naranja, lo que significará un nuevo estímulo para seguir adelante con «Construcciones Ventura, S. A.», y sólo les pido perdón por haber guardado el secreto hasta el último momento. No quería decir nada hasta tener resuelto el más insólito problema que puede presentársele a un constructor: encontrar piso…

La noticia, soltada así, de sopetón, dejó estupefactos a los allí congregados. Por supuesto, ello no les impidió brindar con el vino español que Rogelio Ventura, que se relamía con esos golpes de efecto, había preparado para la ocasión, y felicitar al «novio» con las frases de rigor. Ahora bien, ¿cómo era posible que «don» Rogelio, después de tanto alardear de solterón, que tantas bromas había gastado a costa de quienes «se ataban para toda la vida a una sola mujer», hubiese caído también en la trampa? Y la sorpresa fue todavía mayor al saberse que dicha mujer no era «la hija de ningún jerarca», ni de «un naviero de Bilbao», ni siquiera «una viuda cargada de joyas y cansada de vivir en soledad…». Nada de eso. El propio Rogelio Ventura les confió que Rosy era, modestamente, hija única del médico titular del más pintoresco pueblo de la costa barcelonesa, Arenys de Mar: el doctor don Fernando Vidal, «al que no podía llamarse matasanos porque curaba mucho y bien, pero que tenía el grave defecto de no poseer ningún solar en zona céntrica y edificable».

Hubo reacciones para todos los gustos. Aurelio Subirachs, Claudio Roig y el propio Julián estimaron que el hombre obraba cuerdamente. Si Rosy era tal y como él la describió —partidaria de la discreción—, sin duda podía contribuir a encauzar de modo definitivo la potencia humana de Rogelio. El contable se regocijó ante la perspectiva de una paga extra. Jaime Amades, en cuanto consiguió reponerse, estrechó blandamente la mano de su admirado «protector», y aprovechando que Charito no estaba presente, le deseó que Dios le concediera muchos hijos, a lo que Rogelio no puso la menor objeción. En cuanto a Marilín, que llevaba ya unos días paseándose por los despachos con cara de pocos amigos y taconeando con menos empaque que de costumbre, se encerró en un mutismo absoluto e hizo lo posible por pasar inadvertida.

Julián tuvo suerte. Por lo visto, Rogelio, con el que también había acordado tutearse, lo consideraba de los «íntimos», pues figuró entre los privilegiados invitados a la ceremonia, que se celebró, el día previsto, en la ermita de San Bernat, a los pies del Montseny, a las doce de la mañana. Por cierto, que mientras esperaban la llegada de los futuros cónyuges, el banquero Ricardo Marín, al que Julián fue presentado, aclaró algunos extremos: Rosy era mucho más joven que Rogelio Ventura —tenía veinticuatro años— y una muchacha realmente encantadora, alegre, que estuvo medio pensionista en el colegio La Presentación, de Arenys de Mar, por lo que gozaba de una educación esmerada y hablaba correctamente francés. En cuanto al secreto con que el «novio» mantuvo hasta el último momento sus relaciones, no se debía, naturalmente, a la broma de la «falta de piso», sino a que el doctor don Fernando

Vidal, padre de Rosy, se oponía rotundamente a la boda. El doctor Vidal, hombre de ambición escasa y aficionado a jugar al tresillo, apasionado por la astronomía y tenaz defensor de lo que él llamaba «los valores morales», hubiera deseado para su hija un hombre menos… lanzado que el constructor; pero tropezó con la inquebrantable decisión de la muchacha, locamente enamorada al parecer, y no tuvo más remedio que otorgar su consentimiento.

Como fuere, los futuros cónyuges llegaron, y la ceremonia se consumó. Cabe decir que Rogelio, vestido de chaqué, parecía más calvo que de ordinario, y también más bajito y gordinflón, pues Rosy le sobrepasaba cinco centímetros lo menos y era en verdad atractiva y de buenos modales. Y si bien se puso en evidencia el hieratismo del doctor Vidal y su aire de seriedad a ultranza —al revés que su esposa, cuyo extravagante sombrero no cesó de aletear de satisfacción—, todo discurrió placenteramente. Acaso el único momento un poco tenso fue aquel en que el cura oficiante, al atacar el sermón, dirigiéndose a la pareja se empeñó en convencerlos de que el matrimonio era una cruz. Esgrimió toda suerte de argumentos, en tono verdaderamente dramático, y Julián observó que las manos de Rogelio se movían con nerviosismo creciente. Por fortuna, en el párrafo final el cura sonrió, tal vez porque la cruz no recaería nunca sobre él, y los ánimos se relajaron.

A Julián le llamó especialmente la atención la familia de Rogelio: su madre y sus dos hermanos. Se les notaba un poco desambientados, como si Rogelio les resultara una pieza un tanto ajena, algo que en cierto modo había dejado de pertenecerles; por otro lado, emanaba de ellos una reciedumbre, una dignidad que a Julián le recordó la de ciertas personas como su padre, don Arturo Vega, y la de algunos campesinos de la vega de Granada. La madre de Rogelio, ya mayor, pero de cejas enérgicas y cuerpo sólido y bien estructurado, apenas si pestañeó; los hermanos, cuyo parecido con el contrayente era asombroso, en varias ocasiones miraron a éste con ojos fijos, como preguntándole algo que Dios sabe en qué consistiría.

¡Bueno, el ágape, servido en el hotel adyacente a la ermita, fue tan copioso y suculento que situó a los invitados a mil leguas de las versiones que del país daban Charito y su sobrino Julio! De encontrarse allí los niños de las escuelas, seguro que en lugar de cantar canciones sobre la tuberculosis hubieran recitado poesías en honor de los helados de fresa… Rogelio, con su clavel blanco en la solapa —por una vez había cambiado de insignia—, fue el animador nato de la velada, repartiendo frases ocurrentes y saludando repetidamente con la mano a los invitados de su bando, entre los que destacaban, aparte de Ricardo Marín, varios magnates de la construcción, el conde de Vilalta, el inevitable coronel Rivero y un par de concejales. De vez en cuando, volviéndose hacia Rosy, le guiñaba un ojo y le pellizcaba el brazo; y ella se componía con pudor el velo. En el momento de cortar la tarta, Deogracias, el barbero barcelonés, que con toda seguridad vivía la jornada estelar de su existencia, gritó: «¡Vivan los novios!», grito que fue coreado por todo el mundo, con lo que poco después la parte oficial de la fiesta concluía felizmente.

A las cinco de la tarde, repletas las mesas de tacitas de café, de copas de coñac y de Calisay, y llenos de colillas los ceniceros —no faltaron los cigarros habanos con las iniciales de los novios grabadas en la vitola—, Rogelio y Rosy desaparecieron como fantasmas, aprovechando que la luz exterior menguó súbitamente, debido a una inmensa nube que se posó sobre el Montseny.

Los invitados permanecieron una hora más en el hotel, bailoteando y cambiando de mesa. Julián bailó con la esposa de Aurelio Subirachs, que no cesó de hablarle de sus cuatro hijos varones, especialmente del primogénito, que al parecer, siendo el más díscolo, se preparaba para entrar en el Seminario… También bailó ¡con Charito!, la mujer de Amades, excupletista del Paralelo. «Julián, ¿me permite que le diga que no necesita usted publicidad?». Por fortuna, Claudio Roig, siempre dispuesto a echarle una mano, le robó la pareja, lo que Julián aprovechó para acercarse a la mesa que ocupaban la madre y los hermanos de Rogelio, a quienes dio sinceramente la enhorabuena.

Poco después el bailoteo concluía también y se iniciaba la retirada general.

¡Casado Rogelio Ventura…! La vida ofrecía esos contrastes, esa garantía de continuidad. En el fondo, ello demostraba que el piloto de «Construcciones Ventura, S. A.» no era un ejemplar aparte, marginado de las realidades más profundas. Por lo demás, podía admitirse que la compañía de Rosy, cuya espontaneidad ganó a los presentes, acaso influyera en él de modo positivo, rebajándole un poco el egocentrismo «congénito», puliéndolo en lo que cupiere, dosificando algo su ración diaria de hurgamientos en las fosas nasales.

Aurelio Subirachs, mientras con el espléndido Renault que acababa de comprarse tomaba con innecesaria prisa las curvas de la carretera que descendía hacia el valle de Palautordera, se mostró pesimista al respecto. Iban con él su mujer, Julián y Claudio Roig.

—¿Pulir a Rogelio? Eso ni soñarlo. Cuando una mujer como Rosy se casa con un hombre bastante mayor que ella y que se siente incómodo llevando guantes, es que se las sabe todas y está dispuesta a seguirle la corriente. ¿Os fijasteis en su manera de fumar? Pensar que el impetuoso constructor cambiará un ápice su temperamento es como suponer que yo algún día me dedicaré a la cerámica miniaturista.

Claudio Roig, por una vez, habló con energía y pareció centrar la cuestión. Durante el almuerzo él había conocido a un tío de la novia —hermano de la madre de ésta—, llamado Alejo Espriu, abogado. Hombre singular, delgado, casi alámbrico, con cara de sacristán concupiscente. Al parecer había sido socialista y durante la guerra salvó la vida al doctor don Fernando Vidal; luego, éste le devolvió el favor, avalándolo y consiguiendo que lo dejaran ejercer en Barcelona. Por lo visto, era un tipo listo y soñador, que se las daba de aristócrata y que simulaba vivir en el Hotel Ritz y tener un despacho de categoría, cuando lo cierto era que residía en un hotel de segunda y de momento no pasaba de ser un picapleitos administrador de algunas salas de fiestas. Como fuere, tuvo gran influencia en la boda de Rosy, su sobrina. La

invitaba con frecuencia a Barcelona y le hizo conocer, aunque fuera de pasada, el «gran mundo», que contrastaba con la monotonía de Arenys de Mar. «Arenys de Mar acabó pareciéndole a Rosy un callejón sin salida, como Llavaneras se lo pareció antes a Rogelio, de modo que tal para cual». Rosy, en Barcelona, gracias a Rogelio, podría exhibir su palmito, en contra de la opinión de su padre, que lo que deseaba era que siguiese a su lado en el pueblo, trabajando de enfermera.

Julián movió negativamente la cabeza y defendió con ardor a la novia. ¿Por qué no creer que una muchacha como Rosy pudo enamorarse sinceramente de un hombre como Rogelio? La mayoría de las mujeres necesitaban protección, alguien que les garantizase cierta estabilidad. Rogelio era una fuerza de la naturaleza y el sexo femenino era sensible a esa condición.

Llegados al cruce de San Celoni, Aurelio Subirachs dijo:

—Como sea, Rogelio nos ha dejado a todos con un palmo de narices.

Su esposa rubricó:

—La verdad, a mí Rosy me ha caído muy simpática.

Palma de Mallorca, Madrid, el norte de España —Rosy, en el colegio de La Presentación, tuvo de profesora una monja de Burdeos que siempre le ensalzó la «bravura» del Cantábrico—, una incursión al Pirineo de Huesca, y ahí terminó la luna de miel. De no interferirse la guerra europea, Rogelio Ventura hubiera preferido darse un garbeo por el extranjero, por Italia, Suiza, Alemania —¡y por Francia, para hacerle una visita al exiliado Juan Ferrer, el jefazo rojo que le salvó la vida!—, pero tuvo que renunciar. El viaje duró en total unas tres semanas, al término de las cuales los novios regresaron a Barcelona, donde los esperaba el hermoso «nido» que Rogelio había adquirido en el paseo de Gracia, con criada aragonesa dentro. Y a la mañana siguiente, la entrada del «jefe» en las oficinas de la Constructora fue triunfal.

—¡Ese cura del Montseny! ¿De dónde sacaría que el matrimonio es una cruz? Lo que debería hacer es probarlo… Amigos, a no ser que tienen ustedes un magnífico aspecto, ahora mismo llamaba al dentista para que les colocara a todos otra dentadura nueva… ¡Señor Costa! ¿Arregló usted lo de la paga extra…? Bien, me alegro mucho.

Se inició una etapa gloriosa, que duraría unos cuantos meses. Efectivamente, hubiérase dicho que quien aceitó fue Julián. Rogelio, a raíz de la boda, dio, ¡hasta qué punto!, un paso al frente. Dejando a un lado el mejoramiento de su facha externa —Rosy no consiguió que renunciara a los tirantes, pero sí lo obligó a cambiar de sastre, el cual, gracias a la calidad de las telas y al buen corte, le disimuló sensiblemente la tripa, además de colocarle un pañuelo blanco cuya puntita le asomaba alegremente por el bolsillo de la americana—, el hombre hizo más viajes a Madrid, compró con mucha vista otra serie de solares, vendió más rápidamente que nunca pisos lujosos a los fabricantes de Sabadell y Tarrasa, cambió de coche, un flamante Stromberg, no faltaba un domingo a misa de dos en la iglesia de Pompeya y empezó a presumir, en

los clubs de que formaba parte, de «mujer» guapa, de mujer que obligaba a volver —con respeto— la cabeza, lo que, por desgracia, jamás consiguió Marilín… Pero, por encima de todo, se le veía más sereno, más aplomado. Su sentido pragmático era el de siempre, pero dominaba un poco más sus intemperancias. Total, que Rogelio prosperó tanto que se presentía cercano el día en que trasladaría las desangeladas oficinas de su «convento trapense», como él lo llamaba, a un lugar céntrico, con fachada de cristal y un anuncio luminoso que parpadeara diciendo: «Construcciones Ventura, S. A.»

Entretanto, la etapa fructífera afectaba también, con toda evidencia, a Julián. Aparte de que el arquitecto estaba satisfecho porque el bloque del Turó Park empezaba a erguirse en el espacio —¡cuántas vueltas se dio por allí para contemplar su silueta!—, y de que unos cuantos aparejadores y delineantes se le habían ofrecido para trabajar con él, había conseguido arrancar de Manoli, la portera, varias sonrisas, por el increíble procedimiento de tirarle graciosamente del moño; y en el frontón, adonde acudía de vez en cuando, lo perseguía la suerte… Pero lo que mayormente encandilaba al arquitecto era que tenía la impresión de ir ganándose a pulso el aprecio de Rosy…, lo que juzgaba importante. Una prueba a su favor, concluyente a todas luces: Rosy, desde el primer día, le abrió con absoluta naturalidad las puertas de su casa. Por regla general lo invitaba a cenar, que era la hora más conveniente para todos. Y he aquí que, en el transcurso de esas cenas, Rosy lo trató con mucha deferencia, interesándose por su trabajo, por su familia e incluso por sus anécdotas de guerra. «Julián, te he preparado unos langostinos. ¿Te gustan? Rogelio se chifla por los langostinos…». «Julián, ¿es cierto que tienes un hermano médico? ¡Figúrate! Eso, lo sé por experiencia, siempre da una seguridad…». El timbre de voz de Rosy era un poquitín rasgado. «¿No crees que fumas demasiado, pequeña…?», la amonestaba Rogelio en tono afectuoso. «Pero ¡querido! ¡Si no hago más que seguir tu ejemplo!». Y Rogelio sonreía feliz, tomándole la mano y depositando en ella un beso.

A decir verdad, Julián se esmeró en todo momento en corresponder a las atenciones de Rosy. Nunca se presentó sin un ramo de flores y tuvo siempre buen cuidado de no derramar el vaso en el mantel, burdo accidente que a Rogelio le ocurría muy a menudo. Y el día en que Rogelio, con franca exaltación, lo informó de que iba a ser padre —«¡amigo Vega, está demostrado que menda hubiera podido servir en infantería!»—, Julián estuvo en un tris de enviarle a Rosy una tarjeta de felicitación, aunque luego lo pensó mejor y desistió.

Total, que los dos hombres estaban eufóricos. El dueño del restaurante Roma, donde Julián almorzaba y cenaba habitualmente, le preguntaba al arquitecto: «¿A qué puede atribuirse, don Julián, su buen humor?». «Muy sencillo —contestaba el arquitecto—. A que, gracias a Dios, tengo una salud a prueba de bomba».

Algo parecido le ocurría a Rogelio, que no conocía otro medicamento que el bicarbonato. Cuando la manicura de La Esperanza le preguntaba:

—Dígame usted, don Rogelio, ¿cuál es su secreto? ¿A qué se debe que sea usted

feliz?

—¡Toma! —contestaba el constructor—. A que desde que salí de la cárcel, donde las pasé canutas, me propuse serlo… ¡Voluntad, Merche, voluntad! ¡Y trabajar sin mirar el reloj! ¿Entiendes lo que quiero decir? —y bajando un poco la voz agregaba —: Y apretarle los tornillos a quien sea…, pero sólo hasta cierto punto… ¡Ahí está el detalle!

A todo eso, del modo más impensado, como cae una granizada sobre las cosechas o como la barrera de un paso a nivel cierra de súbito la carretera, se interrumpió la racha victoriosa de los dos hombres. Con un intervalo escaso de tiempo, cada uno de ellos recibió un serio aviso de la suerte, que los obligó a frenar, hasta nueva orden, su veloz carrera.

Rogelio recibió el suyo a fines de noviembre. Su esposa abortó. Todo aparentaba marchar sobre ruedas, y una mañana tuvieron que llevar a Rosy con urgencia a la clínica «Nuestra Señora de la Salud», donde el sapiente doctor Martorell nada pudo hacer para salvar aquella vida de tres meses destinada a prolongar la estirpe de los Ventura. El padre de Rosy, el doctor Vidal, acudió presuroso, pero tuvo que limitarse a consolar a su hija como Dios le dio a entender. «No pierdas la entereza, Rosy, por favor… Hay que aceptar las adversidades. También a tu madre le ocurrió eso la primera vez». El doctor Martorell, de porte aséptico y mirada perforante, insistió en que, realmente, no había motivo de alarma con vistas al futuro. «Con una pequeña intervención, no es probable que vuelva a suceder…».

El asombro de Rogelio fue total. Jamás supuso que un percance de ese tipo, sinónimo de frustración, pudiera rozarle a él. Entraba en la clínica y salía de la habitación acariciándose la reluciente calva y procurando no respirar fuerte, porque el olor a éter lo mareaba. Sin razones en qué apoyarse, llegó a la conclusión de que la culpa era de su mujer… A raíz de ello no pudo evitar mirarla acusadoramente, lo que no gustó ni pizca a Rosy, y menos aún al doctor Vidal. Éste terminó por llamarlo aparte y cantarle las cuarenta. El alfiler de la corbata de Rogelio empezó echando chispas, destellos coléricos, que fueron espaciándose hasta apagarse. «De acuerdo, de acuerdo… Pero ¿es que no hay manera de prever esas cosas?». «El día que esas cosas puedan preverse —le replicó el doctor Vidal—, los edificios se construirán por sí solos». Rogelio clavó en su suegro una mirada poco amable, casi desafiante, lo que, por otra parte, no era nada nuevo.

Fue una dura lección para el capitán de «Construcciones Ventura, S. A.». Rosy se desmejoró mucho y el doctor Martorell le aconsejó un reposo largo…

El caso es que Rosy, físicamente, se recuperó más de prisa de lo que cabía esperar; en cambio, psíquicamente acusó el golpe y los nervios hicieron presa de ella en forma un tanto aparatosa. Le dio por fumar todavía más que antes y tan pronto caía en una inhibición total como se mostraba antojadiza en extremo. No podía olvidar la

injusta reacción de su marido en los primeros momentos, y no quería aceptar nada de él. «Rosy, ¿quieres que vayamos al teatro? ¡No me gusta que te pases los días sin bajar siquiera la escalera!». «¿De veras te importa que baje la escalera o no? Anda, diviértete sólito». A veces, sin darse cuenta, se vengaba inventándose problemas. «¡La calefacción no funciona, Rogelio! Esto es la Siberia». «No lo entiendo. Yo me estoy asando». «Rogelio, necesitamos otra cocinera. Ésta guisa cada vez peor». «¿Cómo? ¿Otra cocinera? Pero si decías que…». «¿Qué importa lo que dijera? El mal rato lo pasé yo, ¿no te parece?». «Bien, bien, lo que tú quieras, cariño…».

Rogelio, fuera de casa, disimulaba cuanto podía. «Rosy está muy bien, está ya perfectamente…». Pero, en realidad, el aguante del constructor era nulo y cada día que pasaba le parecía una eternidad. «¿Qué le ocurre, Rogelio? —le preguntaba el conde de Vilalta—. ¡Lleva muchos días sin contarnos ningún chiste!». Aparte de eso, el hombre, naturalmente, cayó otra vez en brazos de Marilín, quien por cierto le dijo sin ambages: «¡Oye! ¿Sabes que te has vuelto más puerco que antes?».

Por suerte, el doctor Martorell le garantizó que la inestabilidad de Rosy era corriente en esos casos, pasajera —y una insignificancia, en comparación con lo que les ocurría a otras mujeres—, y que el día menos pensado las aguas volverían a su cauce.

El pronóstico del aséptico doctor Martorell se cumplió. Poco a poco Rosy logró dominarse, coincidiendo con la llegada del buen tiempo. Rogelio se alegró lo indecible, pues en verdad que no podía más. Rosy empezó a acortar las horas que se pasaba delante del espejo. Y una tarde, cercano ya el mes de junio y con él el primer aniversario de la boda, Rogelio, al regreso de un almuerzo de negocios, encontró a su mujer en su butacón preferido, leyendo plácidamente un libro…

¡Albricias! El hombre la miró y se percató de que el tan ansiado quiebro se había producido. Rosy estaba más hermosa que nunca, con cierto aire de plenitud del que antes carecía. Más aún, al verlo entrar se levantó alegremente y acercándosele le dio un beso que dejó alelado a Rogelio. Éste, una hora más tarde, en un arrebato de júbilo y musitando radiantes jaculatorias, salió disparado a comprarle una esmeralda; y, llegado el día del aniversario, le presentó el estuche, lo abrió y se la ofreció, al tiempo que hacía una reverencia como de payaso…

Los verdes ojos de Rosy se iluminaron por dentro. Tomó el estuche, sacó la esmeralda y se la colocó en el dedo. «¡Es maravillosa, Rogelio! Te lo agradezco mucho…». Fue una escena conmovedora, durante la cual Rogelio ciñó el talle de su mujer, haciéndole cosquillas, mientras ella simulaba huir y Rogelio simulaba perseguirla…

¡Albricias de nuevo! El ciclo amargo se había cerrado. Y el remate no pudo ser más completo. Días después de que el doctor Martorell le practicara a Rosy la consabida intervención, la mujer, en el momento de meterse en cama, le dijo a Rogelio, en tono susurrante:

—¿Te digo una cosa? Todo ha ido perfecto… Seguro que ya no habrá problema…

Rogelio, que estaba a punto de ponerse los pantalones del pijama, renunció a semejante operación y se quedó en cueros.

—¿Sabes lo que vamos a hacer, pequeña? —dijo, introduciéndose entre las sábanas y rodeando con su brazo el cuello de su mujer—. Un viaje. Un viajecito los dos… Donde a ti te apetezca. ¿Vale una semana? Necesito descansar… Y al regreso, colocaremos bandera en el bloque del Turó Park, que está quedando fenómeno.

Rosy adoptó la postura fetal. Se encogió como un gatito mimado.

—Me encantaría que me llevaras a la Costa Brava… A S’Agaró. O a Rosas, lo mismo da.

—Trato hecho. Mañana preparas el equipaje y salimos pitando.

Aurelio Subirachs, al comprobar que Rogelio no sólo había sido capaz de capear el temporal, sino que se mostraba dispuesto a repetir su luna de miel, le dijo a Claudio Roig, mientras lanzaba una de sus flechas contra la diana de la pared: «¿Se da usted cuenta, amigo Roig? Somos más complicados que un rascacielos».

El frenazo que tuvo que dar Julián presentó características muy distintas. El arquitecto se fue a Granada a ver a los suyos, ya que llevaba un plazo de tiempo exagerado sin darles un abrazo. Fue recibido con todos los honores y comprobó que en el caserón familiar todo seguía el ritmo normal. Su padre llevaba otro sombrero, pero usaba el mismo bastón; su madre continuaba acudiendo cada tarde al rosario; su hermana mayor, Francis, se había puesto en relaciones con un perito agrónomo, por lo que su alegría era similar a la del canario al recibir su ración de alpiste; Mari-Tere, desanimada porque Julián no la llevaba consigo a Barcelona, formaba parte del conjunto de «Coros y danzas» de la Sección Femenina, y tocaba las castañuelas que era un placer; Manolo creía cada vez más en el magisterio sintético de las radiografías; los niños del Frente de Juventudes desfilaban sin cesar cantando «Cara al sol» y otros himnos de rigor, y en la noche de Reyes los camellos, procedentes de la cercana África, habían depositado regalos en todos y cada uno de los hogares de la ciudad.

Fue una estancia breve, pero emotiva. El cordón umbilical. Todo el mundo reconoció que Barcelona, la «gran ciudad», le había dado a Julián un aire especial, un no sé qué. ¡Lástima —se lamentó Francis— que las muchachas de Granada fueran a quedarse sin él!

La única nota disonante del concierto, el arquitecto la oyó, como era de suponer, en el Casino: Andalucía no levantaba cabeza. Los latifundios de siempre, la pobreza, agravada por las restricciones impuestas por la guerra llamada ya «guerra mundial», habida cuenta de que en diciembre los japoneses atacaron Pearl Harbor, hundiendo la escuadra americana, y que a raíz de ello los Estados Unidos habían entrado en el conflicto. Tanta era la miseria, que en las aldeas los campesinos se tiraban a la vía del tren o se colgaban de los árboles, fatigados de vivir. Una gran cantidad de suicidios,

que la prensa no mencionaba y que contrastaba con los himnos que los «flechas» entonaban por las calles.

Julián notó una punzada en el vientre y evocó la incesante reata de «paisanos» suyos que llegaban a Cataluña, a los que él mismo, siguiendo el ejemplo de don José María Boix, procuraba colocar en la construcción. Tal vez emigraran para no acabar también descuartizados o bamboleándose en el aire, con una cuerda al cuello, al amanecer.

Pero el arquitecto reaccionó. Olvidó aquello como se olvida una pesadilla, tanto más cuanto que Andalucía vestía de luto desde hacía siglos. Su madre era ejemplo arquetipo: para Julián siempre fue un bulto negro que se abanicaba. ¡Y qué tristeza la del cante jondo, y la de la guitarra, y la de las saetas! Se preguntó si no estaría desfigurando la hondura metafórica de su tierra. Manolo acudió una vez más en su ayuda. «No te hagas mala sangre, chico. Cierto que te estás descastando, pero eso figuraba en el programa. Nuestro sur es tal y como lo ves ahora, agónico. Si vinieras a mi consulta, te darías cuenta de que hay aquí un brillo metálico que deslumbra, pero el fondo de la gente es triste».

Terminada la visita a Granada, Julián se reintegró a Barcelona, con mayor ímpetu si cabe. Al apearse en la estación, no le importaron ni el humo pestilente que despedían las locomotoras, ni la gente tendida en los andenes con aspecto cadavérico. Los taxis eran tomados al asalto, y se decidió por el autobús. De vez en cuando veía anuncios que decían: «Construcciones Ventura, S. A.» y recordaba al sudoroso Jaime Amades. ¡Tipo felino! Siempre frotándose las manos, como los avaros, pero con sus zigzags y el don de la ubicuidad sin duda conseguiría salir adelante y hacerse, con la Agencia Hércules, el amo del cotarro.

Llegó al estudio de Balmes, después de saludar abajo a la portera, Manoli, que muchas veces, para ahorrarse trabajo, ponía en el ascensor: «No funciona», y abrió el ventanal, aunque el frío cortante de enero lo obligó a cerrarlo de nuevo. Dio una vuelta por su «leonera», como él llamaba al ático, saludó a los Picasso del vestíbulo, tomó un baño de agua tibia, enjabonándose la piel y el alma, y luego se sentó en su butacón, encendió la pipa y conectó la radio, aguardando a que, a la hora convenida, lo llamase Gloria.

Gloria fue puntual. Pero el hilo de su voz puso en guardia a Julián. Algo ocurría.

—Julián, necesito hablar contigo…

—¡Pues claro, querida! Yo también. ¿A qué hora vendrás?

—Es que…, no voy a subir, Julián. Deberíamos vernos en otro sitio…

Julián apretó con fuerza el auricular, que estuvo a punto de resbalarle.

—No comprendo. ¿Pasa algo malo?

—No, nada, al contrario… Pero tengo que hablarte.

—Está bien. ¿Dónde?

—En la Catedral, a las seis de la tarde. Dentro, en el altar de la Virgen de Montserrat. —Julián iba a añadir algo, pero Gloria cortó—: Perdona, pero he de

colgar. Hasta luego…

Las horas se le hicieron interminables. Comió sin apetito en el restaurante Roma, contestando con monosílabos a las palabras de bienvenida del patrón y los camareros. Intentó dormir la siesta y no lo consiguió, y con media hora de antelación se dirigió a la Catedral, donde se entretuvo presenciando el incesante ir y venir de los fieles que acudían a depositar un cirio al Cristo de Lepanto.

A las seis en punto entró Gloria. Julián se hallaba ya frente al altar previsto. Se había arrodillado, pero al reconocer la silueta de la mujer se puso en pie. Gloria, que llevaba un magnífico abrigo de astracán, tomó agua bendita, se santiguó y luego avanzó hacia él.

Fue un diálogo largo, un forcejeo doloroso, entrecortado a ratos por fugas de Bach tocadas al órgano por un ser invisible. La música trepaba por las columnas y, después de rebotar en la bóveda, se expandía por el templo, llenándolo de una indescriptible melancolía. Hablaron de rodillas, muy juntos, mientras la gente pasaba o se detenía y el olor a cera impregnaba cada vez con mayor fuerza el ambiente, la ropa y hasta el espíritu de las palabras.

—Julián, he venido a despedirme…

El arquitecto tuvo la impresión de que los muros desaparecían y de que se encontraba en un descampado.

—Pero ¡Gloria…! ¿Qué estás diciendo?

—Mi decisión es firme, Julián. No insistas, porque sería inútil…

Julián notó que se le secaba la boca. Había bajado la cabeza.

—Supongo que te explicarás… Que me darás una explicación.

—Por supuesto. Es mi deber… Pero la explicación es sencilla.

—¿Sencilla…?

—Sí… He pasado esas fiestas con mi marido. Ya sabes: en Puigcerdá, como otras veces. Y he vuelto a sentirme unida a él. He vuelto a descubrir lo que él siempre había significado para mí.

Los muros del templo cercaron a Julián. El descampado se transformó en estancia estrecha, en la que se hacía difícil respirar.

—No comprendo nada, Gloria. Tu marido…

—Por favor, no sigas… No pronuncies una palabra que pueda ofenderle…

—No se trata de eso. Es que…

—Sí, la culpable soy yo. Me enamoré con sólo verte. Lo sé. Todo me parecía gris, y al conocerte me pareció que tenía derecho a romper con todo… Y no te reprocho nada.

—¿Entonces…?

—Pero he reencontrado a mi marido. Es un hombre entero, que me quiere con locura, y muy superior a mí. Le debo cuanto soy. Se merece todo lo que pueda darle y más…

Julián levantaba a veces la cabeza, pero las temblorosas luces del altar lo cegaban,

y la bajaba de nuevo. ¡Y el órgano volvía a sonar!

—Gloria… ¡esto no puede ser! No quiero perderte… —La gente que se detenía a su lado le impedía levantar la voz.

—Y yo no quiero renunciar a esa paz que ahora sentiré al entrar en mi casa… No me atrevía a mirarle. Y al quedarme a solas con él, a veces sufría increíblemente.

—Me decías que eras feliz…

—Y es cierto. Me has dado mucha felicidad. Pero se trata de algo distinto. No tengo derecho a engañar a mi marido… Por eso he venido a pedirte perdón y por eso me gustaría poder pedírselo a él. Pero, como eso es imposible, se lo he pedido a un sacerdote, y me ha dado la absolución.

Julián, al oír esto, enmudeció. Pero temió que Gloria aprovechara la pausa para levantarse sin más. De modo que insistió:

—¿Te he decepcionado en algo, Gloria…? Dímelo… Estoy dispuesto a lo que sea. Te quiero, te quiero tanto como pueda quererte él…

Gloria sentía frío, humedad, y se alzó el cuello del abrigo. Julián se dio cuenta y no pudo evitar recordarla desnuda, saliendo de la ducha, con su cuerpo joven, satisfecho. Intentó posar la mano en su brazo, pero Gloria, como tocada por un resorte, al instante se levantó.

—Perdona, Gloria… Compréndelo… ¡Ha sido tan inesperado!

—Lo comprendo… —Una viejecita se arrodilló junto a la verja—. Ahora esfuérzate en comprenderme tú también… —Gloria, al tiempo que hacía la genuflexión, añadió—: Y perdona, tengo que irme… —De nuevo en pie concluyó—: Y ojalá, si algún día te casas, seas un marido como el que Dios puso en mi camino… —dicho lo cual la mujer, haciendo como que se santiguaba, empezó a alejarse.

Julián continuó de rodillas, rígido, como clavado en la losa gris. Luchó por no volver la cabeza, pero al fin cedió. Sin embargo, no pudo ver ya a Gloria, que se había perdido entre el ir y venir de la gente.

El arquitecto se levantó y apretó los puños. «¡Dios!». La exclamación, en la catedral, le sonó por dentro de una manera rara. Lo invadió un profundo rencor. Sin saber por qué, recordó el humo que despedían las locomotoras de la estación y los harapos humanos tendidos en los andenes. Luego se acordó de don José María Boix… De su noble cabeza. Lo vio pasear por su despacho, renqueante la pierna izquierda. Y recordó frases suyas aisladas, inconexas. «Por supuesto, si algo le falta, pídalo con toda libertad». «Mi apellido es campesino, “boj”, como el suyo: “vega”». «Abundan los desaprensivos, lo que para mí, se lo digo con franqueza, constituye una novedad».

Julián permanecía de pie. Tuvo la impresión de que la inmensa nave de la Catedral daba vueltas. Un hombre cojo depositó una moneda en el cepillo del altar: «¡croc!». El sonido fue mucho más duro que el «ning nang» que se oía al pulsar el timbre del piso de Gloria… El hombre cojo se agarró a los barrotes e incrustó materialmente en ellos su barbilla menuda y afilada.

Julián, agotado, decidió por fin marcharse. Echó a andar, flanqueando el coro, en dirección a la salida. A la izquierda continuaba el desfile de fieles ante la imagen del Cristo de Lepanto, que se erguía allá al fondo, gigantesco, los brazos en cruz. Vio un confesonario… En la calle notó también humedad y se levantó el cuello del abrigo, cuello impregnado de olor a cera, de olor a tristeza, a terrible humillación.

En la portería de la calle de Balmes, Manoli le entregó los periódicos de la tarde. ¿Qué le importaba a él el mundo? Una vez arriba, se dio cuenta de que las cosas no tenían un valor objetivo en sí: Picasso le guiñaba mil ojos, pero sin sentido; la cama se le antojó un páramo, una inmensa ironía horizontal; y en cuanto al taller… ¿qué significaba su nuevo proyecto para el local de reparación de automóviles? Nada había seguro en la existencia de cada cual.

Miró al exterior. Unas lucecillas en el Tibidabo. En cambio, en el interior de la casa se produjo un apagón, lo que empezaba a ser frecuente. Casi casi lo agradeció. Sentóse, ¡otra vez!, en su butaca y encendió, ¡otra vez!, la pipa. Sólo en ella encontró una migaja de tibieza…

Lo malo, lo peor, era que Julián no podía confiar absolutamente a nadie los motivos del desconcierto en que quedó sumido. Sí, eso era lo grave: no le asistía el menor derecho a revelar el secreto, la locura —¿locura?— que vivieron durante tantos meses él y Gloria. Por otra parte, a medida que pasaban los días, comprendió más y mejor la decisión de la mujer y empezó a sentir por ella un gran respeto, y otro tanto por don José María Boix…

Sin embargo, ello no hizo sino incrementar su desánimo y su irritación. Los conocidos le preguntaban: «¿Qué le pasa a usted, amigo Vega, que desde que regresó de Granada se le ve pachucho? ¿Le ha entrado la morriña?».

El único consuelo, si así podía llamarse, lo encontró en la vida desordenada. Sobre todo a la noche, al término de la jornada, miraba el teléfono, mudo como un negro insecto disecado, se iba al restaurante Roma y luego, en vez de dirigirse al frontón, se echaba a la calle a la buena de Dios, en busca de no sabía qué. A menudo entraba en «El Caracol», un café próximo, en el que colgaban papeles matamoscas y cuyas paredes estaban abarrotadas de calendarios con equipos de fútbol, y se distraía jugando al ajedrez con unos seres desconocidos que daban la impresión de vivir eternamente allí, delante del tablero, midiéndose el cráneo con las manos. Si perdía la partida, lo que no era frecuente, vaciaba hasta la última gota la copa de coñac.

También le dio por irse a «Bolero», que permanecía abierto hasta las tantas. Y una noche se llevó al ático de Balmes una muchacha joven, que por las trazas acababa de llegar de alguna tierra yerma del interior. Se hacía llamar Loli. ¡No, no era del interior!; era gallega. Llegó contratada para servir «en casa de unos señores» y éstos la dejaron plantada. ¿Qué podía hacer? «Además, he descubierto que los hombres así, altos como tú, me gustan una barbaridad…». «¿De veras, preciosa?». «De veras, chato…».

Chato… Julián pasó con Loli muchos ratos de embriaguez y tuvo que comprarle muchas pulseras y otras baratijas que tintineaban… Manoli, la portera, trataba a la chica con despotismo. «¡A pie!», barbotaba en cuanto la veía entrar. Loli no le hacía caso y tomaba el ascensor. Y luego dejaba en el dormitorio y en el cuarto de baño rastro de olores de otros muchos hombres «altos» y «chatos», y de «Pippermint» y de «Bolero».

A Loli la sustituyó la juguetona Dora, de «La Buena Sombra», y luego le tocó el turno a Carmenchu, a la que Julián conoció en el café Navarra y que fue la única que consiguió, a ratos, borrar del ático de Balmes la huella que en él dejó Gloria… Y lo cierto es que, aun cuando todas esas mujeres le decían lo mismo: «eres un pillín…», y «dame fuego, mi vida», él, halagado en el fondo, las complacía y sacaba del mueble bar otra botella de lo que fuese; lo cual no le impedía rascarse de tarde en tarde la cabeza, preguntándose si no sería mejor emplear todo aquel dinero en contar con un aparejador fijo y en contratar a un par de delineantes, que buena falta le estaban haciendo.

A todo esto, Rogelio y Rosy regresaron por fin de su feérico viaje —«¡oh la Costa Brava!»—, y conforme estaba previsto colocóse la bandera en el bloque de viviendas del Turó Park. La jornada había de ser decisiva para Julián, como lo fue para Rogelio la recuperación de Rosy. «Construcciones Ventura, S. A.», aprovechando la circunstancia de que tres plantas enteras del edificio habían sido vendidas en firme, organizó un cóctel por todo lo alto en el hotel Majestic. A lo largo de la fiesta Rosy estuvo observando a Julián y advirtió que, pese a ser el homenajeado, en el fondo estaba ausente, preocupado tal vez. El arquitecto intentaba disimular, pero no lo conseguía. En un momento dado le dijo a Rosy, en tono que parecía normal:

—Rosy… ¿me permites que te diga una cosa? ¡Estás guapísima!

—Muchas gracias —contestó Rogelio, anticipándose a su mujer.

Rosy guardó silencio. Y a los pocos instantes intervino:

—Julián… ¿me permites que sea yo quien te haga ahora una pregunta?

—Pues claro… —aceptó el arquitecto, intrigado—. ¿De qué se trata?

—¿Por qué no te casas?

Rogelio estuvo a punto de derramar la copa de champaña que sostenía en la mano.

—Pero ¡qué cosas tienes, Rosy! ¿No te he dicho muchas veces que hay personas que no soportan la felicidad?

CAPÍTULO VII

—CHARITO, ¿cuándo me darás la gran noticia?

Charito, que siempre cortaba diciendo: «Pero ¡si contigo no hay nada que hacer!», un día, inesperadamente, miró a Jaime Amades con menos encono que de ordinario y le contestó:

—Pues, si no se tuercen las cosas… ¡allá para febrero habrá bautizo! La rana, esta vez, ha dicho sí…

El propietario de la Agencia Hércules, al convencerse de que aquello era cierto, no supo qué hacer. A lo primero se avergonzó como si hubiera cometido una fechoría; luego emitió una especie de hipido, habitual en él; por fin se alzó de puntillas para besar a su mujer, pero tuvo un acceso de asma, que le duró unos minutos; superado éste, se lanzó alocado a la calle y adquirió, ¡ya era hora!, el coche tantas veces prometido, un coche pimpante, pero de motor bronco, que, al igual que Charito, se había pasado muchas noches por las esquinas del Paralelo, aparcado junto a un farol.

Rosy, que necesitaba del sol y del agua como Gloria necesitaba de la paz interior, pasó los meses de julio y agosto en casa de sus padres, en Arenys de Mar. Llevaba una vida tranquila. Por las mañanas se iba a la playa y, a media tarde, después de leer un rato, acostumbraba subirse a la azotea, desde la cual se dominaba medio pueblo, y se tendía allí, completamente desnuda, sobre una hermosa toalla, al lado del telescopio que su padre, el doctor Vidal, había instalado en un rincón estratégico, cerca del lavadero. «Que no suba nadie, por favor, que voy a ponerme en plan de Venus… A menos que llegue Rogelio, claro». El doctor Vidal, que continuaba pasando la visita domiciliaria, jugando al tute con sus amigos de siempre y creyendo en los «valores morales», miraba a su hija y se abstenía de protestar.

Rogelio, en aquellos meses, hizo a diario, al volante de su Stromberg, el trayecto, ida y vuelta, Barcelona-Arenys de Mar. Bueno, decir «a diario» era exagerar un poco. A menudo le daban las diez de la noche en la Constructora y entonces llamaba a Rosy por teléfono. «Me parece que hoy no podré ir, cariño… ¡He tenido un día de…!». Rosy terminaba la frase: «¡Sí, ya sé! Un día de no te menees…». Rogelio sonreía. «Eso es… Cenaré cualquier cosa y dormiré seguido hasta las siete… ¿Estás bien?». «¡Ah! Eso tú sabrás… —coqueteaba la mujer, sonriendo a su vez. Y luego, acercándose al micrófono añadía—: Pero mañana te quiero aquí… Sin excusas, ¿eh?». Al oír esto, Rogelio se hacía un lío con el cigarro habano y el cordón del teléfono. «Rosy, no empieces… ¡que cojo el coche y salgo zumbando!». «Hala, no seas tonto. Descansa… Y hasta mañana».

Los fines de semana eran excepción. Rogelio se quedaba en Arenys de Mar. Los sábados por la noche, tertulia en la terraza del Café Español, en la Riera; y a la

mañana siguiente, domingo, después de ir a misa, acompañaba a Rosy a la playa. Se había comprado un albornoz, un bañador y una gorra blanca, de patrón de yate, que le daba aspecto cómico, sobre todo porque se pasaba casi todo el rato sentado debajo de una enorme sombrilla, extendiendo crema solar por todo el cuerpo y pidiendo a la chica del merendero que le sirviera cerveza. «¿Es posible que aguantes ese sol? —le decía a Rosy—. ¡Es achicharrante!». Rosy, por toda respuesta, hacía un mohín, se colocaba en jarras, atrás la cabeza para recibir de lleno los rayos y aspirar el yodo y la sal, hasta que, inesperadamente, abría los ojos y echaba a correr y se zambullía en el agua… «¡Está deliciosa! —le gritaba a Rogelio, componiéndose el gorro—. ¡Anímate!». A veces, Rogelio se animaba. Pero era tan torpe nadando y tan exagerado su miedo a no tocar fondo, que cabía felicitarse de que ninguno de sus empleados lo viera; en cambio, Rosy parecía un pez y se adentraba en el mar hasta muy lejos y de repente se sumergía y tardaba un siglo en reaparecer.

Rogelio empezaba a ser popular en el pueblo. Hablaba con todo el mundo, con los pescadores, con los camareros, con los ancianos que se reunían en el Ateneo a contarse sus achaques, recordar el pasado y leer el periódico. Por las tardes, después de la siesta, la pareja se iba al cine. Antes de entrar, Rogelio, obligado a hacer cola, se entretenía comprando cacahuetes y durante la sesión los aplastaba con estrépito entre los dedos. «¡Chiiiisss!», lo amonestaba Rosy. «¿Qué quieres que haga? ¿Tragarme la cáscara?». A Rosy le gustaban las películas policíacas alemanas, de género bucólico, y era frecuente que al impetuoso constructor se le humedecieran los ojos. Era una tontería, pero no podía evitarlo. Esta faceta de Rogelio complacía a Rosy. «Llora, chico, llora… ¡Luego me tocará el turno a mí, cuando persigan al criminal!».

El doctor don Fernando Vidal, que en el pueblo era una especie de patriarca, continuaba sin poder sintonizar con su yerno. En varias ocasiones lo había invitado a subir de noche a la azotea para contemplar con el telescopio el firmamento, y a los pocos segundos Rogelio, que no acertaba ni a la de tres a aplicar el ojo al visor, desistía. «¡Todo eso está en el quinto pino!», comentaba. ¿En el quinto pino? ¡Si la Luna y Júpiter y Venus… parecían poder tocarse con la mano! «¿Y qué interés tengo yo en tocar esos bichitos con la mano?», replicaba Rogelio. Bichitos… El doctor Vidal, que ignoraba que su yerno llorase en el cine, se ratificaba en su diagnóstico inicial: una máquina tripuda, concebida para hacer dinero y carente de la más elemental sensibilidad.

En cambio, la madre de Rosy, que se llamaba, no se sabía por qué, Vicenta, se pavoneaba con su yerno. ¡La esmeralda! ¡El Stromberg! ¡El piso en el paseo de Gracia! ¡Los anuncios de «Construcciones Ventura, S. A.», que en el pueblo empezaban a competir con los del licor Calisay! Vicenta era una excelente mujer, muy trabajadora y concienzuda, que siempre temió que Rosy se quedara para vestir santos, ejerciendo de enfermera al lado de su padre. Era muy golosa, y apenas se enteraba de la llegada de Rogelio se plantaba frente a él. «¿A que olvidaste traerme lo que te pedí?». «¿Olvidarme yo? ¡Ahora verás, abuelita…!». Y Rogelio, con aire de

prestidigitador, empezaba a sacarse caramelos de los bolsillos hasta formar con ellos una pirámide sobre la mesa del comedor. El impulso de Vicenta era darle un beso y gritar: «¡Eres un solete!», pero si el doctor Vidal estaba presente, frenaba su deseo y no se atrevía ni a lo del «solete» ni a lo del beso.

Rogelio soportaba bien los días festivos de Arenys de Mar. Aparte de las cuquerías de Rosy y la felicidad de Vicenta, el barbero que se avino a servirlo a domicilio —la réplica de Deogracias en el pueblo—, era un hombre original, muy competente en su oficio, muy cotilla, que divertía en gran manera al constructor. Aficionado a las excavaciones y al fútbol —«primero el Arenys, luego el *Barça*»—, en tanto lo afeitaba con esmero, le daba masaje y al final, con unas tijeras diminutas, le cortaba los pelillos de la nariz, lo ponía al corriente de los últimos hallazgos arqueológicos realizados en la comarca y de las últimas novedades del equipo local.

—Don Rogelio, ¿sabe usted que hemos encontrado trozos de cerámica ibérica cerca del «Coll del Pollastre»?

—¡No me diga! ¿Y qué van a hacer con ellos?

—Don Rogelio, ¡menudo delantero centro tiene el Arenys! Cuando quieran ustedes ficharlo, preparen un fajo de billetes…

—¡Cuidado…! —exclamaba don Rogelio, mirando la navaja—. En principio, desearía conservar mi oreja izquierda…

El barbero decía luego por el pueblo mil bienes del constructor, pues éste, terminado el servicio, le daba siempre una propina regia y le deseaba que su delantero centro no se quedara pronto hecho pedazos como la cerámica del «Coll del Pollastre».

Otro aliciente para los domingos y festivos de Rogelio, en Arenys de Mar, era la presencia, prácticamente garantizada, del tío de Rosy, el abogado Alejo Espriu, al que Claudio Roig conoció en la ermita de San Bernat el día de la boda. Era un tipo de muchos más recursos de lo que hubiera podido suponerse. Cierto que fue socialista, que salvó al doctor Vidal, que a raíz de la «liberación» éste lo salvó de la cárcel y consiguió que pudiera ejercer de nuevo en Barcelona. Cierto también que frecuentaba los sitios lujosos, que fumaba en boquilla larga y que exhibía en el pecho una espectacular cadena de oro, al término de la cual a veces había un reloj de bolsillo…, a veces, nada. Cierto también que era el administrador de algunas salas de fiestas y que ganaba algún dinero a base de pleitos siempre enrevesados, y el resto a base de legalizar patentes de inventores domésticos chiflados y denunciando a la Fiscalía de Tasas a comerciantes que infringían la ley, por lo que cobraba el tanto por ciento estipulado de las multas. Rogelio ignoraba estos detalles, pero lo caló en el acto. Sin embargo, lo pasaba en grande con él. «Rogelio, te veo subir como la espuma, pero completamente indefenso… ¡Hazme una oferta y a lo mejor, si encuentro un hueco, y puesto que has ingresado en la familia, acepto la asesoría jurídica de tu empresa!». Rogelio soltaba una carcajada. «Muchas gracias, Alejo; pero mientras no dispongas de un bufete con un par de pasantes y tres mecanógrafas, no me perdonaría cargar

sobre tus espaldas tanto trabajo». Alejo no se inmutaba. «¡Je, algún día vendrás a buscarme!». A veces era Rogelio quien lo pinchaba. «¿Sabes lo que cuentan de ti en el Ateneo? Que has hecho los nueve primeros viernes de mes y que llevas unas tarjetas que dicen: "Alejo Espriu, falangista"». Alejo entornaba sus Cándidos ojos. «Eso de los primeros viernes, cuéntaselo a tu suegra; en cuanto a la Falange, no solicitaré el ingreso en tanto no compruebe que en España ha empezado realmente a amanecer».

Era frecuente que los lunes, a primera hora, Rogelio se llevara a Alejo en su coche a Barcelona. Y el trayecto se les hacía corto, pues en el fondo coincidían en muchas cosas: detestaban que el cementerio de Arenys se alzase precisamente en la cima de la colina que presidía el pueblo —¿a quién se le ocurriría tan macabra idea?—; estimaban un abuso de la autoridad que no se levantara todavía la veda de las sardanas; aseguraban que los japoneses debían de disparar oblicuamente; etcétera. Al llegar a la Ciudad Condal, Rogelio le preguntaba:

—¿Te dejo en el Ritz, como siempre?

—Desde luego —contestaba el viejo sin vacilar, acariciando con indolencia la cadenilla de oro.

Rogelio efectuaba un viraje y, antes de llegar al hotel, de pronto paraba el coche y le advertía: «¡Apéate, de prisa, que allí pasa tu tranvía…!». Alejo bajaba sonriendo, lo saludaba llevándose la mano a la sien y Rogelio, satisfecho y silbando la última canción del cantante de moda, Rafael Medina, proseguía veloz hacia la Constructora.

Naturalmente, muchas veces Rogelio efectuaba el viaje solo. En ese caso, al llegar al cruce de Llavaneras, que distaba unos diez minutos de su casa natal, del plantío de árboles en que residían su madre y sus dos hermanos, el constructor sentía la tentación de pasar a saludarlos. Sin embargo, era raro que se decidiese a hacerlo. Y es que su madre se alegraba de verlo y le preguntaba por Rosy y por cómo marchaban sus asuntos; en cambio, sus hermanos… ¿Qué les ocurría? Rogelio llegó a sospechar que estaban enterados de algo que él quería ocultar a toda costa… Ambos lo miraban con fijeza, inmóviles, como dos troncos más de los que crecían en la propiedad.

—¿Qué tal los Ventura…? —saludaba Rogelio, bajándose del Stromberg dispuesto a estrecharles la mano.

Ellos, con gorra y pantalones de pana, pese al calor, no se movían y tardaban unos segundos en contestar:

—¡Hola!… ¿Tú por aquí?

Rogelio disimulaba.

—Pues ya lo veis… Al llegar al cruce pensé: ¡voy a saludar a la familia!

Intervenía su madre.

—¿Quieres tomar algo? ¿Pan con jamón? ¿Un tazón de leche…?

—No, muchas gracias. Me he desayunado antes de salir.

Se hacía un silencio.

—¿Qué tal el negocio? —interesaba Rogelio, dirigiéndose a los dos hombres.

—No podemos quejarnos.

—Veo que habéis comprado una camioneta…

—Claro… Mucho más cómodo.

La madre se daba cuenta de la situación, pero cuantas veces intentó averiguar el secreto de los hermanos de Rogelio, éstos guardaron silencio.

—Siéntate, Rogelio…

A éste la corbata se le hacía huésped. De modo que cortaba por lo sano.

—¡Lo lamento, pero no puedo! Me están esperando a las ocho en punto… —Y acercándose a la mujer le estrechaba con fuerza ambos brazos.

La madre hacía un gesto.

—Lástima…

Rogelio se dirigía hacia el coche.

—¡Bien, hasta pronto!

—Hasta pronto…

Poco después, carretera adelante, Rogelio semicerraba los ojos unos minutos, reflexivamente. ¡Extraña sensación! ¿Por qué la vida creaba tan sórdidas tiranteces? Ni siquiera se atrevía a besar a aquella mujer que lo trajo al mundo.

Fatigado del esfuerzo, apretaba el acelerador. ¡Sus hermanos…! ¡Con lo mucho que los tres habían jugado de niños por entre los árboles del plantío! Su abuelo fue quien inició el negocio; y murió feliz, a los noventa y dos años.

Rogelio se miraba al espejo retrovisor y por unos instantes tenía la impresión de haber alcanzado esa misma edad.

A Julián Vega el tiempo se le pasó veloz. No le gustaba bañarse, pero el verano era tan caluroso que fue varias veces a Piscinas y Deportes, instalación situada precisamente junto al Turó Park; pero se aburría al sol, por lo que de pronto se tomaba un refresco y se volvía a casa.

En cuanto al otoño, se lo llevó el viento. Un viento que desnudó en un santiamén las ramas de los árboles* dejando al descubierto sus nervios, lo que para el fervor arboricida del Ayuntamiento —era preciso ensanchar las calles de Barcelona, asfaltarlas…— constituyó una provocación. Las hojas, en el suelo, fueron muriendo de fiebre amarilla, como era su deber, si bien en esa ocasión Julián no comparó su color al de las custodias, acaso porque esta palabra le recordaba la escena que vivió con Gloria en el interior de la Catedral…

El invierno marcó una pausa. Desde el Tibidabo, e incluso desde el ático de Balmes, se veía la urbe envuelta en un halo tan nebuloso y tan enrarecido por el humo de las fábricas, que daba grima pensar que dentro de aquella cámara de humedad millón y medio de personas vivían y respiraban.

No obstante, el arquitecto, que cruzaba una etapa desbordante de vitalidad, no cesó de trabajar, ¡y de estudiar!, los libros que se compró; las revistas técnicas que

continuaban llegándole desde Portugal; el análisis exhaustivo de todas y cada una de las obras que iba construyendo Aurelio Subirachs, en las cuales, pese a las circunstancias, había detalles suficientes para provocar la admiración y aun la envidia de Julián… ¡Ah, si éste pudiera trabajar con él! Pero, según el jefe de Claudio Roig, eso continuaba siendo tan improbable como regresar vivo de la División Azul…

A veces, al levantarse, se sentía un poco solo, y mientras se afeitaba, al notar el aletazo del frío que se filtraba del exterior, se ponía un poco sentimental, como Rogelio con las películas alemanas. Y, cosa rara en él, pensaba en los obreros que de madrugada se dirigían al Metro, precedidos por su propio aliento, y en los centenares de seres que, de día o de noche, deberían trabajar fuera, al aire libre. Entonces, después de desayunarse al calor de una estufa eléctrica —envidiable privilegio—, se acercaba unos instantes al ventanal del estudio y contemplaba a los basureros, muchos de los cuales ni siquiera llevaban guantes, por lo que al contacto con los cubos metálicos se soplaban una y otra vez las puntas de los dedos; y recordaba a los vendedores de periódicos, ocultos en sus garitas, tiritando; y a los ciegos que, apostados en esquinas inverosímiles, protegidos por extraños gorros y mugrientos jerseys pregonaban: «¡Cita iguales para hoy!»; y a las mujeres que allá por el Barrio Chino vendían bocadillos y «pitillos sueltos»; y a los habitantes de las chabolas de Montjuich, de Somorrostro, de Casa Antúnez… Por si fuera poco, de noche, antes de conciliar el sueño —le bastaba con dormir cinco o seis horas—, pensaba en las prostitutas; en los serenos; en los vigilantes de las fábricas; en los borrachos; en las parejas de civiles que montaban guardia en las carreteras; en los mendigos que, según le informó un taxista, por una peseta tenían derecho a cobijarse en un hangar próximo al puerto, sentados sobre paja, la cabeza reclinada en una cuerda tensa, horizontal…

Sí, hacía frío en Barcelona y en el mundo. ¿Por qué existía el invierno? Para un hombre del Sur, como él, el invierno era una agresión. Tal vez por ello los poetas árabes, según le había contado su amigo Saumells, lo comparasen al pecado y los poetas modernos a la poliomielitis. Tal vez por ello —eso se lo oyó durante la guerra al alemán Krüger—, los vikingos no consideraban que el infierno fuera un lugar de fuego, sino un lugar helado, un inmenso iceberg.

Pero… no pasaba nada. Su salud seguía pudiendo con todo, con lo bueno y con lo malo; excepto, quizá, con su inestabilidad. Julián vivía a lo largo de la jornada varias vidas a un tiempo. Y aunque el hecho no le preocupaba en demasía —el futuro era suyo—, no dejaba de preguntarse hasta cuándo podría durar aquello.

Bien, todo ocurrió de la forma más inesperada. Fue como un rapto, como una iluminación. ¡Zas! Pocos meses después de que Rosy le espetara a bocajarro: «Julián, ¿por qué no te casas?», don José María Boix, que estaba enfermo, lo llamó por teléfono. No era la primera vez que lo hacía. Don José María Boix, como es sabido, guardaba un gratísimo recuerdo del arquitecto y recurría a él siempre que se

encontraba en un apuro, ya que por lo visto no había encontrado todavía quien lo reemplazara satisfactoriamente… «No es fácil encontrar alguien como usted, que tenga ganas de aprender. La gente busca lo fácil y no quiere admitir consejos».

Julián solía complacer a don José María Boix, y esta vez no fue una excepción. Tampoco él, ¿a qué negarlo?, había dado aún con la suplencia idónea de lo que en la calle de Córcega encontró un día…

Don José María Boix le pidió lo habitual: que tomara a su cargo la restauración de una masía, dado que él no estaba en condiciones de desplazarse. Dicha masía se encontraba a las afueras de Arenys de Munt, al noroeste, o sea, en dirección a Mataró, y era propiedad de una familia allegada de antiguo a don José María Boix. «Ignoro los detalles —le dijo éste a Julián—. Sólo desearía recordarle que las mujeres que lo recibirán son amigas mías».

Julián no perdió un minuto. Alquiló un taxi, uno de los primeros que funcionaban con gasógeno —la gasolina escaseaba cada vez más—, y emprendió el camino indicado.

Era un día de cielo encapotado. Un día septembrino, disfrazado de nubes bajas, de nubes que, habida cuenta de la sequía reinante, pertinaz, ya se sabía que no se resolverían en lluvia. Otro velo tantálico que se posaría en las copas de los árboles, que se haría niebla para rastrear la tierra, pero sin decidirse a satisfacer su sed. Apenas si quedaba agua en los pozos, y los campos, resecos, daban pena. En las angosturas de la carretera las rocas adquirían formas espectrales. El taxi, mancha amarilla, avanzaba veloz, perforando la bruma. Julián encendió su pipa y repitió varias veces el nombre que le había dado don José María Boix: «Can Abadal». ¿Cómo se escribía eso? No conseguía acostumbrarse al idioma catalán, y menos aún a su ortografía.

El conductor, que era muy parlanchín, se mostró dispuesto a esperar al arquitecto lo que fuere menester. «No se preocupe usted —le había dicho—: Calculando que lleguemos a las diez, conectaré la radio: es la hora de la zarzuela. ¿Le interesa a usted la zarzuela, señor?».

A las diez en punto llegaron a la bifurcación que conducía a la masía. Clavado en un árbol, un rótulo desvaído que apenas si permitía leer: «Can Abadal. Prohibido el paso». El taxista maniobró y se adentró en el sendero, lo que encantó a Julián, aficionado a trasponer pasos prohibidos. Tanto le encantó, que una vez apeado y habiendo hecho sonar la campanilla de la verja, notó que su disposición de ánimo era excelente.

Acudió a abrirle una sirvienta, que guardaba cierto parecido con doña Aurora. «Por aquí…». Al minuto escaso, el arquitecto era recibido por una señora de unos cincuenta años, distinguida y enérgica, viuda, que se llamaba Beatriz. A su lado, su hija única, Margot, algo más joven que Rosy, que al ver a Julián pestañeó imperceptiblemente e inclinó la cabeza, sin la menor muestra de timidez.

El arquitecto se disponía a dar su nombre, pero la señora se le anticipó.

—Don Julián Vega, ¿verdad?

—Para servirla, señora…

—El señor Boix nos llamó anunciando que vendría usted. Pero con este tiempo, la verdad, no sabíamos si…

Julián tuvo un gesto que significaba: «No faltaría más…».

Después de un corto preámbulo, durante el cual la dueña de Can Abadal le ofreció al arquitecto «tomar algo caliente», ofrecimiento que éste declinó, procedieron a la inspección de la masía, que se componía del edificio central, de sólido aspecto, y de un vasto jardín, muy descuidado, con cipreses, pinos, un sauce llorón, bancos de piedra y un pequeño estanque. En la parte trasera, una deshabitada casita para los colonos, con un pedazo de tierra sin cultivar.

Doña Beatriz iba dando las explicaciones necesarias, pero Julián apenas si le prestaba atención. Estaba muy familiarizado con aquel tipo de trabajo, gracias a sus viajes con don José María Boix. No obstante, no se perdió detalle, especialmente del interior del edificio, que presentaba manchas de humedad y, en el piso de arriba, algunas grietas en el techo. Margot fue la encargada de ir abriéndole una a una las habitaciones, diciendo cada vez: «Perdón…».

Finalmente, el arquitecto estimó que con lo visto bastaba. «¡Bien, esto está claro! —exclamó—. Las paredes maestras se han mantenido intactas y eso es lo principal».

Doña Beatriz se creyó obligada a justificar el lamentable aspecto en que se encontraba todo aquello.

—Los milicianos se instalaron aquí durante la guerra, y ya puede usted figurarse… —A renglón seguido precisó que su intención era remozarlo todo, convirtiéndolo en «habitable»—. Sin embargo, por lo menos de momento, el presupuesto es más bien modesto, ¿comprende? Lo único que querríamos modernizar por completo, eso sí, serían la cocina y los aseos… —Luego añadió—: Y por supuesto, conservando el estilo normal de la casa, claro…

Julián cabeceó repetidamente y guardó silencio. Advirtió que Margot se había colocado un chal sobre los hombros. Entonces preguntó:

—Perdónenme, pero hay algo que necesitaría saber: cuántas personas van a vivir aquí…

Doña Beatriz, que llevaba unos pendientes de gran calidad, preciosos, contestó:

—Eso, la verdad, no lo tenemos decidido todavía. Para nosotras dos la casa es muy grande… A lo mejor la alquilamos.

—Ya…

Margot intervino:

—Lo más probable es que la guardemos para nosotras y que pasemos aquí los veranos.

Julián, al oír esto, pareció darse por satisfecho. Agregó que, a su juicio, lo mejor sería enviarles un aparejador de su confianza para completar los datos necesarios. Una vez éstos en su poder, procuraría presentarles el proyecto lo antes posible.

Doña Beatriz asintió.

—¿Quiere usted anotarse nuestras señas de Barcelona?

—Sí, por supuesto… —Y Julián sacó del bolsillo la pluma y una agenda alfabética, de gran tamaño.

—Bruch, 170… Beatriz Suñer, viuda de Abadal… —Luego añadió—: El teléfono es fácil de recordar: 70111…

—Muchas gracias —dijo el arquitecto, encasillando con asombrosa rapidez los datos en la agenda.

La entrevista había terminado. Salieron de nuevo al jardín. Julián elogió el paisaje, que a la luz del sol debía de ser muy hermoso, aunque la niebla le prestaba también un especial encanto. De pronto, vio algo que le había pasado inadvertido: un monolito de mármol, con un busto encima. La inscripción decía: *Juan Maragall*.

Julián, después de una duda, preguntó:

—Maragall… era un poeta, ¿verdad?

—¡Un gran poeta…! —contestó la muchacha. Luego agregó—: Es… nuestro Machado, ¿comprende?

Julián torció el gesto.

—¡Ay, qué pena! Los arquitectos somos de lo más prosaico…

Beatriz sonrió… y se despidió con exquisita corrección, mientras Margot se brindaba para acompañar al visitante hasta la verja. La muchacha, al pasar junto al sauce llorón, hizo como si acariciase suavemente sus ramas, caídas y tristes.

Ya en el umbral, Julián se detuvo. Y miró con inesperada intensidad a Margot, cuyos ojos volvieron a pestañear:

—Hasta pronto… —dijo el arquitecto, ofreciéndole la mano.

—Hasta pronto, señor Vega…

La mano de Margot era tibia, pese a la humedad del lugar. Sin más, el arquitecto se dirigió al taxi, colocado ya en dirección a Barcelona. Con un pie en el estribo, se volvió; y vio a Margot de espaldas, componiéndose el chal, regresando a paso vivo hacia el interior de la masía.

Camino de Barcelona, Julián se sorprendió ensimismado. Apenas si se enteró del entusiasmo del conductor por la zarzuela que estuvo escuchando: *Gigantes y Cabezudos*. El arquitecto sacó la impresión de que detrás de aquellas dos mujeres debía de acechar la soledad. Pensó en la guerra civil. Era lo más probable que ésta no hubiera afectado únicamente a la masía, sino también a los varones de la familia. Recordó que doña Beatriz llevaba un jersey negro, con un collar tan discreto como los pendientes.

No se equivocó. Llegado a Barcelona realizó las averiguaciones pertinentes y obtuvo toda clase de detalles. Doña Beatriz era viuda de don Jorge Abadal, prestigioso notario y miembro, lo mismo que don José María Boix, de la Lliga

Catalana. Los anarquistas lo fusilaron en Montjuich, en compañía de su único hermano, Abel, anticuario. Doña Beatriz pudo identificar el cadáver en una de las fosas a los pies del castillo y darle la debida sepultura. Por lo demás, ella misma estuvo en una checa. Se salvó, y al término de la contienda pasó junto a su hija una temporada de angustia, hasta que optaron por reorganizar su vida… Doña Beatriz decidió ponerse al frente de la tienda de antigüedades que perteneció a su cuñado, situada precisamente en el Barrio Gótico, cerca del local del Centro Excursionista de Cataluña.

Margot, interrumpida su carrera de bibliotecaria, era profesora de piano y daba clases particulares. Al parecer, el patrimonio heredado les hubiera bastado para vivir, pero prefirieron hacer algo, ser útiles en algún sentido.

Don José María Boix corroboró esos datos y añadió:

—Beatriz, ya lo habrá usted notado, es una mujer de mucho carácter. Tiene un cargo, no sé cuál, en la Cruz Roja. Y la hija ha salido a su madre, aunque tal vez sea menos alegre. Se han quedado solas, ésa es la verdad.

—¿Es que no tienen más familia, o amigos?

—¡Psé! Beatriz tiene un hermano… no sé exactamente dónde. En Venezuela o en La Habana, no sé. En cuanto a amigos, yo las veo poco. Su médico de cabecera, el doctor Beltrán, las visita con frecuencia, creo. Y también el cura párroco, mosén Castelló; pero figúrese… Claro, es de suponer que Margot tendrá también sus relaciones…

Julián se acarició la mejilla derecha y, sin darse cuenta, se puso a tararear *Gigantes y Cabezudos*.

Dos meses después, próxima la Navidad, las obras de Can Abadal estaban en marcha y Julián, al atardecer, ya no tenía que irse por ahí al buen tuntún, en busca de fáciles evasiones, ni a «Bolero» ni a «La Buena Sombra», ni al bar de enfrente a jugar rápidas partidas de ajedrez. Podía encender la pipa y pensar en Margot, e incluso, de vez en cuando, salir con ella. Salir con ella para comprobar dos cosas. La primera, que Margot tenía criterio propio, pese a su juventud: veintidós años recién cumplidos. Segunda, que la sensibilidad de ambos era muy distinta, lo que, al igual que ocurría con Rogelio y Rosy, les daba motivo para discutir sin cesar.

Un hecho resultaba evidente: el interés de Julián por la muchacha era muy superior al que Margot sentía por él. Con frecuencia Margot pretextaba cualquier cosa —por regla general, las clases de piano— para espaciar sus encuentros con el arquitecto. Reconocía que éste tenía una facha espléndida —¡qué tipazo de hombre, Dios mío!— y que se comportaba con una delicadeza extremada. Por si fuera poco, ejercía una bella profesión, capaz de transformar una masía cochambrosa y desangelada en algo que iba recobrando día tras día el clima acogedor que sembró la infancia de la muchacha de recuerdos entrañables. Sin embargo, había algo que no acababa de encajar, que la distanciaba de pronto, colocándola a la defensiva.

Por su parte, Beatriz, desde su tienda de antigüedades, asistía expectante al

desarrollo de los acontecimientos. Julián, ello era lógico, le había causado una impresión excelente, que don José María Boix ratificó. Ahora bien, lo último que podía pasarle por la cabeza era que su hija se relacionara con un andaluz… ¡El ceceo! ¡Granada, que a Beatriz le pillaba tan lejos como la Vía Láctea a Rogelio! ¡Maragall…! Un sexto sentido, algo que no acertaba a precisar, la impelía a considerar a Julián como un intruso capaz de darle de la noche a la mañana la sorpresa del siglo. Porque —ése era el punto flaco de la cuestión— Margot era independiente y no denotaba la menor prisa, pero al propio tiempo era muy femenina y algunas veces, sobre todo después de cenar, cuando la sirvienta, Dolores, retiraba los platos y las dejaba solas, la muchacha hacía un gesto de cansancio y Beatriz leía en sus ojos, que por un lado eran tristes pero por otro querían abrazar el mundo, un leve destello de vacilación y de esperanza, ambas recién estrenadas. ¿Por qué, Señor —se preguntaba Beatriz—, Margot se opuso siempre a dejarse acompañar por el primogénito de una conocida familia barcelonesa, que bebía los vientos por la chica y que hubiera supuesto para el apellido Abadal una firme garantía de continuidad?

Y el caso es que los acontecimientos evolucionaban. Julián, con su «buena facha», con su fino tacto, con su ímpetu, que nadie podía desmentir, porfiaba en su asedio. Margot continuaba en las mismas, pero en las fiestas navideñas, en vez de aislarse más que nunca, como en los años anteriores desde que terminó la guerra, ofreció menor resistencia a las llamadas de Julián.

Beatriz, antes que la cosa prosperara más de la cuenta, decidió tomar cartas en el asunto.

—Vamos a ver, Margot —le preguntaba—. Explícame cómo es ese hombre…

Margot ponía cara de asombro.

—Pero ¿por qué me hablas en ese tono? ¡Si no pasa nada! ¿Hay algo malo en que salga con él? Recorremos escaparates, me cuenta cosas, charlamos… ¿Sabes dónde estuvimos anteayer? Viendo desfilar la cabalgata de los Reyes Magos…

Beatriz se acariciaba el collar. Dejaba transcurrir cierto tiempo y volvía a la carga.

—Margot…, ¿por qué no te sinceras conmigo? ¿Cómo es… tu rey mago, si puede saberse? ¡Supongo que te habrás formado ya una opinión!

—Pues no sé qué decirte, mamá… Tiene detalles. Es supersticioso, está muy solo, como nosotras, y a veces parece un señor, y a veces no. Su padre es abogado, pero lo decepcionó porque se pasa las tardes en el Casino… Tiene un hermano médico. Y dice que su madre es una beata insoportable. ¡En fin! La verdad es que me desconcierta un poco… La política lo tiene fanatizado. Pero es que es fanático en todo, ¿comprendes? Cuando trabaja, cuando habla de toros, ¡cuando estudia! Porque, eso sí, estudia como si estuviera empezando la carrera… ¡Ah, y el dinero le importa un bledo! Hace un mes que se casó una hermana suya y se gastó una burrada en el regalo de boda… Un poco fanfarrón, ¿entiendes?

No, Beatriz no entendía nada. Precisamente la naturaleza la había castigado con el pecado de la avaricia, de modo que noticias como esa última la obligaban a hacer un

soberano esfuerzo para disimular su estado de ánimo.

—¿Y qué más? Sigue contando…

—¡Mamá, basta ya, ea! Te repito que por ahora no hay nada… ¿Por qué te empeñas en dramatizar este asunto? Sabes que yo también preferiría un hombre de aquí, que hablara nuestro idioma… ¡Hala, no seas tontaina y vete a la tienda! Luego pasaré a verte y me quedaré un rato contigo…

Las palabras de Margot eran sinceras. Y no obstante, Beatriz estaba visiblemente alarmada. De una cosa no le cabía la menor duda: Julián, físicamente, atraía con mucho poder a su hija y ella sabía muy bien lo que eso significaba… Por lo demás, hacía falta estar ciega para no advertir una serie de detalles. Margot se peinaba ante el espejo con más detenimiento que el acostumbrado, y no se limitaba, como en los últimos tiempos, a utilizar el piano para dar clase. Con frecuencia levantaba la tapa y sus manos se paseaban por las teclas con cierta alegría desbordada, aunque con extraordinaria precisión. Y el repertorio que elegía era clásico, como si buscase en los sonidos algo eterno. ¿Y a santo de qué el repentino interés de la chica por la influencia árabe sobre la península? ¿Y por las «faenas» de Manolete? ¿Y por las diferencias existentes entre la Andalucía alta y la Andalucía baja?

No dejaba de ser curioso que las reflexiones de Beatriz se asemejasen como dos gotas de agua a las que Julián se hacía a sí mismo. También al arquitecto se le antojaba que todo aquello era una intrusión. ¿Cómo pudo él imaginar que algún día se interesaría seriamente por una mujer catalana? ¿Tendría razón su hermano Manolo al decir que la vida de cada cual venía jalonada por una serie de súbitos espasmos contra los cuales era inútil luchar? ¿La tendrían, paralelamente —¡sería el colmo!—, las gitanas del Albaicín que en su época de estudiante le echaron la buenaventura y le profetizaron que conocería a una mujer de tierra extraña, «que le sorbería los sesos y le daría muchos churumbeles»? Margot, aunque tenía la cara muy expresiva, no era una belleza. Ojos profundos, eso sí, y los pómulos salientes y respingona la nariz. Tampoco podría decirse que fuera —por lo menos, de momento…— excesivamente cariñosa. ¿Qué ocurría, pues? El arquitecto había empezado a preocuparse el día en que, finalizado el trabajo de remozamiento de la masía, doña Beatriz lo llamó por teléfono y le habló de los honorarios… ¿Honorarios? ¿Cómo iba él a cobrar honorarios por algo tan directamente relacionado con Margot? ¿No bastaba con que ésta le hubiera dicho: «¡Qué estupendo, Julián! Can Abadal vuelve a ser lo que fue. ¡Has estado magnífico!»? ¿Cómo definir su reacción? ¿Y por qué, en los papeles que tenía sobre el tablero, de pronto se ponía a escribir «prohibido el paso» y a dibujar cipreses, pinos y, sobre todo, algún que otro sauce llorón?

Naturalmente, el doctor Beltrán y mosén Castelló, que efectivamente eran amigos de las dos mujeres, estaban al corriente de lo que sucedía. El doctor Beltrán habló sólo un par de veces, de pasada, con el arquitecto y su impresión fue favorable; mosén Castelló, que siempre llevaba consigo folletos relacionados con los milagros de Lourdes, y que solía estar de acuerdo con Beatriz y en desacuerdo con Margot,

comentó: «No puedo opinar, no puedo opinar… Como no se le ocurre jamás venir a confesarse conmigo…».

Tocante a Rogelio y Rosy, la cosa tuvo su gracia. Julián guardó el secreto lo más que pudo, pero llegó un momento en que, sin saber por qué, lo soltó. Y entonces resultó… que Rosy había oído hablar mucho de Can Abadal y que incluso conocía a Margot. ¡Claro, estudiaron juntas, aunque en cursos distintos, en el colegio de La Presentación, de Arenys de Mar! Rosy se acordaba perfectamente de la chica y aseguró que siempre sintió por ella un respeto especial.

—¡Bien, bien! —exclamó Rogelio, después de haber oído a Julián y a Rosy—. ¡Ya me veo en San Bernat, esta vez sin los malditos guantes, en plan de Simón Cireneo…!

Julián protestó:

—Pero ¡si no hay nada! ¡Os repito que no hay nada! En principio…, ¿cómo os diría yo?, incluso me parece absurdo…

Rosy le interrumpió con tanta picardía en los ojos como cuando, en el Club de Golf, conseguía meter la pelota en un hoyo.

—Julián… ¿es que vives en el limbo? ¿Desde cuándo en cuestiones de amor privan la lógica y el cálculo? Si a mí me hubieran dicho que iba a casarme con un hombre que machaca cacahuetes en el cine y que no sabe nadar, me hubiera metido a monja… ¡Y aquí me tienes, loquita por él! Sobre todo desde que, ¡por fin!, y para no rezagarse demasiado del señor Amades, resulta que dentro de unos meses todo el mundo, en vez de llamarlo Rogelio Ventura, tendrá que llamarlo «papá»…

CAPÍTULO VIII

LA SUERTE ESTABA ECHADA. Los presentimientos de don José María Boix se cumplieron sin remisión. Los alemanes empezaban a ceder terreno en África y en el frente ruso. Ello repercutió de forma directa en la vida colectiva e individual. El aislamiento español se incrementó más aún, con signos deprimentes. Nada menos que el conde de Vilalta —importador de yute, dueño de un periódico matutino, mecenas deportivo, etcétera— quiso hacer un viaje a América y le pusieron tales trabas que renunció. Aurelio Subirachs y Ricardo Marín, el joven y elegante banquero, se dieron cuenta de que les habían abierto varias cartas recibidas del extranjero. Drástico aumento de restricciones eléctricas, racionamiento de la mayor parte de artículos alimenticios, falta de ropa, de piezas de recambio, etcétera. Pero no era eso lo peor. Lo peor era la presión autoritaria sobre el pensamiento y los reflejos de los ciudadanos, que continuaba implacable, implacable como el primer día, «pues era preciso mantener a toda costa el orden público».

Sin embargo, la verdad era aquella a que aludió Charito —recentísima «mamá» de un niño feúcho, enclenque, al que bautizaron con el sorprendente nombre de Sergio—: el fatalismo. Fatalismo de la población, alienada, sometida a un incesante bombardeo triunfalista. Fatalismo cuyas válvulas de escape eran, también desde el primer día, los espectáculos deportivos, el folklore, el cotilleo y, con intensidad creciente, las publicaciones infantiles. Cierto. Mientras los generales alemanes no salían de su asombro, y Mussolini arengaba a sus soldados, y los japoneses se apoderaban de Manila, y Margot, vencida por el asedio de Julián, caía ¡por fin! rendida en sus brazos, el censo común del país, apiñado gregariamente en torno a los noticiarios, leía tebeos. En los trenes, en el Metro, en los autobuses, en los cafés, en los hogares —a menudo, a la luz de una vela—, hombres hechos y derechos leían tebeos. ¡Y las mujeres no digamos! Era como una invasión de urticaria en el alma. Alejo Espriu decía: «Sería el momento de inventar una mariposa mecánica que inmunizara contra la castración intelectual, o un muñeco al que bastase con darle cuerda para que gritara: “¡Arriba España!”».

La rendición de Margot se produjo al término de un largo proceso, en cuya base latían las palabras que Rosy aplicó a Julián: «¿Desde cuándo en cuestiones de amor privan la lógica y el cálculo?». También cabía mencionar la definición dada por Beatriz, según la cual «los ojos de Margot por un lado eran tristes y por otro querían abrazar al mundo». La muchacha encontró en la vitalidad del arquitecto el estímulo requerido para que dichas ganas de vivir prevalecieran sobre su innata melancolía. Todo ello asentado sobre la primera realidad vislumbrada por Beatriz: Julián, físicamente, atraía con mucho poder a la chica. La primera vez que el hombre la besó, Margot se sintió completamente indefensa y se dio cuenta, en lo más hondo, de que existía algo que estaba por encima de cualquier discrepancia e incluso por encima de

cualquier necesidad de protección: el amor.

Por supuesto, la resistencia fue dura… Cuántas veces Margot pensó para sus adentros: «¡No, no, esto es un error!». Sin embargo, ¿qué hacer? ¿Cómo luchar contra el misterio? Mucho más tarde, cuando Margot oyera de labios de Manolo, el hermano de Julián, que la objetividad de las radiografías era fuente de toda enseñanza, le contestaría sonriendo: «¡Te diré! No veo yo el asunto tan fácil…».

El principal enemigo de Julián fue, desde el primer momento, el entrañable recuerdo que la muchacha guardaba de su padre, don Jorge Abadal. Su padre había sido para ella un dios, y su muerte la hirió en lo más profundo. Lo quería con locura y estaba convencida de que nada ni nadie lograría jamás suplir su ausencia. De ahí que, sin advertirlo, Margot estableciera constantemente comparaciones entre él y Julián… ¡Prueba severa para el arquitecto! Don Jorge Abadal fue un hombre comprensivo, ecuánime, partidario de sopesar el pro y el contra y de no dejarse llevar por las primeras impresiones. Tal vez influido por su condición de notario, antes de tomar una decisión meditaba hasta la última consecuencia. Se colocaba sus gafas —Margot lo estaba viendo…—, emitía unos gruñidos muy peculiares y por fin decía: «está bien»; o, por el contrario: «no, no, eso es incorrecto». Julián era el reverso de la medalla. No porque fuera irresponsable, pero obraba condicionado por el temperamento del Sur. La «corazonada». Vivía de relámpagos, que lo mismo podían cegarlo que esclarecerle en un segundo la situación más abstrusa. Por ello Margot habló de desconcierto… Por ello lo tachó de supersticioso, de inestable, de fanático. Con filias y fobias muy marcadas. Incapaz de valorar el color gris, y presto a fanfarronear incluso en la manera de anotar los datos en una agenda… Claro que… esos prontos tenían también su lado bueno. «Pero ¡si lo que nos salvó fue eso, la rapidez! —argüía Julián, rememorando el primer encuentro con Margot en Can Abadal—. ¡Mirarte a los ojos y caer en la cuenta de que los necesitaba para vivir!».

Julián tenía esas salidas, y Margot se enamoró… Y acabó por aceptar que también ella necesitaba de los ojos de Julián para que su existencia recobrase algún sentido. Lo cual no suponía que el arquitecto hubiera suplantado en su entraña la impronta de don Jorge Abadal. Margot continuaba pensando que lo que ella era, y todo su pasado, y cuanto pudiese haber de sano y honesto en su persona, se lo debía a su padre. De ahí que las diferencias temperamentales persistiesen y les creasen problemas. Sus respectivas escalas de valores diferían tanto como las que regían en «Construcciones Ventura, S. A.» y en el plantío de Llavaneras; o en la Andalucía alta y en la Andalucía baja…

Para empezar, Julián parecía entusiasmarse únicamente por lo grande, en tanto que Margot había aprendido de don Jorge Abadal a amar precisamente las cosas pequeñas. Tal contraste se ponía manifiesto apenas entraban en contacto con la naturaleza. El día que subieron juntos a Montserrat, Julián trepó a lo alto de una roca, respiró hondo y poco le faltó para improvisar metáforas verdaguerianas en honor de la inexplicable geología de la montaña; Margot, después de echar un rápido vistazo a

las cumbres y de negarse en redondo a asomarse a la hondonada, que le producía vértigo, se entretuvo por las laderas buscando florecillas silvestres para ofrecérselas luego a la Virgen, y terminó adquiriendo unos saquitos de plantas medicinales que, a su juicio, contenían el secreto de la «eterna juventud» de que podía vanagloriarse su madre, Beatriz. Julián admitió que aquello era cierto, que él sólo reaccionaba ante panoramas tales como los que se divisaban, para citar un punto de referencia, desde Sierra Nevada… «Por ejemplo —confesó—, cuando en Can Abadal os dije que el paisaje era un encanto y que los arbolitos que tenéis en el jardín eran preciosos, mentí como un bellaco… La realidad es que no me atreví a piropearte a ti».

Luego, la muchacha, además de cursar la enseñanza primaria en el colegio de La Presentación, estudió bachillerato en el Liceo Francés. Eso era un reto, que conectaba de rebote con la política, tan importante para Julián. El padre de Margot, que sentía por Francia tanto o más respeto aún que don José María Boix, todos los veranos, después de pasar unos días en Mallorca —el notario entendía que las islas enseñan la humana limitación—, se llevaba a su mujer y a su hija a visitar el Rosellón, deteniéndose en Collioure, que le gustaba mucho, para luego efectuar una gira por los castillos del Loire e instalarse finalmente en Évian-les-Bains, cuyas aguas le sentaban a maravilla. Don Jorge Abadal sostenía la tesis de que Francia, Francia entera, desde la petanca, pasando por el idioma y el concepto de libertad, hasta la catedral de Chartres y el prodigio de París, era un pozo de sabiduría. Julián, en cambio, continuaba detestando a la nación vecina, sinónimo para él de Frente Popular y de propaganda adversa a España, y con sólo oír la palabra «masonería» soltaba un taco que retumbaba como el tambor del Bruch.

Tampoco la pareja se avenía demasiado en otro aspecto fundamental: la religión. Margot, tal vez por haber permanecido todo el tiempo en zona «roja», donde vio arder iglesias y cazar sacerdotes como si fueran conejos, tenía una fe activa, consciente. Sin beaterías ni huecos sentimentalismos. Por ello andaba en desacuerdo con mosén Castelló, tan dogmático como los catecismos de principios de siglo, y acérrimo defensor del sexto mandamiento y del Apocalipsis… De hecho, los únicos actos de piedad tierna que Margot se permitía eran frecuentes visitas… ¡al Cristo de Lepanto!, y besar cada noche la medallita que le colgaba del pecho y que durante la guerra escondió en la tubería del lavabo.

—Dime una cosa, Julián. ¿Qué piensas cuando estás en misa?

—Pues… no sé qué decirte. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque he estado observándote. Bostezas esperando el *ite, missa est*. ¿O me equivoco?

Julián sonreía.

—¡Bueno! No puedo decir que me divierta mucho, la verdad… ¡Me tragué tantos sermones en Granada!

Margot procuraba dulcificar el tono:

—Pero ¡vamos a ver! ¿Qué es Dios para ti?

—¡Hum…! —Julián semicerraba los ojos y se entretenía limpiando la cazoleta de la pipa—. Eso nadie ha sabido explicármelo hasta ahora… Tres personas y una sola esencia: un poco complicado, ¿no?

—¿Y por qué no ha de serlo? Es un misterio, Julián. Algo íntimo. Pero, por supuesto, lo más trascendental.

Julián, que tenía la ventaja de no ser hipócrita, le confesaba que él creía en Dios, pero que no acertaba a imaginarlo, y que desde luego sólo se dirigía a Él en momentos esporádicos o cuando se veía obligado a hacer frente a una dificultad grave.

Mosén Castelló hablaba con Beatriz sobre este aspecto de la cuestión.

—Muy peligroso, muy peligroso… —opinaba el cura párroco, que tenía una verruga en la nariz—. ¡Si supiéramos que Margot ganará la partida!; pero, según las profecías de la madre Ráfols…

Otro motivo de disentimiento era la música. La música era también vital para Margot, mientras que Julián en ese capítulo se encontraba, como hubiera dicho Rogelio, «fuera de juego».

—¿Para qué mentirte, cariño? No siento nada. El piano… ¡En fin!, cada cual es cada cual, ¿verdad? ¿Te digo una cosa? No llego a comprender que tuvierais un palco en el Liceo. ¿En serio resistías una ópera entera, Margot? Hija, eres más santa de lo que suponía… Porque, vamos, ¡eso de *Madame Butterfly*! ¡Y el señor Wagner, con todos mis respetos…!

Margot, que no quería dramatizar la cuestión, miraba burlonamente a aquel gigantón rubio que acababa de llamarla con toda espontaneidad «hija», «santa», «cariño»…

—De todos modos, un fandanguillo de Cádiz lo resistes… O un tango…

—¡Pues, fíjate! Antes sí… Ahora, no sé por qué, desde que cometí la torpeza de escuchar tu voz, se me ha olvidado hasta palmear… —y Julián fingía hacerlo, levantando los brazos y moviendo los hombros con alegría.

Margot sonreía. No sólo porque comprobaba una vez más que el amor podía con todo, incluso con Wagner y con *Madame Butterfly*, sino porque ese tipo de diálogo, muestra de otros muchos de índole similar, la ayudaba a ver con claridad que el mundo de Julián, su mundo concreto y diáfano, el más importante para él, era la técnica… ¡Lo que no podía tomarse a broma! En efecto, en ese terreno el hombre llevaba bien puestas las botas y pisaba terreno firme. Su opinión era que la técnica podía colmar la mente, e incluso ser tan poética como Collioure, como la misa mejor oída o como las aguas milagrosas de Évian-les-Bains… Con la ventaja de que se proyectaba hacia el futuro, lo cual, a los treinta años —y a los veintitrés…—, era básico. La técnica transformaría las costumbres, facilitaría el modo de vivir y, por descontado, haría tabla rasa de una serie de tabúes que bloqueaban a la sociedad.

—El día que quieras subiremos a mi taller, Margot. Allí me comprenderás. Mucha luz, ¿entiendes? Hace falta mucha luz. ¡Ah, si me hubierais dado carta blanca en la

masía! El pequeño estanque sería ahora una piscina, y desde luego le hubiéramos regalado al taxista la lámpara de cristal del comedor que encontramos en un rincón… Perdona, Margot, pero los techos altos y los pasillos oscuros son agua pasada. La técnica y los modernos materiales marchan en otra dirección. Versalles queda lejos… ¡Sí, sí, mujer, ya sé que Can Abadal… es Can Abadal! Pero ¿y vuestro piso de la calle del Bruch? Lo suponía… ¿Cómo…? ¿Qué significa «solera», vamos a ver? Estoy seguro de que tenéis las paredes repletas de ñoñadas y de cachivaches, lo mismo que don José María Boix, y supongo que lo mismo que tu querido doctor Beltrán… ¿Lo ves? Y lo que cuenta es precisamente el espacio desnudo, el espacio en blanco, con alguna que otra mancha colorista o un simple dibujo geométrico… ¿Sabes lo que te digo? Que lo que ocurre es que cuesta aceptar lo nuevo. Lo nuevo, lo revolucionario, asusta. Pero no hay quien detenga eso, Margot. Me di cuenta el día en que en el aeródromo militar de Burgos subí a un avión italiano y entré en la cabina del piloto. *¡Jozú!* Con sólo pulsar un botoncito aquello parecían fuegos artificiales. Te digo que la técnica… Pero ¡niña!, ¿qué te pasa? ¿Por qué de pronto has puesto esa cara y me escuchas como quien oye llover? ¡Bueno! La verdad es que hasta el presente sólo he conseguido convencer a Rogelio… ¡No, rectifico! También he convencido a Manoli, mi portera, a la que regalé un despertador automático y la pobre se pasa la noche esperando a que suene…

Julián estaba en un error. Margot lo escuchó en todo momento con la mayor atención. Pero le ocurría que sus palabras no acertaban a convencerla. Influida por las teorías de don Jorge Abadal, la muchacha temía que la técnica, con su eficacia pero también con su frialdad, se llevase por delante cosas muy queridas. Que con las lámparas de cristal y con los estanques de los jardines desapareciesen paralelamente tesoros irrecuperables de intimidad. Por ejemplo, podía dar fe de que no todo eran ñoñadas y cachivaches en casa del doctor Beltrán. Precisamente el médico tenía, entre otras muchas cosas, una colección de relojes de pared que no sólo hacían tictac en el corazón, sino que marcaban siempre la hora exacta. Sin contar con que con uno de aquellos cachivaches —un antiguo maletín con los instrumentos de su profesión— la ayudó a ella a venir al mundo…

—Te equivocas, Julián. Me gustará subir un día a tu taller… Y no es cierto que te escuche como quien oye llover, aunque debo decirte que a mí oír llover me ha encantado siempre. Creo que tienes razón, pero sólo en parte. Me da miedo que te pases de la raya, eso es… ¿Por qué no admitir que a ciertas personas pueden gustarles los techos altos y las paredes pobladas de recuerdos y fruslerías? Mamá, en la tienda de antigüedades, tiene muebles y objetos que yo no cambiaría por ningún botoncito de ningún avión… ¿No te parece que hay que buscar el término medio? No creo que la historia pueda borrarse así, de un plumazo.

Julián hacía un gesto.

—Perdona, Margot, pero no recuerdo haber hablado ni de historia ni de plumazos… Te he dicho simplemente que lo nuevo, lo revolucionario, asusta… —El

arquitecto, de pronto, se echaba un poco atrás simulando mirar con perspectiva a la muchacha, y añadía en tono afectuoso—: ¡Y casi me atrevería a asegurar que te asusta incluso a ti!

Al oír eso, los ojos de Margot se llenaban de picardía y la muchacha secundaba a Julián en el brusco giro dado al diálogo.

—¿Asustarme a mí? ¿A mí…? —Encogía los hombros—. ¿Por ventura me asustas tú, que eres lo más nuevo que tengo a mano? —y agregaba, ladeando un poco la cabeza—: Claro que… ¡mientras me mires de ese modo!

—¿Cómo te miro? Explícate…

—¡Pues qué sé yo! Un poquito más, y parecerías un caballero del siglo pasado.

—¡Margot, que los insultos no me van…!

—¡Palabra, hijo! Como si fueras a recitarme versos de Campoamor.

Julián se sentía desarmado. Y notaba una paz muy honda. Y pedían otro café. El café sabía a demonios, pero no importaba. Se querían. «En definitiva, resulta que estamos de acuerdo, ¿no es así?». Continuaban hablando. Reconstruían minuto a minuto todo lo vivido desde que se conocieron en Can Abadal, aquella mañana de niebla, que obligó a Margot, muy friolera, a cubrirse los hombros con un chal… Jugaban a adivinanzas. Les divertía mucho describirse mutuamente los amigos que tenían por separado, con la obligación de que el «otro» recordara luego los pormenores.

—A ver, déjame pensar —decía la muchacha, mordiéndose las uñas—. Se llama Alejo… Tiene aspecto de sacristán concupiscente… Fuma siempre en boquilla… Finge vivir en el Ritz y te preguntó por qué no inventabas un peine así de grande que sirviera para peinarse de una sola vez…

—Pero ¡chiquilla! ¡Qué barbaridad! ¡Técnicamente exacto!

—¡Hala, ahora te toca a ti!

Julián daba una chupada a la pipa.

—Espera un momento… A ver. Se llama Antonio… y es hermano de tu madre, es decir, tío tuyo… Se marchó a La Habana hace unos quince años y se ha hecho de oro con las plantaciones de azúcar… Se casó con una mestiza… ¡Ah! Y te ha escrito diciendo que sí, que te enviaba un juego completo de cubiertos de plata…

Margot se reía.

—¡Estupendo! ¿Desde cuándo para ser arquitecto, el mejor arquitecto del mundo, se necesita tener memoria de elefante?

Continuaban hablando, entrelazados los dedos. Y entretanto, Margot iba acercándose más y más a Julián, hasta que por fin cerraba los ojos y reclinaba la cabeza en su hombro, sintiéndose plenamente feliz.

Las amistades le dieron a Julián la enhorabuena. Y recibió de Granada otra carta colectiva, cuya única posdata era de Mari-Tere: «¡Esas catalanas tienen más gancho

que yo!». Por parte de los allegados de los Abadal, fue otro cantar… ¿De dónde habría salido aquel caballerete andaluz? «¡Qué le vamos a hacer! Son otros tiempos…». La novia del banquero Ricardo Marín, que se llamaba Merche y que también estudió con Margot en el Liceo Francés, dibujó una sonrisa escéptica. «La verdad, yo había creído que Margot tenía más aspiraciones…».

La oposición de Beatriz resultó inútil. Al no encontrar argumentos válidos, inventó ridiculeces.

—¿No te has fijado, Margot? ¡Lleva patillas en punta!

—¿Y qué? ¿Voy a dejar de casarme con él por las patillas?

—Ahora todo son carantoñas… Pero luego te encerrará entre rejas. No te permitirá siquiera tocar el piano.

—¡Qué tontería! Libre como el viento, ¿me oyes? ¿Y quieres saber más? Julián acabará sentado a mis pies escuchando los nocturnos de Chopin, que en el fondo es lo que más me conmueve…

Ni siquiera le sirvió a Beatriz la última baza que jugó, la de don Jorge Abadal.

—Escucha una cosa, hija. ¿Crees que tu padre hubiera aprobado esa boda?

Margot no tuvo más remedio que morderse los labios. A fuer de sincera, no estaba segura de ello. Su padre llevaba muy adentro el sentimiento catalán, y lo más probable era que se hubiese encerrado en su despacho y hubiese emitido aquellos gruñidos suyos, tan peculiares. Sin embargo, ¿por qué no? Si una virtud tenía su padre era la de no generalizar. ¡Claro que le hubiera dado el visto bueno a Julián! Incluso su ceceo hubiera terminado por parecerle gracioso… ¡Y también fumaba en pipa! Y Margot descubrió en un viejo álbum una fotografía en la que don Jorge Abadal exhibía también patillas en punta…

—Mamá, te he obedecido siempre, ya lo sabes. No puedes tener queja de mí. Pero quiero a Julián y me casaré con él. Por favor, no me amargues estos momentos tan dichosos que estoy viviendo…

Julián, convencido de que algún día Beatriz acabaría queriéndolo casi tanto como a Margot, no se tomaba la molestia de indignarse, limitándose a tener para ella ciertas delicadezas, como mandarle el día de su cumpleaños un apoteósico ramo de flores, o acompañar a Margot, algunas veces, a la tienda de antigüedades, donde no desperdiciaba ocasión de demostrar sus conocimientos en la materia. «¡Ah, ja! Un San Jorge del siglo XVI… ¡Vaya! No está mal, no está nada mal…». «¡Oiga! No habrá pagado por bueno ese cuadro, ¿verdad? Es un copión…». Beatriz fulminaba con la mirada a su futuro yerno. «¿Le ha dicho alguien que los Abadal somos tontos? ¡Pues sí que estamos apañados!».

Tocante a los momentos dichosos que vivía Margot, culminaron en la etapa de exaltación que cruzó la pareja, al impulso de la atracción física que sentían el uno por el otro. El arquitecto, que para no desmerecer de Jaime Amades adquirió también un coche de segunda mano, se llevaba a Margot a las afueras de Barcelona, o al rompeolas, y allí la besaba con un frenesí y a la vez con una dulzura que les cortaba a

ambos la respiración. Julián advirtió que aquello no podía compararse en absoluto a lo experimentado anteriormente con las muchachas que durante la guerra conquistara de paso en los pueblos, ni con lo que le hicieran sentir Loli, Dora o Carmenchu… ¡Ni siquiera con la embriaguez de Gloria! Su estremecimiento al unir sus labios a los de Margot llevaba un signo distinto, de imposible definición. «¡Esto es el acabóse!», exclamaba al separarse de la muchacha. Margot, en cuanto conseguía recuperar el uso de la palabra protestaba: «No sé por qué dices eso. No hemos hecho más que empezar».

En algún momento el instinto se puso impertinente, agresivo, y les costó Dios y ayuda dominarse. Lo consiguieron sólo a medias; pero lo curioso era que Margot no le daba importancia. ¿No vamos a casarnos? ¡Pues no importa, ea! Y que piense lo que quiera mosén Castelló… —Julián miraba a su novia con asombro y ternura. ¡Sí, era todo un carácter!

Aurelio Subirachs y Claudio Roig habían dado el visto bueno a Margot. En cuanto a Rosy, debido al prestigio de los Abadal y a que las dos muchachas estudiaron juntas, desde el primer momento reaccionó incluso con ilusión. «Es un encanto de criatura, no te digo más». La incógnita para Julián era lo que ocurriría con Rogelio. Julián no estaba seguro dé que el constructor le cayera bien a Margot, y ello podía traer complicaciones.

En los sucesivos encuentros que tuvieron lugar entre las dos parejas, se produjeron los consabidos altibajos, pues Rogelio tan pronto estaba en vena y acertadísimo como se empeñaba en hablar de sí mismo, de la Constructora o de contar ordinarieces. ¡Los tirantes obsesionaban a Margot!, pero la muchacha no quería dejarse influir por un detalle tan trivial.

En cuanto a Rogelio, que era una águila para catalogar a las personas, le sacó inmediatamente a Margot su foto carnet particular. Advirtió su gran clase, su exquisita educación, pero le inspiraron serios temores su hipersensibilidad y su tendencia a la melancolía. «¡Acabará por entristecer a Julián! Y eso es más peligroso que los ataques de asma que padece Jaime Amades».

No obstante, había algo en Margot, no sabía qué, que lo excitaba poderosamente. Tal vez quisiera ponerse a su altura, lo que no conseguía jamás. De hecho, quedaba siempre mucho mejor cuando se comportaba espontáneamente, pues no podía negarse que el constructor tenía a menudo gracia por arrobas y que su conocimiento de la vida, asaz evidente, inspiraba, en muchas ocasiones, un tipo de confianza que no era corriente encontrar en otras personas.

Puede decirse que Margot adoptó una postura expectante. Rogelio no acababa de gustarle. Pero la experiencia le había demostrado que era injusto descartar de buenas a primeras a la gente, ya que debajo de la apariencia se escondían a veces tesoros de humanidad. Claro que resultaba muy desagradable oírle decir que por su parte

llenaría Barcelona de edificios altos, lo más altos posible, respetando sólo lo indispensable los espacios verdes, y también lo era que muy a menudo, pese a ver a Rosy muy fatigada —ésta llevaba el embarazo con dificultad— se empeñara en prolongar las reuniones de turno. A veces, los sábados por la noche subían con el Stromberg a Montjuich o al Tibidabo y al primer bostezo de Rosy el constructor ponía cara de pocos amigos. «No irás a chafarnos la velada, ¿verdad?». «Hago lo que puedo, Rogelio… Pero lo cierto es que, de repente, me he sentido exhausta».

Resumiendo, Margot podía precisar los motivos anecdóticos de haberse puesto a la defensiva, pero no las grandes causas. Ello traía a maltraer a Julián. Sabía que la muchacha aguardaría lo que fuere necesario, hasta que ocurriera algo suficientemente importante —y lo más probable era que ocurriría— para decir a rajatabla: «Por ahí no paso». ¡Grave papeleta para el arquitecto, que en buena medida estaba en manos de Rogelio!

Existía una nota a su favor: Rosy. Margot consideraba que Rosy tenía gran calidad y de hecho había depositado en ella grandes esperanzas. Sabía que su influencia sobre Rogelio había sido muy beneficiosa; nada impedía suponer que en adelante lo sería más aún, sobre todo cuando les naciera el hijo que esperaban.

Julián le decía a Margot:

—No juzgues demasiado de prisa, ¿sabes? Rogelio es un ser con muchos matices…

—¡Si no juzgo, Julián! Observo los hechos, nada más. Me atengo a ellos, como diría mi padre…

—Ya, ya… Pero veo la cara que pones a veces…

—Es natural, ¿no? Tiene detalles de una grosería incalificable, y lo cierto es que yo no estaba acostumbrada a ello.

—Ése es sólo un aspecto de la cuestión… —Julián cabeceaba—. ¡Claro, ocurre que trabajo para él, y cada día más! De todos modos, querida, escucha lo que voy a decirte: no tengas miedo. Vale más de lo que te figuras y yo sé lo que me hago. —La atraía hacia sí—. Sí, sé mucho mejor que tú… con quién me las juego.

Margot reclinaba como de costumbre la cabeza en el hombro del arquitecto.

—De acuerdo, Julián. De momento, un voto de confianza. No me perdonaría nunca mezclarme en tu vida profesional… —Luego añadía—: ¡Pero, desde luego, preferiría que le gustaran los espacios verdes! ¡Y que no repitiera tantas veces que «ser ambicioso es ser hombre moderno», porque la frase es de Aurelio Subirachs! Y que no exhibiera con tanto énfasis esos horribles tirantes…

Dos de julio. Jornada triunfal. Acostumbrado todo el mundo a las restricciones eléctricas, el altar semejaba una ascua de luz. Invulnerables cirios temblaban en él, como diminutas lenguas de fuego que desearan entonar un cántico en honor de Margot. Mosén Castelló, tal vez aconsejado por alguna alma caritativa, que bien pudo

ser el doctor Beltrán, en la plática afirmó que el matrimonio, si los contrayentes cumplían con la santa ley de Dios, era el estado natural para conseguir la felicidad… El vestido blanco de Margot se puso a revolotear y Julián, que en el fondo hubiera deseado llevar la camisa azul, se pasó cuadrado casi todo el rato.

Las amistades de los Abadal, muchas de las cuales colaboraban con Beatriz en la Cruz Roja, al comprobar la gallardía de Julián justificaron un poco más aquella boda. Ni siquiera la «inquisidora». Merche fue excepción. El doctor Beltrán, sentado en el primer banco, iba asintiendo con la cabeza como cuando uno de sus pacientes entraba en franca vía de recuperación…

En las filas de «los Vega», aparte de la familia de Granada, que se había desplazado prácticamente en colectividad, Aurelio Subirachs y Claudio Roig, que luego firmarían como testigos, por dos veces guiñaron a Julián. En cuanto a don José María Boix… ¡y a Gloria!, no supieron a qué lado adscribirse; finalmente lo hicieron por el de los Abadal, y el exjefe de Julián tuvo largo rato puesta la mirada en Margot, con aire satisfecho, pues se sentía en cierto modo providencial iniciador de lo que estaba ocurriendo.

Los fotógrafos, que se habían situado frente a la iglesia, al término de la ceremonia tuvieron que luchar denodadamente con el vecindario, que se agolpó para presenciar la salida. Entre los curiosos figuraban, procurando pasar inadvertidas, doña Aurora, de la Pensión Paraíso, y Manoli, la portera.

Banquete en el Hotel Majestic, bien servido, sin despilfarro. Alejo Espriu compitió con Rogelio en animar la fiesta, hasta el punto que de pronto el constructor le dijo al extravagante abogado: «¡Oye, Alejo! ¿Por qué no te pasas un momento por la Constructora, por ejemplo, mañana a las diez en punto, y hablamos del asunto aquel de la asesoría jurídica?». Jaime Amades estrenó un traje oscuro y Charito, que desde que tenía a su hijo, Sergio, se sentía mucho más importante, se encasquetó un sombrero muy parecido al que lució Vicenta en la boda de Rosy. Rogelio, que durante la comida se lamentó varias veces de que la orquesta no permitía dialogar, obligando a todo el mundo a hablar a voces, en cambio a la hora del baile felicitó a los músicos, y aun sin ser cosa suya les soltó una de sus regias propinas.

Margot se impresionó mucho al conocer a la familia de Julián. Simpatizó especialmente con Manolo y, ¡cómo no!, con Mari-Tere. En cuanto a don Arturo Vega, era todo un señor. Observándolo, Margot comprendió mejor aún determinadas cualidades de Julián. La madre de éste, en cambio, daba muestras de gran cansancio, tal vez debido al viaje. Además, estuvo todo el rato abanicándose, aunque, había que reconocerlo, lo hacía con mucho donaire.

Hacia el final de la fiesta los novios fueron recorriendo las mesas y despidiéndose de los invitados… Beatriz, después de abrazar a su hija y a su yerno, tuvo, ¡ya era hora!, un rasgo de humor. «Te advierto, caballero —le dijo a Julián—, que la boda no es válida. ¡En vez de decir sí, has dicho *zí*!». Julián se rió de buena gana y bromeó a su vez: «¡Me gustaría al regreso encontrarme en casa, debidamente restaurado, aquel

San Jorge del siglo XVI…!».

Rogelio y Rosy abrazaron también a los novios.

—Mucho cuidado, ¿eh? —ironizó aquél—. No os canséis demasiado, que a la vuelta Julián tendrá que trabajar catorce horas diarias…

Rosy estaba particularmente emocionada. Le faltaba poco para dar a luz. «A lo mejor, cuando volváis nuestro hijo ha nacido ya…». Rogelio, al oír estas palabras, se sintió halagado e improvisó: «¡Ahí va mi propuesta! Si nace niña… se llamará Margot». «¡Estupendo!», consintió Rosy. Margot no pudo menos de acercársele y besarla en ambas mejillas.

Por fin pudieron escabullirse… Montaron en el coche que los esperaba y llevaron el ramo de novia a la tumba de don Jorge Abadal —el gran ausente de la ceremonia —, donde Margot soltó unas lagrimitas. Y horas después subían al barco que había de trasladarlos a Mallorca. Fue aquél un deseo expreso de Margot. La travesía duraría hasta el amanecer.

¡Luna de miel! Otro hecho sencillo, hermoso y antiguo como el mundo. ¿Qué ocurriría? En el fondo, constituía siempre una incógnita, a veces decisiva. Pero todo marchó como en las novelas que daban en la radio. Ya en el camarote, pidieron una botella de champaña. El tapón rebotó en el techo y Julián lo recogió al vuelo. Les pareció de buen augurio. Poco después Margot, contemplándose el flamante camisón, le preguntó a Julián: «¿Te gusto?». Y Julián respondió: «Ahora me doy cuenta de que no sé piropear a las mujeres…».

El itinerario de viaje sería Mallorca, Granada, Madrid y algunos de los lugares en que Julián intervino durante la guerra. Habían llegado a un acuerdo: no leer siquiera los periódicos, pues la noticia eran «ellos dos».

La estancia en Mallorca fue breve. Se hospedaron en el Hotel Victoria, que Margot se conocía de memoria por haber estado en él muchas veces con su padre, lo que le permitía guasearse de Julián. «¡No, que por esa escalera irías a parar al sótano!». «¡Pierdes el tiempo! Desde esa ventana no verás más que un tragaluz». «¿Por qué no sales a esa terraza? La bahía, inmensa, se te ofrecerá en bandeja…».

Conocedora de la isla y a la vez del temperamento de Julián, Margot fue un cicerone ideal: el Torrent de Paréis, Sóller, las «Coves del Drach», etcétera, donde aquél tuvo que admitir que Dios, el inexplicable Dios de las tres personas y una sola esencia, era un arquitecto nato, de inventiva desbordante. Julián manifestó particular entusiasmo por los molinos de viento, que volteaban los campos y las huertas, y también por los olivos, que le recordaron los de su tierra. Visita siempre obligada, pero en esta ocasión con mayor motivo, fue Valldemosa. La Cartuja, los esbeltos cipreses… ¡Chopin! Margot olvidó enteramente, por unos instantes, la indiferencia de su marido por la música y se dejó llevar por la emoción. «¿Te das cuenta, Julián? ¡Aquí vivió Chopin! Aquí mismo, en estas celdas, compuso algunas de sus obras.

¡Parece un sueño!». Julián hizo cuanto pudo por entrar en situación, pero fue inútil. Al fin comentó; «De todos modos, enfermo como estaba, el pobre debía de pasar aquí un frío de espanto». Margot, como era su costumbre en esos casos, se mordió los labios. Marcó una pausa. «¿En serió no te emociona esto, Julián?». Éste se encogió de hombros. «¡Bueno! Me emociona porque te emociona a ti…».

No obstante, el balance fue positivo. La muchacha, al calor de lo que iban visitando, tuvo ocasión de comprobar hasta qué punto la profesión de arquitecto era admirable y ayudaba a captar detalles de los edificios y monumentos, que pasaban inadvertidos a los profanos. Gracias a Julián veía de otro modo, profundizando más, los elementos que intervinieron en su construcción, las razones de su armonía, su adecuación al paisaje y demás. Julián comentó que el principal acierto de sus colegas mallorquines consistía en haber sabido utilizar con sabiduría los materiales propios de la isla: la piedra, alegre aunque con irisaciones como de oro viejo; la madera, con vetas originales, etcétera. Y también alabó los grandes patios de entrada con escalera, la artesanía de vidrio y de hierro. En Palma, el paseo del Borne les pareció una miniatura de las Ramblas de Barcelona. Las callejuelas del área judía, tal vez debido a su estado de ánimo, les evocaron contratos y amores clandestinos. «¿Te fijaste en esos arcos muy rebajados y en las columnas chatas y abombadas? Tienen toda la gracia del estilo catalano-mediterráneo…». Subiendo al castillo de Bellver, Julián trepó como un gamo por entre los pinares, en tanto que Margot, que se detenía a menudo, secándose el sudor, acabó por desistir y gritó: «¡Hasta luego, señor Vega…! ¡Le espero a usted en el hotel!».

Menos mal que esas fatigas de Margot se producían siempre fuera… En la intimidad, todo era distinto. El acoplamiento sexual de la pareja, parte integrante de «la incógnita, a veces decisiva»; se reveló tan perfecto que ejerció de compensación. Margot descubrió, esta vez sin necesidad de dominarse, el cuerpo de su compañero y el suyo propio. ¡Cuánta felicidad! El arrobo de la muchacha, cuya inexperiencia constituía un incentivo más para Julián, era motivo suficiente para que éste comprendiera el significado de Rogelio al referirse al «lecho de las delicias».

La segunda etapa, Granada. Recibimiento a tenor de las circunstancias. La familia de Julián, habituada a la promiscuidad, por exceso de celo acaparaba a Margot en demasía. Pero Julián se impuso: «¡Aire, aire, que todo eso ya se lo dijisteis en Barcelona!». Margot se empeñó en visitar la habitación en que nació su marido. Entró en ella con unción y permaneció callada, sin atreverse a tocar ningún mueble, sólo la pared. La madre de Julián le echó un jarro de agua fría. «Todo eso está cambiado, ¿sabes? Los muebles, el mosaico, todo…». A Margot no le quedó más remedio que mirar a la ventana y al techo.

Manolo y Mari-Tere se ganaron todavía más la voluntad de la «novia». El primero la acompañó a su consulta y luego se empeñó en que presenciara un parto. ¡Dios! Margot resistió la prueba, pero estuvo a punto de desmayarse. Julián permaneció en el pasillo, fumando nerviosamente, como si el padre del que iba a

nacer fuera él. Mari-Tere la llevó a la Sección Femenina y, con otras camaradas «azules», la obsequió con un recital.

Don Arturo, tranquilo como siempre, pero con un puntito de ilusión en los ojos, quería ser útil.

—¿Habéis estado ya en las cuevas de las gitanas? ¿No crees que a Margot le gustaría visitar los Cármenes?

Casi siempre sus sugerencias llegaban con retraso. Margot hubiera disimulado, pero Julián se mostraba implacable. «Lo malo, papá —decía el arquitecto—, es que esta tarde hemos estado allí…».

Como fuere, Granada encandiló a Margot. La ciudad tenía señorío y el patio de los Leones, que tanto menospreciara Julián, la dejó boquiabierta. El juego de aguas era un prodigio. «¡Esos árabes…!». «¡Ah, claro! Los árabes tenían sus sutilezas…». Subieron a Sierra Nevada. ¡Qué grandiosidad! Al descenso, la muchacha mandó detener el coche para contemplar una vez más la vega granadina, que le parecía fascinante. De pronto comentó como si acabara de tener una idea genial: «¡Oye! Vuestro apellido, Vega…, ¿no tendrá algo que ver con esa tierra?»; Julián sonrió.

No le pasó inadvertido a Margot el sempiterno contraste: la pobreza. Tampoco los abalorios, de influencia gitana, con que se adornaban algunas mujeres. Y la cantidad de hombres solos en los cafés, hablando de toros y turnándose en el pago de las rondas. Pasó el Viático y se hizo un silencio tal en las calles que la muchacha tuvo la sensación de que era la ciudad entera, o Andalucía entera, la que se había echado a morir. Manolo le dio la razón. «¿No te diste cuenta en la consulta? La gente, aquí, muchas veces no sabe lo que le duele…». Margot pensó: «A lo mejor es que les duele el alma».

Antes de partir, la muchacha sostuvo un largo diálogo con don Arturo, quien no se atrevió a satisfacer su capricho de llevarla al Casino… Y en ese diálogo el padre de Julián se mostró tal cual era: escéptico, pero sin resentimiento.

—Encuentras todo esto muy atrasado, ¿no es así, hija? Claro, tienes razón… Pero te seré sincero: Barcelona tampoco me gustó. Por supuesto, hay más empuje allá arriba; pero dime una cosa: ¿para qué sirve? ¡Julián sueña con levantar rascacielos! Vendrán aviones de no se sabe dónde y se los destruirán… Las guerras, hija. Ahora, esa de Hitler… ¡Hay que ver! Pero yo viví la nuestra, ¿sabes? Y me bastó. En tu tierra, los «rojos», con tu padre y tu tío en la cuneta, si estoy bien enterado…; aquí, los «nacionales», cometiendo barbaridades que no quiero contarte. Julián no tiene la menor idea, porque andaba por ahí, en Zapadores, y si la tiene pensará que estaban justificadas y que había que ganar. ¿Ganar qué? Eso es lo que me pregunto. ¿Ha mejorado algo? Las palabras son otras, pero el significado es el mismo. En el fondo, quizá los andaluces tengamos razón: prescindimos del reloj. Te he oído quejarte de que nadie sabe aquí si los museos cierran a las siete o a las ocho… ¡De acuerdo! Sin embargo, hay una cosa segura: cierran… Llega un momento en que cierran; pero también hay otro momento en que, sin la menor duda, abren de nuevo y vuelve a salir

el sol…

La experiencia granadina terminó ahí. De nuevo la familia en la estación, en comitiva. La madre de Julián prometió que «rezaría mucho por ellos». Conchi, una de las hermanas de Julián, les repitió una y otra vez: «¡Mandadnos una postal desde Madrid!». El tren no acababa de llegar —era la tragedia del viaje—, pero Mari-Tere amenizó la espera. En el último momento, la mujer de Manolo, que nunca decía ni pío, le entregó a Margot un paquete, con la condición de que no lo abriera hasta encontrarse lejos… Los hijos de Manolo miraban a su «tía» como se mira a una aparición fugaz.

El tren llegó. «¡Adiós, adiós…!». La locomotora compartió el escepticismo de don Arturo y no arrancaba. Finalmente lo hizo… «¡Acordaos de la postal!». Se asomaron a la ventanilla, juntas las cabezas; vistos desde el andén, parecían dos seres guillotinados.

Poco después tomaron asiento. Julián recordó una vez más sus «huidas» anteriores… Se disponía a encender la pipa de la libertad, pero a Margot le faltó tiempo para abrir el paquete que le entregó su cuñada. Contenía un gong pequeño, gracioso, de cobre. «¡Julián, fíjate qué monada!». Julián le echó un vistazo. «Sí, es estupendo». Margot golpeó el gong levemente y le aplicó el oído derecho hasta que cesaron las vibraciones.

El tren, renqueante, atravesaba el paisaje. Los postes telegráficos, como siempre, iban cortándolo verticalmente.

—¿Contenta?

—¡Claro!

Margot se levantó, salió al pasillo y se acodó de nuevo en la ventana. Al rato se volvió y le dijo a Julián:

—¿Sabes una cosa? No comprendo que García Lorca te parezca un crucigrama…

Sevilla, Córdoba —Córdoba de noche fascinó a Margot— y Madrid. En Madrid se instalaron en el Palace. Margot se pasó la primera mañana en el Prado y al salir comentó: «Me quedo con *Adán y Eva*, de Durero». Julián sonrió. «Me parece muy natural…».

Se comportaron como turistas perfectos: teatro, cine, el Rastro, donde Margot tuvo la certeza de que su madre sabría encontrar, para su tienda, alguna pieza de valor… Julián, evocando la capital de España de su época de estudiante, llegó a la conclusión de que, pese a las circunstancias, la urbe iba mejorando. Margot, recorriendo las calles, tan pronto recordaba la definición de Rogelio: «sólo hay dos clases de madrileños: los que aspiran a ser ministros y los que aspiran a ser conserjes», como, en determinadas zonas no podía menos de lanzar exclamaciones admirativas. «¡No hay que darle vueltas! ¡Se nota que los reyes han estado aquí!».

Varias cosas molestaron a Margot: la abundancia de coches boyantes, oficiales, a

menudo con «señoronas» dentro —¿y la escasez de gasolina, pues?— y que las tascas se vieran más concurridas aún que las de Granada. Una ingente cantidad de hombres gesticulando en la barra, tuteando a los camareros, bebiendo cualquier mejunje y forjándose la ilusión de que comían tapas.

—¿De qué hablan? —le preguntó a Julián.

Él se rascó la frente.

—Pues… ya puedes imaginar. De toros, de fútbol y de Franco… ¡Ah, y de Churchill! Por desgracia, todos empezamos a hablar mucho de Churchill…

Margot se calló. Sabía que ese tema entristecía a Julián. La lucha continuaba cada vez más adversa a los alemanes. Ello podía acarrear repercusiones dramáticas para los vencedores de la guerra civil española. Julián no perdía las esperanzas, pero… Habían llamado a Barcelona y se enteraron de que muchos camaradas regresaban mutilados de la División Azul…

—Si los alemanes perdieran, nadie sabe lo que iba a pasar aquí. A lo mejor las famosas democracias nos traerían a Negrín otra vez…

—No seas pesimista, por Dios. ¿No quedamos en que no leeríamos siquiera los periódicos? ¡Anda, deja de pensar en eso y llévame al Escorial!

El deseo de Margot se cumplió. También visitaron Segovia, Ávila, el Alcázar de Toledo —que emocionó en gran manera a la muchacha— y, tal como tenían previsto, algunos de los escenarios en los que Julián hizo la guerra. A Margot le hubiera gustado llegar hasta Burgos, donde estaba el hospital en que Julián sanó de su herida. ¡Le había acariciado tantas veces la cicatriz…! Pero quedaba un poco lejos. Fueron a Brunete y Julián buscó en vano una roca tras la cual permaneció escondido un día entero. «¡Cómo ha cambiado todo esto!». Estuvieron en el Jarama. «¡Ah! ¡Eso lo recuerdo perfectamente! Allí había una trinchera y me zampé de un tirón una cantimplora de tinto…». Veíanse restos de zanjas y de nidos de ametralladoras. El sol caía implacable. Rogelio hubiera necesitado un centenar de sombrillas para protegerse de él… «¿Te atreves a ir a Teruel? Aquello, con la nieve, fue de espanto».

Lo malo era lo de siempre: los trenes… Sí, fuera de las ciudades, España continuaba siendo un solar. Con ruinas por doquier, restos de alambradas, nidos de ametralladoras, abiertas las bocas como para tragarse la muerte. En muchos hoteles y pensiones imperaban la suciedad y la escasez. «¡Dios mío, quién habrá dormido en ese colchón!». Julián se reía. «¡A lo mejor el Campesino! Y algún que otro moro, no creas…».

De vez en cuando daban vista a alguna presa en construcción —el Gobierno se preocupaba mucho de los embalses— y ello transfiguraba el rostro de Julián.

—¿Lo ves…? ¡Todo se andará!

Margot contemplaba las tierras yermas.

—También se ocuparán de la repoblación forestal, ¿verdad?

—¡Pues claro, mujer!

Teruel —¿dónde estaba la nieve?— era también «otra cosa», bajo el sol.

—Niña, vámonos de aquí… Juraría que nos hemos equivocado.

—¿Entonces?

Entonces… no cabía opción. Era preciso regresar a Barcelona. Llevaban ya tres semanas fuera y a Julián le esperaban el ático de Balmes —era de suponer que lo habrían acondicionado de acuerdo con sus órdenes— y las catorce horas diarias de trabajo…

Margot hubiera querido prolongar hasta el infinito la luna de miel, en algún lugar tranquilo, donde hubiera árboles y alguna fuente de agua clara, como las que tanto abundaban en Évian-les-Bains; pero acertó a dominarse. No quería complicarle la vida a su marido y, ¿por qué no decirlo?, también tenía ilusión por verse instalada en aquel que iba a ser «su» hogar.

Última etapa, pues, cruzando Aragón. Julián, a la vista de tanta aridez, se encolerizó de nuevo y su pipa despidió llamas. Insistió en que sólo la técnica —técnica similar a la empleada para los embalses— podía transformar aquello. ¿Los castillos en ruinas? Lo tenían sin cuidado. ¿La poesía de los pueblos de barro, con cuatro ancianos, cuatro burros dolientes y unas cabras? Le provocaba retortijones en el estómago. ¿La jota? ¡Bueno! Eso ya… Pasaba una yunta de bueyes y se tocaba irónicamente el lóbulo de la oreja; en cambio, si por azar veían un avión sus ojos resplandecían.

—¡Los nuevos materiales, Margot, ya sabes! ¡Mucho aluminio! ¡Y mucho acero! ¡Hay que revolucionar todo esto! ¡Todo nuevo, de arriba abajo!

—No me dirás, Julián, que te gustaría que el hijo de Rosy, si es que ha nacido ya, y que los hijos que yo te dé…, fueran como tú dices: de acero o de aluminio… Yo los prefiero tal y como tú eres: de carne —y le acarició la nuca.

Julián bajó de las nubes y miró a Margot.

—¡Pues no sé qué decirte, ya ves! Tal vez no fuera mala idea que los hombres del futuro fueran de acero.

Barcelona apareció a lo lejos. El tren parecía machacar la tierra. ¿Era posible que a su paso no quedaran marcadas las huellas? Salieron al pasillo. No había nadie. A trazos la ciudad desaparecía. Ante la inminencia de la llegada, Julián ciñó del talle a Margot y la atrajo hacia sí. A raíz de ello, sin motivo aparente, se produjo un cambio repentino en el estado de ánimo de la muchacha. Ésta pegó la frente en el cristal y no supo si su contacto frío le gustaba o lo contrario.

—Julián…, ¿siempre me querrás lo mismo?

El hombre no acertó a valorar el alcance de la pregunta. Volvióse hacia su mujer.

—¿A qué viene eso, Margot…?

Margot permanecía inmóvil. Tardó un rato en responder.

—Es que… si esto cambiara, y fuera mía la culpa, creo que no lo resistiría…

El acento de Margot fue tan hondo que Julián se sintió invadido por una oleada de ternura. Con el brazo le rodeó el cuello y le besó los cabellos.

—Pero, mujer… ¿Ha ocurrido algo que te haga dudar? ¿He cometido, sin darme

cuenta… alguna grosería?

—¡No, no, todo lo contrario! Has estado maravilloso. Pero ya sabes… —Marcó otra pausa—. A veces me da miedo tanta felicidad.

Julián se tranquilizó. Volvió a besarle los cabellos.

—Anda, no seas tonta. La felicidad existe…

—Ya lo sé. Lo he comprobado… Pero no puedo remediarlo. De repente, me pongo triste.

Julián, al oír esto, la atrajo todavía más hacia sí.

—Debes luchar contra eso, Margot… Estoy a tu lado.

Margot estaba a punto de sollozar.

—Ya lo sé. Perdona, cariño. ¡No te mereces esta escena! Perdona…

—Déjalo… No te preocupes. —Julián concluyó—: Los andaluces tenemos esa ventaja: comprendemos esas cosas…

Segunda parte

Los hijos

CAPÍTULO IX

Fue opinión unánime que el viaje les había sentado estupendamente, en especial a Margot. Ésta lo aceptó de buen grado. «Desde luego, todo ha sido perfecto». Por otra parte, dos noticias agradables esperaban a la pareja. La primera que, en su ausencia, Beatriz, con la eficaz ayuda de Claudio Roig, había trabajado de lo lindo para que el que fue piso de «soltero» de Julián se pareciera a un «hogar» de verdad. Claro que Margot tendría que trabajar todavía mucho —faltaban visillos, cortinas, alguna que otra lámpara, etcétera—, pero el ático empezaba a tener intimidad. Dos detalles, sobre todo, arrancaron sendas exclamaciones de entusiasmo de los recién llegados, a quienes el sol había tostado generosamente: el doctor Beltrán, en su honor, se había desprendido con admirable elegancia de una arca antigua, joya de familia, destinada a decorar el vestíbulo, y, por su parte, ¡Beatriz mandó trasladar al estudio de Julián la talla de San Jorge, del siglo XVI, que el arquitecto tanto le alabó en la tienda de antigüedades! Julián, al verla allí, plantada en un rincón, se emocionó. «¡Vaya! —exclamó—. Nuestro ángel tutelar… ¡Muchas gracias, Beatriz!».

La segunda noticia agradable era que Rosy no había dado a luz todavía… Se alegraron de ello. Rogelio, que al verlos tan dichosos había exclamado: «¡esto es el *non plus ultra*!», después de bromear con Margot preguntándole «qué tal andaba de sueño» les dijo que el pequeño retraso, unos ocho días, lo había decretado él. «Hubiera sido una traición que nuestro hijo naciera estando vosotros fuera. Rosy así lo comprendió y os hemos estado esperando».

Por lo demás, todo fueron plácemes y deseos de felicidad. Manoli dio a entender que «la señora». Margot, le caía en gracia, tal vez porque ésta se había acordado de comprarle en Granada un pequeño recuerdo: una imagen de la Virgen, con una diminuta bombilla que se le encendía en el pecho. Manoli la colocó en el trinchante del comedor, y le repitió a Margot diez veces que podía contar con su ayuda para la limpieza del piso, para lavar la ropa, para la compra, etcétera. Julián ladeó la cabeza. «¡Caray, no sabía yo que esa mujer fuese un caramelo!».

Eran la sal y la gracia de Margot. A veces emanaba de ella un halo de integridad que impresionaba a las personas. Resultaba inconcebible que algo pudiera torcer su conducta, su saber estar donde le correspondía. El conde Vilalta, por ejemplo, le confesó a Aurelio Subirachs que Margot «lo intimidaba un poco, sin saber por qué». Se había dado cuenta de ello al felicitarla el día de la boda, y lo vería confirmado mucho tiempo después… Alejo Espriu, que desde que era asesor jurídico de «Construcciones Ventura, S. A.» volteaba más que nunca su bastón y parecía menos pálido, afirmó desde el primer momento que Margot era, como mujer, el invento más notable que él había conocido. No podía faltar, dentro de la estimación general, la consabida excepción: Merche, la novia del banquero Ricardo Marín, excondiscípula de Margot en el Liceo Francés. Merche sentía por Margot una envidia a todas luces

injustificada —puesto que lo tenía todo al alcance de la mano, incluida la inteligencia —, que, por otro lado, no se esforzaba en disimular. Sus comentarios eran siempre hirientes. Así como al enterarse de su compromiso con «un arquitecto andaluz» comentó: «Yo creí que Margot tenía mayores aspiraciones…», al saber que el piano de cola de la calle del Bruch —tan querido por la mujer de Julián— «no cabría en el ático de Balmes», se rió de buena gana. «¡Adiós, Schumann, Beethoven, Mussorgsky…! Todo sea por el amor». Ricardo Marín, cuya boda con Merche estaba prevista para el mes de octubre, reaccionó con brusquedad. «Ese comentario es una memez. Cuando quieres, querida, eres verdaderamente insoportable».

No importaba. La pareja se disponía a cruzar una etapa de felicidad. En efecto, Margot descubrió muy pronto que la cómoda neutralidad de los hoteles no era de ningún modo comparable al cálido sentimiento que podía experimentarse entre cuatro paredes que olían a corazón. Allí dentro todo adquiría un sentido exacto: alinear las corbatas de Julián en el armario, limpiarle los zapatos, colocar las pipas en un artefacto giratorio, encargado a propósito; ¡prepararle el gazpacho, de acuerdo con la receta que en Granada le facilitó Mari-Tere! Margot llegó a emocionarse incluso viendo las latas vacías y los papeles sucios en el cubo de la basura…

Tocante a Julián, otro que tal. ¡Qué lejos quedaba la soledad que, antes de ir a Can Abadal, invadía de pronto la mente del arquitecto! El problema actual era el opuesto: ¿dónde colocar tanta existencia? Había estados de espíritu que cabían en una arca como la que el doctor Beltrán les puso en el vestíbulo; otros, en cambio, necesitaban de campos dilatados como los que se veían, aquí y allá, por Andalucía.

El arquitecto, acodado en la barandilla del balcón, veía subir y bajar los autobuses de la calle de Balmes. Los pasajeros colgaban hasta de los estribos. ¡Claro, claro, todo estaba en plenitud! El mes de agosto había irrumpido en el calendario. ¡Cuánto trabajo tenía Julián! Era de agradecer… En el bar de enfrente nadie jugaba ya al ajedrez. El local fue traspasado y ahora decía: «Bodega». Era la ley. Había seres que se esfumaban, otros que se unían formando una sola entidad. A veces, del Tibidabo descendía una luz violenta que se introducía en el hogar, creando mil rebrillos. Todo aquello parecía una multiplicación.

Y con todo, la hora preferida por ambos era después de cenar. Los dos solos, poblando el silencio reinante. Julián, en la butaca adjunta al mueble bar, leía el periódico; Margot, frente a él, se leía a sí misma, teniendo buen cuidado de no doblar ninguna página. Establecíase entre uno y otro una sutil comunicación. ¡Lástima que no lloviera! No llovía jamás… A Margot le hubiera encantado oír el repiqueteo del agua en la azotea y en las aceras. Pero tampoco importaba. No importaba absolutamente nada. A lo largo del día había repiqueteado, en los momentos oportunos —almuerzo y cena—, el gong de cobre, moruno, que la esposa de Manolo les había regalado y que presidía la mesa de la cocina.

—¡Qué bien se está aquí! ¿Verdad, Julián?

El hombre miraba a la mujer.

—¿Cómo…? ¡Oh! Desde luego, cariño…

Por fin se produjo el pequeño milagro. Exactamente se produjo en la Clínica «Nuestra Señora de la Salud». Protagonista: Rosy. Operador experto, el escueto y frío doctor Martorell, que al calzarse los guantes adoptaba aire de prestidigitador, lo que influía en los honorarios. Testigo de excepción, Rogelio… Testigo a distancia, a decir verdad, puesto que el impetuoso constructor inventó mil excusas para no estar presente en el parto —sí estuvo, en cambio, el padre de Rosy, doctor Vidal, desplazado a toda prisa desde Arenys de Mar—, pero que al conocer la noticia soltó un taco amable, entró raudo en la habitación, besó la mano de la parturienta y exclamó: «¡Ya sabía yo que me darías un heredero! ¿A ver el crío…? ¡Soy yo, soy yo!».

Margot, que fue de las primeras personas a las que se permitió ver a la madre, pasados los consabidos momentos de euforia le dijo a Rogelio, simulando sorpresa:

—¡Pues mira por dónde me había hecho a la idea de que iba a ser niña y que se llamaría Margot!

—¡Ni hablar! —protestó Rogelio—. Ya lo ves. Es varón y se llamará Pedro.

Margot parpadeó.

—¿Cómo? ¿No se llamará Rogelio?

—No. Pedro era el nombre de mi padre, que en paz descanse.

Ni que decir tiene que la habitación de Rosy se llenó muy pronto de flores. Que se llenó de flores el mundo y que los empleados de «Construcciones Ventura, S. A.» percibieron una paga extra y a punto estuvieron de que su irrefrenable jefe los obligara a todos a ponerse un par de muelas de oro. Tocante al bautizo, que reunió a los parientes e íntimos, fue sonado, no sólo por los «disparos» de *flash* —chiste fácil de Deogracias, el barbero—, sino porque Rogelio sufrió horrores viendo cómo el sacerdote maltrataba al neófito con agua, sal y latinajos. «Pero… ¿por qué tanto jaleo?». Julián le explicó: «Le están echando los demonios del cuerpo». «¿Demonios? —Rogelio puso cara apoplética—. ¿Demonios has dicho? ¡Habráse visto!».

Afortunadamente, Rosy se recuperó muy pronto, desapareciéndole la expresión un poco torcida de la boca y las ojeras. Al verse más delgada aún que antes del embarazo le dijo a su marido: «¡Tendrás que regalarme un abrigo de pieles que me disimule el esqueleto!».

Como era de esperar, la flamante mamá recibió toda clase de obsequios y parabienes.

—Ya lo estás viendo, Margot. Nunca imaginé que la gente me quisiera tanto…

—Es natural, ¿no? Te lo mereces.

Rosy sonrió.

—¿Yo…? ¿Por qué? Nunca hice nada que valiera la pena…

Pedro, el recién nacido, no hacía más que dormir. Su tez era blanca, con toques

rosados, como el principio de las cosas. Sus uñas, perfectas, ínfimas, no podían dañar a nadie.

Rosy lo contemplaba embobada mientras se hacía servir constantemente tazones de leche con pastas. Desde que salió de la clínica tenía un apetito feroz. Por otra parte, ¡había pasado tanto miedo! Temía que el hijo que llevaba en las entrañas saliera subnormal. En vano Rogelio, que no concebía siquiera que un hijo suyo saliese tarado, le reprendía: «¿Por qué esa desconfianza, vamos a ver?». Ella tenía pesadillas, no sólo recordando el aborto que padeció, sino porque comprendía que todo aquello era un misterio y que tal misterio obraba por sí solo, sin que ellos pudieran hacer nada para encauzarlo según sus deseos. Incluso jugando al *bridge* —últimamente había descubierto, en un Club de postín, que éste era un juego sutil y apasionante—, le había ocurrido que al cantar «corazones» el suyo le diese un vuelco. Palidecía. «¿Qué te ocurre, Rosy?», le preguntaban sus compañeros de mesa. «Nada, nada… No me ocurre nada».

Por esta razón, ahora que todo pasó y podía comprobar que Pedro era perfecto, que veía y oía y que de un momento a otro —ajuicio del adulón Jaime Amades— rompería a hablar, sentía una satisfacción muy honda.

—¿Verdad que es un encanto?

Margot miraba al bebé, y luego a Rosy, con un puntito de sana envidia…

—Me alegra mucho verte feliz…

—Estoy como loca.

Una tarde de calor bochornoso, la mujer de Julián le preguntó:

—¿No te gustaría adivinar el porvenir de tu hijo?

—¡No, eso no! —replicó Rosy, mudando el semblante—. Prefiero no saberlo… —y con la mano protegió la cabecita de Pedro.

Margot no acertó a explicarse semejante reacción. De hecho, conocía poco a Rosy. Ignoraba que ésta tenía extraños presentimientos, que los tuvo desde la infancia. Siendo muy niña, en Arenys de Mar, a veces despertaba con una rara sensación de malestar: ese día estallaba una tormenta o algún pescador moría ahogado. Su padre, el doctor Vidal, procuraba atajar tales espasmos, pero sin éxito. Rosy sufría.

—Margot, ¿qué prefieres? —cortó Rosy en esta ocasión—. ¿Otro tazón de leche o un helado de chocolate…?

Margot miró al techo, como si la decisión a tomar fuera importante.

—Prefiero helado de chocolate…

En realidad, la multiplicación que Julián imaginó mientras rumiaba en el balcón dónde colocar tanta existencia, la había iniciado Sergio, el niño feúcho y enclenque que iluminó el hogar tristón de Jaime Amades y de Charito. El crío parecía alegre, de modo que gustosamente Amades hubiera salido a la calle a repartir fotografías suyas

diciendo: «De parte de la Agencia Hércules, de parte de la Agencia Hércules…». La madre, Charito, tan feliz como Rosy, o quizá un poquito más, de tarde en tarde cogía al bebé y lo llevaba a que lo viera Julio, el sobrino «revolucionario», que continuaba hospedado en casa de un tramoyista del Paralelo, huyendo de la policía. El comentario de Julio, medio en serio, medio en broma, era siempre el mismo: «¡Lo estás malcriando! ¡Será un infecto burgués!».

Era la vida que se sucedía a sí misma. Así lo entendió Julián el día en que Margot le comunicó que también en su vientre latía un nuevo ser. ¡Dios, qué gloria, qué júbilo, qué complicación! Julián, que llevaba un tiempo preguntándose inquieto: «¿cuándo será eso?», al oír las palabras de Margot no supo si abrazarla —temía apretarla con demasiada fuerza—, si pegar un salto o si encender una vela al ángel tutelar, el San Jorge del taller. Finalmente masculló:

—¿Dónde está el teléfono?

Margot, serena, sonrió.

—Pero… ¿por qué lo necesitas? ¿A quién vas a llamar?

—¡Toma! —respondió Julián—. A Aurelio Subirachs… Para que se entere de que empiezo a pisarle los talones…

Luego resultó que Margot decidió llevar durante el embarazo vida normal, haciendo ejercicio y dándose buenos paseos, como si tal cosa. En un principio ello asombró a Julián, acostumbrado a que su madre, en Granada, en cuanto se quedaba en estado no se atrevía apenas a salir de casa, renunciando a cualquier esfuerzo y con miedo incluso a lavarse la cabeza; pero el hombre acabó comprendiendo que Margot tenía razón.

La alegría del arquitecto era doble, o triple, o quizá un poquito más…, habida cuenta de que Rogelio, a lo largo de aquellos meses, había estado dándole la lata con su dichosa «prioridad». «¡Vas a tener un hijo cuando nuestro Pedrito esté haciendo el servicio militar!».

Pamplinas… A punto estaba de llegar el otoño cuando le tocó el turno a Margot. Esta vez, el pequeño milagro tuvo lugar en la clínica «Nuestra Señora de Montserrat», más modesta que la de «Nuestra Señora de la Salud» —aunque la habitación se llenaría también de flores—, y el médico que atendió a Margot no tenía en modo alguno fríos los ojos: era el doctor Trabal, íntimo del doctor Beltrán, hombre campechano, directo, con mucha experiencia sobre las espaldas.

Cabe decir que el parto fue algo más difícil que el de Rosy, que Julián no se separó un momento de Margot, montando la guardia junto al lecho y que cuando el niño nació —fue también varón—, el arquitecto se llevó un gran susto pues el crío tenía la cabeza monstruosa, en forma de embudo.

—¡Doctor…!

El doctor Trabal lo tranquilizó. Y también tranquilizó a Margot. La deformación era, con toda seguridad, provisional. Desde luego, Beatriz dio pruebas de compartir dicha opinión, pues, en cuanto le dieron permiso para entrar en la habitación, sin

hacer el menor caso de la anomalía se dedicó a mirar inquisitivamente al bebé y a exclamar a voz en grito:

—¡Un Abadal…! ¡Un Abadal…! ¡No cabe duda! ¡Los mismos ojos, la misma barbilla!

¿Un Abadal? ¿Qué le importaba eso a Margot? Margot era tan feliz —Rosy tuvo ocasión de comprobarlo—, que las etiquetas la tenían sin cuidado. Lo importante era que el nuevo ser era carne de su carne, y asimismo carne de Julián; que era el signo de unión; que despedía, ¡tan pequeño!, un calorcillo capaz de exterminar en el hogar el posible frío de los futuros inviernos.

Julián volvió a ser el adolescente que en Granada contemplaba las estrellas. En cuanto se hubo celebrado el bautizo —le impusieron el nombre de Laureano, en recuerdo de un hermano de Margot que murió antes de cumplir un año de edad—, el arquitecto tuvo la sensación de que la atmósfera, el color, ¡incluso el olor! del ático de Balmes habían cambiado por completo… La casa entera, pero sobre todo la alcoba, empezó a oler a ropita blanca y a polvos de talco, purificando de golpe todos los perfumes «mercenarios», ajenos, de «Pippermint» y de «Bolero»… Y Julián se lanzó a soñar al margen de la técnica. Soñó que aquella vida indefensa que agitaba las piernas y reclamaba constantemente el chupete era la incomprensible prolongación de uno mismo, la garantía de continuidad, de aquella continuidad que él tantas veces puso en duda cuando, durante la guerra, alrededor de él la tierra olía a fatiga y a muerte. Soñó que su hijo tocaría el piano —¡a Schumann, a Beethoven, a Mussorgsky!, quizá mejor que Margot—; ¡y que mediría metro ochenta y cinco, como él!; quizá un centímetro más…; y que sería arquitecto en un mundo del que tal vez hubieran desaparecido los odios y en el que la gente acertara a vivir en comunidad, en ciudades aireadas y con hierba verde.

Tocante a Margot, que iba recuperándose con lentitud, soñaba un poco menos. Se había quedado exhausta y de repente le costaba creer que Laureano —¡qué raro le sonaba el nombre, pese al motivo que los impulsó a elegirlo!— era suyo. ¿Carne de su carne? Claro… Pero ¿y el pensamiento? ¿Bullían ya pensamientos en el interior de aquella cabeza, cuya forma de embudo, efectivamente, iba disminuyendo por días, gracias a Dios? ¿Sería verdad, como alguien le había asegurado, que la criatura empezaba a registrar impresiones, a captar mensajes externos y que éstos mediatizarían en gran parte su futuro carácter, su manera de ser? ¡Mucho cuidado pues…!

—¡Margot, ha sonreído!

—¿Tú crees? Es tan pequeño…

—¡Ha sonreído! ¡Te lo juro…! ¡Te lo juro!

El doctor Beltrán, que los visitaba con frecuencia —no quería perder de vista a Margot, de naturaleza más bien débil—, le decía a Julián, con voz pausada y taumatúrgica; «No jure tanto, señor Vega… Jurar es siempre peligroso». Y Beatriz, que se trasladaba todos los días al ático de Balmes, solía llegar exclamando: «¿Por

qué no tendré yo una tienda de juguetes en vez de tenerla de antigüedades? Porque no voy a regalarle a mi nieto un biombo chino, ¿verdad?»; y depositaba sobre la cuna un enanito de goma, o un conejito de suave pelaje. «¡Laureano, mi vida! ¡Mira lo que trae la abuelita!».

CAPÍTULO X

EL DOCTOR BELTRÁN era hombre sereno y cauto en todo aquello que creía que no podía dañar a nadie o que estimaba justo; en lo demás, su causticidad podía compararse a la de Aurelio Subirachs.

Vivía en la calle de Borrell, en compañía de su hermana, Carmen de nombre, mujer algo nerviosa desde que enviudó del que fue veterinario del Parque Zoológico, pero que quería con locura al doctor, a su hermano; aunque le costó lo suyo habituarse al ambiente de los fármacos, de las llamadas de urgencia, de los libros de pergamino y de los relojes de pared, relojes que, como le dijo Margot a Julián, marcaban siempre la hora exacta: tictac, tictac, ¡nong…!, ¡nong…! ¡naaang…! Sí, ésa era la diferencia. Como ocurría en la vida, el tiempo era objetivamente el mismo siempre, pero todos los cuartos de hora, las horas y los ecos sonaban de distinta manera. Lo único que conectaba a Carmen con la profesión de su difunto marido eran los dos relojes cucú que el doctor tenía en el comedor; la imprevista aparición de los pajaritos había arrancado de los dos solitarios habitantes de la casa incontables carcajadas.

La experiencia había dotado al doctor Beltrán de antenas especiales para la observación. De hecho, sus teorías se asemejaban a las de Manolo, el hermano de Julián. Siempre decía que cuando dos apellidos se juntaban para constituir una familia y a ésta le llegaba pronto un hijo, la reacción era imprevisible. Lo mismo podían decir: «de momento, basta», como desear ir ampliando la nómina. Entre otros factores, dependía de la confianza en las propias fuerzas, de la capacidad de ternura, del sentido de responsabilidad… En el caso de Julián y Margot, en seguida se dio cuenta de que, por imperativos temperamentales del Sur y por aquello de «ir pisándole los talones a Aurelio Subirachs», querrían ir en seguida «a por la parejita», como así ocurrió; tocante a Rogelio y Rosy, aun conociéndoles mucho menos, suponía que no querrían quedarse atrás. «A los fanfarrones les gusta perpetuar su especie».

Sí, cabe decir que acertó en ambos casos. Las deducciones del doctor fueron tan coherentes como solía serlo su terapéutica, basada, a ser posible, en recetas antiguas y de eficacia experimental probada por él mismo. Escribía dichas recetas a mano para poner en un brete a los modernos farmacéuticos, a los que consideraba dependientes de ultramarinos o simples burócratas. Prefería con mucho a los antiguos boticarios, verdaderamente artistas de las balanzas, de la precisión matemática, de la combinación de las especies. Sin embargo, ni siquiera a base de sus fórmulas sapientes logró el hombre salvar —no, muchas de las deducciones se detenían ante la muerte— la vida de alguien que hubiera querido tener hijos sin conseguirlo: don José María Boix, cuyo minado organismo no resistió la prueba de una tremenda y fulminante pulmonía que pilló en uno de sus viajes. Fue aquélla una pérdida muy

sentida por centenares de barceloneses, que al leer la esquela se quedaron estupefactos. Julián, que en el acto pensó que los hermanos Balaguer se habrían quedado huérfanos, imaginó a Gloria convertida en bulto negro por dentro y por fuera, sin tener dónde asirse, como no fuera a las verjas de algún altar de la Catedral… ¡Cuánto se alegraba ahora de la decisión de la mujer!; por lo menos, le descargaba la conciencia… No obstante, el joven arquitecto recorrió a grandes zancadas el ático de Balmes, relacionando con la muerte la incipiente vida del pequeño Laureano, de su amado proyecto-de-hombre, como él lo llamaba y que en aquellos momentos jugueteaba con un sonajero en aquella alcoba que tan familiar le resultó a Gloria. No, la muerte de don José María Boix era una ironía, una maldición, una injusticia. El doctor Beltrán y otros amigos intentaron calmar a Julián. «Pero, por favor, no te lo tomes así. Es ley de vida. Todos los días el periódico nos pega esas bofetadas. ¿O ya no te acuerdas de nuestra guerra y de la actual guerra mundial?».

—¡Claro que me acuerdo! Y precisamente por eso me rebelo más que nunca. ¡Que maten las balas, pase!; pero las pulmonías…

Todo ese dolor pasó, porque nada hay tan congelante, rutinario e inapelable como la muerte. Julián y Margot, sinceramente entristecidos, fueron a dar el pésame a Gloria y ésta los miró con todos los ojos del mundo, que pidió prestados para la ocasión. Y el entierro fue una manifestación en favor de «la ausencia». Y el conde de Vilalta mandó destacar en su periódico matutino la nota necrológica. Y los hermanos Balaguer fueron pronto a pedir, sin éxito, trabajo a Julián… Y Gloria heredó una posición estimable, pero al propio tiempo una voraz y liberada y triste reserva de juventud…

Y entonces se cumplieron los vaticinios del doctor Beltrán. Margot y Rosy quedaron de nuevo encintas, aunque esta vez la prioridad correspondió a la primera. El pequeño Laureano no había cumplido dos años aún cuando Margot trajo al mundo una niña preciosa, rubia y de ojos azules —«¡es Vega, es Vega…!», sentenció Julián —, que se llamó Susana y cuyos primeros berridos se oyeron hasta en Granada. Esta vez el parto fue feliz —el conde de Vilalta lo publicó también destacadamente—, y el doctor Trabal no tuvo necesidad de tranquilizar a nadie, porque la cabecita de Susana era lo más redondo que Julián viera en su vida. Por su parte, Rosy, muy poco después, alumbró también una preciosa niña, morena, «vivo calco del doctor Vidal», en opinión de la abuela, Vicenta, a la que Rogelio, el día del bautizo, inundó materialmente de caramelos, como era de rigor. La niña recibió el nombre de Carolina, aunque desde el primer momento todo el mundo estuvo de acuerdo en llamarla Carol, que era bonito y sonaba bien. Rosy, durante el embarazo, volvió a sentir las angustias de una posible anormalidad, pero esta vez las guardó para sí, siguiendo los consejos del banquero Ricardo Marín, quien siempre le decía que «ser frívola consistía en no desvelar nunca la verdadera intimidad».

¡La parejita! La parejita fue un hecho. Ya podía hablarse de «las familias Ventura y Vega». Una familia no era un amor compartido al que un mosén Castelló cualquiera

hubiera echado la bendición; una familia era lo que aquéllas estaban siendo: un agolpamiento, una gran cabriola colectiva, una reunión de cabezas y cabecitas y un coro de voces que en un momento determinado podían discutir y disputar, pero que en otro momento —el más importante— podían enfrentarse al mundo entero con estas o parecidas palabras: «Aquí estamos solidificados los de una misma sangre, dispuestos a defender nuestra manera de ver las cosas, nuestro acotado territorio. ¡No faltaría más!».

Curiosa paradoja. En ese lapso de tiempo todo el mundo se quejaba de crisis, un impreciso temor flotaba en el ambiente, coartando proyectos, paralizando iniciativas —la guerra parecía irremediablemente perdida por los alemanes y ello era causa de general desconcierto—, y la ascensión de «Construcciones Ventura, S. A.» era más vertiginosa que nunca. Charito y el coronel Rivero tenían razón. Charito decía: «¿Lo ves, Amades? ¡Rogelio se está forrando! ¡Como siempre! Y nosotros avanzando como las tortugas…». El coronel Rivero exclamaba: «¡Ese hombre es el diablo! Y os prometo que tengo datos que me permiten hablar así…».

¿El diablo, Rogelio? Quizá… En cualquier caso, no intentó disimular su buena racha. A decir verdad nunca lo había hecho, pero a la sazón, respaldado por Alejo Espriu, que demostraba conocerse al dedillo todas las triquiñuelas del Código y tener acceso incluso a ciertos estrados de la Inspección de Hacienda, se sentía más seguro aún. A raíz de eso, en otro de sus prontos, semejante al que tuvo cuando inesperadamente anunció su boda con Rosy, sorprendió a sus amigos y colaboradores con una serie de planes, planes de realización inmediata, que refrendaban su vigor temperamental.

En primer lugar, aumentó en un cinco por ciento el sueldo de todo el personal a sus órdenes. «Mis queridos amigos, los asuntos de esta casa funcionan a pleno ritmo, como a lo mejor ustedes habrán oído murmurar por ahí… ¿Y qué hace un hombre cuando sus asuntos funcionan? Mejorar —naturalmente, sin exageraciones— las condiciones de vida de todos los que de él dependen».

En segundo lugar, dio un paso gigantesco en el plano personal. Por un lado, trasladó su domicilio del paseo de Gracia a una mansión bastante grande de la conocida avenida Pearson, con muchas habitaciones, vasto jardín, garaje, etcétera. «Rosy insiste en que los críos necesitan espacio libre para pegar saltos, como los payasos; pues adelante». Por otro lado, decidió construirse, en Arenys de Mar, para pasar los veranos y algún que otro fin de semana, una pimpante torre que se llamaría «Torre Ventura». «Conste, amigos míos, que en la arriesgada decisión de levantar dicha torre Rosy no ha intervenido para nada. La idea ha sido exclusivamente mía, y la razón es bien sencilla: quiero liberarme de la amenaza constante que supone, durante mis estancias en Arenys de Mar, el terrible telescopio que el padre de mi mujer tiene instalado en la azotea».

Dadas las circunstancias, esa serie de planes mereció la aprobación de todo el

mundo, especialmente la de Jaime Amades, cuyas manos se humedecieron hasta el punto que tuvo que secárselas con un pañuelo. El único dato un tanto agresivo fue, quizá, que Rogelio no señaló a ningún arquitecto concreto ni para acondicionar la avenida Pearson ni para construir la torre de Arenys de Mar; simplemente les dijo a Aurelio Subirachs y a Julián: «Tal vez, entre los dos, podáis ocuparos de la penosa tarea que todo eso supone…». Por suerte, no había posibilidad de conflicto entre ambos profesionales. Aurelio Subirachs cedió en el acto a Julián, gustosamente, el privilegio de construir la torre —«por fin podrás despacharte a gusto»—, mientras que él tomaría a su cargo la habilitación de la residencia barcelonesa.

¡Espacio libre para que los críos pudieran pegar saltos! Conforme, podía ser una necesidad vital… Sin embargo, en cuanto Aurelio Subirachs visitó la mansión de la avenida Pearson y advirtió que lo más cuerdo hubiera sido derribarla, envió un decorador afeminado que simuló dar órdenes, pero que en realidad obedeció a los caprichos de Rosy. De suerte que, a la larga, el resultado fue algo ostentoso, con un *living* como el hangar de la estación, cuatro cuartos de baño y demás, todo muy avanzado y funcional, para que Rogelio se sintiera allí en su elemento. La arena del jardín era crujiente, y en él muy pronto ejercería de centinela un perro lo llamado *Kris*, que habría de asustar mucho al pequeño Pedro y mucho menos a la diminuta Carol. Rosy, que últimamente se asfixiaba en el paseo de Gracia, estaba feliz, sobre todo en cuanto consiguió completar el servicio con una ama para los pequeños y pudo traerse del Maresme un hombre de su confianza, llamado Serafín, que sería el encargado de cuidar de las chapuzas, del jardín y del garaje.

¿Y «Torre Ventura», en Arenys de Mar? Desde luego, superóse la marca en cuanto a rapidez, ya que «Construcciones Ventura, S. A.» puso a disposición de las obras todos los elementos de que disponía. Julián dio muestras inequívocas de su talento, hasta el extremo que Aurelio Subirachs, al verla casi terminada, se acarició sus bigotes de foca y con su voz de pope barbotó: «Salvo algunos detalles, la firmaría yo». Algo muy audaz, sin ser enfático ni traumatizante. Con «ordenadas asimetrías», según agudo y esotérico comentario de Claudio Roig. La piscina tenía forma irregular y aquí y allá los árboles la rodeaban sin privarla nunca del sol. Y focos ocultos entremezclaban sus rayos para iluminar de noche, gloriosamente, los estilizados salientes de la fachada. ¡Lástima que el decorador, por imposición de Rosy, fue el mismo que el de la avenida Pearson! Las mesas que eligió, las lámparas, los sillones, las hamacas, etcétera, todo era tan «revolucionario» que servía para cualquier menester menos para aquel a que estaba destinado; pero no importaba. Las amigas de Rosy —excepto Margot—, especialmente las de la colonia veraniega, exclamarían: «¡ohhh…!», y eso bastaba.

Por lo demás, desde el exterior «Torre Ventura» dio el golpe incluso entre la gente del pueblo, lo que aumentó si cabe la satisfacción de Rogelio. Porque el pueblo no era fácil ni se dejaba deslumbrar por fachada más o menos. La gente era tranquila, autárquica y poco dada a los superlativos. Los viejos del Ateneo, con los que Rogelio

solía platicar; los camareros del Café Español; las vendedoras del mercado que se celebraba los sábados, etcétera, habitualmente sólo se entusiasmaban con las sardanas, con alguna función de teatro o circo y con la llegada de las barcazas de pesca, que tenía lugar cada día al atardecer; y no obstante, mostraron su complacencia por la mejoría que «Torre Ventura» significaba para Arenys de Mar. Las vendedoras de cacahuetes en los cines le dijeron a Rogelio: «¡Menuda covachuela! Y precisamente dominando el puerto».

Era cierto. «Torre Ventura» estaba situada en lo alto de una colina, exactamente, sobre el gracioso puerto, y desde allí se dominaban, además del tétrico cementerio al otro lado, las playas circundantes y una extensión ilimitada de mar. Con los prismáticos que Rosy usaba en el Club de Golf, Rogelio, desde la terraza, podría en verano ver desnudarse a todas las mozas de la población. El barbero-arqueólogo, Santi de nombre, le dijo al constructor: «Además, este chalet tiene una ventaja: si quiere usted aburrirse, podrá hacerlo junto a una piscina». Rogelio se quedó atónito por espacio de unos segundos y luego sonrió. ¡Astuto barbero! Tal vez tuviera razón. Sí ¿cómo se las arreglaría él, Rogelio Ventura, para permanecer consigo mismo unos minutos, unas horas, lo que allí sería prácticamente inevitable? ¡Si nadie lo vio solo jamás, si nadie lo vio jamás andar siquiera cien metros sin compañía! El poderoso «don» Rogelio necesitaba siempre alguien a su lado, alguien con quien poder charlar o a quien poner la mano en el hombro. De ahí su amistad con Jaime Amades, y de ahí que de un tiempo a esta parte anduviese siempre con Alejo Espriu. Claro que el doctor Beltrán, luego de auscultar sus relojes, hubiera diagnosticado que la amenaza sutil para Rogelio, en «Torre Ventura» y en cualquier lugar, no sería nunca el aburrimiento, sino el miedo. Un miedo inconcreto a no sabía qué. Quedarse solo le daba tanto miedo —¿era consciente de ello?— como a Margot se lo daba mezclarse entre la multitud.

Como fuere, la frase de Julián: «¿dónde colocar tanta existencia?», respondía a una estricta realidad. También «los Vega» tuvieron que hacer frente a la falta de espacio, pues el taller se le estaba quedando raquítico al arquitecto y además los críos invadían sin cesar la casa entera. Era preciso buscar una solución. «Además, necesito una sirvienta, Julián. La ayuda de Manoli no me basta y yo no puedo más». «No te preocupes, mujer». Pronto tuvieron a su disposición una muchacha limpia y ordenada, paisana de Julián, que se llamaba Rosario y que parecía feliz llevando delantal.

Al término de muchos diálogos estimaron haber dado con la solución idónea —muy alejada de los alardes de Rogelio y de Rosy—, y lúe correspondía a su condición de personas adscritas al tipo medio le burguesía: decidieron conservar el ático de Balmes, destinándolo enteramente a taller, y trasladarse la familia a vivir a un moderno inmueble de General Mitre, del que alquilaron la planta séptima, desde cuya terraza el Tibidabo parecía estar más todavía al alcance de la mano.

¿Inmueble flamante y vistoso? No era cuestión de exagerar… Julián, por

supuesto, estaba encantado con él, aun cuando echaría de menos el rito que suponía el que Margot entrase todos los días a media mañana para servirle una reconfortante tacita de café. Las condiciones del edificio sintonizaban con sus preferencias, lo que, por desgracia, no podía decir Margot. No, Margot, aparte de que se había encariñado al máximo con el «modesto hogar» de Balmes que con tanto mimo había compuesto y que olía a ropita blanca y a polvos de talco, tuvo que hacer un soberano esfuerzo para adaptarse a un cambio tan radical. En primer lugar, se preguntó si podrían pechar con todo el gasto que aquello supondría; en segundo lugar —y ello era lo más grave —, el nuevo piso distaba mucho de gustarle como a Julián. Mejor dicho, de entrada no le gustó ni pizca, en lo que coincidió con Beatriz, que, al ver aquellas enormes paredes blancas y los inmensos cristales de las ventanas, exclamó: «¡Esto es una pecera!»; añadiendo luego: «Tu padre no hubiera vivido aquí por nada del mundo…».

Pese a todo, Margot, precisamente por ser hija de notario, tenía la sana costumbre de perseguir la ecuanimidad… En consecuencia, acabó cediendo, pero no por sometimiento a Julián sino porque, al margen de sentimentalismos, era evidente que los niños estarían allí mucho mejor. La casa —Julián tenía en eso razón— era práctica, con calefacción, cocina y baño pulquérrimos, dos ascensores, entrada con conserje detrás de un mostrador, etcétera. En definitiva, una serie de ventajas de orden doméstico que era preciso valorar. Al mismo tiempo, Julián tuvo la astucia de darle carta blanca a Margot para que la amueblara a su manera. Naturalmente, lo primero que la mujer hizo fue traerse de la calle del Bruch el piano de cola —¡a Merche le daría una pataleta!— e instalarlo en el lugar más aparente, principal; lo segundo, disponerse a demostrarle a su madre que, a base de pequeños detalles, incluso en una «pecera» podía crearse un clima acogedor.

Sobres esas premisas acabó produciéndose un contento colectivo. Rosario, la sirvienta, que no sabía leer ni escribir, pero que era ristolera como el sol, exclamó: «¡Señorita…! Pero ¡si esto es la gloria! ¡Se lo digo yo!». Laureano y Susana, con sus ojitos recién estrenados, lo miraban todo como si se tratase de un cuento de Blancanieves. Tocante a los conserjes, que se llamaban Anselmo y Felisa y eran oriundos de la provincia de Huesca, al saber que Julián era arquitecto dieron muestras de asentimiento y señalando el teléfono del mostrador, ^ue conectaba con los pisos, dijeron: «Ya saben los señores; aquí estamos, para lo que gusten mandar…».

Pleito resuelto, pues, como hubiera dicho Alejo Espriu. Las familias Ventura y Vega acolcharían a sus hijos en lechos muy distintos, acorde a la situación de cada cual. Manoli, la portera de Balmes, al enterarse de que don Julián, como ella lo llamaba, continuaría trabajando allí, lloriqueó un poquito menos. El sereno de la casa del paseo te Gracia en que hasta entonces había vivido Rogelio, le dijo a su mujer: «Mira por dónde me perderé algún billetito; pero en fin, también me ahorraré mucha pedantería y mucha bromita pasada de rosca…».

Entre Rosy y Margot existían diferencias abismales, comparables las que podían existir entre «Torre Ventura» y Can Abadal; pero, como decía Rosy, tampoco la amistad podía medirse a base de la loica y del cálculo. Algún secreto psicológico de difícil localización permitía que hicieran caso omiso de las discrepancias y se descubriesen entre sí muchas afinidades.

El caso es que a las dos mujeres les gustaba cambiar impresiones, abre todo desde el nacimiento de sus hijos y de la mutación de pellejo ue los respectivos traslados habían significado para sus vidas. Curiosamente, a Margot le gustaba hablar por teléfono. Se sentaba en un taburete al lado del aparato y, ¡hala!, las ideas le fluían sin inhibiciones. Rosy, por el contrario, prefería el contacto directo, la presencia, m cuando Rogelio estimaba que para ello había un grave inconveniente: al fumar, sin darse cuenta lanzaba la columna de humo directamente a la cara del interlocutor, lo cual, aparte de provocar espectaculares accesos de tos, era una notoria falta de educación.

No siempre, a decir verdad, las conversaciones discurrían por una autopista amable. Se producían choques, enfrentamientos, porque Rosy había optado por la frivolidad y porque a veces utilizaba un lenguaje acorde a su mímica facial, pero no a su belleza. Esa brutalidad verbal, según la propia Rosy, no cabía atribuirla a una posible influencia de Rogelio; simplemente, Rosy, hija de médico, había ejercido de enfermera una larga temporada y visto y oído tantas cosas en torno a los quirófanos y a los lechos de muerte, que estaba curada de espantos y, a poco que se descuidase, se mostraba fatalista y daba la impresión de que todo le importaba un carajo.

El caso es que, últimamente, la «señora Ventura», como la llamaban en las tiendas, hacía lo imposible para atraer a Margot hacia la parcela mundana que ella vivía. Tal vez persiguiese esa victoria sobre Margot; tal vez se tratase de puro aburrimiento. La mujer de Rogelio se pasaba muchas tardes y muchas noches en el Club de *bridge*, pues el ama cuidaba de los críos que era un primor, lo que le dejaba libre todo el tiempo que quisiera. Al margen de esto, tenía su cochecito y le gustaba ir de compras, a la peluquería, al gimnasio, a desfiles de modas, etcétera. «¿Por qué no te vienes conmigo, Margot? Lo pasaríamos estupendamente. Podríamos salir los cuatro y…».

Margot no entraba en el juego. Sentada en el taburete, rechazaba muchas de sus invitaciones, alegando que sus posiciones sociales eran distintas y que a su juicio había cosas más importantes que las tiendas, los guateques y el *bridge*.

—Ya sé que cada cual ve la vida a su modo, pero ¿qué hacer? Tu marido es un genio para ganar dinero y tal vez por ello necesite frecuentar esos lugares; el mío es feliz dibujando casas, lo que no deja de crearme problemas. ¡Sí, ya empiezan a mosquearme el tecnígrafo y el lápiz! Aquellas nuestras charlas de sobremesa en Balmes se han terminado, y muchas veces tengo que arreglármelas sólita. ¡Menos

mal que ahora tengo el piano, y a los pequeños, que duermen cerca de mí como benditos! Pero, en fin, siento que un poco de Julián se me escapa detrás de la famosa Constructora y de la famosa especialización…

Rosy sabía que Margot era completamente dichosa con Julián, de modo que se tomaba esas quejas un poco a chacota.

—Anda, no seas pelmazo. ¿Qué pretendes, tener a Julián pegado todo el santo día a tus faldas? Acabarías mandándolo a la porra… ¡Con Rogelio te querría yo ver! Hoy mismo no sé si está aquí, en Arenys de Mar, o en Santa Cruz de Tenerife…

A veces se citaban para hablar a sus anchas, sin el teléfono por medio, y acostumbraban elegir alguna granja de la Diagonal, cuyas mesas al fondo solían estar tranquilas. En esos casos la conversación era siempre imprevisible. Rosy se presentaba siempre deslumbrantemente vestida; Margot, con mayor naturalidad. Y mientras Margot hacía como si espantase moscas para ahuyentar el humo que Rosy le lanzaba a la cara, ésta lo mismo podía asaetearla a preguntas que despotricar contra sí misma, o jugar a misterios… ¡o a presentimientos!

A Margot le hubiera apetecido hablar mucho de los críos. ¡Laureano, Susana!, ¡Pedro, Carol! ¿No era aquélla la más apasionante novedad? Pero ahí marraba el tiro. En raras ocasiones Rosy denotaba interés mayor. No porque no quisiera a sus hijos. ¡Claro que los quería! Pero era más cerebral de lo que aparentaba y se resistía a renunciar por ellos a su vida personal, sobre todo en previsión de que podían llegarle media docena.

—Pero ¿de qué vida personal hablas, si puede saberse? —pinchaba Margot—. Si tú misma confiesas que no sabes qué hacer con ella y que hasta ahora, aparte de tu temporada de enfermera, no has dado golpe, como quien dice. ¡Con el partido que les podrías sacar a tus horas libres!

—¿Qué quieres? ¿Que me dedique al repujado de cuero, o a la pintura, o a tejer jerseys para el ropero de tu amigo mosén Castelló? No soy ni artista ni santa. Y por lo menos, si hago el ridículo, que lo haga ante mí misma y nadie más.

—¿Entonces?

—Entonces, nada. Que te repito lo de siempre. Que soy una nulidad y que las cosas sólo adquieren algún sentido cuando se desean, no cuando ya se tienen.

Margot hubiera querido influir positivamente sobre su amiga, cuyo mayor obstáculo, desde luego, era, como en el caso de Merche, que prácticamente lo tenía todo. Pero la mujer de Julián topaba siempre con un fantasma mental: Rogelio, el cual seguía inspirándole vivos temores, en el sentido de que a la larga podía deslumbrar a Julián con el tipo de ambición de que el constructor estaba poseído. Claro que Margot se acordaba muy bien de lo que Julián había dicho: «No temas… Sé muy bien con quién me las juego». Pero ¿lo sabía verdaderamente? ¡A veces los hombres eran tan ingenuos y se dejaban avasallar con tanta facilidad! Margot no podía olvidar un cóctel al que tuvieron que asistir, bastante nutrido, organizado por Rogelio para festejar la inauguración de su casa de la avenida Pearson. En efecto,

mientras Julián salió de él eufórico, entusiasmado, ella estuvo todo el rato tragando saliva. En primer lugar, el despilfarro… Una reata de camareros sirviendo exquisiteces —que de eso Rosy entendía mucho— y que implicaba un insolente desafío a tanta y tanta gente que, fuera, pasaba calamidades. En segundo lugar, Rogelio bebiendo como un cosaco, rojas las mejillas, pegando saltitos como un canguro feliz y susurrándole a Ricardo Marín: «¡El dinerito tiene sus ventajillas…!». En tercer lugar, los halagos absurdos, gelatinosos, de que Rosy fue objeto por parte de la mayoría de los asistentes. «¡Estás guapísima, Rosy…!». «¡Caray con Rogelio!». «¡El primer premio en la tómbola…!». «Oye, Rosy… Esto hay que repetirlo, ¿eh?». Frases inconexas, diálogos sin sentido, con alguna que otra ironía punzante de Merche dirigida… a cualquiera de los presentes. A lo cual cabía añadir algo que a Margot la hirió de un modo especial: Rogelio estuvo coqueteando con tal familiaridad y descaro con un par de «damas» del Club de *bridge*, que Margot sacó la conclusión de que Rogelio «se la pegaba a Rosy», de que se la pegaba de todas todas, sin que ésta, que también bebió lo suyo y estaba en las nubes, se diera cuenta… Resumiendo, Margot llegó a casa convencida de que Julián podía realmente caer en una red de la que de momento no tenía la más remota idea y de que ella debía prevenirlo, aunque para hacerlo tenía que esperar otra ocasión más propicia.

¡Ja, el tema de los cócteles, inevitablemente equívocos, el del «pegárselas los maridos a las mujeres», encandilaba a Rosy! Todo cuanto rozase el terreno sexual la estimulaba increíblemente y las granjas de la Diagonal que frecuentaban eran testigos de ello. Margot, en cambio hacía marcha atrás, presa de un extraño pudor.

—Dime una cosa, Margot. Hace tiempo que no nos confesamos. ¿Qué tal con Julián? ¿Todo viento en popa?

Margot fingía no comprender.

—No sé a qué te refieres.

—¡Toma! ¿A qué va a ser? A la cama.

Margot denotaba evidente malestar.

—No sé qué contestarte —replicaba—. Lo normal. Tenemos dos hijos… Y a lo mejor llegan también seis. En fin, no tenemos problema.

Rosy abría su pequeño bolso y sacando el espejo se maquillaba.

—Menos mal que en algo estamos a la par. Nosotros tampoco tenemos problema.

—¡Me alegro! Me alegro mucho.

—¡Huy, no te embales, rica! No tenemos problema gracias a un sistema bastante antiguo en el país, si no estoy equivocada: en vez de ser la esposa de mi marido, soy su amante.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—¡Bueno! La cosa está clara, creo yo… Tu querida amiga Rosy ha accedido voluntariamente a convertirse en la amante de su marido… Y es que, si ahora me la pega tres veces, de la otra manera me la pegaría seis. —Marcaba una pausa—. Aunque no puedo negar que tan pronto siento mucho asco como que lo paso bomba.

¡Soy así! ¡Depende! ¿Qué opinas, Margot?

Margot no opinaba nada. Margot no quería entrar en detalles de ese género, entre otras razones porque nadie le garantizaba que Julián no fuese como los demás.

Rosy leía en su pensamiento y soltaba una carcajada.

—No te quemes la sangre, querida… —Daba unas palmadas en la mano de Margot—. A veces me pareces una niña… Una niña adorable, por supuesto, y muy superior en muchas cosas. Con nadie lo paso mejor que contigo, palabra. ¿Quieres que pidamos más chocolate? No, no sé nada concreto de Julián… Tranquilízate. Lo único que quería decirte es que realmente es difícil fiarse de un hombre como el tuyo, que las tendría a porrillo solteras, casadas, ¡o viudas!, si le diera la gana.

Margot, que con frecuencia aceptaba repetir el chocolate, volvía a ponerse seria.

—¿Por qué has dicho lo de las «viudas»? —Luego mudaba la expresión y continuaba—: Es posible que sea tonta, claro; pero todavía creo en el amor, en el cariño, y me parece que Julián, antes de irse con otra mujer, se lo pensaría una y otra vez… Y al final desistiría.

Rosy se mordía el labio inferior.

—Sí, es posible que tengas razón… —Meditaba—. Por lo menos, hasta ahora. —Por fin añadía—: ¡En fin, que a eso yo lo llamo haber nacido con una flor en un sitio que yo me sé!

La conversación tomaba a veces bifurcaciones inesperadas, herencia de los tiempos en que Rosy leía, sobre todo, autores franceses, o simplemente a tenor de las noticias que traían los periódicos. En ese terreno Rosy demostraba poseer una cultura inhabitual. De los periódicos era evidente que no se le escapaba nada, ni siquiera las deducciones que podían sacarse de los anuncios. Lo que confesaba sin ambages era que se armaba un lío con determinadas ideas, no sabía si por exceso o por falta de información, y sin que en ese sentido Rogelio le sirviera de mucho.

—Por ejemplo: ¿qué significa socialismo? ¡Ahora resulta que lo hay de muchas clases! ¿Y democracia? ¿Y libertad? ¿Tú sabes de qué se trata? Tampoco logro comprender el problema ese de los judíos…

Margot solía estar a la altura, aunque muy lejos de lo que hubiera deseado, ya que Julián tenía ideas tan fijas que le impedían en muchos casos matizar. «¿Democracia? ¡A la basura! —decía el arquitecto—. ¿Socialismo? ¡Ya lo ensayamos en España! ¿Judíos? ¡Mala ralea!». ¿Y Einstein, pues? ¿Y Freud? ¿Y Charlot? ¿Es o no judío Charlot? En aquellos momentos las dos mujeres, sentadas ante las tazas de chocolate, no se acordaban…

En cierta ocasión, a raíz de unas declaraciones fatalistas de Rosy, Margot le preguntó de sopetón:

—Escucha una cosa, Rosy… ¿Piensas alguna vez en Dios?

Rosy dejó de fumar. Guardó el humo en la boca por espacio de unos segundos. Por fin lo expulsó lentamente.

—¡Dios…! ¡Me preguntas si pienso en Dios! Pues…, si he de serte franca, muy

poco. Sólo en Viernes Santo.

Margot insistió.

—Sin embargo, ¿crees en Él?

—¡Bueno! —Rosy adoptó un aire indiferente, que a Margot le dio grima—. También me cansé de darle vueltas a ese rompecabezas… ¡Algo hay, desde luego! Aquí estamos tú y yo, vivitas y coleando. Y ahí están nuestros hijos… Y mi padre, que se confiesa todos los sábados. ¡Sí, sí, lo que oyes! Pero ¿quieres saber una cosa? De todo lo que me enseñaron, nada. Del infierno, del Ángel de la Guarda, de las indulgencias, nada… También en eso he tomado mi actitud: si Dios existe, y nosotros tenemos algo más que nuestro palmito, que nuestros abortos y nuestras angustias, será un Dios bueno y nos perdonará a todos y todos al cielo, tan campantes.

Margot inclinó ligeramente la cabeza.

—Es una posición muy cómoda, ¿no te parece?

—¿Y por qué no ha de serlo? Me trajeron aquí… y aquí estoy. Yo no tengo la culpa de si Adán le dio un pellizco a Eva y de todas esas cosas que nos han contado.

—Pero… eso está muy bien mientras no ocurre nada decisivo. ¿Y cuando llega el momento? ¿Por qué se confiesa tu padre?

—Sé por dónde vas… «La religión es un consuelo en los trances difíciles». En las monjas aprendí eso… ¿Cómo he de decírtelo, Margot? Cuando el momento llegue de verdad, veré lo que hago. ¡Si me da tiempo, claro! A lo mejor pido que me pongan una inyección… Pero, entretanto, a vivir. Pero ¡bueno!, ¿por qué nos ponemos tan serias? ¿No se te ocurre otra cosa para alegrar un poco más la tarde?

En cierta ocasión Rosy llevó con su coche a Margot a visitar «Torre Ventura». Y allí se destapó. La tarde era espléndida y Rosy estiró los brazos y hasta imitó entre los árboles a los indios, emitiendo aullidos, lo que encantó a Pedro y a Carol, que las habían acompañado, junto con el ama.

De pronto vieron sobre una hamaca la gorrita de patrón de lancha de Rogelio. A Margot se le antojó graciosa y la sostuvo entre las manos. Rosy se puso a cabecear, como luchando consigo misma…

—Rogelio… —murmuró.

Margot aprovechó que los críos estaban lejos con el ama y le preguntó a bocajarro:

—¿Te digo una cosa? Todavía no sé lo que piensas de tu marido, lo que sientes por él… A veces das la impresión, y perdona, de que lo detestas.

Rosy negó enérgicamente con la cabeza e incluso fue capaz de coger el gorrito y encasquetárselo hasta las cejas, con mucha gracia.

—Estás en un error… Es un sentimiento contradictorio… y por ráfagas. Intermitente, quiero decir. ¿Te acuerdas de lo que te dije que me ocurría estando con él en la cama? Pues igual. —Se quitó el gorro y lo lanzó con arte sobre la hamaca—. Rogelio tiene cualidades que no he visto en ningún otro hombre… Es un psicólogo de primera, de primerísima categoría, y un intuitivo fenomenal. Aparte de que inspira

una gran seguridad y con frecuencia contagia sus inmensas ganas de vivir… Llegará lejos, muy lejos: ya lo verás. Llegará a tener un enorme poder, lo cual no está mal para un hombre, ¿verdad? Sin embargo, conjuntamente tiene, como sabes, defectos horribles, imperdonables, y es cierto que a veces lo aborrezco con todas mis fuerzas. Lo de los eructos no es nada, ¿entiendes lo que quiero decir? ¿Lo has visto alguna vez limpiarse los dientes o rascarse las axilas? Yo creo que es en el lavabo donde se conoce a las personas… Pero escucha una cosa, ¡mi vida!; que me doy cuenta de que no te enteras de adónde voy… No me quejo, ¿comprendes? ¡No me estoy quejando de nada! Todo eso lo sabía ya antes de casarme con él… y acepté. Acepté el precio por la vida que me podría ofrecer —volvió a mirar a los árboles en torno y a la piscina—. ¡Soy libre y no me falta nada! Soy libre para ser feliz, para darme la vida padre y también, si quiero, para pegarme un tiro…

Margot no insistió. Rosy estaba hermosísima, con la cabellera suelta y movida por la brisa. La tarde caía y empezaban a entrar por la bocana del puerto las barcas de pesca, con sus hermosos nombres. Seguro que alguna de ellas se llamaría Rosy. Una luna pálida ascendía cielo arriba, que inesperadamente se rodeó de un halo rojizo. Fue como una detonación. El estado de ánimo de Rosy varió por completo. Se asustó. En movimiento instintivo fue a buscar los niños y los cogió en brazos y los protegió, como había protegido la cabecita de Pedro el día en que Margot le preguntó si no le gustaría conocer o adivinar el porvenir del chaval.

—¿Qué te pasa, Rosy? Por favor, ¿qué te ocurre?

Ocurrir… no ocurría nada. Sólo el halo rojizo de la luna, lo que en el caso de Rosy equivalía a tener uno de sus clásicos presentimientos. Sí, de repente Rosy presintió que a no tardar ocurriría algo malo, algo capaz por sí solo de inutilizar la paz idílica que podía disfrutarse en «Torre Ventura», la existencia muelle que ella llevaba, tal vez incluso la «fenomenal» carrera de su marido que minutos antes había garantizado de forma tan contundente.

Margot no sabía qué hacer. Por fortuna, en aquel momento llamó a la puerta el padre de Rosy, el doctor don Fernando Vidal, que se había enterado de que sus nietecitos estaban allí. Entró tan campechano, tan dueño de sí, con un bastón que le servía para ascender la cuesta de acceso a la torre.

El caso es que con sólo ver a Rosy comprendió de qué se trataba. ¡Eran raptos que sufría desde la niñez!

—Pero hija… Docenas de veces la luna ha tenido ese halo en Arenys y no ha ocurrido nada malo… Esas supersticiones no le van a una mujer como tú.

Rosy, ante la presencia de su padre, había procurado calmarse y casi lo había conseguido.

—Es posible, papá… Tal vez tengas razón. Pero esta vez, acordaos de lo que os digo, ocurrirá algo malo… —Se echó los cabellos atrás y miró al horizonte—. Lo que no sé es si ocurrirá en la tierra… o en el mar.

CAPÍTULO XI

Lo malo de los presentimientos de Rosy era que solían confirmarse, por lo menos en parte, y esta vez no fue excepción, de acuerdo, por otra parte, con los temores que Julián le expuso a Margot en el tren, al regreso del viaje de boda: «Si los alemanes perdiesen la guerra, nadie sabe lo que pasaría aquí…».

Los protagonistas de los meses venideros no fueron ni «Torre Ventura» ni las partidas de *bridge*, ni las triquiñuelas de Alejo Espriu ni los viajes del coronel Rivero a Madrid: fueron «los aliados». Los aliados vencieron con todas las de la ley. Los alemanes capitularon, lo que estaba en la mente de todos, y poco tiempo después cayeron sobre el Japón dos bombas atómicas, lo que no estaba en la mente de nadie. Rosy, al ver las fotografías de las ciudades destruidas y del hongo mortífero que se levantó hasta el cielo, olvidó los consejos de Ricardo Marín sobre la frivolidad y rompió a llorar. «¡Lo sabía! ¡Lo sabía!». Tuvo la impresión de que el halo rojo de la luna simbolizó la sangre, y que ésta, del mismo modo que había inundado Hiroshima y Nagasaki, podía caer sobre su cabeza, sobre la cabeza de sus hijos y sobre la de Rogelio. «¡Vámonos, Rogelio! ¡Vámonos de aquí! —le dijo, estando en "Torre Ventura"—. ¡No soporto vivir rodeada de cipreses… y la visión del cementerio allá al fondo!». Rogelio accedió. Dadas las circunstancias, tampoco a él lo seducía estar alejado de Barcelona. Y su apresurado regreso coincidió con el de los Vega, que en Can Abadal se sentían también excesivamente solos y hostigados, además, por la punzante metáfora que suponía la presencia del sauce llorón.

Pánico en el mundo. Pánico en España, en Barcelona, en las conciencias. Se hacían toda suerte de cábalas, pero el denominador común era cierto sentimiento de cor responsabilidad. Muchas personas se alegraban del derrumbamiento de las potencias del Eje, pero la explosión atómica las hostilizaba por dentro. Mientras mosén Castelló se dedicaba a repartir estampitas en las que se veía el infierno, el doctor Trabal se pasó un día entero en su despacho, dejando vagar la mirada por los libros de los estantes, que contenían saberes y fórmulas para traer nuevas vidas al mundo…

Todo quedó justificado: la congelación de proyectos, la paralización de iniciativas, el desconcierto en cadena. En Barcelona, la conmoción fue muy intensa y hasta nuevo aviso Jaime Amades se abstuvo de recorrer la ciudad en busca de anuncios. Aurelio Subirachs, por su parte, recibió una carta de su hijo seminarista, en la que el muchacho le preguntaba para qué iban a servirle los pedacitos de cuerda y de alambre que solía llevar previsoramente en el bolsillo.

Entre los más desconcertados, naturalmente, estaba Julián. La verdad era que el arquitecto confió hasta el último momento en que un milagro —tal vez un milagro científico o técnico— salvaría a los alemanes, y no había sido así. Julián no acertaba a explicárselo. No acertaba a explicarse que las democracias, símbolo de disgregación

—«¡a la basura!, ¡a la basura!»—, hubieran vencido al totalitarismo, símbolo de unidad. Ello iba en contra de todas las leyes, como si en un terremoto los edificios de ladrillo resistiesen y se derrumbasen en cambio los construidos con hormigón armado. ¿Qué iba a ocurrir? ¿Se marchitarían los geranios con que Margot había adornado la terraza de General Mitre? Habló por teléfono con Granada y se enteró de que su madre se pasaba el día en la iglesia, rezando; paradójicamente, como era corriente en los momentos de tensión o de extrema perplejidad, no había noticia de que en las últimas semanas se hubiera suicidado allí ningún campesino.

La Delegación de Excombatientes convocó una asamblea extraordinaria, regional. Y el ambiente que en ella se respiró fue de lo más pesimista. El arquitecto y Claudio Roig, que con la camisa azul parecían otras personas, se encontraron allá con antiguos conocidos. La alegría de los abrazos se vio empañada por la gravedad de la situación. La creencia unánime era que Roosevelt y Churchill, presionados por Stalin, intentarían derribar el régimen español y traer de nuevo al país a Negrín y a la Pasionaria. Quién más, quién menos, retrocedió mentalmente a la guerra civil y el contagio encalabrinó los ánimos. Se pronunciaron discursos, entonóse el «Cara al sol» y al final los asistentes, sin una sola excepción, se juramentaron para defender otra vez, si preciso fuere, el suelo patrio. Julián, al extender el brazo para prestar tal juramento, pensó en Margot, en Laureano y en Susana… y se le hizo un nudo en la garganta.

A la salida habló largo rato con Claudio Roig. Recordaron al amigo Saumells, *el Mujeriego*, y los motivos que lo llevaron a decidirse a entrar en religión. Roig estuvo en Tarragona con sus padres y pudo añadir algunos datos más.

—Ya sabes lo mucho que le preocupaba la cuestión social. Por lo visto dijo que los resultados de la victoria no se parecían en nada a como él los imaginó durante la lucha. Intentaron convencerle de que no se ganó Zamora en una hora, pero no hubo nada que hacer; lo plantó todo y se fue al noviciado.

Julián emprendió lentamente el regreso a casa. Su propósito era regresar a pie, pero de repente se sintió cansado y paró un taxi, que a causa del gasógeno olía que apestaba. Echó un vistazo al periódico que había comprado, cuyos titulares daban las últimas estadísticas de los muertos habidos en Hiroshima y Nagasaki. Al otro lado del cristal desfilaba la ciudad. ¡Oficinas, escaparates, cines! Precisamente estaba construyendo, por orden de Rogelio, un cine en la Vía Layetana… ¿Existía película mejor que h que protagonizaba la locura de los hombres?

—¿Qué número dijo usted de General Mitre, señor?

—El 104…

—Muchas gracias…

Julián se apeó. La planta séptima, donde vivía, aparecía iluminada. Entró en el vestíbulo y en el acto Anselmo, el conserje, salió del mostrador tras el cual estaba sentado y se dirigió al ascensor.

—Buenas noches, don Julián…

—Buenas noches, Anselmo…

Del fondo de la vivienda de Anselmo llegaba la voz de un locutor. Julián sabía que el hombre, casado y con dos hijos pequeños, era muy aficionado a la radio. Mientras el ascensor bajaba, le preguntó:

—Malas noticias, ¿verdad?

Anselmo, que en tiempos fue pastor en su tierra, la provincia de Huesca, se encogió de hombros.

—¡Bueno! —exclamó—. Algún día tenía que terminar eso, ¿verdad? ¡Oh! Ya está aquí el ascensor…

Julián, mientras subía, murmuró: «Ése está contento…»; y se acarició la mejilla derecha.

Arriba encontró a Margot esperando. Los niños se habían acostado ya, pero estaba allí Beatriz. Julián reprimió un gesto de contrariedad. Hubiera deseado estar absolutamente solo… Pero Beatriz le explicó que había tenido una reunión urgente en la Cruz Roja y que a la salida sintió la necesidad de hacerles una visita. ¡Era tan horrible todo aquello! «¿Te importa que me quede a cenar?». «No, no, desde luego…».

Julián fue a su cuarto y se quitó la camisa azul. ¿Por qué lo hizo? Se miró al espejo y se preguntó si no sería un cobarde.

El diálogo no fue fácil en la mesa, pese a que Margot, cuyo estado de ánimo era de completo aturdimiento, hizo de tripas corazón y procuró airear las cosas. Era imposible. Beatriz estaba exaltada y no hacía más que dramatizar. ¡La bomba atómica! ¿Era posible? El periódico que Julián trajo decía «que entre las víctimas de las explosiones se contaban millares y millares de niños…». Por otra parte, en la Cruz Roja se rumoreaba que se disponían a entrar por la frontera francesa patrullas del «maquis»… «Los exiliados, claro, y algunos jovenzuelos de por aquí, que están deseando volver a las andadas…». Julián, que ya conocía esos rumores, porque en Ex Combatientes se habló de ello, al oír la palabra «jovenzuelos» pensó en Julio, el sobrino de Charito, y en algunos peones albañiles que había conocido… ¡Seguro que se habrían lanzado al monte!

Margot, que también había leído en el periódico lo de «los millares y millares de niños muertos a consecuencia de las explosiones», terminó por contagiarse del dramatismo de Beatriz.

—Julián, ¿cuál es tu opinión, di? En todas partes se habla de lo mismo… Por las calles se ven caras que… ¡Por favor, cuéntanos lo que ha pasado en esa reunión!

El arquitecto optó por no endulzar las cosas.

—¿Qué quieres que haya pasado? Mucho pesimismo…

Margot se inquietó más aún.

—Pero… ¿habéis tomado algún acuerdo?

Julián tuvo un ademán casi irónico.

—¿Acuerdo…? —marcó una pausa—. Sí, desde luego… Hemos acordado cantar

«Cara al sol»…

Margot se mordió los labios, al igual que Beatriz. Claro, claro, ¿qué iban a acordar? En realidad, la pregunta había sido estúpida.

Entró Rosario, la sirvienta, dispuesta a llevarse los platos del postre.

—¿Los señores tomarán café?

—No, gracias, Rosario…

Rosario desapareció. Y entonces se hizo un silencio, un silencio largo… Y se apoderó de la estancia como una inmensa soledad. Los tres cerebros hervían, pero cada cual por cuenta propia, unidos solamente, de tarde en tarde, por el recuerdo de Laureano y de Susana.

Beatriz, con su pelo blanco y uno de sus elegantes jerseys, había adoptado en la silla una postura rígida. Hubiérase dicho que llevaba escayolada la espalda. Su pensamiento se disparó. Su miedo, que empezó siendo físico, pasó a ser mental. La asustaban las secuelas de orfandad espiritual que todo aquello traería consigo, y la confirmación de algo que ella fue barruntando poco a poco en su tienda de antigüedades, abarrotada de muebles y objetos que tenían siglos de existencia: los tiempos habían cambiado radicalmente. En épocas pasadas los pueblos, y en consecuencia las personas, vivían en compartimientos estancos, sin depender tan directamente unos de otros. A la sazón era distinto. Un suceso ocurrido en el más alejado rincón del planeta —¡en el Japón, por ejemplo!— podía convertirse en una amenaza inmediata para un hogar feliz situado en Barcelona, en General Mitre… Así las cosas, ¿cuál era su deber? Bajo aquel techo latía todo cuanto ella más amaba en la tierra. Por supuesto, tenía que ser fuerte, como le había enseñado don Jorge Abadal. Tragarse los temblores, como se había tragado su viudez, su desamparo, la búsqueda del cadáver de su marido en las fosas del castillo de Montjuich. ¡Y no entremeterse para nada en las posibles fricciones de su hija y Julián! Por ejemplo, se abstendría de decirle a su yerno —¡por Dios, que no tuviera un momento de flaqueza!— que los grandes responsables de todo aquello eran los alemanes, los ensoberbecidos alemanes, que lo desafiaron todo por su borrachera de poder y porque una vez más sucumbieron a la tentación de apoderarse de París… ¡Y una última cosa!: le ocultaría también a Julián, cuyo aspecto aquella noche era el de un viejo, que a ella no le hacía ni pizca de gracia que se pusiera la camisa azul y se reuniera con sus «camaradas» excombatientes… ¡Estaba tan harta de fanatismos, fuere cual fuere su signo!

En el vientre del silencio de Margot los pensamientos tomaban otro sesgo. Su miedo era más complicado. Mental, desde luego, pero físico también. Sufría tanto que, al revés de su madre, se había encogido en la silla; y sus ojos parecían importantes. Sentía calor y continuamente movía la cabeza como abanicándose con ella. La había invadido un vago sentimiento de culpabilidad, pensando en que sus hijos estaban por el momento a buen recaudo, a escasos metros del comedor, mientras allá lejos, en ciudades menos sosegadas que Barcelona, pero igualmente a orillas del mar, yacían «desintegrados» —¿era ésa la palabra?— un número incalculable de

Laureanos y Susanas, de tez amarilla y pies diminutos. Margot había relegado a planos muy secundarios los términos que solía utilizar en sus conversaciones con Rosy: «Rogelio», «ambición», «sexo», «guateques», «amor»… Otros ocupaban su lugar, entremezclándose como los ingredientes necesarios para hacer un buen gazpacho: «futuro incierto», «desquiciamiento», «técnica»… ¡Oh, claro, la famosa técnica, que tanto encandilaba a Julián! Efectivamente, había empezado a transformar el mundo: sobre todo, Coventry, Amsterdam, Essen, Hiroshima y Nagasaki… ¿Qué significaba todo aquello? ¿Qué significaba, por ejemplo, «los señores tomarán café»? ¿Y aquel gong moruno, precioso, que tenían en la mesa y del que, sin saber por qué, no podía apartar la mirada? Con sólo golpearlo con un dedo sonaría tan fuerte que Julián y Beatriz se asustarían como si hubiera hecho estallar una bomba… ¿Qué debía hacer? «Estaré a tu lado…». Sí, claro; pero ¿y los demás? ¿Y el «maquis»…? ¿Y por qué de repente sentía la absurda necesidad de levantarse e irse al piano de cola que aguardaba allá al fondo y tocar en él algo triste pero misterioso, algo de Schubert, ¡o de algún compositor ruso!? ¡Cuánto miedo, qué silencio, cuánto calor!

Pensó mil cosas a un tiempo. Que Rosario debía de estar rezando en la cocina, como la madre de Julián en las iglesias de Granada… Que quizá lo más cuerdo fuera encerrarse todos en Can Abadal… ¿No quedaron en que era una isla? Sin embargo, también el Japón era una isla, o una apretada familia de islas, para ser más exactos… De improviso, se acordó nuevamente de algo que borró todo lo demás: de la reacción de Rosy cuando ella le preguntó si no le gustaría conocer el porvenir de su hijo recién nacido, de Pedro… «¡No, no, eso no…! —exclamó Rosy—. ¡Prefiero no saberlo!». Margot prefirió también ignorar, por el momento, el porvenir que les aguardaba a Laureano y Susana…

Julián, que en efecto parecía un viejo, era, de los tres, el que con más intensidad acusaba la presión del silencio. No le hubiera importado que Margot hiciera sonar el gong…, o que Beatriz hablase de su tema preferido: el ahorro, el dinero. ¡Si por lo menos alguien lo llamase por teléfono! Aunque fuera Aurelio Subirachs, que le había pronosticado infinidad de veces que aquello ocurriría. El arquitecto hubiera preferido dejar de pensar y dedicarse exclusivamente a amar: a amar a aquellos seres que lo rodeaban en noche tan aciaga. Pero no podía. De repente lo invadió una extraña frialdad, como si sus reflejos afectivos se le hubieran quedado olvidados en el taxi o los hubiera asumido Anselmo, el conserje, al decirle: «Algún día tenía que acabar eso, ¿verdad?». ¿Qué había acabado? ¿La guerra…? ¡No! Lo que se había acabado era la paz. Por ello él prestó aquel juramento del que Margot —¿por qué movía tanto la cabeza?— no sabía una palabra. ¡Defender de nuevo el suelo patrio! Qué raro se le hacía imaginar esa posibilidad… Llegó un momento en que no supo si era un arquitecto, un padre de familia o un soldado. Si trabajaba con un orondo constructor que se llamaba Rogelio y llevaba un alfiler de oro en la corbata, o si vestía de nuevo el uniforme de Zapadores… ¡a las órdenes de un alemán llamado Krüger! Un alemán… ¿Qué había podido fallar? ¿Por qué no estaba allí su hermano Manolo y no

le resolvía la incógnita? No, no, estaba solo… Solo con su mujer, Margot, y con la elegante Beatriz, que parecía como pegada al respaldo de la silla. Debió decirle a Rosario que sí quería café… Algo tibio en el estómago le hubiera sentado bien en medio de tanta frialdad. ¡Por favor, que alguien pronunciara una palabra! ¿Por qué no chillaba algún inquilino de la casa? Julián, esbozando una sonrisa amarga, se preguntó si los habitantes del inmueble no serían todos japoneses, si no habrían muerto todos bajo los efectos —efectos a distancia— de la radiactividad…

Beatriz pareció interpretar los deseos de Julián…

—Julián, es tarde y no me gustaría ir sola a casa… ¿Me acompañas?

Julián abrió de par en par los ojos, y al instante —¡qué magnífico yerno!— se levantó, como movido por un resorte.

—¡Claro que te acompaño! No faltaba más…

Pocas personas dudaban de que se acercaba para España una etapa áspera y violenta, quizá más catastrófica que todas las anteriores, pues ciertamente era difícil concebir que los «vencedores» respetasen a un gobierno que durante largo tiempo sintonizó tan manifiestamente con los «vencidos». La opinión de que «habría que pagar la factura» era prácticamente unánime. «¡Amades, a ver si dejas de estornudar de una vez!», recriminaba Charito, nerviosa porque no sabía nada de Julio. A doña Aurora, de la Pensión Paraíso, le llegaron vagas noticias de que el joven Román, que se había alistado en la División Azul con el propósito de pasarse a las tropas rusas, había conseguido su propósito, junto con otros dos compañeros.

Entre la diversidad de posturas que la gente adoptó ante la supuesta inminencia de los acontecimientos que iban a modificar de raíz la situación de España, tres de ellas merecían especial atención, por su peculiaridad o cuando menos por la manera de ser formuladas, la del cura párroco mosén Castelló, la de Aurelio Subirachs, y, ¡cómo no!, la de Rogelio. Cada una de dichas posturas era distinta y ofrecía a observadores como el doctor Beltrán hondos motivos de reflexión.

A mosén Castelló le dio por sentir renacer en su interior el tipo de patriotismo —similar, en cierto modo, al de los excombatientes—, que lo ganó al término de la guerra civil, durante la cual pasó toda suerte de calamidades, incluida la checa, incluido el paredón. En efecto, el sacerdote fue «fusilado» y dado por muerto; por fortuna, los milicianos no se percataron de que seguía con vida, lo que le valió poder escapar y luego curarse. Se escondió hasta la llegada de las tropas «nacionales», de las tropas de Julián, momento en que se creyó en el deber de colaborar en las tareas de la justicia, es decir, en las tareas de depuración. ¿Cómo hacerlo? Se enteró de que otros sacerdotes, disfrazados de milicianos, se dedicaban, en los campos de concentración, a escuchar lo que se hablaba alrededor y a denunciar a los «prisioneros de verdad», y ni corto ni perezoso se pasó tres meses lo menos ejerciendo, con extraordinaria eficacia, tan insólita labor.

Lo realmente increíble es que no sintiera un ápice de remordimiento por lo que había hecho, sino todo lo contrario. Mosén Castelló creía en la existencia del Mal, en la necesidad del Castigo, en la vigencia perpetua de Yahvé, y estaba convencido de que las almas creyentes debían defender con todas las armas a su alcance los reductos de su fe. De ahí que no fuera casualidad que anduviera repartiendo estampitas con dibujos del infierno. Tenía la certeza de que los «vencedores», las democracias «aliadas», inundarían el mundo de corrupción, de costumbres tales como el divorcio, la pornografía, el desorden, la supresión jerárquica, el «sálvese quien pueda». A un lado el comunismo, al otro el protestantismo y los mandiles, ¿qué cabía esperar? Mosén Castelló, en la parroquia, se dedicó a invitar a todo el mundo, no a tomar un fusil, ya que los fusiles no servían contra las bombas atómicas, pero sí a la penitencia, al bloqueo de cualquier deseo de goce o de risa, al llanto ininterrumpido. Si los cristianos patrios obraban de ese modo ¡la salvación era posible! Porque escrito estaba que las fuerzas de Satán nada podrían contra la oración y la castidad; y él, a través de sus incontables viajes a Lourdes acompañando a agonizantes y de las profecías de la madre Ráfols, había comprobado la veracidad de tales asertos. Aparte de que, como sabía muy bien Beatriz, en su vida personal, cotidiana, el cura párroco era un virtuoso, una alma pura, que lo daba todo, que se daba a los demás.

Aurelio Subirachs lo veía de otro modo. «El inconveniente que tiene que a uno le funcione la masa gris es que hay momentos en que todas las opciones son malas». Desde un punto de vista colectivo, era pesimista como el que más; en cambio, algo interno le decía que, en el plano personal, él, su mujer y sus cuatro hijos se salvarían de la quema. Naturalmente, tampoco podía olvidar que se pasó toda la guerra civil oculto tras un tabique disimulado, de modo que las palabras «maquis», Pasionaria, Negrín, etcétera, no le cosquilleaban alegremente, ni siquiera en el plano fonético; pero detestaba el nacismo, el fascismo, y tal vez más aún el orgullo patriótico japonés, por lo que se alegró de la victoria de sus grandes admirados, los anglosajones. Ahora bien, ¿qué ocurriría?

—Los insultos que el gobierno español ha infligido a los aliados, al margen de que Franco no le permitiera a Hitler cruzar la frontera, han sido de tal calibre, que es inimaginable que las represalias no sean de índole draconiana, y digo esto para no citar, como siempre, al popular Dante. Sin embargo, ¿qué tipo de represalia? ¿Ultimátum? ¿Invasión, empezando por las islas Canarias? ¿Simbólico paso de tres mil aviones sobre nuestras históricas villas, sobre tantos posibles Guernicas? Quién sabe… Tal vez, simplemente, marginación. Como si no existiéramos. Como si la celtibérica tribu que entre todos formamos fuera una tribu del África ignota y remota. ¿Cómo oponerse a semejante procedimiento? A base de renunciar a la bienamada arquitectura y dedicar todas las Constructoras a abrir agujeros en las rocas… Es decir, volver a la vida de las cavernas, como ciertos compatriotas de nuestro querido amigo Julián. ¿Posibilidades de supervivencia? Pocas en los Altos Hornos y demás áreas industriales; algo más en la huerta murciana… Resumiendo: la agricultura, la caza y

la pesca, que es lo que, a decir verdad, nos merecemos, por haber adivinado desde el primer momento hacia qué lado se inclinaría la balanza…

La postura de Rogelio era, por descontado, la más singular, por cuanto era la única optimista dentro del pesimismo general. Para empezar, el constructor llamó a Alejo Espriu, su asesor jurídico, pidiéndole que le tramitase los papeles para un posible viaje a Portugal, que por el momento era la única nación europea accesible a los españoles. Alejo Espriu lo miró sonriendo y acariciándose la cadenita de oro, como indicándole si no estaría preparándose la huida… Y entonces Rogelio, reduciendo de una chupada el cigarro habano a la mitad, negó enérgicamente con la cabeza. No, señor, y con él no valían ironías de ese calibre. Se había producido un espejismo colectivo, nada más, como en las aldeas gallegas cuando se aparecía una bruja. Él conservaba la sesera en su puesto y sabía que si bien era cierto que había llegado el invierno, el hecho no implicaba que fuera obligatorio morirse de frío, como podían atestiguarlo las señoritas en bañador que tenía en los calendarios de la pared. «¡Tontos de capirote, Alejo! ¿Te das cuenta? ¡El canguelo os ha helado la sangre!». Rogelio afirmó a continuación que él no estaba en absoluto de acuerdo con las conclusiones que todo el mundo sacaba de los acontecimientos. Ni siquiera lo estaba ante la coacción que suponía haber recibido de París, con rapidez vertiginosa y sorprendente, una curiosa carta de su gran amigo el exiliado Juan Ferrer, en la que el hombre, después de describirle «el entusiasmo de la capital francesa con motivo de su liberación», le daba a entender que tal vez volvieran a verse pronto… ¡en Barcelona! «¿Te das cuenta, Alejo? ¡En Barcelona!». Claro que Juan Ferrer pretendía indicar con ello que Rogelio personalmente no debía temer nada, ya que él llegaría dispuesto a salvarle la vida otra vez; pero el hecho demostraba que su amigo vivía en las nubes, como todos los demás.

En definitiva, la argumentación de Rogelio podía resumirse en pocas palabras, y pronto llegó a oídos de todas sus amistades.

—No veis más allá de vuestras narices… —les dijo—. Los alemanes han perdido la guerra; de acuerdo. Han estallado dos bombas atómicas en el Japón; de acuerdo. Tampoco estaba previsto, pero así ha sido. ¿Resultado? Que Stalin y sus lacayos han llegado hasta Berlín… ¡Pues bien, señores, eso, eso que os está torturando, es precisamente lo que nos salvará! ¿En serio podéis imaginar por un momento que los jefes de las democracias levantarán un dedo para que en España se implante de nuevo el Frente Popular? ¡Si tales jefes son tan aficionados a la propiedad privada como un servidor! Franco les da cien patadas; también de acuerdo. Pero no les quedará más remedio que tragárselo, con las botas puestas, para defender esta cabeza de puente que es nuestra «piel de toro». ¡Señores, un poco de seriedad, por favor! La política es como los negocios: yo te engaño a ti, tú me engañas a mí; a veces hay que ceder diez para poder salvar ciento…

Tal vez el doctor Beltrán, tan acostumbrado a auscultar el pecho de las personas, captara la posible sutileza de la argumentación de Rogelio. El resto, ni pum. Rosy

continuó muerta de miedo e incluso sugirió la posible conveniencia de depositar algún dinero en bancos extranjeros. A Julián todo aquello le pareció cogido por los pelos y daba por sentado que Stalin y los demócratas eran, en todo, carne y uña. Y el propio Aurelio Subirachs, quién sabe si impresionado por la carta de su hijo seminarista, continuaba convencido de que los anglosajones se tomarían, de una u otra manera, la justicia por su mano, «aunque quizás impidieran que Stalin se acercase más de la cuenta».

El panorama, por lo tanto, excepto para Rogelio y unos pocos más, era inquietante. Y si algún testimonio faltaba, ahí estaba Anselmo, el conserje de General Mitre, dispuesto a aportarlo: Anselmo, que escuchaba todas las noches la emisora «Radio Pirenaica», posiblemente instalada en Toulouse, daba por cierto «que la liberación de todos los oprimidos de España estaba próxima» y que el «maquis» avanzaba, avanzaba poco a poco, por la cordillera catalano-francesa, «en ruta hacia los centros neurálgicos de la nación».

CAPÍTULO XII

EL INVIERNO LLEGÓ AL TROTE. Todo el mundo lo oyó. El doctor Beltrán aseguraba que el invierno lo oían especialmente los ancianos, ciertos árboles y los niños. Su hermana, Carmen, añadía: «¡Y algunos animales, que siempre te olvidas!». Carmen no podía apartar de su mente las teorías de su marido, que fue veterinario del Parque Zoológico. Amaba mucho a los animales… y por ello detestaba el invierno. Llegaba incluso a afirmar que en invierno los relojes andaban más despacio. «No seas supersticiosa, mujer —le recriminaba su hermano—. Los relojes saben que el tiempo no existe y se ríen de los peces de colores…».

Pero esa vez Carmen estaba en lo cierto. El tiempo se había disfrazado de invierno, como mosén Castelló de miliciano, y por consiguiente existía. Y todo el mundo lo oyó. La gente se apretujaba en el Metro buscando el calor animal. El Tibidabo era una montaña fría, escueta, dogmática, como el último parte de una guerra o como las facturas del doctor Martorell. En las azoteas se quedaron olvidadas algunas muñecas. Los parques semejaban cementerios.

Y no obstante, empezó a alzarse de puntillas como un remusguillo de esperanza. Porque la verdad era que pasaban los días y que la determinación oficial, shakespeariana, de los «aliados», no llegaba. No llegaba «el ultimátum». Ocurría, eso sí, lo que Aurelio Subirachs admitió en última instancia: la marginación. España estaba siendo aislada más que nunca, buques ingleses bloqueaban sus costas, nadie podía asomar la nariz al otro lado de la frontera. La autarquía, el cinturón; ahora bien, la Pasionaria y Negrín no aparecían por ninguna parte y el peligro del «maquis» parecía evaporarse. Ciertamente, pese a las noticias de «Radio Pirenaica», por Barcelona circulaban rumores de que las tropas enviadas al Pirineo les habían pegado a las «patrullas invasoras» una paliza fenomenal, y entre los peones albañiles se oían comentarios de ese tenor: «¡Esos canallas nos van a dejar en la estacada!».

Mosén Castelló, con su tonsura siempre impecable, no salía de su asombro, aunque no cesaba de pedir más plegarias y más castidad, a cuya acción salvadora atribuía la posibilidad de que se produjese realmente el milagro. Y cada día eran más las personas que, atónitas, se preguntaban si la «extravagante baladronada» de Rogelio, como el padre de Rosy, el doctor Vidal, calificó a los pronósticos del constructor, no iba a resultar certera. La mismísima Rosy se atrevió a decirle a Margot, utilizando el teléfono: «Pues bien… Si ocurriese que Rogelio hubiera acertado, te convencerías de que el muy guarro entiende algo de la vida, ¿no?». Margot, que para cruzar aquella etapa se había refugiado, como siempre en esos casos, en el piano —estimulada a la sazón porque advertía que ello encantaba a Laureano y a Susana—, contestó, con voz de honesta perplejidad: «Desde luego…, todo esto es inconcebible, pero…».

¡Gran triunfo de Rogelio! Unos cuantos meses más y los hechos, diáfanos como

la mirada de Carol o como los focos que iluminaban la fachada de «Torre Ventura», le dieron el espaldarazo definitivo: nadie obligaría «por la fuerza» al Régimen español a marcharse, y pensar que éste dimitiría por su cuenta era absurdo. Absurdos habían sido, pues, los temores —los fantasmas…—; innecesarios los rezos de Rosario y de la madre de Julián; inútiles los escrúpulos del arquitecto al juramentarse para defender el suelo patrio. ¡Julián estuvo en un tris de pasarse al otro lado y de atribuir el éxito a la pericia de los gobernantes y a la insobornable unidad alcanzada por el pueblo español! «Alguien gobierna el timón de la nave, ¿comprendéis, queridos colegas? —les dijo a Aurelio Subirachs y Claudio Roig—. ¡Se ha ganado esta batalla exactamente como se ganó la del Ebro! A base de resistir la primera embestida, y luego echar el resto y machacar, machacar…».

Machacar… ¿Machacar qué? Aurelio Subirachs lo miró asombrado, con sus cejas más prominentes que nunca. Y Alejo Espriu, que estaba presente, y que acababa de estrenar un elegante bastón con nueva empuñadura plateada, replicó:

—Todo eso son mandangas, Julián… Aquí no ha habido más que un gallito, Rogelio, que fue el que adivinó que a los aliados el comunismo les daba cien patadas. Y en cuanto a echar el resto y machacar, el machacado, hasta nuevo aviso, va a ser el que ha pronosticado Aurelio: el pueblo español. ¡Menudos añitos nos esperan! Van a dejarnos en cueros…

Los hijos… Los hijos era lo que mayormente preocupaba a las familias. En la dramática y monótona etapa que comenzó, la obsesión de los padres era prácticamente la misma en todas partes: evitar que los hijos pasaran las calamidades que ellos habían tenido que pasar. La propia Charito, ante el hecho consumado —Julio, vapuleado en el «maquis», había huido a Francia—, contemplaba a su hijo, Sergio, que iba creciendo con una seriedad en desacuerdo con la edad que tenía, y le decía a Jaime Amades: «¡Amades, tendrás que espabilarte! No quiero que Sergio tenga que dormir en los portales de las Rondas, como me tocó hacerlo a mí…».

Sí, se había salvado el honor y abundaron incluso manifestaciones masivas contra «las injerencias extranjeras», manifestaciones que parecían corroborar la tesis de Julián sobre la «unidad» alcanzada por el pueblo español; pero la verdad era que los españoles sufrían. Decir que los «aliados» los dejaron en cueros era decir poco. Los españoles habían quedado segregados por completo de la comunidad internacional, y en la existencia cotidiana las dificultades eran indescriptibles. Sobrevivir, llegar a fin de mes representaba de por sí un esfuerzo titánico. Los funcionarios, al término de la jornada habitual, buscaban ganarse un sueldo suplementario llevando la contabilidad de otra empresa cualquiera. Los taxistas salían a la calle temprano y permanecían al volante hasta la noche, hasta que su cerebro y sus manos decían: «basta». Los obreros, al dirigirse a las fábricas, no sabían si se encontrarían con un letrero lapidario: «Cerrado por aislamiento». En las paradas de autobuses las colas eran

interminables, y nunca faltaba algún viajero socarrón: «Podríamos rezar el rosario…». Los barrios infrahumanos —¡los de las cuevas!— engordaban como patos destinados a convertirse en *foie gras*, y Beatriz había mandado colocar en la Cruz Roja una sábana grandiosa pidiendo dadores de sangre.

Tal estado de cosas provocó también una notable diversidad de pareceres. Los hermanos de Gloria, por ejemplo, que ya habían salido de la cárcel y que desde que murió don José María Boix rondaban con extrema pegajosidad a la «viuda», se resistían a creer que un sistema político de corte fascista pudiera prolongarse demasiado, de modo que estimaban que el acné reventaría por sí solo y que aquello tendría un final cataclismático. «La gente se hartará, y el día menos pensado volveremos a ver casas incendidadas y tranvías derribados». Anselmo, el conserje de General Mitre, le decía a Felisa, su mujer: «A veces me pregunto por qué nos marchamos del pueblo. Total, allí teníamos nuestras ovejas, coño… Y aquí, con esos militares que nos gobiernan, las ovejas somos nosotros…». Merche, la esposa del banquero Ricardo Marín, que había dado a luz una niña —se pasó los nueve meses repitiendo: «¡eso de estar encinta es un latazo!»—, entendía que las autoridades debían vigilar mucho más de lo que lo estaban haciendo: «Ricardo me llevó una noche al “Molino” y alrededores. ¡Qué gentuza, qué facha! ¿Por qué no les dan un poco más de comer?».

Sin embargo, en esa ocasión el profeta fue el genuino y directo doctor Beltrán, el cual se las ingenió para que esta vez su tesis la oyera alguien más que Carmen, su hermana. El doctor Beltrán no creía que fuese a ocurrir nada… Es decir, era el Rogelio de turno. Según él, su profesión de internista, unida a sus aficiones antropológicas e históricas, lo habían llevado a ciertas conclusiones, especialmente referidas al pueblo español. Y las exponía sin tapujos, dondequiera que se encontrase, siempre y cuando el auditorio fuera capaz de comprender sus rectas intenciones, pues si algo detestaba el hombre era la demagogia.

—No pasará nada. No pasará absolutamente nada… El pueblo español quemó sus arrestos con la guerra civil y ahora es un padrazo que se las da de arrogante, pero que está cansado, y que a lo único que aspira es a cuidar de sus cachorros. Por lo demás, como les ocurre a los pueblos primarios, está acostumbrado a sufrir. De modo que su capacidad de aguante va a ser ilimitada y soportará cualquier chaparrón. De otra parte, es un pueblo infantil, como todos los que juegan a la lotería. ¿Pluriempleo, taxistas trabajando de la mañana a la noche, salarios tan bajos que para recogerlos es preciso inclinar hasta el suelo la espina dorsal? No pasará nada. En esos mismos barrios miserables que proliferan como setas, basta con que nazca un mocito de cintura delgada que quiera ser torero para que todo el mundo se olvide de su propio esqueleto. ¡Y la sumisión a la jerarquía! ¡El sentido reverencial! Un hombre uniformado es un dios. Yo mismo, cuando me pongo la bata blanca, paso a ser un mago. Las mujeres me besan la mano y los hombres susurran: «Doctor… ¿cómo podré pagarle esto?». Ésta es la vacuna antirrábica, que conduce automáticamente al

prestigio que tiene aquí nuestro tipo de religión… ¡Ay, los que confían en una reacción a través del amor propio herido! Nada cabe hacer. La liturgia y la iconografía católicas españolas siguen mandando en las masas. Yo diría que la clave de la cuestión está en esto: mientras se celebren procesiones por las calles y se exhiban imágenes de la Virgen con siete espadas clavadas en el cuerpo, no ocurrirá nada en el país… Y como ustedes pueden ver, los sacerdotes, que son algo así como los internistas de las almas, están repartiendo a destajo Vírgenes y espadas por todo el territorio… ¡Claro! Con eso, las «misiones» en los pueblos y la resignación (aquí somos polvo, en el más allá seremos ángeles), tenemos tela para rato…

El doctor Beltrán acertó. Los hechos le dieron la razón, como antes se la habían dado a Rogelio. Pronto hubo indicios de que nadie incendiaría nada ni derribaría ningún tranvía. Calma completa. Su hermana, Carmen, escuchando los seriales radiofónicos; doña Aurora, en la Pensión Paraíso, viendo cómo sus huéspedes jugaban al dominó después de cenar; el conde de Vilalta satisfecho porque la tirada de sus «revistas femeninas» aumentaba progresivamente… El país entero daba muestras de estar dispuesto a cruzar todos los inviernos; el país prescindiría del ritmo de los relojes; el país aguantaría el chaparrón.

Y ciñéndose a Barcelona, la versión podía ser incluso más optimista. Tal vez pudiera atribuirse a la existencia de aquella «sólida clase media» de que Margot le habló tan a menudo a Julián. La ciudad empezó lentamente a despertar de la anestesia. Sacó fuerzas de flaqueza, como los pescadores de Arenys cuando el mar se ponía bravo y ellos habían de retornar al puerto con las barcas hasta los topes. Una especie de consigna se adueñó de los ciudadanos: trabajar. Trabajar como fuere, en lo que fuere, con tal de seguir adelante, con tal que los «cachorros» estuviesen bien atendidos. Barcelona se convirtió en una colmena. En el interior de los hogares se ejecutaban labores de toda índole, desde el diseño y elaboración de graciosas muñecas —¡los Reyes Magos pasarían de todos modos!— hasta el cultivo de champiñones. Detrás de cada mostrador, de cada barra de bar, de cada máquina de escribir, había una muchacha de aspecto obstinado que quería colaborar al esfuerzo de la familia. «Se cogen puntos de media». «Se enseña taquigrafía». Una orquesta con millares de instrumentos. Algunos de ellos goteaban de vez en cuando un poco de sangre, que por desgracia la Cruz Roja no podía aprovechar; no importaba. El porvenir de los hijos —y los mundos inéditos que revelaban las películas americanas— activaban suficientemente la imaginación.

—¿Te das cuenta, Margot? Esto no son mandangas… Sólo España es capaz de una cosa así.

La preocupación por los hijos era mucho más intensa en el inmueble de General Mitre que en la avenida Pearson. Rogelio y Rosy querían mucho a Pedro y a Carol, pero su cariño era poco constante. Tan pronto se los comían a besos como se pasaban

días enteros sin verlos apenas. El ama, que era santanderina y se llamaba Francisca, no acababa de comprender esa actitud. «¡Si son dos angelitos!». Serafín, el encargado del jardín y del garaje, le decía: «¿Y a ti qué te importa? ¿No te pagan a fin de mes? ¡Pues punto en boca!». *Kris*, el perro lobo, sentado bajo el pórtico, escuchaba esos diálogos con perfecta indiferencia.

Rogelio, había que reconocerlo, andaba más ocupado aún que de costumbre. La crisis afectaba también al ramo de la construcción y el hombre tenía que multiplicarse para que «Construcciones Ventura, S. A.» no sufriese un frenazo. El coronel Rivero estaba un tanto desmoralizado, pero Rogelio no. «¡Déjelo de mi cuenta, coronel…! Es cuestión de hacer funcionar la masa gris. ¡Lástima no poder meter baza en el asunto del Valle de los Caídos! Eso sí que es una bicoca…».

Las ocupaciones y los viajes lo tenían apartado a menudo de Pedro y de Carol. Menos mal que llevaba en la cartera media docena de fotografías suyas, que de pronto sacudían su emotividad. «¿Eh, qué opinas, Marilín? ¿Son o no son, salvando las distancias, la viva estampa de su padre?». No lejos de la Constructora había una tienda de juguetes. En el momento más impensado Rogelio se acordaba de ello y entraba allí como un vendaval. «¡Por favor, empiecen a empaquetar todo esto! —y con el índice señalaba lo que había en alguno de los escaparates…—. Mañana volveré a por el resto…».

También lo emocionaba imaginarlos ya crecidos. No se lo confesaba a nadie, pero en el fondo deseaba que Pedro lo ayudase en la Constructora…, aunque con el título de arquitecto en el bolsillo. Es decir, que fuera él mismo, pero habiendo pasado por la Universidad; de ese modo el muchacho no tendría necesidad de ir cazando al vuelo, como era su caso, frases como «los edificios trazan los límites del espacio», o «¡esto es el *non plus ultra*»! Rogelio estaba convencido de que los arquitectos sabían latín… En cuanto a Carol, le planteaba un dilema. ¿Qué hacer con ella cuando tuviera diecisiete años? ¡Casarla, desde luego! Sí, pero… ¿con quién? Lástima que Ricardo Marín y Merche hubieran tenido una hija —a la que llamaban Cuchy— en vez de un hijo. «Porque con Sergio, el hijo del sudoroso Amades, ni hablar, ¿verdad, Rosy?». Rosy sonreía. «¿Y por qué no con Laureano? Está majísimo… Ideal, ¿no te parece?».

Los olvidos o ausencias de Rosy con respecto a sus hijos tenían otro carácter. Un carácter puramente ambiental. Superado el trauma que le ocasionó la visión del «hongo mortífero», y sin notar siquiera las salpicaduras de la penuria imperante, la mujer creía honestamente que se comportaba como Dios manda. Francisca, el ama, era un tesoro, no se alejaba un momento de Pedro ni de Carol. ¿Qué más podía desear? Merche, con la que inesperadamente había empezado a hacer buenas migas, en el Club de *bridge*, compartía su opinión. «¿Sabes lo que te digo, Rosy? Esas madres que no dejan a sus hijos ni a sol ni a sombra, me recuerdan a los animalitos… A los críos se los puede educar sin esclavizarse. ¿O no?». Merche tenía la costumbre de disparar esa pregunta: «¿O no?»; y lo hacía con tal energía que era muy difícil llevarle la contraria.

Rosy, en los últimos tiempos, había experimentado un cambio que bien podía calificarse de notable. El sentimiento ambivalente que experimentaba por Rogelio continuaba siendo el mismo que le había confesado a Margot, pero lo cierto era que daba la impresión de que ya no se conformaba con aquello de: «No me quejo, ¿comprendes? ¡No me quejo de nada! Todo eso lo sabía antes de casarme con él… y acepté. Acepté el precio por la vida que podía ofrecerme… ¡Soy libre y no me falta nada!». Lo cierto es que daba la impresión de que le faltaba algo, y, sobre todo, de que no estaba dispuesta a continuar siendo una *nulidad*, expresión de la que casi había llegado a presumir. Naturalmente, no era que de repente se hubiera propuesto aprender el repujado de cuero o irse al Cottolengo a cuidar enfermos, pero sí que había empezado a enviar con más frecuencia que de costumbre rectilíneas columnas de humo a la cara de su marido, columnas de humo tras las cuales Dios sabe lo que podía esconderse… ¿Súbitos deseos de venganza? ¿La figura de otro hombre, apuesto y que supiera limpiarse con pulcritud los dientes? Como fuere, sintió la necesidad de empezar a fastidiar a Rogelio… ¡Ay, nada más fácil, por suerte o por desgracia! Rosy sabía que lo que peor le sentaba a su hombre era que delante de otras personas demostrase su mayor sensibilidad o su evidente superioridad intelectual. Cuando eso ocurría, Rogelio enrojecía como si fuera a estallar. Pues bien, la mujer inició esta sorda labor, aunque sin exagerar, por supuesto, a fin de no provocar alguna escena verdaderamente lamentable. Pero el caso es que en reuniones, cenas y demás se dedicó a poner sobre el tapete temas en los que la falta de formación de Rogelio, aunque éste fuese una ardilla para eludirlos, quedase al descubierto.

¡Ah, la contraofensiva o reacción de Rogelio fue curiosa! Prescindiendo de que en dos o tres ocasiones miró penetrantemente a su mujer como diciéndole: «¡Oye, tú! ¿Qué te ocurre? ¿Te has vuelto loca?», lo que hizo fue aplaudirla, aplaudirla con ostentación, hecho que a ella la humilló. Y además, una vez en casa, en vez de vomitar su ira, la colmó de atenciones, de atenciones fuera de lo común, como, por ejemplo, invitarla a que lo acompañara a Madrid, en algunos de sus viajes. «¿Por qué no, querida? ¿No te gusta el teatro? ¡Pues en Madrid lo vas a pasar chanchi!».

Rosy se quedó desconcertada… Y dado que sobre ese punto no podía al pronto desahogarse ni con Margot ni con Merche, se desahogó con las dos vidas indefensas que tenía más a mano: Pedro y Carol, a los que inundó intermitentemente de violentos chubascos de amor materno.

En el número 104 de General Mitre, las cosas discurrían de otro modo. Margot no hubiera confiado por nada del mundo sus hijos a una ama de cría, aunque fuera de Santander. Quería estar ella lo más posible a su lado, aun a riesgo de que la confundieran con un animalito… Tenía muy presente lo que le dijeron sobre la importancia de las primeras impresiones que recibían los niños, sobre su precoz capacidad para recibir mensajes.

Era muy difícil saber si Margot exageraba. Tan difícil como afirmar si Julián sería igualmente buen arquitecto si dejase de fumar en pipa. Pero era el caso que Margot, siguiendo las indicaciones del doctor Beltrán, un buen día se trajo a casa un montón de libros de pedagogía infantil. Beatriz se tomó el asunto a chacota. «Hija, yo no consulté ningún libro y creo que saliste bastante aceptable…». La respuesta de Margot fue contundente: «Mamá, en aquella época todo se arreglaba a base de bofetadas… Por otra parte, ya sabes que el mundo que se avecina me da miedo. Así que creo que todas las precauciones son pocas».

Dichos libros de pedagogía, que Margot leía con fervor, anotando en una preciosa agenda las observaciones que le parecían de interés, dieron lugar a sorprendentes diálogos entre ella y Julián, a veces alegres, a veces irónicos e incluso tirantes. El arquitecto, que continuaba regresando muy tarde del taller de Balmes —también tenía que multiplicarse para cubrir el presupuesto familiar—, comprendía, desde luego, que la responsabilidad de la educación correspondía en gran parte a Margot, sobre todo en aquellos primeros años; sin embargo, le ocurría un poco lo que a Beatriz: tenía escasa confianza en las «ideas generales». Sospechaba que el mundo de la infancia era infinitamente más dinámico que las normas que pudiera haber dictado cualquier profesor.

Si el niño no quiere comer, no hay que obligarle con amenazas. El niño se da cuenta de que rechazando el alimento puede procurarse una arma con que castigar a sus padres.

—Tal vez sea cierto —admitía Julián, oyendo leer a Margot.

Raramente son buenas madres las que recibieron una educación demasiado severa. O bien le imponen al niño excesiva disciplina, o bien lo miman demasiado para que no sufra lo que ella sufrió.

—¿Crees que puedes caer en esa trampa, querida? Te educaron con tanta rectitud…

Los niños nos miran con terrible intensidad. Pero los adultos no sabemos qué se oculta tras esas miradas y a menudo nos da miedo descubrirlo.

—Confieso que no he visto esa terrible intensidad por ningún lado… Pero si la viera no me daría ningún miedo saber lo que se oculta tras ella.

Hay que dejar al niño orinarse en los pañales, pues la sensación cálida de la orina le induce a creer que vuelve al seno materno y se siente protegido.

Julián se acarició la mejilla derecha.

—¡Curioso! ¿Ves? Esa observación me parece curiosa… De veras te lo digo…

—¡Pues escucha esa otra! Pero siéntate, por favor, que vas a necesitarlo:

Cuando el padre empieza a intervenir en la educación del hijo hay que andarse con cuidado, pues el padre es en los comienzos un intruso entre el niño y la madre.

El arquitecto estuvo a punto de pegar un salto.

—Pero… ¿qué dice ese idiota? ¿El padre un intruso? ¿Yo un intruso?… Margot, ¿no podrías leerme eso el día de los Inocentes?

Margot se rió. La situación le encantaba.

—¿Estás ya tranquilo? Pues presta atención —y allanando la doble página de la agenda deletreó con firmeza su último hallazgo psicológico:

El niño necesita un héroe al que admirar. Éste tiene que ser el padre. Si el niño comprueba que el padre es débil, corre el riesgo de sentirse más tarde inclinado al homosexualismo.

Julián no supo si enfurecerse o soltar una carcajada. De repente, aquella «idea general» lo turbó. Lo pilló desprevenido, sobre todo la alusión al homosexualismo. ¡Laureano…! Su piel era tan fina como la de Susana. Pero ¿qué diablos le ocurría? ¿Sería él un ser débil? ¿Y las hijas? ¿No debían admirar también a la madre?

Margot se dio cuenta de que algo no marchaba y procuró paliar la situación.

—Anda, no seas bobo… No pongas esa cara. ¿No eres un héroe para Laureano? ¿No te has dado cuenta de que cuando entras levanta los brazos como si viera a un emperador? ¿Y que a Susana le ocurre lo mismo?

Julián miró a su mujer, que había hablado, como siempre, con la mejor voluntad. Margot llevaba un vestido floreado, vistoso, que le sentaba muy bien. Pero el arquitecto se había levantado y parecía absurdamente nervioso.

—Yo no pretendo ser un héroe… ¿Por qué había de serlo? —Encogióse de hombros—. Por otra parte, esos encantadores textos están más claros que el agua: mi obligación es no meter baza, para no ser un intruso; y he de andar con sumo cuidado, so pena de crearles a mis hijos complejos inconfesables…

Margot, acostumbrada a esos extraños arranques de amor propio de su marido, mantuvo la calma.

—Pero ¡Julián! ¿Vas a tomarte todo esto al pie de la letra? Son… puntos de referencia. Pensé que te haría gracia. —Dejó caer la agenda al fondo del revistero que tenía al lado—. La verdad: nunca pensé que eso pudiera molestarte.

El arquitecto hizo un esfuerzo por serenarse.

—No se trata de molestar… Pero me pregunto si todos esos libros no serán paparruchadas. ¿No estarás exagerando la nota?

Margot tuvo una expresión de extrañeza.

—¿Exagerar la nota? Simplemente, no creo que ser madre sea nada fácil; y busco algún consejo que pueda serme útil…

El arquitecto encendió la pipa, lo que no se sabía si podía ser buena señal.

—¡Ah, la vida tiene su intríngulis! —comentó, con voz un tanto teatral—. Si mal no recuerdo, eras tú quien temía que los hijos fueran de aluminio o de acero; y ahora pretendes educarlos como se plancha una camisa o con la perfección con que se construye la pieza de una máquina…

Margot sonrió.

—¡Oye! Yo continúo deseando que nuestros hijos sean de carne…

Julián hizo una mueca.

—Pues yo sigo diciéndote que se han invertido los papeles…

Margot suspiró.

—Tal vez tengas razón —admitió—. De todos modos, con un consejo certero que encuentre en esos libros todo queda justificado, ¿no te parece? ¿Por qué no firmamos ese pacto?

Julián movió la cabeza repetidas veces.

—Nunca creí que para educar a esa parejita tuviéramos que firmar nada, que necesitáramos un notario.

—El notario va a ser el tiempo, ¿no crees?

—Sí, también fuiste tú quien habló del futuro…, que te parecía que iba a llegar pasado mañana.

Margot, recordando, se conmovió.

—¿Sabes que tengo muy presente dónde hablamos de este tema? Fue en el tren, cruzando Aragón, al regreso del viaje de novios…

Julián, al oír eso, pareció cambiar de humor. Se oía una radio lejana. Inesperadamente tomó asiento y comentó:

—Cuántas cosas hablamos en aquel trayecto, ¿verdad? —Miró hacia el cuarto de Laureano y Susana—. Y cuántas cosas han ocurrido desde entonces…

La voz de Julián brotó al decir esto con tal ternura que Margot se emocionó. «Es un padrazo. Y además es fuerte. A su lado no hay nada que temer. Y Laureano y Susana lo admirarán de verdad, cada vez más, a medida que crezcan. ¡Cuando pueda llevarlos por ahí, a visitar las casas que ha levantando!».

—Julián… ¿puedo preguntarte una cosa?

—Claro, mujer…

—No estarás queriendo a nuestros hijos más que a mí, ¿verdad?

—Cuando me sueltas tonterías de ese tipo, experimento una sensación cálida como si volviese al seno materno…

CAPÍTULO XIII

EL TIEMPO FUE PASANDO, no caía del cielo una gota de agua, las gentes continuaban estrechándose el cinturón. Cuatro, cinco, seis años que Aurelio Subirachs calificó de «horizontales» y durante los cuales las mayores preocupaciones fueron luchar contra las circunstancias adversas y prestar la máxima atención a las tendencias que iban manifestándose en los hijos. Amades, por ejemplo, en este sentido estaba intento. Sergio, el vástago de talante serio que Charito le dio, era, al parecer, una auténtica promesa de hombre.

—¡Figúrate, Rogelio! En la escuela, la maestra le ha dicho a Charito que Sergio tiene «espíritu de líder»… ¿Eh, qué tal?

Rogelio semicerraba los ojos.

—¿No será que los demás chicos son muy mansos?

—¡Bueno! Yo no los conozco… Pero ¿te han dicho a ti algo pareado de Pedro? ¿A que no?

—Pues no…, la verdad. Pedro más bien se diría que va para santo… Y eso, Amades, si he de serte sincero, me hace cosquillas en varios sitios que no quiero nombrarte.

Era cierto. Por leyes que escapaban a los libros de pedagogía, el primogénito de la avenida Pearson era un bendito. Rosy lo atribuía a la bondad innata del ama, de Francisca, que se le habría contagiado al chaval. «Tendremos que buscarle una institutriz, a ver si lo espabila un poco». Sin embargo, la teoría fallaba por la base, puesto que Carol, igualmente al cuidado del ama santanderina, era un diablillo que no había quien lo tuviese a raya. ¡Carol había aprendido incluso algunas palabrotas de su padre! Y hacía lo que le daba la gana con *Kris,* el perro guardián. Pedro, en cambio, que crecía enclenque y que a veces parecía bizquear un poquitín, no daba un paso antes de mirar si había alguna trampa, y aún no había conseguido acostumbrarse a las embestidas, rebeldes o cariñosas, de *Kris*.

En realidad, asistir al despliegue temperamental de los hijos de aquellas familias vinculadas entre sí constituía un espectáculo fascinante. Nadie, por supuesto, se hubiera atrevido a vaticinar nada, ni siquiera el doctor Beltrán. Estimaba éste que era más fácil augurar las reacciones colectivas y los rumbos de la política que las reacciones individuales y los rumbos de la ciencia. «Carmen —le decía a su hermana—, el cerebro de un niño es tan imprevisible como el viento que soplará mañana o como el mundo que aparecerá al asomarse a un microscopio». El discrepante, en ese caso, era Anselmo, el conserje. Anselmo, recordando sus tiempos de pastor —a veces echaba de menos la boina y la luz del alba en el monte—, solía comentar con Felisa que había un buen puñado de cosas que podían preverse. «Por ejemplo, Laureano y Susana, pase lo que pase, serán dos señoritos; en cambio, nuestros chavales ¿qué, Felisa? Mecánicos, albañiles… ¡algo así!; o conserjes, como tú y como yo… ¡Jolín

con los sabios!».

En General Mitre la incógnita flotaba, como en todas partes, pese a la simplificación de Anselmo. Laureano salió rápido de reflejos y con una imaginación desbordante. Lo miraba todo con ojos asombrados, sobre todo cuando Margot lo llevaba al ático de Balmes, al taller de su padre. Al ver el tablero, los planos en la pared, los lápices, las muestras de material, ¡las maquetas de yeso!, el chico tenía la sensación de que tras todo aquello se escondía algo grande. ¿Y por qué de una de las habitaciones salía aquel olor a pipí? «No es pipí, es amoníaco, hijo… Es para sacar copias de los planos. ¿Ves…?». Y Julián le hacía una demostración. «¿Y por qué tienes aquí esa imagen, papá?». «Es San Jorge, hijo… Me lo regaló la abuelita y, claro, me gusta conservarlo…».

Cuando empezó a ir al parvulario —el primer día, al confiarlo a manos ajenas, Margot sintió como si se le escapara algo—, Laureano se disparó. En el patio le pegaba tales patadas al balón que se hubiera dicho que más tarde le gustaría la guerra. Aunque su afición, por el momento, acaso influido por lo que veía en el taller, era el dibujo. Se pirraba por dibujar, especialmente, aviones y puentes. Muchos puentes. Puentes larguísimos, colgantes en su mayoría, que inevitablemente terminaban donde terminaba el papel. Era como si el chico quisiera trasladarse a otra orilla y dicha orilla fuera, sin remedio, el vacío. «¿Por qué no empiezas un poco más a la izquierda, Laureano?». «No lo sé, mamá…». ¡Ay, Carol, en la avenida Pearson, no contestaba nunca «No lo sé…»!; en cambio, ésa era la respuesta más corriente de Laureano.

Otra de sus aficiones era la música. «¿Por qué no tocas el piano, mamá?». Margot lo complacía de mil amores. Y entonces Laureano se sentaba en el suelo, a sus pies, muy próximo a los pedales y era capaz de permanecer quieto allí hasta Dios sabe cuándo. A veces sus profundos ojos negros se inmovilizaban, quizá porque el muchacho estaba convencido de que las melodías que brotaban del instrumento iba creándolas su madre al compás de su propia inspiración. «¡Mamá, toca algo más! ¡Qué estupendo, mamá!». Y la mayor alegría que ésta podía darle era permitirle pulsar él mismo las teclas, en cuyo caso el muchacho prefería siempre las teclas blancas, no se sabía por qué.

—¿Qué más quieres? —le decía Julián a Margot—. Es un ecléctico. En el taller, feliz con lo mío: casas por construir, sentido lineal; aquí, feliz con la música, con el piano: romanticismo y arte. ¿Hay quien dé más?

La abuelita, Beatriz, negaba con la cabeza.

—¡Huy, qué inexpertos sois! Quién sabe, quién sabe… Margot, a la edad de Laureano, no hacía más que perseguir insectos en Can Abadal, y ahora es incapaz de matar una mosca.

¿Matar? ¿Morir? He aquí una de las obsesiones del pequeño. Supo que un niño del barrio se murió al caerse de la bicicleta, y le entró un pánico atroz. A partir de ese día dejó de dibujar aviones pequeños, cayéndose en barrena, y los dibujó siempre grandotes y volando cada vez más altos y seguros. Era como si quisiera inmunizarlos

contra la posibilidad de la catástrofe. Y el caso es que no sabía lo que era la muerte, que únicamente lo intuía. Intuía, por ejemplo, que lo más probable era que la abuela muriese antes que los demás miembros de la familia. Por cierto, nadie le preguntaba «¿por qué?», pero si se lo hubiesen preguntado, hubiera contestado: «No lo sé…».

Beatriz, que observaba al chico como hubiera podido hacerlo el propio don Jorge Abadal, no se inquietaba en absoluto. Lo consideraba un chico normal. Ella podía comprobarlo cuando se lo llevaba a la tienda, donde Laureano ponía cara de susto ante determinadas piezas, como las armaduras, y en cambio trepaba por los muebles sin pedir permiso a nadie y al menor descuido rompía algún que otro candelabro antiguo, de valor. Y, sobre todo, lo comprobaba cuando, todos los jueves, invariablemente, invitaba a su nieto a merendar en aquella casa de la calle del Bruch que, según Julián, «apestaba» a pergamino. ¡Menudos tazones de chocolate se zampaba el muy travieso! «Abuelita, ¡está riquísimo!». «¡Claro que si, mi rey!». A menudo Laureano se lo decía en catalán, pues lo mismo ella que Margot tenían buen cuidado de que el chico aprendiera también este idioma.

Sin embargo, cabe decir que si por azar el muchacho coincidía en casa de Beatriz con mosén Castelló, todo cambiaba. La negrura de la sotana del sacerdote le imponía a Laureano un gran respeto, lo cohibía. Entonces, tarde o temprano, sin saber cómo, volvía a brotar el tema de la muerte.

—¿Esos libros del abuelo por qué los guardas? Ya no te sirven, ¿verdad?

Beatriz le contestaba:

—¡Claro que me sirven! Es como si le estuviera viendo a él mientras los leía, ¿comprendes?

Laureano se quedaba inmóvil.

—Abuelita… ¿es que los muertos pueden verse?

La madre de Margot hacía lo imposible por disimular, pero mosén Castelló intervenía, siempre con su expresión santificada:

—En cierto modo, sí, pequeño… —Guardaba una pausa—. Cerrando los ojos y recordándolos, se los ve…

Beatriz porfiaba por distraer la atención de su nieto.

—¡Oye! ¿Quieres otro tazón de chocolate?

Laureano no quería otro tazón. Comprendía que el sacerdote no le había mentido, puesto que si él cerraba los ojos podía recordar, «ver», perfectamente, a su padre, a su madre, a Susana, e incluso al chico del barrio que murió al caerse de la bicicleta.

Cuando Margot se enteraba de esos diálogos se ponía furiosa. ¡Si Laureano en el fondo era un chico alegre! ¿Por qué complicarle la existencia? Pero ella misma era la primera en cometer la misma equivocación, porque se había impuesto como obligación enseñarle el catecismo —quería marcar a su hijo, para siempre, con el gran consuelo de la fe—, y en el catecismo se hablaba, desde luego, de querubines y serafines, pero también de que Cristo «murió» en la cruz.

Laureano no comprendía que Jesús, siendo Dios, hubiese muerto.

—¡Pero fíjate lo que pone aquí! Resucitó al tercer día. ¿Te das cuenta?

Laureano pestañeaba.

—Sí, claro… Pero si tenía que resucitar ¿por qué murió?

—Para redimirnos, hijo. Para lavar nuestros pecados…

Laureano miraba con fijeza el crucifijo que presidía su dormitorio. Jesús, allí, estaba «muerto» y sangraba. Margot adivinaba el pensamiento de su hijo y se apresuraba a decirle, mientras le doblada el embozo de la sábana:

—Eso es… como un ejemplo, ¿entiendes? Jesús, en el cielo, continúa viviendo. Y vivirá allí para siempre.

Laureano parecía reaccionar, relacionando aquello con la calle del Bruch.

—¿Entonces el abuelito lo ve?

—¡Naturalmente! Todos lo veremos un día.

¡Descuido de Margot!

—¿Todos…? —Laureano rompía a llorar—. Yo no quiero morirme, mamá… Y tampoco quiero que tú te mueras… Y…

Margot apretaba la cabecita de su hijo contra el pecho y pensaba que en su bloc de anotaciones, que yacía en el fondo del revistero, no estaba prevista tal contingencia.

El doctor Beltrán la tranquilizaba, pero sólo en parte.

—Déjalo… Es corriente en los niños. Los niños suelen amar la vida. Primero, porque es una ley; luego, porque ignoran las adversidades que los aguardan. De todos modos, en eso de la religión…, ya sabes cuál es mi criterio.

Susana evolucionó en otra dirección. Cuando Julián, ante la cuna de la niña, le dijo a Beatriz: «Esta vez no hay discusión, abuelita: es Vega», acertó. Pelo rubio como su padre, sedoso, que Margot muy pronto convirtió en hermosas trenzas. Ojos redondos, verdiazules, que sólo se abrían con asombro ante lo que era real o imitaba a la realidad. Nunca Susana dibujaría aviones extraños ni puentes colgantes; dibujaba, en miniatura, la masía de Can Abadal, o bien rampas de cemento en las que los coches desaparecían como tragados por un insecto.

La primera vez que, en el baño, se dio cuenta de que revolviendo la espuma ésta crecía, inmovilizó su cuerpecito como si descubriera el mundo. Repitió la operación, y la espuma volvió a crecer. Desde entonces cada vez que veía agua la golpeaba, y si no se producían burbujas llamaba a Rosario como preguntándole: «¿Qué ha pasado aquí?».

Su gran ilusión fue siempre tocar las cosas, acariciarlas para apreciar su volumen. Tal vez por eso le gustara tanto andar descalza. Sus diminutos pies querían comprobar la diversidad de sensaciones que experimentaba su piel según pisara mosaico, una alfombra, las losetas de la terraza, el cuero del sillón. Y tan pronto caminaba despacio, contando los pasos —igual que Pedro—, como daba pequeños

saltos o echaba a correr —igual que Carol—. Al término del experimento oteaba en torno deseando que alguien la hubiese visto para poderse sonreír.

La maravilla de los reflejos, de los cambios, de las sacudidas. Se acercaba a los agujeritos de los enchufes y sentía la tentación de introducir en ellos los dedos; aunque una sola de esas experiencias le bastó. A la hora de la comida le ataban el babero al cuello y la chica iba dándole la vuelta hasta colocárselo a la espalda. Los abrelatas le llamaban poderosamente la atención, así como la cinta métrica automática que su padre tenía y que, soltándola, se enrollaba por sí sola y se escondía de nuevo en el estuche. Un día en que vio desnudo a Laureano y descubrió que «ella era distinta», contuvo la respiración, se tapó la boca con ambas manos y luego rompió a llorar.

Susana, ello iba de suyo, tenía un encanto especial. Era obediente y dócil y apenas si había necesidad de vigilarla: nunca se asomaría peligrosamente a una ventana. Delgada y grácil, parecía haber nacido para ser una oración. Por influencia de Rosario, que la quería con locura, a menudo se colocaba una flor en el pelo, o un lacito. Con sólo verla doblar el pijama parecía obligatorio admitir que era mujer. Sin embargo, Margot había comprobado que «sólo le parecía bien lo que le parecía lógico». Las exageraciones la desconcertaban. Ello se ponía de manifiesto con las muñecas, que le llovían de todas partes, especialmente de Granada. Sólo le gustaban las que se parecían a las niñas de verdad, a las niñas como ella. Si habían fantaseado excesivamente su cara, o les habían agrandado demasiado los ojos y las pestañas, las rechazaba. Era como si dijese: «Las personas no son así». Para Susana no existía nada tan fabuloso como la verdad.

La directora del parvulario le dijo a Margot que no se inquietara, por cuanto podía comprobarse que allí, al contacto con las otras niñas, desaparecerían en gran parte las inhibiciones de Susana. «Es perfectamente capaz de imaginar picardías e incluso de interesarse por los cuentos de hadas». Bien, Margot no se quemaba la sangre. En el fondo se alegraba de los contrastes que ofrecían Susana y Laureano. «Laureano podría practicar el hockey sobre patines, ¿no crees, Julián? Es un deporte muy bonito… y muy viril. Y a Susana la llevaremos a clase de ballet, para que su cuerpo se desarrolle rítmicamente». Julián, que casi tocaba el techo, desde arriba asentía con la cabeza.

Dichos contrastes se hacían todavía más patentes durante el verano, en Can Abadal. Laureano se sentía allí un poco desplazado, sin saber qué hacer, aparte de bañarse en la piscina, contemplar el paso de las nubes y preguntarse qué gigantes vivirían allá al fondo, en las montañas. ¡Claro, cuando le dejaran ir por su cuenta, recorrer aquellos bosques…! De ahí que con frecuencia propusiese: «¿Por qué no me llevas a "Torre Ventura", papá? Podría jugar con Pedro…». Susana, en cambio, en la masía se sentía a sus anchas, por una razón sencilla: porque en la finca tenía ocasión de observar a los bichitos. ¡Cuántos animales escondidos entre la maleza!: lagartijas, saltamontes, escarabajos, ¡mariposas!, y cuántas ranas en las charcas… Millares de

existencias ínfimas, ignoradas, se ocultaban entre los matorrales. Y las caravanas de hormigas, que a veces trepaban por los troncos de los árboles como ansiosas de alcanzar a los pájaros y decirles: «¿Bueno, queréis o no queréis que seamos amigos?». ¿Para qué necesitaba Susana que Anselmo le contara cuentos de lobos y ovejas, si tenía al alcance de la mano un universo mucho más apasionante?

Los colonos de la finca contigua sorprendieron un día a Susana contemplando los espasmos agónicos de una rana colocada en la mesa redonda, de mármol, que había en un rincón del jardín. No dijeron nada, pero abrigaron la certeza de que la chiquilla ocultaba un cuchillo y se disponía a cortar en canal al batracio, a rajarlo por la mitad.

¿Sería cierto? No, no lo era. «Susana era también incapaz de matar una mosca», aun cuando la muerte la asustase mucho menos que a Laureano. Mejor dicho, no la asustaba en absoluto. Muchas noches, al acostarse, la chica se dormía pensando que a lo mejor no despertaría, que se la llevaría el Ángel de la Guarda, y ni se inquietaba por ello. Y una vez que fue al cementerio de San Celoni, la visión de los nichos y de los panteones se le antojó «natural». ¿Por qué? Ni siquiera el doctor Beltrán hubiera sido capaz de encontrar una explicación razonable. En cambio, la sobresaltaba indeciblemente un hecho que comprobó en la tienda de su abuela: que los muebles y las cosas duraran más que las personas. Le parecía injusto. «No lo comprendo, abuelita, no lo comprendo». ¡Los edificios que construía su padre! Durarían más que las personas que los habitasen. Esta «obsesión» de la muchacha se manifestó aparatosamente a raíz de una idea de Margot, empeñada en que Susana coleccionara algo, lo que fuere, pues había leído «que era bueno recopilar cosas pequeñas y formar con ellas un todo importante». Rosario, que jamás había visto a la niña con una mancha en el vestido, hubiera pronosticado que coleccionaría pastillas de jabón. Julián apostó por las mariposas. «Coleccionará mariposas clavadas en un alfiler». No fue así. La niña se decidió por las cajitas. Cajitas muy pequeñas, de todas las formas imaginables, en cada una de las cuales escondía una nadería, aunque fuese un botón. Las colocó en una vitrina iluminada que su padre le instaló en su cuarto, en General Mitre. Pues bien, aparte de que Rosy, al regreso de uno de sus viajes a Madrid en compañía de Rogelio, le trajo una preciosa cajita oriental en cuya tapa había un dragón de color rojo, he aquí que Beatriz, la abuelita, la obsequió con la que iba a ser la pieza clave, la pieza de honor de la colección: una cajita de plata, en forma de pez. «Toma esto, hijita —le dijo—. Es una joya de familia. Lo menos tiene ciento cincuenta años».

¡Descuido de Beatriz!

Ciento cincuenta años… Susana miró la cajita de plata en forma de pez. Su reacción fue volverse de espaldas, taparse el rostro con las manos, como al descubrir que ella era «distinta» a Laureano, y morderse la lengua hasta dañarse.

Julián se acarició la mejilla derecha. Los hijos… ¡cuánta complejidad! Y él era partidario de no andarse por las ramas. Se había trazado una meta y hubiera preferido que ésta cuajase sin desvíos; pero estaba visto que era imposible. El propio Rogelio le

había confesado más de una vez: «¿Tú entiendes a esos chavales? Yo no… Figúrate que a Carol le ha dado ahora por ponerse cascabeles en los tobillos». Laureano y Susana no llegaban a tanto, pero reclamaban su grandísima porción de vida. Laureano aprendía con dificultad el solfeo —do-re-mi-fa-sol…— y Susana no comprendía el misterio que implicaba que con un espejo pudiera deslumbrarse a los vecinos de enfrente. Laureano cogía a las muñecas «veraces» de Susana y las pintarrajeaba convirtiéndolas en monstruos, y Susana, con paciencia infinita, las desmaquillaba y las volvía a la realidad. Y uno y otro salieron del mismo vientre, que él lo vio, y crecían día tras día, y poco a poco ampliaban su repertorio de palabras y formulaban preguntas cada vez más insólitas: Del: «Papá, ¿por qué no se hunden los balcones y las terrazas?» habían pasado al: «Papá, ¿por qué primero se ve el relámpago y luego se oye el trueno?», o bien al: «Papá, ¿por qué "tío" Alejo dice que a los mayores os gusta hacer la guerra?».

—Pues a mí me encanta que esto sea así —decía Margot—. Que los hijos vayan desarrollándose a su modo, que vayan descubriendo lo que es y lo que no es.

—Rosy opina lo contrario —objetaba Julián—. Ya sabes que ella preferiría que sus hijos no crecieran nunca. Teme perderlos cuando sean mayores.

—Pues yo no. Me gusta verlos como son ahora; pero también me gustará ver a Laureano cuando estudie en la Universidad y a Susana cuando me acompañe por ahí y parezca mi hermana pequeña.

—Pero ¡si a ti el futuro te asusta como a Rosy! ¡Si es tu pesadilla!

—Tienes razón, Julián. En el fondo, me estoy contradiciendo. Pero… ¿cómo te lo explicaré? Hay ciertas diferencias. Tal vez a Rosy le dé miedo que Pedro se parezca a Rogelio… ¡Oh, no, por favor, no quise decir eso! Precisamente Rogelio, en los últimos tiempos… Permíteme que…

Julián negaba con la cabeza. Una vez más ¡cuánta complejidad! No, no quería insistir sobre el mismo tema; sobre todo ahora que Rogelio, en el Club de Polo, aprendía a montar a caballo, y según noticias no se le daba del todo mal…

—¿Sabes lo que te digo, Margot? Que todo esto es hablar por hablar. Nos guste o no nos guste, Laureano y Susana cada año tendrán un año más. Y hagas lo que hagas, saldrán a su aire. Será porque soy de donde soy, pero yo creo que al nacer llevamos marcado nuestro destino.

CAPÍTULO XIV

ROGELIO ERA, POR DEFINICIÓN, un hombre de negocios. De ahí que desde muy joven hubiese admirado hasta el límite a los grandes financieros como Krupp, Ford, Juan March, etcétera, capaces de convertir en oro cuanto tocaban. «¿Qué sería de nosotros sin esa gente? —solía decir—. Todavía viviríamos en la edad de piedra… ¡Iniciativa individual! Naturalmente… Los marxistas opinan lo contrario: todo el mundo a pico y pala. ¡Para mondarse de risa, vamos!».

En ese período de tiempo había dado unas cuantas galopadas serias en su escalada hacia el poder, hacia ese tipo de poder proveniente del dinero y que encandilaba a Rosy. Ello le permitió llevar a cabo sin más demora su proyecto de trasladar la Constructora, como Deogracias, el barbero, se temía, a un lugar céntrico y más propio: Muntaner tocando a Diagonal, en un edificio moderno, con un anuncio luminoso, calidoscópico, que decía «Construcciones Ventura, S. A.». Los empleados, que se verían unos a otros constantemente —los tabiques eran de cristal—, al principio tuvieron la impresión de que llegarían a odiarse; pero pronto se acostumbraron y olvidaron los cuartos húmedos y las estufas de serrín, y algunos de ellos llegaron incluso a sentirse importantes.

Uno de los aciertos de Rogelio conectaba directamente con su quehacer habitual, y tuvo que admitir que Jaime Amades lo empujó eficazmente en el momento preciso. Se había lanzado a construir en gran escala pisos baratos y el público, por razones diversas, parecía un tanto retraído. Era preciso estimularlo. Entonces apareció en escena el propietario de la Agencia Hércules, con un entusiasmo que posteriormente quedó justificado.

—Rogelio —le dijo Jaime Amades—, tienes que escucharme… No llames a Marilín para que corte la entrevista, como sueles hacer cuando vienen a darte sablazos y te encuentran en un día de mal humor. ¡Y no te sulfures si me da un ataque de asma! La cosa se lo merece… y he venido muy cargado —señaló dos paquetes voluminosos que trajo consigo—. Verás. Este asunto de la publicidad, ¿comprendes?, hay que enfocarlo como he visto que lo enfocan en las películas americanas… ¡Je, ahora que no nos oye ningún germanófilo, te diré que en ese capítulo los yanquis son los amos! Pues bien, en esas películas quedan bien claras dos cosas. Una, que el éxito de los *slogans* radica en el machaqueo, en la repetición. ¡No, no pongas esa cara de sabelotodo! El machaqueo… pero combinando con otros dos elementos: la brevedad y el carácter familiar… ¿A que no habías pensado en la brevedad y el carácter familiar? Pues luego verás los *slogans* que he pergeñado para la Constructora… ¿Me permites que encienda un pitillo? Gracias. Continúo. Lo segundo que he visto claro es que los anuncios que llaman la atención de la gente, con mucha diferencia sobre los restantes, son los que se mueven… ¡Una bobada!, pero ahí la tienes. La gente quiere que las cosas se muevan. ¡Ah, ja, ya empiezas a animarte! Claro, claro, estarás

recordando el éxito de las campañas de los Grandes Almacenes cuando llegan Navidad y Reyes… Pues ahí está. He confeccionado un monigote que… ¡bueno! ¿Por qué no ganamos tiempo y permites que tu amigo Amades, ¡tu mejor amigo!, te demuestre que no está mochales y que ha resuelto el problema aquel que le planteaste hace años, el problema de las neuronas?

Rogelio, que sentía por su interlocutor casi tanta debilidad como por las amas de cría, accedió y pasaron a la acción.

Amades empezó por el monigote. Lo extrajo del paquete que lo contenía y que había dejado en uno de los sillones, y lo levantó como si fuera un trofeo. El monigote era de goma, tenía el pecho enjuto y la cara gordinflona y sonriente… Amades no decía nada y Rogelio miraba, con creciente curiosidad. De pronto, el pecho del monigote empezó a hincharse y deshincharse como si respirase. Y cada vez que se hinchaba podía leerse: *¿Por qué sonrío? Porque Construcciones Ventura, S. A., me ha regalado un piso para toda la vida*.

Rogelio no salía de su asombro. Todas las sortijas que llevaba relampagueaban.

—Pero…

Amades sudaba, sudaba que no podía más.

—Y el machaqueo, ¿comprendes, Rogelio? Un solo monigote: éste. Siempre el mismo y en todas partes. En los bares, en los frontones, en los escaparates, en los estancos y en los vestíbulos de los cines… ¿Comprendes mi idea? ¿Comprendes por qué no quería que Marilín nos interrumpiese? *¿Por qué sonrío? Porque Construcciones Ventura, S. A., me ha regalado un piso para toda la vida*. ¡Regalado! Ahí está el busilis… Y, naturalmente, un monigote gigantesco, nunca visto, en las Ramblas, si a base de tus relaciones consigues que el Ayuntamiento te conceda el permiso necesario.

Rogelio, que varias veces había reculado para contemplar a distancia aquella obra de arte de la Agencia Hércules, de pronto cortó en seco la fáustica escena, con el sentido práctico que lo caracterizaba.

—¡El *non plus ultra*, Amades! ¡El *oremus*, el *fíat voluntas túa*! Me quedo con él, en exclusiva. ¡Que no vea yo un solo monigote como éste en toda la Península Ibérica!

Luego les tocó el turno a los carteles. Amades llevaba dos, enormes, con letras vistosas a tres colores. Los desplegó sucesivamente. Sus brazos apenas si los abarcaban, por lo que tuvo que contorsionarse cómicamente; pero no importaba. Rogelio pudo leerlos a placer.

El primero decía:

¡Pisos nuevos! ¡Pensados para usted! ¡Recoja la llave en Construcciones Ventura, S. A.!

Y el otro:

¡Familia moderna, familia feliz! ¡Sea usted feliz en un piso de Construcciones Ventura, S. A.!

Rogelio chupó con fuerza el cigarro, espolvoreó la ceniza que le había mancillado la insignia del Club de Fútbol Barcelona y por fin exclamó, con voz entusiasta:

—¡Bravo, Amades! ¡A eso lo llamo yo dos goles como dos catedrales! Dos goles breves… y de carácter familiar. Que Charito fije la cantidad y tú, cuando quieras, puedes pasar por caja…

El caso es que se pusieron en práctica las dos ideas del propietario de la Agencia Hércules y que el resultado no se hizo esperar: los pisos de «Construcciones Ventura, S. A.» se vendieron en un santiamén, estimulando a Rogelio a adquirir otros solares y a construir otras viviendas del mismo tipo.

Otra de las galopadas serias que dio, ésta más reciente, se la inspiró Alejo Espriu, lo que indujo a Rogelio a pensar que la idea de «labor de equipo», que se estaba poniendo de moda, tal vez no fuera ninguna tontería. Montserrat, la guapa y culta institutriz que habían contratado para que vigilara a Carol y despabilara un poco a Pedro, era militante en esa cuestión. «La época del *yo me lo guiso, yo me lo como* —solía decir, con la franqueza que la caracterizaba— ha muerto para siempre».

El caso es que Alejo Espriu, cada día más *gentleman* y más satisfecho de sí —ya ni se acordaba de la existencia de los tranvías y vivía, ¡por fin!, en concepto de cliente fijo, en el Hotel Ritz—, le dijo:

—Rogelio, puesto que careces de escrúpulos y eres propietario de una serié de inmuebles repartidos por la ciudad, ¿por qué no dedicas algunos de ellos a *meublés*? Tal como está la fornicación en este país, dicho sea con todos los respetos, le sacarías un jugo tremendo…

Rogelio, de entrada, se quedó como alelado, si bien hizo chascar los tirantes y en acto reflejo dirigió su ojos, claros y azules, a las señoritas en bañador de los calendarios que mantenía en el despacho.

—¿Quieres repetirme, querido picapleitos, lo que acabas de decir?

—No, porque me has oído perfectamente. Sólo me gustaría añadir que, disponiendo de la Constructora y de tantas conexiones en el campo de la decoración, el necesario acondicionamiento de dichos inmuebles te saldría a precio de saldo, tirado. En cuanto a mis honorarios en calidad de administrador general, estoy seguro de que llegaríamos a un acuerdo…

Rogelio solicitó veinticuatro horas para rumiar la jugada y finalmente dijo «sí». Todas las pegas de tipo legal que le opuso a Alejo Espriu, éste se las resolvió de forma contundente. Se había estudiado el asunto a fondo antes de proponérselo. No había riesgo alguno. Todo quedaría perfectamente en orden y era de suponer que las ganancias serían realmente pingües, a juzgar por los balances que había obtenido de otras entidades dedicadas al mismo menester.

Un detalle intrigaba a Rogelio.

—¿Y cómo, precisamente a un hombre incorruptible como tú, se le ha ocurrido semejante pirueta?

Alejo Espriu, alto y alámbrico, con su larga boquilla y su bastón de puño churrigueresco, contestó:

—Es que, hablando en plata, y con la seguridad de que no le contarás nada a mi hermana, a Vicenta, resulta que mi incorruptibilidad no tiene ningún mérito; es que, en la práctica, soy, diríamos, una especie de impotente. De modo que no me queda más remedio que gozar sabiendo que gozan los demás.

—No hablemos más de la cuestión —zanjó Rogelio.

El resultado sobrepasó las esperanzas. La cosa salió redonda, demostrando que las homilías de mosén Castelló sobre la castidad no afectaban, ni con mucho, a la totalidad de la población. Primero fueron dos *meublés*, luego cinco, de distintas categorías. Sobre todo los lujosos —como el que Julián en tiempos había utilizado con Gloria— no paraban. Incluso los peces de los acuarios de ciertas habitaciones parecían tener a veces expresiones de asombro. El beneficio neto, líquido, era realmente sustancioso, «artístico», y dado que el asunto llevaba trazas de continuar con el mismo ritmo, el despegue de Rogelio se reafirmó de forma rotunda.

Esta serie de progresos, unidos a los normales de «Construcciones Ventura, S. A.» y a que en Madrid lo trataban mejor que nunca, le llevaron a suspirar por constituir algún día una sociedad formal con sus grandes amigos Ricardo Marín y el conde de Vilalta. Su proyecto era todavía confuso, aparte de que el conde era muy cauto y quisquilloso —por ejemplo, jamás hubiera aceptado como asesor jurídico a Alejo Espriu— y las circunstancias del país no eran todavía lo suficientemente propicias como para lanzarse a algo verdaderamente grande. No obstante, era obvio que los tres unidos constituirían una fuerza: Rogelio, aportando sus ideas y su entusiasmo; el conde, su experiencia, su capital y sus relaciones, y Ricardo Marín su rúbrica y el apoyo del Banco Industrial Mediterráneo. El caso es que una tarde en que se encontraban los tres en un salón recoleto del Club de Polo, generalmente destinado a iniciar adulterios, y con sendos vasos de *whisky* en la mano, Rogelio lanzó el primer toque a los interesados y éstos le contestaron:

—Bueno…, cuando tengas algo concreto, avísanos…

Otra barrera franqueada por Rogelio. Porque una de las aspiraciones del constructor era codearse en plan de igualdad con aquellos dos hombres que lo habían escuchado. Ahora bien, era pertinente establecer una distinción muy concreta. Así como Rogelio no hallaba motivos para admirar al conde de Vilalta, ya que éste se lo encontró todo hecho, en cambio admiraba cada día más a Ricardo Marín, prototipo del «banquero con valor, audaz», que sabía arriesgarse en el momento oportuno, como él supo hacerlo con el asunto de la fornicación. Ricardo Marín había dado un impulso decisivo al Banco Industrial Mediterráneo, fundado por su padre, hombre rutinario y metódico, pese a lo cual murió de un ataque cardíaco. Por si fuera poco, confió desde un principio en el olfato de Rogelio para los negocios, por lo que, como

es sabido, siempre lo ayudó sin reservas. Malas lenguas aseguraban que Ricardo Marín no arriesgaba nunca… Que tenía el tinglado bancario montado de tal suerte que si la operación salía bien quien se llevaba el gato al agua era él en persona, Ricardo Marín, mientras que si salía mal el perdedor era el Banco. Rogelio negaba rotundamente que eso fuese cierto. «La envidia puñetera, como siempre…».

Cabe decir que la admiración de Rogelio por su amigo no se limitaba a las finanzas. Ricardo Marín era un poco lo que, en el fondo, él hubiera deseado ser: señor desde la cuna. «De casta le viene al galgo». Ricardo, cuyo padre viajó mucho y fue colaborador de Cambó —y que heredó la mejor torre de veraneo de Caldetas—, era alto, bien plantado, con pelo abundante, sin barriga, voz persuasiva, y montaba a caballo desde la niñez… Además, estudió la carrera de Derecho y, como Rosy decía, «hablaba poco, pero suficiente». Tenía mucho predicamento entre las mujeres de la «alta sociedad» barcelonesa, de suerte que cuando entraba en algún local como, por ejemplo, el Club de *bridge* —club enteramente tapizado de rojo y con camareros prácticamente mudos—, se oía como un murmullo de bienvenida. La única que se quedaba impávida era su esposa, Merche. Merche, que en su día heredaría un fortunón, era un ser desconcertante incluso para Rogelio. Daba la impresión de estar por encima del bien y del mal. Sin necesidad de moverse, todo el mundo parecía vivir pendiente de sus caprichos. De pronto, su lengua era de víbora. Con una frase era capaz de hundir a cualquiera… ¡o de levantarlo! Porque también tenía su lado bueno y sus ratos de buen humor, que en esa temporada volcaba en favor de Rosy y —¿por qué, Señor?— del coronel Rivero, que al verla casi se cuadraba. Su arma estratégica era la inteligencia. Era muy inteligente, y necio sería quien lo pusiera en duda. Su arma táctica era el desinterés. «¿Nos vamos, Ricardo? No me gusta bostezar delante de la gente…».

Cuchy, la hija de Ricardo Marín y Merche, por el momento se parecía bastante a la madre. Era todavía una mocosa y si se le caía la servilleta al suelo miraba a la doncella como preguntándole: «¿A qué esperas…?». Ricardo hubiera querido tener más hijos, pero Merche hacía lo imposible para dar largas al asunto. «¡Claro, como que el degradante atraso de los nueve meses lo sufrimos nosotras…!».

Tiempo tendría Rogelio de satisfacer sus aspiraciones. La fortuna que poseía —pese a la «horizontalidad» de aquellos años— empezaba a impresionar a las personas que estaban al tanto de esas cuestiones. Por lo demás, él no lo ocultaba, y su pedantería iba en aumento. Sin embargo, algo había en su manera de exhibirse que hacía que dichas personas lo perdonasen con facilidad, convencidas de que se lo merecía, de que se lo había ganado a pulso. No, no todo el mundo reaccionaba como Margot… Rogelio tenía sus partidarios a ultranza y abrigaba la certeza de que algún día lo serían sin reservas y a partes iguales Ricardo Marín y el conde de Vilalta. Sólo faltaba que se produjera en el país algún acontecimiento inesperado que abriera la deseada puerta. Y entonces sí podría decir: «He alcanzado la meta que me propuse». Entonces sí podría imprimir unos carteles que dijeran: *¿Por qué sonrío? Porque*

Construcciones Ventura, S. A., me ha regalado felicidad para toda la vida.

CAPÍTULO XV

Los chicos empezaron los estudios, lo que significó un cambio radical para todos. Por primera vez padres e hijos podrían verse mutuamente con cierta perspectiva.

Julián y Margot, de acuerdo con Rogelio y Rosy, decidieron que Laureano y Pedro estudiasen enseñanza primaria y luego bachillerato en el Colegio de Jesús, de la Bonanova, orden de mucho prestigio, que tenía fama de imponer disciplina férrea y de estar dotada de excelente profesorado. Estarían a media pensión, es decir, se quedarían a almorzar allí. Un autocar los recogería en sus casas por la mañana y los devolvería por la tarde.

Según el reglamento, cada trimestre el colegio celebraba una sesión de actos con asistencia de los familiares; tres suspensos significaban repetición de curso; cada año, una semana de ejercicios espirituales; el mejor alumno era nombrado «Príncipe» y se le imponía una corona de laurel, etcétera.

Rogelio le dijo a Pedro:

—El día que te nombren «Príncipe» organizaremos una fiesta en «Torre Ventura» e invitaremos a todos tus camaradas.

—Condiscípulos… —rectificó Rosy.

—De acuerdo —admitió Rogelio—. Espero no haberte ofendido…

En cuanto a las chicas, Susana y Carol, ingresaron también a media pensión, en el Liceo Francés. En ese punto la idea fue más bien de Margot y Rosy, las cuales no querían oír hablar siquiera de los colegios de monjas, «criaderos de pavores absurdos y de un nivel intelectual más que discutible». El director del Liceo Francés insistió mucho en que «allí» se iba a trabajar. «El alumno o la alumna que no pone interés, automáticamente es expulsado». Rogelio pensó para sus adentros: «ya será menos…». Julián, que recordando la educación que sus hermanas recibieron en Granada detestaba también los colegios de monjas, sólo temía que los profesores del Liceo Francés hablaran de España «como de un pueblo de retrasados mentales». Aurelio Subirachs, cuyo segundo hijo, Marcos, llevaba ya dos años sentado en sus aulas, lo tranquilizó. «Ni hablar. Son demasiado inteligentes para cometer una estupidez semejante». Dióse la feliz circunstancia de que Ricardo Marín y Merche decidieron asimismo que su hija, Cuchy, estudiara en el Liceo Francés. Rogelio se alegró lo indecible. «Pese a las diferencias de edad, van a formar una pandilla de aúpa. Confiemos en que se llevarán bien».

Margot le preguntó a Rosy:

—¿Y qué pasará con Montserrat, la institutriz?

Rosy le contestó:

—Cuidará de los chicos a la salida y en los días libres, que, como sabes, son muchísimos… Montserrat es una perita en dulce —o en amargo, como quieras tomarlo— y no quiero dejarla escapar…

¡El Colegio de Jesús! El primer gran descubrimiento de Laureano y Pedro… Su primera salida de la cáscara, su primer contacto con el mundo extrahogareño. ¡Cuánto aprendieron con sólo sentarse en sus pupitres respectivos, con abrir los libros de texto, con embutirse el uniforme blanquiazul, con rayas verticales! Todo era para ellos «novedad». Los compañeros los llamaban «Ventura» y «Vega», pero los profesores «señor Ventura» y «señor Vega», ¡pese a su corta edad! Daba un poco de risa, pero ¡ahí era nada! Se sintieron afianzados en su personalidad. Tuvieron la halagadora impresión de haber entrado a formar parte de un «grupo social» espontáneo, desligado del tejido de hábitos instintivos a que en casa estuvieron sometidos.

Sus temperamentos eran tan distintos como los de Susana y Carol. Sin embargo, la amistad que los unía «prácticamente desde antes de nacer», en el colegio adquirió mayor dimensión. Forzados a tomar decisiones por su cuenta, se apoyaron uno en otro y el resultado no pudo ser más halagüeño. Sintonizaron con tal vigor, que se inventaron varios *slogans* dignos de Jaime Amades y que resumían la situación. «¡Oye! ¡A ti te conozco yo de algo!». O bien: «¡Juraría que nos habíamos visto en alguna parte!». Y cada vez rubricaban la frase con una risotada.

La verdad es que se sentían a gusto en el colegio, que era enorme, con amplias aulas, largos pasillos, patios de recreo y jardín. El tiempo pasaba volando y los estudios, la adquisición de nuevos conocimientos, les producía un pasmo placentero. «¡Mamá, mamá! —clamaba Laureano al regresar a casa—. ¡A que no sabes cuántos metros tiene el Everest!». «¿Cómo voy a saberlo, hijo? —sonreía Margot—. Nunca he estado allí…». «¡Nueve mil veinticinco!». «¡Jesús! Casi da vértigo, ¿no?». «A mí no», afirmaba Laureano.

La alegría de Laureano, pese a que el chico no podía librarse del todo de la vigilancia de mosén Castelló —sobre todo, por culpa de la abuela—, se hizo contagiosa, lo que benefició mucho a Pedro, de natural más bien melancólico. Laureano era comunicativo y, gracias a su costumbre de practicar deportes —patinar, nadar y salir de excursión con su madre en Can Abadal—, a la hora del recreo destacó sin apenas esforzarse. Precisamente la norma del colegio era estimular el afán competitivo y habituar a los chicos a enfrentamientos un tanto violentos, a las órdenes del padre Comellas, profesor de gimnasia y muy experto en boxeo y en carreras de velocidad. Tal vez fuera ésta la única nota un tanto desagradable para Pedro. Pedro era menos fuerte que Laureano, menos alto y espigado, y viéndolo correr se observaba que era patizambo, como su padre, Rogelio. Por lo demás, las gafas que Rosy le había elegido para corregir su ligero bizqueo tenían montura de oro, que le daban un aspecto un tanto afeminado. De más chico, le gustaba que le dijeran que se parecía mucho a su madre; pero en el colegio todo cambió. Un tal Andrés, hijo de un joyero y bruto como él solo, le espetó un día en la mesa, a la hora de almorzar: «Oye, Ventura… ¿Sabes que he conocido a tu hermana y que tenéis las

facciones pintorescamente iguales?». Hubo sonrisas y Pedro acusó la ironía como si le hubiera pegado un derecho el mismísimo padre Comellas. Por fortuna, el chico tenía una compensación: en clase daba ciento y raya a la mayoría, Laureano incluido. Era muy inteligente y con gran capacidad de concentración. El propio Andrés vaticinó que en la primera ocasión lo nombrarían «Príncipe» y le impondrían la corona de laurel.

Cabe decir que los éxitos de Laureano no se limitaban al deporte. El director del coro de la capilla, padre Barceló, de movimientos muy afectados y que aspiraba rapé, descubrió que el chico tenía una voz muy bien timbrada y muy agradable. Ello le valió a Laureano convertirse en el solista nato, sin discusión, lo que, por otro lado, le resarció en parte del fracaso que había tenido en casa con el piano. En efecto, todos los esfuerzos de Margot para enseñarle a dominar el instrumento se habían mostrado inútiles hasta el extremo que desistieron de continuar. «No me lo explico —dijo Margot—. Tiene buen oído, le gusta la música, mueve los dedos con agilidad; pero no hay manera de que avance un paso». Laureano tuvo un disgusto muy serio, que Margot intentó paliar. «¡No te pongas así, hombrecito! Probaremos con otro instrumento… ¡Quizá la guitarra, como tu tía Mari-Tere! Alguno te servirá».

Y al margen de la música, Laureano triunfó con méritos propios en el campo de la caricatura imaginativa… Había dejado de dibujar, pero les sacaba motes a los profesores y les gastaba bromas, bromas inofensivas pero reiteradas, a sus compañeros. Fue él quien empezó a llamar *el Cuentagotas* al padre director, por lo meticuloso que era y por lo exhaustivo de sus interrogatorios, y quien llamó *el Topo* al padre Sureda, el director espiritual, porque era nervioso, expresivo y porque hurgaba en la entraña de los alumnos. Tocante a las bromas, recorría las clases pegando calcomanías en los pupitres, o en el comedor vertía sal en los vasos de agua, o compraba bolitas que apestaban y las dejaba en un rincón… Todo un universo bullente, atropellado: le gustaba que las cosas cambiaran de sitio o de significación, como antaño hiciera con las muñecas de Susana. Y en cuanto a las asignaturas, le interesaba de ellas aquello que implicara inventiva o que le permitiera soñar. De la historia, por ejemplo, la biografía de los conquistadores y de los descubridores: Magallanes, Hernán Cortés, Pizarro, Amundsen… «¡Hay que ver! Cruzar los mares… Avanzar hacia el Polo Norte…». De la geografía, los volcanes —¿qué misterio era ese del fuego?—, las selvas —¿qué misterio era ese del verde inacabable?— y los grandes ríos. Al pronunciar «Amazonas». «Missisipi», Laureano experimentaba un placer íntimo, indescriptible. Sin embargo, pensando en su padre luchaba por concentrarse también en la aritmética y la geometría, y mal que bien salía adelante. ¡Admiraba tanto a su padre! La palabra «arquitecto» lo llenaba tanto como la palabra «Amazonas». A veces, a la salida del colegio, desde el autocar se dirigía a sus compañeros y señalando con el índice les decía:

—Esa casa es de mi padre.

—¿Cómo que es de tu padre?

—¡Bueno! Quiero decir que él hizo los planos.

—¡Ah, ya! Buen provecho.

¿Buen provecho? ¿A qué venía ese comentario? ¡Oh, claro! Sus compañeros le devolvían la pelota… Él les pegaba puñetazos a la hora del recreo y les vertía sal en el agua; ellos se reían de su padre.

En las tardes de lluvia —¡por fin había empezado a llover, lo que contribuiría a acabar con las restricciones eléctricas!—, cuando, allá en lo alto, el Tibidabo se calaba de nubes hasta las cejas y era imposible salir a jugar al exterior, el protagonismo de Laureano menguaba. Encerrados los alumnos en las clases, brotaban por todas partes tableros de damas, de ajedrez, mesas de ping-pong y futbolines, y se formaban corrillos dedicados a poner a prueba la agilidad intelectual: buscar el mayor número posible de palabras esdrújulas, o que contuvieran las cinco vocales: recitar las letanías en orden inverso, empezando por el final; discutir si la hache era o no era necesaria… Laureano era ahí del montón, en tanto que Pedro se alzaba muchas veces con la victoria. «Lo siento, amigo, pero te como la reina». «¿Palabras esdrújulas? Las que queráis: británico, fenómeno, espérame, cántaro, frenético, zoológico…». «¡Basta, basta! —gritaban sus adversarios—. ¡Gana Ventura, el seminarista!». ¿Seminarista? Sí, alguien había empezado a llamar seminarista a Pedro, y no se sabía si el mote cuajaría o no… Pedro consiguió que no cuajara, pues desde el primer momento cortó, con voz enérgica: «Lo menos que podríais hacer es saber perder».

¡Saber perder! No era fácil. Eso también lo aprendieron en el colegio. Pedro tenía siempre un diez en los ejercicios de redacción y similares, pero en cambio las ciencias le costaban horrores —aprobaba por los pelos—, lo que le encorajinaba. Para él una nota mediocre era una humillación. La física lo mareaba como en verano lo mareaba la visión de su madre en bañador. Una vez que su padre le trajo de Madrid un espléndida caja de «Arquitectura», con piezas de un material adhesivo que permitía hacer diabluras, el muchacho se dio cuenta de que no se le ocurría absolutamente nada. Rogelio comentó: «¡Menudo refuerzo para la Constructora!». En cambio, al día siguiente Laureano, ¡con la ayuda de Carol!, levantó en un santiamén una sólida torre con evidente aspecto de rascacielos y Pedro, una vez más, tuvo que morderse dolorosamente los labios.

Cuando iniciaron el bachillerato —fecha memorable—, Laureano tuvo la gripe, igual que los hijos de Anselmo. Y en la soledad de su cuarto, con fiebre alta, pasó una especie de balance:

> *Pedro es un gran chico. Es mi mejor amigo y nunca tendré otro igual. Lo que no comprendo es por qué en el colegio sufre a veces por bobadas y otras lo acepta todo sin protestar. A mí me molesta que el Cuentagotas meta la nariz en todas partes, y que manden las notas por correo a casa, y que tengamos que pasear con las manos a la espalda, y rezar el rosario después de comer; y que en el coro haya religiosos enfermos situados detrás de una reja, como si nos*

espiaran; y que nos castiguen por cualquier idiotez. Él dice que los profesores cumplen con su obligación y que a él pasear en silencio le gusta, porque de ese modo puede pensar. ¿Es que no puede pensar en casa? Que vaya a verle el padre Castelló y verá… O que tenga una gripe como la mía. Pero es un muchacho fantástico. ¡Si ese mameluco de Andrés vuelve a meterse con él, le parto la cara! El otro día le tomaba el pelo diciéndole que ese monigote gordinflón, propaganda de la Constructora, que se ve por las calles, se parece a su padre, porque siempre está riendo. Me dicen eso a mí, ¡y vamos!; y Pedro, tan tranquilo. «Es posible —contestó—. Mi padre siempre está contento, porque trabaja mucho y porque gracias a él mucha gente se gana la vida». ¿Y por qué no se habrá decidido todavía a fumar? ¡Psé, ni siquiera un pitillo! Yo lo probé… y es estupendo. A veces me parece que se complica la vida. No comprendo que llene las paredes de su cuarto con grabados históricos y de reproducciones de monumentos. ¡Si la historia —a no ser la de los conquistadores y tal— es una lata, con permiso de el Topo! Guerras y guerras y nombres de reyes… ¿Y qué le encuentra al Coliseo de Roma? Dice que es una obra de arte. ¡Atiza! Eso lo sabemos todos. Pero también sabemos que allí los leones se comían a los cristianos… A mí me gusta pegar en las paredes fotografías de coches, de artistas y campeones; y como yo, tantos otros. Por eso tampoco entiendo que se aburra tanto en el fútbol, cuando su padre lo lleva con él. Y si se aburre, ¡decírselo y sanseacabó! Mi padre me llevó una vez a los toros y a la siguiente le dije que «nanay». Es demasiado bueno, demasiado triste… A lo mejor ahora, que bizquea menos y que le han cambiado las gafas, se siente más seguro. Estoy esperando que venga. Seguro que vendrá a verme. No ha fallado un solo día. ¡No falla nunca! Seguro que me hablará del bachillerato. Se pirra por estudiar. Siempre anda con libros gordos en vez de con tebeos. Es un gran chico. Es mi mejor amigo y nunca tendré otro igual. ¡Jesús, qué dolor de cabeza! ¡Mamá, mamá…! ¡Rosario, Rosario…! ¡Susana…! No me oyen. No me oye nadie… Tocaré la campanilla. Tengo mucha sed y quiero que me pongan el termómetro, porque es seguro que la fiebre me ha subido.

Llegó Pedro, efectivamente. Susana le abrió la puerta y estrechó la mano del muchacho con sorprendente timidez. «Pasa, pasa… ¡Laureano ya no podía más!». Pedro pasó a la habitación del enfermo, que olía a vahos de eucalipto y, efectivamente, a los dos minutos le estaba hablando del bachillerato.

—¿Te das cuenta? Ahora es cuando empezaremos de veras a aprender. ¡Y luego a estudiar una carrera! Es maravilloso, ¿no crees?

—Sí, desde luego. Pero antes tengo que curarme esta gripe…

—Te veo mejor que ayer.

—¡Gracias! Resultará que eres optimista.

—A veces lo soy, a veces no.

—¿Qué hay de nuevo en el «colé»?

—Mucho. El padre Barceló tiene miedo de que te quedes afónico o cambies la voz y no puedas cantar en el coro. Y te han comprado otro futbolín y un billar, para que los días de lluvia puedas divertirte…

—¡Te veo en forma!

—Eso dice mi hermana.

—Carol es un pelmazo y van a echarla del Liceo Francés.

—Eso dice mi madre.

Laureano, de pronto, se acordó de Montserrat, la institutriz.

—¿Y Montserrat qué tal?

—¡Huy! Una chica perfecta… tomándonos las lecciones. Sabe mucho.

Laureano asintió.

—¿Y el perro?

—*Kris* persiguiéndome como siempre. En cambio, Carol hace con él lo que quiere.

—¿Cuál es tu última adquisición para decorar las paredes de tu cuarto? ¿El Partenón?

—Te equivocas. Una fotografía de la bomba atómica.

Montserrat tenía veinticuatro años, era muy educada y solía llevar unos jerseys muy apretados. Su padre, maestro de escuela por vocación, era un tanto extravagante, de modo que a veces, para corregir los deberes, se encasquetaba una visera de periodista americano. Siempre fue republicano y anticlerical, por lo que no se cansaba de repetir que «las democracias pecaron de insensatez al no valorar debidamente lo que el resultado de la guerra de España significaría para el mundo». En su opinión, si los «nacionales» hubieran perdido, Hitler se habría visto obligado a plantear de otro modo la jugada y a la República Española le hubiera dado tiempo a estabilizarse.

Consecuente con sus ideas, llevó a Montserrat a su escuela, porque en ella la mayoría de maestros compartía su forma de pensar. Montserrat se educó, pues, sin decir «Ave María» al entrar en clase, sin rosario después de comer, sin ejercicios espirituales una vez al año. Pero estudió mucho, dominaba el francés, había leído horrores —anduvo por las librerías de lance en busca de libros prohibidos en España —, y en la actualidad demostraba que la doble influencia paterna y ambiental fue muy seria. Montserrat era un fiscal. Todo lo observaba con enorme sentido crítico, punteado de resentimiento. Ni que decir tiene que la avenida Pearson era un palco ideal para ese menester, no sólo con respecto a Pedro y Carol, sino también con respecto a los «señores», a Rogelio y Rosy.

Montserrat era decididamente eficaz, y de ello Rosy se había dado cuenta.

Fanática, desde luego, hasta el punto que sólo hablaba en castellano cuando no le quedaba más remedio. Todo el mundo la hubiera querido mucho, a no ser que su seriedad detenía cualquier tipo de desahogo afectivo. Quizá la excepción fuera precisamente Carol. Carol se le había entregado. La chica era tan espontánea que no veía barreras por ninguna parte. Por lo demás, y eso era lo curioso, Montserrat le correspondía, porque no la hacía responsable en absoluto de sus caprichos y salidas de tono; los responsables eran los padres, que por un lado la rodearon de opulencia y por otro la abandonaron en los momentos en que Carol hubiera necesitado directamente de su cariño y protección. Una temporada que anduvo malucha, el diagnóstico del médico, el famoso doctor Trabal, fue tajante: el organismo de la chica había engullido tantas exquisiteces alimenticias, que éstas le habían producido acetona, debilidad y mareos.

Montserrat tenía la certeza de conocer a Carol y a Pedro mucho más que los dos seres que los trajeron al mundo. Y según como se mirase, no le faltaba razón. ¡Cuántas veces la hicieron partícipe de sus entusiasmos e incertidumbres! «Señorita, ¡me ha pasado una cosa! ¿Puede escucharme?». Y la «señorita» asentía y escuchaba. Y sabía de la pareja lo que podía saberse, en lo bueno y en lo malo. Por ejemplo, sabía que Carol, a la que acompañaba a clase de ballet —la profesora era una alemana nazi refugiada en España—, podía llegar a ser una excelente bailarina, lo que no podía decirse de Susana, que en ese capítulo no había heredado nada del «duende» andaluz y que sólo servía para bailar sardanas. Carol, en efecto, pese a su corta estatura y a sus formas, más bien redonditas, en cuanto oía un ritmo se transformaba en torbellino, al igual que en el momento de llenar las paredes de su habitación de portadas de revista, entre las que solía elegir *vedettes* de cine y rostros de princesas que se casaban con fotógrafos. En la otra cara de la medalla, Montserrat sabía también que si del Liceo Francés no la habían expulsado aún, como temían Rosy y Laureano, era debido a que en su calidad de institutriz ella hizo cuanto pudo para amenizarle las lecciones, para metérselas en la cabeza. Sin embargo, a la sazón Montserrat se preguntaba si Carol resistiría la prueba del bachillerato.

Igualmente Montserrat sabía mucho de Pedro, pese a que éste de repente se encerraba en su cápsula reflexiva y no soltaba prenda. La institutriz lo quería también, a su manera, porque lo veía inestable, atravesado por ráfagas contradictorias, sobre aquel fondo inescamoteable de tristeza. Casi hubiera podido decirse que le inspiraba compasión. ¡Cuna de oro!; pero el cerebro hecho un inmenso interrogante.

La muchacha, en ocasiones, gozaba lo suyo ocupando el palco que ocupaba, contemplando el espectáculo que ofrecían la familia «Ventura» y buena parte de sus amistades. Era una suerte de venganza contra el tipo de sociedad que representaban y que ella había aprendido a odiar. Bajo el carnaval de la prosperidad, a su juicio latía un vacío, una imprecisión, un bordear el abismo. Cuando la institutriz le decía a su padre: «El día menos pensado se les derrumbará el castillo de naipes», su padre se

irritaba y negaba con la cabeza. «¡No seas ilusa! Siempre saldrán adelante. Peor lo pasamos nosotros, peor lo estás pasando tú…». ¿Peor? Montserrat admitía tal posibilidad. Una de las cosas que aprendió en sus lecturas clandestinas era que resultaba difícil ser feliz trabajando en un ambiente impropio, rumiando fallos ajenos como quien masca chicle, por generoso que fuera el salario que percibiese a fin de mes.

Como fuere, Montserrat, en el transcurso del último verano, había meditado mucho sobre la melancolía de Pedro y sobre los espasmos, «triunfales sólo en apariencia», de Laureano. Y trazó un esquema, para su uso particular, de las posibles causas de la situación, concluyendo que las principales podían ser tres. La primera, el mundo irreal en que los muchachos vivían, sin la menor conexión con verdades tan elementales como la pobreza. La segunda, el abandono paterno a que ya se refirió con respecto a Carol. La tercera, la presión religiosa, «lindante con la necrofilia», a que los sometían en el Colegio de Jesús. No dejaba de ser extraño que dichas conclusiones se parecieran en buena medida a las que, por cuenta propia, había sacado el padre de Rosy, el doctor don Fernando Vidal.

Probablemente los autores de los libros de pedagogía que Margot estudió le hubieran concedido a Montserrat su buena parte de razón. Era cierto, desde luego, que Laureano y Pedro vivían, desde el punto de vista de la urdimbre social, en un mundo marginado de la realidad. De hecho siempre carecieron de puntos de referencia. Los abismos diferenciales, de clase, que se producían en torno se les antojaban fenómenos tan naturales como que en Barcelona hubiera edificios altos y bajos o como la llegada de la primavera. Por lo demás, nunca habían estado en Somorrostro, ni en Casa Antúnez —ni siquiera en el mercado del Borne—, ni habían bajado a las lúgubres alcantarillas abiertas bajo el asfalto que pisaban. Cuando veían a un albañil colgado de un andamio pensaban: «Es natural». Cuando veían a los obreros entrar con mono azul en el Metro pensaban: «Es natural». Y lo mismo al ver arrodillados a los limpiabotas y al oír la cantinela de los mendigos. Más bien les chocaba que cualquiera de esas personas un día llevara camisa limpia y corbata.

Por descontado, los profesores del Colegio de Jesús hubieran podido abrirles los ojos sobre el particular, puesto que abstenerse implicaba mutilar la tan cacareada «formación completa»; pero no lo hacían. La asignatura no figuraba en el programa, lo cual era tanto más insólito cuanto que en el mismo colegio existían dichos abismos diferenciales. En efecto, no todos los alumnos de la Bonanova eran de pago; los había becados y un tercio aproximadamente estudiaban gratis, porque eran «pobres». Cierto que no se hacía entre unos y otros la menor discriminación; pero Laureano y Pedro no se preguntaron nunca por qué ellos podían pagar y «otros» no. Y tampoco se preguntaron jamás si en el subconsciente de los que estudiaban gratis no anidaría algún sentimiento de inferioridad.

A lo más que llegaban *el Cuentagotas, el Topo, la Jirafa, el Pancho, el Viruta* y demás profesores, era a hablarles de vez en cuando de las misiones… Del hambre en

los pueblos africanos, en la India, en la China, en ciertos sectores sudamericanos, etcétera. Pero incluso esto lo hacían en tono alejado y paternalista, mediante pláticas que terminaban siempre con un rezo colectivo «para la conversión de los infieles».

¿No podía darse el caso de que Laureano y Pedro, aun viviendo en la inopia como vivían, presintiesen a través de su bondad natural y de su sensibilidad, que detrás de ese velo o muro se escondían montañas de sufrimiento tan altas como el Everest? Una de la teorías del doctor Beltrán era que muchas veces la criatura humana cree padecer «por lo que ve», siendo así que padece por motivos que su propia conciencia ignora.

Montserrat acusaba, acusaba a los profesores del Colegio de Jesús…, pese a que Serafín, el jardinero de la avenida Pearson, a veces rezongaba: «¡Pues bien te quejaste ayer de que el radiador de tu cuarto no funcionaba!».

Tocante al abandono paterno, era también un hecho, a condición de matizar. No era lo mismo hablar de la avenida Pearson que de General Mitre, puesto que en el hogar de Margot ésta hizo siempre cuanto pudo para estar al quite, y no sólo «a fin de evitar que Laureano y Susana pasaran las calamidades que ellos pasaron», sino porque le salía de la entraña. En General Mitre falló exclusivamente Julián, y fallaba cada vez más. Y ello en razón del «engranaje» que desde el primer momento Margot temió: el exceso de trabajo, los horarios imprevisibles, el cansancio del arquitecto al llegar a casa. El director del Colegio de Jesús, en una de las visitas que Margot le hizo interesándose por Laureano, le preguntó, con clara intención: «Señora…, ¿su marido no será uno de esos hombres que de pronto exclaman: “¡Caramba! Si mi hijo ha de irse al servicio militar…”?».

Julián quería a sus hijos mucho, pero apenas si le quedaba tiempo para demostrárselo. En los últimos meses transcurridos su trabajo se había duplicado, por lo menos, en importancia. Construir, de entrada, una Clínica para el Seguro de Enfermedad, y además —¡por fin, y sin que ello sentara precedente, en colaboración con Aurelio Subirachs!— unos estudios cinematográficos, operación en la que intervino el conde de Vilalta, era como para volverse loco, lo mismo que se volvía loco el teléfono, que no cesaba de sonar. ¡Claro que tenía quien lo ayudaba!; pero muchas cosas había de resolverlas personalmente.

El arquitecto tenía plena conciencia del desamparo en que dejaba a Laureano y Susana, pues los suplicantes ojos de ambos no dejaban lugar a dudas; pero ¿qué hacer? El «engranaje» o, como decía Alejo, «la rueda». Era preciso cumplir con los contratos y mantener el ritmo que Rogelio imponía.

Margot le preguntaba:

—Julián, ¿es que te interesa más la Constructora que tus hijos?

—¿Cómo puedes decir eso?

—Acuérdate de que mañana es domingo y que les prometiste llevarlos al Zoo…

—¡Y los llevaré!

Imposible. Al día siguiente, domingo, sonaba el teléfono y tenía que irse a tal o

cual obra, y el Zoo se quedaba huérfano de Laureano y Susana…

—Mujer… pero ¿es que tiene tanta importancia?

—¡Muchísima! A tu lado son felices. Y viven de pequeños detalles. A los chicos no se les puede engañar. Si les prometes un helado, el helado es para ellos vital. Preferiría mil veces llevar una vida más modesta y poder salir todos juntos, como hacíamos antes.

—De acuerdo, de acuerdo, cariño… ¡Procuraré arreglarlo! ¡Lo arreglaré como sea! —Julián se acariciaba la mejilla derecha y esbozaba una sonrisa de culpable—. ¿Dónde están ahora los peques?

—¡Huy, hijo! Se te paró el reloj. A las diez en punto dormían ya como angelitos…

Montserrat acusaba, acusaba desde su palco de observación…

Y su acusación, referida a la avenida Pearson, era forzosamente mucho más grave, por cuanto allí la pieza clave no se llamaba Margot, sino Rosy. Y el «engranaje» de Rosy, al igual que el de Rogelio, era todavía mucho más violento, puesto que ambos, en ese aspecto, habían perdido pie. Sí, no dejaba de ser curioso que Rogelio, que en la playa de Arenys jamás se atrevió a no tocar fondo, en la vida se lanzase mar adentro, arriesgándose a traicionar, sin darse cuenta, el último lema que oyó y que había adoptado: «Hay que pertenecer a la era del átomo…».

¿Cuáles eran los átomos que le pertenecían? En primer lugar, lógicamente, Rosy. Pero también Pedro y Carol. Y la integración que éstos necesitaban era también muy simple: el Zoo, un helado, que no los engañaran, salir en coche en compañía de sus padres —Rogelio había estrenado un Mercedes—, mirando fuera y exclamando: «¡Mamá, aquella roca tiene forma de rinoceronte!»; o bien: «Papá, ¿por qué en esa comarca la tierra es tan roja?». En vez de eso, las cenas en solitario…, o con la doncella o con Montserrat. Rogelio y Rosy, de un tiempo a esta parte tenían casi todas las noches «cenas de compromiso» en tal o cual restaurante, o en el propio Club de *bridge*. Y viajaban aquí y allá, con o sin el coronel Rivero. ¡Si por lo menos Rosy se hubiera zafado de la «rueda»!; pero Rosy estimaba que ella tenía los mismos derechos que su marido, además de que con ello a menudo le hacía la pascua. Lo cual era apabullante, habida cuenta de que Pedro necesitaba estar al lado de su madre y era feliz con sólo recibir una caricia suya. Cierto: Pedro quería con locura a Rosy. No había para él mujer más hermosa en el mundo. Sobre todo cuando estaba alegre, todo en Rosy era glorioso y sus verdes ojos se convertían en una especie de guiño luminoso como las lucecitas de los ascensores, que encandilaban a Anselmo. ¡Ay, pero ni a ella ni a Rogelio se les ocurrió nunca ir al colegio a preguntarle al padre director el juicio que Pedro le merecía!; les bastaba con echar un vistazo a las notas que recibían por correo. «¡Bravo, mocito! ¡Continúa así, y pídeles a los Reyes Magos lo que más te guste!».

Y por último, a juicio de Montserrat, contaba mucho la presión religiosa, «lindante con la necrofilia», que imperaba en el Colegio de Jesús.

Delicado asunto, pero auténtico como las lamentaciones del doctor Vidal, que a fuerza de mirar con el telescopio el lejano firmamento había llegado a conocer con bastante aproximación la distancia que existía entre lo conveniente y lo desmesurado. El Colegio de Jesús era obsesivo en ese aspecto. Los profesores lo llevaban en la sangre. La Virgen era más necesaria que todos los libros de texto. El infierno era tan verídico como que el padre Barceló, director del coro, aspiraba rapé. Los alumnos debían estar siempre vigilantes, pues el diablo andaba cerca, tendía trampas aguardando su presa. ¡Si la presa era una alma pura, un niño bautizado —y de consiguiente, miembro del Cuerpo Místico—, tanto mejor!

El paladín de esa coacción redentora era el padre Sureda, *el Topo*, el director espiritual, que solía ir llamando a los alumnos uno a uno a su despacho particular, despacho presidido por un crucifijo doliente y cuyo olor, al decir de Pedro, recordaba el de las habitaciones que habían permanecido sin ventilación durante años y años.

Los movimientos del padre Sureda eran arlequinescos, como si mientras hablaba fuera yendo a la eternidad y viniendo de ella. Su tez se parecía a la de Alejo: era como de cera y sus ojos licuosos. El celibato se le notaba en sus repentinos rubores y en la manera blanda de acariciarse las manos. A juzgar por su labor, el programa que se había trazado con los alumnos era doble: despertar vocaciones y preservarlos del pecado de la carne. Para lo primero, utilizaba los ejercicios espirituales, de una semana de duración. «Hijos míos, la elección de estado es el acto más decisivo de la existencia. ¿Por qué no reflexionar? ¿Hay algo más grandioso que renunciar a lo perecedero y consagrarse a Dios? ¡Pobre de aquel que desoiga la llamada! Los textos sagrados reiteran una y otra vez qué *difícil le será la salvación*».

Algunos alumnos se impresionaban hondamente, y a escondidas de sus padres menudeaban las visitas a aquel despacho en el que nunca entró, al parecer, la rutilante luz de abril. Pero donde la figura del padre Sureda se agigantaba verdaderamente era en el confesonario. ¡El confesonario! Los alumnos iban arrodillándose en él, gacha la cabeza, y el velo morado caía sobre sus espaldas, separándolos del mundo y situándolos a merced de la voz susurrante del padre Sureda.

—¿Cuántas veces?

¿Cómo saberlo? Los «actos» podían contarse; pero los pensamientos…

—Hijo mío, ¿no te das cuenta? ¡Estás ofendiendo constantemente a Dios!

Ofender a Dios… ¿Cómo era Dios? Laureano, tan pronto se representaba en su interior la figura del Padre Eterno como la de Cristo. En el fondo, le dolía más ofender a Éste, crucificado, que a Aquél, y esa misma distinción lo torturaba. Pedro más bien sentía la presencia justiciera del Padre, al que veía sentado en el trono, con su poderosa cabeza y su tupida barba. En cualquier caso, era el Padre Eterno «quien creó el mundo y todas las cosas visibles e invisibles».

—Hijo mío, ¡otra vez has perdido la gracia de Dios!

¿La Gracia? ¿Qué era la Gracia? Laureano, influido por la abuela, Beatriz, la imaginaba como una lluvia bienhechora que caía mansamente del cielo y que

inundaba de júbilo su espíritu; en cuanto a Pedro, sentía inevitablemente un resto de incomodidad, pues el propio padre Sureda les había dicho muchas veces que la fe —y la gracia derivada de ella—, era un «don gratuito». En verdad que entre los muchos misterios que atosigaban a Pedro uno de los más punzantes era el de la predestinación.

—El diablo es muy sagaz, ¿comprendes? Te ataca por donde ataca a todos los niños: por el deseo, por la carne… ¡Vence el deseo! ¡Pídele a la Virgen que te ayude! Recuerda que el catecismo habla muy claro sobre quienes adquieren el hábito de pecar…

¡El infierno! Para Laureano eran llamas, gritos y un desfile ininterrumpido de rostros y cuerpos monstruosos; para Pedro, eran llamas y un gran silencio, un silencio absoluto. Los condenados se movían a cámara lenta entre charcas oleaginosas y fuego, deseando con todas sus fuerzas ver a Dios, sin conseguirlo. Y ello por los siglos de los siglos…

Pero la vida seguía su curso, como el bachillerato, y llegó para los dos muchachos lo que tenía que llegar. Inevitablemente, con la brusquedad con que el invierno asomaba las orejas o con que el mar se ponía bravo, de pronto, mientras el padre Sureda se refocilaba hablando de la castidad, Laureano y Pedro, una mañana cualquiera, descubrieron su propio cuerpo.

Fue una formidable explosión o descarga. Jamás hubieran podido imaginar que aquello fuese tan fuerte, tan poderoso, que los sacudiese con tal vigor de los pies a la cabeza. Hasta entonces sólo habían conocido los sueños, las súbitas erecciones al sentarse en determinadas posturas —con frecuencia, yendo en coche—, e] pecado solitario cometido de una manera casi inconsciente; pero siempre se trató de momentos esporádicos, sin previo y claro consentimiento, por lo que el padre Sureda, en el confesonario, si bien se había mostrado duro, les había devuelto la tranquilidad.

Pero de pronto todo cambió. Empezaron a circular por el colegio recortes y postales con figuras eróticas. Al parecer, su introductor fue precisamente Andrés, Andrés Puig, el hijo del joyero, que siempre hacía tintinear en el bolsillo unas cuantas monedas. Los recortes pasaron de mano en mano y los ojos de los muchachos se agrandaron como soles y adquirieron brillos inéditos, hermosos y salvajes a la vez.

—¡Ahí va…!

—¡A ver, déjame esto!

—¡Cuidado, que viene alguien!

Los libros de texto se llenaron de mujeres desnudas. Y los bolsillos. Y las carteras escolares. Y los cerebros. Fue una invasión jadeante, comparable a los relinchos de los caballos o a la caracoleante espuma que listaba la boca de éstos al terminar una carrera.

Laureano y Pedro no sabían qué les ocurría. Formas de mujer los rodeaban por todas partes. Las carteleras de los cines, los anuncios, los escaparates, en algunos de los cuales las prendas interiores femeninas, perfectamente adaptadas a las curvas de

los maniquíes, avanzaban hacia ellos con una insolencia que los desazonaba.

—¿Te has fijado? ¡Si serán…!

Les faltaba vocabulario. Por lo menos, a Pedro y a Laureano. Otros compañeros parecían más habituados y colocaban adjetivos contundentes, de tremenda precisión. Andrés Puig, mayor que ellos, bajito y que tenía repugnantes granos en la cara, solía decir: «Cada grano de ésos es una mujer».

Una tarde extraña, a la hora del recreo, precisamente después de haber escuchado en la capilla una plática preparativa para el *Mes de María*, Laureano y Pedro se encontraron en los urinarios y una vez allí, sin saber cómo, presas de una excitación incontenible, se masturbaron conjuntamente. Y ante su sorpresa, la imagen que evocaron en el momento —sin comunicárselo entre sí— no fue ninguna de las contempladas en las carteleras, ni en los anuncios, ni en los recortes: fue, exactamente, la imagen de Montserrat, la institutriz. Los dos muchachos, cada cual por su cuenta, la recordaron en mil posturas distintas, sobre todo, componiéndose el apretado jersey y emergiendo una vez en bañador, esbelta y chorreando, de la piscina de «Torre Ventura», en Arenys de Mar.

El aguijón de la sensualidad. El rito de las pasiones, que los condujo a una larga y agotadora etapa de escrúpulos. El padre Sureda, en su garita oscura y dogmática, les ponía las manos en el hombro.

—Hijo mío… ¡si no luchas estás perdido! En penitencia, rezarás cinco rosarios y cinco Salves; y ahora, el «yo pecador…».

Yo, pecador… Sí, aquello era un pecado, un pecado mortal. Lo decía el padre Sureda y también mosén Castelló: «Muchachos, cuidado con los malos pensamientos…». Laureano tuvo varias veces la impresión de comulgar sacrílegamente, pues no estaba seguro de haberse confesado con todos los requisitos que el catecismo exigía.

—¿Cómo sabes tú, Pedro, que te arrepientes verdaderamente? ¿Y que tienes propósito de enmienda?

—Pues, la verdad, yo…

Pedro sufría menos que Laureano, lo cual resultaba paradójico, pues aquél en el fondo era más consciente que éste de todas sus acciones. Pero ocurría que, aparte de que el clima familiar era distinto, existía una razón personal, secreta, que el hijo de Rogelio y Rosy no comunicaría jamás a nadie: el muchacho, al pecar, se sintió como liberado de la agresión que siempre significaron para él la broma del «seminarista», su «pintoresco parecido a Carol», los rasgos feminoides que veía en el espejo. Pedro estaba ahora seguro de su virilidad. «¿Eh, qué tal?». ¡Menuda conquista! Todo ello pesaba lo suyo en la balanza. Lo cual no suponía que al entrar en la capilla no sintiera a veces que las piernas le flaqueaban, y que al saber que le habían puesto un diez en «Piedad» no se considerase un hipócrita redomado.

Montserrat, que advirtió el forcejeo de los muchachos y que hubiera podido precisar el instante exacto en que éstos comenzaron a mirarla «de otra manera»,

acusaba… Acusaba al Colegio de Jesús de torturar conciencias adolescentes. Lo cual no le impidió comprarse dos jerseys, uno amarillo, otro azul, más ceñidos aún que los que llevaba habitualmente.

Rogelio, hablando del Liceo Francés, había dicho que se formaría en él «una pandilla de aúpa». No le faltaba razón. Aunque no en los mismos cursos, se encontraban allí, junto con Susana, Carol, Cuchy —la hija de Ricardo Marín y Merche—, Marcos —el segundo hijo de Aurelio Subirachs—, el primogénito del doctor Trabal y otros compañeros que se integraron al grupo.

Susana y Carol se llevaban bien, pese a la diferencia de caracteres, debido a la espontaneidad del torbellino de los Ventura. Podía predecirse que no llegarían a una auténtica intimidad, porque Carol era desconcertante y Susana no se entregaba fácilmente; pero cierta simpatía recíproca era evidente.

Algo más complicadas eran las relaciones entre Susana y Cuchy. Al principio, más bien existía distanciamiento, ya que Cuchy había heredado el aire de superioridad de su madre y la innata distinción de su padre; pero el ambiente del Liceo Francés obligó a la muchacha a bajar los humos, de lo que Susana se alegró, habida cuenta de que Cuchy tenía excelentes cualidades, tales como alegría natural, capacidad autocrítica, etcétera, a lo que cabía añadir gracia y expresividad, con muchas pecas salpicándole la cara. Cuando alguien quería reprenderla se le anticipaba diciendo: «No me lo digas; soy un desastre». Siempre cabía la duda de si hablaba en serio o empleaba un ardid; pero Susana iba inclinándose a creer que se trataba de lo primero.

Marcos, el inefable Marcos Subirachs, tenía, en opinión de Susana, el grave defecto de que todo le daba asco. Aficionado a la pintura, visitaba los museos, pero al salir de ellos decía: «ni fu ni fa». Muchacho de rostro ovalado, como el arquitecto amigo de Julián, y de ojos soñadores. Distraído, obsesionado por el posible significado de los sueños, era vanidoso y sentía verdadera alergia por todo cuanto oliera a romanticismo. «¿Sabes lo que más detesto del Liceo Francés, Susana? ¡Las fábulas de La Fontaine! Te pongas como te pongas, son un tostón». Susana se reía mucho con él. «Anda, que vas para genio». Marcos, achaparrado, hinchaba el tórax. «¡Pues no me extrañaría, fíjate!». Imposible adivinar lo que sería de él.

El hijo mayor del doctor Trabal era un muchacho enamorado de la modestia. Trabajo de hormiga. No quería sobresalir en nada, no quería exhibirse. Algo descuidado en el vestir, eludía brillar en las conversaciones y trataba por igual a los chicos y a las chicas. No parecía creer que en la vida hubiera montañas y hondonadas, listos y tontos. ¿Escepticismo fundamental? ¿El mismo rasero para todo? Era muy friolero y siempre llevaba bufanda. Susana se resistía a creer, como hacían otros, que era una mediocridad. «A lo mejor es de esos que luego dan la gran sorpresa».

El Liceo Francés… Susana solía resumirlo diciendo que allí se pesaba el pro y el

contra y se respetaba la «lógica». El padre de la muchacha, Julián, escuchaba a su hija y no llevaba trazas de compartir su entusiasmo. «Tu tío Manolo dice que la lógica es el consuelo de los que no disponen de nada mejor. Te pondré un ejemplo, muñeca… Cuando tu madre toca el piano, ¿cómo prefieres que lo haga? ¿A base de lógica o a base de alma?». Susana se quedaba perpleja como cuando con un espejo podía deslumbrar a los vecinos de enfrente. Era demasiado joven para acertar a responder lo que le andaba por dentro, es decir, que las palabras «lógica» y «alma» no se excluían forzosamente.

¿Y Sergio? Sergio, el hijo de Amades y Charito, cursaba el bachillerato en el Instituto Guimerá. Por el momento no tenía ocasión de demostrar sus dotes de líder, pero no le importaba. Dos de los catedráticos, depurados después de la guerra y readmitidos últimamente, se propusieron influir en él al descubrir terreno abonado para sembrar las ideas que presidieron sus años de lucha, lucha que terminó en derrota. Sergio, que era incapaz de sonreír, los escuchaba con la cabeza gacha, como Laureano y Pedro escuchaban en el confesonario al padre Sureda. Sin saber por qué, ciertos vocablos se le adherían como ventosas: «injusticia», «capitalismo», «solidaridad», «pueblo…». Tampoco podía adivinarse lo que sería de él, pero Amades pretendía saber lo que no sería: Sergio no sería jamás un hijo dócil, un hijo conformista, un lacayo a sueldo de cualquier taumaturgo, del mejor postor… o de la Agencia Hércules.

CAPÍTULO XVI

El acontecimiento que iba a romper el aislamiento español llegó por el ángulo más inesperado pero también, quizá, por el más lógico: se celebraría en Barcelona —año 1952— el Congreso Eucarístico Internacional. Sus repercusiones habían de ser enormes, y no sólo entre los chiquillos, que iban a ser objeto de una atención especial, sino en todos los campos, afectando a la política exterior, al futuro de la ciudad, a España entera. El Congreso se celebraría a finales de mayo pero los preparativos empezaron mucho antes, con tal eficacia en las consignas —hubiérase dicho que las concibió el cerebro de Jaime Amades— que se produjo uno de esos contagios colectivos que el doctor Beltrán calificaba de delirantes y frente a los cuales cualquier especulación era una pérdida de tiempo.

¡Congreso Eucarístico! Congreso en honor de la Hostia Santa. La conmoción en Barcelona fue realmente insólita. Aquella comunidad gris, aquella silenciosa colmena de trabajo, en cuestión de unos pocos días se convirtió en un fantástico templo, en una «Catedral Urbana», según valoración de Aurelio Subirachs, asombrado al enterarse de que en la plaza que se llamaría de «Pío XII», cerca de Pedralbes, se erigiría un gigantesco altar al aire libre, con baldaquino y plataformas, y que la cruz que se levantaría en la cumbre del Tibidabo pesaría noventa toneladas. Las calles se iluminaron, engalanáronse los balcones y las fachadas —incluso los de «Construcciones Ventura S. A.»—, brotaron símbolos eucarísticos por todas partes, en los vehículos, en las fábricas, en las bocas del Metro, en las taquillas de los cines e incluso en las pastelerías. Las radios emitían sin cesar música sacra, se vendían postales y banderines, las prostitutas fueron alejadas de la urbe y todos los medios de difusión dirigían el mismo sonsonete a las mujeres: «¡Barcelonesas! Ni vuestros maridos o hijos, ni vuestros hermanos o novios, deben salir a la calle sin la insignia del Congreso Eucarístico Internacional». Julián, sin darse cuenta, se encontró con dicha insignia en la solapa, lo mismo que Laureano.

El objetivo señalado por el Papa para el Congreso fue muy escueto: la Paz. ¿La paz? Era natural. Cada día se conocían más detalles del desastre de la última guerra: campos de concentración, cámaras de gas, los efectos retardados de la radiactividad en Hiroshima y Nagasaki, los peligros derivados del caprichoso trazado de fronteras fijado por los vencedores. Beatriz, aupada por mosén Castelló, éste rebosante de satisfacción, y Gloria, aupada por su viudez, se entregaron en cuerpo y alma a la tarea de preparar alojamiento para los millares y millares de extranjeros que, ¡por primera vez desde el término de la guerra civil!, entrarían en España. Formaron parte de una de las organizaciones dedicadas a ese menester, y Gloria comentó: «El Papa ha acertado. La paz es lo más necesario. ¿Y qué mejor antídoto contra la guerra que la eucaristía? Yo nunca olvidaré la paz que sentí en mi interior cuando hice la primera comunión». Por su parte, el Gobierno español dio a entender que se hacía eco de esa

llamada del Vaticano: indultó a todos los presos condenados a penas inferiores a dos años. Según cálculos, tal indulto beneficiaría a unos diez mil detenidos, entre ellos, un cuñado de Manoli, la portera de Balmes. Manoli recorrió las porterías vecinas repitiendo: «¡Viva el Papa!». También era de suponer que estaría contento el señor Obispo —«¿Ilustrísimo o ilustrísima?», continuaba preguntándose Rogelio—, puesto que en una Carta Pastoral publicada para la ocasión había escrito: «No tenemos autorización para abrir las cárceles, pero sabemos que la administración de la justicia está en manos cristianas».

La onda de consecuencias alcanzó, directa o indirectamente, a todo el mundo. Puede decirse que era prácticamente imposible escapar a la vorágine. Grupos de jóvenes recorrían el Panadés recogiendo vino para las misas que se celebrarían, y los floricultores del Maresme obsequiarían en la carretera con ramilletes a los «congresistas» de fuera que se dirigieran a Barcelona. Quinientos mil productores se concentrarían en Montjuich. Doscientos mil atletas desfilarían por grupos, cada uno de ellos con la indumentaria de su especialidad. Los colombófilos organizarían una suelta de palomas en la Puerta de la Paz, en el momento en que pisara tierra española el enviado especial del Vaticano, cardenal Tedeschini. No faltaron pilluelos y trapisondistas que ofrecían por teléfono o a domicilio objetos o recordatorios del Congreso, elaborados sin el debido permiso. Alejo, al enterarse comentó: «Alabado sea el Señor». La propaganda fue tal que Anselmo, el conserje, amigo íntimo de un electricista del barrio, recogió el rumor según el cual se tenderían en la ciudad un total de setenta mil metros de línea, ochocientos altavoces y doscientos micrófonos.

Doña Aurora, en la Pensión Paraíso, se quejó del gasto que todo aquello suponía; pero un huésped le salió al paso mostrándole lo que decían los periódicos. «¿Y las fallas? Cuando María Magdalena derramó sobre los pies y la cabeza de Jesús sus preciosos perfumes, algunos discípulos —Judas a la cabeza— murmuraron: *Se podría emplear el precio de este perfume en beneficio de los pobres*. Y Jesús salió en defensa de la Magdalena: *A los pobres los tenéis siempre con vosotros*».

La faz de Barcelona cambió. Empezaron a verse por las calles peregrinos llegados de todas partes, ricos y pobres, jerarquías y pueblo fiel, nacionales y de «allende las fronteras». Multitud de franceses cruzaron los Pirineos —con intenciones muy distintas a las del «maquis»—, y atracaron en el puerto muchos trasatlánticos y otros buques procedentes de Italia y Oriente. Abundaban los súbditos sudamericanos, que con sus abalorios coloreaban la ciudad. Llegaron el obispo de Calcuta, Paul Claudel, exiliados polacos al mando del general Anders… Y millares y millares de gentes humildes, que llevaban sólo su pequeño ajuar y una inmensa ilusión de fe en los ojos, y muchos de los cuales no sabían siquiera dónde podrían dormir.

Cabe señalar que la llegada de los «extranjeros» constituyó uno de los más violentos revulsivos del Congreso Eucarístico. El doctor Beltrán peroró largamente sobre el particular con su hermana, Carmen. El aislamiento y la propaganda unilateral de tantos y tantos años habían habituado al pueblo español a tener de las naciones

foráneas —y en consecuencia, de sus ciudadanos—, una imagen muy particular, especialmente de aquellos que vivían bajo sistemas políticos democráticos. La población miraba con asombro a aquellos seres…, porque su apariencia era absolutamente normal. ¡Eran de carne y hueso, capaces de tener hambre y sed! ¡Y de ceder el asiento en los tranvías y de entusiasmarse en las Ramblas con los quioscos, los puestos de flores y la venta de pájaros! Margot, a la salida de una de las visitas que hizo al Cristo de Lepanto, le dijo a Julián, señalando unos autocares belgas cuyos ocupantes no tenían el menor aspecto de querer organizar un motín:

—¿Qué opinas, majo? —y Julián se calló, porque cuando Margot decía «majo» era que no había nada que objetar.

Por fin, ¡la inauguración! La metáfora de la «Catedral Urbana» pasó a ser una realidad. Se celebraban actos masivos, hoy ante el templo de la Sagrada Familia, mañana en el Tibidabo, al otro día en la iglesia de la Merced. Rogelio lucía la insignia de «Congresista de Honor» —la categoría dependía de la importancia del donativo—, lo mismo que el conde de Vilalta y que Ricardo Marín. En el Pueblo Español se reunieron diez mil jóvenes cantando, mientras un pelotón de elegidos ciclistas bajó en andas, sin ningún percance, desde Montserrat, la imagen de la «Moreneta». ¡Y los niños! Sí, los niños habían sido objeto de una preparación singular. En el Colegio de Jesús, la consigna había sido la «caridad» —privarse de alguna golosina para dársela a los pobres, hablar bien de todo el mundo, etcétera—, y a lo largo de varias semanas el saludo escolar consistió en la jaculatoria «Loado sea el Santísimo Sacramento». Pero también colaboraron al éxito los sordomudos. La Organización de Sordomudos ofreció a sus afiliados el pase de varias películas mudas, religiosas, así como un auto sacramental titulado *Mártir por la Eucaristía*, y sacerdotes conocedores del lenguaje mímico oyeron en confesión a aquellos seres privados del oído y de la palabra.

De pronto, el detalle imprevisible. Resultó que entre los muchos millares de extranjeros llegados a Barcelona, uno de ellos irrumpiría como un vendaval en la avenida Pearson, dándoles a sus habitantes, además de la gran sorpresa, una visión inesperada de lo que estaba aconteciendo. Se trataba de la mujer del gran amigo de Rogelio en París, del exiliado Juan Ferrer, que le salvó la vida en la Cárcel Modelo. Se llamaba Chantal ¡y era católica! A última hora se había incorporado a una expedición especial para asistir a las ceremonias de clausura del Congreso.

Sólo almorzó con ellos, porque «no le gustaba dar la lata». Era pelirroja, de aspecto muy enérgico y muy vital. Se llevó de calle a la familia Ventura. Rosy le hubiera censurado la manera de vestir y el peinado, pero se dio cuenta de su naturalidad, rapidez de pensamiento y eficacia. Pedro y Carol la inspeccionaban como si fuese una aparición, y todo lo que hacía y decía les caía en gracia. Rogelio no cesaba de repetir: «¡Caramba con Juan! ¡Supo elegir el muy condenado!».

Pero no se trataba de piropearse unos a otros. Chantal, después de intercambiar con ellos los consabidos detalles de tipo familiar y de explicarles que en Francia era corriente que contrajeran matrimonio personas de ideas muy distintas, costumbre que

a ella le parecía de perlas, les habló de la impresión que le había causado el Congreso. La organización, perfecta. Ahora bien, ¿cómo era posible que la multitud hubiera coreado entusiásticamente la exclamación del cardenal Spellman a su llegada de Nueva York: «¡O comunión, o comunismo!»? ¿No había otra alternativa? ¿Y cómo era posible que el Ejército español, representado por 100 generales y 4000 jefes, oficiales y suboficiales, se adhiriera ¡al Congreso de la Paz! bajo el lema: «Tributo de amor y adoración al Señor Dios de los Ejércitos en el misterio de la Eucaristía»?

Pero al margen de esto, Barcelona le había gustado mucho, ¡claro que sí! La Sagrada Familia, Montjuich, el Tibidabo, el barrio de la Catedral, etcétera. Sin contar conque era la ciudad de su marido, Juan Ferrer, lo que por sí solo la emocionó en gran manera. No obstante, ¿le permitían una observación? La población en general, ¡y aquéllos eran días de fiesta!, le parecía triste. Más que triste, uniforme, pero a la vez excitada, lo que no resultaba fácil de explicar. Como si la gente buscara vencer esa tristeza por medio de desahogos externos, como la gesticulación y hablar a gritos. Con un nivel de pobreza advertible en mil detalles: en la indumentaria, en algo tan revelador como los bolsos, en el aspecto que ofrecían las tiendas, las casas y los portales, que pese a los adornos de circunstancias daban la impresión de no haber sido remozados jamás. No se trataba de hacer comparaciones con París, que también tenía defectos innumerables, pero sí de comprobar que faltaba en el ambiente cierto polen de libertad que para un francés resultaba indispensable y muy querido. Se daba cuenta de que se expresaba mal, pero es que no encontraba la manera. La gente no estaba cohibida, pero se advertía que no disponía más que de una opción. Y al margen de esto, era difícil establecer ciertas relaciones de causa-efecto, que ella, personalmente, estimaba esenciales. Por ejemplo, ¿qué relación había entre el Congreso y el hecho de que, gracias a éste, los trabajadores de la capital y de la provincia percibieran una paga extra? ¿Habitualmente no cobraban lo necesario? ¿No tenía aquello un aire de limosna?

—Pero dejemos esto, ¿verdad? Barcelona es muy bonita y tienen ustedes una parejita preciosa, como la nuestra. ¡Estoy segura de que si un día se conocen Pedro y Carol, y Maurice y Bernadette, que así se llaman los nuestros, harán muy buenas migas! ¡Y si hacen buenas migas, tanto mejor!

Otra abierta y gran sonrisa de la pelirroja Chantal. Apenas si hubo tiempo para nada más. La mujer se dio cuenta de que la familia estaba entre embobada y dubitativa, que todo aquello requeriría matizar mucho más, y no quiso prolongar la situación. Lo que hizo, antes de marcharse, fue arrancarles la promesa de que Rogelio y Rosy aprovecharían cualquier ocasión para hacer un viaje a París. ¡Descubrirían un mundo, desde luego! París, rehecho ya de la huella dejada por las botas alemanas, estaba delicioso y sin duda había allí mucho que aprender. ¡Ah, y con la ventaja de que en la capital francesa ya tenían hotel, el Hotel Catalogne! Con baño y ducha, lo que en París no era muy corriente…

Chantal desapareció…, dejándoles a todos la sensación de que entró con ella una bocanada de aire nuevo, de fuera. Discutible, pero nuevo, que rompía cierta monotonía ambiental que era preciso admitir. ¡Tiempo tendrían de reflexionar sobre el particular!

Porque, desaparecida Chantal —¿por qué no se quedó unos días, se preguntó Montserrat, pese a que la institutriz sólo oyó retazos del diálogo?—, el Congreso impuso de nuevo su ley sobre todos. Ley que, cara al final, consistía básicamente en la «necesidad de la confesión», de ponerse a bien con Dios. El contagio otra vez. Personas que llevaban años sin pisar una iglesia acudieron a confesarse, como, por ejemplo, Marilín —Rogelio se quedó estupefacto—, la cual al día siguiente se presentó en la Constructora con un vestido más bien recatado. También se confesaron la mayor parte de las prostitutas que el primer día habían sido «confinadas». Se confesó incluso el dueño del restaurante Roma y Anselmo y toda su familia. Todo ello, naturalmente, en previsión de la comunión general que se celebraría en la jornada de clausura, y cuyo preludio lo constituían los Viáticos que recorrían constantemente la ciudad.

De pronto, se produjo la apoteosis. Llegó el cardenal Tedeschini, legado de Su Santidad, imponente bajo su sacra indumentaria, y acertó con la frase justa: «La Eucaristía es el sol de España». ¿Quién podía negarlo, a la vista de lo que ocurría? Mientras una muchedumbre incontable se apiñaba en los alrededores de la estación, agitando centenares de millares de pañuelos y banderitas, pasaban aviones con banderolas que decían: *Benedictus qui vénit in nómine Dómini*, sonaban las sirenas de los barcos y de las fábricas, repicaban todas las campanas de la ciudad y en el castillo de Montjuich eran disparadas las salvas de ordenanza.

Luego, por mar, llegó el Caudillo, en el crucero *Cervantes*, con vistosa escolta naval. En el puerto lo esperaban, además de otro inmenso gentío, la réplica exacta de la carabela *Santa María*, cuyos tripulantes vestían a la usanza del siglo XV. El clamor de la multitud apagó la música de las bandas militares, hecho excepcional al parecer.

Y se alcanzó, por fin, el momento cumbre: la ceremonia de clausura en la plaza de Pío XII. Una riada humana ocupaba las avenidas confluentes y cerca del altar erigido en el centro, el altar que tanto había asombrado a Aurelio Subirachs, el apiñamiento era asfixiante bajo el sol. El espectáculo era en verdad indescriptible, de modo que, en opinión de Rogelio, que ocupaba, en compañía de Ricardo Marín y de Alejo, un lugar muy próximo, alzándose de puntillas para no perderse detalle, holgaban comentarios. En las plataformas circundantes destacaban grupos de niñas ataviadas con trajes regionales. ¿Por qué no figuraba Susana entre ellas? No se sabía. El cardenal Tedeschini inició la Santa Misa y se produjo un fantástico silencio entre los fieles, que pronto se truncó debido a los cánticos, que los altavoces expandían generosamente. En el momento de la Elevación la multitud cayó al suelo adorando. Y poco después se llegó a la comunión. Calculábanse en unas trescientas mil personas las que la recibirían —sólo veinte mil mujeres habían sido autorizadas para ello—, lo

que requirió una movilización masiva de sacerdotes y la intervención de una sección de motoristas que iban y venían para reponer de Sagradas Formas los copones. El sol —«la Eucaristía es el sol de España»— seguía cayendo implacable. Hubo algunos desmayos, pero no importaba. Los botiquines de la Cruz Roja estaban cerca… y todo el mundo dispuesto a ayudar.

Por fin, Franco, que a Beatriz, también privilegiadamente situada, le pareció más bajito de lo que había imaginado, leyó la ofrenda: «No somos belicosos, Señor; por amaros, los españoles aman la paz y unen sus preces a las de nuestro Sumo Pontífice y de toda la Cristiandad en esta hora. Mas si llegase el día de la prueba, España, sin ninguna duda, volvería a estar en la vanguardia de vuestro servicio». Acto seguido, el cardenal Tedeschini impartió la bendición.

Y entonces se produjo un sorprendente fenómeno: hubiérase dicho que nadie creía que aquellos inolvidables días de fervor eucarístico habían terminado, que la bendición del cardenal Tedeschini significaba el «fin». La masa, compacta, no se movía y se mantenía en el aire como una vibración inefable. De algunos rostros emanaba un resplandor fuera de lo común. No, nadie se decidía a abandonar aquel lugar santificado para siempre, aquel altar al aire libre, erigido en nombre de Dios, cerca del Palacio de Pedralbes.

Por último, la muchedumbre se dispersó. Todo el mundo, ¡incluida Chantal!, regresaría a sus hogares y los trasatlánticos —el *Conté Biancamano, l'Île de France, el Constitution*, etcétera— se harían de nuevo a la mar, con su carga de peregrinos, que podrían dar testimonio de las reservas espirituales atesoradas en la España «incomprendida y proscrita».

El obispo de Leeds, monseñor Gheenan, antes de partir visitó la Cárcel Celular y declaró, resumiendo con ello su pensamiento: «El régimen penitenciario español puede considerarse entre los mejores del mundo»; por su parte, el arzobispo de Otawa declaró a los periodistas: «En la elección de Barcelona para la celebración del Congreso, han pesado muy singularmente en el ánimo del Pontífice los méritos contraídos por la ciudad en la terrible persecución sufrida durante la guerra civil».

Las aguas volvieron a sus cauces; las prostitutas, a sus burdeles. El Congreso era ya historia. Pero ¿existía historia «neutra»? El doctor Martorell, el frío y pragmático ginecólogo que atendía a Rosy y que entre parto y parto gustaba de filosofar, creía que no. Y en esa ocasión concreta, afirmó rotundamente que el acontecimiento que Barcelona había vivido significaba, en efecto, el comienzo de una nueva etapa para la nación. «La cosa ha venido por ahí, pero ha venido. Se han abierto las puertas. Entrará oxígeno. Y nosotros podremos salir… Yo mismo acabo de ser invitado por un colega, un "congresista" holandés, a un simposio sobre el parto sin dolor que en octubre se celebrará en Amsterdam».

El tiempo iba a demostrar que era cierto. No obstante, por el momento cada cual comentó el Congreso de acuerdo con su óptica particular. El doctor Beltrán palabreó

largamente con Beatriz, que se hacía lenguas del «exitazo» conseguido.

—Tienes razón, Beatriz. Ha sido un exitazo… Lo que demuestra que estoy en lo cierto: el país es así. Mientras puedan entretener al pueblo con jolgorios de este tipo, todo el mundo continuará aguantando y aquí no pasará absolutamente nada.

Margot, ante la sorpresa de Julián, desde que se inició la propaganda «eucarística» había adoptado una acritud infinitamente menos militante que su madre. Renunció a cuantas comisiones organizadoras le propusieron. Se alegró de que el Congreso se celebrase, pero en el «contagio colectivo» advirtió un no sé qué que la colocó a la defensiva. Para Margot, la religión era algo íntimo, depositado como agua clara en el cuenco de la conciencia. La molestaban los exhibicionismos, incluidas las procesiones de Semana Santa… En consecuencia, a lo largo de aquellas semanas se limitó a incrementar ciertos actos de piedad, entre ellos sus habituales visitas al Cristo de Lepanto; nada más. En cuanto al día de la clausura, se negó en redondo a ir a la plaza de Pío XII, prefiriendo comulgar en la parroquia, al lado de Julián y en presencia de sus hijos. Y si Susana no figuró entre las niñas que vestían trajes regionales en las plataformas adyacentes al altar, la decisión fue de Margot.

—Me comprendes, ¿verdad, Julián? Sé que el pueblo necesita de ciertos apoyos ingenuos para ir manteniendo su fe; pero yo veo en esas exhibiciones muchos peligros. Creo que habría que ir acostumbrándolo a un tipo de religión más responsable, más razonada…

—¿Razonada? —Julián enarcó las cejas—. ¿Cómo quieres razonar la religión? Tú misma me has dicho muchas veces que es un misterio… Y en esos días lo he estado pensando y te doy, más que nunca, la razón. Para la religión no sirve la cinta métrica. O es el capelo del cardenal Tedeschini, la concesión de indulgencias y diez mil niños cantando en la plaza Cataluña, o no es nada… ¡Bueno! Quiero decir que sin todo ese… aparato, la fe desaparecería pronto del mapa.

—En eso te equivocas, Julián —objetó Margot—. Lo que desaparecería sería esa especie de magia que tanto daño ha hecho a las personas como tú… En consecuencia, los creyentes seríamos menos, pero más sinceros, más auténticos. Y nuestra fuerza, a la larga, sería infinitamente mayor. Porque, en resumidas cuentas, ¿para qué sirven esas cantidades de gente que lo mismo alaban al Señor que vitorean a Evita Perón, en Madrid, en la plaza de Oriente? No, yo prefiero la medallita que lleva Laureano a las cruces que pesan noventa toneladas…

—De acuerdo —admitió Julián.

Otro punto de vista era el de Rogelio, que vivió una serie de circunstancias concatenantes. Primero tuvo que convencer a Rosy para que aquellos días, espléndidos, no se fuera con los chicos a Arenys de Mar. Rosy le había dicho: «¿Te has fijado en la catadura de la mayor parte de la gente que se ha lanzado a la calle? ¡Lo siento, pero no puedo con ello! Mi desgracia es tener un olfato excesivamente delicado…».

Una vez convencida Rosy —con un argumento irrefutable: «Nos *conviene*

quedarnos aquí»—, apareció Chantal. Y a Rogelio le impresionó sobremanera que una mujer como ella, de tan marcada actitud crítica, se desplazara desde París para asistir al Congreso… ¡y para tomar en él la comunión! Comulgar en el Congreso, sí, puesto que les dijo que pensaba hacerlo. ¿Centenares de quilómetros para participar en un acto así?

Y por si algo faltaba, a última hora ocurrió lo que nunca Rogelio hubiera podido sospechar: Vicenta, su suegra, se trasladó también a Barcelona, pero esta vez no para pedir caramelos, sino dispuesta a luchar, con la ayuda de mosén Castelló ¡para enviar al constructor a un confesonario! Es decir, lo mismo que Marilín… Rogelio, «Congresista de Honor», se resistió, ¡pero por fin claudicó! Luego pensó que nada perdería con situarse en un lugar visible de la plaza Pío XII, cerca del altar, ¡y tomar también la comunión! Lo mismo que Amades, que Beatriz, que Gloria, y que Chantal…

Sin embargo, cabe decir que aquellos instantes —ni Ricardo Marín ni Alejo se percataron— fueron de los más dramáticos de su existencia. Porque de pronto sintió tremendos escrúpulos. Vio a su lado una serie de aquellos rostros «de los que emanaba un resplandor fuera de lo común», y se acordó de que, siendo él niño, su abuelo lo llevaba a la iglesia del pueblo y al llegar al comulgatorio lo cogía de la mano. El recuerdo del abuelo le trajo a la mente el de su madre y el de sus hermanos, que no se habían movido del plantío de Llavaneras… ¡Sus hermanos! Si lo vieran comulgando… A Rogelio se le apareció en aquellos instantes, con inusitado relieve, la causa concreta de la agresividad con que lo trataban aquellos dos seres que llevaban su misma sangre: Rogelio, en 1939, al salir de la Cárcel Modelo, pasó unas semanas en un estado tal de exaltación y de hambre de venganza, que no «actuó» en ningún piquete de ejecución, pero sí estuvo presente en varios fusilamientos, y, lo que era peor, cometió la increíble torpeza —que entonces le pareció normal, pero que después lo asfixiaba por dentro—, de enseñar a sus hermanos una caja de cerillas en la que guardó durante veinticuatro horas tres ojos correspondientes a tres milicianos que en la Cárcel Modelo lo estuvieron amenazando durante meses y meses.

«¿Cómo pude hacer eso?», se preguntó en el momento de comulgar, mientras Alejo, a su lado, ponía un pañuelo en el suelo para no ensuciarse el pantalón al doblar la rodilla. Comulgó, pues, sufriendo lo indecible, y obsesionado por la idea de que sus hermanos, cada vez que lo miraban, debían de estar viéndole sus propios ojos, claros y azules, pero además otros tres ojos viscosos, moviéndose como bolitas muertas en el fondo de aquella caja de cerillas.

Pronto consiguió reaccionar, porque así era su temperamento; pero fue uno más entre los muchos participantes en la ceremonia que permanecieron quietos allí, sin moverse, hasta mucho después de que el cardenal Tedeschini hubiera impartido la bendición.

¡Todo lo cual, desde luego, no tenía nada que ver con el estado de ánimo que se apoderó de Jaime Amades en el transcurso del Congreso! Para el propietario de la

Agencia Hércules, el repetido «contagio colectivo» no representó más que la confirmación de su tesis: la eficacia del machaqueo…

—¿Te has convencido, Rogelio?

Éste guardó silencio. Se había quedado serio. «¿Qué le ocurre?», pensó Amades, muerto de miedo. Nada. No ocurría nada. Fue cuestión de unos instantes. Muy pronto el constructor sonrió, sonrió cada vez más abiertamente y por último levantó el índice y luego, acariciándose el alfiler de oro de la corbata dijo: *O. K.!*

CAPÍTULO XVII

El Congreso Eucarístico significó hasta tal punto una nueva etapa en la vida de la ciudad —y en la de España entera—, que el hecho no lo discutía nadie. El Palacio Episcopal de Barcelona decidió construir, en conmemoración, una barriada entera de viviendas baratas que se llamarían «Viviendas del Congreso», aunque a Rogelio no le interesó intervenir en la subasta de las obras. Diéronse, efectivamente, más facilidades para salir de España y algunos las aprovecharon. Hubo quien, durante una temporada, se comportó un poco mejor. Felisa, la «mañica particular» de Anselmo, le decía al conserje: «¿Sabes que hoy la señora del cuarto derecha me ha saludado y me ha preguntado por tu ciática?». Pequeños y grandes detalles que componían un todo eficiente. En casa de Ricardo Marín la conmemoración se efectuó de un modo particular y bancario, a base de multiplicación: Merche dio a luz otra niña, que por expreso deseo de la madre y de Cuchy se llamó Yolanda.

Rogelio se sentó en el flamante despacho de la Constructora y se puso a reflexionar. También él quería conmemorar el Congreso de alguna manera, inaugurando una nueva etapa en su vida. «Marilín, tráeme el bicarbonato, por favor». «Faltan diez minutos». «No importa». Diluyó el líquido blancuzco, devolvió el vaso a su secretaria y volvió a quedarse solo. Entonces tuvo la corazonada. Desde el primer momento vio la cosa clara y tuvo la certeza de que todo saldría a pedir de boca.

Tomó un bolígrafo de la mesa, aunque no tenía nada que anotar con él, y se dijo: «Vamos a ver». Pensó en los millares y millares de extranjeros que habían entrado por vez primera en España. Y efectuó una de sus clásicas carambolas: no sólo pensó en la reacción de los españoles al verlos —por ejemplo, al ver la cantidad y calidad de sus coches—, sino en la reacción de los propios extranjeros al encontrarse en España. ¡Si consiguiera atar los cabos! Los ató. Por una parte, resultaba evidente que al otro lado de los Pirineos los súbditos se enriquecían de una manera espectacular, lo que les permitiría echar cuando quisieran una cana al aire; por otra parte, España les interesó. Prescindiendo de la personalísima actitud de Chantal, el denominador común, que se hizo patente en las entrevistas periodísticas, en las declaraciones espontáneas, y, sobre todo, al verlos por las calles, fue una alegría desbordante. Se mostraron encantados al pisar tierra española y tener la posibilidad de beber buen vino —y a buen precio— y de desmayarse al sol. Y no era sólo eso. Les interesó enormemente el paisaje, les interesaron los contrastes, ¡y les interesó el misterio! Sí, ésa era la noción principal. Todo lo miraban con ojos asombrados, como Julián a los autocares belgas aparcados frente a la Catedral. España, después de tantos años de confinamiento, era para ellos un misterio e ignoraban lo que había detrás de él. Muchos creían que el país todavía quemaba a los herejes… Tal circunstancia ejercía

sobre sus cerebros una atracción particular, que probablemente, al regreso a sus hogares, el recuerdo intensificaría.

¿Cabía sacar alguna conclusión específica de semejante rompecabezas? Sí, una muy precisa. «Marilín, que no me interrumpan, por favor. Hasta nuevo aviso, no estoy para nadie». Cabía sacar la conclusión de que a dichos extranjeros les apetecería volver con menos prisa, y que tal deseo se expandería en cadena… Lo más probable era que, si alguien los estimulaba, en los próximos años —imposible precisarlos exactamente— España podía convertirse en el lugar preferido por los turistas de Europa y, más tarde, de América. El Congreso había sido la primera hornada, de signo espiritual; le sucederían otras hornadas, un tanto más paganas, puesto que a las mujeres les gustaría broncearse en las playas, como le gustaba a Rosy, y los varones, cabezas de familia, calcularían que, al cambio, pasarse aquí quince días con los suyos les saldría baratísimo…

¿Alguna razón en contra, algo que objetar? Rogelio eructó un par de veces, encendió un habano y se echó para atrás. El planteamiento se le antojó correcto. La riqueza traía consigo automáticamente ganas de viajar, de cambiar de aire, de ver cosas nuevas. España, empezando por la situación geográfica, sería sin duda ese «aire nuevo» que los enriquecidos turistas querrían respirar.

¿A qué esperaba, pues, sentado en aquel sillón? O estaba borracho —y sólo había tomado bicarbonato—, o había llegado el momento de proponerles a Ricardo Marín y al conde de Vilalta la posibilidad de fundar la sociedad con que él soñó tantas veces y de que les habló en el Club de Polo. «Bueno, cuando tengas algo concreto, avísanos», le habían dicho. Ya lo tenía. ¡Y no era moco de pavo! Anticiparse. Anticiparse a todas las agencias turísticas, que, en un plazo no muy largo, brotarían como setas. Tratábase de lograr que los turistas, una vez en España, encontraran ciertas comodidades: ello significa construir algunos hoteles de categoría diversa. Tratábase de que el mayor número posible de aquéllos se enterase de los misterios que los aguardaban aquí: eso significaba mucha publicidad. Tratábase de facilitarles la venida, la estancia y el regreso: significaba montar una agencia de viajes en regla, etcétera. El asunto tenía su miga. No era un juego de niños. Pero el que pegara primero pegaría fuerte.

—Marilín, ¿qué aspecto tengo hoy?

—Se le ve algo preocupado.

—Pues a ver si me quito el peso de encima… —Y llamó por teléfono.

Antes de decidirse, Rogelio lo consultó con Alejo, que tenía también su radar. Y Alejo se entusiasmó. «¡A eso lo llamo yo dar en el clavo!». «¡No te eches para atrás! ¡Si ellos fallan, encontrarás otros socios que se pirren por sacar eso adelante!».

Rogelio se las ingenió para darle a la entrevista cierta solemnidad, consiguiendo que se celebrase en el mismísimo despacho de Ricardo Marín, en el Banco Industrial Mediterráneo. El banquero y el conde acudieron ganados por cierta curiosidad, pues

Rogelio más bien gustaba de tratar todos los asuntos en la Constructora.

—Vamos a ver. ¿Qué pasa con las enseñanzas del Congreso? ¿Te has convertido al catolicismo?

—Nada de eso. Me he convertido en una tómbola al alcance de quien quiera comprar un boleto con la seguridad de llevarse el primer premio.

Y les expuso todo lo que había rumiado para sí. Lo hizo con ardor, con seguridad, ampliando todos y cada uno de los argumentos que llevaba en la mollera. Gesticuló menos de lo acostumbrado, porque sabía que en cuestión de negocios sus oyentes no se dejaban influir por manotazo más o menos. Pero su acento era persuasivo y excitaba los oídos.

Así quedó demostrado. Pasado el primer momento de perplejidad, el conde de Vilalta, que tenía la costumbre de juguetear con el anillo de boda que llevaba en el anular, dijo:

—Desde luego, es una idea. Los directores de mis publicaciones, sobre todo los de las revistas femeninas, me informaron de que realmente España encantó a los congresistas de fuera y que todos se quedaron con ganas de volver. Sí, es asunto que conviene meditar.

Intervino Ricardo Marín. Su versión era un tanto más prosaica, acaso porque no podía olvidar que ocupaba un sillón de banquero. Todo lo referido a las bellezas naturales del país, a los contrastes e incluso al misterio por desflorar le impresionaba poco, porque su novedad tendría carácter puramente esporádico. En todo caso, era preciso hacer hincapié en las condiciones climatológicas y en el cambio favorable de la moneda… Para iniciar el estudio de la propuesta, se imponía hacerlo sobre esas bases.

Rogelio se encogió de hombros. Las condiciones climatológicas eran conocidas —lo primero que él dijo fue «que les gustaba desmayarse al sol»—, y el valor de la moneda figuraba en todas las tablillas del Banco. Así que…

—Claro, claro —objetó Ricardo Marín—. Pero el país es muy vario y hay zonas siberianas; y tocante a las tablillas del Banco, hay que pensar en los posibles bandazos…

—El gráfico de las temperaturas está perfectamente delimitado; y tocante a nuestra pobre moneda, no hay ningún indicio de que pueda mejorar…

—Tal vez tengas razón. Nada hace pensar que se produzca ninguna variación. De modo que al hablar del estudio de la propuesta, más bien me refería a la cantidad aproximada que haría falta invertir.

¡Un paso al frente! Ello significaba que el banquero se había interesado más de lo que dio a entender.

Analizaron el asunto minuciosamente. Y el resultado no quedó claro, por la sencilla razón de que no podían empezar en plan de tanteo, como las tiendas de barrio, sino que, en todo caso, debían lanzarse a fondo. Construir de momento media docena de hoteles lo menos, aumentar la plantilla de Jaime Amades para la

publicidad y montar una agencia de viajes con todas las de la ley.

El bolígrafo de Ricardo Marín continuó funcionando a gran velocidad. Tanto, que de pronto el hombre se asustó. Dijo que no quería decidir nada aquella mañana de sol glorioso… y asfixiante. Aquello empezaba a parecerle demasiado bonito y lo demasiado bonito le resultaba empalagoso. Mejor que lo consultaran, cada cual por su cuenta, con la almohada. «Aquí nos jugamos los cuartos y, la verdad, no querría luego tener pesadillas». El conde de Vilalta fue del mismo parecer. Para casarse anduvo pensándolo siete años.

Por lo visto, no habría lugar a pesadillas, confirmándose la impresión optimista que se llevó Rogelio. Antes de una semana el constructor se había salido con la suya. Las palabras «turismo masivo» ejercieron de imán. Las almohadas dijeron que sí. ¡Naturalmente! Rogelio sabía que sus «socios» —ya podía llamarlos así— no eran tontos y no dejarían escapar la oportunidad.

Rogelio respiró como no lo había hecho en su vida y estuvo a punto de dedicar al Congreso un triduo de acción de gracias. Su sueño más acariciado acababa de convertirse en realidad. Aquello era el espaldarazo definitivo a su afán de trabajar en compañía de «personas importantes».

En la tercera reunión que celebraron el asunto quedó zanjado y sólo faltaba firmar el contrato, que redactarían conjuntamente los abogados de Ricardo Marín y del conde de Vilalta. De momento, los hoteles serían seis —dos en Lloret de Mar, dos en Palma de Mallorca y dos en Torremolinos—, y los encargados de su construcción serían Aurelio Subirachs y Julián, «Que ellos decidan si quieren trabajar por separado o al alimón». De la publicidad se encargaría, efectivamente —otra victoria de Rogelio —, la Agencia Hércules. Todos conocían a Amades y tenían confianza en su capacidad de filtración. En cuanto al nombre de la sociedad fue motivo de largas discusiones, imponiéndose por fin el de Agencia Cosmos, S. A., que era conciso y lo englobaba todo. Sus locales, así como el correspondiente al de la agencia de viajes —Cosmos Viajes—, podrían instalarse junto al edificio del Banco Industrial Mediterráneo.

—¿Brindamos con champaña?

—La cosa se lo merece.

Ricardo Marín había adoptado ya su aire deportivo habitual y dijo que era de esperar que las turistas-clientes ofrecieran un aspecto algo más atractivo que el de la mayor parte de las que acudieron a esperar al cardenal Tedeschini. El conde de Vilalta lamentó que el Gobierno español prohibiera los casinos de juego. «Entonces sí podríamos hacer una selección». Rogelio, que desde el primer momento quiso dar una auténtica impresión de seriedad —y asegurarse la exclusiva de las obras—, dijo que «Construcciones Ventura, S. A.» garantizaba la calidad de los hoteles y de todo cuanto fuera necesario edificar.

Ricardo Marín dijo por fin:

—Ahora sólo falta saber lo que opina Merche.

Hubo suerte. Merche dijo sí.

El contrato se firmó… y manos a la obra. De momento sólo se construirían los hoteles de Palma de Mallorca y Torremolinos. Se adquirieron los solares y Aurelio Subirachs y Julián empezaron a trabajar ¡al alimón! Julián no cabía en sí de gozo. Trabajar de una manera continuada, junto con Aurelio Subirachs, cuya última hazaña era un viaje a Buenos Aires para supervisar una urbanización, significaba su consagración profesional. Claudio Roig le dijo: «Incluso en esto me equivoqué. ¡Pero me alegro por ti!».

Jaime Amades… La jugada era para él tan fuerte que decidió cambiar su cochambroso local por uno nuevo en la calle de Londres, también con tabiques de cristal separando a los empleados. Y las mesas y los bocetos se llenaron de dibujos y textos en los que figuraba la palabra Cosmos. «¡No me dirás que Rogelio sólo aspira a forrarse él!», provocó a Charito, mirándola con fijeza. «No, esta vez se ha portado como Dios manda».

Los locales de la Agencia Cosmos, S. A. se instalaron, como se previno, al laido del Banco Industrial Mediterráneo, en la primera planta. Y Cosmos Viajes, su filial más inmediata, en la planta baja. A dicha oficina fue trasladada Montserrat, que trocó su papel de institutriz —periclitado debido a la edad de Pedro y de Carol, ambos ya en pleno bachillerato—, por el de «encargada de recepción». La chica, que dominaba el francés, se comprometió a aprender el inglés con la mayor celeridad posible, y las demás cualidades para ejercer el cargo saltaban a la vista. Su uniforme, lo mismo que el del botones —un chico de una familia modesta, protegido de Gloria—, era azul, con un escudo en el que se veía un globo terráqueo flotando en el espacio. El día que Julián vio a Montserrat con ese uniforme la miró con tal intensidad y persistencia que la chica se azoró y se preguntó: «¿Qué le pasa al señor Vega?». Y el caso es que el señor Vega no hubiera sabido qué responder.

Las perspectivas eran tan excelentes que una suerte de júbilo contagioso se apoderó de los socios, pese a que ninguno de ellos era novato en esas lides. Se celebraron los consabidos cócteles para festejar el acontecimiento, el más aparatoso de los cuales fue el de «Torre Ventura». Una caravana de coches se trasladó a Arenys de Mar. Hubo música, trajes de etiqueta, brindis, ¡un descarado coqueteo entre Ricardo Marín y Rosy! ¿A qué venía aquello? Al final, lo inesperado, idea de Amades. Un globo terráqueo, excelente ampliación del símbolo de la Agencia Cosmos, ascendió por entre los pinos cielo arriba. Luego, fuegos artificiales y traca final. Pedro y Carol contemplaron todo aquello desde una ventana, al lado del inquieto *Kris*, que pegaba saltos, y se quedaron alelados para el resto de las vacaciones.

Todo el mundo salió encantado, radiante; todo el mundo excepto Margot. Margot, aun a riesgo de volver a ser la nota árida, salió del espectáculo sumida en la mayor

confusión. Había sostenido un brevísimo diálogo con Rosy: «Oye, te veo poco animada —le dijo ésta—; ¿por qué no te has puesto aquel broche tan fantástico que tienes?», y otro con la esposa de Aurelio Subirachs, que parecía una mujer cabal, la cual le confesó que no estaba acostumbrada a aquellas mojigangas, pero que en esta ocasión «Aurelio se había empeñado en asistir…».

«Aurelio se había empeñado en asistir…». Margot había visto a Julián moverse a sus anchas entre semejante mascarada opulenta —aquello no se parecía en nada a las fiestas familiares que en tiempos organizaban los Abadal—, y se preguntó si el hombre se daba cuenta del rumbo que tomaban los acontecimientos. Si se había formulado, como ella lo había hecho, la más sencilla de las preguntas: «¿De qué medios se valía Rogelio para prosperar tan espectacularmente?». ¿Medios lícitos, medios ilícitos? Margot recordaba una sentencia de su padre: «Los ladrones de guante blanco suelen ser bien admitidos entre la llamada buena sociedad». Ella no estaba enterada, naturalmente, del asunto de los *meublés* —únicamente lo sabía Alejo—, pero comprendía que para poder codearse, en cuestión de números, con Ricardo Marín y con el conde de Vilalta no podían bastarle ni la Constructora ni los viajes a Madrid. ¿Qué se escondía, pues, tras aquella escalada vertical? Por si fuera poco, recordaba algunas recientes frases de Rogelio: «El dinero es como la cerveza. La espuma empieza a subir, a subir, y se te mojan hasta los pantalones». «En tiempos de falta de decisión, quien tiene un par de ideas en la cabeza deja k. o. a la competencia».

Apenas si había transcurrido un mes desde el peloteo dialéctico entre Margot y Julián, referido al desajuste de los horarios y al desamparo en que el hombre dejaba a sus hijos. Pero eso a Margot le tenía sin cuidado. Era preciso poner las cartas boca arriba, asumiendo el ingrato papel. Y lo asumió.

La escena tuvo lugar en Can Abadal, a finales de agosto, después de la siesta. Julián se había levantado de buen humor y se sentó en uno de los columpios del jardín, columpio anaranjado, y llamó a Margot y pidió dos refrescos. Y en cuanto la mujer hubo sorbido con una cañita la mitad del suyo, se excusó con su marido de «volver a la carga», pero le planteó sin tapujos lo que le hervía dentro.

Llevaba el discurso preparado, de modo que procedió por orden. Nada de lo que estaba ocurriendo le causaba a ella la menor ilusión, porque demostraba que él no le hizo caso cuando le dijo que los hijos lo necesitaban y que para ellos la promesa de un helado era tan importante como las corbatas italianas lo eran para Ricardo Marín. Lo único que quedaba claro era que Aurelio Subirachs lo deslumbraba como los faros de un coche que pasara de frente y a gran velocidad, y que en adelante él debería trabajar todavía más, incluso los domingos a la hora del almuerzo… ¡No, no hacía falta que la mirase como si no comprendiera el esfuerzo que hacía, y como si no supiera que su intención era buena!; pero ocurría que erraba la dirección del tiro, nada más. Ella y los suyos seguían prefiriendo una vida más modesta y verle la cara de vez en cuando… Lo segundo que quería poner en claro era el sarampión de la opulencia.

¿Qué significaba aquella «rueda» de despilfarros en la que ella se negaba a girar? Todavía no había olvidado aquel cóctel en la avenida Pearson y los que se celebraban ahora eran diez veces más aparatosos. Tal actitud, en los tiempos que corrían, era injusta por definición. Significaba prescindir del cómo y del porqué. Era insertarse en un clima social —ya se lo dijo una vez a Rosy— que a ellos no les correspondía y aprisionarse en una red de compromisos cuando ellos eran dos mosquitos nacidos para ser libres, gracias a Dios. Julián continuaba viviendo de relámpagos —de fuegos artificiales—, más atento a las panorámicas que a los pequeños detalles. El «cosmos» de Rogelio… y de sus socios presentes y futuros implicaba un peligro contra el que era necesario prevenirse. Todo aquello era frivolidad, saltarse por las buenas la escala de valores y el fin justifica los medios. Ella no estaba dispuesta a hacerle la rosca a nadie por el simple hecho de que el dinero fuera como la espuma de la cerveza. Ella no quería subir en globo por entre unos pinos. Ella no quería ponerse ningún broche fantástico para que un Ricardo Marín cualquiera se le acercase y entre bromas y veras le hiciera la corte… Julián no debía pegarse un coscorrón con la pata de una mesa, como le había ocurrido a Amades, porque a Rogelio, tan tripudo, se le había saltado un botón de la bragueta… Y por último —y aquello se estaba pareciendo a una novela policíaca— le gustaría saber de dónde sacaba Rogelio su fortunón. Allí había gato encerrado. ¿Qué gato? ¿Lo sabía él? Si lo sabía, tenía el deber de comunicárselo; si no lo sabía, tenía el deber de enterarse antes de atarse a él de pies y manos. Y para empezar, porque estaba harta de discursos, Julián tenía que partir de una base; otro cualquiera de aquellos festejos que desafiaban a la cordura, y ella automáticamente tendría jaqueca. Sencillamente: no asistiría. Y que Rosy y los demás se lo tomaran como les diera la gana… «¿Enterado, Julián? No quiero calumniar a nadie, pero en todo esto hay algo que no me gusta y no estoy dispuesta a pillarme los dedos…».

Margot no se dejó nada en el tintero, es decir, en el vaso de refresco. Y he aquí que, al final, el arquitecto se levantó. Dio unos pasos por el césped y por último, con su vaso en la mano, y dentro de él la ridícula cañita, se plantó frente a Margot. Su expresión era preocupada, pero a la vez de profundo cariño.

—Margot, me has planteado tantos problemas que no sé por cuál empezar. Es cierto que no somos mosquitos para quedar aprisionados en ninguna red. Hemos creado una tribu y somos jefes de ella; de modo que te doy la razón. Yo mismo me pregunto a veces si no encontraría el medio de levantarme de pronto del taburete de trabajo y decir: «¡Bien, por hoy basta!»; pero llega el momento y no acierto a hacerlo. ¡No voy a hacerte ninguna promesa!; sólo que reconsideraré la situación… y obraré en consecuencia. En cuanto a la «rueda» de compromisos y festejos, lo único que se me ocurre decirte es que es el tributo que hay que pagar. Ahora bien, cada vez que tengas jaqueca sabré a qué atenerme y lo comprenderé perfectamente. Sin embargo, lo que más me interesa de todo lo que has dicho es lo referente a Rogelio. ¿Es realmente un tramposo, un ladrón de guante blanco? No lo sé, Margot… Y tampoco veo claro que tenga la obligación de indagarlo, pues cuando la guerra, antes de

obedecer una orden, no exigía la biografía completa del general… Pero escucha lo que voy a decirte. En primer lugar, en la fiesta de «Torre Ventura» había muchos personajes peores que él; lo que ocurre es que tú no los conoces… y que no usan tirantes. En segundo lugar, debes admitir que no puede medirse a todo el mundo por el mismo rasero. Tú misma le perdonas a Rosy muchas cosas que no le perdonarías a nadie más; a mí me ocurre eso con Rogelio. ¡Lo conozco más que tú! Convivo con él… Por eso puedo también asegurarte lo de siempre: llega un momento en que, pese a todo, tienes que quitarte el sombrero. Acuérdate de que al término de la guerra mundial fue el único que vio claro que aquí no pasaría nada; ahora ha sido suya la idea de la Agencia Cosmos, que es fenomenal. ¡Cuántas cosas similares podría contarte! Tiene algo especial. No me importa confesarte que para mí es una constante lección y que he aprendido a su lado más que en toda mi vida. Sobre todo he aprendido a conocer a los demás, que buena falta me hacía. Un vistazo le basta para clasificar a las personas y localizar dónde está el fallo. ¡Eso es muy importante, Margot! A mí me da una seguridad… Por otra parte, no puedo olvidar que al abandonar a don José María Boix él me tendió la mano y que me ha tratado siempre con una generosidad y una corrección ejemplares. De hecho, gracias a él tengo un presente en la mano, un futuro, campo libre para la imaginación y el apoyo, y perdona…, de Aurelio Subirachs… ¿Te parece poco? Casi significa el futuro de nuestros hijos. Si ello es así, no me fuerces, por favor, a romper con Rogelio. Sería un error. Te repito que lo malo que pueda haber en él no me roza siquiera. Nuestros tratos son tan limpios y claros como el agua de esta piscina. Tu sempiterno defecto, Margot, es que crees que todos los microbios te han de pillar… Tu línea es tan recta que siempre te encuentras en Can Abadal, con ese aire tan puro, esos columpios y esas limonadas; pero Can Abadal, tú misma lo has dicho muchas veces, es una isla… Y ahora basta, porque lo que no hemos dicho se sobreentiende. Vivo de relámpagos, pero los relámpagos tienen la ventaja de que iluminan por un instante lo que hay alrededor…

Margot había juntado los índices y se los había llevado a los labios. Escuchó con la más extrema atención. ¡La voz de Julián era tan rotunda! ¡Dios mió, metro ochenta y cinco, rubio y fumando en pipa!

—Bien, Julián… Has hecho una espléndida defensa de un amigo… Por supuesto, no creo que me hayas dado motivo para cambiar básicamente de criterio; pero, desde luego, acepto que no se trata de romper con Rogelio… Sí, yo también he ido aprendiendo que las barajas usuales no son las que tú dijiste; ahora bien, no veo tan seguro que mi temor a los microbios sea exagerado… Así, pues, confío en que se acabaron los equívocos. Continúa teniendo con él los tratos profesionales, con los campos bien delimitados, y guardando las formas, pero a mí no me obligues a nada más. Vente a cenar temprano, reserva los domingos para la familia y tómate de vez en cuando unas vacaciones aquí con nosotros, en esa isla reconfortante que es Can Abadal. En cuanto a mis «jaquecas», tengo un dato que añadir: en los próximos

meses es muy probable que no se trate de una excusa, sino de una realidad, porque aprovecho la ocasión para anunciarte algo más agradable que todo lo que hemos dicho esta tarde: llevo en las entrañas otro hijo tuyo…, y me atrevería a profetizar que será varón.

Julián, al oír esto, dejó caer sobre el césped el vaso que tenía en la mano. Viendo que Margot se mecía en el columpio, en acción refleja la detuvo, no fuera la mujer a marearse. Luego se le acercó, sentóse a su lado y la abrazó. No se le ocurría nada. No se le ocurría añadir una sílaba, sólo interjecciones, sólo sonidos guturales. Todo lo demás se le borró de la mente. ¡Otro hijo! ¡Casi había perdido la esperanza! ¡Ésa sí que iba a ser una «superioridad»! Otra vida que proteger —¡Dios, qué complicación! —, contra las salpicaduras, contra las barajas, contra el timo de la estampita…

—Margot, querida…

—Menuda sorpresa, ¿verdad? ¿No crees que obro santamente defendiendo a la tribu?

—¡Claro que sí! ¡Lo que quieras!

—Lo que yo quiero es muy simple, Julián: que traces una raya en tu taller y digas: de aquí no paso, y que nunca jamás se interponga nada entre los dos…

Beatriz, que en aquel momento se asomó al pórtico —siempre andaba en busca de Laureano—, al contemplar la escena amorosa murmuró para sí: «¡Vaya! ¡Menos mal!».

CAPÍTULO XVIII

Y BIEN QUE SE MERECÍA MARGOT un premio después de tanto velar por la tribu y después de la noticia que acababa de darle a Julián. Y lo tuvo. Las circunstancias se confabularon para que así fuese. La prensa anunció que a primeros de octubre se celebraría en París un Congreso Internacional de Urbanismo, y al propio tiempo una Exposición de Materiales para la Construcción. Julián y Rogelio, al leer la noticia, se miraron el uno al otro como diciendo: «¿Qué se hace?»; y la respuesta no podía ser más que: «Asistir». Precisamente desde la «apertura de fronteras» que había significado el Congreso Eucarístico eran muchos los industriales, ingenieros, abogados, médicos, etcétera, que iban a la Jefatura de Policía provistos de las correspondientes fotos-carnet, que rellenaban los exhaustivos cuestionarios, que sacaban su pasaporte y tomaban el coche, el tren —algunos el avión— y salían de España a conectar con profesionales extranjeros de su especialidad o simplemente a echarle un vistazo al mundo, el resto del mundo no encorsetado por el rígido decálogo vigente en España. El doctor Martorell, que, efectivamente, asistió al simposio de Amsterdam, para el que fue invitado, a la vuelta declaró: «Hay que rendirse a la evidencia: estamos en mantillas». Era la opinión general de los que cruzaban los Pirineos. ¡Cómo se recuperaba Europa, pese a la horrible guerra mundial que la arrasó! ¡Qué fábricas, qué puentes, qué carreteras! Francia, Bélgica, Inglaterra, Italia, ¡la propia Alemania!… Aquello no tenía nada que ver con la visión que del exterior suministraban al público los periódicos y los noticiarios españoles.

Margot y Rosy habían leído también la noticia de la celebración de dichos Congreso y Exposición, pero sin darle mayor importancia. Hasta que se olieron que el asunto interesaba a Julián y a Rogelio. Entonces se olvidaron de muchas facetas y sinsabores y una sola palabra se incrustó en mente, borrando todas las demás: ¡París! Para ambas, bien que por motivaciones distintas, era una de sus aspiraciones más largamente acariciadas. Para Rosy, porque no conocía la capital francesa y la mujer buscaba sensaciones nuevas; para Margot, en recuerdo de su padre, don Jorge Abadal, y porque París, también en su opinión, era «la capital del mundo».

Nada que oponer. Los maridos bromearon incluso con su ignorancia del idioma francés. «¡Si es que os necesitamos! ¿Adonde iríamos sin vosotras? Nos perderíamos por cualquier calle poco frecuentada…». A Merche, que entretanto ya había hecho un viaje a Roma y otro a Londres —fue la primera cliente de Cosmos Viajes—, le dijeron: «Si quieres algo para París, nos vamos para allá». «No, gracias. Enviadme una postal».

La estancia fuera de España duraría ocho días lo menos, quizá un poquito más. En la avenida Pearson se instalaría la madre de Rosy, Vicenta, y todos los días iría a pasar revista, «como en los buenos tiempos», Montserrat. En General Mitre se instalaría la abuelita, Beatriz, pese a que Rosario, la doncella, era una bendición de

Dios. ¡Claro, era cuestión de organizarse, a causa de los chicos! Y es que, lo mismo Pedro y Carol que Laureano y Susana, estaban en la edad del huracán y del miedo, de la autosuficiencia y de la melancolía: estudiaban el bachillerato y, conforme a las predicciones de Andrés, el hijo del joyero, les salían granos en la piel.

Naturalmente, los chicos se alegraron enormemente del viaje de sus padres. «¿Nos traeréis muchos regalos?». Pedro comentó: «París debe de ser como tres veces Barcelona, ¿no?». Sergio, el hijo de Amades, con el que habían entrado en contacto y que les inspiraba mucho respeto sin que supieran por qué, tal vez porque era mayor o porque llevaba la cabeza completamente rapada, contestó: «¿Tres veces has dicho? ¡Te quedas muy corto! Y lo que deberían hacer vuestros padres es llevaros y quedaros todos a vivir allí. Aquello sí vale la pena».

El conserje de General Mitre, Anselmo, al enterarse de la aventura olvidó su acostumbrado mal humor. Aunque «Radio Pirenaica» lo había decepcionado porque prometió lo que no había de cumplirse, opinaba, como Sergio, que «París, aquello sí, valía la pena». El hombre se pasaba muchas horas solo en el vestíbulo, con Felisa, su «mañica particular», pues sus hijos estaban en el colegio. Y rumiaba, rumiaba y se hartaba de leer las «mentiras de la prensa, que hablaba como si España fuera una potencia mundial». Republicano y escéptico, últimamente había descubierto las novelas policíacas, que lo chiflaban como antes la radio. Seguía recriminándole a su mujer que lo hubiera empujado a abandonar el pueblo y las ovejas para trasladarse a la capital; pero Felisa, que se había cansado de que Anselmo fuera pastor, sin perspectivas de mejora, pasando frío y siempre consultando el cielo por si amenazaba tormenta, le replicaba:

—¿De qué te quejas, tontorrón? Si aquí vives como un rey. Con calefacción, con tu vivienda, con tus gafas para leer, con buenos maestros para los chavalines… ¡Como te hablara de volver al pueblo, me llevabas al manicomio!

El conserje, en su fuero interno, admitía que a su «mañica» le sobraba razón. Barcelona no le gustaba porque carecía de espacios verdes, por la humedad —¡ah, ignoraba la que había en París!— y, últimamente, por el ruido de las motos; pero reconocía que en el inmueble, sentado en un taburete detrás del mostrador, era, efectivamente, un «rey», con su teléfono que comunicaba con todos los pisos, con el correo, muy abundante, que clasificaba con mucho esmero antes de meterlo en los buzones… ¡Si consiguiera permiso de los vecinos para poner macetas a la entrada! «Se lo pediré a don Julián…». Anselmo se sentiría más acompañado, como si un pedazo de naturaleza se hubiera incrustado en su feudo.

Algo, por desgracia, no tenía arreglo en aquel lugar donde transcurrían tantas horas de su existencia: el fresco mural que ocupaba casi toda la pared situada enfrente del mostrador. Anselmo no podía con él, y cuando lo obsesionaba demasiado interponía el periódico para no verlo. No se sabía si aquellas manchas y garabatos eran peces, alquitrán mascado o una tomadura de pelo. Por cierto que una tarde entró un tipo joven, barbudo, con cara de señorito, y se confesó autor de la obra.

Precisamente había entrado allí para echarle un vistazo… Anselmo, después de mirar al joven como él sabía hacerlo, le dijo: «¡A ver si por fin me entero de lo que esto representa!». El tipo se encogió de hombros, y mientras se dirigía a la salida contestó: «¿Representar? Nada, buen hombre… Es un estado de conciencia».

El entusiasmo de Rosy y de Margot no era descriptible. «¡Vaya! ¡Por fin han tenido un detalle con nosotras!». Rosy protestaba: «No seas ingenua, Margot. Nos llevan por lo que dijeron, porque no saben una palabra de francés». ¡Qué más daba! El acuerdo había sido unánime: irían los cuatro en el Mercedes de Rogelio, que se tragaba los quilómetros. En honor de Margot, del embarazo de Margot —por cierto que la noticia dejó alelados a los Ventura—, harían el viaje en dos tiradas, pernoctando en Cahors.

No fue necesaria la intervención de Cosmos Viajes para la reserva del hotel. Rogelio y Rosy no podían siquiera pensar en otro que no fuera el Hotel Catalogne, propiedad de Juan Ferrer, y Julián y Margot, gracias a Chantal, no tenían nada que objetar.

Margot no cabía en sí de gozo, y a punto estuvo de comunicar a sus hijos que pronto tendrían un hermanito… «¡Pero no! De este modo podré decirles que lo encargué en París». ¡Pisar otra vez Francia! Rosy se apresuró a adquirir varios vestidos y jugueteaba con *Kris*, que meneaba nerviosamente la cola, como siempre que sus amos se disponían a ausentarse. «Pobrecito… Querría acompañarnos… ¿No comprendes que nos harías la pascua?».

Mientras Montserrat se ocupaba en despachar los trámites necesarios —azorada porque Julián continuaba mirándola con insistencia—, Rogelio le tomaba el pelo al arquitecto.

—Pero ¿has meditado bien lo que vas a hacer? ¿Y la Revolución Francesa? ¿Y Voltaire? ¿Y la guerra de la Independencia? ¿Y los masones? ¡Todavía estás a tiempo!

Julián aguantaba el chaparrón.

—Servidumbres del oficio… —decía.

Algo había de verdad en su respuesta. El Congreso y la Exposición eran importantes para él. No podía vivir aislado eternamente. Necesitaba también echarle un vistazo al mundo.

No existía sino un pequeño inconveniente: el Instituto de la Moneda limitaba al máximo la cantidad de dinero que podía sacarse de España, y eso a Rogelio no le gustaba ni pizca. Por fortuna, intervino Ricardo Marín.

—No te preocupes —le dijo el banquero—. Te daré un cheque del Banco de Francia, que allí podrás cobrar donde te sea más cómodo.

Rogelio abrió de par en par los ojos.

—Pero…

—Llámalo como quieras —sonrió Ricardo—. Pero sin olvidar que ni siquiera la

Santa Madre Iglesia considera que el contrabando es pecado.

Todo dispuesto, partieron de Barcelona el 1 de octubre, tres días antes de la inauguración del Congreso. El tiempo era bueno, lo que Rosy consideró de buen augurio. En el interior del coche reinaba un clima de euforia casi exagerado; parecían dos matrimonios pobres a los que acabara de tocarles la lotería.

Llegados a la frontera, Rogelio entregó el pasaporte con aire displicente, de veterano, mientras Julián, al ver a los gendarmes con sus extravagantes quepis, comentó por lo bajo, socarronamente: «¿Estáis seguros de que es gente de fiar?».

Ninguna dificultad, y poco después el Mercedes enfilaba la carretera francesa. Rogelio conectó la radio —tenía previsto el detalle— y se oyó música de acordeón. *Oh, là, là!*, rubricó, quemando de golpe y porrazo todo el francés que sabía.

A Margot le faltaban ojos para mirar fuera, porque la comarca que cruzaban era el Rosellón, el Rosellón tan querido, que formaba parte de sus recuerdos infantiles. Pese al tiempo transcurrido desde que su padre la llevó allí por última vez, el paisaje, el color de las casas, los cañaverales, los viñedos, todo le resultó familiar.

—¿Puedo abrir la ventana, Rogelio?

—¡No faltaba más! Estamos en país libre.

Margot bajó el cristal y asomó la cabeza para recibir la caricia del viento. A trechos aparecía el mar, de un azul intenso. Pasaban muchos camiones lecheros y se veían tractores en los campos.

—Maravilloso, ¿verdad? —y Margot apretó la mano de Julián. Éste, presa de sentimientos contrapuestos, asintió: «Desde luego».

De pronto, Rogelio vio el letrero de una tienda en la propia carretera y exclamó:

—¡Si serán graciosos! ¡En vez de panadería, ponen *boulangerie*!

Rosy le dio un codazo.

—Anda, no seas paleto.

Pronto pudieron comprobar que los conductores franceses corrían como diablos, lo cual resultaba peligroso, habida cuenta de que la calzada era buena pero estrecha. Rogelio, al principio, se lo tomó con parsimonia. «¡Hala, pasad, pasad!». Pero en una ocasión, al verse rebasado en una curva por un Citroen que zumbaba como un bólido, asomó la cabeza por la ventanilla y gritó: «¡Franchute! ¡Despistao! ¡Cornudo!». Desde entonces pareció dispuesto a exhibir su inagotable vocabulario de conductor. Rosy volvió a la carga.

—Calma, Rogelio, por favor… Tú, por tu derecha y adelante…

El único incidente. Lo demás, a pedir de boca. Cuanto veían los incitaba a hacer comentarios. En los pueblos era inevitable ver a unos cuantos hombres jugando a la petanca, a menudo, el cura, arremangada la sotana, intervenía en la partida. «¿Eh, qué os parece?». De trecho en trecho, una pareja de gendarmes circulando en bicicleta, tranquilos. Había sosiego en el ambiente, como una indefinible sensación de

normalidad. Rogelio se detuvo para repostar y al cabo de un rato dijo: «Esto es gasolina y no lo que nos sirven en España». Julián prestaba especial atención a la forma de los campanarios.

Margot hubiera deseado dar un rodeo para visitar los antiguos castillos del Loire, pero Rogelio y Julián protestaron.

—¿Es posible que quieras retrasar la llegada a París?

Rosy bromeó:

—No te preocupes, mujer. Los visitaremos a la vuelta y sales ganando; tendrán unos cuantos días más…

Por fin atacaron la inmensa llanura francesa. Fértil, ubérrima, con ríos y arroyuelos que surcaban a derecha y a izquierda. ¡Agua! Una bendición de Dios… Daban ganas de detenerse un momento para oírla deslizarse fecundando la tierra y puliendo los guijarros. Todos recordaron las zonas españolas secas, yermas. Si España tuviera aquellos ríos, aquellos arroyuelos… a lo mejor Anselmo se habría quedado en su aldea. A lo mejor el doctor Beltrán sería menos pesimista y Rosario, la sirvienta, sabría leer. A lo mejor no hubiera estallado la guerra civil…

La decisión de pernoctar en Cahors había sido correcta. Tuvieron tiempo para todo. Para almorzar sin prisa —el pan crujió que daba gloria y el vino tinto era de la mejor calidad—, para cantar «Asturias, patria querida», la sardana *L'Empordà*, para amodorrarse, contar chistes y criticar la desfachatez con que últimamente el conde de Vilalta mencionaba en público a su amante de turno, una judía polaca de muy buen ver.

En Cahors cenaron bien y durmieron como lirones; y al día siguiente, un poco más tarde de lo previsto, a la carretera otra vez. El paisaje volvió a encandilarlos, tal vez porque estaban de buen humor. Y a escasos quilómetros de París, ¡la espléndida autopista del oeste! Qué pena las carreteras españolas… Dicha autopista les permitió alcanzar pronto los suburbios de la capital, afeados por las fábricas pero impresionantes de potencia, de actividad.

Y a medida que fueron adentrándose en el casco urbano, Margot no acertaba a contenerse. ¡Cuánto tiempo esperando aquel momento! ¡Y qué suerte que los alemanes respetaran la ciudad! La mujer quería verlo todo a un tiempo y sólo musitaba una palabra: París, París…

Preguntaron por *rué Laffitte* y pronto se encontraron ante la puerta del Hotel Catalogne, que tenía buen aspecto. Era céntrico, pese a lo cual la calle era muy tranquila, próxima al bulevar Haussmann.

Se apearon, desentumeciéndose, mientras un mozo aparecía para hacerse cargo del equipaje. La puerta era giratoria y Rogelio, a quien en el Colegio de Jesús hubieran puesto un cero en «urbanidad», pasó el primero, seguido de las mujeres y de Julián. Inmediatamente se dirigió a recepción y preguntó por *monsieur* Juan Ferrer o por *madame* Chantal.

—¿De parte de quién?

—De sus amigos de Barcelona.

—¿De Barcelona? Un momento…

Apenas transcurrido un minuto el constructor abrazaba con visible emoción a un hombre alto y delgado, de pelo blanco —incluso las cejas— y cabeza noble, con muchos surcos en el rostro. Boca apretada y enérgica; en los ojos, en cambio, titilaba una mezcla de inteligencia y cansancio.

—¡Rogelio! ¡Rogelio! Recibí tu carta hace solamente tres días…

—¡No quería escribirte! Quería darte la sorpresa…

—¡Qué alegría! Pero… ¿será posible?

—Ya lo ves. Aquí estoy… —Rogelio, acto seguido, rectificó—: Mejor dicho, aquí estamos… —y se volvió para hacer las presentaciones de rigor.

Juan Ferrer, gracias a la descripción que le había hecho Chantal, adivinó sin dificultad quién era Rosy y le besó con mucho estilo la mano. Luego hizo lo propio con Margot. Y finalmente estrechó la de Julián.

Cumplido este requisito, Juan Ferrer se dirigió de nuevo a Rogelio, esbozando una sonrisa.

—¿Te acuerdas de aquella noche loca?

—¡Me acuerdo de todo! ¡De todo absolutamente!

—Oye, que quiero hablar largo contigo, ¿eh?

—¿Dónde está Chantal?

—Estará por ahí, por la cocina, echando una mirada… ¡Pero haré que la avisen! ¡Me ha hablado tanto de vosotros! *Garçon!*

Mientras Juan Ferrer daba el recado, cada uno de los reunidos sintió con hondura cuál era su propio estado de ánimo. Nada que añadir con respecto a Rogelio y Rosy; otra cosa eran Julián y Margot. Julián, desde el momento que vio al exiliado Juan Ferrer, aun pensando en que fue un «mandamás» rojo, se sintió capaz —gracias a la «noche loca», a que salvó la vida de Rogelio— de comportarse con toda corrección; Margot, en cambio, experimentó una profunda tristeza, pues se dio cuenta de que no conseguía perdonar. ¡Tantos años, y no era posible olvidar la división, la lucha, la visión del cadáver de su padre en los fosos de Montjuich! Cuando Juan Ferrer le besó la mano, pese a ser todo un «señor», experimentó la misma repugnancia que si se la hubiera besado en mil novecientos treinta y siete… ¿Por qué aquello? Generación cainita la suya y, por tanto, destrozada. Generación destinada, probablemente, a transmitir a los hijos —¿incluso al que llevaba en las entrañas?— un buen puñado de oscuros resentimientos.

No les dio tiempo para mayores reflexiones, pues momentos después apareció, pimpante y contagiando simpatía, como en Barcelona, Chantal. Efectivamente, se encontraba en la cocina, pero ¡al diablo lo que ocurriera con la cena, puesto que ellos estaban allí!

Naturalmente, primero saludó cálida y efusivamente a Rosy y a Rogelio, y luego dijo, con mucho donaire:

—Usted es Margot… Y usted, Julián…

Éstos, ganados por aquella «católica» y vital mujer, le preguntaron:

—Pero… ¿se acuerda hasta de los nombres?

—¡Si en Barcelona no hicieron más que hablarme de ustedes! Y en la carta Rogelio nos anunciaba su visita.

Nuevos saludos, nuevas sonrisas.

Intervino Juan Ferrer:

—Bueno… ¡que les prometiste bañera y ducha!

—¡No te preocupes, *mon cher!* —dijo Chantal—. Todo está arreglado… Confío en que las habitaciones les gustarán. Una semana lo menos, ¿verdad?

—¡A lo mejor nos quedamos un mes! —rió Rogelio.

—Ojalá —comentó Juan Ferrer—. Por lo menos hay dos criaturas que se lo merecen: París… ¡y Chantal!

Ésta llamó a uno de los mozos —luego rellenarían las fichas— y le dio el número de las habitaciones, situadas en el segundo piso.

—Suba usted los equipajes, por favor… —Luego fue ella misma por las llaves y, llamando a un botones, le dijo—: Acompaña a los señores al segundo…

Camino del ascensor, Rogelio dijo:

—Gracias por todo, Chantal.

Ésta dio entonces muestras de su expeditivo temperamento.

—Aquí se cena muy temprano… ¿Quieren ustedes bañarse, cenar solos y luego nos reunimos para tomar café?

Entendieron que ello era lo más práctico para el buen funcionamiento del Hotel Catalogne, que parecía estar hasta los topes, y aceptaron.

—¡Pues bien venidos! Y hasta luego.

Rogelio se retrasó un momento para decirle aparte a Juan Ferrer:

—Pillín… Que eres un pillín…

—¿Lo dices por Chantal?

—¡Quia! Por haber estrechado la mano de un exoficial de Franco…

Después de la cena —se arreglaron un poco para bajar al comedor— se celebró, en un saloncito reservado, donde pudieron charlar a sus anchas, la reunión prevista, amenizada por un café de filtro que sabía a demonios.

De momento, se trataba más que nada de programar aquella semana tan importante para los recién llegados. ¿Por dónde empezar? ¡Había tanto que ver! Ignoraban los horarios del Congreso, mas para el resto Chantal les había traído —y los extendió sobre la mesa— unos planos y unas guías muy detallados, en los que estaban señalados los monumentos, los restaurantes, los horarios de los museos, de los espectáculos, etcétera.

Chantal se mostró partidaria de empezar haciendo de «turistas perfectos».

«Mucha gente, por miedo del esnobismo, se pierde sitios que verdaderamente valen la pena».

Margot, a la vista del mapa de la ciudad —lo recordó perfectamente, con la vena ondulante del Sena partiendo aquélla en dos mitades—, le pidió permiso a Chantal para ir citando unos cuantos nombres, nombres que Rosy podía ir marcando en el plano con una cruz: Arco de Triunfo, *Notre-Dame*, torre Eiffel, las Tullerías, plaza de la Concordia, Barrio Latino, Montmartre, etcétera.

Chantal, terminada la operación Margot, asintió convencida, pero luego añadió:

—Todo eso está perfecto. Sin embargo, luego nosotros podríamos indicarles otros lugares… ¿cómo se dice en español *cachés*?

—¡Ocultos!

—*C'est ça.*

Conversaron un rato más, pero los recién llegados se encontraban algo fatigados —¡ningún ánimo para ir al *Folies Bergère*!— y puesto que sólo faltaba un día para la inauguración del Congreso y era preciso aprovechar la jornada siguiente, decidieron acostarse.

Se despidieron, pues —Juan Ferrer continuó dando muestras de su clase y empleando un léxico rigurosamente intelectual, cual correspondía a un exinspector de Enseñanza Primaria—, y los huéspedes se dirigieron de nuevo a los ascensores, dispuestos a regresar a sus habitaciones.

—Sin duda extrañarán un poco las almohadas… —les dijo Juan en el último momento.

—En efecto… —contestó Rosy—. Son como de piedra —y sonrió—. Y muy largas y parecen tubos.

—Eso, lo lamento, no tiene remedio.

A la mañana siguiente comenzó el cuento de hadas, sobre todo para Margot. ¡Qué grandeza! París era regio y a la vez popular, tenía un carácter específico, era hermoso. El gris de las fachadas, los tejados de pizarra, las plazas, las iglesias, las grandes perspectivas… La pipa de Julián humeaba, al margen de la guerra de la Independencia y de León Blum. Por lo demás, el tiempo se puso de su parte. Tan pronto lucía el sol como, de repente, franjas de niebla se posaban a media altura de los edificios. Entonces éstos adquirían una majestad un tanto misteriosa. Luego volvía a lucir el sol —redondo, rojo, violento— y los colores se encendían. Margot recordó una definición de su padre: «En París hay una alma antigua en cada ventana».

Habían acordado desplazarse lo más posible a pie, para no perderse detalle, pero Rosy, que llevaba tacones altos, con frecuencia se detenía para tomarse un descanso. «¡Perdonad, pero estas distancias son imposibles!». Hasta que Rogelio, que últimamente había engordado más aún, dijo que no podía más y que era preciso tomar un taxi. ¡Resultó que el conductor era una mujer! El dato los sorprendió sobremanera.

Mujer de aspecto marimacho, que conducía con guantes, de pocas palabras y que no hacía más que mirar el contador.

Pero eso no importaba, comparado con lo que estaban viendo.

—¿Os dais cuenta? ¡Es mucho París!

Notre-Dame los entusiasmó. Antes de entrar, Julián se detuvo un buen rato en la plaza para contemplar a distancia la fachada, mientras Rogelio disparaba desde ángulos diversos su máquina fotográfica.

—No está mal, no está mal…

—¿Cómo que no está mal? ¡Una de las siete maravillas!

—¿Cuáles son las otras seis?

El interior era armonioso. Julián prestó atención a la elegancia de las columnas, a los rosetones, a las bóvedas, al altar mayor, donde precisamente se estaba celebrando una ceremonia solemne. Un coro de monaguillos, de voces blancas, cantaba el *Tántum ergo*. Margot se acercó a Julián y le susurró al oído:

—Laureano haría un buen papel aquí, ¿no crees?

—¿Cómo…? ¡Ah, sí, desde luego!

Salieron, y justo a la derecha del templo vieron algunos jóvenes melenudos pintarrajeando extraños motivos en las aceras. Los transeúntes dejaban caer a su lado algunas monedas. «Curioso, ¿verdad?». Allí despidieron el taxi —la mujer marimacho, al ver la propina, puso cara de asco— y siguieron andando. Se detuvieron en el puente de la *Cité*. Desde aquel enclave la panorámica del Sena era fascinante. Las barcazas que surcaban el río, los turistas paseando por las orillas, los *clochards*, las parejas de enamorados, los pintores… Rogelio recordó que Juan Ferrer le había escrito una vez: «En los suburbios de París, debido a los vertederos de las fábricas, las aguas del Sena se vuelven rojas». Resultaba difícil, desde aquel lugar, imaginar rojas las aguas del río.

¡Se trasladaron a *l'Étoile*! En verdad que el espectáculo era soberbio. Subieron al Arco de Triunfo y, al asomarse a la barandilla por el lado de los Campos Elíseos, recibieron un impacto de los que hacen época, al revés de lo que les había ocurrido en la Ópera, que a Julián lo decepcionó. *¡L'Étoile!* Rogelio se olvidó de que llevaba consigo los prismáticos… Hacía mucho viento y Rosy y Margot se anudaron un pañuelo a la cabeza. Julián, absorto, daba la impresión de que se estaba replanteando determinados conceptos.

Rosy explicó:

—Si no estoy equivocada, fue Napoleón III quien proyectó esa confluencia de las avenidas en forma de estrella. Y quien ordenó que tuvieran la anchura que tienen.

Rogelio se rascó irónicamente una ceja.

—¡Aprende, Julián!

Permanecieron allí un buen rato. Al fondo, la colina de Montmartre, con el horrible *Sacré Coeur*. El sol brillaba espléndido y arrancaba de los tejados de pizarra destellos acharolados. Los verdes de los autobuses alegraban el asfalto de las

calzadas.

Bajaron y se detuvieron un momento para contemplar la llama perpetua que ardía «en honor del soldado desconocido». «¡Y tan desconocido!», pensó Julián, recordando el chaqueteo de las tropas francesas ante el avance de los tanques de Hitler.

Otro taxi y Margot ordenó:

—A la Torre Eiffel, *s'il vous plaît…*

Sin saber por qué, a medida que se acercaban a dicha torre todos sentían una emoción especial, pese a lo mucho que la habían ridiculizado los caricaturistas y a un comentario displicente que le había dedicado el propio Juan Ferrer. El caso es que al llegar y apearse, y ver desde el suelo, de abajo arriba, aquel entramado metálico, Rosy exclamó: «Pero… ¡esto es fabuloso!». Y el mismo Julián, tan enamorado de la técnica, clavó durante unos minutos sus ojos admirativos en aquel milagro de ingeniería.

Subieron al último piso —mientras el ascensor ganaba altura, vigas de hierro los crucificaban por todas partes—, y la panorámica que se ofreció a sus ojos les cortó la respiración. Margot sintió vértigo, pero disimuló. Lo cierto es que la urbe tendida a sus pies era inmensa, inacabable. Los coches parecían de juguete. Las zonas verdes se confundían con los edificios, excepto los campanarios y las cúpulas, que se erguían con prestancia. Pensaron mil cosas a un tiempo. En lo que eran capaces de hacer los hombres cuando se ponían de acuerdo para crear; en lo magnífico que sería planificar una ciudad entera… Rosy, inesperadamente, se acordó de la cantidad de personas que se habían suicidado desde aquel lugar tirándose al vacío… Desechó este pensamiento. Miró abajo. ¡Qué horror!

—La verdad, la verdad —confesó Rogelio, remedando el comentario del doctor Martorell— es que en España andamos un poco atrasaditos.

Decidieron almorzar en el propio restaurante de la torre. Brindaron por Napoleón —«que el champaña sea francés», bromeó Rogelio con el *garçon*—, por los innumerables habitantes del globo terráqueo que no conocían París, por los arquitectos que construyeron *Notre-Dame*, la *Tour Saint Jacques*, etcétera.

—Y por los curas con sotana arremangada que juegan a la petanca en el Rosellón —rubricó Julián, inesperadamente, alegre el semblante.

Todos lo miraron.

—Pero… ¡Julián! ¡Enhorabuena!

Decidieron pasar la tarde deambulando por el Barrio Latino.

Margot y Rosy, que ante el edificio de la Sorbona simularon hacer una reverencia, gozaron lo suyo viendo desfilar la cantidad de tipos extravagantes, de estudiantes de todas las razas —muchos negros, limpios, con cuello duro, impecable— y de parejas abrazadas y que se besaban sin el menor pudor. Era un calidoscopio singular, con ruedas de la fortuna y venta de bocadillos calientes, con cafés que daban la impresión de que con sólo entrar quedaba uno investido de filósofo, de poeta, o de pintor de

obras inmortales.

¡Y las librerías! ¡Dios mío, qué cantidad de libros, qué variedad, cuántas obras desconocidas en España! «Aquí el que no es sabio es porque no quiere». En los quioscos de periódicos, el número de revistas y de publicaciones de toda índole era increíble, abundando las que trataban el tema del existencialismo. Margot comentó: «Realmente, en España todo está prohibido. ¿Será verdad que no sirve de nada cerrar las ventanas?». Rosy tuvo una expresión ambigua: «Pues… no sé qué decirte. Tal vez los españoles seamos propensos al catarro y de ese modo vayamos tirando».

Pasaron delante de la estatua de Montaigne. Otra reverencia de las dos mujeres… Vieron una librería comunista, con obras de Marx, Lenin —a precios baratísimos— y de García Lorca. Un retrato de García Lorca, agitanado el rostro del poeta, presidía el escaparate.

—¡Anda! —exclamó Rosy, dirigiéndose a Julián—. ¡Tu paisano es nuestro representante en París!

Julián dio una chupada a la pipa y se quedó meditabundo. En el interior sonaba un disco, un himno rojo, que Margot reconoció.

—¡Una canción de las Brigadas Internacionales Alemanas!

Rosy puso cara de asombro.

—Pues no la recuerdo.

—¡Claro que sí! —insistió Margot, un tanto emocionada, luchando entre la amargura de los recuerdos y la belleza de la canción—. ¡La oí tantas veces! Se titula *Mamita mía*…

Efectivamente, de vez en cuando las voces del coro alemán intercalaban con claridad estas dos palabras: *mamita mía*…

—Toma nota, Julián —dijo Rogelio, cuando el disco acabó—. Los hombres de las brigadas internacionales tenían también su *mamita mía*…

Julián se encogió de hombros.

—Si te apetece, entro y compro el disco.

—¡Miau! En la frontera nos detendría la guardia civil.

Continuaron recorriendo el barrio. La abadía de Clichy impresionó mucho al arquitecto, lo mismo que *Saint Julien le Pauvre*… Les llamaron la atención los urinarios circulares que había por doquier en las aceras, y de los que, intermitentemente, salían hombres y chiquillos abrochándose.

Julián preguntó:

—¿Cómo se llama porquería en francés?

—*Merde* —contestó Rosy. Y viendo en aquel momento la estatua de Balzac, la mujer saludó otra vez.

De repente, se sintieron cansados, sobre todo Margot. Y puesto que todos los cafés estaban abarrotados, decidieron regresar al hotel. Anuncios luminosos los invitaban a entrar en los cines, pero sus cabezas estaban harto atiborradas de imágenes; y los relojes se acercaban a la hora prevista para cenar.

Regresaron al Hotel Catalogne. En el vestíbulo encontraron, montando la guardia, a Juan Ferrer, y el hombre al verlos llegar acudió a saludarlos. Ante los mostradores había mucha gente y se oían clientes hablando en catalán.

—¿Qué tal esa salida? ¿Bien?

—¡La pura gloria! Pero estamos rotos…

—¿Puedo ofrecerles un Pernod? En la pequeña salita reservada de anoche…

—¡Me apunto! —aceptó Rogelio.

—¿Y ustedes?

Se apuntaron todos. Se dirigieron a dicha salita y tomaron asiento, relajándose, y Rosy y Margot dejaron caer con disimulo, por debajo de la mesa, los zapatos.

Juan Ferrer se disponía a retirarse, pero Rogelio lo invitó.

—¿No puedes quedarte un momento con nosotros?

El hombre titubeó un momento, pero de repente pareció encantado y accedió.

—Si no es para mucho rato, creo que sí. Con permiso… —Se fue a dar algunas órdenes y regresó al instante, sentándose con ellos y completando el círculo.

Juan Ferrer se interesó por lo que habían estado visitando. Margot se lo contó a grandes rasgos, sin excluir las obras de Marx y lo mucho que les había impresionado la torre Eiffel. Rogelio se refirió a los tipos raros y a los urinarios…

—En París hay de todo… —terminó diciendo la mujer de Julián.

—¡Oh, desde luego! Si no, no sería París.

Había incluso Pernod, que les sirvieron sin tardanza, lo que los reconfortó.

Rogelio se interesó por su amigo, que movía con cierta dificultad el cuello, debido a una herida recibida en la guerra de España.

—Te sientes a gusto aquí, ¿verdad, Juan?

—¡Desde luego! Fuera de Barcelona, puede decirse que he encontrado mi lugar…

Juan Ferrer hablaba pausadamente, con cierto dejo de tristeza.

—¿Y qué es lo que más le interesa de la vida en París? —preguntó Rosy.

Juan Ferrer pareció meditar.

—Puedo hablar sin que nadie se moleste, ¿verdad? —inquirió.

—¡Naturalmente!

—Pues aparte de la propia ciudad, que me parece una maravilla, me gusta poder opinar donde sea y sobre lo que sea, sin que pase nunca nada… ¿Me comprenden ustedes? Esa sensación, que es algo que se respira, lo es todo para mí… Los periódicos critican al gobierno, se discuten las cosas… Es la única forma de formarse un criterio. —Luego agregó—: Pero ya se lo dije antes: pienso mucho en Barcelona. La patria chica tira mucho.

Rosy, que se sentía muy animada, insistió:

—Así, pues, ¿desearía usted regresar a Barcelona?

El rostro de Juan Ferrer se transformó. Su respuesta fue rotunda.

—¡Desde luego, señora! —Inmediatamente añadió—: Pero, por descontado, tendrían que cambiar allí muchas cosas…

Julián intervino por primera vez.

—Si estoy bien informado, y conste que tampoco desearía molestarle a usted, quedó usted muy decepcionado de la zona en que luchó… Entonces… ¿a qué cosas se refiere?

Juan Ferrer movió lentamente las cejas, en expresión peculiar.

—Con franqueza, señor… Me refiero a lo que yo entiendo por libertad… —y antes de que Julián añadiera algo se le anticipó—: ¡Sí, ya sé, en nuestra zona tampoco la hubo! Y por eso me decepcioné… ¡Bueno! por eso y por otras cosas. Y por eso perdimos la guerra…

—¿Entonces? —intervino Rogelio.

—Entonces parece que la cosa está clara —dijo Juan Ferrer—. Aquí es donde he aprendido que existe un término medio justo: la democracia. En lo político, se entiende; porque en lo social estamos muy lejos de lo que yo considero justo.

La palabra «democracia» desconcertó a los reunidos. ¡Llevaban tanto tiempo empleando ese vocablo como sinónimo de anarquía, de corrupción! Les sonó tan lejana como la primera vez que emplearon la palabra «Cosmos»…

Juan Ferrer, como si leyera el pensamiento de su auditorio, tomó un sorbo de Pernod —se le veía tranquilo, seguro de sí— y añadió:

—La verdad es que en España apenas si tuvimos experiencia democrática. La República murió antes de nacer.

No le gustó a Margot el giro que tomaba el diálogo —veía nervioso a Julián— y cambiando bruscamente de tema preguntó:

—¿A su juicio cuál es la principal virtud de los franceses?

Juan Ferrer se volvió lentamente hacia Margot.

—Sin duda alguna, el trabajo. Los franceses trabajan. Ésa es su principal virtud.

Julián intervino de nuevo.

—¿Habla usted en serio?

Juan Ferrer lo miró con extrañeza.

—¡Completamente! Si viviera usted aquí una temporada, se daría cuenta. Pase lo que pase, la administración sigue funcionando.

Rosy, echando una bocanada de humo a la cara de su interlocutor, que no supo cómo defenderse, dijo:

—Hay un detalle que nos ha sorprendido. La cantidad de mujeres que trabajan en todas partes.

Juan Ferrer, después de toser un par de veces, contestó:

—¡Oh, claro! Eso es aquí corriente. En Francia las mujeres trabajan tanto como los hombres. El ejemplo clásico lo tienen en Chantal. Y a mi juicio, en general valen más que ellos.

Rogelio se pegó sendas palmadas en las rodillas.

—¡Pues sí que estamos apañados!

Se produjo un silencio. Era evidente que existía un desfase, que todo aquello

resultaba inédito para los recién llegados. Rosy temía que de un momento a otro Juan Ferrer les preguntara a qué se dedicaban ellas en Barcelona; pero, por fortuna, y con extraordinaria oportunidad, apareció Chantal.

—Conque… charlando a mis espaldas, ¿eh? Y yo sin enterarme —se quitó el horrible sombrero floreado que llevaba y se compuso un poco el pelo.

Los hombres se levantaron y ella, con su clásica energía, ordenó a los tres que volvieran a sentarse.

Juan Ferrer informó:

—Se han pateado medio París… Llegaron deshechos.

—¡Huy, pues a cenar prontito y a la cama! Precisamente he salido a unos recados, para mañana estar libre hasta la hora del almuerzo… ¡Las señoras elegirán! O bien puedo acompañarlas a la inauguración del Congreso de Urbanismo, o bien a visitar los grandes almacenes: *Les Galeries Lafayette*, *Le Printemps*, etcétera…

Margot y Rosy, después del reciente diálogo con Juan Ferrer, se sintieron un tanto acomplejadas. Sin embargo, ¿qué harían ellas en la inauguración del Congreso, donde no habría más que discursos?

Rosy no tuvo pelos en la lengua.

—Por mí, decidido: los grandes almacenes…

—Por mí también —rubricó Margot.

Y ambas, con disimulo, volvieron a calzarse por debajo de la mesa los zapatos.

CAPÍTULO XIX

LA ESTANCIA DE LOS VIAJEROS en París discurrió en tres planos distintos. Uno, los trabajos del Congreso y las visitas a la Exposición de Material para la Construcción, a los que asistían exclusivamente Julián y Rogelio. Otro, el inagotable vagabundeo por la ciudad, que efectuaban por cuenta propia, o acompañados por Chantal, Rosy y Margot. Otro, las salidas que, sobre todo de noche, las dos parejas efectuaban al alimón.

El Congreso Internacional de Urbanismo, al igual que la exposición adjunta, interesaron sobremanera a los dos hombres. ¡Cuánto aprendieron! El solo hecho de convivir con colegas de veintidós países distintos les descubrió un mundo nuevo. Y al margen de esto, había las ponencias —muchas de ellas con diapositivas y traducción simultánea— y la impresionante exhibición de *bulldozzers*, de nuevas excavadoras, de grúas gigantescas, de cristales atérmicos, de carpintería de aluminio… Rogelio, pensando en «Construcciones Ventura, S. A.» y en la Agencia Cosmos, era un vendaval acaparando folletos y ocupándose de la posible importación a España de tanta maravilla. Por su parte, Julián se quedó boquiabierto ante una serie de maquetas y proyectos que presentaron los arquitectos escandinavos, brasileños y norteamericanos. ¡Ah, la técnica, que tanto asustaba a Margot… y que a veces lo obligaba a llegar tarde a cenar! ¿Cómo dudar de que iba a revolucionar la vida del hombre? Las ciudades del futuro serían una pura quimera. Un arquitecto alemán apuntó incluso la posibilidad de construir ciudades en el mar…

—Pero ¿te das cuenta? —le decía Julián a Rogelio, entusiasmado—. Las puertas se abrirán por sí solas. Las fachadas podrán ser de cobre. Un par de pivotes sostendrán edificios de veinte pisos. ¡O échale lo que quieras! ¡Qué barbaridad!

Rogelio enarcaba las cejas y ponía cara de chiquillo travieso.

—Y estamos en los comienzos, amigo…

—¿En los comienzos? Yo ya no sé dónde empieza esto y dónde acaba. ¿Oíste a ese tío finlandés? Urbanización comunitaria, a base de solarios, piscinas, pistas de tenis, parques infantiles, monorraíles interurbanos y aparcamientos aéreos… Y el italiano ese de las gafas negras, partidario de que los helicópteros se posen en las azoteas.

—¡Pues claro que sí! —rubricaba Rogelio—. Lo que no entiendo es por qué te preocupas… ¡Haremos lo posible para estar al día!

—No digas tonterías…

—¿Por qué? También nuestras empresas están sólo en los comienzos. ¡No te olvides de hombres como Ricardo Marín!

Julián movía con escepticismo la cabeza.

—No creo que tengamos nada que hacer… El asunto es complicado. Cuando nuestras fachadas sean de cobre y nuestras puertas se abran por sí solas, esa gente se

habrá sacado ya de la manga otras muchas cosas.

—¡Ah, eso depende de los hombres como tú, Julián…! ¿O va a resultar que, en el reparto, a los españoles nos tocó el género idiota?

—¡No, no, nada de eso…! Precisamente lo que me sorprende es que, en apariencia, no veo su superioridad por ningún lado. Pero ¡qué sé yo! —Julián reflexionaba. Pesaba sobre él la sombra de tres arquitectos españoles, exiliados como Juan Ferrer, que se habían nacionalizado chilenos y que presentaron un trabajo espectacular sobre la necesidad del diseño industrial—. De momento, trago saliva, nada más.

Rogelio se encogió de hombros.

—Me parece una bobada empeñarse en sacar conclusiones tan de prisa. Aquí lo que hay que hacer es continuar con los ojos abiertos y comprar todo el material que podamos. Luego, en Barcelona, con calma, procuraremos digerir todo esto…

Julián estaba empeñado en descubrir dónde estaba el fallo de los españoles. Especuló sobre la falta de investigación, sobre el individualismo, sobre el hecho de que todo el mundo se considerase sabio sin haber hecho nada, etcétera. Rogelio lo interrumpió.

—Algo habrá de eso, desde luego —dijo—. Sin embargo, a mi entender el fallo principal está en algo mucho más sencillo: lo que a nosotros nos falla son nuestras mujeres.

Julián se quedó estupefacto, aunque no pudo menos de recordar la frase de Juan Ferrer: «En Francia las mujeres trabajan como los hombres».

—No digas tonterías —replicó.

—No hay vuelta de hoja —insistió Rogelio—. Lo habrás comprobado como yo. ¿Cuántas mujeres españolas, arquitectos, hay en este Congreso? Ninguna… Extranjeras, veintisiete. Me he informado. Y aparte de eso, nuestras queridas esposas que nos han acompañado, y las de nuestros queridos compatriotas, ¿qué están haciendo en París, eh? Ni siquiera se han tomado la molestia de visitar la exposición… Se pasan el día deambulando por su cuenta y asegurando que eso de la elegancia de las mujeres de París es un cuento.

Julián no tuvo más remedio que dar varias fuertes chupadas a la pipa. Ciertamente, ¿qué hacían Rosy y Margot? Habían dicho: «los grandes almacenes…». ¡Claro que habían hecho algo más! Se habían encaprichado con las esculturas del Louvre —lo que sorprendió agradablemente a Chantal— y se pasaron allí una mañana entera. Y otra en el Museo Guimet. Y habían visitado a no sé cuántos anticuarios —¡no podía ser de otro modo!— y una tarde fueron a la *Comédie Française*, a ver a Jean Louis Barrault. Pero en fin, tampoco habían asomado la nariz por el Congreso. Por lo demás, muchas de las esposas de los arquitectos extranjeros eran delineantes, decoradoras, ¡e incluso ayudantes de obra o técnicos de la construcción! Es decir, colaboraban con sus maridos en su propia profesión.

Julián, de pronto, reaccionó… ¿Iría a censurar a Margot? Ella lo había ayudado

mucho, desde el primer día, ordenando su pensamiento y su vida y precaviéndolo contra todo lo que pudiera dañarle. Y estuvo con él a las buenas y a las malas. En un rapto, deseoso de hacer justicia, habló de eso; pero he aquí que tropezó con la sonrisa de Rogelio.

—Desengáñate, Julián —dijo éste—. Las cosas son así. ¡Sí, ya sé que Margot te ayuda! Pero en plan conservador, ¿no es cierto? Madre perfecta, cuida de la casa, no te crea problemas, te da consejos… Pero ¿entra alguna vez en tu taller, como no sea para comprobar que no hay una mota de polvo?

—¡Bueno! Alguna vez discute algún detalle de mis proyectos…

—Algún detalle… Ya… —Rogelio sonrió—. ¿Estamos o no estamos? —y viendo la cara que ponía Julián, de pronto añadió—: De todos modos, ahora llegamos al nudo de la cuestión. ¿Estamos seguros de que nos gustaría que nuestras mujeres se interesaran por las excavadoras? —Soltó una carcajada—. A mí, desde luego, me daría cien patadas que Rosy se marchara conmigo al despacho a las ocho en punto. ¡En realidad, me basta con que sea guapa y con que sepa hacer el amor!

Julián se pasó la mano por la mejilla derecha.

—Total, un círculo vicioso, ¿no es eso?

—¡Ah, ésa es otra cuestión! —Rogelio guiñó con picardía—. Yo creo que los españoles lo pasamos fenómeno, como dicen en Madrid… En cambio, esos extranjeros, no sé… —Y advirtiendo que Julián no parecía convencido concluyó—: ¡Vamos, hombre! ¡Menuda cara pondríamos los dos si Margot y Rosy fueran aparejadores!

Las diferencias temperamentales de Rosy y Margot se pusieron una vez más de manifiesto en las salidas que hacían juntas, con o sin Chantal. Incluso en el hotel, Margot ardía siempre en deseos de llamar por teléfono a Barcelona para hablar con sus hijos; Rosy lo estimaba exagerado. «Si hubiera alguna novedad, tu madre te lo comunicaría».

Rosy adquirió varios frascos de perfumes Chanel, cuyo precio dejó turulata a Margot, y no cejó hasta poder presenciar un desfile de modelos de Jacques Fath e irse varias veces a la plaza Pigalle, donde imaginó encontrarse «en el centro de todas las concupiscencias», error de cálculo, pues lo único interesante y evocador que encontró en la zona fue el famoso *Moulin Rouge*; Margot sólo se había comprado una serie de artículos prácticos para la cocina y el baño, le gustaban Las Tullerías y el Bosque de Bolonia y, por supuesto, siempre se las ingeniaba para pasar por la plaza Vendôme, donde podía contemplar con unción el bello edificio en que, según indicaba la placa de la fachada, murió Chopin. En algo concreto estuvieron de acuerdo: en hacer una escapada a Versalles. Por cierto, que el palacio las decepcionó un poco, sin acertar a explicarse por qué; en cambio, los jardines las extasiaron, les parecieron una auténtica delicia. Si bien luego Chantal les dijo que ella y Juan Ferrer encontraban

mucho más interesantes los bosques de Fontainebleau.

Algo curioso, desde el punto de vista psicológico, les ocurría a las dos mujeres. En el campo de lo puramente estético, no sólo reaccionaban de la misma manera, con parecida sensibilidad, sino que Rosy demostraba con creces «lo que hubiera podido ser, de no haberse creado ella misma una segunda naturaleza». En el Louvre; en el museo de *l'Orangerie*, donde Van Gogh desplegaba sus soles y sus amapolas; en Montmartre, que olía a poemas, a inspiración borracha, a amores imperecederos; en cualquier lugar donde un artista hubiera dejado su impronta y un pedazo de vida, sus comentarios eran dignos, revelaban una extrema finura espiritual; en cambio, en el campo de lo humano y social, se hacía presente que a Rosy se le habían subido un poco, o un mucho, los humos a la cabeza.

Por ejemplo, Rosy no comprendía que los hombres franceses compraran en los mercados y anduvieran luego tan panchos llevando una bolsa repleta de carne, huevos, legumbres, etcétera, o con una barra de pan bajo el brazo. Encontraba aquello poco «viril». Margot, por el contrario, consideraba que tal detalle implicaba un gran avance. «¿No te das cuenta? Ayudan a la mujer, que lo más probable es que no tenga sirvienta… Nosotras tratamos a nuestros hombres como si fueran rajaes. Yo creo que la virilidad es otra cosa. A lo mejor resulta que ese caballero que compra patatas, o que en casa lava los platos, es catedrático de la Sorbona…». «Nada, chica… Que no me gustaría a mí ver a Rogelio por el paseo de Gracia llevando una coliflor».

Tampoco le gustaba a Rosy que tanta gente de aspecto «potable», perteneciente sin duda a la buena sociedad, viajara en autobús, ¡o en Metro! «Entonces, ¿para qué sirve el dinero? ¿O vamos a admitir, como los de la FAI, que no hay diferencias?». Margot no entraba tampoco en el juego… Aparte de que eso de las «diferencias» era un asunto sumamente elástico, de imposible cuadriculación, no alcanzaba a ver por ningún lado que fuera deshonroso montarse en un autobús o tomar el Metro. Precisamente el Metro de París, según le había informado Julián, que se lo había estudiado al dedillo, era un portento de organización, y además muy práctico, dadas las distancias de la capital. «Entonces, ¿qué quieres? ¿Tener siempre el Mercedes a la puerta?». Rosy, que tenía la ventaja de ser sincera, respondía: «¿Por qué no?».

Uno de los placeres de Rosy era sentarse en cualquier lugar estratégico y ver pasar a la gente… ¡Cuántas discusiones! Efectivamente, llegó a la conclusión de que sin duda habría en París mujeres elegantes, pero que era imposible dar con ellas. Permanecerían en sus mansiones de la avenida Foch y asistirían a las fiestas y cócteles de gala; por las calles, ni hablar… Por las calles no se veían más que *midinettes*, mal vestidas y peor peinadas. Algún detalle gracioso, eso sí, pero en fin… En cuanto a las *madames* un poco sazonadas, ¡qué sombreros, santo Dios! Tartas o ensaladeras, como las que llevaba Chantal. Y lo mismo cabía decir con respecto a los hombres. «¿No te has fijado? ¡Si apenas hay barberías! Por lo visto les importa un bledo el aspecto externo. Y yo creo que eso tiene su importancia». Margot movía la cabeza. Sí, tal vez se exagerara un poco en el descuido. Pero ¿no había cosas más

interesantes que observar? ¡En España se exageraba por el otro lado!

—Nada, nada. Que Juan Ferrer te ha convencido y te has vuelto demócrata.

—¡No es eso, Rosy! En fin, quizá sí sea eso… Aunque ya estaba convencida antes. Pero lo que quiero decir es que yo prefiero que haya más librerías y salas de concierto y menos peluquerías y tabernas. Y, desde luego, creo que la diferencia de clases cada vez más acusada que existe en España, no puede conducir a nada bueno…

En las dos salidas que hicieron con la pelirroja Chantal, ésta se divirtió de lo lindo, porque Rosy habló ante ella sin ambages de las cualidades y defectos de sus respectivos maridos. A Chantal el tema le interesó, porque había oído hablar mucho de la «fidelidad» de la mujer española —contrariamente a la libertad de que el hombre gozaba—, y porque el propio Juan Ferrer le había asegurado siempre que, en España, un porcentaje enorme de muchachas llegaban vírgenes al matrimonio. Rosy y Margot corroboraron este aserto.

Chantal, acérrima partidaria del divorcio, preguntó:

—Entonces, vamos a ver… ¿Es cierto que las mujeres en España viven atadas de pies y manos y que los hombres pueden hacer impunemente lo que les dé la gana?

Rosy contestó:

—En términos generales, es cierto…

—*Merde alors!* —cabeceó repetidamente Chantal.

Todo pasó. Y las dos amigas continuaron con sus andanzas —a solas— por París. A veces tenían la impresión de que eran solteras; otras veces, viudas. Y un día en que, en la plaza *Saint Sulpice*, se sentaron a su lado unos muchachos barbudos, «de facha sucia, pero interesantes…», que llevaban unos cuantos libros bajo el brazo, Rosy se puso a coquetear para llamarles la atención, ¡Margot se sorprendió a sí misma haciendo otro tanto!

—¡Vaya! —comentó Rosy—. ¡Te desconozco!

Y fue lo peor que ninguno de los muchachos barbudos pareció darse cuenta siquiera de su presencia, y mucho menos de su coqueteo. Se enfrascaron en una discusión sobre un tal Garry Davis, americano al parecer, que un buen día rompió el pasaporte delante de la ONU y se declaró absolutamente libre, es decir, «ciudadano del mundo».

Rosy se rió.

—En vista del éxito… —rezongó levantándose—, sugiero que nos vayamos al hotel a esperar allí a nuestros amantes mariditos…

En cuanto a las salidas al alimón que las dos parejas efectuaban, tenían también su encanto. Naturalmente, salían sobre todo de noche, pues durante el día los dos hombres estaban ocupados.

No hubo, en el transcurso de esas salidas, un director de orquesta. Se dedicaron a improvisar, con la ayuda, eso sí, de los consejos de Juan Ferrer y Chantal y de los

datos de las guías. Veían un letrero o una indicación y decían: «¡Eso tiene buena facha!». Oían un comentario y decían: «¡Eso estará bien!». Las emociones que vivieron fueron muy diversas. Y sólo se produjo un incidente: la noche en que fueron —era inevitable— al *Folies Bergère*. El espectáculo les pareció falso, sofisticado al máximo —las bailarinas eran mujeres autómatas que ni siquiera pensaban que estaban en un escenario—, y Rogelio estuvo a punto de armar la gorda. Por suerte, en el entreacto el hombre adquirió unas siluetas que lo divirtieron, siluetas recortadas sobre papel negro transparente y que al ser accionadas al trasluz adoptaban posturas eróticas. Aquello lo llevó a pensar en el *slogan* de Jaime Amades: «la cuestión es que los monigotes se muevan» y le dio fuerza para resistir hasta el final.

Pero a la salida, considerándose estafado, sintió la imperiosa necesidad de resarcirse. Y viendo anunciada en un local cercano una sesión de cine *cochon*… —una película nudista, filmada en Suecia—, pensó que allí no habría mentira. «¡Fenómeno! ¡Fenómeno! —gritó, mirando las fotografías—. ¡Eso no me lo pierdo yo!».

Margot, desde el primer momento, se negó. Se negó en redondo. Le bastó con ver dichas fotografías para decirle a Julián:

—Yo no entro. Tú, haz lo que quieras.

Julián veía tan entusiasmado a Rogelio que no sabía qué hacer.

—¡Margot, si probablemente es una chiquillada!

—Que no, Julián. Que te digo que no. Es una cuestión de principios… —Acto seguido, y para que no cupieran dudas, se dirigió a Rogelio—: Rogelio, yo no entro porque esto es una porquería, como lo son las famosas siluetas al trasluz que has comprado ahí dentro…

Resultó… que Rogelio se lo tomó por las buenas. Era una de las ventajas del constructor: tratándose de cuestiones no fundamentales para él, muchas veces sabía reírse. Si contar con que, en ese caso concreto, andaba de por medio la simpatía y el respeto que sentía por Margot.

—Te comprendo, Margot. Dejémoslo… ¡Claro, esos platos no son para ti!

El único incidente… Todo lo demás, perfecto. Cada salida era una sorpresa y cada sorpresa les procuraba luego un suculento tema de conversación. Lo que nunca pudieron sospechar era que poco a poco tales experiencias irían acumulándose en su cerebro, hasta constituir una carga excesiva, que los llevaría a trascendentalizar más de la cuenta su contacto con París.

Visitaron el Museo Grévin, donde vieron a Robespierre, a Pío XII, a Churchill, a Marcel Cerdan, a Chevalier, convertidos en figuras de cera. El recorrido poco a poco los fatigó —como el de las bailarinas del *Folies Bergère*— y empezaron a tomárselo a broma. Hasta tal punto, que a Rogelio se le ocurrió colocarse en un rincón oscuro y permanecer inmóvil allí, tieso, sin pestañear siquiera, con tal realismo que dos turistas sudamericanas se plantaron ante él, catálogo en mano, convencidas de que formaba parte de la colección. Entonces Rogelio abrió la boca y enseñó los dientes y las dos

mujeres huyeron por un estrecho pasillo que conducía a Cantinflas.

Entre los lugares un poco *cachés* que visitaron figuraban las Catacumbas de París, donde habían ido reuniéndose, albergándose, los huesos de los cementerios parisienses que, por razones higiénicas y de urbanización, tuvieron que ser evacuados. Las galerías subterráneas ocupaban un total de varios quilómetros cuadrados y contenían ¡seis millones de cráneos! Algunos de esos cráneos eran milenarios, pero todos habían sido convenientemente limpiados, lo mismo que las tibias, y los expertos habían formado con unos y otras pirámides, figuras geométricas de hermosa composición.

Estaba visto que ciertos fracasos podían encadenarse y que allí podía ocurrirles algo parecido a lo del Museo Grévin. Al comienzo de la visita les dieron una vela que duraría exactamente lo que el recorrido, y las dos parejas se sintieron hondamente conmovidas. ¡Dios mío, allí estaba el resumen de la historia de Francia! Cráneos enormes, otros pequeños. Cráneos nobles, otros monstruosos. De hombre, de mujer, de niño. El guía iba delante, la arena crujía bajo los pies, la humedad se hacía cada vez más ostensible. De pronto, a Margot se le ocurrió tocar una calavera. Su contacto helado la estremeció. No dijo nada y siguió adelante. Julián, que de tarde en tarde exploraba por cuenta propia cualquier rincón, se sintió ridículo con la vela en la mano y se reintegró a la comitiva.

Ocurrió… que empezaron a familiarizarse también con el espectáculo. Los cráneos empezaron a tener todos el mismo aspecto. Un soldado norteamericano que llevaba una lámpara de mano hizo un comentario en voz alta y su compañero esbozó una risita leve. Fue el comienzo de la rebelión. Rosy volteó la vela a la altura de una inscripción y Rogelio, al no acertar a traducir el texto, se rió a su vez.

Los últimos metros fueron penosos. Todo el mundo bromeaba, excepto un par de asiáticos, que se mantenían impertérritos. Al llegar al último cráneo se cumplió la profecía —las velas se consumieron— y apareció la luz de la puerta de salida. Momentos después se encontraban en el exterior, respirando a pleno pulmón.

Rogelio simuló secarse el sudor. Margot era la única que persistía en su seriedad. De pronto se había acordado de Susana, que no le temía a la muerte. Julián, a tiempo que encendía una pipa comentó: «Está visto que impresiona más un solo cráneo que seis millones».

Sorprendentes fueron también las diversas vivencias religiosas de las dos parejas. Dejando a un lado lo mucho que impresionaron a Julián las iglesias de moderno estilo que Aurelio Subirachs le recomendó —*Sainte Odile y Grenelle*—, sin apenas imágenes, austeras, desnudas, con una luz tamizada que invitaba al recogimiento, y el hecho de que las mujeres entraran en los templos descubierta la cabeza —detalle que ya les había llamado la atención en *Notre-Dame*—, advirtieron que en varios sitios el sacerdote celebraba de cara al público, de cara a los fieles, ¡y que los domingos había, en *Saint Eustache*, misa a las seis de la tarde! Margot, sumamente extrañada, consultó a un cura joven que jugaba con unos niños delante de la iglesia. *«C'est normal,*

madame»… Margot se reunió con los suyos y comentó: «¡Cuando se lo cuente a mosén Castelló se muere del susto! Y mi madre lo mismo». Rosy, después de reflexionar, estimó que era lógico. «La primera misa fue la Santa Cena, ¿no?». Rogelio se encogió de hombros. «Sí, sí, todo lo que quieras. Pero antes que los obispos españoles autoricen esto invadirán el Vaticano con yugos y flechas».

Gran emoción les deparó oír el coro ruso de la iglesia ortodoxa de la calle *Daru*. ¡Qué voces! De entrada, calcularon que los cantantes —rusos blancos— pasarían de doscientos; luego resultó que apenas si eran veinte. En cambio, las iglesias protestantes se les antojaron frías, desangeladas, con un sacristán «que no admitía intrusos». «¡Vaya! ¡Pues sí que dan facilidades!». Rogelio se empeñó en visitar también un par de sinagogas, ante la posibilidad de encontrar reunidos en ellas a los grandes magnates de las finanzas francesas, que, según informes, eran judíos.

La otra cara de la medalla fueron las experiencias gastronómicas —no podían faltar *Chez Maxim's* y un restaurante chino, en el que les sirvieron gran número de tacitas de imprecisable contenido, ¡y algo que debía de ser serpiente!— y las *boîtes*. ¡Las *boîtes*! Fue vino de otras tinajas… Chantal les recomendó la *Rose Rouge*, donde vieron bailar a unos negros al son del tan-tan. El ritmo epiléptico llegó a contagiarlos. De vez en cuando sonaban un par de saxofones, que parecían lamentos brotados de la selva. Luego volvía el tan-tan y el contoneo de los bailarines en la penumbra del local era tan felino y auténtico que resultaba hipnotizante. Uno de dichos negros tenía un tipazo realmente espléndido. Rosy declaró: «Lo siento, Rogelio, pero si ese ejemplar africano se me acerca y me hace tilín…». Rogelio, que había bebido en exceso, miró al negro de arriba abajo y dijo: «¡Tonterías! Mucho ruido y pocas nueces».

En *Saint Germain des Prés* y en *Montparnasse* visitaron otras *boîtes*. ¡París! Hombres besándose en la boca; mujeres besándose en la boca; toxicómanos; trompetas y clarinetes despidiendo sonoridades tan asonantes que Margot no resistió aquello más de cinco minutos.

En uno de esos locales, llamado *La Fin du Monde*, asistieron a un espectáculo que no olvidarían jamás. Era una *boîte* existencialista, instalada en un sótano. El mostrador, forrado de negro, ¡tenía forma de ataúd! La clientela estaba compuesta por una serie de chicos y chicas, entre los dieciséis y los veintidós años, sentados en posturas indolentes, con un detalle inédito: cada uno de ellos sostenía en la mano una calavera, y cada calavera aparecía repleta de autógrafos, de firmas.

Las dos parejas dudaron un momento —el recuerdo de las catacumbas—, pero por fin dieron un paso al frente, lo que significaba que habían decidido quedarse. Entonces uno de los chicos se acercó a Rogelio y, ofreciéndole una pluma estilográfica, lo invitó a que estampara su firma en la calavera que le presentó. Rogelio estuvo a punto de darle un empujón; pero ya el camarero había acudido y con un ademán austero les indicaba una mesa que estaba libre, en un rincón, al tiempo que les comunicaba que allí sólo se servía té aromático, mentolado.

Tomaron asiento; pero las calaveras estaban allí, produciéndoles vivo malestar.

¿Qué significaba aquella broma? ¿O no era una broma? ¿No ocurriría que París se mofaba de la muerte? ¿No se habían reído ellos al término del desfile por entre los seis millones de cráneos? Por otra parte, ¿cómo estar seguros de que aquellos chicos y chicas estaban locos o eran unos farsantes? En realidad —fueron mirándolos uno a uno— su aspecto era serio, dramático, con un toque intelectualoide que no podía obviarse.

De añadidura, la música en el local era melódica, suave… Ello complació a Margot; acaso porque se encontraba lejos del mostrador, es decir, del ataúd. Pero he aquí que los demás, empezando por Rosy, de pronto decidieron marcharse. Marcharse sin perder un minuto. «Anda, vámonos». Margot, que vio acercarse al camarero con una bandeja y cuatro vasos, dijo: «Pero ¿y el té?». No le valió. Los demás se habían levantado y Julián, al tiempo que echaba un billete en la bandeja, le dijo: «Puedes quedarte si quieres». Margot no tuvo más remedio que ceder. Y un momento después se encontraban en la calle, donde, sin darse cuenta, todos sintieron la necesidad de mirar hacia arriba, de mirar el cielo estrellado que asomaba por entre los tejados de pizarra.

Extraño el estado de ánimo de las dos parejas. ¿Qué edad tendrían aquellos muchachos? Imposible precisarlo. Volvieron a mirar el letrero de la *boîte: La Fin du Monde*.

Necesitaban cambiar de atmósfera. Echaron a andar en silencio, hasta que, en la misma esquina, vieron un café de aspecto… normal. La iluminación interior los tentó de tal suerte que, sin acuerdo previo, entraron en él. El camarero, servilleta blanca al hombro, los acompañó a una mesa situada al fondo. Las paredes del café eran un inmenso espejo. Tomaron asiento, esta vez con convicción. Por otra parte, los devoraba la sed.

—*Mesdames, messieurs…?*

Todos pidieron Pernod.

¡Bien, estaba escrito que el París nocturno, juvenil —porque se trataba del París juvenil—, iba a salir a su encuentro aparatosamente! En efecto, apenas habían empezado a recuperarse del trauma sufrido en la *boîte* anterior, fijaron su atención en la clientela que los rodeaba. Y cayeron en la cuenta de que, a excepción de las calaveras, el cambio había sido muy relativo. El local estaba salpicado de parejas, ellos sin afeitar, ellas con pantalones raídos, todos con un aire de suciedad que daba grima. Abrazados, pero con una total indiferencia. Con muchos libros y revistas sobre las mesas. También había grupos de muchachos solos, que exhibían todos jerseys negros. La característica de aquel insólito mundo, al igual que en *La Fin du Monde*, era la inmovilidad, el tedio. A no ser por el lento parpadeo y por algún que otro suspiro, hubieran creído encontrarse en una réplica perfecta del museo de las figuras de cera.

Rogelio fue el primero en reaccionar.

—Pero… ¿no será todo esto un manicomio?

El camarero de la blanca servilleta les sirvió el Pernod, cuyo precioso color verde los reanimó. Pero minutos después ocurrió lo más impensable. De una de las mesas se levantó una muchacha de cabellos largos y lacios, que llevaba también jersey negro e iba descalza. A lo primero se cuadró, caídos los brazos; y de repente, sin encomendarse a nadie, y fijando obstinadamente la vista en uno de los espejos del local, se puso a recitar, con voz rota, arrastrando las sílabas, unos versos de texto incoherente, espasmódico, que alternaba con súbitos silencios. Era una chica larguirucha y demacrada. Imposible también precisar su edad. Tan pronto parecía una niña como una vieja. A lo largo de su recital permanecía extática y daba la impresión de que todo cuanto decía lo arrancaba de su yo más íntimo. Sus compañeros de mesa habían bajado la cabeza y miraban al suelo, lleno de papeles arrugados y de colillas. Tocante a los ocupantes de las otras mesas, ni siquiera se volvieron para mirarla. Continuaron con su impasibilidad, algunos echando lentamente bocanadas de Humo en dirección al techo.

La rapsoda imprimió súbitamente un ritmo más rápido a sus cortas frases, al tiempo que cerraba los ojos como si se pusiera en trance. Hasta que, de pronto, repitió por tres veces la palabra *caffard* e inmediatamente después, dando una especie de alarido, abrió los ojos, echó a correr y, sorteando con extrema habilidad las mesas y las sillas, salió del local.

La escena colmó el pasmo de los cuatro forasteros. Se miraron sin acertar a hablar. Margot se preguntó si estaría soñando; pero no. Prueba de ello era que Julián, después de llamar al *garçon* de la servilleta blanca y de pagarle las consumiciones, se levantó y les dijo a todos: «Creo que por hoy basta».

En la calle detuvieron el primer taxi que pasó y regresaron al hotel. En el trayecto Julián se destapó. ¡Por fin había encontrado el necesario espaldarazo a sus teorías sobre la decadencia y la corrupción de Francia! La situación era diáfana. ¿Qué significaba todo aquello? Significaba una suerte de enajenación colectiva, un reto a los valores humanos, la pérdida de la dignidad. Ya no podían caber dudas al respecto, pues fácilmente encontrarían docenas de *boîtes* y de cafés como los que estuvieron recorriendo, abarrotados de homosexuales, de toxicómanos, de muchachas como la que recitó aquellos versos, sin que nadie denotara la menor sorpresa. Ah, no, el Arco de Triunfo, la panorámica visible desde lo alto de la torre. Eiffel, las librerías, las estatuas de Montaigne y de Balzac y los iconos de la iglesia ortodoxa, eran el velo que cubría la inmensa podredumbre de París. ¿Dónde estaban los padres de aquellos jóvenes? ¿Dónde estaban los policías… y los gendarmes? Los gendarmes, ¡válgame Dios!, se paseaban en bicicleta —por parejas, como siempre— por las calles, ajenos a lo que sucedía en los sótanos como *La Fin du Monde* y similares. Los gendarmes se paseaban incluso, firme en la cabeza su estrafalario quepis, por la solitaria calle donde estaba enclavado el Hotel Catalogne.

Nadie contestó a Julián. En el interior del taxi sólo resonó su voz, dogmática y autoritaria. El taxista, al detenerse frente al hotel, no se quitó la gorra. Se rascó el

cogote y dijo:

—*Deux cents francs…*

El vestíbulo del hotel estaba casi vacío, pues la hora era avanzada. Sólo el portero, adormilado, y el conserje detrás del mostrador.

Nada podrían resolver aquella noche, pues todos se sentían abrumados en demasía. Pidieron las llaves y, guardando un silencio preñado de tristeza, tomaron el ascensor.

Al día siguiente, víspera del regreso a España —por la noche se celebraría la clausura del Congreso—, despertaron tarde. Margot y Julián llamaron a Barcelona y las voces de sus hijos al otro lado del hilo los conmovieron más que nunca. También Rogelio y Rosy llamaron a los suyos y pudieron decirles a Pedro y a Carol: «¡Pronto estaremos ahí! Mañana salimos…». «¿Cómo? ¡Sí, sí, estamos bien! ¿Y vosotros? ¡Bueno! ¡Muchos besos! ¡Hasta pronto, queridos!».

Como siempre, después de desayunarse en sus respectivas habitaciones, las dos parejas se juntaron en el salón del fondo del *hall*, adonde acudió a saludarlos, como de costumbre, Juan Ferrer, esta vez para decirles:

—¿Qué tal el desayuno? ¿Estupendo? ¡Bien, los supongo definitivamente convencidos de que los *croissants* franceses son los mejores del mundo!

Juan Ferrer notó algo raro en el ambiente, como si a sus huéspedes les hubiera ocurrido algún hecho inesperado y no del todo agradable.

Al término de un breve forcejeo todos le confesaron que así era, en efecto, aunque no se trataba de nada demasiado concreto, sino de un conjunto de cosas que habían visto y oído a lo largo de la semana y a las cuales encontraban difícil explicación.

—Pero… ¿relacionadas con el hotel? —preguntó ingenuamente Juan Ferrer.

—¡Por Dios, nada de eso!

Intervino Margot, que era la que parecía más afectada, como lo demostraba el hecho de que había pedido un pitillo, lo que hacía sólo en determinadas ocasiones.

—Sin embargo, tal vez usted y Chantal pudieran ayudarnos un poco, por lo menos a intercambiar impresiones… Ustedes llevan años aquí…, y a lo mejor tienen ya una opinión bien cimentada.

—Si les parece —dijo Juan Ferrer, intrigado—, después del almuerzo nos reunimos todos y charlamos. Ahora Chantal se ha ido a visitar a nuestros hijos, a Maurice y a Bernardette…

—¡Bien, nos parece muy bien! Después del almuerzo, en este mismo salón.

Así se hizo. Aprovecharon el resto de la mañana para comprar los consabidos regalos y eran cerca de las dos y media cuando se celebró allí mismo el «congreso filosófico», como más tarde lo calificaría Rosy. Cuando Chantal, que acudió más intrigada aún que Juan Ferrer, supo de qué se trataba —«juventud», «existencialismo», «actitud ante la vida y la muerte», «rapsoda lanzando alaridos»,

etcétera—, suspiró dando a entender que para ellos el asunto era el pan de cada día. Por su parte, Juan Ferrer, al observar la cara infantilizada de sus amigos, se confirmó en la idea de que realmente éstos vivían en el limbo y de que el lavado de cerebro existente en España era perfectamente comparable al de los países del Este.

Pero de lo que se trataba era de centrar la cuestión. De saber si todo aquello era una broma u obedecía a una motivación profunda.

Juan Ferrer y Chantal se vieron obligados a hacer un considerable esfuerzo para situar el problema, que, desde el punto de vista de una exposición en voz alta los pillaba de improviso y faltaste hábito. El caso es que se turnaron en el uso de la palabra, no rectificándose el uno al otro, pero matizando según la opinión de cada cual, que difería en ciertos aspectos. Naturalmente, al principio incurrieron en algunas vacilaciones; pero poco a poco, estimulados por el interés que mostraban sus oyentes, cogieron la carrerilla. Procuraron, especialmente en honor de Rogelio, emplear un lenguaje sencillo, no exento de ironía; y desde luego, la parte escéptica o neutra corrió a cargo de Juan Ferrer, debiendo atribuir a Chantal cualquier apertura a través de la cual asomara la posibilidad de la idea de Dios.

¿Qué ocurrió? ¿Cuál podía ser el resumen o balance de la exposición del matrimonio Ferrer, convertido en árbitro o juez? Si Margot, que con toda evidencia era la más capacitada para extractar la tesis, hubiera tenido que hacerlo, dicho resumen habría sido aproximadamente éste:

«No, aquello que habían "visto" no era *El* existencialismo, por la sencilla razón de que dentro del existencialismo había muchas tendencias, que si bien formulaban las mismas preguntas les daban respuestas muy distintas. Ahora bien, y dado que lo idóneo era adaptarse a las experiencias que habían vivido, no cabía duda de que todos aquellos jóvenes cuyo comportamiento tanto los escandalizó eran existencialistas; y de que lo eran en la línea de un tal Jean Paul Sartre, de quien suponían habrían oído hablar.

»Naturalmente, ellos tenían al respecto su criterio, discutible como todos; creían que si aquellos movimientos en general —y el de Sartre en particular— habían prosperado tanto y arrastrado a tanta juventud, ello se debía a la conmoción producida por la última guerra mundial, con tanta *massacre,* tanta destrucción y tantos padres empuñando armas —acto que a los hijos les resultaba difícil perdonar —, y al presentimiento que la juventud tenía de que la sociedad capitalista era injusta, por cuanto creaba diferencias sociales que podían halagar a unos cuantos pero que colectivamente hablando eran inadmisibles.

»Ahora bien, suponiendo certera la existencia de ese clima propicio, ¿qué les decía Sartre a los jóvenes para que lo siguieran con tal fanatismo? Ahí estaba el misterio. No les prometía ninguna solución, sino todo lo contrario. Les decía simplemente que nada valía la pena y que todo era absurdo. Era absurdo haber nacido —a uno lo traían al mundo sin pedirle permiso—, era absurdo luchar, era absurdo lavarse, era absurdo aspirar a un sueldo mejor o a tener una casa con alfombras y

criados. Nada valía la pena, ni siquiera vivir, puesto que nadie sabía en qué consistía la vida. ¡Ni siquiera valía la pena morir, puesto que nadie sabía tampoco en qué consistía la muerte! En el fondo, era la traducción de la frase española: “te pongas como te pongas…”. París, por ejemplo, a ellos les había parecido enorme; y era que no conocían Londres ni Tokio ni Nueva York. Y quien creyera que Nueva York era enorme, era porque nunca se había tomado la molestia de contemplar el espacio a través de un telescopio. En resumen, la teoría de la negación. Por eso el símbolo de muchos de esos antros del París nocturno era el ataúd; porque el ataúd era lo mismo que una cuna, en el sentido de que todas las cunas acabarían siendo ataúdes. De ahí que el hombre estuviera fatalmente condenado al fracaso y que se asemejara “al asno que persigue una zanahoria suspendida a una pértiga de su carro y que nunca podrá alcanzar”. El hombre, por más que hiciera, estaría siempre solo; y ni siquiera sería capaz de hacerse compañía a sí mismo. Quien no aceptara esa premisa era un iluso, soñaba, era un bebé que creía en los Reyes Magos. ¿Cabía una esperanza a través de una creencia sobrenatural? ¡Bueno! Que un Dios todopoderoso existiera resultaba incomprensible, pues hubiera creado la persona humana y el mundo viviente en general —el mundo detectable— de un modo menos decepcionante; pero resultaba igualmente incomprensible que tal Dios no existiera, pues el universo, con toda su grandeza, estaba ahí. Ahora bien, aceptar la premisa anterior, negativa, la de la infinita soledad —como sin duda la había aceptado la muchacha de cabellos lacios que salió del café descalza hacia la calle—, desembocaba en la angustia, en el hastío e incluso en el vértigo, puesto que sentirse rodeado de vacío producía eso: vértigo. Juan Ferrer lo había experimentado en España, cuando vio que perdían la guerra; y Chantal lo experimentó a raíz del nacimiento de su hijo Maurice, pues durante unos meses daba la impresión de que se les moriría y volvería a dejarlos solos, quizá sin esperanza. Afortunadamente, ambos habían superado, aunque apoyándose en valores distintos, ese estado o crisis. Todo lo cual permitía deducir que tal vez la verdad no estuviera emplazada como una reina en un solo lugar, como tampoco la mentira; y que no existiera el color gris, pero que en cambio el blanco y el negro se impusieran intermitentemente, por lo menos en el corazón del hombre, hoy en éste, mañana en aquél. Y por supuesto, como era fácil comprobar, ponerse a profundizar sobre dicha materia era caminar bordeando abismos, como lo reconocía el propio Sartre, que por cierto era un burgués de tomo y lomo y feo como un demonio, y que era el primero en reconocer que las palabras eran también absurdas, inútiles, y que no servían para expresar la realidad; tanto más cuanto que la criatura pensante, ni siquiera en el interior de su cerebro, sabría nunca en qué dicha realidad consiste verdaderamente».

Con el alma en un hilo habían escuchado todos la exposición de sus anfitriones. ¿Reacciones? Múltiples, como era de prever. El primero en moverse en su asiento fue Rogelio, lo que automáticamente lo obligó a tomar el primero la palabra, aunque no sabía muy bien por dónde empezar, porque el tono de Chantal lo apabulló un poco. No había captado el sesgo intelectual de la perorata, pero sí había registrado a la

perfección su sentido. Y la verdad es que no había hecho sino ratificarse en lo que sospechó desde el primer momento: en que detrás de todas aquellas lucubraciones no había sino una parte de esquizofrenia, otra de prurito de originalidad y, sobre todo, mucha vagancia. Muchas ganas de discursear y de no dar golpe. Y como él no quería caer en la misma trampa, iba a ser muy breve en su comentario.

—Pónganse ustedes como se pongan —dijo, satisfecho de su hallazgo verbal—, nada de eso tiene pies ni cabeza. Porque, vamos a ver, y para ir al grano, que es lo que a mí me gusta. Si resulta que todo es absurdo, asqueroso y tontiloco; y que ningún asno es capaz de alcanzar la zanahoria; y que lo mismo da estar solo que acompañado; y que no sabemos cómo es París porque no hemos estado en Nueva York; y que si creemos en algo somos unos bebés, con la agravante de que lo mismo da una cuna que un ataúd, etcétera, entonces, mi pregunta es la siguiente: ¿por qué, si esos mozalbetes están convencidos de todo esto, y de que por tanto no vale la pena respirar y vivir, por qué repito, no se pegan un tiro?

Juan Ferrer, con calma, contestó:

—Algunos lo han hecho, Rogelio… —Y ante el súbito parpadeo de éste añadió —: Y sin duda alguna, otros lo harán.

—¿Ah, sí…? —Y no ocurriéndosele nada más, hizo una mueca y exclamó—: ¡Pues buen provecho! —Y se calló.

Rosy, que había escuchado con atención especial, y que daba la casualidad de que en Barcelona había asistido, en una sesión privada y única, a la representación de la obra teatral *Huis Clos*, de Sartre, que le causó un gran impacto, declaró que a ella lo que le parecía absurdo era llegar a conclusiones tan tajantes. Por supuesto, después de lo que vio en la guerra de España y en la consulta de su padre, que era médico, reconocía que algo había en el fondo de la actitud que estaban analizando; pero ¿por qué tomárselo tan a la tremenda, en vez de dedicarse a hacer un poco el payaso?

—Si estamos en el baile tenemos que bailar, ¿no? ¡.Claro que todos estamos bastante solos, y que en el fondo todos fracasamos! Me lo dirán a mí, que a veces tengo presentimientos con varios años de anticipación y que veo algo raro en el halo de la luna y poco después caen bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki. En París sólo he visto algo raro en el vacío que hay mirando desde lo alto de la torre Eiffel, pero no es el momento de hablar de eso. Quedamos, pues, en que todos fracasamos, unos más, otros menos. ¡Si lo sabré yo, repito, que he podido comprobar que el que tiene un amor quiere varios, y el que tiene dos monedas de oro quiere cuatro, y el que tiene cuatro quiere ciento! Sin embargo, y pese a ello, creo que hay otras salidas menos malas que el nihilismo, que en un plano consecuente, y en eso Rogelio llevaba razón, conduce al suicidio. Por ejemplo, me parece mejor aspirar a tener una torre con piscina y un perro lobo llamado *Kris*… A mí ese tema me interesa porque precisamente al terminar nuestra guerra me di cuenta de que podía caer fácilmente en ese pozo negro… y en ese vértigo. Pero supe reaccionar a tiempo, e hice marcha atrás. Mejor dicho, marché adelante y me casé con un hombre

enamorado de la vida, lo cual me estimuló; con uno de esos hombres que alcanzaban seguro la zanahoria… Ahora bien, me hago cargo de que ahora, teniendo todo lo que tengo, no estoy en condiciones de juzgar a quienes han tenido menos suerte, o a quienes opinan de otro modo… Así que repito lo de antes: comprendo a esos muchachos, aunque creo que exageran. Y puesta a comprender, admito incluso que de ahí puede salir algo bueno… Pero, de momento, yo, Rosy, prefiero seguir bailando… ¡Que además resulta entretenido! ¿O no están ustedes de acuerdo? Y aparte de eso, sí que hay una cosa, en esos existencialistas, que no consigo ver claro: que no les guste lavarse… Por ahí, desde luego, no paso. A ellos puede parecerles imposible que la verdad sea una reina y que lo sea la mentira; que Dios exista y también que Dios no exista; a mí lo que me parece imposible es levantarse y no querer meterse en una bañera.

Chantal y Juan Ferrer sonrieron. Rosy les resultaba simpática, porque era guapa, porque siempre hablaba con franqueza y porque representaba el tipo de burguesía contra el cual Chantal luchaba en París y que en España llevó a Juan Ferrer a jugarse el pellejo. Claro que hubieran podido replicarle que el problema era más hondo, pues se trataba precisamente de no admitir como solución hacer el payaso y de contribuir a que todo el mundo llegase a tener una bañera; pero no mostraron empeño en seguir en esa dirección.

Julián estaba pasando un mal rato. No sólo porque todo cuanto se estaba diciendo allí le parecía, como en ocasiones semejantes, puramente alegórico, puesto que la cinta métrica no servía para medirlo, sino porque se daba cuenta de que Margot se lo tomaba verdaderamente en serio… Y ello lo traía a mal traer. Sin la menor duda, su postura coincidía mucho más con la de Rogelio que con la de Rosy; aunque con algunas diferencias de matiz.

—A mí todo eso me parece cogido por los pelos —sentenció—. Y eso que soy andaluz y que mi mujer me dice siempre que los que nacimos de Despeñaperros para abajo somos fatalistas, es decir, que estamos predispuestos a vestirnos de luto antes de tiempo. Pero no entiendo nada de lo que nos quiere contar el señor Sartre, tan burgués como un servidor, al parecer, dato que yo ignoraba. Desde luego, mi opinión es que todo ese tinglado demuestra bien a las claras dos cosas. Una, que eso de la libertad para exponer cualquier doctrina, sea cual sea, conduce inevitablemente a la confusión y a que unos cuantos jóvenes se encierren en un sótano, o en un centenar de sótanos, y decidan por las buenas que hay que mandar al carajo a la familia, a la costumbre de vestirse como los demás, a la necesidad de trabajar y de extraer enseñanzas precisamente de lo mucho que uno sufre. Así que, me alegra que en España sigan existiendo ciertas restricciones al respecto, pues no me gustaría que mis hijos, todavía pequeños, un buen día, y para contentar al señor Sartre, se tiraran por la ventana del edificio en que vivimos y que un amigo mío proyectó con mucha ilusión. La segunda cosa que demuestra, creo, es que no se puede vivir sin un ideal. ¿Que todos los ideales son idiotas? Sería discutible… Por de pronto, parece ser que el

hombre lleva varios millones de años viviendo en la tierra. Y lo que te rondaré… Me parece que esos teorizantes que tantos adeptos tienen por esos circuitos de por aquí han olvidado un detalle: que la mayoría de seres humanos deseamos vivir, y no sólo por instinto de conservación, sino porque hemos encontrado un motivo que lo justifica: la profesión, la patria, la amistad, que puede inducir incluso a salvar la vida de quien en determinadas facetas a lo mejor es nuestro enemigo… ¿Que el mundo es injusto? ¿Que hay diferencias sociales? ¡Qué duda cabe! Hay tantas, que claman al cielo, como quizá lo demuestren los presentimientos de Rosy… Yo me ocupo de viviendas, conque… Pero no creo que la solución esté en invitar a la gente a firmar en calaveras o en bailar durante horas el tan-tan. La solución está en algo muy sencillo: en llenar el vacío de las horas. Mientras se trabaja, no se está solo. Puedo hablarles por experiencia, pues si bien es verdad que nunca he sentido vértigo, en cambio sé lo que es la angustia… En Granada, en Madrid, en la propia Barcelona, en mi taller, antes de conocer a mi mujer había días en que la cabeza me pesaba toneladas. Pero ¿qué hacía? Me ponía a dibujar rascacielos… ¿Comprenden lo que quiero decir? Y ahora, la verdad, no tengo problema, como no sea por exceso… ¡Hay tanto que hacer! ¿Verdad, Rogelio? Bien, Rosy ha dicho que de todo eso puede salir algo bueno… ¡Quizá sí! Hoy por hoy, yo soy incapaz de verlo. Y pienso que si ustedes, al llegar a París, en vez de arrimar el hombro se hubieran puesto a rumiar si la realidad existe o no existe, en esos momentos no serían dueños de ese hotel tan acogedor…

Rogelio estuvo a punto de romper en un aplauso. Margot callaba. Juan Ferrer volvió a sonreír… Juan Ferrer, que tenía también su ideal —el socialismo—, y que por tanto podía llenar limpiamente el vacío de las horas, hubiera suscrito gran parte de la argumentación de Julián, a excepción de algunos errores, entre los que, a no ser porque el diálogo se prolongaba demasiado, habría destacado uno: la creencia de que restringiendo la divulgación de las doctrinas, de las doctrinas consideradas corrosivas, pudiera impedirse que éstas un día u otro irrumpieran con fuerza decisiva en el interior de la juventud. Juan Ferrer se abstuvo de rebatirle a Julián lo que consideraba angelical ensueño; pero se dijo a sí mismo que si los hijos del arquitecto, a los que éste aludió, se libraban efectivamente de tirarse por la ventana, ello no se debería nunca al hecho de ignorar las diversas tendencias que circulaban por el mundo; sería por otras razones o defensas más primarias, como, por ejemplo, enamorarse, gozar de buena salud, o haber alcanzado, como Rogelio, la zanahoria…

Ahora bien, ¿y Margot? ¿Por qué Margot callaba? Chantal había advertido que la mujer adoptó desde el primer momento un aire en cierto modo misterioso; en cuanto a Julián, que al término de su personal intervención la miró, atribuyó su silencio, simplemente, al temperamento serio, en ocasiones excesivamente serio y grave, de Margot.

Y la verdad no era ésa. La verdad era que Margot, a quien su padre había hablado ya de los problemas que comportaba el concepto de Absurdo, abrigaba un temor: en cuanto manifestara en voz alta su opinión, sus amigos, excepto Chantal, se

desconcertarían por completo. Porque sucedía que no se trataba de oponer al nihilismo otro pensamiento distinto, sino de hacer brincar en la mesa, con mucha más rotundidad que Chantal lo había hecho —era evidente que Chantal era creyente, pero poco dada a la apologética—, el santo nombre de Dios. Y todo ello por una razón concreta: porque si no existía la vida sobrenatural, si todo terminaba aquí abajo con la muerte, entonces eran Jean Paul Sartre y sus discípulos quienes tenían razón. Entonces estaba justificado todo cuanto ellos habían visto, y mucho más: los jerseys negros, la pasividad. *La Fin du Monde*, los alaridos… Y, por descontado, el pegarse un tiro en la sien.

Así las cosas, ¿debía o no debía hablar? La mirada de Chantal la invitó a hacerlo… De modo que se decidió. Y su voz, que brotó inesperadamente, con una tonalidad trémula que contrastaba con el sosiego de su semblante, sorprendió a todos, acaparando la atención.

—Me gustaría acertar a expresarme, pero no sé si lo conseguiré. El tema que estamos debatiendo —el de si vivir vale o no vale la pena— ¿es realmente un tema que pertenece a la dialéctica? En ese punto concreto, ¿no acertará Sartre al afirmar que las palabras no sirven para contestar «sí» o para contestar «no»? ¡No se escandalicen ustedes, por favor! Lo que quiero decir es que hay que trasladar ese debate a un plano que hasta el momento sólo ha sido tratado de flanco, así como de pasada: el plano de si es realmente irracional la creencia en Dios, en un Dios inteligente y bueno… Si es irracional o incomprensible, entonces no me importa admitir que esos muchachos son, desde luego, consecuentes afirmando que nada tiene sentido, que no lo tiene luchar, ni afeitarse, y mucho menos considerar importante meterse en una bañera… Es más: en ese caso es más lógica su postura que la nuestra, puesto que si construimos casas un día tendremos que dejarlas y más tarde se derrumbarán, y si tenemos hijos un día morirán, y si nos dedicamos a bailar el baile, como apuntó Rosy, tarde o temprano nos llegará la artrosis y entonces no sabremos qué hacer. De modo que, a mi juicio, la cuestión está ahí. Si Dios existe, y además en nosotros hay algo que es inmortal y que sobrevive al cuerpo, el existencialismo negativo es una broma, y una broma trágica; si Dios no existe, ni existen el alma ni la eternidad, lo que es una broma es que nos enamoremos de la vida, como Rogelio, que tengamos una torre con piscina y perro lobo, y que organicemos congresos de urbanización y nos desplacemos a París. ¿Solución, por tanto? Plantearse a fondo esa incógnita. Ver si, a través de nuestras posibilidades, de nuestras intuiciones, de los momentos de ternura que todos hemos sentido, de la mirada pura de uno de nuestros hijos, descubrimos que efectivamente existe ese Creador. Yo estoy tan convencida de que existe, que todo lo que puedan decirme sobre el relativismo y la Nada me duele, pero apenas si me roza… Con una aclaración forzosa, que se produce, me parece, en ese terreno, una evidente contradicción. Mientras por un lado se están canonizando el fracaso y la negación, por otro lado el mundo, cada vez más, quiere vivir de lo que llama la exactitud, quiere tocar las cosas, quiere reducirlo todo a dos y dos son cuatro.

¿En qué quedamos? Por eso puede ocurrir que París me haya entusiasmado, pero al propio tiempo me haya dado miedo, pensando en cómo lo verán mis hijos cuando sean mayores, si resulta que no tienen la fe que yo tengo y consideran ridículo admitir que Dios haya creado por igual ese sol rojo, violento y hermoso, y esa niebla poética que a veces impide verlo. Confío en que Chantal me comprenderá si digo que la fe religiosa ofrece la ventaja de que traspasa todas las barreras, de que soluciona todos los problemas donde mayormente importa, es decir, en la intimidad del ser; y me temo que nuestro amigo Juan Ferrer esté pensando que esta solución es fácil y beatona, porque no sólo no resuelve, sino que ni siquiera se plantea, la desigualdad de clases, la desigualdad de oportunidades, el modo de repartir equitativamente la riqueza del mundo… ¡Bueno, también a mí me gustaría que la fe sirviera para realizar esa utopía!; pero entiendo que no es ésa su misión, y lo lamento de veras. Ahora bien, al respecto he de confesar que una de las cosas que más me han impresionado es que un buen porcentaje de esos muchachos prematuramente vencidos por la vida no parecen ser precisamente obreros de esas fábricas que tiñen de rojo las aguas del Sena en los suburbios de París; más bien se diría que pertenecen a la clase burguesa. Quizá, quizá, los líderes sean hijos de millonarios… Lo que demostraría, a mi entender, que la teoría del reparto injusto es vulnerable, en el sentido de que una sociedad económicamente equilibrada no resolvería, como la religión, el drama interior del hombre; probablemente, y según estadísticas que circulan por ahí, nos daría una cantidad de suicidios igual o tal vez superior…

La intervención de Margot provocó un largo silencio… Su punto de vista fue inesperado, original. Rosy se emocionó mucho y estuvo a punto de levantarse y darle un beso. Quien más, quien menos, todos esperaban que Chantal le diera el espaldarazo, pero Chantal se limitó a felicitar a Margot por su entusiasmo, añadiendo que, por desgracia, ella creía muy poco en que en ese terreno de la religión los argumentos sirvieran para convencer a nadie… En cuanto a Julián, estuvo escuchando a su mujer con la misma intensidad que unas semanas antes en Can Abadal, al tratarse del asunto de Rogelio y de la «rueda». La admiró, como siempre en esos casos, pero varias cosas le sorprendieron: el trémolo de su voz, que a lo largo de su intervención le pidiera otro pitillo y que en varias ocasiones tuviera necesidad de lamerse los labios, como si se le secara la boca.

¡Lógico que Julián no descubriera el secreto de tan pequeñas anomalías! El hombre ignoraba que esa voz, y ese pitillo, y esa necesidad de humedecerse los labios obedecían a una causa que Margot no había comunicado a nadie: a una profunda herida que la mujer había recibido en París. Herida extraña, recibida exactamente la víspera; y más exactamente, en la *boîte La Fin du Monde*. En efecto, resultó que uno de los muchachos vencidos por la vida, sin afeitar, de facha soñadora y mirada triste, que había en un rincón del sótano, y que sostenía en la mano un vaso de té aromático, mentolado, se parecía increíblemente a Laureano… ¡Era su viva estampa! Era Laureano… con diez años más.

Margot lo estuvo contemplando hasta cerciorarse del parecido. Y desde entonces luchaba para no dejar traslucir lo que ocurría en su interior.

Entretanto, el silencio que se había producido en la reunión se prolongaba tanto que Julián se creyó en la necesidad de romperlo. Así lo hizo. Y tomando cariñosamente la mano de su mujer le dijo:

—Muy bien, Margot… Has hablado, y creo que todos estarán de acuerdo conmigo, como los propios ángeles…

CAPÍTULO XX

SE PASARON EL RESTO DE LA TARDE completando la compra de regalos que querían llevarse a Barcelona. La elección de alguno de ellos había sido fácil, como un chal para Beatriz o una cajita de porcelana de Sèvres para la colección de Susana, cajita que al abrirse tocaba una musiquilla… Pero, a Pedro, por ejemplo, ¿qué? ¡Un cortapapeles de plata y libros, claro! Sin embargo, ¿qué libros? ¿Y a Laureano? Julián le había comprado una espléndida caja de compases, de fabricación alemana, pero se daba el caso de que Rosy le había prometido al muchacho, que era un poco ahijado suyo, algo especial. Entonces Margot le fue sincera.

—¿Sabes lo que más ilusión podría hacerle? ¡Una guitarra! Como fracasó con el piano, varias veces le hablé de ello. Y además en el «colé» tienen una rondalla en la que varios alumnos tocan hasta laúdes y mandolinas…

—¡Haberlo dicho! —exclamó Rosy. Y le compró la guitarra «de verdad».

—Si se le da bien —prometió Julián—, buscaremos algún compatriota mío que le dé lecciones… Creo que hay un tal Morales que es un buen maestro.

Se despidieron con emoción de Juan Ferrer y Chantal —lamentando una vez más no haber podido conocer a sus hijos—, y al día siguiente se lanzaron muy temprano a la carretera, esta vez con la intención de llegar directamente a Barcelona.

El Mercedes iba mucho más cargado que a la ida, lo mismo que la mente de sus ocupantes. Y por si fuera poco, empezó a llover. Sin saber por qué, se alegraron. ¿La Francia nórdica no era precisamente eso, lluvia fertilizante, fábricas negruzcas, aldeas tristes nacidas a su lado, chimeneas que apuntaban al cielo hostil desafiándolo? Más adelante aparecían las casas de campo pintadas con vivos colores, regocijando la inmensa llanura.

Silencio en el interior del coche. Caía una verdadera cortina de agua, que obligaba a Rogelio a avanzar despacio. El limpiaparabrisas giraba tenaz a derecha y a izquierda —¿por qué los automóviles no llevarían también limpiaparabrisas en el cristal de atrás?—, pero la visibilidad era escasa.

Sin embargo, ¡cuánta riqueza! Otra vez la sana envidia del agua, de los ríos caudalosos, de la tierra mojada. Si Barcelona contara con un río como el Sena, ¿no sería todo mucho más fácil? ¿Y Madrid?

A trechos clareaba, y entonces Rogelio apretaba el acelerador. «¡Menudos pastos! ¿Os acordáis del Chateaubriand que nos sirvieron *chez Maxim's*?».

El diálogo se hizo sincopado. Tan pronto hablaban del pasado: París, como del futuro: la frontera española. ¿Y si complacieran a Margot y visitaran los castillos del Loire? ¡Imposible! Demasiado rodeo, demasiado *détour*. Julián se dedicó a contar las palabras y exclamaciones francesas que había aprendido: *pardon, madame, monsieur, oh, là, là!, pas possible!*

—¿Por qué dicen siempre *pas possible*?

—Pues por eso, porque hay muchas cosas en la vida que no son posibles.

La lluvia iba cayendo a rachas, lo cual, unido a la habitual prudencia de Rogelio al volante, los retrasó. Descartaron el proyecto de ir de un tirón a Barcelona y decidieron pernoctar de nuevo en Cahors.

En el hotel no quedaban habitaciones de dos camas.

—¡No hay mal que por bien no venga! —comentó Rogelio—. Llevaba mucho tiempo sin acostarme con Rosy…

—¡Hala, no empieces!

Margot decía, de vez en cuando:

—¡Qué ganas tengo de darles un beso a Laureano y a Susana!

Durmieron como benditos. Y al día siguiente, con tiempo espléndido, a la carretera otra vez, con las mismas estampas que a la ida: camiones lecheros, tractores en los campos, jugadores de petanca, *boulangeries*, ¡gendarmes en bicicleta!

—Margot… ¿cantamos «Asturias, patria querida»?

—¡No, hijo, no! Que estamos en el Rosellón… ¿No estás viendo los viñedos?

Era cierto. Y les vino a la memoria algo que les dijo Juan Ferrer: que gran número de españoles exiliados se habían quedado en aquella zona trabajando.

—Ahí tenéis un detalle francés —observó Margot, recordando la cantidad de apátridas y refugiados que había en París—… *Le droit d'asile*. Admiten a todo el mundo: rusos, polacos, checos, árabes, italianos… Y supongo que hasta milicianos de Mataré y de Arenys de Mar…

—Sí, es buen asunto —comentó Julián—. Disponen de mano de obra barata.

—¡Vaya! Curiosa interpretación.

—¿Es que hay otra mejor?

—Conforme. No discutamos.

¿Cómo iban a discutir, si a pocos quilómetros a la izquierda estaba el mar, el Mediterráneo entrañable, y los Pirineos asomando al fondo daban fe de que se aproximaban a España? Las flechas de la carretera señalaban, en las respectivas bifurcaciones, los sucesivos pueblos costeros: Port-Vendres, Collioure, Banyuls-sur-Mer…

Margot recordó que Machado estaba enterrado en Collioure. Le vinieron a la memoria algunos versos del poeta. Pero los guardó para sí, porque no quería «que una de las dos Españas le helara el corazón».

La visión del puesto fronterizo los turbó. Los tricornios de los guardias civiles —¡sorprendente paradoja!— les parecieron tan estrafalarios como los quepis de los gendarmes. Pero fue sólo un instante. Apenas se acercaron a ellos, la extrañeza se desvaneció. Y Rosy, al contemplar aquellos triángulos acharolados, se acordó de García Lorca, del retrato del poeta que vieron en París, junto a las obras de Lenin.

¡España! El coche empezó a brincar… Los baches de la carretera. ¿Cómo podía Julián no acordarse de don José María Boix? ¿Y qué ocurría? El paisaje se tornó áspero; las casas, pobres; las estaciones de ferrocarril daban pena; las calles de los

pueblos, sin asfaltar. Sólo se erguían con cierta esbeltez algunos bellos campanarios y algunas masías. En cuanto a los tenduchos…

—Hay que ver… La guerra nos hizo polvo…

—Me das envidia, Julián —comentó Rosy—. ¿Es que los franceses no tuvieron su guerra?

Se detuvieron en Figueras, de aire más alegre, para repostar gasolina y tomarse un café. ¡Por fin podían tomar un exprés, y no aquellos «filtros» que les servían en París! Rogelio le dio al mozo de la gasolina cinco duros de propina y el muchacho palideció. Lo miró como diciendo: «¿Se habrá equivocado?».

—Ésa es la ventaja —opinó Rogelio apenas el coche reanudó su marcha—. Aquí, con dinco duros, todavía la gente cambia de color.

La llegada a Barcelona fue triunfal. «¡Barcelona…! ¡La Barcelona de nuestros amores!». Julián, al ver de lejos las torres de la Sagrada Familia no hizo ningún comentario sobre la obra de Gaudí…, pese a que la mayoría de colegas congresistas extranjeros —su sorpresa había sido mayúscula— hablaron de ella con fervorosa admiración.

Rogelio y Rosy dejaron a sus amigos en General Mitre y mientras se dirigían a la avenida Pearson, al encontrarse solos en el coche, ambos se entristecieron, sin motivo concreto para ello.

En General Mitre, Susana y Laureano les habían preparado a sus padres una pequeña sorpresa. Un cartelito en francés, colocado en el vestíbulo, que decía: *Soyez les bienvenus!*

—¡Queridos! Sois un encanto.

Anselmo y Felisa habían cuidado de subir el equipaje en el montacargas. Susana los ayudó, palpando las maletas y clasificando los paquetes de los regalos, entre los que figuraba un mechero en forma de tapón de champaña para Anselmo y, para Felisa, una torre Eiffel en miniatura, que se iluminaba como la Virgen del Pilar que Julián le había regalado a Manoli. Para Rosario habían comprado un bolso y una polvera, que le gustaron mucho.

—Los señores son muy buenos…

¡Sí, tuvieron suerte en la elección! Susana, al levantar la tapa de la cajita de Sèvres y oír la musiquilla… abrió de par en par los ojos. «¡La mejor! ¡La mejor de la colección!». Y al ver el libro *El mundo de las mariposas*, con fascinantes láminas a todo color, la muchacha se sentó en un sillón y dejó volar su fantasía…

En cuanto a Laureano, se extasió ante la caja de compases de fabricación alemana, que le sería de gran utilidad. Pero lo más señalado, lo más oportuno y concluyente, fue la guitarra…

Laureano, al verla, se quedó sin habla. Tomó en sus manos el instrumento. No sabía qué hacer con él. Primero acarició la madera, agradable al tacto, y al fin rasgueó

las cuerdas, que sonaron primorosamente.

Repitió la operación. ¡Era un milagro!

—¡Eso es fantástico! ¡Fantástico! Fue idea tuya, ¿verdad, mamá?

—¡Bueno! En realidad, el regalo es de Rosy…

Julián simuló batir palmas y exclamó: «¡Olé!». Margot miró de reojo el piano de cola y le dedicó algo así como un nostálgico adiós. «¡Curioso! —pensó—. El duende andaluz le ha ganado la partida…».

En la avenida Pearson hubo también fortuna en la elección. El Gran Atlas histórico y geográfico encantó a Pedro, así como el resto de los libros y el cortapapeles de plata, con las iniciales del muchacho; y Carol se probó una y otra vez ante el espejo los pendientes y el brazalete y acunó repetidamente el gato pelusón que movía las pestañas y hacía «miau».

De pronto, Rogelio y Rosy miraron a Pedro.

—¡Oye! ¿Sabes que has crecido una barbaridad?

—Es que desde el patio del «colé» intentaba ver París…

No obstante, el mejor regalo fue el que Rogelio se hizo a sí mismo: la autosatisfacción. En todas partes el constructor empezó a fanfarronear de lo lindo, lo mismo en el despacho que en la nueva barbería que frecuentaba —barbería de lujo, abierta por un vasco llamado Aresti—, que en las fiestas que celebraban o en el Club de Polo. Aparte de exhibir las figuritas negras al trasluz, eróticas, que adquirió en *Folies Bergère* —y que al final fueron a parar a manos de Marilín—, el hombre no perdía ocasión de perorar.

—¡Está comprobado! Hay que salir por ahí y conocer mundo. *Comédie Française*, catacumbas, restaurantes chinos, el bueno de Churchill convertido en momia de cera… ¿Sabéis quién tuvo la idea de hacer confluir las avenidas en el Arco de Triunfo, en *l'Étoile*? Napoleón III… ¿Y alguno de vosotros ha visto una mujer conduciendo un taxi? Pues en París las hay a porrillo… ¡Rosy! Cuéntales lo de *Rose Rouge*, lo de aquel negro que tanto te gustó, que se contoneaba al ritmo del tan-tan…

Rosy se mostraba también eufórica. En una de las fiestas que organizaron se presentó luciendo un modelo Jacques Fath… Causó sensación. Ricardo Marín le dijo al c ido:

—¿Sabes, Rosy, que creo que Rogelio tiene razón? Os encuentro cambiados… Tú, por supuesto, has venido… ¿cómo diría yo?, con un barniz especial…

—¿De veras? Estás exagerando…

—¿Exagerando? —Ricardo Marín se acercó todavía más al oído de Rosy—: Lo que siento es no ser aquel negro de la *Rose Rouge*, que tanto te gustó…

¡Y lo que llegó a fanfarronear Rogelio en cuanto empezó a recibir —en eso la intervención del coronel Rivero fue decisiva— el material de construcción que había conseguido importar: excavadoras de línea dinosáurica, perforadoras, grúas gigantescas dirigidas por un solo hombre desde lo alto de una garita…!

—¿Qué? ¿Hay que estar al día o no? El que quiera prosperar, ¡que se dé una

vuelta por ahí fuera! En Cosmos Viajes lo informarán…

En General Mitre el viaje, al parecer, había sido provechoso para todos, por lo que Beatriz, con su flamante chal sobre los hombros, se fue al Cristo de Lepanto a dar las gracias. Margot llevaba bien el embarazo y Julián había llegado repleto de ideas nuevas, faltándole tiempo para ponerlas en práctica. De una cosa se había cerciorado, con íntima satisfacción, el jefe del clan Vega y lo comentó con Claudio Roig: Aurelio Subirachs era uno de los pocos arquitectos españoles conocidos en el extranjero. Varios congresistas le hablaron de él con admiración. Por lo demás, Julián, al entrar en su taller, sintió que su concepto de la arquitectura se había enriquecido. Por ejemplo, comprendió la intención de la pregunta que le hizo Aurelio Subirachs el día en que se conocieron, pregunta que en aquella ocasión Julián supo esquivar con maestría: «¿podría la arquitectura concebirse como danza?». Así era, en efecto, especialmente con respecto a la relación espacio-tiempo. Se habló de ello en el Congreso, en una ponencia. El ponente —un noruego bajito y con un parche negro en un ojo— afirmó que un edificio empezaba «ocupando» con sus formas el *espacio* —que alguien denominó bellamente «la inmensa presencia»—, trazándole, a los ojos de quien miraba, unos limites; y con ello aprisionaba el *tiempo*, puesto que dicho edificio iba a permanecer allí. La danza, por su parte, efectuaba el mismo recorrido, sólo que a la inversa. La danza empezaba «ocupando» el *tiempo* —el que duraría la música—, para luego «aprisionar» el *espacio* mediante las formas que creaban en el aire los danzarines. Dicho paralelismo sedujo a Julián, cada día más convencido de que la arquitectura del futuro debía englobar —tesis de Aurelio Subirachs— a todas las artes.

Otra teoría que Julián asimiló fue la de la arquitectura como *«orientación»*, sentido éste enraizado en el hombre con mucha anterioridad al de la propia vista. «El hombre primitivo —afirmó un arquitecto en el Congreso— primero se orientaba, luego tocaba y olía; sólo más tarde, al hacerse adulto, *supo utilizar* el ver, el gustar y el oír».

¿Especulaciones inútiles? Rogelio hubiera supuesto que sí… Pero Julián comprendió que nunca más elaboraría un proyecto sin tener en cuenta esos postulados. Por suerte, Margot, como queriéndole demostrar «que servía para algo más que para localizar las motas de polvo que pudiera haber en el taller», escuchó las explicaciones de su marido, y aunque no llegó a entenderlas del todo, intuyó —¡una vez más, gracias a la música!—, que debajo de ellas latía alguna verdad; a condición, claro está, de que luego en la práctica no lo mandaran todo al diablo y de no olvidar nunca la importancia del paisaje y de que la finalidad primordial de un edificio era que en él tenían que vivir seres humanos.

Laureano y Susana, al enterarse de que al término de unos meses iban a tener un hermanito, se quedaron perplejos. No se les había ocurrido semejante posibilidad. Margot, contestando al interrogatorio inevitable, les dijo, sonriendo levemente, que se había tomado unas pastillas —lo mismo que hizo para que ellos nacieran— y que su hermanito vivía ya en su vientre y que se alimentaba con los mismos alimentos que ella ingería. Los chicos no acababan de creerse lo de la pastilla, habida cuenta de que lo mismo Laureano que Susana habían captado noticias de que aquello no funcionaba así, de que su padre habría intervenido en algún sentido. Pero tampoco apuraron las preguntas, preocupados por el hecho de que su hermanito «viviera ya». «¿Podría respirar allá dentro?» —y miraban el vientre de Margot—. «¿Cómo sería?». «¿No tendría demasiado calor?». Laureano asistía con extraordinario respeto al progresivo abultamiento del vientre de su madre, quien le decía que si los niños se llevaban precisamente allí era porque aquel lugar estaba próximo al corazón. Lo curioso era que Susana había oído una vez en Can Abadal que los niños salían por el ombligo. Margot no la contradijo. Se limitó a decirle: «No te preocupes. Cuando llegue el momento, el doctor Trabal me ayudará, como me ayudó a que Laureano y tú vinierais al mundo».

Laureano hubiera querido saber si sería niño o niña, pero ése era otro misterio. «Yo creo que será niño —auguraba su madre—, pero lo mismo puede salir otra Susana, otra Susana pequeñita…».

Un día ésta le preguntó a Margot:

—Cuando el «peque» haya nacido no le querrás más que a nosotros, ¿verdad?

Margot soltó una carcajada.

—Yo no. Pero vais a ver como tú y Laureano le queréis más que a mí…

Rosy sentía un poco de envidia, aunque el doctor Martorell la animaba diciendo: «El día menos pensado usted también dirá: “¡que me he tomado la pastillita!”». Julián, feliz, había comunicado la noticia a Granada, recibiendo una carta de sus padres y un telegrama de su hermano Manolo, en las que unos y otro le daban la enhorabuena. Quedaba entendido que si era niña la madrina sería «tía Mari-Tere», que se estaba espabilando y era ya locutora en Radio Granada.

El embarazo de Margot trajo sobre el tapete el problema de la revelación de la pubertad en las chicas, que había provocado, entre las que componían la «pandilla», reacciones muy distintas según fue produciéndose. Lo de Cuchy —la hija de Ricardo Marín y Merche— fue muy precoz y, según contó la chica en el Liceo Francés, se lo había advertido con mucha antelación, y con su característica flema, su madre. «Cuchy —le dijo Merche, tal vez acordándose una vez más de que se había educado en Londres—, cualquier día vas a tener esto y lo otro. No te asustes, es lo normal». Cuchy, que llevaba cola de caballo y estaba muy satisfecha de ser pecosa, sorprendida al principio, luego comentó: «¡Vaya! No sabía yo eso». Y llegado el momento no se

asustó. Más bien experimentó una imprecisable migaja de orgullo.

Lo de Carol ocurrió de otro modo. Rosy ni siquiera pensaba en ello, de modo que quien cuidó de informar a la chica —muy poco antes de dejar la avenida Pearson— fue Montserrat, la institutriz. Carol, curiosilla y pizpireta, que metía constantemente la nariz en todos los rincones de la casa, un día fisgó en el cuarto de baño de una de las criadas y vio en un rincón un paño manchado de sangre. Le faltó tiempo para comunicárselo a Montserrat, temiendo que a la sirvienta, siempre un tanto demacrada, le ocurriese «algo malo». La institutriz se lo explicó. De momento, a Carol le hizo gracia. «¿Así que…?». Pero, llegado el momento, sufrió tales dolores y tan fuertes, que dramatizó la cuestión. Temió que Montserrat la hubiese engañado y se refugió en su madre, la cual logró tranquilizarla. «No, hija, no, nada de engaños. Montserrat te dijo la verdad. No estás enferma, nada de eso. Lo que pasa es que hay niñas que padecen mucho y otras no. Pero estáte tranquila. No es nada».

Susana se enteró por boca de Margot mucho antes de lo necesario. Y es que Julián no cesaba de instar a su mujer: «Anda, cuéntaselo ya. En Granada a mis hermanas las pilló de improviso, porque mi madre no quería tocar esa cuestión, y por esa bobada se llevaron un gran susto». Susana se quedó boquiabierta, y por un momento su inquisitivo cerebro pretendió asociar el hecho con otros misterios que presentía existían en el mundo de los mayores; pero su inocencia cuidó de que ello no prosperara. De modo que se limitó a comentar: «¡Qué gracioso! A Laureano y a Pedro empieza a crecerles pelusilla en el bigote…».

El «mundo de los mayores»… Al respecto, Susana había vivido una experiencia traumatizante, de impacto más duradero que si hubiera visto el nacimiento de unos cuantos conejitos o cerditos en Can Abadal. Ello ocurrió durante el verano, después que aprobara el segundo curso. Una tarde en que se decidió a llevar flores al cementerio cercano —sobre todo le gustaba depositarlas en las lápidas de los niños —, en una vuelta del camino, solitario camino bajo un sol abrasador, vio a un hombre de edad imprecisable, de pie, quieto, apoyado en una bicicleta. Susana avanzó tranquila hasta que, al llegar frente a él, oyó que el hombre decía: «Psssssst… ¡Mira lo que tengo!». Susana miró, y vio que el hombre se había desabrochado y exhibía su agresiva virilidad.

La chica pegó un grito de espanto y de asco, y no supo si echar a correr hacia el cementerio, que parecía estar aguardándola en lo alto de la cuesta, o volver grupas hacia la masía. Optó por eso último y regresó huyendo con todas sus fuerzas, temerosa de que la bicicleta la persiguiera, y presa de un llanto que se confundía con el canto de las chicharras ocultas en los árboles.

Al llegar a Can Abadal… encontró desiertos el jardín y el pórtico. ¡Todo el mundo dormía la siesta! Pero ella necesitaba protección. Fue a la cocina y encontró a Rosario. Se echó en sus brazos sollozando y le explicó. La sirvienta quería llamar a los señores. «Ven. Ven conmigo…». Pero Susana, inesperadamente, reaccionó. «No, no quiero…». Le daba vergüenza. «Déjalo. Ya estoy tranquila. Luego se lo contaré a

mamá».

Pero luego no se lo contó ni a Margot ni a nadie. Lo guardó para si, como si fuese una cajita que contuviera un pecado.

Entre los chicos, la revelación de la pubertad se produjo con más llaneza, a caballo del instinto, pero adquirió matices más histriónicos, por cuanto corrió pareja con el descubrimiento de la unión sexual hombre-mujer. Andrés Puig, el hijo del joyero, cuidó de decirles uno a uno: «¡Hay quien llega tarde a los entierros! Mejor dicho, a los bautizos…». Y riéndose, les proporcionó la oportunidad de contemplar, no ya estampas de mujeres desnudas, como antaño, sino unas láminas de anatomía que había conseguido en una librería de lance y que ilustraban con perfecta claridad la función de los órganos masculino y femenino y la consumación del acto sexual.

Las reacciones fueron también múltiples, de acuerdo al temperamento de cada cual. A Marcos, hijo de Aurelio Subirachs y compañero de Susana en el Liceo Francés, le dio por bajarse del limbo pictórico en que solía vivir y por espiar a sus padres. Aurelio barbotaba: «¿Qué le pasa a ese mocoso? ¿Tenemos monos en la cara?». Varias veces él y su mujer, Antonia, lo sorprendieron rondando la alcoba conyugal, donde había un retablo de la Virgen con el Niño Jesús en brazos «Pero ¿puede saberse lo que estás haciendo?». «¡Nada! ¡Nada! Me gusta saber que nací aquí…». Y entre avergonzado y sonriente señalaba el lecho.

Alfredo, el hijo mayor del ginecólogo doctor Trabal, que no quería exhibirse, enamorado de la modestia y tan friolero que siempre llevaba una bufanda, debido a la profesión de su padre se había familiarizado antes que los demás con los recovecos de la realidad. Sabía bastante, pero no alardeaba de ello. Sin causa aparente que lo motivara, le interesaban los problemas de la esterilidad. Sabía que muchas parejas de casados acudían a la consulta de su padre porque querían tener hijos y no lo lograban. Era un chico sano, bien dotado por la naturaleza, con los dientes un poco salidos como si quisiera morder. Le preocupaba que muchos hombres de apariencia fuerte «no sirvieran» para tener hijos, y por ello se alegraba si él conseguía «gozar» soñando, o insistía en el pecado solitario. Si en el Liceo Francés rozaba a una chica —a Susana, a Cuchy, a Carol, a la que fuese—, se estremecía de forma completamente exagerada.

Laureano y Pedro sintieron otra vez la mordedura de la sensualidad, en esa ocasión con mucha más fuerza que cuando, años antes, se desahogaban en los urinarios del colegio. Se dieron cuenta de todo lo que significaba que el cuerpo de la mujer no hubiera sido hecho únicamente para ser contemplado, sino para buscar su contacto y procurarse placer. Entonces comprendieron por qué los tensos senos de Montserrat los habían subyugado durante tanto tiempo. Comenzó para ellos otro largo período de desazón, puesto que sus instintos chocaban con los anatemas que el padre Sureda, en el Colegio de Jesús, y mosén Castelló, en las visitas a la familia,

continuaban haciendo gravitar sobre sus cerebros. ¡La castidad! ¡La pureza! «Antes que ceder era preferible lanzarse a un campo de ortigas». ¿Cómo hacerlo? Las playas de Arenys de Mar, cumpliéndose con ello los augurios de Rogelio, comenzaban a salpicarse en verano de muchachas llegadas de no se sabía dónde, que empezaban a usar bikinis y que al salir del agua parecían ofrecerles con absoluta generosidad su turgente carne. Y algo semejante ocurría en Can Abadal, en cuyos alrededores se instalaban algunos *campings* coloristas, en los que grupos de familias francesas vivían en promiscuidad, sin rubores de ninguna clase, las prendas íntimas puestas a secar, las chicas saliendo de las tiendas de campaña retando con sus formas al sol y a los deseos de los dos muchachos.

Terrible forcejeo que les ocupaba el pensamiento y que se traducía en diálogos breves, en frases alusivas, en miradas furtivas o descaradas, según la ocasión. Laureano y Pedro inventaron un *argot* para su uso particular, que pidieron prestado a las aficiones automovilísticas de Andrés Puig y de Cuchy. «¡Fíjate! ¡Un Chevrolet!». «¡Sí! ¡Menuda carrocería…!». «¡Atención! ¡Allá va un descapotable!». «¡Mi madre! No me costaría nada apretar el acelerador…».

No decían «mamá», sino «madre», y ello era todo un símbolo. En el cine se ponían nerviosos. «¡Hala! ¡Eso es besar y no lo que hacen las abuelitas!». «¡Maldita sea! ¿Por qué lo habrán cortado?».

Cuchy advirtió lo que les ocurría. «Cuidado, que pertenecéis a las congregaciones marianas…». «Oye, preciosa… ¿por qué no te vas con tus amiguitas? Quieren jugar a la gallinita ciega y les haces falta».

Laureano había de tardar mucho en vivir su primera experiencia personal. Era, en el Colegio de Jesús, el Encargado de Deportes —lo que mejor se le daba era correr y, sobre todo, patinar, patinar sobre ruedas—, pero ello no le impedía, sino todo lo contrario, ver redondeces por todas partes. Incluso al tocar la guitarra, a veces acariciaba la madera pulida y las curvas del instrumento con lenta delectación. Su profesor, Pepe Morales, le decía: «¿Estás dormido, o qué?».

Pedro, en cambio, que en el Colegio era nada menos que brigadier, es decir, algo así como el Delegado de Piedad, pronto pudo presumir de veterano… En el jadeante universo de la especie lo sucedido hubiera podido emparentarse con la agresión que Susana sufrió en Can Abadal. En «Torre Ventura», una mañana caliente en que toda la familia había salido con la barca motora de Rogelio a comprobar que las playas próximas empezaban a saturarse de turistas —algunos de ellos, llegados a través de Cosmos Viajes—, de pronto, al dirigirse a la piscina llevando sólo un minúsculo *slip*, el muchacho vio a una de las sirvientas, recién llegada, que estaba en una esquina del pasillo abanicándose con su delantal blanco. Se llamaba Trini y al verse sorprendida por Pedro exclamó:

—¡Uf, qué calor…!

Pedro se quedó clavado a un paso de la sirvienta. Ésta, entonces, se movió como si algo le escociera en el cuerpo. «¡Qué calor!», repitió, al tiempo que movía la

cabeza como si le faltase el aire.

Pedro parecía una estatua. La casa estaba silenciosa. ¿Qué ocurría? Trini miró un momento, con rapidez, el *slip* de Pedro, lo que éste advirtió. Y a continuación fijó con expresión indefinible sus ojos en los del muchacho.

Dominado por una inmensa timidez, Pedro no se movía. De pronto, Trini, sin pronunciar una sílaba, se humedeció con la lengua los labios. Pedro no supo lo que le ocurrió. Le ganó un ímpetu incontenible, echó una ojeada a ambos lados del desierto pasillo y acto seguido se acercó a Trini, que reculó hasta ponerse de espaldas a la pared. Una vez allí movió el busto. Entonces Pedro se le acercó más aún y la besó con todo su poder. Ella actuó con lenta malicia, rodeándole el cuello con los brazos y apretándose contra él. Pedro, aunque con torpeza, consiguió desabrocharle un par de botones de la bata, gracias a lo cual por primera vez tocó los pechos, temblorosos, de una mujer. Fue un minuto salvaje y triunfal, al término del cual a Pedro le pareció oír un ruido, por lo que se separó bruscamente de Trini y echando a correr salió fuera y se zambulló en la piscina.

Nadó largo rato, como queriendo embriagarse. Sentíase extremadamente confuso y excitado. Ya fuera del agua, se sentó en una de las verdes butacas de mimbre y se prometió a sí mismo guardar el secreto, no comunicarle a nadie lo sucedido.

Y sin embargo, pronto tuvo conciencia de que le sería imposible. A la hora del almuerzo su estado de ánimo había cambiado por completo. Estaba eufórico. Tanto, que aquella misma tarde se fue a Can Abadal, porque necesitaba franquearse con alguien, y ese alguien tenía que ser Laureano.

En efecto, lo llamó aparte y se lo contó todo… ¡exagerando mucho! Sin dejar de reírse. «¿Qué te parece? —repetía una y otra vez—. ¡Trini! Y nadie nos descubrió…».

Laureano, que escuchó con avidez el relato, tuvo luego una extraña reacción. Sintió una envidia punzante de su amigo. ¿Cuándo le llegaría a él la oportunidad? Y a continuación, y sin venir a cuento, recordó a su madre en bañador… ¿Por qué a su madre? Fue sólo un segundo, pero lo suficiente para quedarse cabizbajo, mordiendo una brizna de hierba. Por fortuna, instantes después evocó la figura de Cuchy, con su cola de caballo y sus pecas, saliendo del agua en la playa de Caldetas, donde ella veraneaba con sus padres… Aquello lo liberó y le dio fuerzas para reírse lo mismo que Pedro, para sintonizar con él. «Conque Trini, ¿eh? ¡Un Rolls-Royce!». Las chicharras, ocultas en los árboles, no cesaban de cantar.

La palabra «monotonía» no rezaba para ellos. Estudiaban el bachillerato, cruzaban la edad puente y daban pábulo a toda clase de sorpresas. No podía decirse que formaran un grupo compacto, por cuanto, aparte de las diferencias de edad estudiaban en lugares distintos. Andrés Puig y Sergio, que eran mayores, preparaban en una academia el examen de Estado, requisito previo para el ingreso en la

Universidad.

Luego, exceptuando a Pedro y Laureano, que continuaban siendo uña y carne, los demás cambiaban de «amigo íntimo» o de «amiga íntima» como el conde de Vilalta cambiaba de corbata o Rogelio de tirantes. Las afinidades electivas lo mismo podían durar dos meses que un día.

Los temperamentos, por supuesto, eran diversos como la luz en cualquier febrerillo loco. Y lo mismo cabía decir de sus aficiones y vocación. Beatriz y Margot se empeñaban, por ejemplo, en que Susana tenía vocación para la medicina. ¿Y por qué? Por razones minúsculas, como estar siempre dispuesta a cuidar de quienquiera que cayese enfermo en la casa o por haber gritado: «¡maravilloso!» un día que miró a través de un microscopio. Pero lo cierto era qué la chica continuaba obediente y dócil «venida al mundo como para ser una oración». En realidad, quizá lo único que podía llamar la atención fue la reacción, verdaderamente aparatosa, de la muchacha a raíz de algo que ocurrió en la playa de Arenys una mañana en que ella había ido a «Torre Ventura». Una niña había perdido pie, como con frecuencia le ocurría a Rogelio, y estuvo a punto de ahogarse. Dos muchachos consiguieron sacarla del agua y depositarla sobre la arena; pero estaba como muerta. Nadie sabía qué hacer hasta que un médico joven que andaba por allí se acercó corriendo y le hizo la respiración artificial, boca a boca. La niña no reaccionaba y todo el mundo aguardaba expectante. Por fin, cuando el desánimo era total, la niña movió un poco la cabeza. Se produjo una explosión de alegría. El médico siguió luchando y logró salvarla. Los padres de la criatura, que llegaron en ese momento, se abalanzaron sobre el joven doctor y lo estrujaron, vertiendo lágrimas de gratitud. Y el médico se limitó a decir: «Vamos, vamos… No ha pasado nada. Llévensela y acuéstenla». A los dos días, la niña se paseaba tranquila, exhibiendo un lacito en el pelo.

La escena impresionó de tal modo a Susana que durante muchos días la muchacha se sintió incapaz de abordar otro tema. El joven médico se convirtió para ella en el más grande de los héroes, y el beso que dio a la niña se le antojó la más hermosa hazaña que podía llevarse a cabo en este mundo.

—¿Te das cuenta, mamá? ¡Devolver la vida con un beso! Y sólo dijo: «Vamos, vamos… No ha pasado nada».

Laureano comentó:

—Claro… ¿qué iba a decir? Es su profesión, ¿no?

Susana le replicó:

—Peor para ti, Laureano, si no das importancia a esas cosas…

En cambio, y pese a sus sucesivos bandazos, parecía bastante más segura la vocación de Laureano. El chico soñaba con ser arquitecto. Todo indicaba que ésa iba a ser su línea y que no se apartaría de ella. El prestigio de su padre; el impacto ocasionado por una conferencia que éste dio al regreso del Congreso de París; los hoteles que Julián construía al alimón con Aurelio Subirachs; los rumores dé que iban a encargarle el proyecto del nuevo estadio para el Club de Fútbol Barcelona —

Rogelio porfiaba tesoneramente para llevar adelante la gestión—, habían ido dándole al muchacho, poco a poco, la medida exacta de hasta qué punto aquella profesión, aun cuando no tuviese por objetivo salvar la vida del prójimo, podía ser bella… y eficaz.

Julián asistía con gozo a esa evolución del muchacho. Y lo cierto es que no quiso presionarlo. Nunca le dijo: «Ven, ven al taller y verás lo que estoy haciendo». Laureano era el primero en llamar a la puerta del ático de Balmes y preguntar: «¿Te interrumpo?». Eso hacía feliz a Julián, y le confería autoridad moral para extender sobre el tablero el último plano terminado y explicarle a su hijo cuál había sido su propósito al elaborarlo y cuáles las dificultades que tuvo que vencer.

Laureano, en el colegio, a partir del tercer curso, y tal vez sin darse cuenta, orientó sus esfuerzos en esa dirección. Estudiaba «sólo para aprobar» las materias que luego no iban a serle necesarias; en cambio, se volcaba en aquellas que, una vez en la Facultad, le serían básicas —geometría, dibujo, física, etcétera—, algunas de las cuales, por cierto, le exigían mucho ánimo y mucha voluntad, pues, al revés de lo que le ocurría a Pedro con las asignaturas de Letras, no le resultaban precisamente fáciles, sino todo lo contrario.

¡Pedro! He aquí un caso singular. Cierto que solía hablar de «Filo» y que por una línea bien escrita hubiera dado todas las ecuaciones del mundo y todos los dibujos geométricos; pero él, pensando en su padre —y en Laureano—, quería también adscribirse a la carrera de arquitecto. No obstante, Alejo Espriu, que a raíz del secreto de los *meublés* era el único que se atrevía a cantarle las cuarenta a Rogelio —por cierto, que en uno de dichos *meublés* había hecho agujerear un tabique para poder contemplar lo que ocurría en la habitación contigua—, le decía a su jefe, pariente y protector:

—Como me llamo Alejo Espriu que lo de tu hijo no va por donde supones. Soy tu abogado, Rogelio, lo que permite deducir que me olí la Universidad. Pues bien, te digo que, te pongas como te pongas, Pedro, de arquitecto, ¡ni pum! A lo que ese muchacho aspira es a escribir. ¿Tostones filosóficos? ¿Periodismo? No lo sé. ¿No has visto el estirón que ha dado, que parece ya una pluma estilográfica? Lo cual, por otra parte, le ha curado de complejos y le permite jugar muy bien al baloncesto. Pero no veo que pueda aportar nada a «Construcciones Ventura, S. A.»…, como no sea un estudio tipo teutónico sobre las combinaciones que en ella pueden hacerse para estrangular a los intermediarios.

Rogelio se quedaba pensativo.

—¡Pues sí que estamos apañados! Entonces, nada del *fíat voluntas túa*, ¿verdad?

Andrés Puig y Cuchy se pasaban el día hablando de automóviles, y Andrés, aun faltándole año y medio para poder tener carnet, conducía que era un primor. Julián decía de ellos: «Su suerte está echada. Morirán estrellados». Andrés continuaba diciendo que su máxima aspiración era seguir siendo hijo del joyero señor Puig, ya que de ese modo lo pasaba fetén, y Cuchy se escudaba tras su gracia y su picardía, y

cuando se le hablaba del porvenir se anticipaba a todas las objeciones, como siempre: «¡No me lo digáis! Soy un desastre. Claro que… saco mis buenas matrículas, ¿no es cierto?».

Carol continuaba pirrándose por todo lo que fuera baile, y estaba empeñada en hacer bailar a *Kris*. Acababa de descubrir el tocadiscos —su condiscípulo Alfredo Trabal tenía uno— ¡y el descubrimiento era fenómeno! Lo ponían a todo volumen, especialmente el *rock and roll* y la *bossa nova*, y cuando todo el mundo estaba agotado Carol continuaba moviéndose como al empezar. ¡Tenía el cuerpo tan pequeñito y tan ágil! «¡Eso, eso es música! ¿Bailáis o no bailáis? ¡Pues me las arreglaré sólita!». Y la chica, bajita y morena, plantaba los pies en el suelo, se contemplaba la cintura y empezaba a retorcerse como una serpiente y no como un gatito pelusón que hiciera «miau». Quería aprender a tocar la armónica, que le aportaba nostalgias de no se sabía qué películas de guerra o de paz. Y a la pregunta: «¿qué harás después del bachillerato?» contestaba: «¡Bastante tendré si consigo llegar al final en ese dichoso Liceo Francés! Y si lo consigo, buscaré en qué altar casan a la gente a base de fondo de música moderna».

Los diálogos entre Aurelio Subirachs y su segundo hijo, Marcos, eran breves y parecían calcados de *La Codorniz*, revista que Marcos leía con fruición, pues en el fondo todo continuaba dándole náuseas —y a veces se lo tomaba por el lado humorístico—, excepto la alcoba conyugal y los tubos de pintura.

—¿Y tú qué quieres pintar, hijo?

—Yo no quiero pintar, papá. Yo quiero poner colores.

—¡No me digas!

—Pues te digo.

—Entonces, lo figurativo no te va…

—No es que no me vaya, es que no existe. Un árbol o un hombre, vistos a distancia —y yo todo lo veo a distancia— son dos manchas, no dos formas.

—¿Así, pues, después del bachillerato?

—Te obedeceré, porque no soy más que uno de los pimpantes chalés que tú has construido; pero, por mi gusto, a poner colores… ¡Claro que puedo cambiar de opinión!

Aurelio Subirachs, el famoso, se acariciaba los bigotes de foca, entre otras razones porque el rector del Seminario le escribía cada trimestre, inevitablemente: «Su hijo Rafael es buen estudiante, pero continúa haciendo caso omiso de la obediencia… ¡Y la obediencia, ya lo sabe usted, es fundamental en la Iglesia!».

Fundamental… ¿Qué era lo fundamental? Quizá, para la «pandilla», lo fuera Sergio… ¡Sergio, hijo del sudoroso Jaime Amades y Charito! Ya no llevaba rapada la cabeza, sino el pelo cortado a cepillo; pero todos se la habían visto y habían comprobado que era poderosa: la cabeza de un ser pensante. Era, sin discusión, el líder nato del clan, como ahora, con su guitarra y su voz, Laureano lo era de la «rondalla» del Colegio de Jesús…

La atracción ejercida por Sergio radicaba en lo que Susana advirtió al conocerle: era el mayor de todos ellos, hablaba pausadamente, no bromeaba nunca… y se llamaba Sergio. Más aún, se merecía llevar ese nombre. No porque se hiciera el misterioso, sino porque lo era. No es que se hiciera el solitario; le gustaba el aislamiento. Vestía sahariana de cuero, pantalón gris y calzaba zapatos de goma, silenciosos. Siempre así.

Sólo se reunía con los demás al aire libre —le gustaba pasear, sobre todo por las Ramblas o por el parque Güell—, o en alguna cafetería. Si lo invitaban a la avenida Pearson, declinaba la invitación: «No me gustan los palacios con perro guardián». Si lo invitaban a casa de Cuchy, que vivía en una espléndida mansión en la Diagonal, rechazaba igualmente: «Demasiados criados». Un par de veces accedió a subir al piso de General Mitre, lo que Laureano y Susana le agradecieron. Al enterarse de que Anselmo fue pastor, comentó: «Seguro que sabe más que todos nosotros».

Su afición era el cine. Estudiaría Derecho, pero al mismo tiempo quería hacer cine. «¿Cine detectivesco?». «No». «¿Cine publicitario, para ayudar a tu padre?». «¡De ningún modo! Todo lo relacionado con la publicidad es inmoral».

Ésa era una de las tragedias de Jaime Amades. Ahora que su despegue, partiendo de la Agencia Cosmos y de los monigotes gordinflones, empezaba a ser también vertiginoso —el hombre se había refinado un poco y hasta tenía menos asma—, su hijo sostenía la tesis de que despertar las necesidades o concupiscencias de la gente a base de *slogans* y demás era inmoral, porque consistía en presionar sus cerebros, los cuales, por ignorancia, estaban absolutamente indefensos. Así que nada de cine publicitario.

—Entonces ¿crees que tu padre es inmoral?

Sergio contestaba, sin asomo de duda:

—Sí.

Misterio. Uno más de los que singularizaban a Sergio y que forzaba a los demás a reflexionar. ¿Por qué era inmoral la Agencia Hércules y lo era la publicidad? ¿Y el emblema de Cosmos Viajes, que tanto gustaba a Montserrat? ¿Y los letreros luminosos, pues, que había por todas partes? ¿Qué podía haber de malo en algo que guiñaba el ojo, que alegraba la ciudad, que la salpicaba de colorido?

Pedro a veces se preguntaba si Sergio no querría hacerse el interesante. Pero los demás se ponían en contra. «¿Por qué? Él es así. A lo mejor algún día se explica mejor y nos convence».

Otra particularidad de Sergio era que tenía «otros amigos» al margen de aquella pequeña tribu. Varias veces lo habían visto con una pandilla de chicos mayores que él, que parecían salidos del barrio chino. Y con alguna chica de aspecto raro, un tanto varonil. Cuchy estaba intrigadísima con esa cuestión.

—No lo entiendo. ¡Psé! Yo creo que nos miente y que están haciendo una película de gángsters…

Susana objetaba:

—No digas tonterías. Una película debe de costar mucho dinero.

—¡Toma! —subrayaba Andrés.

¿En qué sentido influía Sergio sobre el clan? No era fácil precisarlo. No quería ser «hijo de papá» y llevaba tiempo declarando que, en cuanto hubiera aprobado el examen de Estado, haría un largo viaje ¡en auto-stop! «Saldré de Barcelona y me iré a París. Y luego, si puedo, llegaré hasta Suecia».

Suecia… Laureano miraba la sahariana de cuero de Sergio y pensaba: «No me extrañaría que se fuera al Polo Norte».

Sergio les hablaba de la pobreza. Excepto Andrés, que algunas veces lo había acompañado, porque en el fondo, sin darse cuenta, disfrutaba viendo lo mal que la gente vivía, los demás sólo conocían de Barcelona lo ya sabido, el centro, los alrededores de los colegios, el Tibidabo, etcétera, pero nada de los barrios infrahumanos, de las alcantarillas y demás. Muchos de ellos no habían estado nunca ni siquiera en ningún cementerio, en uno de los cuales, según Sergio, un hombre había enterrado ya en un nicho su propia pierna —habían tenido que amputársela— y allá, de vez en cuando, iba a depositar unas flores.

Pedro continuaba pinchándolo:

—¿Entonces, tú, por qué te has mudado con tus padres y vives ahora en la rambla de Cataluña?

Sergio respondía:

—Porque soy menor de edad. Si me marchara, la policía me cogería de una oreja y me devolvería a casa…

Marcos se atrevía a intervenir.

—Pues no veo que puedas marcharte en auto-stop…

—¡Bueno! Eso es otra cosa. Ya me las arreglaré.

También les hablaba de religión.

—¿Qué? ¿Ya os habéis confesado? Hoy es sábado… *Mea culpa, mea culpa*, ¡y hala, la absolución! ¿Alguno de vosotros puede explicarme el evangelio del mayordomo y el hombre rico? Porque, vamos… Eso de alabar al mayordomo porque robando demostró *ser astuto*… Por cierto, si Dios está en todas partes, ya está en la Hostia antes de consagrar, ¿no?

En general, ése era el tema menos grato a su auditorio, que también por cuenta propia se formulaba sus preguntas. Susana, especialmente, se enfrentaba con Sergio: «Oye, deja ese asunto, por favor…». «Perdona, Susana. Yo siempre digo lo que siento, ya lo sabes… No quise ofenderte».

Eso era lo bueno —o lo *astuto*— de Sergio: sabía detenerse a tiempo. En el fondo era tan educado como los demás, pero no quería resignarse a contemplar el mundo por un solo agujero, como Alejo a través de uno de los tabiques en el *meublé*. Y, desde luego, lo molestaban los convencionalismos. Si alguna vez su padre lo obligaba a asistir a una fiesta de sociedad, de pronto miraba en torno y decía: «Magnífico, ¿verdad? Hay que reconocer que no hay nada como el esmoquin…». Y poco después:

«¡Caray con las señoras! ¡Cómo les gusta la pastelería!».

Sin embargo, cabe decir que la presión del muchacho no era continua ni total. De pronto se pasaban un mes sin verle el pelo. Entonces, excepto Cuchy, que estaba enamorada de él como una loca, empezaban a olvidar muchas de las cosas que les había dicho. El instante que vivían los absorbía, porque era completo en sí, y se sumergían otra vez en el ambiente habitual. Sólo de repente alguien preguntaba: «¿Dónde se habrá metido Sergio?». Andrés se cuidaba de contestar: «Como siempre. Estudiando como un bestia… De su cuarto a la academia, y de la academia a su cuarto… ¡Con las chavalas que hay por ahí!».

Beatriz, que en la tienda había conocido al muchacho, y que sabía que su madre había salido del Paralelo, un día les dijo a Laureano y Susana: «Ese chico no me gusta. ¿Estáis seguros de que cree en Dios?». Susana replicó, con acento grave: «No lo sé, abuelita… No lo sé. ¡Pero nosotros sí creemos! ¿No te basta con eso?». Beatriz miró a la parejita y comprendió que, por lo menos de momento, podía estar tranquila.

Y no se equivocaba. Hasta la fecha, el líder de la colmena infantil no era sino eso: una suerte de melodía de fondo de aquellos cerebros que, por cruzar el umbral de la vida, se dejaban fascinar por todo lo que fuera insólito. Pero su misma inestabilidad ejercía de antídoto. En efecto, «aquello» que parecía que iba a marcarlos para siempre, era reemplazado fácilmente por cualquier cosa; con frecuencia por una minucia.

CAPÍTULO XXI

Entretanto, confirmándose los augurios al respecto, Margot había dado a luz un varón. El doctor Trabal no tuvo ninguna dificultad, aunque, como siempre, y pese a su enorme experiencia, se emocionó un poquitín. La prensa barcelonesa publicó la noticia en los «Ecos de sociedad»: «Doña Margarita Abadal, esposa del ilustre arquitecto don Julián Vega, ha dado a luz felizmente un varón, tercer fruto de su matrimonio». Rogelio fue el padrino y Mari-Tere llegó de Granada para ser la madrina. ¡Por fin la muchacha pudo realizar su anhelado viaje! Rogelio, que últimamente había hecho varias declaraciones en los papeles deportivos —acababan de nombrarlo directivo del *Barça*—, comentó: «¡Vaya con el crío! ¡Yo he tardado más de cuarenta y cinco años en salir en los periódicos!».

Gran alegría en General Mitre. Julián besó a Margot con una ternura especialísima. ¡Había tardado tanto en llegar el «tercer fruto de su matrimonio»! Laureano y Susana daban vueltas alrededor de la cuna como si ellos hubieran participado de algún modo en el milagro que significaba la llegada del nuevo ser. Beatriz estuvo a punto de cerrar la tienda y poner un letrero que dijera: «Cerrado por el nacimiento del más hermoso de los nietos, rubio y de ojos claros». Anselmo, desde abajo, desde el mostrador, no cesaba de llamar por teléfono a Rosario, la sirvienta: «¿Todo bien en la clínica?». «Todo bien».

El neófito fue bautizado por mosén Barceló y Rogelio pasó un mal rato, pues encima de que no acertaba a sostener con garbo a la criatura, el sacerdote soltó los consabidos latinajos echando a Satanás del cuerpo del recién nacido. «¿Todavía andamos con ésas?». Mari-Tere, por el contrario, sostenía el cirio con mucha gracia y no hacía más que mascullar jaculatorias, con acento andaluz, implorando de Pablo que la ayudara en su deseo de poder quedarse en Barcelona, que encontrara la manera, lo que dependía prácticamente de Julián.

¡Pablo Vega Abadal! Tan pequeño, tan indefenso, y sus lloriqueos fueron audibles desde Granada, adonde llegaron pronto las fotografías de dicho bautizo, fotograbas que fueron pasando de mano en mano y arrancando comentarios de toda suerte. La madre de Julián rompió a llorar como si se tratara de un entierro. Don Arturo, más tranquilo, aquella tarde retrasó una hora su ida al Casino, donde fue felicitado una vez más —Pablo era su nieto número once— por sus contertulios de siempre. Manolo, el médico, trazó uno de sus intencionados dibujos en los que se veía al pobre Pablito corriendo muy retrasado en pos de Laureano y de Susana, pero gritándoles: «¡Viejos, que sois unos viejos! ¡Veréis cómo os alcanzo y os dejo en la cuneta!». Por cierto que todo el mundo convino en que Laureano y Susana estaban estupendamente en las fotografías. No los veían desde hacía dos años, y ello fue en ocasión de un viaje relámpago que Julián y Margot hicieron con los chavales por Navidad. Margot había estado diciéndole a Julián: «¿Qué pensarán tus padres y tus hermanos? ¡Tenemos que

ir a Granada! Es una obligación»; hasta que Julián accedió.

No accedió, en cambio, a que se quedara Mari-Tere. ¡Con lo fácil que le hubiera resultado encontrarle algo! Mari-Tere tenía una estupenda voz de locutora; a disposición de Julián estaban la organización Cosmos, los negocios del conde de Vilalta, el del propio Jaime Amades… Y la chica porfiando. Barcelona le gustaba, ella era mayor de edad, tenía ganas de vivir. En Granada no podía dar un paso sin sentirse acosada. «Si Julián, en ese tiempo, se hubiera civilizado un poco…».

Margot, consecuente con la promesa que le hizo siempre a su cuñada, creyó llegado el momento y puso toda la carne en el asador, pero en vano. Julián se negó, y en los asuntos «Vega» era inatacable. «¿Quedarse aquí? Ni pensarlo… Sería una grave responsabilidad». Margot, que se había encariñado con Mari-Tere, además de pensar que por qué no podían pechar con una grave responsabilidad, sugirió incluso que la muchacha, de momento, podría ayudar a Beatriz en la tienda de antigüedades. «Precisamente mi madre está buscando alguien de confianza. Su negocio prospera y yo ahora podré ayudarla menos que antes…». Julián, que evidentemente no quería interferencias familiares, la interrumpió:

—Lo que le conviene es buscarse allí un marido, como sus hermanas, y tener muchos hijos. La conozco mejor que tú… Tiene muchos pájaros en la cabeza.

Margot se irritó.

—Te ha salido el árabe que llevas dentro. En cuanto una mujer quiere hacer algo, emanciparse, dices que tiene pájaros en la cabeza. ¿Por qué no le das una oportunidad?

Julián se cerró en banda. Mari-Tere hizo pucheros… pero tuvo que preparar las maletas, ante la desilusión de Susana, que también hubiera querido que su tía se quedase.

Mari-Tere le dijo a Margot:

—¿Te das cuenta? Los hombres de mi tierra son así. Una hermana no es nada. Un objeto nacido para servirlos. —Luego añadió—: ¡Pero voy a ver si le doy la gran sorpresa!

Margot no sabía qué hacer. Comprendía a Mari-Tere que era alegre y vivaz y seguramente capaz de muchas cosas. ¡Dios mío, con el tiempo que desperdiciaban muchas señoras en Barcelona!

—¿Y si probaras suerte en Madrid?

La muchacha la miró de un modo especial.

—Ya lo probé, pero… Además —añadió—, yo quería estar a tu lado, ¿comprendes? Me hubieras ayudado… Y, además, te quiero mucho.

Margot se emocionó. Pero con ello no pudo impedir que, quince días después del nacimiento de Pablo, Julián acompañara a Mari-Tere a la estación y que el tren se llevara de nuevo a la muchacha hacia las tierras del Sur…

La venida de Pablo al mundo traumatizó un poco el clima de la casa e incluso el de las amistades. Margot llegó a querer tanto al pequeño, que los demás se sintieron un poco celosos; pero lo querían también mucho y aceptaron gustosos el precio. Pablo era la alegría renovada, pese a que con frecuencia estaba resfriado o el termómetro subía más de la cuenta. Incluso les dio algún susto un poco mayor, que el doctor Beltrán cuidó de atajar con la misma eficacia con que atajaba en su casa los desarreglos de los relojes. En resumen, el niño era una suerte de aparición que había brotado —¡del ombligo no; Laureano y Susana ya lo sabían!—, para compensar en General Mitre los desasosiegos que se producían en el hogar, desasosiegos normales, por lo menos hasta el momento.

Claro que la falta de tiempo de Julián se hizo todavía más patente, sobre todo para él mismo, que hubiera querido ver mucho más a menudo a Pablito, cuyos ojos eran a veces tan expresivos que se hubiera dicho que el crío se había zampado un par de *whiskies*. Cierto también que Margot se quedó un tanto exhausta, más que en las ocasiones anteriores, y que se pasó una temporada sin querer acompañar a los demás a ningún sitio, con el pretexto de que Pablito la necesitaba, «¡Ay, mi pobre chiquitín! ¡Julián! ¿Te das cuenta de lo poco que pesa?». Bien, era cuestión de tomárselo con calma… Rogelio, que se acordaba de ciertas reacciones de Rosy, comentaba que la maternidad era siempre un asunto complicado, sobre todo cuando un hijo nacía siendo sus hermanos ya un poco mayores… «Figúrate si será así, que Rosy os tiene una envidia que casi no consigue disimular; en cambio, yo estoy pensando que ya no me importa plantarme donde estoy, con la parejita».

Ésa era la cuestión. El virginal asombro de Pablito ante el mundo fue la voz de alarma para quienes andaban rozando los cuarenta años… o, como en el caso de Rogelio, para quienes se acercaban a la otra decena. Margot, al mirarse al espejo, se vio arrugas que antes no se veía. ¡Rosy, pese a sus celos, no digamos! Rosy notó como si el hijo lo hubiera tenido ella, o como si hubiera sufrido otro aborto, es decir, sintió que había envejecido, lo que la puso de un humor de perros y prestó más atención que nunca a las revistas que hablaban de masajes y de cirugía estética… ¡Menos mal que Ricardo Marín cuidaba de devolverle la moral, con sus crecientes halagos!; pero razón de más para cuidarse. Julián era quizá el único que se sentía ágil y en forma. Rogelio se notaba pesado, el médico le diagnosticó insuficiencia hepática y un principio de bronquitis —¡le hablaba de la conveniencia de dejar de fumar!— y le aconsejaba que se diera cada día una buena caminata… ¿Y qué decir de Beatriz? Varices y, por primera vez, palabras médicas terminadas en «osis», lo que alarmó a Margot. «Las palabras terminadas en “itis” —solía decir el doctor Beltrán— carecen de importancia; pero las terminadas en “osis” son de temer».

Margot, desde luego, demostró una vez más su fuerza de voluntad. Logró superar el bache. Hasta el punto que cuando Pablito tuvo algo más de un año —o sea, en el

transcurso del segundo verano que pasaron con el niño en Can Abadal—, se sintió plenamente recuperada y liberada de su obsesión por no abandonar al pequeño, lo que hizo la felicidad de todos, iniciando en ese sentido un período que llevaba trazas de prolongarse.

Laureano, por supuesto, recordaría ese verano como uno de los más intensos de su existencia. Primero, porque se bañaba horas en la piscina, aunque nadaba con cierta torpeza; segundo, porque se entrenaba sin cesar con el *stick* y la bola y porque avanzaba mucho en el estudio de la guitarra; tercero, porque se iba cada dos por tres a Arenys de Mar, a «Torre Ventura», a ver a Pedro y a la «pandilla», pandilla que a veces Rogelio acompañaba con su lancha motora y su blanca gorra de patrón por las calas próximas, asombrándose todo el mundo de que Pedro, con sólo ver bajo el agua transparente a los peces y la rica vegetación nacida en las rocas, fuera clasificando las especies como si fuera un profesor; cuarto, porque con frecuencia se iba de excursión con su madre, con Margot, por las montañas próximas a la masía.

Esto último, que nunca lo sedujo, ahora lo encantó. Encontrarse solo con su madre por los contrafuertes del Montseny —Susana andando se cansaba mucho y no se atrevía a seguirlos—, le proporcionaba un indecible placer. «¡Ensancha los pulmones, hijo!». Y Laureano los ensanchaba, pareciéndose al monigote publicitario de «Construcciones Ventura, S. A.». «¡A ver quién trepa primero a esa roca!». Y Laureano llegaba el primero siempre, riendo su victoria.

A veces se detenían para contemplar el paisaje. Pinos, millares de pinos, verdes innumerables, simas profundas, desfiladeros… Si ascendían mucho, veían allá al fondo el mar. La naturaleza en plenitud. Entonces, sentados uno al lado del otro, hablaban sin parar, o bien mantenían un silencio solemne. No era raro que Laureano asediase a Margot a preguntas sobre su viaje a París —«¡cuéntame todo lo que visteis, mamá!»—, sobre la infancia de la propia Margot, sobre la vida del abuelo, del notario Abadal, que murió asesinado por «los milicianos», sobre cualquier cosa; pero tampoco era raro, cuando ambos se callaban y no se oía nada en torno, que Laureano dejase volar su imaginación, un tanto aupada por el Gran Atlas que Pedro estaba hojeando siempre, y se preguntase por la naturaleza lejana, por el Himalaya, por ejemplo, o por las costumbres de razas exóticas, o por el misterio que significaba que hubiese islas tan diversas como las que componían el archipiélago canario, o las de Filipinas, o las próximas a Madagascar. Laureano sabía que en el Pacífico a veces se producía una conmoción y una isla afloraba en el agua, o bien, lo contrario, desaparecía. Margot, que adivinaba sus pensamientos, le decía:

—No sé dónde estás ahora, hijo. Si en el centro de África o en los fiordos de Noruega. Pero ¿por qué te vas tan lejos? En esta misma montaña en que nos encontramos… ¡a saber lo que habrá! A lo mejor encontraríamos canteras de mármol; o, a muchos metros de profundidad, vetas de carbón, o minas de plata… O grandes bolsas de petróleo. O una cueva en la penumbra con un lago al fondo y algún que otro pajarraco…

¡Qué hermoso era regresar luego —Margot no brincaba ya por los atajos, pero andaba diligente aún— y encontrar en Can Abadal la quietud de siempre!: la abuela meciendo a Pablito en el pórtico, Susana columpiándose; Rosario, que ya había aprendido a leer y escribir, intentando mejorar su caligrafía… ¡y, con mucha suerte, a Julián, a su padre, sentado en una tumbona con una revista de arquitectura en las manos! El campo era una bendición de Dios. Sosegaba el espíritu. ¡Qué raro que no hubiera más ermitaños! ¡Qué raro que Anselmo, para seguir a su mujer, a Felisa, hubiera abandonado su pedazo de tierra! ¿Tan importante era una mujer? Laureano entonces recordaba lo ocurrido entre Pedro y Trini… ¡Claro que las mujeres eran importantes! La propia Rosario, cuando se arrodillaba para fregar el suelo y enseñaba los muslos… ¿Y qué decir de Cuchy en bañador? Tenía un cuerpo precioso y su piel era como la seda, lo mismo que la de Carol.

Lo malo de Laureano —y de la vida en el campo— era el miedo. Laureano tenía miedo. No sabía de qué. Por nada del mundo se hubiera internado solo, como Susana solía hacer, por los bosques del contorno. De noche lo asustaban hasta los perros. ¡Cómo ladraban, con o sin luna! Era como si fueran a morir… Y si hacia viento, el muchacho se envolvía en las sábanas y escondía la cabeza bajo la almohada. Julián se mofaba de él.

—Pero ¿no eres el boxeador del colegio? ¿No dice el padre Comellas que tienes madera de campeón? ¡Seguro que te daría miedo subir a la torre Eiffel! A menos que te acompañara tu madre, claro…

Laureano hundía en el verde de la piscina sus profundos ojos.

—No te burles, papá. Ya sé que son tonterías. ¿Es que tú no tienes miedo de nada?

—¡Menudo centinela hubiera hecho en la guerra! —respondía Julián.

—Odio las guerras, papá. Nunca seré centinela.

Beatriz estaba satisfecha… De Margot, desde luego; pero, últimamente, incluso de su yerno. Éste, desde el nacimiento de Pablito, era evidente que hacía lo imposible para dedicarse un poco más a la familia, aunque era de temer que se echase el invierno encima… Y por si fuera poco, Julián llevaba un tiempo ajetreado haciendo bocetos de una iglesia… ¿Quién pudo pensarlo? Y no se trataba de un encargo, no; por lo visto, en París había olido algo nuevo en el género, un par de iglesias modernas, que le habían picado el amor propio. Los bocetos eran desconcertantes, desde luego. Julián intentaba explicárselo: «¿No comprendes, abuelita? Nada de imágenes de la Virgen, ni de San José, ni de Santa Beatriz… Todo desnudo, con el altar de cara al público y un simple crucifijo de hierro colgando del techo… Mucho más respetuoso, ¿no? Y más lógico. A base, claro, de que de los laterales desciendan dos rayos de luz mate, tamizada, que confluyan exclusivamente sobre ese crucifijo…».

La abuelita no acababa de comprender, pero… ¡los tiempos eran los tiempos! ¡Si en París, según le contaron, celebraban misa por la tarde! ¿No andaría Lutero detrás

de todo aquello, o alguien peor? Margot tranquilizaba a su madre: «Déjalo, mamá… Julián sabe muy bien lo que se hace».

A mediados de septiembre, el campo mostró a los habitantes de Can Abadal su faz negativa, su faz espectral y terrible, que justificaba en parte los terrores de Laureano.

Una mujer de una masía próxima, mujer joven, a la que Beatriz quería mucho porque siempre le traía hierbas medicinales y flores silvestres, salió a media mañana de su casa y desapareció. La alarma cundió entre el vecindario y se organizó una batida en su búsqueda. Hasta que su marido la encontró ahogada en el fondo de un pozo un tanto alejado. La correa y el cubo estaban también abajo, en el agua. Todo indicaba que se trataba de un suicidio, pero era imposible afirmarlo.

El caso es que sacaron el cadáver y lo depositaron en el suelo, junto al pozo, y que Laureano y Susana pudieron verlo unos momentos; hasta que Julián, que había salido en otra dirección, al llegar allí cogió rápidamente de la mano a sus hijos, que parecían estatuas, y los llevó a Can Abadal.

Fue un golpe fuerte para Laureano y Susana. Era la primera vez que veían un muerto, una persona muerta, y sabido era lo que esta palabra significaba para Laureano. Se quedaron como alelados, sobre todo porque no conseguían explicarse lo del «suicidio»; pero allí estaban la increíble inmovilidad de la mujer, a la que alguien había tapado con una sábana, la desesperación del marido, el llanto de la abuela, de Beatriz, que no cesaba de santiguarse… Todo lo cual tuvo su remate en la ceremonia del entierro, que el sacerdote, ante las dudas existentes, accedió a que fuera en recinto sagrado. Entierro al que todo el mundo asistió, incluido Julián. El cementerio estaba situado sobre un montículo y mientras la comitiva subía la cuesta —el sacerdote salmodiando, el monaguillo sosteniendo en alto una delgadísima cruz— el sol caía implacable, esta vez convirtiendo en alegoría a los hombres y a las mujeres que caminaban tras el féretro, vestidos todos de negro.

Al regreso de dicha ceremonia, Laureano y Susana formularon mil preguntas a los suyos, centradas, esta vez, no ya en la palabra muerte, sino en la palabra suicidio. Además, no cabía olvidar que por primera vez habían «visto» un cadáver, hinchado, abotagado, de modo que no se trataba de una abstracción, como aquella pierna amputada que, según Sergio, estaba enterrada en un nicho. ¿Qué significaba todo aquello exactamente? ¿Y por qué, si en el cementerio había cipreses —nunca antes se les ocurrió establecer tal relación—, ellos habían plantado precisamente seis en la entrada de Can Abadal?

Julián, aturrullado, no acertó a hacer frente a la situación y probó una tras otra las pipas inglesas que Margot le compró en París. Beatriz repitió las mismas cosas de siempre:

—Sí, hijos. La pobre mujer está en el cielo, con el abuelito.

—Si está en el cielo —objetó Susana—, ¿por qué dices «pobre» mujer?

—Pues… me refería a que su familia ahora sufre mucho. La querían mucho, ya sabéis.

Laureano se mordía las uñas. Y de pronto clamó:

—¿Por qué hay alguien que se tira a un pozo, que se quita la vida? ¿Por qué hay alguien que voluntariamente quiere morir?

Nadie acertó a consolarlo y Julián hubiera dado todo lo imaginable para terminar con la escena. Al final sólo se le ocurrió decirle que lo del suicidio no era seguro, que no lo era en modo alguno. Al cabo de un rato fue Susana quien volvió a la carga, por la sencilla razón de que ella asociaba la idea de suicidio con la del infierno.

—¿Y si de verdad se tiró al pozo y está en el infierno? ¿Cómo podéis asegurar que no está allí?

—Porque era muy buena, Susana. Y las personas buenas van al cielo.

—¿Y las que van al infierno también resucitarán?

¡Ay, los grandes enigmas! Julián estaba visiblemente afectado, porque en realidad él no consiguió tampoco contestarse nunca a sí mismo tales preguntas. En la guerra había visto centenares de muertos, en esa guerra de la que Laureano no quería oír hablar… ¿Eran buenos? ¿Eran malos? ¿Y en qué lugar del espacio, de la «inmensa presencia» que el espacio era, podía estar el cielo? ¿Y podía concebirse la existencia del infierno… y que éste fuera eterno? ¿Podría concebirse el infierno… viendo a Pablito? ¿Qué hubiera opinado de todo ello Juan Ferrer?

La luz septembrina se derramaba sobre Can Abadal un poco como el arquitecto quería que los rayos laterales se derramasen sobre el Cristo de hierro forjado de la iglesia cuyos bocetos tenía entre manos… Cristo era el asidero de Julián. De no ser por Él, por su figura sin mácula, pendiente de una cruz desde hacía casi dos mil años —sólido como los monumentos de la arquitectura clásica—, tiempo haría que le hubiera dicho a Margot: «Margot, no te ofendas, pero todo eso que nos han enseñado los curas me parece una pura patraña…».

Laureano leyó en el rostro de su padre, en su manera de fumar en pipa, esas vacilaciones. Susana, no. Susana, al término de un largo forcejeo, quedó convencida de que su madre tenía razón —no imaginaba que su madre pudiera engañarla— y de que la mujer estaba en el cielo y de que desde allí veía incluso el pozo al que se cayó.

Margot le reprochó luego a Julián que no hubiera intervenido con rotundidad.

—¿No te das cuenta? ¡Esperaban que dijeras algo! ¡Laureano no dejaba de mirarte!

—¿Qué iba a decir, Margot…? Es tan complicado… ¿Te parece justo lo que ha sucedido? ¿Y lo que podemos leer cada día en el periódico? Esa mujer tenía tu misma edad. Anteayer pasó por aquí y me saludó sonriendo…

—Pero ¿no comprendes que nuestra responsabilidad, de la que a veces tanto te gusta hablar, es enorme? Te he repetido mil veces que esos momentos son decisivos para los hijos. Y Laureano y Susana son nuestros aún, todavía dependen de nosotros,

aunque falta poco para que se vayan por sí solos…, al revés de Pablito, que ahora empieza, gracias a Dios. En nosotros está que tengan fe, esa fe que lo explica todo, o que sus preguntas queden sin respuesta y más adelante, por culpa de ello, caigan… en lo que vimos en *La Fin du Monde*. —Margot se mordió los labios—. ¡Y no olvides, Julián, que fuiste tú quien, en París, dijiste que no deseabas que tus hijos cayeran un día bajo la influencia de aquellas teorías!

¡Arduo conflicto el de Julián! Si pudiera hacer lo que Beatriz, que se pasaba la mitad del día con los familiares de la mujer que había muerto… Si pudiera hacer lo que Rosario, que cada mañana subía al cementerio a llevarle flores a la tumba… Si pudiera hacer lo que Susana, que pronto había vuelto a ensimismarse en su álbum de mariposas y a decirles: «¿Y vosotras? ¿También iréis al cielo?».

Pero ¡lo que son las cosas! Todo aquello lo ayudó enormemente a resolver los últimos problemas que le había planteado el boceto de la iglesia «revolucionaria»… Tenía el proyecto detenido y de pronto, ¡zas!, la inspiración.

—Así es el artista —le dijo Aurelio Subirachs—. Cualquier cosa, de aquí o del más allá, lo ayuda a llevar a feliz término su obra.

Tercera parte

Enfrentamiento

CAPÍTULO XXII

En opinión del cada día más petimetre y alámbrico Alejo Espriu, que de vez en cuando se acordaba de que en otras épocas había pertenecido al partido socialista, la «horizontalidad» de la vida cotidiana de los españoles se acrecentó más aún en los años venideros, quién sabe si por contraste con la cierta apertura que se había producido con relación al mundo exterior, y que había obligado a Cosmos Viajes a ampliar sus oficinas. Cada día se veían en los quioscos más ejemplares de *Le Figaro*, de *L'Europeo*, del *Times*, del *Newsweek*: pero la losa marmórea que cubría la existencia interior de la nación era progresivamente pesada.

Fue un período interminable, con dificultades de toda suerte, durante el cual los ciudadanos no obtuvieron la menor explicación de por qué el *Boletín* del Estado publicaba tal decreto en vez de tal otro; de los motivos por los cuales la economía se centralizaba todavía más, lo que determinaba un espectacular y costosísimo aumento del aparato burocrático; de las razones que inducían al gobierno a denegar a los industriales que necesitaban renovar su maquinaria las divisas necesarias para hacerlo, etcétera. Un desaliento soterrado, silencioso, se apoderó de la población, y gran número de trabajadores emigraron al extranjero, decididos a mejorar su suerte. Las cartas de dichos emigrantes rezumaban nostalgia, añoramiento, pero cada una de ellas anunciaba el envío de un giro postal que ayudaría a la familia a seguir adelante. «¿En qué quedamos? ¿No dicen los periódicos que España es el mejor país del mundo?». En Cataluña, la desconfianza hacia las declaraciones oficiales se convirtió en tónica general, penosa. El propio Anselmo volvió a conectar «Radio Pirenaica» y a veces «Radio Andorra», que se limitaba a dar las noticias con absoluta objetividad.

Alejo Espriu les decía a Rogelio y a Jaime Amades —el abogado había pasado a serlo también de la Agencia Hércules—, que el asunto era complicado.

—¿Cómo puede gobernarse un país como si fuera un cuartel, sin dar explicaciones? Todo se lo cocinan unos cuantos señores, allá por los Madriles, y el resto a jugar al dominó… o al bacará, según la afición o las posibilidades. ¡Bases norteamericanas en territorio español!: dícese que para entrar en ellas se necesita pasaporte yanqui… ¡Tratado reconociendo la independencia de Marruecos!; con intercambio de regalos entre las dos partes contratantes… ¡Inauguración de una factoría SEAT —automóviles nacionales de turismo— en Barcelona!; veremos si los coches funcionarán… Etcétera, etcétera. Todo ello sin preguntarnos nada a los tres que estamos aquí, ni a los treinta millones de compatriotas que campan por ahí fuera. ¿Resultado? El absoluto desprecio por nuestra masa gris, para decirlo de algún modo; y por descontado, el aburrimiento. Con varios agravantes: la fulminante caída del régimen de Perón en la Argentina; el creciente malestar en Cuba, con la dictadura de Batista, lo mismo que en Venezuela con la dictadura de Pérez Jiménez… Indicio, todo ello, de lo archisabido: tarde o temprano la masa gris y anónima dice ¡basta! y

los regímenes totalitarios se van al carajo, con perdón, y cuando eso llega, sálvese quien pueda…

Rogelio, que en el fondo lo único que lamentaba de todo aquello —los argumentos se los conocía de memoria— era que «Construcciones Ventura, S. A.» no hubiera podido hincar el diente en los planos de construcción de las bases norteamericanas, miró de forma insolente a Jaime Amades y le preguntó, por el placer de proseguir la conversación:

—¿Y tú qué opinas de todo esto, ahora que lo miras desde el local de la calle de Londres, mucho más alegré y luminoso?

Jaime Amades, que continuaba incordiado por los arrebatos de Charito, por las increíbles tarascadas dialécticas de Sergio, su hijo, y por las rencorosas cartas que les escribía desde París su sobrino Julio, que al parecer con sólo trabajar cinco días a la semana, en jornadas de ocho horas, vivía como Dios manda, evadía la cuestión.

—Supongo —decía— que Alejo Espriu tiene buena parte de razón. Ahora bien, no creo que ninguno de los tres, en el plano individual, nos veamos muy afectados. Y tampoco estoy muy seguro de que, como súbditos de una nación, como gobernados, los españoles nos merezcamos otra cosa. ¿Que nadie nos consulta? ¿Para qué? ¡Si para decidir cómo debe ser un anuncio los socios se pelean hasta matarse! Ahora se han puesto de moda los llamados «filmlets»… ¡Si os contara! Se me humedecen las manos con sólo pensarlo. Cada uno quiere imponer su criterio, incluso a los técnicos de las cámaras, hasta que el más fuerte pega un puñetazo en la mesa, rompiendo algo para quedarse solo. Eso es lo que creo que ocurrió en el país, y entiendo que las autoridades actuales no ven ninguna razón válida que les aconseje cambiar de táctica.

Rogelio respiró satisfecho, pero Alejo se acarició la cadenilla de oro que le cruzaba el pecho. Alejo continuaba soltero, y tampoco veía razón válida que le aconsejara cambiar de táctica. Disponía de cierto tiempo libre y de antenas personales que le permitían husmear por ahí. Y había llegado a determinadas conclusiones. Y puesto que las circunstancias lo liberaron hacía tiempo de su papel de adulón, sentenció:

—Todo esto son argumentos para menores de edad. Si las democracias progresan tanto… ¿verdad, Rogelio?, por algo será. Vivimos sin la menor libertad de expresión, como no sea en despachos como éste o en alcobas con o sin acuarios, y los medios informativos nos suministran sin cesar gato por liebre. ¿Que muchos no distinguen el sabor? Convendría adiestrarlos… Para no insistir sobre el número de súbditos —y miró a Jaime Amades— que salen a diario al extranjero a trabajar, aludiré, muy rápidamente, a los emigrantes que, sólo en Cataluña, viven en chozas troglodíticas y trabajan a pico y pala habiendo rebasado la edad de los cincuenta años… ¡Lo cual demuestra, eso es cierto, que la raza es fuerte! ¿Y sabéis la cifra de niños que están sin escuela en el territorio patrio? Supera los dos millones, lo cual cualquier notario no falangista se atrevería a certificar… Como igualmente podría certificarse que unos cuantos terratenientes continúan siendo los amos, con mucha mayor impunidad que

antes, de las provincias de Cádiz, de Badajoz, de Jaén, de Guadalajara y demás. ¿Y el sistema de monopolios que se ha implantado? Los trucos que se emplean al respecto son incontables, como, por ejemplo, el de los camiones de gran tonelaje… Alguien con el sello oficial necesario le asigna a un familiar o a un amigo íntimo un par de camiones de importación, le facilita los papeles para que vaya a recogerlos a la frontera y la ganancia ronda el milloncete… ¿Promedio de horas de trabajo para poder andar tres pasos sin caerse desvanecido? Bueno…, no quiero daros la lata ni provocaros eructos de placer. Mejor será resumirlo todo diciendo que vamos recobrando poco a poco, como dicen en algunos púlpitos, las «virtudes tradicionales de la raza». ¡Sí, nos acercamos a otra Edad de Oro!, de oro para unos cuantos, se entiende… —y el elegante Alejo Espriu, tío de Rosy, acaricióse de nuevo su cadenilla.

Quienes formaban parte del concierto normal tenían que abrirse paso merced a la suerte, a la recomendación, a la corazonada. Así ocurrió con Ramón Vallescar, el hijo de doña Aurora, de la Pensión Paraíso. El muchacho quería prosperar. Y Julián lo ayudó, gracias a que, inesperadamente, en «Construcciones Ventura, S. A.» se produjo la baja del viejo contable, que padeció un ataque de hemiplejía. El muchacho demostró los méritos suficientes y pasó a ocupar el cargo vacante. Ni que decir tiene que Rogelio, en cuanto lo hubo admitido, le preguntó:

—¿Y la dentadura, Ramón? ¿Ninguna muela cariada, ningún diente malo?

—No, no, señor… —contestó, visiblemente aturdido, el muchacho.

—Pues andando. Puedes empezar el lunes.

En un plano muy superior del escalafón, Beatriz utilizó la corazonada para resolver la papeleta que suponía su progresiva merma de facultades y las exigencias de la tienda de antigüedades. Dio con la persona idónea para asociarla a su negocio: Gloria, la viuda de don José María Boix. Gloria era todavía demasiado joven para llenar su vida con esporádicas obras de beneficencia y haciendo triduos y novenas, y era vistosa, ordenada y emprendedora. Beatriz la llamó, y a las dos semanas la mujer entraba en la tienda a partes iguales, con cierta timidez porque desconocía los entresijos del oficio, pero con el amor por las cosas antiguas heredado de don José María Boix.

El acierto fue total. Beatriz pudo dedicarse mucho más a cuidar de sí misma, de los suyos y de la Cruz Roja, y Gloria —contrariamente a lo que sintieron las personas mayores ante la virginal aparición de Pablito—, al verse rodeada de armaduras, cornucopias y cachivaches varias veces centenarios, sintióse rejuvenecer. Le pareció que su vida recobraba sentido, abandonó las blusas de color morado o tristón y empezó a vestirse y a maquillarse, a darse de alta a sí misma. Julián, al verla al cabo de poco tiempo, quedó desconcertado y no pudo evitar —y Gloria tampoco— sentir un dulce e imprecisable estremecimiento.

Tocante al sector de los privilegiados, de los que podían mirar al «rebaño» como un cigarro habano puede mirar a una colilla, la situación, como siempre, se ofrecía óptima. Rogelio formaba parte de esa minoría afortunada y reventaba de proyectos, entre los que figuraba, paradójicamente, el de curarse la bronquitis sin dejar de fumar.

Uno de dichos proyectos era antiguo y sus compañeros iban poniéndolo en práctica punto por punto, como si obrasen al dictado. Era el que le había valido salir en los periódicos: el del renacimiento del fútbol. Desde que lo nombraron directivo del Club de Fútbol Barcelona se lanzó a hacer declaraciones sensacionales, que le dieron pronta popularidad, hasta el punto que su antiguo barbero, Deogracias, quejumbroso de carácter, repetía una y otra vez: «¡En seguida me di cuenta de lo que nos perderíamos al trasladarse don Rogelio a otro local!».

La tesis del constructor fue clara desde el primer momento y todo el mundo acabó adoptándola como artículo de fe: «¡Los tiempos han cambiado, amigos míos! ¡Hay que pasar de la idea de fútbol-deporte a la idea de fútbol-espectáculo! ¡Hay que procurarse un estadio gigantesco, como esos que hay por Inglaterra y por Brasil, con aforo para cien mil aficionados! Y por supuesto, importar jugadores de fuera, superclase…, pues la cantera local, duele decirlo, se ha agotado, no da ni para un buen puntapié, y mucho menos para un buen cabezazo… ¿Que hay que pagar cuatro millones por un tío? ¡Se pagan! ¿Que hay que pagar cinco? ¡Se pagan! ¡Ya se recuperarán con el taquillaje! Lo importante es que el público vea filigranas, toque de balón y que el club recupere su prestigio. A un servidor de ustedes el papel de segundón no le va. Para eso me hubiera quedado en Llavaneras, plantando árboles, y sería ahora directivo del Mataré. ¡Viva el *Barça*!».

Poco a poco sus teorías fueron imponiéndose —los contraopinantes que le salieron, en nombre de la «pureza del deporte», no hicieron más que animar las tertulias—, y sobrevino la gran época del fútbol, con lo que gran parte de la masa se sentía compensada, y los plácemes le fueron llegando de todas partes, y Rogelio tuvo incluso la delicadeza de declinar la invitación a presentarse a presidente —lo que le valió la ácida censura de su actual barbero de lujo, el vasco y ambicioso Aresti—, y, por supuesto, «Construcciones Ventura, S. A.» no aspiró a la construcción del nuevo y fabuloso estadio que empezó a construirse, en sustitución del viejo de Las Corts, lo que le censuraron, de completo acuerdo, sus amigos Julián Vega y Aurelio Subirachs… «¡Ni hablar! —rugió Rogelio—. No quiero que nadie pueda achacarme que me aprovecho del cargo. ¡Que uno tiene su decálogo de decencia!».

Entre los demás proyectos figuraba la red de hoteles que Agencia Cosmos había decidido construir. En el tiempo transcurrido se habían rematado y estaban en marcha los dos de Palma de Mallorca y, en la costa malagueña, los dos de Torremolinos; en cambio, se habían pospuesto los de Lloret de Mar, debido a que en la Costa Brava el clima era menos seguro, la temporada más breve y había que andarse con cuidado. Ya podía opinarse con conocimiento de causa sobre las preferencias del público foráneo, que «aprovechándose de la escasa cotización de la peseta venía a España a tostarse, a

beber vino y a saber por qué en 1936 se mataron tantos curas». Los turistas buscaban, por ese orden, garantía solar, folklore y diversiones. Sin embargo, quedaba demostrado que el asunto era rentable, de modo que en opinión de los tres socios podía estudiarse la extensión de la cadena a una escala mucho mayor, incrementando al máximo la propaganda y contando, por supuesto, con las Islas Canarias. «¡Ah, sí permitiesen abrir casinos de juego!», se lamentaba una y otra vez el conde de Vilalta. Pero todas sus gestiones se estrellaban en Madrid, que los consideraba peligrosos para la moral pública.

La decisión de extender la cadena hotelera planteó un problema a Aurelio Subirachs y a Julián. Profesionalmente hablando, tenían la oportunidad de dar el do de pecho. Lo realizado hasta el momento era decoroso y presentable, de acuerdo además con el presupuesto que les fue asignado en cada caso; pero debían aspirar a mucho más, y Ricardo Marín apoyó decididamente su tesis. Ricardo Marín, que en los últimos tiempos se había convertido, como otros muchos economistas, en empedernido trotamundos —en conjunto, éstos daban la impresión de dedicarse al tráfico de divisas—, sostenía que, efectivamente, los hoteles de la Agencia Cosmos, o parte de ellos por lo menos, tenían que ser «el último grito». Nada de medias tintas, de copias transferibles a otro lugar, y «nada de que los clientes vieran por algún sitio un solo cubo de basura». «¡El *non plus ultra*!», que diría Rogelio. Y teniendo en cuenta que el mundo era vasto y aleccionador, no cabía sino un remedio: que Aurelio Subirachs y Julián salieran al extranjero a estudiar el funcionamiento de los establecimientos del ramo en los lugares considerados más avanzados o que estuvieran más a mano.

Huelga decir que ambos aceptaron. Después de un detenido análisis, acordaron que lo más urgente era un recorrido por Italia, la Costa Azul y los Estados Unidos. Con eso bastaría para empezar.

¡La suerte favoreció a Julián! Aurelio Subirachs se conocía Italia y la Costa Azul como la palma de la mano, de modo que podía prescindir del primer itinerario, que englobaría ambos países; en cambio, los Estados Unidos, especialmente Nueva York y Miami, le resultaban indispensables.

¡Qué ocasión para Julián de demostrarle a Margot que sus sermones le habían hecho mella! Preparó con refinamiento la jugada. Primero le explicó de pe a pa la necesidad de esos viajes, y cuando su mujer se puso hecha un basilisco, le dijo que se sentía incapaz de enfrentarse él solo con las emociones que sin duda le depararían Milán, Roma, la Riviera, Niza, Cannes, etcétera, por lo que no le quedaba otra solución que rogarle que lo acompañase; en cambio, a los Estados Unidos, por obvias razones de contabilidad, no podía desplazarse más que en compañía de Aurelio Subirachs.

¡Bendita Agencia Cosmos!, estuvo a punto de gritar Margot, pese a que el nombre de la agencia le pareció siempre exagerado. Y el viaje se realizó. Fue aquélla una segunda luna de miel, que buena falta le hacía. Por cierto que Rosy le había dicho a

Rogelio: «¡Oye! ¿Y por qué no vamos nosotros también a esos lugares?». Nada que hacer. Existía un freno, un obstáculo insuperable: el miedo de Rogelio al avión. ¿Era posible? Lo era. Curiosidades de la naturaleza humana… Julián y Margot, pues, volaron en alas de su amor y de su eficacia para informarse. Italia le produjo a Julián una impresión fortísima, mucho más afín que la francesa —«se nota que Mussolini les dio a esa gente un impulso tremendo»—, y Margot, en Roma, tuvo que llevarse el pañuelo a los ojos casi tantas veces como en París, una de ellas al saber que no conseguiría ver al Papa. ¡Con un descubrimiento!: que la afición al fútbol era en Italia comparable a la de España. «¿En qué quedamos? —le hubiera preguntado Rogelio al exsocialista Alejo Espriu—. ¿Es el fútbol una anestesia exclusiva de los estados totalitarios?». En cuanto a los hoteles, admitió que el viaje, sobre todo el de la Riviera, le había sido muy útil, lo mismo que el romántico por la Costa Azul.

¡Luego, los Estados Unidos! Allí, con Aurelio Subirachs… A Margot no le cupo más remedio que ser comprensiva, que transigir. «¡Anda. Pablito! ¡Dile otra vez adiós a papá!». Los dos arquitectos realizaron el viaje siempre por los aires, y regresaron a los quince días justos. Aurelio Subirachs, rebosante de satisfacción; Julián, hecho un lío… Aprendieron mucho, aprendieron horrores. Los socios de la Agencia Cosmos podían estar tranquilos: nadie vería un cubo de basura en los hoteles, las cortinas se descorrerían pulsando un botón desde la cama, los grifos de los cuartos de baño no se atascarían jamás… Norteamérica era el colmo de la técnica e impondría al mundo lo que Julián siempre defendió: el racionalismo, vulgarmente llamado funcionalismo, y la higiene.

Aurelio Subirachs se arrogó a sí mismo el papel de informador en ese aspecto.

—Hay que reconocer —dijo el padre de Marcos— que los americanos nos están enseñando a todos a vivir rodeados del menos número posible de microbios. Tienen detalles de tipo práctico verdaderamente inefables, desde la televisión en las habitaciones —por cierto, ¿tendremos alguna vez televisión por aquí?—, hasta la excelsa suavidad y los colores exquisitos de los papeles higiénicos en los lavabos… Sin embargo, en conjunto los hoteles adolecen allí de falta de intimidad. ¡Hay tanta gente y todo el mundo tiene gustos tan parecidos! Todo el mundo lleva alguna etiqueta colgada en la solapa, porque pertenece a un congreso o una convención. Por lo demás, diríase que el último sillón que sale al mercado sirve para todos los traseros; esto en Europa es peligroso, pues aquí, en principio, y hablo sin señalar, todos los traseros son distintos. De cualquier modo, repito, hemos llenado varios blocs de hallazgos de primera categoría, que demuestran que en los Estados Unidos hay gente que hace funcionar el cerebro y que tiene un conocimiento casi aterrador de las necesidades que irá sintiendo el organismo humano. Por supuesto, hay cosas que no se pueden importar, y otras en que los europeos les llevamos muchos años de adelanto, aunque a ellos les cuesta reconocerlo así y están satisfechos prácticamente de todas sus concepciones.

Aurelio Subirachs se extendió todavía más en detalles relacionados con los

hoteles, por lo que, cuando le tocó el turno a Julián, éste, puesto que la reunión era colectiva —asistían a ella Rosy, Merche e incluso Margot—, se dedicó de preferencia a hablar del viaje como experiencia humana y, sobre todo, a repetir una palabra: complejidad. ¡Cuánto habían visto! Tanto como Susana por los contornos de Can Abadal… La vida en los Estados Unidos era un pandemónium. Todo lo de Italia, París y la Costa Azul, pero elevado al cubo.

—No podéis haceros una idea… Puedes comprar grifa o marihuana en cualquier sitio. En los escaparates todo es *sexy*; y en las películas, tiros y puñetazos. ¿Te acuerdas, Aurelio, de la calle 42? Los chicos y las chicas, con eso de la estatua de la Libertad, se largan de casa cuando les da la gana. Y así anda la delincuencia juvenil. Ya no se trata de reunirse en sótanos con ataúdes y calaveras. ¿Os imagináis que dentro de un par de años nuestros hijos e hijas alquilaran sus pisitos y se instalaran en ellos por su cuenta? Y por menos de una pataleta, ¡el divorcio! Y en cuanto los padres empiezan a chochear, ¡a California, a tomar el sol! Hay que ver, hay que ver… Y eso del ocio vaya asunto… La gente sale del trabajo a las cinco de la tarde y se dedica a beber *whisky* hasta la hora de acostarse, a veces tocando un poco la guitarra, como nuestro Laureano. Y los sábados y domingos, ¡a estrellarse en coche! La cuestión allí es morir con las manos en el volante y a la máxima velocidad. ¡Ah, y pienso decirle a nuestro amigo el doctor Beltrán, defensor de tantas igualdades, que los negros huelen! Lo lamento mucho, pero huelen. ¿Es o no es cierto, amigo Subirachs? Uno solo pase, y si es un niño pequeño, enternece. Pero se mete uno en Harlem y tiene que salir pitando. Al lado de eso, unas asociaciones tan puritanas que reíros de lo que mosén Castelló pueda decirnos en los sermones. ¡Hay que ver cómo se meten con un cantante de moda, Elvis Presley o algo así, que trae locas a millares de chicas! Y un ejemplar de la Biblia en cada hotel. Y una riqueza tan enorme, tan incalculable —la *renta per cápita*—, que desde aquí no se puede concebir. Con deciros que los obreros en paro cobran más que los que aquí trabajan… Resumiendo, que aquello es un mundo nuevo, que tan pronto parece un manicomio como la futura verdad. Y que me alegra mucho haber estado allí. Por lo menos creo haber conseguido lo más importante, y en eso estoy también de acuerdo con Aurelio: ahora sé lo que es un hotel, pero sé también lo que un hotel no debe ser.

Todo el mundo, incluso Merche, felicitó a los dos arquitectos por el éxito de su empresa. Merche le dijo a Ricardo: «Cariño, ¿cuándo salimos para Nueva York?».

Rogelio tuvo una intervención afortunada:

—¿Vosotros creéis —preguntó, mirando a Aurelio y a Julián— que se puede hablar de un país sin haber conocido un poco el campo? Tengo entendido que allí las granjas, el trigo…

Terminó la sesión colectiva. Y todos regresaron a sus casas. Al llegar a General Mitre, Margot abrazó a Julián.

—Has contado cosas muy interesantes, querido… Los dos habéis estado muy bien. De todo modos, y después de agradecerte una vez más nuestro periplo italiano,

que todavía me quita el sueño, mi obligación sigue siendo la misma, es decir, preguntarte: «¿Cuándo vuelves a marcharte y adónde?».

Lo curioso era que a Laureano y a Susana les parecía normal todo ese tejemaneje, que sus padres, o quien fuese, anduvieran de un lado para otro. ¡En el cine no se veía más que eso!: aviones, trenes, automóviles… El cine era Cosmos Viajes en pantalla colosal. Beatriz comentaba, después de los consabidos elogios a Gloria, su nueva asociada: «¡Es natural! El cine tiene la culpa de muchas cosas…».

El último proyecto que, por el momento, puso en práctica Rogelio estaba también conectado con Ricardo Marín y con Julián, y había de traer inesperadas consecuencias. Se trataba, nada más y nada menos, que de derribar el antiguo local del Banco Industrial Mediterráneo y levantar en su lugar, es decir, en pleno paseo de Gracia, otro nuevo, ciento por ciento revolucionario. «Construcciones Ventura, S. A.», se ocuparía del asunto y el arquitecto elegido fue Julián, quien, esta vez, elaboraría los planos sin la ayuda de nadie. Ricardo Marín lo apreciaba mucho, le oyó hablar de los Bancos vistos en Norteamérica y quiso darle esa oportunidad. La obra, por sus dimensiones y categoría, desbordaría a la competencia y obligaría a mucha gente a morderse las uñas.

El derribo se hizo en un abrir y cerrar de ojos. Y poco después, cuando la silueta del edificio empezó a perfilarse, los transeúntes comenzaron a detenerse asombrados.

—¡Ahí va…! ¿Qué están haciendo aquí? ¡Menudo mamotreto!

—¿No ves lo que pone la valla? Banco Industrial Mediterráneo.

Los pingües negocios realizados últimamente por Ricardo Marín le habían permitido aquel golpe de efecto y ser, en cierto modo, el pionero de lo que luego otros muchos bancos se decidirían a hacer. Como fuere, la obra, al igual que el sistema utilizado para su construcción, marcaría un hito en el ramo. Dos gigantescas grúas, accionadas por sendos hombres sentados en lo alto de unas garitas, acarreaban fácilmente toneladas de material; la armazón de hierro se levantaba con increíble rapidez; las columnas eran de mármol; la fachada, con salientes muy audaces; no se emplearían ladrillos sino enormes bloques prefabricados; todo el edificio respondería a las más avanzadas concepciones a que se aludió en el Congreso de París… Entretanto, varios escultores vanguardistas preparaban los frisos —muy parecidos al que le quitaba el sueño a Anselmo en General Mitre—, y otros tantos pintores abstractos salpicaban con manchas inmensos cartones, manchas que los inspirarían luego para decorar las distintas dependencias de aquella edificación que, para legítimo orgullo de Julián, empezaba a ser calificada de «auténtico milagro de la técnica moderna».

Los comerciantes vecinos se lamentaban de que las obras perjudicaban entretanto a su negocio.

—¡No preocuparse! —zanjaba Rogelio—. Eso nos lo comemos en menos de un

año. Y luego los primeros beneficiados serán ustedes.

Tal vez no le faltara razón. Pero Margot no se la daba. A Margot la concepción del edificio no le gustaba ni pizca, y así se lo dijo a Julián.

—Es frío, es horrible. No sé adónde vais a parar con esas nuevas formas. Barcelona antes tenía empaque, señorío; ahora estáis convirtiéndola en una checa. No os importan los inmuebles que hay al lado ni el lugar de emplazamiento. ¡Lo mismo da levantar eso ahí que en Estocolmo o en Chicago!

Julián no se dejaba amilanar. Estaba muy seguro de sí.

—No te entiendo, querida. Si alguien convirtió parte de Barcelona en una checa fueron precisamente una serie de arquitectos mediocres de principios de siglo, que no se dieron cuenta de que una ciudad húmeda y gris requería fachadas y material de un cromatismo mucho más intenso. ¿Qué entenderían por señorío, vamos a ver? ¿Esas torrecitas oscuras, sepultadas tras un sombrío jardín? ¿Esas fachadas sin apenas cristales, con balconcitos semicirculares para soltar un discurso electoral? ¿Los siniestros conventos tapiados, hostiles, donde lo difícil es encontrar la puerta de entrada? ¡Uf…! La burguesía y el clero de antes de la guerra… Claudio Roig, que ama tu tierra como tú, me dijo que a veces le parecía lógico, como una espontánea venganza de la naturaleza, que los «rojos» se hubieran dedicado a los incendios.

Julián tenía la suerte de contar con un aliado en la familia: Laureano. A Laureano lo entusiasmaba la traza del nuevo Banco Industrial Mediterráneo. «¡Es estupendo, papá! Siempre voy con mis amigos a verlo. Se mueren de envidia y yo sigo pensando que ser arquitecto es algo muy bonito». «Gracias, hijo», le contestaba Julián, mirando al muchacho con inmenso cariño.

Las consecuencias del impacto producido por aquella obra fueron, en efecto, inesperadas. Y en cierto modo, la persona más radicalmente afectada, ¡quién hubiera podido predecirlo!, iba a ser Rosy. Cierto. Ricardo Marín no se limitó a estrechar sus relaciones con «Construcciones Ventura, S. A.», sino que incrementó mucho más aún las que ya sostenía con la mujer de su dueño, es decir, con Rosy. El marco en que se coció lo que iba a ocurrir fue el Club de *bridge* y la fórmula utilizada la más discreta: cada vez que el banquero entraba iba acercándose con disimulo a la mesa de la esposa de Rogelio, hasta que terminaba por sentarse a su lado y por susurrarle al oído, como en las fiestas: «Estás preciosa y he venido a traerte buena suerte…».

Rosy se lo pensó mucho antes de decidirse a dar también «su» golpe. Pero por fin lo dio. ¡Al diablo las resistencias interiores, las dudas, el ejemplo de Margot! ¿No decía siempre Rogelio que «la vida era para vivirla»? ¿No tenía éste sus descarados contactos con Marilín? ¿No coqueteaba públicamente, sin amagos, con la mujer de un fabricante de tejidos, mujer vulgar a la que llamaban Maruja? ¿No tenía por los *cabarets* todos los líos que le apetecían? ¡Pues adelante…! Ya se lo dijo en París a Chantal: «La discriminación que existe en España ofrece la ventaja de que si un día una se decide también a tirar por la calle de en medio, puede hacerlo sin escrúpulos de conciencia…».

A Ricardo Marín, bastante más joven que Rogelio, casi le asombró que Rosy le opusiera tan escasa resistencia. El hombre no ignoraba que Rogelio le imitaba en muchas cosas, y tampoco el éxito que él personalmente solía tener con el sexo femenino; de ahí que acudiese también a la barbería de Aresti a que le recortaran el bigote con mucho cuidado y a que le tiñeran las canas que empezaban a blanquearle las sienes. Pero de eso a conseguir precisamente a Rosy… ¡La suerte fue su aliado! El primer beso que le dio —en un saloncito reservado del propio club— le cortó a la mujer la respiración y la puso sobre la pista «de lo que aquello podía ser».

—¡Ricardo, por favor!

—Anda, no seas tonta. Que lo estás deseando como yo…

Era verdad. Por lo demás, hubiérase dicho que Rogelio se empeñaba en darles facilidades. Aparte de sus consabidos viajes a Madrid —siempre en coche cama—, en su calidad de directivo del *Barça*, muy querido por los jugadores, con frecuencia lo nombraban delegado del Club cuando el equipo jugaba fuera. Entonces, y por espacio de dos o tres días, la ciudad entera quedaba a merced de Rosy y del banquero Ricardo Marín. ¡La explosión se produjo inevitablemente! Una explosión amorosa, sensual, que tuvo la virtud de constituir para Rosy un estímulo impar.

Por el momento acordaron verse en el mejor *meublé* de la ciudad —y el más apartado y recóndito—, conocido por el curioso nombre de «La Gaviota». Rosy conoció en él, por fin, la vida amorosa… refinada. Ricardo era un experto en ese menester: cariñoso, apasionado, pero sin la brutalidad de Rogelio, quien en el lecho continuaba siendo tan egoísta como fuera de él y a menudo se comportaba como un salvaje.

—¿Eres feliz, Rosy…?

—Completamente. Nunca imaginé que pudiera serlo tanto.

—Yo también lo soy. ¡Eres tan hermosa!

—¿De veras te gusto?

—Gustar, gustar… ¡Deberíamos inventar otra palabra! ¿No tienes espejos en tu casa?

Rosy sonreía.

—Claro que los tengo. Pero me da apuro mirarme en ellos así como estoy, desnuda… —y haciendo como que se cubría con los brazos, echaba a correr hacia la ducha.

Una sombra en el rutilante firmamento de aquel amor: Merche, la mujer de Ricardo.

Merche era también más joven que Rosy, y el conde de Vilalta continuaba diciendo de ella que era un caso aparte, por lo que al besarle la mano se inclinaba de un modo especial. En consecuencia, Rosy, que había sentido muchos celos por culpa de la joven mujer, al hablar entonces con ella experimentaba un curioso sentimiento de cumplida venganza. Pero al propio tiempo tenía miedo. ¡Era tan lista! ¿Y si un día descubría el secreto?

Nadie, por el momento, se enteró de lo que estaba ocurriendo. Julián y Margot, nada en absoluto. Y Rogelio menos aún. A Rogelio no le pasó siquiera por la cabeza que algún día Rosy pudiera hacer lo que él mismo estaba haciendo todos los días. ¡Y cómo apreciaban a Ricardo, sinceramente, Pedro y Carol! Lo llamaban «tío Ricardo» y Carol, desde que éste la llevó un día en su coche por la pista de Castelldefels le prometió que cuando supiera tocar bien la armónica —estaba aprendiendo—, le ofrecería un concierto exclusivamente para él.

—La Gaviota… Tiene gracia, ¿verdad?

—Sí, es un nombre poético.

—Huele a mar.

—Huele a lo que tú quieras, querida… A lo que tú quieras, a condición de que se llame Rosy.

¿«La Gaviota» el mejor *meublé* de la ciudad? Sin discusión. El más elegante —con acuarios— y el más acogedor y sutil. Por ello pertenecía a Rogelio, porque éste, en la cadena que estableció quiso que hubiera uno que se llevara la palma entre todos los existentes en Barcelona; y le puso ese nombre porque le pareció neutro y que no comprometía a nada.

Rebote perfecto, pues —Ricardo Marín, sin saberlo, contribuía incluso en ese terreno a la prosperidad de los negocios de su amigo—, pero estrambótico y arriesgado, por la sencilla razón de que Rogelio había eludido desde el primer momento cualquier contacto con los inmuebles que habilitó para semejante operación. En eso su hombre de confianza, su representante legal a todos los efectos y, por lo tanto, prácticamente el amo, era su asesor jurídico y pariente, Alejo Espriu, quien recorría periódicamente uno por uno los cinco establecimientos, en calidad de «administrador general».

Ése fue el resbalón de Ricardo y de Rosy… A las pocas semanas ya no podía decirse que «nadie se había enterado de lo que estaba ocurriendo», porque se enteró Alejo Espriu, tío de Rosy. Y es que el hombre, «especie de impotente», como en cierta ocasión se denominó a sí mismo, chismoso por naturaleza y ansioso de conocer a fondo la sociedad en que le había tocado vivir, podía perfectamente controlar la llegada de los taxis que conducían a las parejas, verles a éstas el rostro cuando se apeaban, ¡fotografiarlas si le daba la gana!, sin que los interesados se enterasen de nada. El sistema era muy simple: un altillo oculto tras una cortina, con un pequeño mirador, situado estratégicamente al lado de los ascensores.

Ello le había permitido, desde que empezó a ejercer sus funciones, llevar en la memoria un fichero bastante pintoresco y casi podría decirse que alarmante de gran cantidad de infidelidades conyugales que tenían lugar en Barcelona. Viviendo, como vivía, en el Hotel Ritz, a veces gozaba lo suyo reconociendo a respetables señoras que acudían con sus maridos a pasar un par de días a la capital y que se alojaban en

dicho hotel. Mientras los maridos salían a la hora que fuese, «a resolver asuntos importantes», ellas se iban a los *meublés* en busca del placer clandestino, o al revés. Carambolas por banda que hubieran situado a mosén Castelló al borde del infarto.

Pero la gran sorpresa en su ya larga experiencia en ese campo se la proporcionaron Ricardo y Rosy. Cuando, encontrándose en el altillo de «La Gaviota», los vio apearse del taxi, tuvo que hacer un esfuerzo para no ponerse en pie. Y cuando los vio penetrar en el ascensor y que éste iniciaba su subida hacia el séptimo cielo, estuvo a punto de provocar una avería eléctrica, cualquier cosa, para impedir que aquello se consumase.

¡Quería tanto a Rosy! ¡Y respetaba y admiraba tanto a Rogelio! Éste lo había sacado de la nada, de la mentira, del Metro y de los tranvías para elevarlo al rango a que siempre aspiró. Y ahora Rogelio se veía burlado de la manera más descocada por «el ilustre financiero don Ricardo Marín», como solían decir los periódicos.

Alejo Espriu, a quien la profesión le había enseñado a dominarse, no se movió. Evacuó su cólera inicial apretando con fuerza el puño de plata del bastón que siempre llevaba consigo. Pensó muchas cosas a la vez. Que al fin y al cabo Rogelio le daba también a Rosy sopas con onda. Que, guardando para sí el secreto, tendría para siempre —la vida era larga y llena de sobresaltos—, uní carta importante que jugar… Una baza que podía utilizar en cualquier momento. ¡Él mismo se avergonzaba de semejante tentación!, consolándose al pensar que más que nada veía en el horizonte, en el horizonte de su posible intervención, la figura de Ricardo Marín, al que consideraba un pedante, con la única excusa de que se merecía serlo, lo que para Alejo era todavía peor.

CAPÍTULO XXIII

LAUREANO, PEDRO Y MARCOS habían terminado felizmente el bachillerato en junio —los dos primeros, en el Colegio de Jesús, el último en el Liceo Francés—, y durante el verano se prepararían para aprobar en septiembre el examen de Estado y así ingresar en la Universidad. Andrés Puig se había estancado en esa prueba, que solía ser muy dura; Sergio la había superado a tiempo, sin mayores dificultades, y cursaba ya segundo en la Facultad de Derecho.

En el Colegio de Jesús se habían producido algunos cambios. El padre Barceló, el musicólogo, se había ido a misiones, exactamente a la India, arrancando con ello algunos comentarios sobre las vacas sagradas y el número de mujeres que tenían los maharajaes. El padre superior, *el Cuentagotas*, había sido destinado a Valencia y su sustituto, el padre Tovar, pronto llamado *el Pancho* porque era sencillo y acostumbraba a sonarse con pañuelos exageradamente sucios, empleaba con mucha frecuencia una frase que provocaba la hilaridad de los alumnos: «Esto me desagrada positivamente». Muchas cosas desagradaban positivamente al padre Tovar, entre ellas, que lo llamaran *el Pancho*.

Pero el cambio más enjundioso, que había de galvanizar en cierto modo la vida del colegio, fue la incorporación de un nuevo profesor: el padre Saumells, el excompañero de Julián en Zapadores, conocido durante la guerra por *el Mujeriego*; el teniente de Tarragona que a poco de terminar la contienda civil se sintió decepcionado y que, desoyendo los consejos de su gran amigo Claudio Roig, se largó a un noviciado.

En cuanto Julián se enteró de su llegada se precipitó a visitarlo para darle un abrazo, y acto seguido lo invitó. «Tienes que venir a casa a tomar café. Quiero presentarte a la familia». «¡Encantado! Mañana mismo». «Supongo que beberá coñac a todo pasto», dijo Margot. «En el frente, desde luego…», contestó Julián. Invitaron también a Claudio Roig y la reunión tuvo lugar al día siguiente, sábado, en medio de una expectación y una euforia fuera de lo común, especialmente por parte de Julián. Y es que el arquitecto no conseguía hacerse a la idea de que *el Mujeriego*, con el que corrió aventuras de todos los calibres, vistiera ahora sotana y hubiera hecho voto de castidad. Por ello, aunque Margot cuidó de que se formara un semicírculo perfecto en torno del recién llegado, y pese a que éste no había perdido un ápice de su habitual campechanía, pronto se dieron cuenta de que iba a ser difícil hilvanar el diálogo, debido a que de pronto los dos hombres, que en verdad se habían abrazado con una emoción extraordinaria, se miraban, miraban luego a Claudio Roig y los tres soltaban una risotada. Julián le decía: «Pero ¿será posible? ¡Supongo que te habrás confesado!». El padre Saumells respondía: «¡Bueno! Me di a mí mismo la absolución…».

Margot observaba con la mayor atención al padre Saumells. Su primera impresión

no pudo ser más favorable, hasta el punto que la mujer se preguntó si aquel hombre no habría caído llovido del cielo… ¡Le hacía tanta falta a Julián un amigo que no le hablara exclusivamente de su profesión… y que no le contara sólo chistes verdes! Para empezar, el aspecto del religioso, pese a su desgarbo, era noble. De mediana estatura, ancha la frente, emanaba de él una indudable serenidad, fruto sin duda de una honda paz interior. A Margot le recordó, salvando ciertas distancias, a los hermanos de Rogelio, de quienes había dicho, al regreso de la visita que les hicieron a Llavaneras para adquirir los seis cipreses que plantaron en Can Abadal: «Han encontrado su lugar en la vida».

Algo había llamado la atención de todos: el hombre llevaba el pelo largo, bien peinado. Ello empezaba a ser corriente entre religiosos, pero todavía causaba sorpresa. Dicho detalle agradó en grado sumo a Laureano y a Susana. Otra cosa les resultó simpática: el padre Saumells tenía la manía de obsequiar a todo el mundo con caramelos de malvavisco, que llevaba dentro de una cajita redonda, metálica. De pronto sacaba la cajita e invitaba a todos: «¿Le apetece a alguien?». «No, no, muchas gracias». Entonces él se llevaba un caramelo a la boca, paladeándolo con evidente satisfacción.

Claro que era pronto para opinar, pero el buen tacto del religioso saltaba a la vista. Por ejemplo, no tardó mucho en conseguir que la conversación se generalizase, y ello mediante un truco bien fácil: afirmar que tiempo tendrían con Julián y Claudio para hablar del pasado, de los recuerdos de la guerra y que en aquel primer encuentro los protagonistas debían ser precisamente los representantes del futuro, es decir, los chicos: Laureano, Susana y Pablito, éste gateando por entre los sillones, como buscando su propia identidad. También insistió en que Margot lo tutease, aunque a la mujer le resultaba difícil: «¡Por favor, Julián! —cortaba cada vez el religioso—. ¿Quieres recordarle a tu distinguida esposa que soy de la familia…?». Julián protestaba: «La culpa es tuya… En todo este tiempo, media docena de postales. Y la última… ¡yo qué sé!».

Durante un buen rato hablaron de los chicos, de sus estudios y aficiones. Al enterarse de que a Susana le interesaban los animales y que a lo mejor le tiraría la medicina, comentó: «¡Caramba! Eso en una chica no es corriente…». Al enterarse de que Laureano estudiaba con ahínco la guitarra y tenía buena voz exclamó: «¡Magnífico! La música hace mucha compañía… Y yo daría cualquier cosa para no tener esta voz de pato que, al parecer, heredé de mi abuelo».

Julián se sentía a gusto. Pero la verdad era que ardía en deseos de conocer la vida y milagros de su excamarada y supuso, con buen sentido, que los chicos serían los primeros interesados.

—¡Naturalmente, papá!

—Pues anda, Saumells… ¡Oh, perdón!: padre Saumells… Cuéntanos lo que ha sido de ti en todo ese tiempo… Y cómo has venido a parar precisamente a Barcelona.

El padre Saumells tuvo uno de sus ademanes austeros.

—Pues muy sencillo. Me he pasado esos quince años estudiando…

—¿Dónde?

—Primero, en España; los cuatro últimos años, en Alemania…

—¿En Alemania? ¡Hombre! —Julián encendió voluptuosamente su pipa.

El religioso añadió, en tono sumamente expresivo:

—En cuanto a venirme a Barcelona, ¿qué iba a hacer? Después de cantar misa me enteré de que tu hijo estaba en el «colé» y solicité el traslado…

Todos se rieron, y Julián, después de echar una bocanada de humo que simbolizaba gratitud, prosiguió:

—Oye una cosa. Interesante experiencia lo de Alemania, ¿no?

El padre Saumells respondió:

—¡Bueno! Decir interesante… sería decir poco.

Y empezó a contar. Habló de la Selva Negra y del Rhin. «¡Oh, sí, Alemania es todo un mundo!». Además de aprender el idioma, había enriquecido allí, en todos los aspectos, su repertorio de ideas. En el Seminario Teológico convivió con religiosos de muchos países, e incluso de razas muy distintas, y de cada uno de ellos aprendió algo, empezando por un mongolés, que le regaló los gruesos zapatos que llevaba. Y por supuesto, no le quedó más remedio que habituarse a ser metódico en el trabajo, a no desperdiciar un minuto, lo que con toda seguridad era muy importante, sobre todo proviniendo de un país como España, en donde, quien más, quien menos, todo el mundo solía improvisar. El padre Saumells agregó:

—En eso del método los alemanes son implacables.

Margot, interesada por el giro que tomaba el diálogo, le preguntó:

—¿Entonces Alemania te ha gustado, padre Saumells?

Éste se acarició el cabello, como meditando.

—Pues… sí, mucho. Los alemanes tienen, como tiene todo el mundo, sus defectos. ¡Qué duda cabe! Y una guerra como la que sufrieron deja un lastre tremendo… Pero, en fin, tienen también muchas cualidades. Por ejemplo, el esfuerzo que han hecho para recuperarse es algo portentoso. Sólo un país disciplinado como aquél puede llevarlo a cabo.

Julián se regocijó al oír esto. Sin darse cuenta, lo asoció al espíritu de milicia que Hitler, en sus buenos tiempos, inculcó a la población. Pero he aquí que se llevó la sorpresa de la velada. El padre Saumells, estimulado por el interés que demostraba su auditorio, continuó hablando. Y después de relatarles sus andanzas por Heidelberg, por Francfort, por Colonia y otras ciudades, de pronto volvió a referirse al lastre de la guerra —al desasosiego de los huérfanos, al materialismo creciente, etcétera—, para desembocar finalmente en la impresión increíble, aterradora, que le produjeron sus reiteradas visitas a los campos de exterminación de Dachau, Auschwitz, Buchenwald… «Sólo quien ha visto aquello puede comprender a qué grado de crueldad pueden llegar los hombres», afirmó. No se entretuvo en dar muchos detalles, pues era evidente que el solo recuerdo de lo que vio le pesaba excesivamente en el

cerebro; pero la descripción que hizo de los hornos crematorios fue tan plástica y veraz que Laureano y Susana, que nunca habían oído hablar de aquello, se encogieron en sus sillones, mordiéndose las uñas.

Julián, que siempre creyó que se había exagerado mucho sobre el particular, y que hasta entonces se había sentido feliz escuchando al padre Saumells, de repente se colocó a la defensiva y miró a su amigo con frialdad. Pero el religioso no lo advirtió: tan ensimismado estaba en lo que venía contando. Así que, después de permanecer como ausente por espacio de unos segundos concluyó, como hablando para sí: «¡Y pensar que en un momento determinado haya podido yo gritar ¡Viva Hitler! y saludar con el brazo extendido…!».

Fue el primer toque de alarma. Y la frialdad de la mirada de Julián se intensificó hasta tal punto al oír esas palabras que el padre Saumells, advertido además, con disimulo, por Claudio Roig, terminó por darse cuenta. El hombre, entonces, pareció dudar entre sostener la mirada de Julián… o disimular también. Finalmente optó por eso último, pues, aparte de que conocía sobradamente a su excamarada, le ocurría que desde su llegada a España tropezaba de continuo con reacciones parecidas.

Por supuesto, no pudo impedir que Julián, testigo del asombro que se había apoderado de Laureano y Susana, tratara de formular determinadas objeciones. Pero el padre Saumells no admitió el juego. Se las ingenió para encarrilar el diálogo por otros derroteros, aprovechando la inesperada circunstancia de que Pablito derribó estrepitosamente dos copas de las que había en la mesa, lo que reclamó por un momento la atención general.

Cabe decir que Margot, tan interesada como el propio religioso en zanjar la cuestión, acudió en su ayuda, rogándole que volviera a hablarles de «otros aspectos agradables» de Alemania. El padre Saumells sonrió. Y aun cuando notó la curiosidad un tanto morbosa de Laureano y Susana, quienes con toda evidencia deseaban que continuara con el tema anterior, el hombre canceló hasta otra ocasión los recuerdos terroríficos y se puso a hablar de las autopistas que había en el país, lo que a Julián le interesaría sobremanera; de los conciertos —Margot, al oír esta palabra, iluminó su semblante—, y, por encima de todo, ¡de la inimaginable capacidad de los habitantes de la católica Baviera para ingerir toneladas de cerveza! El padre Saumells afirmó: «¡Las jarras de cerveza que he tenido que zamparme para no hacer el ridículo!».

El peligro había pasado. Julián, capaz también de dominarse, decidióse a colaborar con el clima de cordialidad que reinaba de nuevo. Había advertido que el padre Saumells continuaba con un tic que le era muy propio: acariciarse las falanges de los dedos, ora de una mano, ora de la otra. Julián se rió recordando ese detalle: «¡Veo que sigues dándole a los dedos! ¿No os lo prohíbe el reglamento?». «¡Bah! Tenemos más libertad de lo que la gente supone…».

El último cuarto de hora de la reunión discurrió, definitivamente, por cauces de una intimidad de la mejor ley. Margot, perfecta ama de casa, estaba empeñada en enseñarle una por una las piezas de aquel hogar «que a partir de aquel día era ya el

suyo», pero el padre Saumells consultó el reloj y dijo que tenía que marcharse. «¡Ya volveré! No os preocupéis. Me gustará ver las habitaciones de los chicos… y comprobar si Pablito ha crecido poco o mucho». Al oír esto, Susana le notificó que en su habitación tenía una colección de cajitas alineadas en una hornacina que se iluminaba por dentro, apretando un botón.

—¿Cajitas? ¿De qué clase?

—De cualquier clase… Cajitas…

—¡Entonces, toma ésta! —exclamó el religioso, riendo. Y sacándose del bolsillo su cajita de caramelos de malvavisco…, se la regaló a Susana.

Poco después la familia en pleno acompañaba al padre Saumells y a Claudio Roig a la puerta. Y mientras Laureano la abría y llamaba el ascensor, el religioso se detuvo ante un mapa de España, antiguo, que colgaba de la pared del vestíbulo.

—España… —musitó, como si la presencia del mapa lo hubiera impresionado súbitamente—. La piel de toro…

Julián se le acercó.

—¡Sí! He aquí un tema que no hemos tocado, y del que tendremos que ocuparnos la próxima vez…

El padre Saumells movió la cabeza en gesto ambiguo, en el momento en que el ascensor llegaba y se detenía en el rellano. Y en tanto se dirigía a él, el religioso añadió:

—Pues… no sé. Eso es más difícil que hablar de Alemania.

—¿Por qué? —preguntó Julián.

El religioso sostuvo por unos instantes la puerta del ascensor.

—Situación confusa, ¿no?

—¿Confusa? —El arquitecto lo miró con fijeza, nuevamente colocado a la defensiva.

—¡Bueno! —sonrió el religioso, como quitándole importancia a lo que acababa de decir—. En realidad acabo de llegar, y no he tenido tiempo de formarme una opinión… —y penetró en el ascensor, junto con Claudio Roig.

Margot le dijo:

—¡Vuelva pronto! ¡Vuelve pronto, padre Saumells…!

El religioso sonrió.

—Te agradezco que ni una sola vez se te haya escapado lo de *Mujeriego*…

No dio tiempo para más. La puerta se cerró y el ascensor se hundió en el agujero, desapareciendo.

Entonces se produjo en el rellano un extraño silencio. Poco a poco la familia fue entrando en casa. Susana cerró la puerta. La chica y Laureano, que se habían entusiasmado con el padre Saumells, a gusto hubieran expresado su sentimiento a voz en grito; pero Julián, a quien Pablito perseguía, se había encerrado en un mutismo tan absoluto que ello los cohibió.

Por añadidura, Margot les indicó con una seña que se callaran. Los chicos, un

tanto desconcertados, se miraron entre sí y obedecieron. Y vieron cómo su padre, acariciándose la mejilla derecha, se dirigía de nuevo a su butacón y cómo una vez allí se dejaba caer en él con mucha calma y se disponía a encender la pipa…

¿Por qué la política se interfería entre los hombres? ¿Por qué emponzoñaba la vida, los proyectos, la amistad? Por su culpa, a lo largo de aquel verano, mientras los chicos estudiaban obsesivamente para lograr el pase a la Universidad, Julián tuvo que luchar duramente —y encender, turbado el ánimo, muchas pipas—, para no echar por la borda las gozosas posibilidades que le ofrecía su inesperado reencuentro con el padre Saumells, a quien, pese a todo, continuaba queriendo igual que antes, lo que constituía la única esperanza de Margot.

Por supuesto, las discrepancias que en el transcurso de aquella velada se pusieron de manifiesto de modo incipiente, un mes después se hicieron violentamente ostensibles. ¡En cuanto el padre Saumells tuvo formada la opinión que aquel día afirmó no poseer aún! La situación dejó de ser para él «confusa»; el hombre tomó una actitud, y nadie podría apearlo de ella. España, a su juicio, era tal y como, empleando distinto léxico, la había definido Alejo Espriu en su conversación con Rogelio y Jaime Amades. Por si fuera poco, el hombre había tenido ocasión de comprobar en Alemania, retroactivamente, los efectos del totalitarismo y, pensando en ello, el espectáculo que le ofrecía «la piel de toro» le ponía los pelos de punta.

Lo malo era que no encontraba eco ni siquiera entre los religiosos del Colegio de Jesús, algunos de los cuales eludían la cuestión, mientras otros, incluido el nuevo director, padre Tovar, entendían que el sistema funcionaba perfectamente y que lo que ocurría en España, el avance del país en todos los órdenes, casi podía calificarse de milagroso. Lo malo era también que el exteniente tarraconense, *el Mujeriego*, ante semejante estado de cosas no optó por callarse. Por el contrario, no se perdía ocasión de manifestar sus opiniones, de modo que el padre Tovar pensó que antes de que se reanudase el curso y de enfrentarlo en calidad de profesor con los alumnos tendría que llamarlo a su despacho y cantarle las cuarenta, amenazándolo con tomar una decisión drástica si no dejaba a un lado sus opiniones personales. Julián estaba furioso con su amigo y le prohibió que intentara influir sobre Laureano y Susana. Lo mismo le dijo Rogelio con respecto a Pedro —Carol no se enteraba de esas cosas—, en cuanto el religioso hizo un par de visitas a la avenida Pearson, donde *Kris* había muerto de muerte natural, siendo sustituido por otro centinela llamado *Dog*, y donde apenas si le preguntaron por su estancia en Alemania —sólo Rosy se interesó un poco — y mucho, en cambio, sobre las posibilidades turísticas, sobre el edificio del Banco Industrial Mediterráneo en el paseo de Gracia y sobre el monigote publicitario, gordinflón y sonriente, de «Construcciones Ventura, S. A.»

En realidad, las únicas personas que realmente lo comprendieron y alentaron fueron Aurelio Subirachs y el doctor Beltrán, ya que Margot se encontraba entre la

espada y la pared. Aurelio Subirachs le dijo: «El país avanza, ¡qué duda cabe!, por la sencilla razón de que el mundo dispone ahora de muchos más medios que hace veinticinco años. Ahora bien, comparado con lo que avanzan los restantes países de Occidente, nuestro papel, padre Saumells, es el de la tortuga». Tocante al doctor Beltrán, le suministró datos escalofriantes referentes a las cárceles, a los manicomios, al abandono de los minusválidos y subnormales, al funcionamiento del Seguro de Enfermedad, en algunos de cuyos consultorios en una hora eran despachados ochenta o cien enfermos. «¡Eh, los que tengan tos seca, a la izquierda! ¡Los otros, a la derecha!».

Si ése era el clima reinante an su esfera, ¿qué le esperaba? ¿Qué podía hacer y cuáles serían sus deberes? Porque, el pecado que no cometería jamás el padre Saumells sería traicionar a su conciencia.

Mientras los mayores tenían ese género de preocupaciones, los hijos vivían un presente que para ellos era principal. ¡Con buena fortuna, por cierto! En septiembre, incluso Andrés Puig franqueó, esta vez, el examen de Estado, lo que dejó perplejo al hijo del joyero. «¿Qué voy a hacer ahora? —comentó—. ¡Si la única carrera que me interesa es la de coches que se celebra anualmente en Montjuich!». Marcos, el hijo de Aurelio Subirachs, aprobó. «¿Qué? —le preguntó su padre—. ¿Vas a llenar ahora de colores el mundo?». Marcos, vanidosillo, con *La Codorniz* debajo del brazo, le contestó: «Me gustaría estudiar Filosofía y Letras». «Pero ¿no te interesa la plástica? ¿Por qué no estudias arquitectura?». «Por tu culpa, papá. Si estudio para arquitecto, por más que haga nunca dejaré de ser el hijo de Aurelio Subirachs». Éste bamboleó su gran cabeza. Se llevó un serio disgusto. Menos mal que su hijo mayor cantaba misa al cabo de un par de meses. Estaba claro que para encontrar entre la prole un continuador debería esperar a que se decidiera el tercero de la dinastía, que se llamaba Fernando y que por el momento, quería ser esquiador. «Quiero ser esquiador y romperme una pierna».

Laureano y Pedro eran casos aparte. Enseñaron a sus padres las papeletas que les abrían las puertas de la Universidad, pero no mencionaron nada sobre sus proyectos. Lo primero que querían hacer era celebrar el aprobado —¡menudo tute todo el verano!— y el hecho de sentirse hombrecitos. ¡Universitarios! Pedro era bastante más alto que Rogelio, del que físicamente sólo había heredado el ser patizambo y las orejas grandes y colgantes. Con mucho cabello y unos ojos profundos, que tan pronto se lanzaban en pos de «lo otro» como se replegaban sobre sí mismos. Tal vez estuviera destinado a sufrir, aunque la alegría le salía por los poros de la piel y del espíritu. Laureano era algo más bajo, pero más ancho de tórax, más desarrollado gimnásticamente. Su aspecto desconcertaba. Tan pronto continuaba pareciendo atemorizado como daba la impresión de una enorme seguridad. Tenía que afeitarse ya una barba bastante cerrada y al hacerlo el espejo le devolvía una edad imprecisa. Uno

y otro ignoraban que muchos de los hombres que, como el padre Saumells, tenían otro género de preocupaciones, a «su» misma imprecisa edad se encontraban con un fusil en las manos, haciendo la guerra.

¿Y cómo decidieron celebrar su éxito Laureano y Pedro? Sencillamente, demostrándose a sí mismos que eran hombrecitos. Pidiéndoles unos duretes a sus padres y dándose un garbeo por el Barrio Chino y por el Paralelo. Por un momento estuvieron tentados de rogarle a Sergio que los acompañara, pero en última instancia lo consideraron humillante. «Ya no necesitamos ama de cría, ¿no te parece?».

Eligieron un domingo por la noche. Margot le dijo a Laureano: «Anda, dame un beso y que os divirtáis mucho». La excusa que habían inventado para salir era que se iban al cine. ¡Menudo cine! Recorrieron los cafés de la calle del Conde del Asalto y contornos sin tomar nada, porque no estaban ambientados todavía y porque la presencia de marineros y el aspecto de los vasos en los mostradores los echaban para atrás. Sin embargo, los escaparates, la calle, los vendedores ambulantes, los olores —¡sobre todo, los olores!—, empezaron a excitarlos en forma desconocida. Parejas fundidas en unidad se metían en portales oscuros. «¿Eh, qué tal?». «Estarán también celebrando algo». «La vida es la vida, ¿no?». Y se guiñaban. ¡Se sentían tan amigos formando una causa común!

De pronto, ¡la iluminación! Como si Jaime Amades los hubiera estado esperando con uno de sus números de publicidad. El Paralelo rutilaba. Espectáculos de revista, carteleras por todas partes, alguna sala de baile, autos de choque y enormes tiendas de muebles con muchos tresillos y muchas alcobas conyugales. Luces de neón los vapuleaban como diciéndoles: «¿Por dónde queréis empezar?».

Se detuvieron ante las colas formadas frente a las taquillas de las revistas. Las mujeres dibujadas a gran tamaño y a todo color en las fachadas —efectivamente, la firma publicitaria decía: Agencia Hércules— tenían ondulaciones de una calidad que no habían visto anteriormente en los cafés de marineros. Los dos muchachos mascaban chicle y no se decidían a entrar. Observaban que algunas manos temblaban al pedir la localidad en las taquillas. ¡Entrar allí era hipotecar de golpe más de dos horas! Se iban alejando con aire de veteranos.

Hasta que les entró el temor de rastrear sin cobrar pieza. Entonces improvisaron y se metieron en «El Molino», que tenía mucha fama. «El Molino» era también un espectáculo arrevistado, pero de números cortos, como de quitapón, y la gente salía cuando le daba la gana. Pronto se encontraron sentados en incómodas butacas de madera, muy estrechas, rodeados de sudor y de un público escasamente selecto que bebía cerveza y gaseosa. Presenciaron el desfile de unas cuantas *vedettes* ya un poco ajadas, que les presentaron números de picardía elemental. Actuaron también varios homosexuales, que obtuvieron un éxito inenarrable, sobre todo entre los soldados, muchos de ellos situados muy cerca del escenario, «¡Eh, tú, Margarita! ¡Qué me dan ganas de morderte!». «¡Te espero en el cuartel, chata!».

Laureano en un momento determinado, se sintió molesto. Todo aquello era

deplorable y su corbata se le antojó una intrusión. En los palcos había hombres maduros bebiendo champaña en compañía de mujeres de tez espectral y larga cabellera.

Algo más de media hora les bastó. Salieron, dominados por una excitación especial. Los olores del Paralelo eran otros. Olía ahora a patatas fritas, a multitud, a instinto. «Será una tontería —dijo Pedro—, pero esto a mí me parece una hoguera, como si estuviéramos en la noche de San Juan». Deambularon al azar, deteniéndose de vez en cuando para ofrecerse el uno al otro el fuego del cigarrillo. El Colegio de Jesús, el autodominio, la familia, todo quedaba lejos… Sentíanse solos como dos minúsculos peces en alta mar.

Bebieron horchata y los divirtió sorberla con una cañita. Compraron un globo por el placer de reventarlo y luego dos diminutos molinillos de papel que giraban al viento y que de pronto regalaron a una gitana que quería nada menos que adivinarles el porvenir. Hasta que, repentinamente, sin previo aviso, comprendieron que había llegado el momento de saber lo que era una casa de mujeres, lo cual no significaba que en ella tuvieran que dar el paso definitivo; simplemente, subir y ver, subir y conocer. Habían oído decir que la decoración era a base de espejos y que uno podía, como en «El Molino», largarse cuando le diera la gana. Sin embargo, tenía que ser una casa con mujeres de verdad, no como las de cartón pintado que había en las fachadas de las revistas; y, por supuesto, más jóvenes que las que vieron en «El Molino».

Pedro se convirtió en director de la operación, lo que no dejaba de tener su aquél. Y es que Andrés Puig un día le había hablado de uno de esos lugares, situado precisamente en la calle del Carmen, donde estaba la Pensión Paraíso. Y se le había quedado grabado un detalle que le dio: estaba situada entre un hotel y una tienda de comestibles y encima de la puerta de entrada había una imagen de la Virgen con un farolillo encendido.

Se dirigieron a la calle del Carmen y dieron con el lugar. No, no había pérdida, a juzgar por la pinta de quienes entraban y salían. Habían vuelto a mascar chicle. Subieron y al llegar al primer piso una puerta abierta los condujo a un gran salón amueblado con divanes desconchados, ¡y con muchos espejos! La actitud de Pedro era incomprensible, incluso para él mismo: sonreía. Miraba a Laureano y sonreía. ¿Por qué? ¡Claro, claro, su rápida, su velocísima experiencia, semiexperiencia, con Trini, en «Torre Ventura»! Ahí radicaba su superioridad. De todos modos, muy grande tenía que ser la fiesta para él. Casi tan grande como lo que le ocurría a Laureano, que por un lado tenía ganas de llorar y por otro un incontenible deseo de aceptar la invitación de una chica morena, de labios abultados, que mientras lo acariciaba le iba asegurando, con acento sevillano, que lo haría feliz.

El muchacho hacía muecas, sin saber qué comentar.

—¡No me dirás que eres virgo! —le espetó ella, de repente.

Laureano soltó una carcajada. Laureano consiguió soltar una carcajada. Y mirar a

Pedro, acorralado en un rincón por otra chica, de cabellos de color violeta. El muchacho no supo lo que le ocurrió. Se sorprendió a sí mismo diciendo simplemente:

—Vamos.

Mientras la chica se dirigía a la patrona, Pedro se plantó Ce un salto al lado de su amigo.

—Toma —le dijo. Y le dio un preservativo. Laureano se quedó atónito. ¡De modo que el muy tuno iba preparado! ¡Así que…! Él ni siquiera lo pensó. Verdaderamente, el corazón humano era complicado, y Pedro tenía corazón; o todo se debería a la semiexperiencia que había tenido con Trini, en «Torre Ventura».

—Pero…

—Yo también usaré uno —le dijo Pedro, con voz propia de quien se juega el todo por el todo.

La experiencia de Laureano fue exhaustiva. Al terminar, sólo se le ocurrió decirle a la chica morena: «Me gusta que hables con acento andaluz…». Ella lo pellizcó y, en un alarde de buena educación, le ayudó a anudarse la corbata.

Pedro tuvo una enorme decepción. La mujer que le tocó en suerte simuló tan mal su entusiasmo, que el chico se desencantó, pese a lo cual alcanzó su objetivo. No obstante, mientras se vestía le preguntó: «¿Cuántos van hoy?»; y ella contestó, al tiempo que mordía el clip que se le había caído del cabello violáceo: «No lo sé. La patrona lleva la cuenta».

Laureano tuvo que esperar a Pedro en el salón de los espejos. Al verle aparecer le ofreció un pitillo y sonrió, aparentando naturalidad. «Qué poco dura esto, ¿verdad?». Pedro se pasó la mano por la abundante cabellera. «¡Sí, desde luego! —Luego añadió —: Un día u otro hay que empezar…».

Era cierto. Eso pensaba Laureano, quien tuvo la impresión de haber cruzado la frontera que conducía para siempre a la hombría. Se sintió eufórico. Pedro bajó la escalera cansinamente: Laureano, a saltos. Le penetró una curiosa lucidez mental. Hubiera hablado con su amigo de muchas cosas: de los sueños de la pubertad; del incierto destino que le aguardaba a Andrés Puig; de las manos que temblaban al pedir las localidades; de la gitana a la que habían regalado los molinillos de papel…

Entraron de nuevo en un bar y se tomaron otra horchata.

—¡Me siento como si ya fuera arquitecto! —exclamó Laureano.

Pedro hizo un ademán ambiguo.

—Pues sí que te ha picado fuerte. ¡A pequeñas causas grandes efectos!

—¿A eso llamas tú una pequeña causa?

—¡Bueno! Al fin y al cabo…

Los papeles se habían trocado. El director de la operación era entonces Laureano, cuya actitud movió a Pedro a reflexión. Pedro inclinó hacia abajo el labio inferior, lo que por un momento le dio expresión vulgar.

Laureano se hizo cargo y le preguntó a su amigo:

—¿Ocurre algo?

Pedro enarcó las cejas y semicerró un ojo, en expresión característica. Todavía, de vez en cuando, bizqueaba una fracción de segundo.

—Ocurrir, no ocurre nada. Pero envidio tu euforia.

—No te entiendo. ¿Qué quieres decir?

—Que me produce envidia que tengas ya decidido lo que quieres hacer.

Laureano lo miró con asombro.

—Pero… ¿es que tú no lo tienes también decidido?

—No —contestó Pedro—. Nunca lo tuve, ya lo sabes.

Laureano se impacientó.

—¡Siempre con tus dudas! Ya va siendo hora de que tomes una determinación. Lo que tú quieres es escribir, ¿no es así? Pues la cosa está clara…

—Estudiar «Filo», ¿no es eso?

—Claro…

—¿Y quién se lo dice a mi padre? ¿Te encargas tú?

—¡Ahora con ésas! Tu padre sabe de sobra que la arquitectura no te va.

—Nunca comprenderá mi actitud. Para él escribir es perder el tiempo. ¡Vamos, supongo, porque de tonto no tiene un pelo! Pero por lo menos podría ser como él, servir para los negocios. A ver si le doblo o le triplico el capital.

—No puede imponerte nada. No puede imponerte tu vocación.

—No se trata de imponer. Pero cuando vea que la cosa va en serio, le da un ataque. Cuando le he dicho que nos íbamos al cine me ha preguntado: «¿Qué vais a ver? ¿Caperucita Roja?».

—Tu madre se pondrá de tu parte.

—¿Mi madre? Voy conociéndola… A mi madre sólo le preocupa ser guapa y jugar al *bridge*.

—No hables así.

—Tienes razón. La estoy calumniando. ¿Por qué de pronto me habré puesto de un humor de perros?

—Debe de ser la resaca… Andrés Puig dice que «eso» a veces deja resaca.

—Así será.

Guardaron silencio. Y la tristeza se contagió a Laureano, pero en su caso con un motivo concreto: si, como era de esperar, Pedro se decidía por Letras, estudiarían en lugares distintos y tendrían que separarse. ¡Vaya perspectiva! Laureano sin Pedro se sentía tan perdido como Susana cuando no se apoyaba en una realidad.

Pedro pagó las dos horchatas y consultó el reloj.

—¿Vámonos? Teóricamente, Caperucita Roja habrá terminado hace rato…

—Vámonos.

Tomaron un taxi y regresaron a sus casas. Encendieron el último pitillo de la noche. Jamás en su vida habían fumado tanto. Laureano comentó de repente:

—Realmente, qué poco dura el asunto, ¿verdad?

—¿Qué asunto?

—¡Toma! El de ir con una mujer…
—¡Ah, sí! Pero yo no me arrepiento. ¿Y tú?
Laureano echó una bocanada de humo.
—Mañana lo sabré.

CAPÍTULO XXIV

El paso del tiempo… El paso del tiempo inquietaba a Margot. «Me roban los días, Julián. Se me pasan volando. ¿Cuántos años llevamos casados? Y me parece que fue ayer. ¿Te acuerdas de cuando, en Granada, en el viaje de novios, subimos a la sierra y pillé un catarro tremendo? Por poco si aquello acaba con la luna de miel. ¿Y te acuerdas de cuando vivíamos en el estudio de Balmes? Nos faltaba espacio incluso para discutir…».

Julián era el reverso de la medalla. El tiempo transcurría lentamente para él. No porque supiera exprimir mejor la densidad de cada minuto, que para eso Margot se pintaba sola; simplemente, el trabajo llenaba tanto su vida que acababa fatigado. Su cerebro se fatigaba y lo convertía en uno de esos relojes de arena en los que media hora parece una eternidad. «Es curioso A mí me parece que desde que nos casamos ha pasado un siglo. ¡Por favor, Margot, entiende lo que quiero decir! No te cambiaría por ninguna otra mujer. ¡Si hasta te perdono que no te guste el Banco Industrial Mediterráneo! Y estás tan joven como cuando nació Susana… Pero tengo tantas cosas que hacer, que cada día me parece que he de subir una cuesta, que una semana es una semana y que un mes es un mes. No, no tengo la sensación de que la vida se pasa volando».

Tal vez, de vivir en el campo, la óptica fuera distinta. La ciudad era vampiresca. En el fondo, a no ser por los estudios de los chicos, y naturalmente, por Julián, acaso a Margot no le hubiera importado quedarse siempre en Can Abadal. «Deberíamos decidir de una vez si somos de tierra o de cemento». Barcelona se estaba motorizando, llenando de coches —por lo visto, la factoría SEAT, y otras factorías, funcionaban ¡y de qué modo!— y todo el mundo andaba agitado comprando a plazos, especialmente, aparatos electrodomésticos. Influencia americana —el pronóstico se cumplía— y aumento del nivel de vida en algunos sectores muy concretos, que sin duda los economistas sabrían localizar.

Margot hablaba de ello a veces con Anselmo, el conserje, mientras inspeccionaban el correo. Se referían al hecho de haber sido él pastor y de que no acabase de adaptarse a la ciudad.

—Pero, vamos a ver, Anselmo. ¿Qué conoce usted de Barcelona para que le tenga esa manía?

—Conocer, conocer… este vestíbulo. Pero en fin, las Ramblas me gustan. Por lo menos allí hay pájaros.

—¿Y el puerto no le gusta?

—Nunca me ha tirado el mar.

—Habrá subido a Montjuich, supongo…

—¿Para qué?

—¡Bueno! Para estirar las piernas.

—Subí una vez con Felisa y tomamos una cerveza. Sí, se ve mucho barullo —el conserje añadía—: Lo que me gusta es la Catedral.

—¡No me diga!

—Claro. Todo aquel barrio es tranquilo.

—¿De modo que le interesan los monumentos?

—Pues… no entiendo de eso. Pero me gusta la piedra vieja. Los castillos en el monte, por ejemplo.

—¿Y el Paralelo? Todos los forasteros van a parar allí un día u otro…

Anselmo se espolvoreaba el uniforme.

—Felisa dice que sale muy caro…

«Deberíamos decidir de una vez si somos de tierra o de cemento». Julián pretendía que la sabiduría —y también se trató ese tema en el Congreso de Urbanismo de París—, podía consistir en acertar en armonizar ambas cosas. Las grandes urbes eran indispensables, aun a costa de perder una buena porción de libertad y de que fuese un error vivir completamente de espaldas a la naturaleza; pero no convenía exagerar. El campo, a la larga, era triste.

—Todo el año en Can Abadal te aburrirías, Margot. Aunque nos llevásemos allí el piano…

—Quizá sí.

Susana intervenía:

—¡Seguro, mamá! ¡Fíjate si me gusta a mí Can Abadal!; pero el campo a la larga fastidia y te pone triste.

Bien, excelente tema para reflexionar. Pero, por el momento, desde el punto de vista de las posibilidades prácticas, era inútil especular sobre la cuestión. El trabajo de Julián, Laureano a la Universidad, Susana en el último curso del bachillerato, Pablito a punto de entrar en el colegio… Todos se encontraban en parecidas condiciones. Ricardo y Merche habían dado una gran fiesta en su finca de Caldetas, con ocasión de la puesta de largo de Cuchy; por cierto, que en ella Alejo se divirtió de lo lindo viendo bailar discretamente a Ricardo con Rosy. Pero vivir allí todo el año sería imposible, incluso pensando en el porvenir de Yolanda, que pronto haría la primera comunión. Y los Ventura, los padres, eran gente asfáltica ciento por ciento. «Torre Ventura», ¡muy bien!: un poco de oxígeno. Pero, como le había dicho a Rogelio el barbero-arqueólogo de Arenys de Mar: «Eso tiene la ventaja de que si quiere usted aburrirse puede hacerlo junto a una piscina».

La ciudad tenía muchos atractivos. Impulsaba las relaciones, el comercio, la cultura, tantas cosas… De no ser por la ciudad ¿podría Julián, que viajaba tanto, acercarse tan a menudo a las oficinas de Cosmos Viajes y decirle a Montserrat, en el mostrador: «Montserrat…, ¿te ha dicho alguien que cada día estás más mona bajo ese uniforme azul?»? Y Montserrat, hija de un modesto maestro de escuela izquierdista, muchacha con vocación de fiscal de la sociedad que la rodeaba, ¿hubiera escuchado con agrado, con halago —caso de vivir en el campo— tales palabras en boca de

Julián? Claro que, tocante a amoríos y resentimientos, la ciudad y el campo debían de estar ya armonizados, debían de ser simétricos y hallarse a la par…

Doble error de Rogelio, en cuestión de pocos días. El primero, no haber querido mover un dedo en favor de dos sobrinos de Juan Ferrer, que trabajaban de conductores de autobuses. Los muchachos, a raíz de una protesta pasiva que tuvo lugar en Barcelona al anunciarse una subida de las tarifas de los tranvías, fueron sorprendidos por la policía repartiendo unas octavillas en catalán, en las que se invitaba a los ciudadanos a una manifestación subversiva. Fueron llevados a la cárcel, y se descubrió que pertenecían al partido comunista. Ni siquiera lo negaron. Dieron el nombre de Rogelio, pero éste rehusó hacer nada, pensando en que su tío, Juan Ferrer, les confesó que todo lo que ocurría en Rusia lo tenía absolutamente decepcionado. Tuvo que ir a verlos entre rejas, y ambos, después de escuchar sus razones, lo miraron con dureza y como diciendo: «Algún día nos encontraremos…». Rogelio se apresuró a escribir a Juan Ferrer contándole llanamente lo ocurrido, y advirtiéndole además de que en cualquier caso era muy dudoso que una intervención suya en favor de los muchachos hubiese sido de alguna utilidad.

Pese a todo, pese a que Juan Ferrer contestó mostrando comprensión, Rosy estimó que Rogelio había cometido un error.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? ¿No comprendes que es peligroso? Eso no te lo perdonan…

Rogelio se arrellanó en el sillón y tomó el periódico.

—¡Tonterías! ¡Como intenten darme la lata…! —De pronto, oyó un ruidito y gritó—: ¡Carol! ¡A ver si acabas de una vez con tu dichosa armónica!

El segundo error lo cometió con respecto a Pedro. Al enterarse de que no quería estudiar arquitectura, en vez de aceptar deportivamente el hecho, como Aurelio Subirachs lo aceptó al oír a Marcos, tuvo, efectivamente, un ataque… de furor. Es decir, se cumplió lo que Pedro le anunció a Laureano, pese a que Rogelio de entrada confesó también que estaba seguro de que, llegado el día, tendría que escuchar «aquella sarta de disparates referidos a Filosofía y Letras».

—Pero ¿qué te has creído, demonios? Años y años trabajando por vosotros y ahora me sales conque nada de nada de lo que a mí y al negocio pueda interesarnos. ¿Qué es eso de la Filosofía, si puedo enterarme? ¿Con qué se come? ¿Y eso de las Letras? Camino fácil para la bohemia, supongo, para estar sin una gorda; a menos, claro, que la familia vaya echando una manita… ¡Sí, ya sé, ya sé que eres inteligente y tal! Coeficiente altísimo, lo sé… Demasiado. Precisamente por eso me duele más aún. Ahí tendrás a Laureano, labrándose un porvenir, y justo al lado de su padre; tú, en cambio, adiós muy buenas… ¡Ah! ¿Y qué has dicho de la Escuela de Periodismo? Los periodistas, mientras no se demuestre lo contrario, son también unos muertos de hambre, ¿verdad? Y pensar que tengo además otros muchos asuntos, y que ninguno de ellos roza ni de lejos lo que tú quieres estudiar… ¡Agencia Cosmos! Menudo

campo… Hoteles, turismo, seguramente, cadenas de salas de fiestas… ¡Bueno, tal vez ahí te veamos alguna noche pidiéndole a un camarero una naranjada… o vodka! Yo qué sé… Mi hijo un filósofo. El hijo de Rogelio Ventura, conocido empresario de la localidad y que maneja algo así como doscientos empleados, hablando solo por las calles, citando a Platón y similares. ¡Para reírse, vamos! ¡Para llorar! No sé si tengo algún medio para impedir que sigas adelante, pero lo pensaré…

Todavía continuó el discurso. Pedro, mutis. Carol, escuchando alelada, pues nunca vio a su padre tan enfurecido. Rosy…, echando de vez en cuando bocanadas de humo directamente a la cara de Rogelio, lo que obligaba a éste a pegar un salto en el sillón y a gritar: «¡Abrid las ventanas, pronto! ¡Aire, aire!». Por las ventanas abiertas daba Rogelio la impresión de que quería tirar a Pedro.

Rosy se puso de parte de su hijo. Fue una escena dura, más dura, si cabe, que la de la cárcel, puesto que tenía lugar entre miembros de la misma sangre. Y sin posibilidad de que nadie tendiera un puente de aproximación, por cuanto Rosy no soportó la brutal reacción de Rogelio, lo que la llevó a no acertar tampoco con el tono adecuado. Claro que era una lástima que a Pedro no le atrajera lo de la construcción, ni lo de la hostelería y el turismo, que no le interesara ni siquiera la economía, que se estaba convirtiendo en una auténtica especialidad. Pero eso quedó claro desde que ingresó en el parvulario y el chico encontraba sin esfuerzo palabras esdrújulas. El mismo Rogelio lo admitió al inicio de la discusión. ¿A santo de qué, pues, semejante rapto colérico?

—Rogelio, eres injusto con tu hijo. Nunca te engañó. Cuando de chico le trajiste de no sé dónde aquel juego de arquitectura con piezas adhesivas no supo qué hacer con él, y en cambio Laureano consiguió filigranas. Su mundo no va por ahí. Eso no se puede modificar. Es como si a ti te hubieran obligado a quedarte en el plantío de Llavaneras. ¿Qué hubieras contestado? ¡A la porra! Pedro es un chico pausado, meditabundo, enamorado de los libros y no de los ladrillos ni de los billetes. ¿Qué vas a hacerle? No me lo matarás, supongo… Yo me he quedado tan tranquila porque ya lo sabía.

—Tú lo sabes siempre todo.

—A veces pareces menos listo de lo que te crees, de lo que se creen tus doscientos y pico de empleados y de lo que Jaime Amades propaga por ahí. Yo, en tu lugar, hubiera ahorrado esta escena familiar, que ojalá sea la última, y le hubiera preguntado: «¿Qué, Pedro? ¿Matricularte de latín y griego?». Naturalmente, a ti el latín y el griego te parten de risa y de llanto, todo a la vez, y crees que los que conocen esos idiomas hablan solos por la calle. ¡Si te dieras cuenta de que existe otro tipo de palacio además de los que tienen los Rothschild! ¡Si te dieras cuenta de que determinados estudios harán falta cada día más, precisamente en una sociedad que se está llenando de neveras, de garajes y de obreros que llevan cascos de distintos colores! Si te dieras cuenta de lo equivocado que estás… Acaso eructaras menos, la vida cotidiana a tu lado fuera más fácil y Carol tuviera permiso para dedicarse a

estudiar la armónica…

Los chicos se retiraron sin decir ni pío. La atmósfera era tan tensa y desagradable que sintieron como un hondo temor de que sus padres llegaran a insultarse, lo que para ellos significaría la desmoralización. Entonces se quedaron solos Rogelio y Rosy, en el enorme *living* de la avenida Pearson, cuyas dos últimas adquisiciones habían sido dos lacas chinas que les colocó el decorador de turno.

¡No estaban acostumbrados a dialogar frente a frente sin la compañía de otras personas! La situación los pilló desprevenidos y de momento no supieron qué hacer. Por fin decidieron lo peor: mirarse. ¡Dios mío! Fue como tirarse a la cara, en vez de humo, ojos, los ojos. Rogelio captó en los de Rosy como un desprecio esencial, apenas amortiguado por un halo de ternura atribuible sin duda a los años de vida en común; por su parte, Rosy captó en los de Rogelio algo que la repelió. ¡Cómo habían cambiado desde que los vio por primera vez, un día cualquiera en Arenys de Mar! Antes eran alfileres, pero despidiendo destellos de jovialidad y benevolencia; después, sobre todo por la noche, cuando ya había bebido él sus buenos *whiskies*, tenían una licuosidad viscosa y brillaban un poco como las baratijas que exhibía Marilín.

No se les ocurrió nada. No se les ocurrió hablar de nada, ni replantearse todo lo dicho buscando un término medio dictado por el sentido común. «Bien, veremos en qué para todo esto…», farfulló Rogelio. Y después de suspirar con rabia, en ademán de autodefensa tomó el periódico y lo abrió cubriéndose la cara con él.

El parapeto. Un parapeto de papel, contra el que pasaron a estrellarse, ¡otra vez!, las bocanadas de humo de Rosy. Ésta, por unos momentos, se hundió. ¿No tendría ella la culpa del desapego de Rogelio y de la creciente animosidad que sentía hacía él? Recordó unas palabras de Margot: «fracasar en el matrimonio es fracasar en la vida». ¿Podía admitir que todo estaba perdido? Su amor por Rogelio no fue nunca pasional, pero sí lo bastante sólido como para sentirse protegida, para convivir amistosamente y para tener un par de hijos…

Nada que hacer. Rosy se dio cuenta de que, hasta nuevo aviso, no haría el menor esfuerzo para vigorizar sus sentimientos. Y la razón había que buscarla en aquel otro hombre que, súbitamente, sé había adueñado de su existencia: Ricardo Marín. En efecto, Rosy, en el período transcurrido desde que inició sus relaciones íntimas con el banquero, se había enamorado de él más y más. Ricardo tenía sensibilidad y su buena crianza se revelaba en mil detalles. El día de la puesta de largo de Cuchy dirigió unas palabras a los asistentes a la fiesta y se ganó a todos con pasmosa facilidad. «El mundo es ahora de Cuchy. Que haga de su vida lo que quiera. Incluso, si le apetece, puede ponernos en ridículo a Merche y a mí. Lo que ocurre es que estamos seguros de que no lo hará, porque las graciosas pecas que tiene en la cara y en los brazos, y el traje que ha estrenado esta noche, en cierto modo son como una especie de alianza o pacto voluntario que la une a nosotros, a sus padres». Ricardo era tan señor que a menudo no necesitaba siquiera pronunciar ese tipo de frases más o menos brillante,

prefiriendo la sonrisa amable, el ademán cariñoso, la discreción. Decían de él que en cuestión de negocios era también implacable. *Chi lo sa?* Tal vez la frialdad de Merche, que no quería perder nunca, hubiera influido en ese sentido.

Mientras Rogelio iba leyendo el periódico, un pensamiento empezó, paradójicamente, a atormentar a Rosy. ¿Ricardo, en sus frecuentes viajes, no se iría con otras mujeres?

La bocanada de humo del cigarrillo de Rosy saltó esta vez el periódico e inundó el rostro de Rogelio. Éste se puso en pie. «¡Abran las ventanas, pronto! ¡Aire, aire!».

Rosy le dijo:

—Cariño, perdona… Están abiertas de par en par.

La Universidad… A la postre, todo el mundo fue a ocupar el puesto que le correspondía. Andrés Puig, a la hora de matricularse anduvo cambiándose de una a otra fila —y no fue el único caso—, como si se tratara de elegir entre varias tiendas iguales. Finalmente eligió Derecho porque le dijeron que era lo más fácil y porque vio en la cola una chica que le gustó.

El último y reciente plan de estudio para los aspirantes a arquitectos exigía un curso previo, selectivo, en la Facultad de Ciencias. Luego, otro año preparando el ingreso. Vencidos estos dos obstáculos, se obtenía plaza en las aulas de la Escuela Superior de Arquitectura.

Laureano, en consecuencia, se matriculó en la Facultad de Ciencias, no sin cierto mal humor, porque entendió que varias de las asignaturas que debía cursar serían una pérdida de tiempo. Sin embargo, pronto el ambiente universitario lo ganó. Constituyó para él un choque de alta temperatura. Observando a sus compañeros se dio cuenta de que el año selectivo provocaba una heterogeneidad un tanto desconcertante. Aparte de eso, al lado de los muchachos serios, de los que estudiaban con sincera vocación, abundaban más de la cuenta los irresponsables, que se pasaban el día en los bares y a los que se veía capaces de empeñar los libros y de imaginar cualquier treta con tal de proseguir sus andanzas teniendo engañadas a sus familias, que a lo mejor con gran sacrificio los habían enviado desde cualquier pueblo.

Convirtióse en un buen estudiante. Ante su asombro, la Geología le interesó; tal vez se debiera a las conversaciones con su madre en Can Abadal. Una chica le dijo que el año de ingreso tenía dos asignaturas huesos: el dibujo lineal y el dibujo artístico. Laureano se encogió de hombros. El dibujo, cualquiera que fuese el género, le parecía «tirado»; la chica comentó: «Pues buena suerte».

El choque fue, más que nada, emocional. Ser universitario era colgarse una etiqueta importante, gozar de una espléndida oportunidad. Pero también fue un choque de léxico, y de léxico como vehículo de expresión de todo un repertorio ideológico. Muchas cosas que en el Colegio de Jesús se admitían sin más, sin discusión, allí eran puestas en tela de juicio cuando no arrinconadas como si fuesen

basura. Ello afectaba especialmente a temas de autoridad —padres, profesorado, etcétera—, de política y, por supuesto, de religión. Se hablaba de todo con una crudeza y un desparpajo que ponían carne de gallina. Una vez más Laureano pensó en Sergio, que en la Facultad de Derecho debía de gozar de una aureola realmente impresionante.

Por el momento trató a muchos chicos y chicas sin intimar con ninguno. Algo le aconsejaba no desertar de su «pandilla» de siempre, especialmente, como es lógico, de Pedro; de Pedro y de Cuchy, por la que bebía los vientos, aun cuando ella no le hacía mucho caso. No obstante, procuró rodearse sobre todo de aquellos que luego estudiarían, como él, arquitectura. Y dentro de ese núcleo la música le proporcionó una nueva amistad: un muchacho llamado Narciso Rubio, pariente lejano —y pobre — de don José María Boix, el cual lo apadrinó en los primeros años del bachillerato. El padre de Narciso Rubio era capataz de obras y soñaba con que su hijo fuese arquitecto; pero Narciso Rubio se pirraba por la música, y por la música moderna. Tocaba la batería, que lo volvía loco. Armaba un ruido infernal. En cuanto Laureano le habló de la rondalla que tenían en el Colegio de Jesús, Narciso Rubio lo convenció para organizar una tuna en la Facultad. «Yo tocaré la pandereta… ¡Tú la guitarra y serás el solista! Menuda voz… Con un poco de suerte, la mejor tuna de la ciudad». No cejaron hasta encontrar cinco compañeros que quisieron secundar su proyecto. Y de golpe y porrazo Laureano se sorprendió capitaneando la agrupación. A base de una colecta consiguieron la indumentaria precisa, con muchas tiritas de colores, el banderín y nombraron incluso una madrina: la alumna que le previno a Laureano de que aprobar las dos clases de dibujo en el ingreso era difícil.

Estudios, pues, y la «Tuna de la Facultad de Ciencias». Lo primero, bien; lo segundo, regular. Al principio, el coro dañaba los oídos. Pero a fuerza de ensayos consiguieron cantar «Clavelitos», «Cielito lindo», «Triste y sola», etcétera, con cierta coherencia. ¡Sí, Laureano tenía una espléndida voz, voz ya varonil! Y sentido del ritmo. Esto último debió de heredarlo de su madre, a quien, por cierto, esas canciones sentimentales emocionaban sobremanera.

—¿Cuándo me dedicáis una serenata, Laureano?

—A final de curso, mamá. Si es que apruebo todo, claro…

Vencida, ¡qué remedio!, la resistencia paterna, Pedro ingresó en la Facultad de Filosofía y Letras, junto con Marcos. Dejó para el año siguiente lo de la Escuela de Periodismo. Refiriéndose a Marcos le dijo a Laureano: «Soy más afortunado que tú. De entrada, ya tengo un eximio colega». Eso. lo dijo porque lo pasaba muy bien con el futuro «pintor abstracto», al que entonces le había dado por dibujar constantemente pájaros tropicales, como si descubriera que éstos eran «manchas» misteriosas pero auténticas, manchas abstractas pero de verdad.

También para ambos la Universidad fue un compromiso, una revolución. Y en

cierto sentido, superior a la de Laureano, por cuanto los cerebros que pululaban por aquellas aulas eran más dados a disquisiciones interminables y por banda que la geometría y que las fórmulas de química elemental.

El léxico era asimismo crudo y cortante, y abundaba la preocupación social. «¿Os habéis fijado? Todavía puede leerse: *Ni un hogar sin lumbre ni un español sin pan*. ¿Cuántos hijos de obreros hay en esta facultad? Creo que anda uno por ahí, perdido…».

Pedro recibió un impacto de los que hacen época. Si su padre hubiese podido leerle el pensamiento, se hubiera alarmado todavía más y se hubiera tragado enteros los cigarros habanos. A los dos meses de haberse iniciado el curso —coincidiendo con las tremendas dificultades con que, en el Colegio de Jesús, se encontraba el padre Saumells, el cual había empezado a decirles a los alumnos todo cuanto sentía—, había sufrido una evolución acelerada. Es decir, estaba donde podía presumirse que estaría al cabo de mucho más tiempo; pero los profesores, el alumnado de los cursos superiores, el clima reinante, en fin, despertaron con peligrosa rapidez lo que él llevaba dentro desde hacía mucho: una suerte de fatalismo… y una evidente frialdad intelectual. Iba en busca de lo profundo: allí lo tenía, sin necesidad, por el momento, de citar a Platón. La tesis de Marcos, y también de Laureano, era que Pedro, sin dimitir de su copiosa dosis de humanismo, iba camino de instalarse en una especie de palco desde el cual contemplaría el discurrir del tiempo y el jadear del prójimo como si presenciase una académica partida de ajedrez. Acaso la escena con su padre lo había marcado, poniéndole al descubierto determinadas limitaciones que los oropeles de la vida solían ocultar. Como fuere, a veces daba la impresión de que las personas eran para él insectos, con la atenuante de que era también frío y objetivo consigo mismo, por lo que estaba convencido de que el primer insecto era él.

Soñaba con escribir, eso por descontado. Escribir era ampliar horizontes. No echaba de menos el tipo de imaginación de Laureano —sacarse de la manga fantasmas—, sino más bien descubrir por intuición lo ocultado debajo de lo minúsculo, como hacían ciertos buscadores de setas. Imaginar era para él encender repentinamente una bombilla en una habitación oscura pero repleta de objetos. No se trataba de partir de la nada, sino del todo. Mucha ambición, claro… ¿Cómo compaginarla con sus habituales dudas, fruto de su escepticismo? Y lo curioso era su tendencia a la acción, como lo demostró aquella noche dominguera en la calle del Carmen —él y Laureano se habían confesado con el padre Saumells—, y en las pullas que le metía a Sergio cada vez que éste, al que cerebralmente admiraba mucho, estaba a punto de exagerar la nota o de hacer demagogia.

Pero escribir significaba estar al día y colocar varias palabras por encima de las demás, según su importancia. Y he aquí que la palabra que más lo vapuleó en la Facultad fue la palabra «libertad». La oía por todas partes, en boca de todos, sobre todo de los que mostraban algún tipo de ambición inteligente. Había que tener libertad para leer cualquier libro, y en España muchos estaban prohibidos. Libertad

para desear el triunfo de Fidel Castro en la heroica batalla que éste estaba librando en Cuba, en Sierra Maestra. Libertad para garrapatear protestas en las paredes, para el amor, para marcharse adonde uno creyera que podía desarrollar su personalidad. En ese sentido ^enteró de que un buen porcentaje de alumnos mayores estaban esperando terminar la carrera para largarse inmediatamente de España.

Pedro entró en todo ese juego con cierta dificultad, como si llevara todavía un lastre, pero admitiendo que la palabra «libertad» era la más hermosa que había oído. Aquello fue para él un paso adelante, decisivo, que lo liberó, que desbloqueó en muchos aspectos su curiosidad. No obstante, tocante a marcharse a donde fuere, dio marcha atrás. Tal vez más tarde se adaptara a la idea. Por el momento, no quería precipitar los acontecimientos y mucho menos que lo pillara el microbio de que su padre le habló, la bohemia, prefiriendo avanzar según le aconsejase el raciocinio. Algún día se marcharía, sin ninguna duda, ¡a conquistar el mundo!, como pensaba hacerlo el soñador Marcos, hijo de un infatigable viajero. Pero, por lo pronto, estudiar, ¡e incluso cumplir el servicio militar cuando la hora llegase! Jurar bandera, aunque maldita la gracia que le hacía comprometerse a ciertas cosas. Luego, sí, el pasaporte y le diría adiós no soló a «Construcciones Ventura, S. A.», sino a ciertas presiones que desde que entró en la Facultad se le hacían cada vez más patentes. Se le había quedado grabado en la memoria un proverbio oriental que decía: «Caminante, lleva contigo siempre dos muletas, que en el momento más impensado puedes necesitarlas».

Pedro tanteó al chismoso Alejo Espriu y éste le informó de que había una buhardilla alquilable en un viejo caserón de la calle del Duque de la Victoria, inmueble que había sido propiedad de la Constructora. Dicho y hecho. Fue a verla y era justo lo que necesitaba. Un garito detestable y sombrío, debajo mismo de la azotea, pero con un par de ventanucos al exterior y que podía acondicionar a placer. La propietaria era una vieja magra, que andaba como a tientas y que por una cantidad ínfima, que aceptó como si fuera un tesoro, se avino a entregarle las llaves por un año. La idea de Pedro era que la «pandilla» no se dispersase, tener un local propio donde reunirse cuando les apeteciera y les fuera posible. Su idea era aglutinar más que nunca el clan, ya que cada cual empezaba a campar por sus respetos.

Dicha idea fue acogida con tal entusiasmo que Pedro se vio desbordado. Laureano dijo: «¡La decoración, a cargo de los arquitectos!». Marcos añadió: «Hala, a convertir esto en un lugar sin ataduras de ninguna clase, donde podamos liarnos a tortazos y reírnos de la Madre Superiora». Andrés Puig añadió: «Y donde podamos hacernos el amor».

No hubo quien detuviera el alud. En poco menos de dos semanas la buhardilla quedó transformada en cuchitril esquizoide. Cada cual aportó su grano de arena, demostrativo de los saltos en el vacío que podía dar la imaginación. Las paredes

quedaron enjalbegadas; se llenaron de recortes de periódico y de trozos de arpillera; fue colgada una reproducción del cuadro *Guernica*, de Picasso —Sergio no tardó en aparecer por allí—, y en una pecera fueron introducidas varias monedas, símbolos de que el capitalismo estaba destinado a naufragar; del techo pendía un columpio; alguien llevó una columna salomónica y sobre ella colocó la cabeza de un negro; una rueda de carro apareció en un rincón; fue prendido un cordel y con dos pinzas fueron colgadas en él unas bragas y un sostén, etcétera.

Cuando la obra estuvo realizada le echaron un vistazo y excepto Susana, que se puso seria y preguntó: «Pero ¿qué es lo que os proponéis?», los demás gritaron: «¡Eureka!». Cuchy aplaudía a rabiar, mostrándose mucho más feliz allí que cuando su puesta de largo.

—¿Qué nombre le pondremos al tugurio?

—Eso: El Tugurio —sugirió alguien.

—No, no, algo con más enjundia.

—¡La libertad!

—Ni hablar —protestó Pedro—. Esa palabra hay que tratarla con muchísimo respeto.

De pronto, Marcos, impresionado por el *sputnik* que acababan de lanzar los rusos, debido al cual todo lo de aquí abajo le producía más náuseas que nunca, propuso:

—¡El Kremlim!

Sin saber por qué, la propuesta fue aceptada por aplastante mayoría.

—¿Cuál será nuestro lema?

Difícilmente, debido a la exaltación colectiva, podían elaborarse tantos disparates en tan poco tiempo. Jorge, el hijo del doctor Trabal, sugirió tímidamente: *Pulvis eris et in pulvérem reverteris*. «¡Fuera, fuera!», se oyó. Andrés Puig dijo: «¡A vivir del cuento!». «Cuidado… —le replicó Pedro—. Creo que no has comprendido bien». Intervino Cuchy: «¡Queremos la hermandad universal!». «¡No me digas!», le contestaron. Las frases brotaban como de un hontanar. Alguien llegó a proponer: «¡Abajo la genética!». Pedro se indignó, y Susana, que siempre estaba pendiente de él, se lo agradeció con la mirada. Estaban desorbitando el asunto. La buhardilla tenía que ser núcleo de la reunión de todos y para todos, incluido el nuevo amigo de Laureano, Narciso Rubio, que en seguida quería trasladar allí sus platillos y su bombo, su «batería», pues en su casa le decían que aquello no se podía resistir. Pero no debían confundir la buhardilla con el manicomio ni dedicarse a fabricar bombas. El lema podía ser: «Somos amigos», nada más. Sencilla y llanamente. Pedro habló con tal autoridad que todo el mundo se sometió; y el lema quedó sellado entre el cuadro de *Guernica*, la rueda de carro y el columpio.

Faltaba únicamente la mascota. El *Kremlin* debía tener su mascota. Al término de otro tira y afloja se eligió una máscara de Carnaval, de cartón, una cara de payaso con la nariz roma y la tez enharinada. En eso Pedro transigió. No, como dijo Andrés, «porque la vida fuese una payasada», sino porque debajo de las máscaras se ocultaba

siempre la verdad, a veces triste, a veces alegre.

Quedaron en que se reunirían allí, fijo, todos los sábados por la noche, amén de otros días extra que se anunciarían de antemano. Bailarían, discutirían sobre lo divino y lo humano y representarían obras de teatro de vanguardia. «¡Bravo!», aplaudió Carol al oír esto último.

Acordaron celebrar la inauguración el día del cumpleaños de Pedro, que estaba al caer. Así se hizo. Acudieron todos, excepto Sergio. Éste había prometido ir, pero no hizo acto de presencia, con el consiguiente disgusto de Cuchy, que continuaba loca por él. Llevaron carteles, un montón de periódicos para quemarlos en señal de protesta, bebidas y varios tocadiscos. Pedro era partidario de dividir las sesiones en dos mitades. Primero, discutir un tema más o menos importante; luego, divertirse. Para aquella jornada el tema podía ser precisamente la Universidad. «No vale —cortó Marcos—. La Universidad es un sueño, y aquí hemos venido a palpar realidades». Hubo aplausos y la sugerencia murió.

Susana puso sobre el tapete comentar los libros que cada uno hubiera leído en el último trimestre. Resultó que apenas nadie había leído ninguno, por lo menos hasta el final. «Basta con los estudios, ¿no?», pinchó Andrés. Fracaso de Susana. Tampoco dio gran resultado la idea de Cuchy, que insinuó hablar de cine. Casi todos habían visto las mismas películas y se pusieron de acuerdo en el acto. Aludióse a la vocación de cada cual, a los conceptos de «democracia» y «socialismo». Esto último brindó mucho más juego, aunque de modo incoherente. Faltaba preparación y marraban con facilidad o se iban por las ramas. Básicamente todo consistía en atacar los valores jerárquicos y se dieron cuenta de que caían en burdos lugares comunes. Entonces comprobaron que no era fácil dialogar con sentido cuando la concurrencia rebasaba la media docena. «¡Ése podría ser el tema!», gritó Trabal. «Sí, pero no para esta noche. És la noche de la inauguración. Creo que ya está bien de tanta seriedad y que ha llegado el momento de pegar los carteles, quemar los periódicos y ponerse a bailar». La intervención fue de Carol y acogida con aplausos casi unánimes.

Los periódicos ardieron —dieron volteretas alrededor—, y acto seguido los tocadiscos empezaron a girar, ¡hasta que se eligió el que sonaba mejor! Era el de Narciso Rubio. Y empezó el baile, ante la decepción de Pedro, que se sentó en un taburete, bajo la máscara de Carnaval.

Todos los chicos se disputaron a Carol, que se encontraba en su elemento. Tanto, que llegó un momento en que la dejaron sola en la «pista» para que diera rienda suelta a su inspiración. Y entonces Carol se convirtió en peonza, en trompo, mientras su negra cabellera despedía destellos. Tan pronto levantaba los brazos, contemplándose la cintura e imprimiendo a ésta violentas sacudidas sin perder el compás, como se doblaba hacia delante y moviendo los hombros hacía crujir los dedos de ambas manos, ora a la derecha, ora a la izquierda, abierta la boca como si le

faltase el aire. La concurrencia la jaleó. Aquello era un incendio más rojo que el de los periódicos. Hasta que Carol, rendida por el esfuerzo, acabó tirándose al suelo, riendo como una loca.

—¡Carol, eres el no va más!

—¡Eres única, Carol!

—No seáis majaderos. «Somos amigos…».

Luego bailaron todos. Cuchy, mientras esperaba a Sergio, bailó con Laureano, aunque un tanto distraída. Carol se repuso en seguida e hizo las delicias de todos, dejándose besar de refilón. En cuanto a Susana, a pesar de que se sintiera algo molesta por el ambiente, no quería pasar por mojigata y bailó también. Lo que ocurría era que su encanto, que arrancaba de su pureza interior, allí era más bien una acusación, excepto para Pedro y para Laureano. Susana tenía, desde luego, mucha más malicia de la que Andrés Puig hubiera podido sospechar, pero a los chicos les imponía un respeto espontáneo. La manera de vestir, las sandalias que llevaba, siempre con algún adorno dorado; su modo de andar, ligera como una gacela y con la cabeza erguida: en los pasos de peatones era siempre la primera en cruzar y los automovilistas la piropeaban. Bailó con todos y todos la trataron con mucho miramiento, sin atreverse a gastarle bromas soeces. Laureano le dijo: «¡Te llaman la casta Susana!». Ella le guiñó el ojo que la rubia cabellera caída le dejaba al descubierto y le contestó: «Tanto mejor».

Carol tenía la ventaja de que se enamoraba todos los días. Aquella noche… le dio por enamorarse de su hermano, de Pedro. Y es que ¡su hermano era para ella un dios! Una mirada severa de Pedro… y Carol dejaba de beber o tiraba en el acto el cigarrillo. «¡Ay, si no nos separase la misma sangre! —le decía, levantándose de puntillas y besándole en la frente—. ¡A buena hora te dejaba yo escapar!». Carol sabía ser muy cariñosa con las personas de su agrado; tanto como podía ser mordiente con las demás.

Después de bailar, todos se relajaron y encendieron muchos pitillos. Sentáronse en el suelo, en posturas casi orientales. Estaban cansados. La broma había durado más de tres horas, las bebidas se habían terminado y súbitamente se adueñó de los ánimos cierto abatimiento.

Hasta que, en un momento determinado, Cuchy miró por el ventanuco, vio una gran luna sobre los tejados y exclamó:

—¡Si lo menos son las tres!

—¡Qué importa! —replicó Andrés.

Pero, sin saber por qué, todos se acercaron al ventanuco y miraron. La luna estaba tan hermosa que se impresionaron. Un misterio amarillento flotaba sobre el barrio, que era antiguo, como las inesperadas reacciones humanas. Apoderóse de todos una evidente fatiga y tuvieron la sensación de que toda la ciudad dormía, excepto ellos.

Decidieron dar por terminada la reunión. Hubo algunas protestas, pero no encontraron eco. «A mí me convendría llegar a casa antes de que amaneciera».

«¡Amigos, que yo vivo muy lejos!». «¡Hala, sí, basta por hoy!».

Andrés, a modo de colofón, mientras le pegaba un manotazo a las bragas que pendían del hilo dijo:

—¡Convendría también escribir un himno!

Poco después todos se marcharon, cuidando de hacer poco ruido en la escalera. Todos… menos Pedro. Pedro, que sería quien pagaría el alquiler, decidió quedarse todavía un rato, sólo.

—Pero ¿no me acompañas a casa? —preguntó Carol, alarmada.

—Laureano —dijo Pedro—. ¿Podéis encargaros tú y Susana de acompañarla? Yo tengo que hacer.

El asombro fue unánime, pero Laureano contestó:

—Desde luego… No te preocupes.

¿Qué tenía que hacer Pedro? Nada, Pensar. Permanecer solo y pensar. No sabía por qué, pero en el último instante la reunión le había dejado mal sabor de boca. Por la inercia de las cosas se había erigido en el capitán de aquella nave loca, y se preguntaba cuál era el propósito de la nave, si aquello tenía o no tenía sentido.

Sentóse en una silla, contemplando la pecera con las monedas dentro. ¿El capitalismo estaba destinado a naufragar? Cosas de Sergio… Protestar era cómodo si no se predicaba con el ejemplo y no se renunciaba a los privilegios. Era jugar con ventaja. Susana fue consecuente diciendo que aquello no le gustaba, ¡pero los demás!

De todos modos, Pedro había oído en la Facultad que las rebeldías obedecían siempre a una motivación profunda, aunque fueran injustas o aunque por lo general no las iniciasen quienes más necesidad tenían de ellas. ¡Narciso Rubio era el más «pobre» de la reunión y fue el único que no propuso ningún lema! Sólo habló de trasladar allí su «batería», porque en su casa no la podían aguantar. ¡Ah, sí! La teoría de los vasos comunicantes era un hecho entre los descontentos de arriba y de abajo, con la sola incógnita de quién daría el primer paso.

En el momento que el muchacho se disponía a concretar contra qué se rebelaba él personalmente, entró Sergio. Llamó a la puerta, que había quedado entreabierta, y entró. Con su sahariana de siempre, con su pelo cortado a cepillo, con su gran cabeza bien incrustada entre los hombros, con sus zapatos de goma, silenciosos. Probablemente no llevaba reloj. ¿O sabía siempre la hora sin necesidad de consultarlo?

—¡Caramba, Pedro! No esperaba encontrarte a ti solo… Aunque al subir me extrañó no oír ruido.

—Se han marchado hace diez minutos.

—Lo siento. Me retuvieron más de la cuenta. ¿Y qué haces aquí?

—Pensar…

—Eso es muy peligroso.

—Lo sé.

—Sobre todo, hacerlo por cuenta propia. —Miró en torno—. Y en un marco así.

—Si no fuera tan tarde, podrías ayudarme…

—Por mí no tengo prisa.

—Estoy cansado.

—Se te nota.

—Me iré.

Sergio, que no fumaba, se quejó de que aquello apestaba a tabaco, a mezcla de humos de todas clases.

—Ése es el gran desahogo de muchos: fumar.

Pedro lo miró de hito en hito.

—¿Y el tuyo cuál es, Sergio?

Éste sonrió, lo que hacía pocas veces.

—Yo no tengo de qué desahogarme. ¿No comprendes que los hijos de papá lo tenemos todo resuelto?

Pedro hizo una mueca.

—Cuando entraste andaba pensando en eso precisamente.

—Claro. Es el huevo de Colón.

CAPÍTULO XXV

La situación del padre Saumells en el Colegio de Jesús era realmente enojosa. El clima general entre los profesores del Colegio con respecto a la marcha del país crecía en optimismo, al compás de los acontecimientos. Algo así como lo que le ocurría a la Agencia Cosmos. El director, padre Tovar, que tenía voz de orador, admitía algunas deficiencias, atribuibles en gran parte al boicot internacional, pero las consideraba harto compensadas por las facilidades que encontraban en la divulgación religiosa. «Nunca España había vivido una época comparable en ese terreno». El padre Saumells estimaba que la tónica de dicha expansión era contraproducente, impropia a todas luces, porque se centraba más que nada en las prácticas externas. Religión fetichista, como solía llamarse, basada en procesiones, jubileos, indulgencias, «misiones», súplicas implorando la lluvia, veneración de reliquias y obsesión por el sexto mandamiento, por los escotes y los besos en las películas.

El padre Saumells, a ratos, sufría mucho, porque lo embargaban los escrúpulos. Y es que, en el fondo de su corazón, declaraba responsables, por lo menos en un porcentaje muy elevado, a las grandes jerarquías eclesiásticas españolas, las cuales por lo visto tampoco se enteraban de nada de lo que ocurría alrededor. Desde el fin de la guerra —él lo vio en Tarragona— se adscribieron al triunfalismo. En vez de dedicarse a ayudar en todos los aspectos, y sin que hubiera lugar a dudas, a los que perdieron, a los humildes y a los pobres —el Evangelio hablaba claro al respecto—, se habían aliado con los vencedores. ¡Problema de conciencia formular una acusación de tal calibre! Pero los hechos no dejaban mentir. En la prensa, inevitablemente, las fotografías de un general al lado de un obispo. Los colegios religiosos de enseñanza gozando de toda clase de prebendas, y algunos de ellos, incluido el suyo, acumulando riquezas como cualquier Sociedad Anónima en régimen de prosperidad. Una coalición Estado-Iglesia o Iglesia-Estado que el hombre, para no andarse con rodeos, calificaba de contubernio.

El caso es que, pese a las advertencias previas del padre Tovar, desde el inicio del curso el padre Saumells empezó a soltar en clase frases que se clavaban como dardos en los atónitos oídos de los alumnos. Y lo mismo en las pláticas en la capilla y en los contactos con las personas que iba conociendo.

Poco podía durar aquello, máxime teniendo en cuenta que a las quejas del claustro se unieron las de muchos cabezas de familia. El Padre Provincial lo llamó para formularle la acusación concreta: en vez de limitarse a enseñar, como era su obligación, se dedicaba a hacer política, y un tipo de política que gustosamente habrían rubricado los prohombres de la República, el resultado de cuya gestión era de todos conocido. Julián estaba indignado con él y contento de que Laureano hubiera dejado ya el Colegio. Rogelio, que se lo tomaba medio en broma, apodándolo *el anarquista*, decía siempre que, comparado con el padre Saumells, su amigo Juan

Ferrer, dueño del Hotel Catalogne, era como un canónigo de la catedral.

Lo que más desconcertaba al religioso era que ni siquiera saliesen en su defensa las familias de los alumnos que estudiaban en el Colegio becados o gratis, sin pagar un céntimo: familias de funcionarios modestos, o de obreros que trabajaban catorce horas diarias, o que habían estado en la cárcel. No daban fe de vida. O no se enteraban de nada, o tenían miedo, o estaban resignados. Ninguno de ellos decía «esta boca es mía».

—¿Gimo van a decirlo —señalaba el doctor Beltrán, uno de sus pocos confidentes— si la boca no es suya? Primero se la taparon, y ahora se han acostumbrado ya… No cuente con ellos, padre Saumells. Aceptarán sin protestar todo lo que les echen, y más.

A su vez, el padre Comellas, profesor de cultura física, que estimaba mucho al padre Saumells, le decía:

—¿Qué pretende usted? ¿Siendo peso pluma noquear a un peso pesado?

El padre Saumells se llevaba a la boca un caramelo de malvavisco.

—No pretendo nada, padre Comellas. Simplemente, usted sabe que el cristianismo no es lo que se anda predicando por aquí, que el cristianismo es otra cosa muy distinta. Y además, usted sabe igualmente que el mundo, sociológicamente hablando, marcha en otra dirección. Y que los muchachos, los jóvenes, lo intuyen, aunque de momento no lo parezca.

¡Bueno, tal vez en eso llevase razón el religioso llegado de Alemania! En el Colegio —y ése era el punto de referencia más inmediato—, su aureola crecía por días. Aparte de que los alumnos afirmaban unánimemente que, desde el punto de vista pedagógico, en todo cuanto atañese a la manera de enseñar, el padre Saumells era muy superior al resto de los profesores, sentían hacia él una atracción especial. Presentían que había en su figura algo auténtico, fuera de lo común. Por lo demás, dicha aureola se intensificó el día en que alguien dio la noticia de que el religioso, por razones ignoradas, tenía la intención de dejar el Colegio e irse a vivir con los obreros en cualquier barrio próximo a Barcelona, como, por lo visto, habían hecho algunos sacerdotes «en el extranjero». Ni que decir tiene que todo ello se tradujo en un hecho concreto: gran número de alumnos abandonaron el confesionario del padre Sureda, que anteriormente se veía abarrotado, y acudieron a confesarse —como desde fuera lo habían hecho Laureano y Pedro— con el padre Saumells. Encontraban en éste más comprensión, más tolerancia, menos amenazas. Por si fuera poco, apenas si les imponía penitencia…

Beatriz, que había conocido al religioso, sacando de él una impresión resueltamente negativa, comentó:

—¡Natural! Es lo más sencillo: dar facilidades…

Pero no había nada sencillo en la vida del padre Saumells. Las decisiones que se tomaron contra su postura fueron precisas: lo amordazaron. Las «órdenes superiores» fueron tajantes. En clase, ceñirse estrictamente a los textos de enseñanza. En la

capilla, hasta nuevo aviso, se abstendría de toda plática, limitándose escuetamente a la lectura de los textos sagrados. En las oraciones de la misa, se guardaría muy bien de saltarse bonitamente las preces «por la salud y prosperidad del Jefe del Estado»; etcétera. Cualquier transgresión de dichas órdenes acarrearía sobre él medidas disciplinarias de mayor cuantía. ¡Y por supuesto, de momento quedaba desestimada su petición de abandonar el Colegio e irse a vivir con los obreros! La fuerza de los religiosos radicaba precisamente en la vida comunitaria, en la próxima y recíproca ejemplaridad.

Algunos alumnos se sintieron decepcionados. «Ha chaqueteado, como todo el mundo». Otros, conocedores de lo ocurrido, lo defendían. «¡No seáis idiotas! ¡Se lo han prohibido! ¿No se le nota en la cara lo triste que está?».

Era cierto. El padre Saumells estaba triste, lo cual no significaba que se resignara a cruzarse de brazos. No iba con su temperamento. De modo que, «en espera de que los tiempos cambiasen», se las ingenió para ser útil. ¿Cómo? En el único campo en el que nadie le ponía dificultades y que consideraba importantísimo: la orientación vocacional de los alumnos… El padre Saumells estimaba que uno de los tumores malignos de la sociedad española era ése: pocas personas ocupaban en ella el lugar que les correspondía, sin exceptuar al señor arzobispo y al padre Tovar. Nadie, ni el Estado, ni los profesores, ni las familias, se ocupaba en analizar metódicamente las facultades de los chicos. El porvenir de éstos se decidía casi siempre por rutina, por improvisación, porque «parecía que la cosa iba por ahí», y desde luego, a tenor del clasismo imperante. Los ricos, a estudiar, a estudiar lo que fuera, aunque odiasen los libros; los demás, por talento que tuviesen, prácticamente sin otra opción que dedicarse a oficios manuales. «Así van las cosas, padre Comellas. Vivimos rodeados de químicos y abogados que deberían ser carpinteros o electricistas, y de guardias de tráfico que deberían ser médicos o ingenieros. Hablando en plata, ¡una canallada!».

Cabe decir que la idea le vino al padre Saumells a través de un ejemplo muy concreto. Un muchacho de San Adrián, que se llamaba Miguel y cuyo padre, maquinista de la RENFE, cobraba un sueldo mísero, estudiaba el último curso del bachillerato y en su casa ya le habían anunciado que luego tendría que ponerse a trabajar. Desgarbado, feo, pero dotado de una memoria prodigiosa y loco por las matemáticas, Miguel fue a confesarse con el padre Saumells y, después de recibir la absolución, le contó lo que le ocurría y a continuación le espetó a bocajarro: «Usted es el único que puede ayudarme, padre… ¡Si no puedo continuar estudiando, me mataré!».

El padre Saumells se quedó estupefacto. Recordaba los ojos de Miguel: parecían dos bellas metáforas. «¡Te prohíbo que hables así, Miguel! ¡Lo que has dicho es horrible!». El chico sollozaba. «No me importa. ¡Si no puedo estudiar, me mataré!».

El padre Saumells se prometió a sí mismo hacer los imposibles para resolverle la papeleta a aquel proyecto de hombre o de muerto que tenía a sus pies. Y a partir de ese momento empezó a hacer gestiones similares para otros muchachos que se

encontraban en situaciones parecidas. Vale decir que encontró personas dispuestas a echarle una mano, entre ellas Julián. A raíz de eso, y para trabajar con rigor, propuso en el colegio —y consiguió que se lo aceptaran— efectuar unos *tests* psicotécnicos para calibrar las posibilidades de cada alumno. ¡Cuántas sorpresas! ¡Y cuánta ignorancia, también, y cuánto egoísmo, por parte de algunas familias, que con un poco de esfuerzo hubieran podido salvar una vocación!

En marcha ese mecanismo, no quedó satisfecho todavía. Enterado de que en la barriada de Miguel, en San Adrián, no había iglesia, pidió permiso a los superiores —y se lo otorgaron— para adecentar allí un almacén de trapos e ir los domingos a decir misa para los vecinos y a confesar…, si alguien se tomaba la molestia de arrepentirse de algo.

¡Lo consideró un triunfo estimulante, pese a que, de momento, los vecinos no respondieron a su llamada como él imaginó! Pero era un ensayo. Y Miguel, bajito, activo y rebosante de gratitud, lo ayudaba cuanto podía. Se convirtió en su sacristán, en su monaguillo, en su enlace con el vecindario, y consiguió que su padre, a raíz de aquello, mientras trabajaba en la RENFE redujese su ración diaria de blasfemias.

Esas cuñas del padre Saumells tuvieron sus repercusiones. Laureano y Pedro, ganados por la curiosidad, quisieron visitarlo en la barriada. El religioso les mostró la «iglesia», aunque fue muy parco en los comentarios. No así Miguel, que con las llaves del templo en la mano se sentía rey en su feudo. «Tiene doscientos metros cuadrados y el techo rebasa los cuatro metros». «Mi madre tarda más de una hora en barrer desde la entrada al presbiterio». «El domingo pasado repartimos once comuniones».

Pero lo que más desconcertó a los muchachos fue recorrer el barrio. Viviendas raquíticas, chozas, niños desnudos, mujeres haciendo cola en las fuentes, escombros por todas partes. En la tapia del cementerio había inscripciones groseras. Pasaron delante de una taberna que ponía «La Chata» y Miguel les dijo: «Mi padre, cuando no está de servicio, viene aquí a jugar al tute». Una fábrica de productos químicos despedía un hedor tan fuerte, tan repelente, que Laureano y Pedro, mientras sacaban el pañuelo para taparse la nariz, exclamaron: «¡Qué barbaridad! Pero… ¿hay alguien que puede trabajar ahí?». Esta vez el desconcertado fue Miguel. «No comprendo. ¿Qué os pasa? ¡Yo no huelo nada!». «¿Cómo? ¡Si es asfixiante! Vámonos…». Miguel abrió los brazos en cómico ademán, en el momento en que apareció un gitano tocando un organillo y todos los churumbeles del barrio se congregaron tumultuosamente en torno.

Laureano y Pedro, al otro domingo, repitieron su visita a San Adrián, a la hora de la misa. Y ocurrió lo inevitable: Julián se enteró. Y supuso que se trataba de una estratagema del padre Saumells para «enfrentar a los hijos de la opulencia con los hijos de la pobreza». Laureano le contó la verdad —la iniciativa fue suya y de Pedro, no del religioso—, y Julián le dio crédito.

Pero ello, junto con las sesiones del *Kremlin*, que al arquitecto no le hacían pizca

de gracia, motivaron la primera fricción un poco seria entre él y su hijo.

Dialogaron en el cuarto del chico. El arquitecto se dio cuenta en seguida de que se las había con un «hombrecito» con ideas propias, fruto sin duda de su contacto con la Facultad; y Laureano envidió a Pedro, al que su padre, Rogelio, lo dejaba completamente tranquilo.

—Si te apetece visitar al padre Saumells me harás el favor de ir a verlo al Colegio y no a ese almacén de trapos convertido en iglesia. ¿Qué se te ha perdido allí? Ahora sabes de qué se trata… Yo lo ayudaré en eso de los estudios de los muchachos; pero esas barriadas obreras me las conozco mejor que él. Se llevará la sorpresa de su vida. Todo el mundo le pedirá favores hasta que lo estrujen; y en cuanto no pueda conseguirles lo que le pidan, le volverán la espalda.

Laureano no se impresionó como Julián esperaba.

—Me parece que eso ya lo sabe el padre Saumells, porque se queja de que la gente no le responde como desearía. Pero él va allí a hacer lo que pueda, y se acabó. De momento, quiere conseguir que borren las inscripciones grosera*, de la tapia del cementerio.

—¡Je! Las escribirán de nuevo. Y peores.

—Las borrará otra vez.

—¡Bien, no discutamos bobadas! Ya me has oído. Se acabó lo de San Adrián. Y en cuanto al *Kremlin*, vamos a suponer que el nombre lo habéis elegido en broma… No voy a prohibirte que os reunáis en una buhardilla; pero cuidado con armar escándalo. Y cada vez que celebréis una de esas ceremonias, quiero que estés en casa a la hora de salida de los espectáculos. Y conste que te hablo en singular porque parece que Susana no se siente allí muy a gusto.

—Susana puede hacer lo que quiera. Yo lo paso muy bien y hasta ahora, que yo sepa, no hemos armado ningún escándalo. Charlamos, bailamos, la juventud… —Laureano se mordió el labio inferior—. Papá, ¿por qué no me tienes un poco más de confianza?

—¿Qué entiendes tú por confianza?

—¡Yo qué sé! Ya no tengo la edad de Pablito, ¿no crees?

—¿Y quién te ha dicho lo contrario? Pero me preocupan tus estudios… y tu manera de pensar. No tengo mucho tiempo para controlarte y quiero ver las cosas claras.

—Creo que las cosas están clarísimas.

—Entonces, ¿qué quieres? ¿Más libertad todavía?

Laureano se calló. La palabra «libertad» lo sumió en un silencio total, porque, lo mismo que Pedro, también él se había enamorado de las ocho letras que la componían. Por fin dijo:

—Me conformaría con tener libertad… a secas. —Cambió el tono de la voz—. Ya va siendo hora, ¿no te parece?

Julián lanzó un exabrupto.

—¡Oye! ¿Qué mosca te ha picado? ¿He de entender que me estás dando órdenes?

—No he pretendido tal cosa. Me has preguntado y te he respondido: eso es todo.

Enrojeció Julián. Apretó los puños. Como siempre, se sentía muy seguro de sí.

—¡Libertad! ¡Ya salió la palabrita! ¿La aprendiste del padre Saumells… o de Sergio?

Laureano se enfureció, aunque consiguió disimular.

—Libertad no es una palabrita… Es algo que uno de repente desea… y ya está.

—¡Pues tendrás que esperar un ratito todavía! ¡Y basta de majaderías!

El resto del diálogo fue tenso y breve. Julián salió del cuarto de su hijo dando un portazo y Laureano se sorprendió a sí mismo haciéndole un feo ademán. ¡Julián estuvo a punto de darse cuenta! Y se fue pasillo adelante barbotando: «Libertad, libertad…».

Margot no tardó en enterarse de la escena. Se decidió a intervenir, porque entendió que otros brotes sucederían al que acababa de producirse. Sin embargo, quería asesorarse con alguien. ¿Con quién? No había más que el padre Saumells. De hecho, en todo lo que no fuera política, éste ejercía una intensa influencia sobre Julián, y sobre Laureano de una manera absorbente. Margot supuso que el padre Saumells sabría encuadrar el asunto en sus límites precisos.

Le pidió audiencia y el religioso se la concedió en seguida.

—Padre Saumells… ¡Te juro por mi honor que no vengo a hablarte de lo mal que está el servicio doméstico!

—¡Por Dios, Margot! ¿Por qué dices eso? Estoy a tu disposición.

Entonces Margot le contó lo ocurrido entre Julián y Laureano. Y acto seguido le formuló la pregunta clave, la pregunta que desde hacía tiempo le ocupaba la mente.

—Padre Saumells, el mundo marcha muy de prisa… ¿Estamos seguros de que sabemos educar a nuestros hijos?

El padre Saumells, al oír esto, sonrió… Margot decía que eso ocurría a menudo con los religiosos: ante los problemas de familia, sonreían. Lo que no significaba que no se los tomasen en serio. El padre Saumells, por supuesto, tuvo una expresión que denotaba elocuentemente que iba a tomarse muy en serio lo que le había dicho Margot.

—Margot, voy a hablarte con absoluta franqueza… La cuestión que me planteas es fundamental, y lamento anticiparte que no podré ofrecerte ninguna solución satisfactoria… Bien, para centrar el asunto, te diré que ya no se trata de saber o no saber educar a los hijos. ¿Qué quieres hacer ante una decoración como la del *Kremlin* que me acabas de describir? Tú misma lo has dicho: el mundo marcha muy de prisa. Antes no había más que columpios y máscaras de Carnaval; ahora hay bragas colgadas de un cordel… y, lo que es más importante, símbolos sociales. ¡Puedo garantizarte que ni Julián ni yo, cuando la guerra, podíamos imaginarnos esto!; y

seguro que cuando en París viste aquellos ataúdes y aquellas calaveras estabas muy lejos de sospechar que pronto los equivalentes te tocarían de cerca, ¿verdad?

Margot hizo una mueca. Recordó lo que el corazón le dijo en la *boîte La Fin du Monde* con respecto a Laureano. Se acarició la cabellera de forma que delató su preocupación.

—De todos modos, padre Saumells, ¿qué podemos hacer? ¿Dónde terminan nuestras posibilidades?

El religioso empezó a acariciarse las falanges de los dedos de la mano izquierda.

—Creo que vuestras posibilidades terminan donde empieza el ambiente que rodea a vuestros hijos, ¿comprendes? Naturalmente, los consejos en la intimidad, y, más que eso, los buenos ejemplos en casa, continúan teniendo mucha importancia. Sin embargo, hay que partir de una base que antes no existía: de pronto, hoy irrumpe en el espíritu de los chicos un tercer elemento, que es el ambiente, lo que se huele por la calle, y da al traste con todo. ¿Comprendes lo que quiero decir? Según el temperamento, claro está. Susana, por ejemplo, no reaccionará nunca como Laureano, con lo cual no quiero decirte que Susana no pueda plantearte problemas. ¡A lo mejor te los plantea un día más graves aún, precisamente por su sentido de la responsabilidad!

Margot parpadeó.

—No te entiendo, padre Saumells…

—Está claro, Margot… Tus hijos —por cierto, que siempre se me olvida decirte que los quiero mucho—, no son ni mejores ni peores que los demás… de su clase social. ¿Entiendes ahora por dónde voy? Los hombres como tu marido, como Rogelio, como tantos otros, están creando un tipo de riqueza que os afecta primero a vosotras, las mujeres, luego a vuestros hijos y, colectivamente, a toda la sociedad. Están elaborando un tipo de sociedad que, ¡ya lo sabes!, a mí —para usar una frase del padre Tovar— «me desagrada positivamente». Entonces ocurre que vuestros hijos viven desfasados de la realidad. ¡Si hubieras visto a Laureano y a Pedro en San Adrián, tapándose la nariz ante una fábrica de productos químicos! Sólo conocen el mundo por un agujero, ¿comprendes?, y los agujeros son muchos. En cuanto se salen de su órbita —del barrio en que viven, del «colé», etcétera— reciben una descarga que los hace capaces de cualquier cosa. ¡La Universidad, por ejemplo! Allí es donde han oído la palabra libertad…

—Continúa, por favor, padre Saumells…

—No sé si he avanzado algo… ¡Ah, si supiera explicarme con precisión! ¿Quieres un caramelo?

—No, muchas gracias.

—Entonces, yo tampoco lo tomaré… Pues, volviendo al asunto, el problema es complejo, porque también ahí se ha introducido un elemento nuevo: los débiles se rebelan contra los fuertes, como queriendo hacer verdad lo de «los últimos serán los primeros». —El padre Saumells cambió de tono de voz—. ¿Tú lees el periódico,

Margot?

—Sí… —contestó ésta, pillada de improviso—. Lo más importante, por lo menos…

—Entonces, habrás visto lo que sucede: los países subdesarrollados y los países explotados han dicho basta. Te habrás enterado de lo de los guerrilleros de Kenia, ¿verdad? Pero lo verdaderamente importante es la victoria de Fidel Castro en Cuba. ¡Oh, sí, sí, los débiles han dicho basta y a lo mejor tienen más suerte que yo con mis superiores…! Esto, puedo asegurártelo, invierte los términos de la cuestión, porque afecta a todos los órdenes de la vida, lo que hace que los mayores continuemos considerando como normales muchas cosas que empiezan a dejar de serlo, y, sobre todo, que habrán dejado de serlo por completo dentro de unos pocos años… ¡Pongamos, cuando Pablito tenga la edad de Laureano!

Margot bebía las palabras de su interlocutor, pero estaba impaciente.

—¿Podrías ponerme un ejemplo, por favor?

—¿Un ejemplo…? ¡Pse! Eso depende de muchas circunstancias, del clima histórico de cada país, de las formas culturales… El meollo de la cuestión es la protesta, ¿comprendes? ¡Métete esto en la cabeza, Margot!: la protesta. Vuestros hijos han empezado a protestar… De momento, puesto que son tan jóvenes y no saben de qué se trata, engullen unos cuantos *slogans* primarios, pero la intención es profunda, porque intuyen que hay algo injusto en el engranaje que hasta ahora ha estado funcionando y que nosotros hemos considerado como de «sanos principios». En Francia, por supuesto, ya que los intelectuales siguen vigentes, el existencialismo, ya lo viste. En Alemania, os lo he contado muchas veces, el gamberrismo, los instintos, la acumulación de bienes materiales, pero también el ansia de saber… En los Estados Unidos, la violencia… En España, por las razones que también conoces sobradamente, ya sabes cuál es mi criterio, y ahí va el ejemplo que me pedías: aquí vuestros hijos pasarán de la indiferencia y los tebeos a formularos preguntas tan elementales como: «Mamá, ¿por qué eres tú la señora y Rosario la criada?». ¡Oh, no, no te escandalices! Mejor que pienses en lo que podrás responder… Margot, prepárate… Lo que han cambiado son los signos. ¡Ah, con otra particularidad referida a España!: deberías intentar convencer a Julián, aunque ya sé que eso es imposible, de que los jóvenes no quieren oír hablar de nuestra guerra… Para nosotros fue crucial; para ellos es algo inexistente y que les produce un tedio infinito.

Margot reflexionaba. Todo aquello se le antojaba certero… Sin embargo, ¿qué conclusión cabía sacar? ¿Qué los «sanos principios» ya no eran sanos? En ese caso ¿qué otros valores había que proponer a cambio? Porque no iba a pretender el padre Saumells que renunciaran a vivir en General Mitre y se fueran al Barrio Chino… o a San Adrián. ¡Ay, los libros de pedagogía que ella se leyó!

—Creo que voy siguiendo tu pensamiento, padre Saumells… Además, siempre te lo dije: desde que me case me asusta ese futuro que se avecina sin remedio… Ahora bien, ¿por qué me dijiste que po podrías ofrecerme ninguna solución? ¿Cómo es

posible que no puedas decirme: debéis hacer esto, debéis hacer aquello…?

El padre Saumells, ¡entonces sí!, sacó una cajita idéntica a la que regaló a Susana y después de un ademán pidiendo permiso se ofreció a sí mismo un caramelo de malvavisco.

—Margot…, cuando te dije que lamentaba no poder ofrecerte ninguna solución, me refería a una solución infalible. Ahora bien, ¡claro que podéis hacer algo! O intentarlo, por lo menos. Pero sin la menor garantía de éxito, entiéndeme… Me refiero, ¡ya lo habrás supuesto!, a la religión… Sea lo que sea, pase lo que pase, antes que vuestros hijos se vayan de vuestro lado debéis procurar inculcarles en el alma la idea de que sin una fe trascendente todo está perdido… Pero… ¿qué voy a contarte sobre esto, si sabes tú más que yo? Lo único, quizá, machacarles con valentía que la religión no es lo que se lleva, y que el cielo me perdone, en el Colegio de Jesús y similares… ¡Eso son supersticiones… y finanzas! Una religión viva y adulta, centrada en los Evangelios que yo intentaba explicarles… Es decir, en la idea de Cristo, en un tipo de iglesia sacrificada y austera como esa que Julián ha estado proyectando y cuyos bocetos me enseñó en su taller… ¡Lo malo es que eso es muy difícil, Margot! Entre todos, hemos desprestigiado a sus ojos la palabra «religión»… De eso sabe algo el hijo mayor de Aurelio Subirachs, el sacerdote, que ya debería haber cantado misa, pero que no lo autorizan porque salió del Seminario echando chispas… Pero, en fin, te repito que ni aun convenciéndolos emocionalmente hay ninguna garantía de éxito. La ciencia y la técnica, que tanto encandilan a tu marido, producen malas digestiones, cuando, bien aplicadas, podrían ser manifestaciones gloriosas, y se lo llevan todo por delante. Ésa es la realidad, Margot: prepárate… Laureano ha levantado el índice; Susana, todavía no… ¿Qué ocurrirá? ¿Y qué ocurrirá, repito, con Pablito? Dicen que ahora van a instalar, y ya era hora, la televisión… ¡Un mundo nuevo! Imágenes, información, el hombre en medio, vapuleado como un pelele… A tus hijos, inmersos en la sociedad de que te he hablado, lo mismo puede darles por la frivolidad, por pediros un coche y mucho dinero para sus gastos, que adscribirse, fichar, como diría Rogelio, por la juventud consciente… ¡En este último caso, su rebeldía, su protesta, será todavía mayor! Porque una cosa hemos de reconocer, Margot: nuestra experiencia ha fracasado. El mundo que les hemos legado es maquiavélico y cruel, y tiene que desmoronarse como cualquier edificio mal construido.

Margot se quedó estupefacta. Recordó las preguntas que Laureano y Susana hicieron cuando la mujer vecina de Can Abadal se ahogó en el pozo. Y Pablito, que estaba saliendo, efectivamente, un diablillo autoritario y respondón, aprovechándose de los mimos para procurar adueñarse del hogar. Sí, desde luego, el camino era espinoso… ¿De dónde, Señor, sacar tantas fuerzas? Margot se sentía un poco mareada. Claro que era tenaz…

—Padre Saumells… ¿qué debo hacer? Me siento abrumada…

El religioso miró a Margot con rara intensidad.

—Lo que te he dicho: lo que puedas… ¡Si hubiese muchas mujeres como tú, las cosas no hubieran llegado a ese extremo…!

Margot movió la cabeza.

—No sé por qué dices eso… ¡Ni siquiera he sido capaz de vencer la indiferencia religiosa de Julián!

El padre Saumells negó con energía.

—Margot, voy a decirte una última cosa: tú no tienes la culpa de eso… Julián, aparte de que nació en Granada, en un caserón que ya conoces, se está deshumanizando un poco con esos Bancos de mármol y tal. Pero recuerda un consejo, porque parece que no hago más que echarte jarros de agua helada: no intentes abarcarlo todo. Por encima de todo, Dios dirá. Y de momento, recuerda que la vida se compone de pequeños detalles. Lo primero que debes procurar, pues, al llegar a tu casa, es conseguir la reconciliación entre Julián y Laureano.

—¡Son muy orgullosos!

—Tú también… Luego, le dices de mi parte a Laureano que eso de la libertad a secas es una tontería, que un universitario debe saber concretar… En cuanto a Julián, convéncelo por tu cuenta de que su hijo tiene razón: la libertad es algo que uno de repente desea… y ya está. Y que no tiene más remedio que aguantarse.

Margot sonrió.

—De acuerdo. Lo intentaré…

La mujer se levantó. Parecía haberse recuperado. El padre Saumells se levantó a su vez. Entonces, ella, sonriendo, le dijo:

—Padre Saumells… ¿y qué debo hacer para que Julián y tú os reconciliéis también? ¡Siempre andáis a la greña!

El religioso contestó:

—Aquí no vas a tener problema… Tal como van las cosas, en España un hombre como él puede llegar hasta a ministro. Y el día que eso ocurra, haré como hacen nuestros obispos: me pondré a sus pies.

CAPÍTULO XXVI

CONFIRMÁNDOSE LOS RUMORES, instalóse la televisión en España, primero en Madrid, luego en Barcelona, luego en Sevilla, hasta que los repetidores cubrieron toda la red nacional. Un verdadero regalo de Reyes, que Jaime Amades hubiera podido anunciar como «el salvavidas del país», o, en un plano más amplio, como «el mundo entero dentro de casa». El juguete invadió los hogares. Ante los escaparates de las tiendas del ramo se arremolinaban los curiosos, y en muchos bares y cafés, desde el exterior veíase a los clientes con el vaso en la mano y la mirada fija en un punto alto, donde estaba situado el televisor.

Rogelio y el conde de Vilalta fueron de los primeros que adquirieron un aparato. «El mejor y el de pantalla más grande». Pero con rapidez vertiginosa brotaron en tejados y azoteas las antenas, antenas metálicas y en forma de cruz, auténticos pararrayos contra el tedio y la pereza mental. Aquello era un milagro, y los milagros congregan multitudes. Adquirieron televisión gente que apenas si tenía para comer. Las ventas a plazos recibieron otro impulso esperanzador. Algunos inmigrantes relacionados con Julián se desprendieron de parte de su ajuar para obtener un aparato. Las siglas de Televisión española eran *TVE* y pronto se hizo popular el dicho: *Te Veo Empeñado*.

Aquello iba a ser la caja de sorpresas. Para los seres solitarios, una excelente solución. Gloria, por ejemplo, al salir de la tienda se pasaba sus buenos ratos viendo el desfile de imágenes, y lo mismo cabía decir de la propia Beatriz y su criada Dolores, y de Carmen, la hermana del doctor Beltrán, encantada porque salían muchos dibujos animados cuyos protagonistas eran animales. El doctor había reflexionado lo suyo antes de adquirir un televisor, porque supo que el lavado de cerebro a través de la selección de noticias sería escalofriante; pero no podía negarle ese obsequio a Carmen, que hasta entonces sólo había podido lloriquear con los seriales radiofónicos. Por cierto que el doctor pronto informó a sus amistades de que en algunos manicomios se daban casos de enfermos que se excitaban increíblemente ante la televisión, en tanto que otros, por el contrario, se amansaban que daba gusto. Claudio Roig tuvo en su propio hogar la prueba de que aquello era cierto. La pareja de «viejecitos» a su cuidado se dividió: ella, tranquila, sonriente; él, pegando de repente puñetazos en la mesa.

El «mundo nuevo» de que habló el padre Saumells lo fue para todos, con toques especiales para los niños. Yolanda, en casa de Ricardo Marín y Merche, se tendía boca abajo en la alfombra, con las manos en la barbilla, y se requerían unos buenos azotes para mandarla a la cama. Un hijo de Pepe Morales, el que fue profesor de guitarra de Laureano, arrinconó juegos y libros y dijo: «Prefiero la "tele"». En el hogar de los Vega, lo de Pablito fue de locura. Se pasaba el día nervioso esperando a que empezara la programación. Los programas que prefería eran aquellos en que

intervinieran niños como él, niños de verdad y uno de los cuales, con el que se sentía identificado por ley natural, fuera superior a los demás. Abajo, en la vivienda de los conserjes, Anselmo y Felisa, junto con sus dos hijos, pasaban veladas deliciosas ante la pequeña pantalla, además de que el expastor les decía a sus herederos, puesto que ambos trabajaban en un taller mecánico: «Es un buen porvenir especializarse en la reparación de esos cacharros».

Hay que decir que Julián estaba entusiasmado, porque el invento era la confirmación de sus predicciones. «¿Te has dado cuenta, Margot? Ya no sólo enviamos al espacio monos que regresan sanos y salvos, sino que en un segundo, desde millares de quilómetros, nos traen a casa una imagen nítida, perfecta. Es la simultaneidad. Es el no va más. No sé adónde iremos a parar». «Yo sí lo sé —le contestaba Margot—. Habrá que vender el televisor. Primero, por Pablito: ya lo ves. Luego, por Laureano y Susana. ¡Menudos bobalicones! Y luego por mí…, que me olvido hasta de que la casa ha de estar en orden». Y Margot se reía, bromeando con Julián.

Lo que no impedía que con su comentario hubiera dado en el clavo. Había familias cuya vida se transformó por completo. No sólo dejaron de dialogar y olvidaron pequeños y habituales quehaceres, sino que sus componentes se sentaban siempre, incluso en la mesa, formando semicírculo delante del televisor, lo que originaba que prácticamente sólo se vieran de perfil. «Hay padres e hijos que llevan unos meses viéndose sólo de perfil», ironizaba Aurelio Subirachs.

Aurelio se chanceaba mucho sobre la calidad de lo que ofrecía la televisión, pero no tuvo más remedio que reconocer que en alguna ocasión ésta proporcionaba emociones de una intensidad inusitada. En su caso, fue ver a su hijo sacerdote, por Semana Santa —por fin le dieron permiso para cantar misa—, aparecer en el televisor como ayudante en un Vía Crucis solemne que fue retransmitido desde el interior de la Catedral. Todos se quedaron inmóviles al ver a Rafael tan diáfano, tan claro —superior a la realidad—, moviéndose con tanta unción, concentrado y responsable. Tenían ganas de acercarse a la pantalla y ver si lo podían palpar, mientras algunas lágrimas correteaban por las mejillas. Fernando, el tercero de la dinastía, el que quería «esquiar y romperse una pierna», cosa que ya había conseguido, dijo: «Yo quiero salir un día en la “tele”». «¡Por Dios! —exclamó Aurelio Subirachs—. ¡No te vayas al Seminario tú también!». Y las sorpresas continuaron. Retransmisiones de fútbol —la fantástica panorámica del nuevo Estadio del *Barça* encandiló a Rogelio—, concursos y muchas canciones. ¡Canciones, música moderna, música *pop*! Los ídolos que hasta entonces Laureano. Narciso Rubio, Cuchy y Carol sólo habían podido oír en disco, gracias al revolucionario invento se hicieron vivos, como de carne y hueso, ante ellos. Para Laureano constituyó un trauma fuerte. Por primera vez, aunque no llevase el uniforme de la tuna, se tomó el pelo a sí mismo diciéndose que tal vez algún día, salvando las distancias —y sin quebranto de su profesión— pudiera imitar entre los amigos a Elvis Presley, del que dijeron que estaba «para parar

un tren». Tenía una sexualidad de tipo animal que repelía a unos mientras atraía a otros con mucha fuerza. Con un chorro de voz que inutilizaba cualquier objeción. Era el rey del *rock and roll*, aunque también cantaba canciones religiosas y folklóricas, porque al parecer en su vida privada era un romántico: había sido camionero y lo descubrieron a raíz de grabar un disco en el aniversario de su madre. A Narciso Rubio, muy entendido, le llamó la atención el ritmo del *twist*, que desbancó por completo a otros anteriores, como el mambo y el cha-cha-cha. Todo aquello era también una intrusión imparable. Abundaban más los solistas que los conjuntos, y los cantantes más populares eran norteamericanos, y norteamericanos blancos, aunque influidos por el ritmo negro. Lo dramático, según explicó un comentarista en una retransmisión, era que, por algún extraño maleficio, algunos de dichos solistas habían muerto en accidente; otro, un tal Little Richard, que era el preferido de Jorge Trabal, había abandonado súbitamente el canto para dedicarse a la vida contemplativa.

¡Lo nunca visto, lo nunca esperado! Una noche, de repente, en General Mitre, se oyó la voz de Susana gritando: «¡Papá, mamá, tía Mari-Tere en la televisión! ¡Tía Mari-Tere, seguro!». La familia acudió completa y vieron, efectivamente, a la hermana de Julián anunciando con mucho donaire una marca de vino del Sur, de Jerez. «¡Ése, ése es el jerez que prefiere usted…!»; y su índice pareció clavarse entre los dos ojos de Julián.

Hubo aplausos, estupor y otra vez aplausos. Julián se sintió apabullado. Llamaron a Granada, donde había diversidad de opiniones, y se enteraron de que aquello iba en serio, de que una agencia había contratado en firme a la muchacha «que quería abrirse camino» y que estaba haciendo un curso intensivo de dicción —el acento andaluz la perjudicaba— para ver si la admitían de locutora en los propios estudios de Madrid. Por lo pronto, los anunciantes estaban satisfechos con su trabajo y ella cobraba sus buenos dineros.

A partir de ese día muchas veces ponían la «tele» en las horas en que sabían iba a salir su anuncio, al que siguieron otros de detergentes y electrodomésticos. ¡Lástima! Porque Mari-Tere tenía picardía, era muy expresiva y los Andrés Puig hubieran preferido verla acariciándose con intención unas medias de una fibra especial o acercándose a los labios voluptuosamente una copa de una bebida cualquiera.

Todo eso, tan imprevisible, conectó con Jaime Amades, con su profesión. De hecho, el regalo de Reyes fue, sobre todo, para él, que consiguió para Agencia Hércules la exclusiva de un cincuenta por ciento de los anuncios televisados que Cataluña pudiera proporcionar.

—Mi querido amigo Alejo Espriu —le dijo Amades a su flamante abogado, al término de seis meses—, eso no es el gordo, pero poco le falta. Fíjate en los números… Tengo que ampliar las oficinas. Te juro que me gustaría tener las señas del inventor del aparatito de marras para poder enviarle un regalo.

—Aprovecha la ocasión —le aconsejó Alejo—. Esas cosas no pasan dos veces y en estos momentos hay docenas de agentes como tú que te odian a muerte. Y que

naturalmente, odian a Charito.

Alejo, hablando con Amades, hacía siempre referencia a Charito, porque sabía que el hombre continuaba hipnotizado por su mujer.

—De todos modos, el asunto no es fácil —le decía Amades—. Para conseguir anuncios que tengan garra hace falta un equipo formidable. Las ideas han de ser mías, pero luego el equipo ha de desarrollarlas.

——Sin embargo, la «tele» te lo da un poco hecho: las imágenes se mueven, lo que, si no me equivoco, tú consideras fundamental.

—¡Ay, mi querido Alejo! Hay muchas maneras de moverse. Salen anuncios que dan pena, ésa es la verdad.

—Hasta ahora los tuyos son morrocotudos.

—¿Te digo una cosa? No me extraña el éxito de la hermana de Julián. Tiene algo especial. En Cataluña, seamos sinceros, es difícil encontrar un punto así.

—¿Por qué la llamas punto?

—Si quieres, la llamaré puntos suspensivos… Esa profesión es muy peligrosa.

Jaime Amades y Alejo Espriu se llevaban bien, porque eran un poco de la misma cuerda. Astutos, sinuosos, sabían lo que querían y por dónde llegar a ello. Y ambos habían sufrido humillaciones antes de ser lo que eran. Amades ya ni se acordaba del asma y Alejo, que a veces lo llamaba *Hércules*, ni se acordaba de los sablazos de los amigos. Amades era basto; el otro, elegante; pero coincidían sorprendentemente en las simpatías y antipatías. La «tele», por ejemplo, los aburría sobremanera, lo que por parte de Amades no dejaba de ser una ingratitud. Querían mucho a Rogelio, al que consideraban su «padrazo»; en cambio, sus socios, Ricardo Marín y el conde de Vilalta, les caían gordos… Alejo detestaba al conde porque éste le había puesto el veto como abogado de la Agencia Cosmos, que era su gran ilusión, y Amades sentía repeluzno por el banquero, por Ricardo Marín, porque siempre los trató, a él y a Charito, con displicencia, lo mismo que Merche: como si fueran escarabajos o miasmas.

Tal coincidencia en las antipatías se puso de manifiesto, con repercusiones graves, con motivo de encargar Rogelio a la Agencia Hércules unos anuncios sobre los dos hoteles de Lloret de Mar, que por fin iba a inaugurar la cadena Cosmos. Amades y Alejo cambiaron impresiones sobre los socios de Rogelio en dicha cadena. Y Alejo, de pronto, en un arranque al que infinidad de veces había estado a punto de sucumbir —para él guardar un secreto era una tortura— le dijo:

—¿Qué harías tú, querido Amades, si tuvieras una baza contra Ricardo Marin? Quiero decir una baza fuerte. Algo así como poder decirle: «Si no me das *esto* ahora mismo, mañana, a través de la “tele”, hago saber al país que eres un farsante y un hipócrita redomado».

A Jaime Amades se le humedecieron las manos y se lamió las encías.

—No perdería ni un segundo. ¡A por él! Es un pedante insoportable. Tú también eres pedante, pero del género simpático.

—Sin embargo, en las películas eso tiene un nombre feo, ¿verdad? Chantaje…

—Yo creo que, cuando las cosas están justificadas, no tienen nombre… Por cierto: ¿puedo saber de qué baza se trata?

Alejo se quedó inmóvil y luego fue sobando con lentitud el puño de plata del bastón.

—Resulta que estoy metido en un asunto de *meublés*… ¡Muy metido, para ser más exacto! ¿Comprendes por dónde voy?

Amades comprendió hasta tal punto que empezó a sudar a mares.

—Si no me das más datos, reviento.

—¡Oh, por favor, amigo *Hércules*! No revientes todavía, que a lo mejor, si me decido y hay que informar al país, voy a necesitarte…

Continuaba fulgurante la trayectoria de los chicos, que periódicamente se reunían en el *Kremlin*, en la buhardilla. La sinergia, el «ambiente» de que el padre Saumells habló a Margot, maduraba con extrema rapidez la personalidad de cada cual. A la vuelta de cada esquina dejaban un pedazo de lo que fueron antes.

Laureano dejó colgada una asignatura en junio, las matemáticas —lo que lo obligó a posponer la serenata de la tuna prometida a su madre—, pero aprobó en septiembre y así tenía prácticamente en el bolsillo el anhelado ingreso en la Escuela Superior de Arquitectura, pese a la dificultad de los dibujos. ¿Reacción? Protesta, cumpliéndose asimismo la profecía del padre Saumells. La reconciliación de Laureano con su padre había sido fácil, gracias al respeto mutuo y al buen hacer de Margot, pero los enfrentamientos se sucedían por cualquier fruslería. El vocabulario del muchacho, copiado de la Facultad, en los últimos tiempos se centraba en la palabra «burguesía», aun a sabiendas de que vivía integrado en ella. Las damas de la «buena sociedad» barcelonesa, entre las que se contaban Rosy y Merche, organizaron un Concurso de Belleza Infantil para recabar fondos en pro de la «Lucha contra el Cáncer». Se recibió una invitación para que Pablito se presentase y Laureano protestó; menos mal que Margot se había anticipado a rechazar la sugerencia. Julián le daba al muchacho una cantidad fija para sus gastos y el muchacho protestaba. «¿En qué quedamos? —le decía Julián—. ¿O protestas porque consideras que te doy demasiado?». Proliferaban en la ciudad los edificios bancarios más suntuosos aún que el Banco Industrial Mediterráneo, con columnatas de mármol, y Laureano protestaba. «Parecen panteones», decía. Julián le increpaba: «Pero ¿qué te pasa con los Bancos? Antes te gustaban. ¿Por qué no te vas a Nueva York a hacer un cursillo de Economía?». «Esa palabra es peligrosa, papá».

En cambio, el chico no protestaba contra sí mismo de que el concepto de lo erótico hubiese cambiado para él. Y a fe que tenía motivos. Repetidas veces volvió a la calle del Carmen, a la casa con la Virgen y el farolillo en la entrada. Influido por Andrés Puig y también por el clima estudiantil, había pasado a considerar aquello un

desahogo natural, aunque luego fuera a confesarse. No obstante, la palabra «prostitución» no le gustaba, aparte de que temía contraer alguna enfermedad, lo que hubiera supuesto la catástrofe. Tenía que buscar otra solución. Y por supuesto, se negó a «desahogarse» en algunos cines de las Ramblas, próximos al puerto, en cuyas últimas filas, según informes, y con el consentimiento de los acomodadores, que debían de cobrar comisión, siempre había mujeres dispuestas a masturbarle a uno por una cantidad realmente ridícula.

Su compañero Narciso Rubio, que en los estudios avanzaba también, aunque con mayores dificultades, valoraba las cualidades de Laureano y había empezado a quererlo de verdad, considerándolo su líder particular. Lo imitaba en muchas cosas, incluso en la manera de coger el pañuelo para sonarse. Narciso Rubio continuaba borracho por la música, por lo que la teoría que Laureano le explicó, según la cual la arquitectura era una danza, lo dejó embelesado y le dio ánimo para continuar. Además, Laureano había conseguido que el padre de Narciso, capataz de obras, trabajase para Rogelio, para la Constructora, en muy buenas condiciones, lo que el muchacho le agradeció sobremanera. Narciso Rubio era un poco camaleónico. Dócil fuera de casa, con los suyos era un déspota. Si lo contradecían, les daba con la puerta —o con la «batería»— en las narices. ¿Por qué lo haría? Curiosa manera de protestar. Muchacho poco agraciado físicamente, con cara caballuna y orejas tan separadas que a veces no parecían suyas.

En Filosofía y Letras, Pedro y Marcos estaban en segundo. En el primer curso ambos se permitieron el lujo de entregar a sus respectivos padres varias matrículas. En segundo, Marcos iba un poco a la pata coja. El muchacho había empezado a pintar y perdía mucho tiempo.

Marcos llevaba la pintura —o los colores, como él decía— en la sangre y no había quien lo parase. Sus cuadros, que en el *Kremlin* tenían mucho éxito, intentaban representar, por el momento, fosfenos, es decir, las manchas o centellas que pueden verse cerrando los ojos y apretándose con los dedos las pupilas. Descubrió que el repertorio era más reducido y automático de lo que pudiera pensarse e invitaba a sus amigos a que lo comprobasen. Le salía algo original y el propio Aurelio Subirachs le decía, mientras contemplaba las telas y se acariciaba los bigotes de foca: «Conque fosfenos, ¿eh? ¡Vaya! No está mal, no está mal…».

Pero otras cosas —o personas— distraían a Marcos. Por ejemplo el comportamiento de su hermano Rafael, el joven sacerdote, flamante vicario nada menos que de mosén Castelló, con el que no estaba de acuerdo en nada, ni siquiera en la manera como debían sostener la hostia y el cáliz en el momento de alzar. Rafael tenía una forma muy curiosa de protestar: se había propuesto convertir el sacerdocio en amistad compartida con los fieles. Marcos lo veía actuar y a veces no se hubiera movido de su lado. «Religión significa amar al *otro*, pero obrando, ¿comprendes? Todo lo demás es sacrilegio». «No jurarás el nombre de Dios en vano»: éste es el mandamiento. Marcos acabó por confiarse a él plenamente, contándole incluso que le

había llegado de Cuba un pájaro tropical exiliado, una muchacha que se hacía llamar Fany —Fidel Castro había expoliado todos los bienes de su familia y huyeron refugiándose en España—, la cual le quitaba el sueño y era la causante de que anduviera demacrado y relegase a un plano astral el latín y el griego. Rafael le preguntó: «Hermosa mujer, ¿no es eso?». «¡Desde luego!». Entonces el sacerdote dijo: «Mejor sería que te olvidaras de ella, claro. Pero si no te sientes con fuerza, por lo menos ten cuidado y no la dejes embarazada». ¡A Marcos le pareció que descubría un fosfeno nuevo! ¡Decididamente, los tiempos eran otros! ¡Decididamente, el pobre mosén Castelló debía prepararse para una suerte de cuaresma perpetua con su nuevo vicario!

¿Y Pedro? Pedro discutía a menudo con su padre. Éste continuaba profetizándole al muchacho el mayor de los fracasos, debido a la carrera que eligió, a la que había que añadir su ingreso en la Escuela de Periodismo. «El día que yo cierre la cartera pasarás más hambre que un judío pobre». Rogelio siempre decía que los judíos ricos eran los seres más felices del mundo, pero que los judíos pobres eran los más desgraciados. «¡Los periodistas! Mendigos disfrazados, que andan a la caza de la gente famosa para sacarle los cuartos. Los únicos que se defienden son los que hacen crónicas deportivas, o crítica de cine y teatro, porque cobran de todas partes para decir que fulano de tal es un campeón o una auténtica *vedette*».

Y el caso es que Pedro había empezado ya a publicar algunos artículos en una revista universitaria. Y dejaba asomar la oreja como un novato. Aparte de un demoledor trabajo sobre el destronado rey Faruk, hablando de su fortuna, y de la inmensa cama circular que descubrieron en su palacio, también se metía obsesivamente con la «burguesía»: con la burguesía entendida como postura de asentimiento al sistema establecido, sin espíritu renovador, aunque el sistema estuviera plagado de injusticias. Según Rogelio, nunca se le ocurriría, ¡eso no!, hablar de que muchos obreros, mal llamados «productores», no daban golpe, pasándose media jornada liando tabaco de picadura, comiendo bocadillos y yéndose a echar un trago al bar más cercano. A Rosy, en el fondo, la satisfacía ver el nombre de su hijo impreso en una revista. Sentíase orgullosa. Las amigas comentaban: «¡Caramba con Pedro! ¿De dónde le salen tantas ideas? Ha heredado tu inteligencia, Rosy, la ha heredado de ti».

La complejidad del temperamento de Pedro, cada día más intelectualizado, lo distanciaba progresivamente de su padre, que a menudo terminaba por decirle: «Haz lo que te parezca». Por ejemplo, el muchacho no estaba seguro de ser bueno. A principios de verano, había aceptado que su progenitor le regalara un coche —inconsecuencia, jugar con ventaja, «el huevo de Colón»—, y con la frialdad que a veces lo caracterizaba juzgaba que las ventajas del «huevo» eran superiores a cualquier posible sentimiento de escrúpulo. En cambio, con frecuencia se preguntaba, sinceramente angustiado, por qué aquella noche en que salió con Laureano, en vez de compadecer a la prostituta que le tocó en suerte, se indignó porque la mujer actuó

«como una máquina». ¿Qué quería, pues? ¿Que se hubiera enamorado de él, de su juventud estrenada, o que por unas perras le hubiera entregado lo más dulce y entrañable de su persona?

Otro motivo de desgarro para Pedro —también presentido por el padre Saumells — era que se sentía a sí mismo «hijo de la guerra», lo que llegaba a enfurecerlo. Rogelio, su padre, al igual que el padre de Laureano, Susana y Pablito, habían hecho la guerra, ¡y una guerra civil!, y al finalizar ésta los engendraron con la misma violencia con que antes dispararían con un mortero o desearían la muerte de «los otros». ¡Qué mundo les habían dejado! La comunidad partida en dos mitades: una mirando al pasado, otra al futuro. Y vencedores y vencidos. Con barrios como el de la avenida Pearson y otros como aquel en que Miguel, el «monaguillo», vivía en San Adrián.

También había trabado amistad con el joven sacerdote Rafael. ¡Qué suerte que éste lo comprendiera! Un día en que le confió que no lograba perdonar a su madre su frivolidad —a Rosy le había dado por maquillarse escandalosamente y por no perderse un solo *vernissage*—, Rafael le dijo: «Si en el mundo en que te mueves lo aceptaras todo sin rechistar, un servidor te suspendería en la asignatura de la vida. Tus padres no aspiran más que al bienestar, es decir, forman parte del estamento que en el Seminario algunos llamábamos de “personas-vientre”. Tú visas más alto y por eso te contradices y estás descontento. Lo que has de procurar es no faltarles al respeto y pensar que muchas veces no disparas contra ellos concretamente, sino contra el estamento que representan. Pero continúa analizando, continúa…».

Otro motivo de descontento: no le hacía el menor caso a Carol, su hermana. ¡Con lo que ésta lo adoraba! Claro que ¿hacía la muchacha algo que pudiera interesar a Pedro? No protestaba contra nada, como no fuera de ser tan bajita… y zurda. No había aprobado el examen de Estado, ni siquiera en septiembre, y teóricamente se preparaba otra vez. Pero también se había matriculado en el Instituto Británico, donde no le veían nunca el pelo, y en el Instituto del Teatro, porque quería ser actriz o, mejor dicho, salir es televisión, no precisamente «anunciando productos» sino en algún programa como, por ejemplo, «Escala en Hi-Fi».

Carol era una muñeca para Pedro, una muñeca que no coleccionaba cajitas ni sandalias, sino espejos, y que vivía su mundo al margen de cualquier preocupación seria. No le importaban ni los judíos ni el rey Faruk, puesto que ya lo habían destronado. En el fondo, únicamente le interesaba su persona y los chicos, de los que decía que todavía no había encontrado uno solo que supiera besar de verdad. Había hecho buenas migas con Narciso Rubio gracias al *twist* y continuamente le pedía dinero a su padre para comprarse discos, para irse al bar Miami, próximo a la Universidad, para cigarrillos, etcétera. Con toda evidencia, iba para «persona-vientre». Por fortuna, también se anticipaba a las objeciones de los demás: «¡Si ya lo sé! ¡Si soy una inútil, un desastre!». Estas declaraciones, unidas a su naricita chata y respingona y a sus ojos un poco almendrados, le valían muchas simpatías. Al parecer,

en los últimos tiempos la rondaba el hijo mayor de un importante fabricante de lonas, lo que a Rogelio y a Rosy les parecía de perlas.

Jorge Trabal y Susana estudiaban medicina. Primer curso, después de haber salvado la serie de obstáculos previos. Jorge continuaba fascinado por el tema de la esterilidad, y tal vez por ello era virgen todavía. Algunos veían en él posibles tendencias homosexuales, pero ese tipo de murmuración acostumbraba a carecer de base. Por supuesto, era el único asiduo al *Kremlin* que no había besado a Carol.

¿Y cómo se produjo la decisión de Susana? ¡Qué gigantesco salto dio la muchacha en aquel período de tiempo! Los indicios que hicieron sospechar que le interesaría la medicina fueron tomando cuerpo hasta convertirse en realidad. Algo ocurrió ya, sintomático, el día en que dejó el Liceo Francés. En vez de pedir un regalo, cualquier chuchería, le rogó al doctor Beltrán que la llevase al Hospital Clínico a presenciar una autopsia. El doctor Beltrán accedió y ella estuvo a punto de desmayarse, pero no se desmayó. Aguantó firme, y por primera vez comprobó que un ser humano podía ser abierto en canal, y desgajado y cortado a trocitos sin que ella, Susana, perdiera el dominio de sí misma y la ilusión de continuar existiendo. El doctor Beltrán se limitó a dictaminar: «Sobresaliente».

Después del examen de Estado, la resolución de la muchacha fue tajante: medicina, en la especialidad de pediatría. Susana necesitaba de una profesión cálida. Tal vez fuera ésa su manera de protestar. Había leído en alguna parte que la técnica era fría, pero que no lo era la ciencia. «Y la medicina es una ciencia, ¿verdad, doctor Beltrán?». «¡Huy, chiquilla! Por lo menos, eso tendría que ser…».

Grande fue la sorpresa de sus padres al enterarse de que la cosa iba en serio, aunque no veían razón alguna para que no fuera así, y tampoco para oponerse. Únicamente, Margot le preguntó repetidas veces:

—Pero ¿estás segura, Susana? ¿Lo has pensado bien?

—Lo he pensado y lo he sentido, mamá.

Julián, desde luego, estaba perplejo. ¡Una mujer-médico! ¿Por dónde coger aquello? Claro que, después de lo de Mari-Tere…

—Susana, por favor, escúchame un momento… Ser enfermera me parece natural. ¡Pero ser médico es algo muy distinto!

—Papá, compréndelo. No me veo haciendo cirugía. Ni siquiera dirigiendo un balneario de reumáticos. Pero la pediatría me parece muy apropiada para una mujer.

Julián admitió que eso era cierto.

—Sin embargo —objetó—, ¿cuándo he visto yo que los niños te interesaran a ti de un modo especial?

—Eso no tiene nada que ver, papá. ¿Es que tú acariciabas las paredes antes de hacerte arquitecto?

—Pues, no, la verdad… —confesó Julián—. Más bien pensaba en hacerme ingeniero agrónomo.

—Ahí tienes. ¿Cuento, pues, con tu bendición?

—¡Qué remedio!

Cabe decir que, en el fondo, lo mismo Julián que Margot se sintieron orgullosos de Susana, sobre todo cuando desde Granada «tío Manolo» exclamó: «¡Por fin un colega en la familia!». Comunicaron la noticia a las amistades. Y el propio Laureano, que tan pronto se sentía muy cerca de su hermana como parecía ignorar su existencia, le dio la enhorabuena.

—De todos modos, prepárate… —le advirtió—. Prepárate a oír palabras gordas en la Facultad. En cuanto descubran que eres una santita, te recrearán los oídos.

—¡Bah! —replicó Susana—. En primer lugar, no soy una santita. Y luego, además, sabré adaptarme. ¿Es que me has visto hacer el ridículo alguna vez?

Carol, al enterarse, tuvo un rapto de celos. Lo contrario de Anselmo, el conserje, que quería mucho a Susana. Al verla entrar le dijo, quitándose la gorra: «¡Buenos días, doctora!». Susana soltó una carcajada. «¡Menudo espía tenemos en la casa!». «Nada de eso, señorita. He querido darle la enhorabuena».

A punto de finalizar el curso —el primero de la carrera— Julián se empeñó en hacer una especie de balance, cuyo resultado fue que la vocación de Susana persistía y que, además, la muchacha aseguraba haber aprendido mucho en aquellos meses, y no sólo en lo referente a las asignaturas. La medicina ayudaba a formarse un concepto de la vida, era una experiencia directa, a veces brutal, pero del todo necesaria.

—Si concretaras un poco, Susana…

—Por ejemplo, yo vivía en el limbo. En casa todo habían sido siempre comodidades. Ahora he visto cada escena… Si supieras lo que ocurre en el Hospital… Esperando a que uno se muera para que haya una cama libre. Dan ganas de gritar.

—¿No estarás exagerando?

—Ni tanto así. Y se trata de vidas humanas. Y del dolor. ¿Te das cuenta? ¡Y mejor que no te hable de los niños! Los traen a montones, depauperados…

—Entre las muchas cosas que yo me temía —me replicó Julián—, una de ellas era ésta: que la medicina iba a amargarte el carácter. ¡Qué te convertiría en una mujer triste, cuando en el fondo tú eres alegre! No hay más que verte por la calle, andando… ¿Vale la pena, hija, que pierdas eso tan maravilloso que hay en ti?

—Estás en un error, papá. El peligro que yo he visto en la Facultad no es el de la tristeza. ¡Si allí no se hace más que contar chistes verdes y de humor negro! Laureano me lo anticipó y tenía razón… No, a lo que yo le temo es a la indiferencia.

—¿Indiferencia? No te comprendo.

—Está muy claro. Tanto analizar el cuerpo humano… Sentirse impotente ante tantas enfermedades… Saber que todo depende de que el corazón se pare o no se pare… El otro día trajeron a un hombre que tuvo un colapso en la calle. Lo ingresaron ya cadáver. Era un señor de no sé dónde, muy conocido. ¿Comprendes por

dónde voy? Se acaba dudando de muchas cosas.

Julián echó una bocanada de humo.

—¿Y eso no es tristeza?

—¡No! La mayoría de médicos se muestran alegres. Están acostumbrados y las gentes que consiguen curar, y las vidas que salvan, los compensan con creces. Te estoy hablando de otra cosa… Pero ¡ya me entiendes! Ante un derrame cerebral o un infarto se desmoronan muchos mitos.

Susana protestaba contra la vida, contra sus reglas de juego… Julián se levantó… y sólo se le ocurrió medir a grandes zancadas la habitación.

Aparte de eso, Susana se sentía atraída por Pedro, pero procuraba no pensar en eso. Hacía alguna escapada a San Adrián para confesarse con el padre Saumells y de paso ver y observar a los niños del barrio. Sentía aversión por Andrés Puig, que con el pretexto de que «ya había echado a volar» le soltaba inconveniencias; Laureano le decía: «No te preocupes, hermana. Cualquier día se estrellará con su cochecito y te librarás de él».

Luego, estaba Cuchy. La pelirroja Cuchy había dado un cambio de no te menees. Igual que Pedro, había ingresado en periodismo, pero la atraía más la radio, donde le encargaron varios guiones, porque demostró mucha agilidad. Trabajaba para una emisora juvenil. Cuchy estaba enamorada de la juventud. Y le preocupaba el tema de los derechos de la mujer. El turismo empezaba a ser masivo en el país —Agencia Cosmos había dado en el clavo—, y el comportamiento de las mujeres de fuera le dio mucho que pensar.

Cuchy era una loca pecosa y encantadora. Para conseguir ir despeinada se pasaba horas ante el espejo, tantas como Carol para aprender a bailar. Se ponía en los ojos un colirio que se los hacía brillar de una manera extraña. Era espasmódica hablando, porque lo era su cerebro. Improvisaba, saltaba de un tema a otro, lo que obligaba a no perder una sílaba de lo que decía. Al enterarse de las reyertas de Laureano y Pedro con sus respectivos familiares les aplastó a ambos la nariz con el índice —era su costumbre— y los llamó tontos de capirote. A los padres no había que hacerles el menor caso. Vivían encorsetados por una serie de normas que habían pasado a la historia.

—Mi padre, el gran Ricardo, sigue borracho con el golf… ¡A caminar se ha dicho, que es muy sano! Bien, cuanto más lejos se vaya, mejor… Mi madre gasta como la Taylor; pues yo, lo mismo. ¿Por qué he de quedarme atrás? ¡Al Miami se ha dicho! ¿Y sabéis cuál es su sistema de protesta? Cambiar de pareja… ¡Si os contara…! Pero ¿para qué, si conocéis el paño mejor que yo? Lo que les pasa es que envidian nuestra juventud. Darían todo lo que tienen para ser jóvenes. ¡Como empeñarse en ser bombero! ¡Al diablo con ellos! Yo voy a hablaros con franqueza: el día que deje de ser joven, me suicido. ¡Palabra! Si Sergio me lo permite, claro… ¿Queréis bailar? ¡Uf, qué aburridos sois! Así no hay manera de volverse tarumba…

El encanto de Cuchy, aparte de su picardía y sus formas de mujer, era que hablaba

de ese modo pero cavilaba más de lo que podía suponerse. Pedro había escuchado por curiosidad varios de sus guiones radiofónicos y se llevó la mayor de las sorpresas. Eran guiones breves sobre escritores famosos. El de Dostoievski le salió fenomenal. Y también el de Kafka, que por cierto fue un hombre que odió a su padre con toda el alma. Cuchy se pirraba por biografiar a Antonio Machado, sin conseguirlo, pues el director de la emisora no se lo permitía. Pero llegó a pensar si Cuchy no fingiría veleidosidad y no haría tonterías para que no la tomaran por marisabidilla.

—No, no, nada de eso, cariño… ¡Lo que pasa es que yo necesito ídolos, lo confieso! Quiero ser esclava de alguien… y libre para los demás. Ahora soy esclava de la juventud, lo que me permite decir, sin que ocurra nada, que a los viejos los parta un rayo.

Por último, estaba Sergio… Sergio había terminado tercer curso de Derecho y cumplió con su promesa de irse por Europa en autostop. Nadie supo cómo se las arregló —¿pasaría por el monte?— puesto que tenía que incorporarse a las Milicias Universitarias, lo que le impediría hacer los documentales de cine que se había propuesto, que llevaba en la mollera. Regresó justo para aparecer fugazmente en el *Kremlin* e irse a la mañana siguiente al campamento de Castillejos. Había recorrido Francia —en París visitó a su primo Julio—, Bélgica y Dinamarca. El hecho fue que no regresó solo. Regresó con una muchacha de Bruselas, que sin duda tenía mucha personalidad. No hablaba una palabra de español. Sergio la presentó a todos en el *Kremlin* —se llamaba Giselle— diciendo que la tenía depositada en una pensión de la calle de Tallers. «¿Vuestro lema no es “Somos amigos”? Pues Giselle y yo somos amigos. ¿Todos enterados?».

Cuchy se llevó un berrinche de campeonato. Hubiera tirado de los pelos de Sergio. No pudo articular una sílaba.

—¿Cuántos años tiene Giselle? —preguntó Laureano.

—Veinte. Veinte años recién cumplidos.

Fue una velada incoherente, porque Sergio continuaba cohibiéndolos a todos, máxime teniendo en cuenta que aquella noche, por primera vez, estuvo muy charlatán. Sí, antes de dedicarse en serio a la política —de momento sólo había tomado parte en un par de algaradas estudiantiles que le valieron sendas palizas fenomenales de la «poli»—, quería hacer cine. Ser director. Era su pasión. Le gustaba el cine italiano, «porque reflejaba la vida». También alguna película francesa, «impecablemente construida y sin prejuicios». El cine español, por el contrario, era bajo de techo, folklórico y respondía a la realidad del país: una isla mental, marginada de toda cultura seria y con retraso de varios lustros con respecto a Europa —esto lo había podido comprobar en su reciente viaje—, e incluso con respecto a Norteamérica.

Tenía ganas de felicitarlos, porque demostraban buena voluntad. ¡El *Kremlin*! Se acordaba mucho de ellos, aunque no debían mirarle como si llegara del Polo Norte… Lo que ocurría era que, escuchándolos, los notaba como deseando tener un esqueleto

sin conseguirlo, exactamente lo que en su casa le ocurría a su madre. Hacían como los loritos, pero sin actuar. «Todavía la “poli” no os ha pegado, ¿verdad?». Sin embargo, ya era mucho que se lamentaran de cosas y protestaran… Él era catalanista y marxista, interesante combinación. Catalanista en el interior, marxista en un plano general. Para acabar con muchas anomalías que ellos detestaban, empezando por el virreinato de los militares, a cuyas órdenes él entraría al cabo de pocas horas, la única solución era que Cataluña se separara de Castilla, que con eso de que era yerma se dedicaba a copar los puestos de mando y tenía a los catalanes en un puño, ocupados en sus labores. Luego, la solución para acabar con los Concursos de Belleza Infantil y similares, directamente conectados con el hambre en los países subdesarrollados, era el marxismo. En Rusia los hijos de los obreros se hacían ingenieros o químicos y la obsesión de la juventud era estudiar. Nadie pensaba allí en el *twist*, y tampoco en el dinero, por cuanto el elemento de transacción no eran los rublos, sino el trabajo. Y el ajedrez, gimnasia mental, era asignatura obligada en las escuelas. Mao Tsé-Tung, en China, iba un poco más allá, pero tal vez pecase de utópico. El peligro de las razas amarillas, milenarias, era que sin darse cuenta fundían las ideas en el horno de su tradición, con lo que éstas perdían su eficacia práctica. Un gran tipo, realista y a la vez legendario, era Fidel Castro. Fidel se encontró con una sociedad parecida a la de Barcelona y Madrid, y además con el país explotado por los yanquis, y estaba llevando a cabo una bella revolución. Su peor enemigo era la rumba; pero se saldría con la suya. Y tuvo la astucia de entrar en La Habana enarbolando estandartes con la Virgen del Cobre, etcétera.

Menos mal que no estaba allí Fany, la exiliada; pero Marcos tosió. Sergio Amades, que ignoraba lo de la cubanita, se dio cuenta de que algo ocurría… y se calló. Era su arma. Por lo demás, Pedro, que estuvo escuchándolo con mucha atención, se reafirmó en la idea de que Sergio no era un simple teórico, un teórico un tanto utópico, como un pequeño Mao Tsé-Tung. sino un hombre de acción, capaz de montar en cualquier sitio una imprenta clandestina, acaso, en el propio campamento de Castillejos. Por descontado, era culto. Probablemente se saldría también con la suya y conseguiría algún día hacer un cine de calidad. Lo malo era su profecía según la cual la imagen, en un futuro próximo, acabaría con el fuego fatuo, impreciso, de la palabra: profetizaba poco menos que la lenta desaparición de la letra impresa y Pedro quería escribir… Pero, en resumen, tenerlo enfrente era siempre una lección.

Aquella noche todos hubieran querido conocer más a Giselle. El idioma no suponía ninguna barrera, ya que prácticamente todos hablaban francés; pero Giselle se había mostrado retraída, no sabían si por timidez o por creerse superior. Llevaba el pelo caído a ambos lados de la cara, era marxista, como Sergio y la experiencia española la fascinaba. Tenía una voz ronca, como de beber cazalla. Por fin, acosada, habló. Y se refirió a las protestas juveniles en el mundo y dijo que en los Estados Unidos, por ser el centro del imperialismo capitalista, proliferaban más que en ninguna otra parte, aunque en la Europa en que vivían —el Este era otra cosa— se

estaba cociendo una irrefrenable revolución. Los dos temas centrales de protesta, ya muy antiguos en los Estados Unidos, eran la guerra y la desigualdad. Muchas canciones y muchos poemas hablaban de ello. Si les apetecía, podía recitarles algunos trozos, que se conocía de memoria.

—¡Claro que sí, Giselle! Te escuchamos.

Qué buen amigo es nuestro Congreso,
Que vigila todas nuestras costas,
Y gasta tres cuartos de nuestros impuestos
En prepararse para la guerra…
Las bombas modernas caerán sin duda,
Cargadas de gloria, alegría y regocijo,
Qué privilegio será el enterrar
A todos los que matemos con nuestro dinero.

—Ahora, si queréis, os recitaré algo sobre la desigualdad. O, mejor dicho, sobre el deseo de acabar con ella.

—¡Adelante!

Un perro, un perro, un perro.
A mi perro le gusta tu perro,
Y a tu perro le gusta mi perro.
Estoy hablando de perros.
Perro blanco, perro negro,
Perro perdiguero y perro callejero,
Hablo de todos tos tipos de perros…
¿Por qué no podemos sentarnos juntos debajo de un árbol?

Todos estaban bastante impresionados. Debajo de lo que acababan de oír latía un lenguaje nuevo. Giselle parecía la actriz que Carol hubiera deseado ser.

Pedro le preguntó si «había algo en el mundo que no alcanzara a comprender» y Giselle, luego de alzar su puntiaguda barbita, dijo:

—¡Sí, muchas cosas! Entre ellas, el dolor de los niños.

Susana, a quien todos miraron, juntó las manos con cierta solemnidad.

—¿Haces algo para mitigarlo? ¿Para ayudarlos?

—Soy marxista —contestó Giselle, simplemente.

—Dinos algo más que no comprendas —intervino Laureano.

—El dolor de los animales —y la muchacha miró al techo, como si mirara a Dios.

—Nos gustaría saber si eres vegetariana —preguntó Pedro.

Giselle se quedó sorprendida y contestó que no. Entonces Andrés Puig, sin más,

bostezó ostensiblemente.

Pese a todo, Giselle era mucha Giselle, y todos se dieron cuenta. Cuchy, que rabiaba como un lingote en el fuego, pensó que la chica ya había puesto en práctica por cuenta propia «los derechos de la mujer» de que ella hablaba por la radio. ¡Veinte años! ¿Se habría escapado de casa?

—¿Qué profesión tiene tu padre?

—Es militar.

¡Santo Dios! Aquello dio un vuelco a la conversación y volvió a poner en primer plano el ingreso de Sergio en Milicias. Lo acribillaron a preguntas.

—¿Qué harás cuando te pongan el uniforme?

—Llamadlo por su nombre: camisa de fuerza.

—Dicen que la «mili» marca huella.

—Procuraré que en mi caso no sea así.

—¿Y la Patria?

—Imaginaos… Gibraltar… ¿Qué se me ha perdido allí?

—¿Y si te contagias? Somos más borregos de lo que parece.

—En eso tenéis razón. Lo primero que muchos reclutas hacen es quedar embobados ante la arenga del coronel; lo segundo, sacarse una fotografía; lo tercero, decir que la vida del campamento, con eso de la camaradería y tal, es agradable. Pero a mí no me ocurrirá eso… Yo aprovecharé los ratos libres para estudiar, sobre todo si me meten en el calabozo; y los permisos… para venir a ver a Giselle —y por primera vez le pasó la mano por el cuello y la atrajo hacia sí.

En el último momento, Laureano le dijo:

—Se me olvidaba una cosa, Sergio: eso del marxismo, para mí, ni hablar.

—Bien, allá tú. Ya te irás enterando.

Pedro intervino a su vez.

—Si no lo has vivido, ¿cómo puedes saber que no es también una camisa de fuerza, como el uniforme que te pondrán mañana?

Sergio contestó, anudándose el pañuelo de seda que llevaba a modo de corbata:

A mi perro le gusta tu perro,
Y a tu perro le gusta mi perro.
Hablo de todos los tipos de perro.
¿Por qué no podemos sentarnos juntos debajo de un árbol?

CAPÍTULO XXVII

La conversación sostenida entre Alejo Espriu y Jaime Amades había de tener pintorescas repercusiones. Desde que Amades supo que su amigo y abogado tenía una baza fuerte, fortísima, contra Ricardo Marín, no cejó. «¡Que reviento si no me lo cuentas! ¡Que te juro que reviento!». Por fin Alejo, que se moría de ganas de compartir con alguien su secreto, le dijo al propietario de la Agencia Hércules:

—Está bien, está bien… Siéntate, que vas a oír algo bueno. ¡Pero júrame que esto morirá en este despacho!

Jaime Amades tuvo un gesto de impaciencia.

—No me ofendas, por favor…

—Te hablé de un asunto de *meublés* en el que yo estaba metido.

—Exacto. Lo recuerdo.

—Pues bien, resulta que uno de dichos *meublés*, de cuyo control me ocupo, se llama «La Gaviota».

—La primera vez que lo oigo nombrar.

—Y que en él, una tarde del pasado mes de noviembre, vi entrar al ilustre Ricardo Marín, con una guapa señora, dispuestos a pasar un ratito.

—¡Me interesa el nombre de la señora!

—Es de mi familia. Se llama Rosy.

Jaime Amades tuvo un acceso de tos. No había forma de que se le pasara. Quería un vaso de agua, pero nadie ni nada podía entrar, ni tampoco salir de aquel despacho.

Fue el principio del goce de Alejo, sumamente experto en apurar ese tipo de situaciones. De pronto, Amades se preguntó si no sería una broma; luego fue reflexionando y al cabo terminó por encontrarlo natural. Aparte las diferencias que existían, sin lugar a dudas, entre Rogelio y Rosy, Rogelio se lo tenía merecido. ¡Tantos años con Marilín descaradamente! Y con otras… Una humillación. Además, haciendo memoria, recordó haber atisbado entre Ricardo y Rosy alguna mirada de coquetería; aunque eso, en la clase de sociedad en que ambos se desenvolvían, nunca se sabía si era una mera demostración de elegancia.

Pese a todo, Amades, pensando en Rogelio, apretó los puños. ¡Si algún día llegaba a enterarse! Le daba un ataque. ¡Tan seguro de sí! La vida tenía esas cosas. Y a Amades le dolía de un modo especial que fuera precisamente el banquero pedante quien se hubiera llevado el gato al agua… Recordó el día de la boda, en la ermita de San Bernat, cuando el cura les repitió machaconamente a «los novios» que el matrimonio era una cruz. ¡Poético paisaje, suculento banquete!

Alejo leía perfectamente lo que andaba pensando Amades, pero no le importó interrumpirlo.

—¿Qué crees que puedo pedirle al culpable, Amades, a cambio de un poco de discreción?

Amades reaccionó. Olvidóse de Rogelio y pensó en Ricardo.

—Lo que te dé la gana. La ocasión es única.

—Querría entrar de abogado en Agencia Cosmos. Ser uno más de la plantilla. Con esto, y con saber que él sabe que lo sé, me bastaría, creo yo…

—No está mal. No tendrá más remedio que acceder.

—Así lo espero. ¡Otra cosa, Amades! ¿Qué procedimiento utilizarías para la operación?

—El más directo. Llamarlo por teléfono y decirle que necesitas hablar con él.

Alejo se acarició las patillas, que se hacía teñir en la peluquería Aresti.

—Completamente de acuerdo. ¿Me permites que llame ahora mismo, desde aquí?

—¿Desde aquí…? ¡Bueno! ¿Por qué no?

Así lo hizo. Conseguida la comunicación con Ricardo Marín, éste, no sin sorpresa, accedió a la entrevista. Y los dos hombres quedaron citados para el sábado, a las diez de la mañana, en el propio despacho del director del Banco.

—Por favor, Alejo, sea usted puntual.

—Lo seré.

Antes del sábado, Amades ya había traicionado a su amigo: se lo contó a Charito. Charito soltó una carcajada como un rascacielos y clamó: «¡Y me llaman puta a mí! ¡Y los reputísimos son ellos!». De repente, pareció olvidarse de Ricardo, que tan mal los había tratado siempre, y se refirió exclusivamente a Rosy: «¡La muy guarra! Rogelio será lo que sea, pero al fin y al cabo es un hombre; pero ella… ¡Amades, moviliza a todo el personal de tu agencia publicitaria!», y Charito continuaba desternillándose de risa, lo que le causaba mucho bien.

Amades, visiblemente alarmado, la amenazó.

—Como digas algo a alguien, te mato… ¡Como lo oyes, Charito!

—No seas bobo, anda… ¿No ves que esas cosas son como el amor, que se saborean mejor en soledad? —estiró los brazos—. ¡«La Gaviota»! ¡Con lo bien que me han caído siempre las gaviotas!

La entrevista entre Alejo Espriu y Ricardo Marín fue más breve de lo que hubiera podido esperarse. El despacho del banquero era de una austeridad impresionante, quizá un poco exagerada. Todo de madera, con las puertas forradas de un material aislante. Despacho de director moderno, con el retrato del fundador, su padre, presidiendo.

Alejo fue directamente al grano. Había solicitado verle para hablarle de negocios. Una aspiración suya, muy antigua, era pasar a ser abogado de la Agencia Cosmos. Hasta el presente, todas sus tentativas habían fracasado. Pero las cosas habían sufrido un cambio. Poseía una información que, si sus cálculos no estaban equivocados, podía valerle el puesto. Estaba dispuesto a no hacer uso de dicha información, a callársela, si don Ricardo Marín lo ayudaba a obtener dicho puesto.

—¿De qué se trata? —preguntó el banquero, con aire más bien displicente.

—El asunto está relacionado con una de mis ocupaciones profesionales: soy el encargado-administrador de unos cuantos *meublés, meublés* lujosos, de la ciudad —la expresión de Ricardo Marín cambió por completo—. Pues bien, el día doce del pasado mes de noviembre, a las siete y cuarto en punto de la tarde, se apeó usted en el interior de uno de dichos *meublés*, llamado «La Gaviota», sito en las afueras. Iba usted del brazo de una hermosa y conocida mujer. Consígame usted ese hueco en la asesoría jurídica de la Agencia Cosmos y cuente con mi silencio.

Ricardo clavó en su interlocutor una mirada parecida a las flechas de Aurelio Subirachs. Comprendió que el asunto iba en serio. Sintió una terrible repugnancia. Se debatió como un león. Le obligó a Alejo a repetir la fecha, la hora, a describirle el traje que él llevaba, los movimientos que «él y la mujer» hicieron desde que se apearon del taxi hasta llegar al ascensor, le preguntó qué pruebas podría tener de todo aquello, etcétera. Los datos fueron tan matemáticos, que tuvo que rendirse a la evidencia. A partir de ese momento, los músculos de su cara delataron una tremenda crispación, pero demostró saber perder.

—Está bien… Está bien —repitió—. Su propuesta tiene un nombre sobradamente conocido, pero aquí el caballo ganador es usted.

—Eso creo.

—De modo que, por mi parte, no tengo otra alternativa que decirle que sí. ¿Así que lo que le interesa es figurar en la lista de abogados de la Agencia Cosmos?

—Exactamente.

Ricardo Marín tamboreó en la mesa.

—Ya… ¿Y podría decirme… si el asunto le urge mucho?

—Un poco… Compréndalo.

—Es que ya sabe usted que se trata de una sociedad… Tendré que convencer al conde de Vilalta… y a Rogelio.

—Rogelio no pondrá ninguna pega. ¡Soy su abogado…! Y sabe que deseo ese puesto. Encárguese del conde. Estoy seguro de que lo conseguirá.

Ricardo Marín movió repetidamente la cabeza.

—Lo intentaré.

Parecía lo más natural que Ricardo Marín estuviera dispuesto a terminar cuanto antes la escena. Sin embargo, se advertía que estaba rumiando algo. Sin duda se estaba preguntando cómo se las arreglaban los «encargados-administradores» para «saber» quiénes entraban en los *meublés*… ¡o para «verlos»!

—Si mi deducción es exacta, señor Espriu, estaba usted allí, personalmente, el día de mi visita a «La Gaviota»…

—Deducción correcta. Mis propios ojos le vieron entrar a usted… Por cierto que al identificar a su acompañante me llevé una sorpresa mayúscula…

—Ya…

Ricardo Marín, repentinamente decidido, se levantó. La cadenita de oro que

cruzaba el pecho de Alejo encantaba a su propietario, pero molestaba terriblemente a Ricardo Marín.

Por fin Alejo se puso en pie. Entonces Ricardo Marín miró con fijeza a su demandante y le dijo:

—Supongo que no habrá más peticiones…

Alejo sonrió con exquisita naturalidad.

—Si tuviera palabra de honor, se la daría. Pero de veras que me conformo con lo dicho.

El diálogo parecía concluso, pero en ese momento Ricardo Marín mudó el semblante. Le vino a la mente una horrible duda.

—¡Oiga, usted! ¡No existirán fotos de eso…, supongo!

—Que yo sepa, no. Conozco ese truco, pero siempre me ha parecido de un gusto… digamos plebeyo, y lo he desechado.

Alejo habló con tal convicción, que Ricardo Marín pareció tranquilizarse. Sin embargo, ¿por qué dijo: «que yo sepa, no»?

—Confío en poder darle una respuesta antes de una semana.

—Le quedaré muy agradecido.

Ricardo Marín pulsó un timbre y entró, silenciosa, una secretaria.

—Acompañe al señor a la puerta, por favor…

A Ricardo se le hundió el mundo. Tal vez hubiera podido citarse con Rosy en un lugar más seguro. Pero ¿cómo imaginar tan maldita casualidad…? Era el precio que había que pagar por los ratos de placer conseguidos. ¡Rosy era tan hermosa! Aunque empezaba a ser un poco mayor, desde luego…

Tenía que poner manos a la obra. Después de mucho meditarlo decidió jugar la carta que él solía jugar siempre: la de la audacia. Imposible convencer directamente al conde de Vilalta; no sabría qué excusa darle. No tenía otra opción que hablar primero con Rogelio… Ahora bien, ¿cómo enfocarle la cuestión? La única forma viable era contarle lo del chantaje, ¡a condición, naturalmente, de cambiar el nombre de la mujer! Sí, sí, eso era lo pertinente. Con ello incluso evitaría cualquier posible suspicacia por parte de Rogelio, pues ni éste ni nadie podía imaginar jamás que un hombre estuviera dispuesto a arriesgar tanto.

—Rogelio —le dijo en el despacho de la Constructora, rodeados de los calendarios con mujeres en bañador—, estoy en un apuro y tienes que ayudarme. He sido víctima de un chantaje y sólo tú puedes echarme una mano.

La palabra chantaje engarabitó a Rogelio, el alfiler de cuya corbata despidió chispas.

—¿De qué chantaje se trata? ¿Quién es el mentecato? ¿No se puede llamar a la policía?

Ricardo hizo una mueca.

—Nada de policías, por favor… El mentecato es una persona muy allegada a ti, Rogelio: se llama Alejo Espriu…

Rogelio se quedó desconcertado. No conseguía coordinar los elementos.

—¿Has dicho Alejo…? Pero ¿quieres explicarte, por favor?

Ricardo asintió.

—No creo descubrirte nada nuevo diciéndote que tu protegido, o como quieras llamarlo, es un pícaro de siete suelas. Si lo será, que aparte de trabajar para ti y demás, es el encargado-administrador de varios *meublés* de la localidad. Pues bien, en uno de ellos, llamado «La Gaviota», que sin duda conocerás, el muy tuno me localizó, y me localizó precisamente con la esposa de un alto funcionario de mi Banco… Ya sabes lo que son esas cosas. Total, que se me ha presentado a cobrar la factura, a cambio del silencio. Por lo visto tiene un sitio desde el cual puede contemplar a placer a todos los corderitos que entramos allí tan seguros… y el corderito, con mayúsculas, esta vez he sido yo…

Rogelio, que al oír lo de «La Gaviota» estuvo a punto de pegar un salto, acto seguido se dio cuenta de que la situación tenía su aquél, su *oremus*, como él hubiera dicho. Por un lado, le sentaba como un tiro que Alejo se hubiera aprovechado de su cargo para una felonía de ese calibre. Por otro, sentía por su «pariente» y abogado tal debilidad —sobre todo desde que se teñía las patillas—, que en seguida notó dentro de sí que, en el momento de la verdad, tal debilidad se impondría sobre cualquier consideración de tipo ético. Por último, pensar que Ricardo —¡marido de la hierática Merche!— lo pasaba bomba con la mujer de un alto funcionario del Banco lo divertía, pese a todo, y mucho; a la par que siempre era consolador comprobar que uno no era el único varón adúltero de la tierra.

—¡Caramba con Alejo…! ¡De modo que administrador de *meublés*! ¡Y el muy canalla sin decirme ni pío! —Rogelio encendió con lentitud un cigarro habano—. ¿Y en qué consiste el chantaje? ¿Qué es lo que ha pedido? Has dicho que me necesitabas, de modo que no se tratará de dinero…

—No, no, nada de eso —Ricardo Marín procuraba adoptar aire deportivo—. Su ambición… es de tipo profesional. Sencillamente, quiere que lo nombremos abogado dentro de la Agencia Cosmos… Y sabes que el conde de Vilalta, que le tiene alergia, no quiere oír hablar de ello. En resumen, que tienes que ayudarme a resolver ese rompecabezas.

Rogelio estuvo a punto de soltar una carcajada. ¡Con qué poco se conformaba Alejo! Claro que, bien pensado, profesionalmente el asunto no era moco de pavo. Sin embargo…

—¿Crees que el conde accederá fácilmente? —preguntó Rogelio con súbita seriedad.

—Con tu ayuda, así lo espero. He estado dándole vueltas… Le decimos que necesitamos de un tipo como Alejo para solucionar los chanchullos que se presentan con el personal de los hoteles… Que a nuestros abogados, digamos, serios, no les

gustan esos manejos. Lo cual, por otra parte, no deja de ser verdad… —Marcó una pausa—. ¡En fin, hay que poner toda la carne en el asador! Tú puedes garantizarle la eficacia de Alejo en determinado tipo de gestión… —Ricardo sonrió—. ¡Lo que hay que evitar a toda costa es la posibilidad de que un servidor muera estrangulado por uno de mis más fieles colaboradores!

Rogelio volvió a obsesionarse con Alejo. ¡Qué tipo! Había hecho suyas sus teorías sobre la ambición, pero el golpe era bajo y repugnante. Y si lo era, ¿por qué él volvía a advertir que, en cuanto lo tuviese delante, tan espigado y tan *gentleman*, lo perdonaría con tanta facilidad?

—Bien, Ricardo, no te preocupes. Te debo tantos favores, que puedes pedirme eso y cien cosas más. ¡Convenceremos al conde! —Pensó un momento—. Tal vez no estuviera de más echarle un poco de pimienta, de solemnidad, a la cuestión y planteársela tú y yo conjuntamente.

—Ésa es mi opinión.

A gusto Ricardo Marín hubiera dado por finalizada la entrevista, pero Rogelio le entretuvo hablándole de asuntos relacionados con la agencia, sin olvidar de vez en cuando aludir a cómo las mujeres le complicaban la vida a uno. En cierta ocasión, hacía de ello mucho tiempo, él tuvo que vaciar la cartera para taparle la boca a un conserje de hotel.

—Bueno, ¿y qué moraleja sacas de todo esto? —le preguntó Rogelio, por fin.

—Que nunca más pondré los pies en un *meublé*…

—Lo que me sorprende es que, con tu experiencia, cayeras en esa trampa. A mí esa palabra francesa me ha hecho echar siempre sapos y culebras.

Luego, en la práctica, resultó que el conde de Vilalta no puso mayores objeciones. Lo convencieron de la necesidad de contar en la organización con lo que solía llamarse «un picapleitos» —máxime si querían montar una red de salas de fiestas— y dio el visto bueno. Por lo demás, no tenía nada especial, de carácter grave, contra el tal Alejo Espriu. Únicamente que le parecía un canalla y, peor aún, que se las daba de aristócrata sin serlo. Pero si en cuestiones de negocios hubiera que cerrar las puertas a semejantes ejemplares…

Ricardo Marín suspiró, ¡por fin!, tranquilo. Y Rogelio le dio la enhorabuena. En cuanto a Alejo Espriu, recibió la noticia del *plácet* disimulando lo increíblemente contento que estaba por dentro. Continuaba viviendo en el Ritz, a cuerpo de rey. Pero aquello le permitiría alquilar un despacho-bufete en cualquier lugar céntrico, con un par de pasantes. Su hermana, Vicenta, en Arenys de Mar, al enterarse le dio un beso y, como si se tratara de su nieto Pedro, le preparó un flan riquísimo.

Dos aspectos desagradables tenía la cuestión. El primero, la reprimenda que Rogelio le soltó a Alejo. Agotó el repertorio de calificativos y latinajos. Comadreja, timador, petardista, torvo, bravucón, todo ello hasta el límite. Pero Alejo lo desarmó.

—¿Qué querías que hiciera? ¿Qué te pidiera consejo? Me hubieras echado a patadas o hubieras avisado al 091… Además, al tiempo: todos saldremos ganando con la operación.

—¡Pero Ricardo es amigo mío!

—Y yo soy amigo… y pariente. ¡No lo olvides!

El segundo aspecto desagradable afectaba a Rosy. A Ricardo le entró un miedo atroz e inventó mil excusas para ocultarlo, pero al mismo tiempo para no reincidir… ¿Cómo hacerlo? Por una parte, había pasado un trago tan amargo —y continuaba pensando en la posibilidad de que existieran fotografías—, que la sola idea de ponerse otra vez en peligro, dondequiera que fuese, lo ponía malo.

Rosy no comprendía lo que podía ocurrirle a aquel hombre del que estaba seriamente enamorada. Imaginó lo peor: que se había cansado, que ella había dejado de gustarle. De nuevo los espejos; y los maquillajes y las revistas de cirugía estética… ¡Claro, Ricardo se habría tropezado con otra mujer más joven, y adiós muy buenas! Los hombres eran así…

—No digas eso, cariño… No hay nada de eso. ¡Tengo muchas preocupaciones…! Ten un poco de paciencia y todo se arreglará.

—Se arreglará… ¿No comprendes, amor mío, que para mí cada día es un año?

El mal humor de Rosy era tan grande que creó en torno suyo un clima ácido, lo mismo en la avenida Pearson que en «Torre Ventura». ¡Cuántas bocanadas de humo a la faz de Rogelio! ¡Cuántos desplantes a Pedro y a Carol, que a veces la miraban como si fuera una extraña! Y no podía desahogarse con nadie, no podía contarle nada a Margot, ni por teléfono ni en cualquier granja de la Diagonal, tomando chocolate. El perro, *Dog*, pagó también los platos rotos. *Dog* tenía la cara redonda, las orejas rojizas y los ojos licuosos: cada día se parecía más a Rogelio.

CAPÍTULO XXVIII

El doctor Beltrán era un hombre singular. Había nacido el día de Navidad de 1901; pronto cumpliría, pues, sesenta años. El hecho de haber nacido al comenzar el siglo veinte y en la misma fecha que Aquel a quien Beatriz llamaba «Hijo de Dios» y el doctor Beltrán, partidario de matizar, «Hijo del Hombre», le permitía afirmar, en tono festivo, que reunía las condiciones necesarias para ser profeta. Pero no era profeta, sino médico. Beatriz estuvo a punto de casarse con él; pero a última hora el instinto conservador que dominaba a la madre de Margot se impuso, y Beatriz prefirió unir su vida a la de un notario, profesión que a su juicio ofrecía mayores garantías.

Andando el tiempo, el doctor Beltrán se congratuló de que Beatriz le diera calabazas. No se casó, y descubrió que la soltería era su dote más apreciable. Porque lo que mayormente amaba en la vida era la independencia. ¿Peligro de convertirse en cascarrabias? Eso no rezaba con él. Jovial por temperamento, trabajador por naturaleza, se defendía sin gran esfuerzo contra el oscuro acecho de la soledad. Su casa era alegre, porque al lado del doctor, su hermana, Carmen, acabó siéndolo también. «Haremos un pacto —le había dicho al proponerle que se fuera a vivir con él—. Teniendo en cuenta que yo no nací para ser sargento, cada día tendrás que adivinar las órdenes que yo debería darte, y las cumplirás a rajatabla. ¡Voluntariamente se entiende! A cambio, te garantizo muchos años de vida y que cada día te arrancaré dos carcajadas lo menos». Últimamente tenía un chófer particular, que lo acompañaba a las visitas domiciliarias —empezaba a fatigarse—, al que rescató de un garaje donde lo trataban mal. Se llamaba Montagut y había sido muy revolucionario. Montagut estaba encantado con el médico y con el empleo. «Nunca hubiera imaginado —le decía a su mujer—, que un hombre aficionado al tenis y a cosas por el estilo, a cosas de los ricos, pudiera ser, como lo es el doctor Beltrán, demócrata de verdad. ¡A mí que me mande lo que quiera! Estoy a su lado».

El doctor Beltrán, físicamente, tenía, como *Dog*, cierto parecido con Rogelio —corpulento, estatura mediana, brazos cortos, paso firme—, con la ventaja de no ser calvo y de haber pasado por la Universidad. Con cierta tendencia a curvar la espalda, debido a la costumbre de inclinarse sobre el lecho de los enfermos. Guasón como siempre, al terminar la carrera prometió que nunca obligaría a un paciente, al auscultarlo o mirarle la garganta, a decir «treinta y tres»; y cumplió su promesa. Su hermana le decía que al ponerse la bata blanca se transfiguraba. «¡Tonterías! —replicaba el doctor Beltrán—. Es sólo la apariencia. También los curanderos se ponen plumas en la cabeza o amuletos en el cinto. ¡Hay que impresionar a la clientela!».

Durante la guerra el doctor Beltrán prestó servicio en un hospital de urgencia, y su campechanería le salvó la vida. Los milicianos le querían tanto, que siempre le decían: «Al que intente tocarle un pelo, ¡pum!»; y volteaban la pistola. Más peligro pasó desde que finalizó la contienda, pues el hombre jamás se abstuvo de manifestar

sus opiniones y de cantarle las verdades al lucero del alba. Ahora bien, lo hacía de tal modo que a nadie se le pasó nunca por las mientes llevárselo a comisaría, ni siquiera al coronel Rivero, de cuya salud —el corazón le daba algún sustillo— estaba al cuidado.

El doctor Beltrán, lo mismo que el padre de Rosy, el doctor don Fernando Vidal, no había querido especializarse. Siempre lo atrajo ser internista, médico de cabecera. Y también esa circunstancia lo ayudó mucho, tanto mientras silbaban las balas como después. «Imagínate, Carmen —ironizaba con su hermana—, que me hubieran traído un miliciano herido en la cabeza y hubiera tenido que decirles: “Perdonad, camaradas, pero yo sólo entiendo de la región lumbar… o de los huesos del metatarso”. ¡La hecatombe!». También ahora le parecía hermoso, y le resultaba útil, atender a todo el mundo: lo mismo a su clientela, perteneciente más bien a la «burguesía» de que se hablaba en el *Kremlin*, que por las mañanas, en el Hospital, a la reata de enfermos pobres, desvalidos, que esperaban con ansia su llegada y cuyo principal defecto consistía en no saber explicar con precisión qué era exactamente lo que les dolía.

En el Hospital, su joven ayudante, el doctor Carbonell, competente pero codicioso y que andaba a la caza de una mujer rica que le instalara la consulta, lo consideraba anticuado, pero sentía adoración por él. Llevaba tres años trabajando a su lado y todavía no acertaba a explicarse cómo el doctor Beltrán, teniendo como tenía ideas tan personales, tan propias, se adaptara tan limpiamente a cualquier circunstancia.

—¿Cómo se las arregla usted, doctor, para estar de acuerdo con todo el mundo sin estarlo en el fondo con nadie?

—¿Me está usted llamando hipócrita, doctor Carbonell?

—¡De ningún modo, doctor Beltrán!

—Pues verá… No hay tal misterio. Parto de la base de que no hay verdades absolutas, Je que todo el mundo tiene su parte de razón. Esa teoría, que dicho sea de paso es de lo más elemental, me permite entenderme con todo el mundo, incluso con usted.

El joven doctor Carbonell, que sufría la tortura de sentirse muy distinto según la persona que tuviera delante, asentía con la cabeza y permanecía mirando al maestro.

—¿Podría usted decirme cómo ha llegado a semejante conclusión?

El doctor Beltrán se encogía expresivamente de hombros.

—¡Pero si lo sabe usted de sobra, amigo mío!: estudiando farmacología. ¿Es que no se ha dado cuenta? ¿Cómo se puede ser buen médico sin conocer uno por uno los ingredientes de que se compone la fórmula que se receta? ¡La bioquímica, doctor Carbonell! Viendo las reacciones que producen las sustancias, uno no tiene más remedio que admitir nuestra pintoresca limitación, y, en consecuencia, ser tolerante… Usted sabe en lo que convierte a un hombre una descarga de adrenalina, ¿verdad? A mí me interesan mucho los tóxicos… ¡Farmacología, doctor! Y aceptará usted los planteamientos ajenos con un desparpajo que lo dejará asombrado.

Por supuesto, él aceptaba los planteamientos ajenos. Lo cual no le impedía formular objeciones, con su característico léxico mordaz. Y puesto que su clientela era muy extensa, le sobraban ocasiones para exhibir sus dotes de polemista. Además, le encantaba pasar de un paciente a otro, de una a otra mentalidad. Era como un abanico que se desplegaba ante él, incitándolo a ejercitar su esgrima intelectual. Otra de las ventajas de ir convirtiendo en amigos a los clientes que trataba.

Últimamente, debido a una tozuda epidemia de gripe, que perdonó a muy pocos, tuvo ocasión de dialogar con una serie de conocidos. Con otros coincidió en otros lugares, por otros motivos, y era curioso observar cómo automáticamente se constituía en el centro de atracción.

—¡Conforme, amigo Julián! Los americanos han hecho estallar la primera bomba de hidrógeno y han botado el primer submarino atómico. Sí, ya era hora de que se produjesen esos avances, de que los médicos viéramos el interior de los cuerpos sin necesidad de hacerles previamente la autopsia, y de que mi hermana Carmen pudiera colocar en una lavadora eléctrica las batas blancas que mis enfermos, de vez en cuando, manchan con su sangre… ¡Recuerdo que mi padre, también médico, visitaba a los enfermos a la luz de una vela o de un quinqué de petróleo! Ahora bien, ¿estamos seguros de que esas conquistas aumentarán nuestra felicidad? ¿Significan que seremos más libres o que nuestra agresividad disminuirá? ¿Se molestará usted si le digo que me ha impresionado ver cómo su hijo Pablito trataba a puntapiés los costosos juguetes que tiene amontonados en su cuarto, en tanto que guardaba intacto un caballo de cartón? Ésa es la clave de la cuestión. ¿No le parece que, hasta el presente, la electrónica va por un lado y el espíritu por otro? ¿Se encontrarán algún día y se darán un abrazo? Tal vez tenga usted razón y haya que intentar a toda costa automatizarnos para rendir más. Sin embargo, yo he vivido automatizado toda mi vida, rindiendo lo mío, apoyándome en la voluntad. ¿Sistema periclitado? ¡Por favor, no olvide tomarse esos jarabes y hacerse esas inhalaciones que le he recetado! La cantidad exacta, y a las horas que le he prescrito en ese papel…

Hablando con el padre Saumells, los términos del diálogo eran similares.

—Sí, padre Saumells. Está usted pasando una dura prueba y poca gente comprende los esfuerzos que usted hace y cuáles son sus intenciones. Llegó usted muy ilusionado y se ha encontrado con una realidad más bien triste. Como médico he de darle un consejo: no se lo tome a la tremenda. Acierta usted al afirmar que el capitalismo es una provocación, y que las Sociedades Anónimas se llaman Anónimas para que nadie sepa quién explota a los que trabajan para ellas. De todos modos, exterminar a los tipos humanos como Rogelio Ventura, como Ricardo Marín —para no citar al conde de Vilalta, sin el cual no tendríamos yute para nuestras alpargatas—, ¿no cree usted que equivaldría a entregar toda la economía a una única Sociedad Anónima, elefantiásica, que sería el Estado? Ya habrá usted visto lo de Rusia, ¿no? Murió Stalin, que en paz descanse, y ahora resulta que el comunismo funcionaba bastante peor de lo que nos decían. ¡Conforme, conforme, padre Saumells! ¡Ambos

sistemas son calamitosos, claman al cielo, y a causa de ello la juventud, que es un tesoro, se rebelará! Mejor dicho, está armando ya la marimorena… Pero, entretanto, tal vez pudiéramos encontrar una solución intermedia… ¿O quizá algunos países escandinavos la han encontrado ya? ¿Qué opina usted de los países escandinavos, padre Saumells? ¡Le repito lo que antes le dije! No se lo tome a la tremenda. Ingiera sus caramelos de costumbre y cuente algún chiste de vez en cuando. ¡A menos que le guste que venga a verle cada semana en calidad de doctor!

Hablando con Jaime Amades —a quien el doctor Beltrán consideraba un ejemplar humano muy digno de atención—, el médico iba asintiendo con la cabeza, mientras le tomaba la tensión.

—Le comprendo, señor Amades, le comprendo… La publicidad es un gran hallazgo. Y ahora con la televisión, ¡no digamos! La masa es ignorante, clínicamente imbécil y ni siquiera capaz de elegir por su cuenta lo que le conviene. Entonces llega la Agencia Hércules y le dice: «¡Compre esto y lo otro!». Estoy con usted. En el fondo, es una labor social comparable a la de la Cruz Roja, en la que tanto trabaja nuestra común amiga Beatriz. Además, hay que crear estímulos, sí, señor. Despertar necesidades. De otro modo continuaríamos viviendo como vivían nuestros abuelos, que colgaban del techo del comedor un papel matamoscas, lo que objetivamente considerado era una porquería, y que sólo se limpiaban los dientes la víspera de la Fiesta Mayor… Naturalmente, no estoy seguro de que los insecticidas desarrollen la mente ni de que los dentífricos limpien el alma. Pero, en fin, señor Amades, usted ha podido ofrecerle a Charito, que por cierto es muy vistosa y agradable, toda clase de comodidades, y si no he oído mal tienen ustedes intención de hacer un crucero marítimo por las islas griegas… ¡Me parece muy bien, se lo digo de veras! ¡Ah, y no se preocupe demasiado porque su hijo, Sergio, tenga colgado en la cabecera de la cama un retrato de Lenin! Claro que puede tratarse de un rechazo contra el sistema de publicidad que usted utiliza, pero ¡quién sabe!; a lo mejor se trata de una simple jugarreta del subconsciente, de esas que Freud gustaba de analizar… Por lo demás, tranquilícese… Está usted a doce y medio de máxima y a ocho de mínima. Normal…

Con Aurelio Subirachs era distinto. Se conocían prácticamente de pequeños aunque el doctor era mayor. Simpatía recíproca: el doctor Beltrán había salvado a la esposa del arquitecto de un par de arrechuchos bastante serios. Aurelio Subirachs era un enamorado de las grandes urbes, de forma más militante aún que Julián, y eso casi llegaba a irritar al doctor. Según éste, las grandes urbes, aparte de que uniformaban el mundo, esclavizaban por completo al hombre y eran culpables de su soledad. Los ciudadanos marchaban en fila, sin llevar siquiera un número en la espalda. Barcelona, en ese aspecto, daba pena, sobre todo para quienes, como ellos, habían conocido la anterior, tranquila y sosegada. Debido a los coches y a los semáforos, los ojos humanos se habían convertido en células fotoeléctricas reactivas. Ya no se podía andar, caminar, pasear: a lo máximo a que podía aspirarse era a no morir aplastado por un camión. La técnica suplía a la cultura, a la que se le asignaba meramente el

papel de los antiguos bufones en la Corte: es decir, se le permitía que entretuviera a unos cuantos con sus críticas, pero de ningún modo que pusieran en práctica sus conclusiones. Si él, como médico, se fiara sólo de los aparatos y de los resultados de los análisis, una tercera parte de su clientela estaría ya en los cementerios… Por supuesto, no quería dramatizar, y menos con alguien que llevaba en el bolsillo un pedazo de cordel y otro de alambre… Pero era preciso destinar un tiempo a la contemplación y otro tanto a cultivar las inmensas posibilidades del propio yo. Por encima del hombre mismo no había nada, sólo mitos enfáticos y pretensiones escupibles, y rodeado de toda clase de comodidades dicho hombre podía sentirse absolutamente desgraciado. Parte de la humanidad, engreída por haberse cruzado la barrera del sonido, parecía estar olvidando un hecho tan obvio, y los resultados podían verse con sólo leer cada día las páginas de sucesos de los periódicos… Claro que no se trataba de lamentarse, sino de actuar; pero ¿acaso el pensamiento y el descanso no eran también actos? Él podía garantizarle que gran número de personas sólo se preocupaban de mejorarse a sí mismas cuando se sentían enfermas; entendiendo por mejorarse recobrar la salud. Luego, otra vez la enajenación materialista. Por cierto: ¿qué opinaba de todo eso su hijo Marcos, el que pintaba fosfenos y solía afirmar que el mundo le producía náuseas? Y, sobre todo, ¿qué opinaba Rafael, el sacerdote, cuyas primeras embestidas le habían llamado la atención? ¡Si Aurelio pudiera conseguir que Rafael tuviera una gripe benigna!: eso le daría ocasión de charlar un poco con él…

Hubo que esperar cierto tiempo a que este encuentro pudiera verificarse; y cuando se efectuó, fue más bien de rebote; es decir, quien enfermó no fue Rafael, sino su jerarca inmediato, el bueno de mosén Castelló, el cual, en el decurso de una novena que celebró en el templo a una temperatura no muy superior a los cero grados, pilló una pulmonía de campeonato, A raíz de ello, mientras mosén Castelló rezaba y sudaba en la cama bajo un cúmulo de mantas, rodeado de jarabes, inhaladores, ¡y antibióticos!, el médico y el joven sacerdote dialogaron a placer en la habitación contigua, al calor de una estufa.

Y resultó que el doctor se encontró con un hombre optimista por naturaleza, sólidamente formado, que creía también en el futuro, pero desde un punto de vista esperanzador… Lo caduco, caduco estaba y sobre ello no podía construirse nada nuevo. Jamás conseguiría que el santo varón que era mosén Castelló, después de sobrevivir a la pulmonía aceptara que instalar calefacción en la iglesia no suponía una ofensa a Dios y que los confesonarios eran como pequeñas cárceles malolientes vinculadas a la iglesia inquisitorial, y que deberían desaparecer.

—Doctor, me alegra oírle decir que hay que cultivar la interioridad de uno mismo, el propio yo. De todos modos, en terrenos como éste hay un gran problema de lenguaje, perfectamente registrable entre las diversas generaciones. Mi hermano Marcos entendería al instante lo que queremos significar; mucha gente mayor, en cambio, está tan mal acostumbrada, y eso lo he comprobado precisamente en esos

confesionarios, que si se le dice esto entiende a rajatabla que su obligación es prescindir literalmente de los demás.

—Sé que habla usted en serio, querido mosén Rafael, porque en mi profesión he comprobado algo parecido. Sin embargo, un hombre como usted, dotado y entusiasta, puede hacer mucho. Ha de dar el campanazo de alarma. Ahora bien, me preocupa una cosa: me han dicho que, dentro de su moderno concepto del ministerio sagrado, le concede usted mucha importancia a las estadísticas. ¿Es eso verdad, o se trata de una murmuración?

Mosén Rafael sonrió.

—Depende del género de estadística, doctor Beltrán. Por ejemplo, me interesa relativamente, como base para mis acciones futuras, controlar cuántas personas cumplen en la parroquia con el precepto dominical. Eso le preocupa a mosén Castelló, y no digamos al señor arzobispo. Ahora bien, enterarme, por un documento oficial de la UNESCO, que en este año de 1961 en que estamos, la mitad de toda la población mundial tiene menos de veinte años, es algo que no puede dejarme indiferente, ¿no le parece?

—¿Ha dicho usted la mitad de la población?

—Exactamente. Pero aún hay más. Acaba de celebrarse el «Día Mundial del Niño». ¡Qué raro que no se haya usted enterado! Estoy seguro de que Susana lo ha seguido al dedillo. Pues bien, al término se ha facilitado otra nota según la cual hay actualmente en la tierra más de mil millones de niños. ¿Imagina usted cuál será su mentalidad dentro de cuatro lustros? Los temores de que hablaba usted a mi padre en su conversación ¿existirán para ellos?

El doctor Beltrán se rascó el cogote y se acercó un poco más a la estufa.

—Lo que no comprendo es que hable usted de eso en tono triunfal. No se ofenda usted, pero me recuerda a ciertos oradores de la «tele»… Si no sienten esos temores —las grandes urbes, el trabajo en serie, la muerte bajo las ruedas de un camión—, ¿cómo se defenderán contra la embriaguez del progreso, contra la tendencia a carcajearse al oír la palabra nostalgia? Porque se da el caso de que lo fundamental del hombre no habrá cambiado nada cuando esos mil millones de niños tengan la edad que tiene usted ahora. Por más que ciertos órganos se adapten a la función, su psique continuará reclamando alimentos muy elementales, en tanto que el mundo externo habrá avanzado infinitamente más. En ese caso, ¿de dónde saldrá la fuerza compensatoria, cómo podrá detenerse tan gigantesco desfase?

—En mi opinión, doctor, será la propia sociedad la que fabricará los antídotos necesarios. Mejor dicho, ha empezado ya a hacerlo. Por lo demás, al hablarle a usted de los temores que los hombres del mañana no sentirán, no me refería precisamente al vértigo de la velocidad, a los rápidos cambios de color, a las urbes multitudinarias, que a eso sí que los órganos se habrán adaptado; me refería más bien a que esos hombres del futuro sentirán, como siempre se ha sentido, el horror al vacío y ya no renegarán ni del pensamiento ni de la cultura, aunque las formas de uno y otra sean

distintas. Sabrán de sobra que rodeados de robots pueden ser desgraciados.

—¿Está usted seguro?

—Seguro, no; pero así lo espero. Y me guío por mi propia intuición. Doctor, ha mencionado usted la embriaguez del progreso. ¿Puedo hacerle una pregunta? ¿Ha oído usted hablar de esa buhardilla llamada el *Kremlin*? ¡Me alegro mucho! Aunque es una verdadera lástima que no la haya visitado… Puedo garantizarle que tiene un enorme interés. Es también una intuición. Y hay millares de buhardillas como ésa, en América y en Europa, y que apuntan en todas direcciones. A ello me refería al decirle que los antídotos han empezado a funcionar… ¡Lo cual no significa que en ellas se adore a la nostalgia! En el *Kremlin* hay la cabeza de un negro sobre una columna salomónica, y ello quiere indicar que hay que acabar con la discriminación racial…

El doctor Beltrán se adaptó los lentes sobre el caballete de la nariz.

—¿De modo que, según usted, vicario de una conocida parroquia barcelonesa, hay que cifrar la esperanza en el buen funcionamiento de esas buhardillas?

—No se burle usted, doctor. Aunque en el fondo es lógico que lo haga. Millares y millares de representantes de esos menores de veinte años de que antes le hablé empiezan a predicar con el ejemplo. Mi padre, a su regreso de los Estados Unidos, habló de la cuestión también en tono jocoso; el señor Vega, un poco menos. En cualquier caso, lo cierto es que brotan por doquier gran cantidad de movimientos juveniles que no aceptan esa enajenación materialista a que usted se refirió. Algunos de esos movimientos son violentos, no se puede negar. Al ritmo del *rock and roll* y similares se destrozan escaparates, salas de espectáculos, la tapicería de los coches de primera de los trenes, etcétera; pero hay otros movimientos que son pacíficos. Yo diría que casi bucólicos. Los *beatniks*, por ejemplo. Buscan lo que usted propone: tener tiempo para pensar. Son muchachos y muchachas que abandonan sus confortables hogares y que se sientan en los parques públicos de las grandes ciudades o se van al campo, con sólo un hatillo y algún instrumentos musical primitivo…

—He oído hablar de ellos, mosén Rafael. Incluso creo haber visto alguna fotografía… La impresión que dan es de que no se lavan.

—¡Otra vez con sus ironías! Bien, bien, es usted muy dueño, doctor. Por mi parte, creo que el asunto es serio. Se dedican a trabajos manuales, primarios, como la alfarería… Llevan pantalones vaqueros. Y es curioso observar que los principales núcleos han surgido de las universidades…

—¿Tienen algo que ver con el marxismo?

—¡No, no! Precisamente lo que persiguen es la libertad.

—¿Y con el existencialismo nihilista?

—Tampoco. Por el momento, carecen de líderes filosóficos que merezcan el nombre de tales. No se trata de la negación de la realidad, ni de una invitación al suicidio. Por el contrario, más bien cantan a la alegría de vivir, y a la fraternidad…

—¿Qué significa la palabra *beatnik*?

—Eso no está muy claro. Pero, si no estoy equivocado, en su jerga vendría a

significar «romper o destrozar la mala hierba para plantar una semilla nueva».

—¿No se habrán pasado al otro extremo y serán los nuevos trovadores del ocio?

—¡Bueno! Si lo toma usted así… Yo insisto en que hacen mucho más que eso. Son un reto a lo que usted mismo ha afirmado detestar. Porque convendrá conmigo en que sería más cómodo para ellos seguir los caminos trillados y que los papás pagaran los gastos…

—Eso desde luego… Pero ¿cree usted que serán tenaces? ¿Cree usted que esos movimientos tendrán continuidad?

—¡Si ya le dije que no han hecho más que empezar!

—Mucha promiscuidad… en todos los órdenes, ¿no?

—¿Y no hay mucha promiscuidad… en nuestra respetable sociedad establecida?

—Además, hay muchos fetos que no consiguen desarrollarse…

—Yo confío en que ésos se desarrollarán… En el plano religioso, por ejemplo —porque no querría olvidarme de que es el mío—, hay un hombre que ha visto claro y que también es optimista: el papa actual, Juan XXIII. ¡Da la impresión de que no le importaría vivir en una buhardilla! ¿No lo cree usted así? Y su sentido del humor es el clásico de la juventud…

—Desde luego, la frasecita de que hay que quitar el polvo que se ha acumulado sobre la Iglesia durante siglos…

—Eso hace concebir grandes esperanzas con respecto al Concilio Vaticano II, ¿no cree?

—Con respecto al Concilio, es innegable. Pero ¿sabe usted lo que me preocupa? Si se quita ese polvo ¿qué encontraremos debajo? Y sobre todo ¿qué pasará con mosén Castelló? De la pulmonía se salvará; pero de según qué tipo de reforma le impongan…

—¡Ah, yo estaré aquí para ayudarle a soportarlo!

—¡Ni pensarlo! Precisamente será usted su dedo acusador…

—Es mi obligación, ¿no le parece?

El doctor Beltrán levantó cuanto pudo el tono de la voz.

—¡Pues mire usted…! ¡Ahora que no nos oye, le diría que sí! —Y el médico y el joven sacerdote soltaron una carcajada.

Es preciso añadir que la enfermedad de mosén Castelló no sólo contribuyó a que el doctor Beltrán pudiera ampliar el abanico de sus opiniones. Fue causa de un acontecimiento lateral, que sumió en la mayor perplejidad a mosén Rafael.

En uno de los momentos de crisis que el párroco sufrió, el hombre, que era muy aprensivo, le pidió a su joven vicario que le confesase.

Mosén Rafael pensó: «¿Qué pecados puede haber cometido este hombre, desde su punto de vista?». ¿Falta de celo en su labor? ¿Dormirse un poquitín al leer el breviario? ¿Cierta rutina en las genuflexiones ante el Santísimo o al tomar agua

bendita? Porque no era imaginable que se confesara de que, sin darse cuenta, en la parroquia disculpase con más facilidad los pecados de los ricos que los de los pobres, ni de que cultivase un tipo de religión capaz de sembrar el pánico entre los mil millones de niños que, según la UNESCO, poblaban la tierra.

Pues bien, no hubo nada ni de lo uno ni de lo otro. Ante el asombro de mosén Rafael, el reverendo Castelló se confesó, ¡por primera vez! —¿qué tipo de examen de conciencia retroactiva lo llevaría a semejante decisión?— de su ofrecimiento a las autoridades al término de la guerra civil; es decir, de haberse quitado la sotana, de haberse introducido, disfrazado de miliciano, en un campo de concentración, donde se dedicaba a escuchar las conversaciones de los demás detenidos, a los que luego denunciaba con absoluta tranquilidad.

Mosén Rafael, que jamás supuso que una cosa así hubiera sido posible —era más docto en futurismo que en historia—, tuvo que tragar saliva antes de hablar. Y entonces cayó en una tentación corriente en las confesiones: la curiosidad. Con morosidad, con complacencia, imitó la manera de hacer de su penitente en otros campos de responsabilidad y le pidió detalles.

—¿Cuántos detenidos calcula usted que llegó a denunciar?

—Pues, no sé… No podría precisarlo…

—Haga un esfuerzo de memoria, es conveniente…

—Quizá… unos cuarenta… Tal vez algo menos.

—Y… ¿se enteraba usted de la suerte que los denunciados corrían luego?

—No, eso no… —Marcó una pausa—. Sin embargo, conociendo las costumbres, no puedo negar que más o menos podía imaginarlo…

—¿Alguna pena de muerte?

—Sí, claro… Supongo que sí… Lo menos seis o siete…

Mosén Rafael, sentado al lado de la cama del enfermo, sintió que las vaharadas de alcanfor lo mareaban. Y también lo molestaba la casi absoluta oscuridad de la habitación.

—¿Se arrepiente usted de tales acciones? ¿No estaría dispuesto a repetirlas?

—¡No, no! ¡Dios mío, no!

—Todo eso es grave, reverendo… Usted era sacerdote y no tenía por qué confiar a la justicia humana la suerte de personas que sostenían ideas opuestas a las suyas, aunque en nombre de dichas ideas hubieran cometido delitos. Su cometido debió ser simplemente procurar que se reconciliaran con Dios, a través de la confesión…

—Sí, padre…

—¡Bien! —mosén Rafael suspiró. En ese momento se acordó de su juventud, ya que durante unos minutos se había sentido un viejo—. En penitencia, en la primera misa que celebre usted rezará especialmente por todas las personas que denunció. Y aparte de eso, un padrenuestro…

Mosén Castelló se movió bajo las mantas, indicio de que supuso que su vicario le impondría una penitencia mucho mayor. Precisamente había querido humillarse y

confesarse con él porque imaginaba que sería más severo que cualquier otro sacerdote de su edad o de su manera de pensar.

—Así lo haré, padre…

—Ahora, el yo pecador…

Y mosén Rafael, todavía muy mareado, le dio la absolución. Al término de ella, mosén Castelló, sacando un brazo de debajo de la manta, cogió la mano derecha del vicario, la atrajo hacia sí y se la besó.

CAPÍTULO XXIX

OCURRIERON MUCHAS COSAS. Una de ellas, que Julián llevó a Montserrat a la cama. Julián fue un día a Cosmos Viajes y en vez de pedirle a Montserrat un billete para cualquier avión, le dijo: «Necesito verte… y a solas». La muchacha traicionó todas sus ideas relativas a la «burguesía» y se dejó llevar por aquel bulto humano vigoroso y alentador. Se citaron, Julián recogió en un taxi a la exinstitutriz y tuvo la suerte de no caer en «La Gaviota». Nadie se enteró. Montserrat temblaba de emoción; Julián, un poco menos. Desde aquel día se vieron, aunque espaciadamente, y el arquitecto estaba asombrado de poder compaginar aquello con su sincero amor por Margot. Claro que de vez en cuando sentía remordimientos, pero no los suficientes como para renunciar. Por lo visto tenía razón el conde de Vilalta al afirmar que los hombres eran polígamos «por la gracia de Dios». Porque ¡él no hubiera consentido ni que le cogieran a Margot el dedo meñique! ¡Ni que ésta soñara con ello! Lo incomprensible era que arriesgase tanto. ¿Y si por un azar Margot se enteraba? Era curioso que, a veces, al ver a Susana se ruborizase… Pero la juventud y belleza de Montserrat lo halagaban, le ponían una venda en los ojos, lo arrastraban como un vendaval.

También ocurrió que Charito le contó a Sergio lo que había entre Ricardo Marín y Rosy. Es decir, traicionó la promesa que le hizo a Amades de guardar silencio al respecto. Claro que la culpa fue de la propia Rosy, que junto con Merche tuvo con Charito uno de sus clásicos desplantes. En efecto, era cierto que Amades y su mujer querían hacer, como indicó el doctor Beltrán, un crucero por las islas griegas, organizado por una compañía naviera. Luego resultó que Amades se vio obligado a cancelar los pasajes —¡imposible dejar tantos días la Agencia Hércules!— y Charito tuvo que conformarse con un viaje a Andorra. Pues bien, sus plazas las ocuparon precisamente Rosy y Merche…, pero sin dignarse siquiera decirle: «¡qué lástima!» y mucho menos invitarla, tratar de que pudiera acompañarlas. Todo lo contrario. Lo tramaron con absoluta reserva y Charito no se enteró hasta que la motonave estuvo en alta mar.

—¿Te das cuenta? —le dijo Charito a su hijo, a Sergio, después de contarle la jugarreta—. ¡Siguen tratándome como a una escoba! ¡Las muy canallas! ¡Ay, tienes razón, hijo, hablando como lo haces de esa gentuza! ¿Y quieres saber algo más? ¡Cuando las llamo reputísimas no lo hago porque sí! ¡El pobre Rogelio lleva unos cuernos como de aquí a Nueva York! —y se llevó los dedos a la frente, como si fueran antenas—. ¡Rosy se entiende con el banquero; pero así, a modo, en un *meublé* que tiene nombre de pájaro! ¡Y luego van las dos y viajan en el mismo barco! ¿Me traes un poco de sal de fruta? Todo eso me revuelve el estómago…

Sergio estuvo a punto de reírse… Casi lo consiguió. ¡Menuda noticia! Ésta no le interesó por lo que tenía de cotilleo, sino porque, en un momento determinado, podría demostrarles a Pedro, a Carol, a Cuchy —a lo mejor, a todos los del *Kremlin*— qué

clase de tipejos eran sus padres. Claro que Cuchy lo daba por descontado; pero, probablemente, refiriéndose a los padres de los demás… Lo corriente era creer que sólo llovía en tejado ajeno.

Giselle regresó a Bruselas dejando tras sí una huella de autenticidad y de marxismo. A trancas y barrancas, debido a que Sergio estaba en Milicias, ayudó a éste, en los días de permiso, a filmar un documento en una fábrica de cemento, que salió raquítico, sin aliento, por falta de medios económicos. Algunos amigos de Sergio, que nadie conocía, lo ayudaron un poco, pero no lo bastante, y Sergio no quería pedirle un céntimo a su padre, a quien ya le había hecho saber que, cuando terminase Derecho, no contase con él para la Agencia Hércules. «Has encontrado a Alejo, que es tu otro yo, ¿qué más quieres? Yo me dedicaré a lo mío, probablemente en París». Giselle, al marcharse, prometió a la pandilla del *Kremlin* que regresaría al otro verano y que probablemente permanecería más tiempo en Barcelona. La experiencia española le había interesado más aún de lo que supuso. ¡Menudos bikinis, menudas juergas a lo largo de la costa! Los turistas lo pasaban en grande y estaban dando un buen empujón al país… «Da la impresión de que a las autoridades, con tal de obtener divisas, sus ideas sobre la moralidad pública les importan un carajo».

Las relaciones entre Giselle y Sergio tuvieron la virtud de liberar a Cuchy de su obsesión por éste. Pasado el primer berrinche —quería morderlos a los dos—, en una de sus características piruetas sacó la lengua ante el espejo y exclamó: «¡Que se vayan al diablo!»; y a partir de ese momento empezó a hacerle caso a Laureano, aunque éste no acababa de acostumbrarse a la idea de que la cosa fuera de verdad.

Laureano, en aquellos meses, había de ser protagonista de pequeños acontecimientos. Continuaba yendo con Pedro a San Adrián a visitar al padre Saumells —desobedeciendo las órdenes de Julián—, y se daba la circunstancia de que el religioso empleaba a menudo el mismo lenguaje que Giselle, o por lo menos se refería a los mismos puntos.

Evidentemente, la sociedad que los rodeaba era escandalosamente hipócrita, y los ejemplos podían alinearse. Mientras los espectáculos que se desarrollaban en las playas, salas de fiesta y demás no hacían reaccionar en absoluto a los representantes del orden público —los cuales, al parecer, tenían orden de hacer la vista gorda con los extranjeros—, para el consumo interno de los españoles —censura de libros, de cine, de teatro, ¡de televisión!— el criterio que se seguía era casi trapense, o digno de mosén Castelló después de purificarse con su confesión. Pero lo más grave era que con las familias ocurría algo similar. Matrimonios que en Barcelona guardaban la compostura y todos los preceptos habidos y por haber, hacían frecuentes escapadas a Perpiñán para ver la última película de Brigitte Bardot, o se iban a Montecarlo a jugarse los cuartos a la ruleta. Muchos colegas de Julián —y no digamos de Rogelio — daban la impresión de que no les importaría derribar la Catedral para levantar allí un edificio moderno para despachos, y, según Marcos, el arte «vanguardista», que básicamente pretendía reflejar la miseria subyacente por doquier, bajo toda apariencia

—paredes desconchadas, guijarros inertes, el alma solitaria y los mismísimos excrementos—, gracias a los *marchands* estaba vendiéndose a precios fabulosos.

Laureano y Pedro estaban impresionados ante la retahíla de ejemplos de este jaez, y no lograban comprender que los superiores del padre Saumells, viendo lo que éste sufría en el Colegio de Jesús, le negasen el permiso para instalarse en San Adrián de modo permanente, como era su deseo. Al fin y al cabo, en las iglesias céntricas de Barcelona sobraban sacerdotes, opinión compartida, ¡cómo no!, por mosén Rafael. Beatriz, Margot, Gloria, ¡Amades, Merche, Rosy! hubieran podido comulgar, en sus barrios respectivos, veinte veces al día; en cambio, la barriada en que el pequeño Miguel vivía, que albergaba ya unos cuarenta mil vecinos, según cálculos del padre Saumells, estaba completamente desasistida. Las viejas que cruzaban a destiempo la vía del tren podían sufrir un accidente grave —e incluso morir—, lo mismo que las niñas de piernas fláccidas que iban a por agua, sin posibilidad de tener al lado un cura. Y el cementerio era un lugar tan lógico, a cien pasos de donde residía Miguel, que no asustaba a nadie. Los chiquillos, dándole sin saberlo la razón a Julián, continuaban garabateando en sus tapias palabras soeces, extraídas del léxico de Charito.

—Padre Comellas —le preguntaba el padre Saumells—, ¿qué puedo hacer?

—Lo mismo que hasta ahora. Obedecer…

—No sirve para nada.

—Está usted equivocado. Los alumnos del Colegio de Jesús no lo olvidarán a usted nunca. Ni los ricos ni los pobres —el padre Comellas lo miraba con afecto y añadía—: Y yo tampoco…

El padre Saumells por un momento se sentía estimulado, pero luego les decía a Laureano y a Pedro: «Todo inútil».

Laureano discutía a menudo con Susana sobre sus respectivos estudios. Susana se lamentaba también con su hermano de la indiferencia que flotaba sobre la Facultad de Medicina, a la vista de tanta dolencia incurable y de tantos cadáveres al día. Laureano le decía:

—Es curioso. Mamá insistiendo siempre en que la arquitectura a la larga deshumaniza, debido a tanto cálculo objetivo, y ahora resulta que la profesión que tú has elegido es peor.

—¡No digas eso! —protestaba Susana—. La medicina no deshumaniza sino a los que ya lo estaban antes de empezar. ¿No ves al doctor Beltrán? La arquitectura, con las construcciones en serie, con los bloques que parecen cárceles, desde luego puede haceros mucho daño… Pero cuando el médico se encuentra ante el paciente prescinde de todo lo que te he dicho y se muestra tan humano que es capaz de inyectarse él mismo lo que sea o de sorber los mocos del recién nacido. ¡En ese momento ama, ama de verdad!

—Éste es el juego del gato y el ratón, querida… En primer lugar, hay muchos médicos incapaces de inyectarse nada. ¿Qué opinas del doctor Martorell? Y tú misma

has contado del Seguro y del Hospital cosas que ponen los pelos de punta. En segundo lugar, un arquitecto consciente, al proyectar un edificio, piensa también, ¡amándolas!, en las personas que habrán de habitarlo. Y en cuanto a las construcciones en serie y a los bloques que parecen cárceles, obedecen a una necesidad: las masas se incorporan a la vida social y hay que colocar a la gente en algún sitio mejor que en las barracas.

—¡Bueno! Supongo que el problema es muy parecido. Que en muchos casos lo que falla no es la honestidad individual, sino el sistema, la organización. ¿Te haces cargo? Unos y otros están desbordados. Es de esperar que algún día eso se resolverá.

En el fondo, tales diálogos no dejaban de tener su encanto. Por lo menos, eso opinaba Margot, si por casualidad, o porque estaba al quite, alguna vez los oía. Susana no preocupaba a Margot, ¡pero sí Laureano! ¡Tenía unas salidas! Se cumplían en él los vaticinios del padre Saumells. Y el muchacho recitaba de vez en cuando para sí unas extrañas estrofas referentes a que «todos los perros debían estar juntos bajo el mismo árbol». ¿Qué podía significar? ¿Algo equivalente a la pregunta: «Mamá, ¿por qué tú eres la señora y Rosario la criada?»? Y por supuesto, bastaba que apareciese un cura en la «tele» dispuesto a pronunciar un sermón para que el chico pegara un salto en el sillón y exclamara: «¡Vaya! ¡Otro rollo!»; y se iba a su cuarto. Lo que era de lamentar, sobre todo si estaba delante Pablito, que había ingresado ya en el Colegio de Jesús.

Margot no quería de ningún modo que Laureano se le escapase. Y puesto que seguía considerando que la música era vehículo de perfección, estaba siempre dispuesta a tocar el piano para él, aunque no siempre el repertorio que elegía era de su agrado. Últimamente le pedía con frecuencia que la acompañara al Palacio de la Música cuando daban algún concierto que valiera la pena. ¡Julián no tenía nunca tiempo!; Margot tampoco, pero se las ingeniaba para encontrar un hueco.

A raíz de esto Margot y Laureano vivieron juntos una escena singular. Anuncióse la actuación, en dicho Palacio de la Música, de un sacerdote francés, el padre Duval, que acompañándose a la guitarra había empezado cantando por los cafés y tabernas de París, con gran éxito, al parecer, canciones en las que hablaba de Dios. No se sabía si tenía una gran voz, si era un gran artista, pero al parecer arrebataba a los oyentes. Lo llamaban eso, «el juglar de Dios», y ya se atrevía a presentarse en salas de concierto. Una vez más Margot se preguntó por qué esos hallazgos, esos pioneros —*l'abbé* Pierre era otro ejemplo— surgían siempre de la vecina Francia.

—¿Qué te parece, Laureano? ¿Vamos?

—¡Desde luego! Eso no me lo pierdo yo.

Susana quiso también acompañarlos. Y recibieron un impacto de los que hacen época. El Palacio de la Música estaba abarrotado de un público expectante y el padre Duval solo en el escenario, a la luz de los focos, con su aire ascético, su guitarra, su escasa voz un tanto temblorosa, sus canciones mezcla de tristeza y de esperanza. Aquello era muy distinto de un Elvis Presley o de un Bill Halley con el *rock and roll*,

y también muy distinto de Giselle. El padre Duval protestaba admitiendo en sus letras, que él mismo componía, que las noches eran a veces largas y angustiosas, pero que el quid estaba en pedirle a Dios que precisamente se hiciera presente en medio de la noche. Y repetía que todos éramos hermanos. Pero no decía «perros bajo un mismo árbol», sino hombres y almas bajo un mismo cielo estrellado.

A Margot se le saltaban las lágrimas y el Palacio de la Música se venía abajo. ¿Habría muchos matrimonios de los que hacían una escapada a Perpiñán? No se sabía. Susana permanecía extática como ante una aparición. La reacción de Laureano fue distinta. Admiró al padre Duval por su valentía, por su sinceridad, porque su rostro y su aureola no mentían y lo imaginó perfectamente tocando en la taberna «La Chata», del barrio de Miguel en San Adrián; pero por segunda vez —la primera fue en la «tele»— se vio a sí mismo actuando y enardeciendo a la multitud. Y es que se dio cuenta de algo tópico y fundamental: con un micrófono en la mano no hacía falta ser tenor italiano. Bastaba con ser poeta… y con que las letras tuvieran intención. Y la música un ritmo contagioso. Ahora bien, ¿era él poeta? ¡Solista de la Tuna, nada más! Su más ferviente admirador —que también estaba en la sala— era Narciso Rubio, que tenía la desagradable manía de escupir, lo mismo para mostrar asentimiento que lo contrario. ¡Él no era poeta! Él iba para arquitecto… humanizado, nada más. No obstante, ¡qué hermoso tener, como tenía el padre Duval en aquella velada, a unos cuantos millares de oyentes pendientes de la propia voz y de los propios movimientos!

En la segunda parte del programa, el padre Duval logró todavía una mayor concentración y con sólo dos palabras en los labios —Dios y los hombres— enardeció al Palacio de la Música y prácticamente convirtió a Margot en un mar de lágrimas.

Al día siguiente todos los periódicos publicaron entrevistas con el padre Duval y las declaraciones de éste fueron un modelo de sensatez y de fe humilde y tenaz. No se parecía en nada al padre Saumells ni a mosén Rafael; era un romántico, un enamorado de las melodías sencillas; era, ni más ni menos, el «juglar de Dios».

Laureano pasó unos días obsesionado por la figura de aquel hombre que se había dicho a sí mismo: «puesto que ellos no vienen a mí, yo iré a ellos». ¡Claro, seguía sin renunciar a cantar también en los cafés y en las tabernas! Pero ¿cómo era posible que los clientes de dichos establecimientos no le dijeran: «¡Lárgate!»? Era por su tez pálida, por su aureola, por la cálida autoridad de su guitarra.

Laureano habló con Cuchy del fenómeno y Cuchy le dijo:

—¡Sí, si estuvo en la radio! Es un tío… No creo que haya truco, no. Pero ¡qué más da! ¡Supongo que tiene un pasado horrible y quiere lavarlo! ¿Me das un pitillo? Me gustaría hacer un guión de su vida. ¡A lo mejor nos saldría un Verlaine harto de beber! O es hijo de un *clochard* de los puentes del Sena. ¡Ya no me fío de nadie! ¿Viste la que me hizo Sergio? Pero ahora te tengo a ti… ¡Oye! ¿Por qué no das tú un recital en el Palacio de la Música? Claro que ¿qué ibas a cantar? ¡Si no conoces nada

de la vida, ni has pasado ninguna noche angustiosa, como no fuera cuando tuviste la gripe! De todos modos, podrías hablar del beso que voy a darte dentro de pocos segundos… ¡Anda, prepárate, que se acerca Carol y quiero que lo vea! Y deja en paz al padre Duval…

Llegó Carol y le hablaron del sacerdote. Prometió comprar un disco suyo.

—Sin embargo —dijo—, no creo que tenga ritmo, no creo que sirva para bailar…

En la Facultad de Filosofía y Letras era corriente la opinión de que nadie podía amasar una cuantiosa fortuna sin emplear medios ilícitos o lesionar los intereses de los demás. Dicha opinión había dado mucho que pensar a Pedro, quien hasta entonces se había abstenido de indagar las posibles causas de los éxitos financieros de su padre. Tampoco lo hacía a la sazón, pero un sexto sentido le indicaba que no todo debía de ser trigo limpio en la cuestión. De modo que el muchacho se sentía menos ufano que antes con el emblema o símbolo de «Construcciones Ventura, S. A.», es decir, del monigote de goma hinchado y sonriente. Además, había cazado al vuelo frases elocuentes: «hay que luchar, luchar»; «hay que abrirse paso a codazos»; «duro, duro con ellos». Sinónimos de «el fin justifica los medios». Resumiendo, hacía mucho tiempo que Pedro no conseguía evitar una mueca al ver cómo se derrochaba el dinero en la avenida Pearson y en «Torre Ventura».

Sin embargo, las disputas entre Pedro y Rogelio se habían basado fundamentalmente en la vocación del muchacho, en la carrera que éste eligió; pero, últimamente, sin saber por qué, y precisamente cuando en la casa se festejaba algo, un aniversario, lo que fuere, que invitaba a la alegría, los ánimos se encrespaban y tenía lugar alguna escena borrascosa. Desde luego, al margen de la opinión sobre los negocios, eran muchas las cosas de Rogelio que desagradaban a su hijo: que Rogelio sintiera tanta pasión por el fútbol —si el *Barça* perdía estaba tres días de mal humor —; que en la mesa se refocilara con los mondadientes; que, con los viajes que había hecho a Madrid, sólo una vez se le ocurriera entrar en el Museo del Prado; que apenas hablara de su madre y de sus dos hermanos, que vivían en el plantío de Llavaneras, etcétera. ¡Precisamente Pedro estaba orgulloso de sus parientes! Desde que tenía coche iba a verlos de vez en cuando. De sus tíos le gustaba la sensación que daban de seguridad, de estar en el sitio que les correspondía; de la abuela le gustaba todo, hasta la manera de cortar las rebanadas de pan.

El día del cumpleaños de Carol no fue excepción. La tradición se mantuvo. El hecho empezaba a ser tan automático, que Rosy le había dicho varias veces a Margot: «Tiemblo cuando se acerca el domingo o una fiesta cualquiera. El año pasado, el día de mi santo, creí que Rogelio echaba de casa a Pedro».

Con frecuencia la causa desencadenante era minúscula. Un comentario poco afortunado de alguien; alguna respuesta altiva de una sirvienta; *Dog*, que se ponía pesado, o cualquier noticia que trajese el periódico.

En el aniversario de Carol el factor determinante fue el porrazo que Pedro se

había dado la víspera con el coche. Era el tercero del mes. Los dos primeros fueron simples rozaduras, pero este último suponía tres semanas de reparación.

Rogelio preguntó:

—¿Cómo ha sido eso? A ver, explícate.

—Culpa mía, por supuesto —confesó Pedro—. Bajaba por las Ramblas y me distraje con los quioscos de libros. El volante se me fue un poco hacia la izquierda y embestí un taxi. Lo lamento.

Rogelio, que sentía un respeto reverencial por los coches, movió la cabeza varias veces consecutivas.

—No debí comprarte el coche. Te retirarán el carnet. O te pegarás una torta que saldrá en la página de sucesos.

El tono le salió desabrido y Pedro se colocó a la defensiva.

—Te he dicho que lo lamento, papá.

—Ya lo sé. Pero ándate con más cuidado.

Se produjo una tregua que hubiera podido imaginarse era de paz. Nada de eso. El clima era ya propicio para que brotase la chispa. Y el ruido de los cubiertos comenzó su tarea.

—Llama para que traigan el champaña, Carol.

—Sí, papá.

Otro silencio. Rosy se dio cuenta de que Rogelio estaba de mal humor. No soltaba ninguna de sus carcajadas y se secaba los labios con la servilleta desplegada.

—¿Y tú, Carol? ¿En qué empleas las larguísimas horas que tiene el día? Te he perdido un poco la pista.

Carol miró con asombro a su padre.

—¡Pero, papá! ¿No sabes que voy al Instituto Británico y al Instituto del Teatro?

—¡Es verdad! Quieres salir en la «tele», como Mari-Tere… Y además, hablando en inglés. ¡Bien, hija! El examen de Estado falló; a lo mejor con eso te sales con la tuya.

De nuevo el tono de Rogelio, bien a su pesar, le salió duro. Por supuesto, algo había leído en el periódico que le hizo poca gracia algo relacionado con la vida sedentaria, con la obesidad o con la economía. Por fortuna, en aquel momento llegó el champaña, con el que era preciso brindar en honor de Carol, y el hombre hizo marcha atrás. El tapón salió disparado hacia el techo, y Rogelio empezó a llenar las copas.

—Bien, dejemos esto por hoy. ¡Por muchos años, Carol! ¿Te acuerdas, Rosy, del día en que la niña nació?

—¿Cómo no voy a acordarme?

Todos bebieron, todos se rieron un poquitín y bromearon sobre lo fea que era Carol al llegar al mundo. Rosy aludió a su crucero por Grecia, contándoles una vez más que la bebida más corriente en el país era el agua. «¡Hay que ver lo que les gusta el agua a los griegos! En todas partes sirven un vaso así de grande. ¡Y hay que

beberlo! Merche no podía más…».

Carol, que no hizo el menor caso del agua griega, preguntó con coquetería:

—Pero ¿tan fea me trajiste al mundo, mamá?

—¡Un horror! —insistió Rogelio, animándose—. Te juro que entonces nadie hubiera podido sospechar que algún día querrías ser una *vedette*.

Pedro, que también había leído en el periódico algo que no le había gustado —Agencia Cosmos inauguraría otros dos hoteles, esta vez en Calella—, miró con fijeza a su padre, Y advirtió que éste, como siempre, para evitar flatulencias, se había echado migas de pan en el champaña, migas que atraían hacia sí los ácidos. El muchacho no supo lo que le ocurrió. Hubiérase dicho que le entraron de pronto ganas de pelea.

—Ojalá Carol saliera una buena actriz, ¿no te parece papá?

—¡Psé! Te diré…

—No pretenderás que todo el mundo se dedique a los negocios…

Rogelio se bebió con calma el champaña, paladéandolo. Su ventaja era ésta: sabía esperar.

—Te he dicho muchas veces —intervino por fin— que los negocios son también un arte. Tú no lo crees así, claro. Las finanzas son para los tontos, ¿verdad?

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo piensas. No recuerdo que una sola vez se te haya ocurrido a ti pasar por la Constructora o por la Agencia Cosmos.

Pedro apuró de un trago el líquido que tenía en la copa. Luego contestó:

—Tampoco recuerdo que una sola vez se te haya ocurrido a ti pasar por la Facultad. Y sabes que mis estudios son para mí tan importantes como para ti tus despachos.

Rogelio se encogió de hombros.

—La filosofía no es mi fuerte, ya sabes. —Y añadió—: Y alguien tiene que pagar las facturas, ¿no es eso?

Rosy tosió. Se dio cuenta de que Rogelio había cometido uno de sus clásicos errores. Pedro endureció sus facciones hasta el límite, más que en las fotos «expresionistas» que tenía en su cuarto, y replicó:

—Escucha una cosa, papá. En lo que va de mes, es la tercera vez que me echas eso en cara. Si te soy una carga, ¿por qué no hablas claro, por qué no me dices «me he cansado» y se acabó la cuestión?

Rogelio no se inmutó.

—¡Alto, muchacho! Si me hubiera cansado, te lo habría dicho. Simplemente quiero que sepas que todo esto —y Rogelio miró alrededor, a la casa confortable y al jardín exótico que se veía a través de la ventana— me ha costado mis sudores.

Pedro se echó para atrás, en postura irónica. Recordó los comentarios de la Facultad y las frases «hay que abrirse paso a codazos», «duro, duro con ellos». No aludió a eso, pero dijo:

—Que yo recuerde, no te he pedido nunca nada. Carol y yo estamos aquí porque vosotros lo quisisteis —miró también a Rosy—. Partiendo de esta base…

La chispa había brotado. Rosy se irritó lo indecible ante la salida de tono de Pedro. Rogelio dudó entre soltar un taco o pegar un puñetazo en la mesa. Prefirió lo primero.

—¡Coño con el crío! ¡Nos ha salido fanfarrón… y amargado! Porque… tú eres un amargado, ¿verdad, niño? ¿O prefieres que te diga con franqueza lo que eres?

Pedro se había engallado.

—Puedes decir lo que quieras. Te escucho.

Rogelio contrajo las manos como si apretara algo. No esperaba el reto de Pedro. La indignación le salía por los ojos. Pero decidió contenerse.

—Mejor que no lo diga… por ahora. Pero todo llegará.

Carol intentó salvar la situación. Les recordó que era su cumpleaños y que en honor de todos había estrenado aquel flequillo que le llegaba hasta las cejas.

—¿No te gusta mi flequillo, papá? Mírame bien… —abrió los brazos como queriendo abarcar a toda la familia y añadió—: ¿Por qué no podemos vivir en paz?

—Eso digo yo —intervino Rosy.

Todo inútil. Se enfrentaban dos soberbios, y un flequillo era poca cosa para conseguir que cedieran.

Rogelio volvió a la carga. Pero esta vez sin especulaciones ni rodeos. Le dijo a Pedro, primero, que seguiría considerándolo un amargado mientras no le demostrara lo contrario. Segundo, que en adelante no se tomaría la molestia de interesarse por los porrazos que pudiera pegarse con el coche. Tercero, que le gustaría aclarar sin dilación por qué no utilizaban el famoso *Kremlin* simplemente para bailar y divertirse, sino que se lo brindaban a Sergio para que soltara sermoncitos que no venían a cuento. «Por lo visto os lo pasáis en grande, ¿eh? Y en la despedida de esa tal Giselle, que al parecer comparte las ideas de Sergio, refiriéndoos a las Milicias, hablasteis del uniforme y de la bandera como si fueran trapos sucios. ¿Puedo saber lo que significa todo eso?».

Pedro comprendió por dónde iban los tiros. ¡La política!

—Esa buhardilla forma parte de mi mundo —dijo—. Estamos a gusto allí. Hay una máscara de Carnaval y un columpio. Y una talla de madera con la cabeza de un negro. Y una pecera con unas monedas dentro, ahogadas las pobres. Pero la cosa no va por donde piensas. Sergio dice lo que se le antoja, como todos; en cuanto a mí, es cierto que la idea de vestirme de caqui y de coger cualquier arma me saca de quicio. Sin embargo, no temas, todavía no soy comunista… —Marcó una pausa—. Me asquea, desde luego, la futilidad de tanto lujo —miró en torno, como anteriormente lo hiciera Rogelio—, pero no me atrevería a afirmar que el comunismo sea la solución ¡Es una pena que mi padre no lea *La Codorniz* de vez en cuando! Le pusimos el *Kremlin* como pudimos ponerle el Taj Mahal o el Vaticano. Se nos ocurrió porque habíamos colgado allí el cuadro de *Guernica*, de Picasso. —Pedro añadió—: Habrás

oído hablar de ese cuadro, ¿no es cierto? Y de Guernica también, supongo…

Rogelio hizo un mohín.

—Has dicho, si mal no recuerdo, que no te atreverías a afirmar que el comunismo sea la solución. ¿Podría saber a qué tipo de solución te refieres?

—Pues… no sé. —Pedro miró a la chimenea—. Por ejemplo, a la posibilidad de que todo el mundo pueda calentarse en invierno…

Rogelio acertaba a duras penas a dominarse. Había rodeado a Pedro de comodidades y el tiro le había salido por la culata. Se acordó por un momento de las ideas de Montserrat, la exinstitutriz.

—Quieres redimir a la humanidad ¿no es eso? ¿Puedes decirme qué has hecho hasta ahora en tal sentido? Yo doy trabajo a mucha gente y además la pago bien. ¿Crees que he de repartir lo que he ganado?

Pedro se encogió de hombros.

—No se trata de una acción individual, aunque eso también cuenta. Es todo el montaje el que falla. En Barcelona hay casi más Bancos que escuelas. Y eso ha de acabar un día u otro.

Rogelio, de pronto, empezó a sentirse a sus anchas. Parecióle que los argumentos de su hijo eran débiles.

—Ya… Lo que quieres es la igualdad para todos. ¡Durante la guerra oí hablar de eso! Y a los dos meses unos eran comisarios y otros no. —Pedro callaba y Rogelio remachó—: ¿Tienes tú la misma mentalidad que Trini, la sirvienta? ¿Quieres que tus catedráticos se pongan a fregar platos?

Pedro tuvo un gesto displicente.

—No es por ahí… y tú lo sabes. Sé que hay diversidad de talentos, y hasta de condiciones físicas. Pero el que se dedique a fregar platos ha de ser respetado como cualquier otro y ha de tener las mismas oportunidades.

—Comprendo. Las teorías del padre Saumells. ¿Y qué hacemos con los holgazanes?

—A ésos la vida se encargará de darles su merecido.

—En ese caso, he de repetirte que todo lo que tengo se lo han merecido estas dos manos —y las mostró en la mesa, abriéndolas de par en par.

—Admitamos que la cosa ha sido así… ¿Crees que ello te da derecho a organizar cócteles a base de ciento cincuenta invitados, como cuando la puesta de largo de Carol? ¿Y a servirles caviar? ¿Y a comprar esas dos lacas chinas —las miró— sin que te importen un bledo? —Pedro, aupado por sus propias palabras, miró a Rosy—. ¿Y mamá? ¿Cuánto dinero tiene en joyas? ¡Cuando os vais a cenar por ahí parece un escaparate! Un escaparate… espantosamente ridículo.

Rosy, que no esperaba el ataque, se descompuso.

—¿Qué te pasa con mis joyas? —se defendió—. ¿Es que no tengo derecho a ponérmelas? ¿Qué tienen de malo? —y adviniendo que Pedro miraba con sarcasmo sus pendientes añadió—: ¿O va a resultar que sí, que defiendes los pañuelos rojos en

el cuello y las alpargatas? ¡Nunca creí que fueras capaz de insultarme de esa manera!

Pedro, súbitamente, pareció serenarse.

—Mí intención no ha sido insultarte. Lo que he buscado es un ejemplo. ¿No comprendéis que estoy hablando de símbolos? ¡Es todo vuestro tipo de sociedad lo que me produce malestar! No puedo con ella, ésa es la verdad.

Rogelio volvió a erigirse en protagonista.

—Tu madre tiene razón, estás borracho. Vives en las nubes. Ignoras lo más elemental: que para que la sociedad funcione hay que comprar lacas chinas, pendientes y hacer circular el dinero. De lo contrario, todo el mundo a pedir limosna.

Pedro se rascó la cabeza.

—Conozco la canción. Pero entretanto, las tres cuartas partes de la humanidad se muere de hambre.

—¿Y qué quieres? ¿Que los invite a todos a caviar?

—Te repito que lo que falla es el montaje, el sistema. Y que los hombres de tu generación, y los de las anteriores, en vez de afrontar el problema sobre esta base, os dedicasteis a organizar vuestras famosas guerras…

—¡Vaya con el mocoso! Otra vez la cantinela de la guerra. ¿Crees que la hicimos por gusto? Si tomamos un fusil fue precisamente para defender lo que tú mencionas tanto en tus artículos: la libertad. Y porque nos pegaban cuatro tiros si llevábamos corbata. ¿A que nunca le preguntaste a Margot por qué mataron a su padre y quién lo hizo? Lo hizo esa gentuza que ahora te da a ti tanta lástima. El padre de Margot era un hombre honrado y había trabajado toda su vida, como tantos otros.

Pedro no se arredró.

—Eso no cambia los términos de la cuestión. Esa gentuza, como tú la llamas, era ignorante. La falta de escuelas no es cosa de hoy… Y la culpa de ello la tenían los de arriba. La guerra fue un desatino y te repito que a lo que hay que aspirar es a que lleve corbata todo el mundo. En cuanto a que defendisteis la libertad, yo no veo ahora libertad por ningún lado.

Rogelio, al oír esto, puso cara apoplética.

—¿Por qué dices que no hay libertad? ¿Qué entiendes tú por libertad, vamos a ver?

Pedro volvió a encoger los hombros.

—Eso sería muy largo de explicar… Y tampoco lo comprenderías. Ni tú ni ninguno de los que ganasteis.

—¡Sistema perfecto! —replicó Rogelio—. Sería muy largo de explicar… Nosotros no comprendemos nada. ¡Claro, claro! Los que tenéis experiencias sois vosotros. Todavía andáis con el biberón y ya habéis encontrado la piedra filosofal.

—Nosotros no pretendemos haber encontrado nada —contestó Pedro—. Lo único que sabemos es que vosotros fallasteis y que continuaríais cerrando el paso a todo lo que atentara contra vuestros privilegios. Si me lo permites, confío en que la juventud, en cuanto consiga dejar el biberón, sabrá hallar otras soluciones.

Rogelio se disponía a contestar, pero esta vez se le anticipó Rosy.

—Estás jugando a lo fácil, Pedro. Acusar está al alcance de cualquiera; poner el remedio… es cosa de hombres de mucho fuste. Y desde luego, en todo caso hay que empezar por hablar sin resentimiento. Y tú estás resentido. De acuerdo con que hay que mejorar las cosas; pero siempre respetando ciertas reglas… ¡Por favor, déjame terminar…! Para empezar, has olvidado algo elemental en un muchacho que se las da de redentor: que con quienes estás hablando es con tus padres. Nunca jamás me hubiera yo atrevido a hablarles a los míos en el tono en que tú lo haces.

Pedro asintió repetidamente con satisfacción, como si acabaran de suministrarle el argumento definitivo.

—¡Ahí está! Lo que pensaban los padres no se podía discutir. Anatema. La rotura empezaba ahí. Tampoco se podía discutir lo que decía el maestro ni lo que decía el confesor. Es cierto que nosotros no hemos encontrado la piedra filosofal, y que encontrarla no es fácil; pero por lo menos hemos barrido unos cuantos tabúes. Por de pronto hemos encontrado eso: la comunicación. Tal vez sea ésa la primera definición de lo que entendemos por libertad… —Miró a su madre con gran seguridad y prosiguió—: Reconoce que si no le decías a tu padre lo que pensabas era por miedo. Y el miedo convierte a las personas en hipócritas.

Rosy protestó.

—No se trata de miedo. Se trataba de respeto. Hay jerarquías que es preciso respetar.

—Sí —insistió Pedro—, pero hasta cierto punto. La jerarquía no es un problema de escalafón. Es algo que en todo caso hay que ganarse a pulso. —Marcó una pausa y concluyó—: Otro de nuestros descubrimientos es la sinceridad.

Rogelio, ¡por fin!, acertó a sonreír.

—Ya salió la palabrita. Vuestro gran hallazgo es la sinceridad. No es la insolencia, ni la desfachatez; es la sinceridad. ¡Adelante, pues! ¿Por qué no eres sincero contigo mismo, con tus ideas, y empiezas a vivir por tu cuenta? Hoy mismo podrías hacerlo, y de paso le das una lección a tu madre; te vas al garaje y les dices que, cuando tu coche esté arreglado, lo regalen al limpiabotas de la esquina…

Carol, sin saber por qué, sintió ganas de aplaudir a su padre. Pero la expresión de Pedro le impidió hacerlo. Pedro se había quedado meditabundo, No en vano se había culpado muchas veces a sí mismo de inconsecuente. ¡Sí, acusar era más fácil que pasar a la acción! Entonces pensó que sus padres eran los primeros culpables de su falta de reflejos. En efecto, desde que nació lo educaron para que entrara en su terreno, lo mismo que hicieron con Carol. Condicionaron su voluntad. ¡Lo llevaron al Colegio de Jesús! Por lo tanto, eran responsables incluso de su inconsecuencia…

Así lo manifestó, con acento en el que se mezclaban la frustración y la dignidad, añadiendo luego que ese aspecto de la cuestión cada vez lo dañaba más hondamente; y que, por descontado, no había dicho al respecto la última palabra…

Rosy se alarmó. Veía capaz a Pedro de romper cualquier día la costra que se

interponía entre sus ideales y su vida real. ¡Los títulos de los libros que tenía en su cuarto! Por el contrario, Rogelio apuró los restos de champaña, convencido de que había machacado a su hijo y de que éste continuaría especulando, colgando cuadros de Picasso, ridiculizando en sus gacetillas universitarias al exrey Faruk y a la «sociedad burguesa», llamando hipócritas a todas las generaciones anteriores a la suya; pero incapaz de renunciar a sus prebendas.

—¡Bien! —concluyó, levantándose de la mesa—. Creo que hemos llegado a un acuerdo, ¿verdad?

Pedro lo miró con la misma intensidad de siempre y contestó sencillamente:

—No.

Pedro, que no tenía nada de frívolo, hubiera querido admirar a sus padres y no lo lograba. Tampoco lograba ser valiente. Fue sincero al advertirles que tocante a sus «inconsecuencias» no había dicho su última palabra; al quedarse solo se dio cuenta de que por el momento no tomaría ninguna resolución práctica, que ni siquiera prescindiría del coche, que fue el reto que más le dolió. Pensó que el coche no era ningún lujo, sino una necesidad «para ir a la Facultad y para trasladarse de un sitio a otro», como lo demostraba que el padre de Marcos acababa de regalarle a éste uno de segunda mano, más potente que el suyo.

En el *Kremlin* se desahogó con sus compañeros sobre la escena familiar. Andrés Puig opinó que Pedro veía fantasmas donde no los había. Él no discutía con su padre: lo explotaba nada más. «He encontrado un recurso que me va de maravilla. Le digo que es el hombre que más entiende de joyas de Europa, y él tan pancho. Y mi madre otra que tal. Le doy mi palabra de que no tendrá jamás ninguna arruga y me llena de besos». Por su parte, Jorge Trabal dijo: «Tu padre tiene razón en una cosa: eso de redimir al prójimo es un mito. Cristo lo intentó y ya ves: andamos todavía a cuatro patas. El noventa por ciento de la gente es deficitaria mental. Morimos tan pronto, que no nos da tiempo a mejorar».

Cuchy era de otro parecer. Le había dado por acariciar siempre la cabecita del negro, representante de las razas oprimidas. Ella insistía en que todo intento de aproximación con los padres era inútil, debido a la diferencia de edad. «Ya conocéis mi teoría: son unos vejetes. Tu padre, Pedro, tan gordito y tal, cualquier día os da el susto del siglo. No entienden nada. Les dices cuchara y entienden camisón, les dices negro y entienden arco iris. ¡Tú a lo tuyo! Ellos han bailado ya lo que les correspondía. ¡Y eso que mi madre se las da de modernísima…!».

Laureano y Susana trataron el tema con más respeto, sobre todo la muchacha, aunque ambos admitieron que el paso de los años no perdonaba a nadie. «Sin embargo, hay mil maneras de llevar el asunto. No hay ninguna necesidad de faltarles ni de darles mayores disgustos. Cada cual ha de ir trazándose su camino, pero procurando razonarlo de la mejor manera. ¡Y terminan por aceptar! Me molesta

horrores que los tratéis como si ya estuvieran fuera de juego. Yo todos los días aprendo de ellos algo. Me recordáis a Pablito, que a veces nos mira a Laureano y a mí como si fuéramos sus abuelitos».

Algunos ni siquiera se molestaron en dar su opinión. Sergio no estaba: había vuelto a encerrarse con sus libros, dispuesto a terminar la carrera. Particularmente interesante le resultó a Pedro el parecer de un nuevo ingresado en el clan. Lo había llevado Cuchy, porque hacía también periodismo; pero Narciso Rubio, vecino suyo, lo conocía de mucho antes. Era un muchacho de origen modesto, que se llamaba Dionisio Pascual. Ayudaba a su padre en un pequeño colmado que tenían cerca del Turó Park y que iba prosperando. Dionisio alternaba el mostrador con la Escuela de Periodismo, pues tenía aficiones literarias, que se le habían despertado a través de varios concursos de televisión.

La opinión de Dionisio era tajante: los padres eran rutinarios, pero se les debía gratitud por sus desvelos y por su amor. «Yo me hago esta reflexión: un día me casaré y tendré hijos y también me gustará que éstos me hagan caso y me quieran». «En un país como el nuestro, agresivo y en el que todo el mundo se pasa de listo, hay que respetar todo lo que represente autoridad». ¡Ay, ahí se le notaba a Dionisio que había militado en el Frente de Juventudes! Por lo demás, no lo ocultaba. Era la nota discrepante en aquel ambiente partidario de la libertad a ultranza. ¡Le parecía bien incluso que hubiera censura, y censura severa, aunque admitía que debía extenderse igualmente a los extranjeros! «Yo lo veo en la tienda. ¡Repito que el país se las trae! Todo el mundo procura colarse y si uno se descuida roban hasta los quesos de bola con el celofán y todo, y se pelean por cualquier memez. ¡Las señoras y las chachas! En resumen, todo lo que se haga para mantenernos a raya me parece bien. Y los que creéis que enfrentándoos a los padres o contándoles cuentos eso va a cambiar, sentaos en un sillón y esperad, porque hay tela para rato. El horno no está para bollos. Porque, si los padres chaquetean, acordaos de esto: los militares son los militares».

No se sabía si Dionisio duraría mucho o poco en el *Kremlin*. Porque, escuchándolo, la mayoría acababan por ponerse muy nerviosos, a excepción de Cuchy, que continuamente lo interrumpía para pedirle: «¿Me das fuego, mi amor?». ¡Orden público! ¡Autoridades! En la Universidad, al menor conato de protesta, porrazo y a la comisaría. Menos Laureano y Jorge Trabal, todos habían pasado ya la prueba de fuego ¡y Pedro tenía paralizados precisamente en censura dos artículos que escribió con mucha ilusión! En cuanto a las autoridades y miembros de entidades oficiales, precisamente porque la nación estaba plagada de Dionisios Pascual y de conformistas de otro tipo, podían reunirse en ágapes continuos y podían ir colgándose en el pecho unos a otros relucientes medallas.

Resumiendo, Pedro en la encrucijada, como siempre. Por un lado, acordándose del proverbio oriental que más de una vez lo había frenado, evitando que se lanzase sin ton ni son a la bohemia: «Caminante, lleva contigo siempre dos muletas, que en el momento más impensado puedes necesitarlas». Por otro, acordándose de las palabras

que le dirigió mosén Rafael, a poco de conocerlo: «Sí en el mundo en que te mueves lo aceptaras todo sin rechistar, un servidor te suspendería en la asignatura de la vida. Tus padres no aspiran más que al bienestar, es decir, forman parte del estamento que en el Seminario algunos llamábamos de “personas-vientre”. Tú visas más alto y por eso te contradices y estás descontento. Lo que has de procurar es no faltarles al respeto y pensar que muchas veces no disparas contra ellos concretamente, sino contra el estamento que representan. Pero continúa analizando, continúa…».

CAPÍTULO XXX

MUCHAS, MUCHAS NOTICIAS en todos los campos, algunas de ellas relacionadas con el extranjero.

Por fin Ricardo se decidió a darle a Rosy una excusa hasta cierto punto válida para interrumpir de momento sus relaciones. «Tengo la impresión de que Merche sospecha algo —le dijo—. No quise advertírtelo en seguida por si mis temores eran infundados, pero le he cazado varias ironías que me han alarmado. ¡Seamos sensatos, Rosy! Date cuenta de lo que supondría un escándalo así». Rosy se tragó la píldora… sólo a medias. Porque a lo largo de todo el crucero por las islas griegas el comportamiento de Merche fue de tal naturalidad, que era difícil imaginar que su capacidad de disimulo llegara hasta tal extremo. Sin embargo, entraba dentro de lo posible, y Rosy no podía obligar a Ricardo a tirar por la calle de en medio. Le quedaron sus dudas, desde luego, y su correspondiente mal humor, que se acrecentaron a raíz de un comentario que hizo ella referido al miedo que sentía Rogelio a montarse en avión. Rosy le dijo a Ricardo: «¿Pues qué te creías? Mi marido en el fondo es más cobarde de lo que parece. Tiene una doble personalidad». Y Ricardo contestó: «¡Bueno! Todos somos cobardes en determinadas ocasiones… Y todos tenemos siempre dos caras». ¿Qué quiso dar a entender con ello? ¿No era una clarísima alusión? Como fuere, la mujer se sentía humillada, se aburría mortalmente y entró en una etapa de excitación que a duras penas conseguía dominar. Por fin, convencida de que hasta nuevo aviso lo de Ricardo era irrecuperable, decidió acudir a la consulta de un conocido psiquiatra, el doctor Balcells, quien supo tratarla con tan exquisito tacto que Rosy salió de allí viéndolo todo de un modo distinto. Era posible que Ricardo no le mintiera, que no se tratase de fatiga, y también era posible que ella no aparentara tener la edad que se sentía por dentro. El doctor Balcells, más alto que Ricardo, era sin duda un gran conocedor del corazón humano y cabía admitir que su ayuda pudiera serle eficaz.

Entretanto, recibieron de París una cariñosísima carta de Chantal, con posdata de Juan Ferrer. Chantal, de vez en cuando, llenaba seis o siete páginas poniéndolos al corriente de las últimas novedades de la familia y del Hotel Catalogne. En esa ocasión les comunicaba que su hijo, Maurice, continuaba estudiando en el Politécnico y parecía que el negocio del hotel no le disgustaba; en cuanto a la hija, Bernadette, era otro cantar. Tenía su criterio y se había ido un año a Londres, trabajando *au pair*, para aprender inglés. Carol exclamó: «¡Eso me gustaría a mí!». Chantal proseguía la carta diciéndoles que Bernadette era muy temperamental, de ideas muy avanzadas, y muy convencida de lo suyo. «Con deciros que quiere redimir el mundo…». Era de suponer que empezaría redimiendo a Inglaterra. Chantal aprovechaba la noticia para hacer un inciso e informarlos de que, en Francia, el problema de la juventud, del que tanto hablaron cuando su estancia en París —«por cierto, ¿cuándo volveréis?»—, se

había complicado en gran manera. El existencialismo que ellos conocieron seguía vigente, aunque con otros matices, pero habiendo dejado paso a otras fórmulas de manifestación generalmente violentas. Nada de quietismo, de pasarse horas y horas inmóviles en las *caves* y en los cafés; más bien lo contrario. Mucha delincuencia infantil y muchos «gamberros», que en Francia eran llamado *blousons noirs* y en otros países de otra manera. Era un fenómeno generalizado, del que era una lástima que no pudieran hablar largamente… Juan Ferrer, en la posdata, les reiteraba su afecto, como siempre, y tachaba a Chantal de alarmista. «Cada vez nos asustamos más de cosas que de hecho son muy normales». En cuanto a Bernadette, la pobre era una infeliz —una infeliz muy inteligente, eso sí—, muy sensible a los cantos de sirena de su generación. Sin embargo, si la sangre llegaba al Támesis no sería por culpa suya…

Por su parte, Beatriz recibió, fechada en Los Ángeles, una carta de su hermano, Antonio. De «tío Antonio», como lo llamaban en la familia. Les contaba una odisea casi idéntica a la que Fany, el pájaro tropical cubano que tanto había impulsado la pintura de Marcos, le contó a éste a su llegada. Tío Antonio vio confiscados por Fidel todos sus bienes en La Habana y decidió emigrar a los Estados Unidos, junto con su mujer. Por dos veces pagaron los pasajes, sin resultado. A la tercera, y después de sobornar a unos milicianos, los dejaron subir a un avión y se encontraban en Los Ángeles, «libres por fin de aquella horrible pesadilla», pudiendo subsistir gracias a unos dólares que él tenía depositados previsoramente en un Banco de Nueva York. «Ya sabéis dónde me tenéis —terminaba diciendo tío Antonio—. El mundo da tantas vueltas que quién sabe si desde Norteamérica algún día podré prestaros algún servicio. Este país es un cuento de hadas. Nosotros le debemos gratitud, porque nos ha admitido como exiliados, con posibilidad de nacionalizarnos un día; pero es que, además, ¡en una clínica de Los Ángeles me han prometido curarme el reúma!».

La carta de tío Antonio fue muy comentada, dada la opinión que en el *Kremlin* se tenía de Fidel Castro y de su ejecutoria. Laureano y Pedro, que ya habían oído de labios de Fany datos realmente estremecedores —Marcos un buen día se decidió a presentarles la chica, que era preciosa y hablaba con seductora espontaneidad—, llegaron a la conclusión, por un lado, de que no era nada fácil pechar con una herencia como la que el dictador Batista habría dejado en el país, y por otro, de que llevar a cabo una revolución, aunque fuese en una pequeña isla del Caribe, era asunto más que complicado, máxime si debido al bloqueo de los Estados Unidos no había más opción que pactar con Rusia y pedirle ayuda. Tío Antonio en su carta aludía a ese aspecto de la cuestión y añadía que, en cualquier caso, «las barbas de Fidel y la astucia del Che eran dos tumores malignos que habían brotado, como dos volcanes, en Hispanoamérica». Esta última frase indignó a los muchachos, partidarios de la descolonización y de que el azúcar fuera para los campesinos. «¡Estaría bueno que nadie protestara! El petróleo es vuestro, yo me lo quedo. El nitrato es vuestro, yo me lo quedo. ¡Lo sentimos por Fany, pero probablemente dichas barbas y dicha astucia

son la única solución!».

De Roma llegaron también singulares noticias: el Concilio. Se había inaugurado y en seguida se vio que la frase de Juan XXIII según la cual era preciso «quitarle a la Iglesia el polvo que se había acumulado en ella durante siglos» iba a ser una realidad. Juan XXIII, ya inmensamente popular —un escritor español lo definió como el papa «horizontal, democrático», en contraposición a su antecesor, Pío XII, «vertical y autocrático»—, por lo visto estaba decidido a que en aquella reunión ecuménica de la Iglesia no se ventilaran únicamente reformas litúrgicas y administrativas, sino a que se atacase a fondo la cuestión. De hecho, se estaba haciendo ya. Surgían voces de cardenales, sobre todo centroeuropeos, y de obispos del tercer mundo, de países de misión, exponiendo ideas sobre el concepto de autoridad, sobre las confesiones no católicas, etcétera, que obligaban a mosén Castelló, ya restablecido de la gripe, a llevarse las manos a la cabeza y luego a rezar para que los «progresistas» no se pasaran de la raya, Mosén Rafael, que estaba muy satisfecho del tono del Concilio, le decía: «¿Qué es lo que teme, reverendo? ¿Que el Espíritu Santo se vaya de vacaciones?». Mosén Rafael más bien sospechaba que luego vendría el conservadurismo con la rebaja; pero el padre Saumells, con el que había intimado, lo animaba, entre caramelo y caramelo de malvavisco. «¡Se avanzará, se avanzará lo inimaginable! ¡Esto no podía seguir así de ninguna manera! ¡Por fin tenemos un papa que antes de serlo hablaba, en Venecia, con los limpiabotas! La opinión de los limpiabotas cuenta, ¿no cree usted? Todos tienen su alma en su almario, y no precisamente de betún». Beatriz le preguntaba a mosén Castelló: «¿Estamos seguros de que Satanás no se ha sentado muy cerca del Vaticano, espiando? ¡Cuando mi hija regresó de París me habló de eso de las misas vespertinas y de otras cosas increíbles! ¿Adónde iremos a parar? ¡Si hasta quieren modificar el Credo! Yo no entro en la iglesia sin mantilla, ¡yo no! A menos que usted, mosén Castelló, por obediencia a lo que se acuerde en el Concilio me obligue a ello…». Mosén Castelló se llevaba a la nariz, ¡todavía!, el tubo de inhalaciones. «Veremos cosas muy graves, Beatriz… De todos modos, todo estaba ya previsto por la madre Ráfols y en el Libro del Apocalipsis».

Por último llegaron noticias de fuera, muy directas, a través de Ricardo Marín y de Aurelio Subirachs. Agencia Cosmos había acordado entrar en contacto con agencias de viajes francesas, inglesas y alemanas, a fin de concertar la venida a España de «grupos de turistas *à forfait*», que garantizasen lo más posible una continuidad en la clientela de los hoteles en cadena. Ricardo Marín salió para París, Londres y Hamburgo, y Aurelio Subirachs, siempre dispuesto a husmear lo que se construía al otro lado de los Pirineos, se decidió a acompañarlo.

El viaje resultó un éxito completo. Ricardo Marín, para esos lances, era tan astuto como para los suyos el Che Guevara. Suscribió varios contratos en firme, ¡que Alejo Espriu revisó, dándoles el visto bueno!

El caso es que Ricardo Marín y Aurelio Subirachs vieron, en el transcurso de su

viaje, muchas cosas. Algunas, relacionadas con España; otras, no. Las relacionadas con España se referían más bien a la emigración. En todas partes, y no sólo en los países que visitaron, se encontraban trabajadores españoles; los había también, y numerosos, en Bélgica y Suiza. Por lo visto se habían cansado de la jornada doble, del pluriempleo, de quemarse la sangre sin conseguir apenas lo indispensable para vivir, pues con el turismo los precios habían sufrido un considerable aumento. Rogelio era testigo de excepción de esa huida masiva, pues en pocos meses se le habían ido más de treinta albañiles y otros tantos peones. Claro que inmediatamente podían cubrirse esas bajas con nuevos inmigrantes andaluces, que llegaban con toda la familia; pero, aparte de que, como decía Margot, «¡pronto en Cataluña bailaremos todos el zapateado!», no dejaba de ser chusco que, en el momento en que España empezaba a industrializarse, se marchaban al extranjero muchos obreros especializados, y que para suplir a éstos se desploblara el campo, precisamente cuando se anunciaba el inicio de la Reforma Agraria. «¡Carambola perfecta!», hubiera exclamado Sergio.

Fuera de eso, Ricardo Marín y Aurelio Subirachs comprobaron que emigraban también muchas criadas, especialmente a Francia y a Inglaterra. A veces eran los propios turistas los que se las llevaban. «Da pena verlas allí, sin conocer el idioma, sin conocer a nadie, excepto a otros compatriotas. En París, *rue* de la Pompe, hay unos sacerdotes que se ocupan un poco de ellas, pero en general están al albur de cualquier tunante y expuestas a toda clase de peligros. ¡Si en su mayoría no saben leer ni escribir! No exageramos un ápice si os decimos que en ciertos casos ese asunto se parece a una verdadera trata de blancas».

Con respecto a la vida en el extranjero, ambos estuvieron de acuerdo en que si en España se avanzaba diez, en la Europa occidental se avanzaba ciento, de modo que la distancia sería cada vez mayor. Pero lo que más les había llamado la atención —y el tema se estaba convirtiendo en una pesadilla—, era la presencia de la juventud en todas partes, presencia mucho más visible y aparatosa que la de los trabajadores españoles.

No cabía más remedio que hablar de la cuestión. Ricardo Marín informó de que aquellos muchachos sin afeitar y aquellas muchachas desaliñadas que empezaban a verse aquel verano por el litoral catalán, a los que mosén Rafael llamaba *beatniks*, y que comían fruta y dormían en la playa, eran el pan nuestro de cada día en todas las ciudades que habían visitado. Por lo visto, era verdad que habían abandonado sus hogares y que eran partidarios de la vida en común, hasta el punto que procuraban incluso no enamorarse individualmente, cosa que en la práctica debía de resultar un tanto difícil. Libertad sexual absoluta, y entendida como mera necesidad biológica. Con fondo de guitarra o armónica, según, y canciones *beat*, de jazz, o del Oeste.

—Es preciso reconocer que hay algo atractivo en ellos. ¡Vivir sin reloj! Debe de tener sus ventajas… Y ese aire romántico, contemplando las pequeñas cosas, sin avergonzarse de nada y de espaldas al qué dirán. A veces, viéndolos, me he

preguntado si realmente vale la pena preocuparse tanto por el qué dirán. Yo hice la prueba en Londres de mirarlos a ellos, en grupo, y luego mirar a los transeúntes normales que pasaban con carteras bajo el brazo; y estos últimos me parecían algo así como prisioneros, como seres uniformados en el vestir, en el peinar, en todo. Como si llevaran un letrero que dijese: «¡la sociedad nos obliga a caminar de esta manera!». Naturalmente, no pretendo insinuar que a partir de hoy deje de afeitarme, que ande por la acera arrastrando los pies y que me presente en el Banco con pantalones vaqueros. Tampoco veo cómo podría funcionar el mecanismo sin el dinamismo que el progreso impone; pero recordar esa sensación oxigenante que a veces sentimos en verano al despojarnos de nuestras vestimentas y tumbarnos al sol, francamente me ha impresionado. Ha sido el tema predilecto durante nuestro viaje con Aurelio Subirachs.

Éste fue más explícito aún, y el auditorio —Julián, Rogelio, Rosy, Margot, etcétera— bebía materialmente sus palabras. A juicio de Aurelio Subirachs, Ricardo Marín había definido perfectamente ese movimiento juvenil pacífico y pacifista, por el que él sintió igualmente la misma atracción. Ahora bien, no todo terminaba ahí. Había otros grupos juveniles, dispersos, cuyas características eran precisamente lo más opuesto que darse pudiera a lo bucólico y tranquilo, y confiaba en que Ricardo Marín le daría la razón.

El banquero asintió con la cabeza y Aurelio Subirachs continuó:

—Mi hijo Rafael está bastante enterado de esto. He pasado por el indescriptible rubor de no poder contarle nada nuevo, pese a haberlo yo visto con mis propios ojos y él no. Son las jugarretas del alud moderno de información, para quienquiera que sienta curiosidad. Claro que la prensa de aquí, lo mismo que la radio y la «tele», dan la versión que les parece; pero hay que reconocer que en este asunto exageran poco. Casi, casi me atrevería a decir que se quedan cortos. Lo que ocurre, y, esto es básico, que no es lo mismo situar mentalmente la cosa en España que verla allí, en circunstancias ambientales completamente distintas. Quiero decir que lo que aquí parecen bombas allá no llegan a petardos.

—¿De qué grupos estás hablando? —preguntó Margot, que no se perdía nada referido a la juventud—. ¿De los *teddy-boys*, de los *rockers*, de los *mods*…?

Algunos de los presentes miraron con asombro a Margot; en cambio, Aurelio Subirachs pareció agradecerle la pregunta.

—Intentaré explicarme, Margot. Tú, siempre al quite… Los *teddy-boys* son, en realidad, la versión anglosajona de nuestros gamberros, lo que significa que se parecen muy poco a éstos; pero, en fin, en su mayoría son de extracción humilde, visten como los gángsters americanos y llevan una navaja en el cinto. En su versión alemana se comportan como los muchachos que al terminar la guerra mundial gozaban destrozando lo que quedaba de los edificios, rompiendo cristales, etcétera. Ahora bien, lo de los *rockers* y los *mods* parece más serio, o cuando menos obedecer a causas más profundas. Sí, una de las cosas que he aprendido en este viaje ha sido

que no es lo mismo ser rebelde que ser revolucionario. Un joven rebelde es aquel que se limita a decir «no», a protestar contra el ambiente que le rodea; un joven revolucionario es aquel que quiere transformar de arriba abajo dicho ambiente, y hacerlo a través de la acción, si lo cree necesario. La diferencia es tan abismal como tomarse una limonada o un buen trago de tequila mejicana. Nuestros hijos, para poner un ejemplo, creo que hasta ahora a lo máximo que llegan es a ser rebeldes; Sergio, por el contrario, el hijo de Amades, es un revolucionario. Y algún otro habrá, por lo menos en potencia, en nuestra colección.

Tal declaración produjo cierto alboroto. Ricardo Marín estuvo de acuerdo con Aurelio Subirachs. Nadie podía dudar de que él, al margen de su intervención anterior, dictada por nostalgias de las que en un momento determinado nadie podía dimitir, era un burgués a ultranza, tan hincha de la sociedad de consumo como Rogelio pudiera serlo del *Barça*, y fiel a la divisa de que la igualdad había que conseguirla por arriba y no por abajo; no obstante, reconocía que la explosión demográfica tenía tales exigencias que serían necesarias Organizaciones Juveniles que cubrieran la vida instintiva y las apetencias espirituales de los seres situados entre los catorce y los veinticinco años, para fijar unos cotos aproximados. Y era obligado confesar que tales Organizaciones Juveniles no existían en parte alguna. De modo que los jóvenes buscaban por cuenta propia el sucedáneo y se agrupaban como Dios —o el diablo— les daba a entender. En España, naturalmente, el problema era grave, aunque paliado por el famoso conformismo de que hablaba siempre el doctor Beltrán y por el cerrojo al que tantas ventajas atribuían el coronel Rivero y colegas. ¿Cómo podían el Frente de Juventudes, el SEU, la Acción Católica y las Congregaciones Marianas —no recordaba ninguna otra agrupación permitida— llenar la vida de una sociedad plural, contradictoria, solicitada por tantos y tantos mitos y realidades de signo opuesto?

Margot, tenaz, insistió, mirando a Aurelio Subirachs:

—Por favor, Aurelio… ¿Quieres darnos tu versión de esos grupos violentos llamados *rockers* y *mods*, cuya violencia obedece a causas profundas? Supongo que a todos nos interesará saber si nuestros hijos respectivos, a los que has aludido, formarían parte de esos clanes y si, caso de vivir allí, serían rebeldes o revolucionarios.

Aurelio Subirachs, que siempre regresaba de Londres con la cabeza más parecida a un balón de rugby que antes del viaje, tamboreó en la mesa.

—Procuraré sintetizar, porque entrar en detalles sería interminable; el que quiera ampliaciones, que hable con mi hijo Rafael. De otro lado, tampoco puedo dármelas de experto. Es más fácil construir un rascacielos que hurgar en un corazón humano, y hacedme el favor de perdonarme la pedantería de la frase. Al grano, pues; *rocker* puede significar, quizá, balanceo; y es que los *rockers*, al bailar, adoptan el ritmo *rock*, pero con cierto contoneo, con cierto aire displicente de reto, al igual que cuando caminan. No puede decirse que se hayan segregado totalmente de la sociedad, por lo

menos en Inglaterra; en Francia no hay, pero sí vimos, y muchos, en Hamburgo. Por lo común son trabajadores de fábricas inhóspitas y lúgubres, lo que les ha creado un resentimiento. Ahora bien, puesto que cobran un buen sueldo y por consiguiente tienen poder adquisitivo, descubrieron que su instrumento de protesta podía ser la motocicleta. Se han comprado potentes motocicletas y formando verdaderos equipos siembran el pánico dondequiera que pasan, con cierta predilección por los *campings* donde hay burgueses con coches y remolque, o bañistas en playas de moda, en sus tumbonas. Visten chaqueta de cuero brillante y se pintan una calavera al dorso. Eso de la calavera tiene precedentes, como sabéis… Un tanto chulescos, sobre todo si hay fotógrafos. Contrariamente a los indolentes *beatniks*, su divisa es la potencia, la vitalidad. Cuando los tachan de delincuentes contestan que, comparados con sus progenitores, que en noches de bombardeo mataron a millares y millares de indefensos ciudadanos, son hermanas de la caridad… Y en cierto sentido no les falta razón. También dan otra excusa: la vida de los burgueses los aburre. Por eso los excita quemar los pajares de las granjas, destrozar las mesas de un bar o de una sala de té. Si alguna muchacha quiere entrar en el clan tiene que prestar juramento de obediencia. ¡Esto es curioso! En resumen, son machotes, y también partidarios del amor libre.

Rogelio preguntó si, por casualidad, habían visto algunos *rockers* en acción. Intervino Ricardo Marín.

—¡Bueno! Los hemos visto pasar en bandadas, con sus motocicletas…; pero en acción creo que sólo una vez. Una pandilla que entró en el bar de al lado del hotel y que, dirigiéndose al gran tocadiscos del fondo, lo destrozaron a puntapiés porque tocaba un tango. Luego se largaron.

Aurelio Subirachs asintió.

—Fue algo visto y no visto. Yo sólo recuerdo algo las calaveras en las espaldas de las cazadoras. Pero, para que os hagáis cargo de la complejidad de la sociedad inglesa, cuya principal virtud es que lo digiere y lo absorbe todo, las camareras del café pusieron una cara de pánico que no puede describirse; en cambio, son las propias mamás y las propias hermanas de los *rockers* las que les lavan a éstos los atuendos con la calavera. Y las chicas que suben a sus motos parecen estar diciendo: «yo voy con un *rocker*». En cuanto a la policía, si no arman alboroto, los protege.

—¿Y los *mods*? —preguntó Margot.

Aurelio Subirachs se acarició los bigotes de foca.

—La verdad es que no sé si *mod* es la abreviación de moda o de moderno; mas para el caso, lo mismo da. Los *mods* son la fórmula femenina o feminoide de los *rockers*. También van en motocicleta, pero en motocicletas menos potentes. De extracción menos proletaria, aunque procedentes también de los suburbios de Londres, son mucho más jóvenes y empezaron presentándose inmaculadamente vestidos, como si fueran miniaturas de grandes hombres de negocios. La impresión general es que persiguen lo mismo que los *rockers* —acabar con la monotonía de las

costumbres burguesas—, pero no basándose en la fuerza, sino en la caricatura y la extravagancia. De los *rockers* podría sospecharse que en tiempos de Hitler se hubieran alistado en las juventudes nazis; de los *mods*, no. Su melodía de fondo es que cambian de estilo y de apariencia cada semana, lo que tiene que costarles un dineral. De tez pálida en su mayoría, tan pronto se peinan a cepillo, como se dejan crecer la cabellera hasta los hombros, como se hacen teñir el pelo, a veces rizado, con colores exóticos. Y lo mismo aparecen con vestimenta universitaria —jersey de cuello alto y zapatillas de ante—, como con trajes de algodón, de colores muy claros, o lo que sea. Desde luego, hay infinidad de chicas *mod*, y ésa es otra peculiaridad. ¡Podéis imaginar su indumentaria, en la que confían para su revolución! Nos perdimos, por unos días, el asalto de dos o tres mil *mod-girls* a la televisión londinense, vestidas de forma tan estrafalaria que en nuestro amado y temido *Kremlin* les hubieran negado la entrada. Resulta difícil creerlo, pero ha habido chicas *mod* que han llegado a afeitarse las cejas e incluso la frente, como las damas medievales. Y todas en serie, hasta el extremo de que las llaman *tickets*. Nota a destacar es que las relaciones entre sí son menos emocionales que entre los *rockers*. No hay dependencia de un sexo en favor del otro. En los clubs *mods*, las chicas se prestan o no se prestan al baile, al canto y al amor, según les apetezca. Como si hicieran hincapié en que quieren elegir con quien comunicarse. ¡Todo ello en nombre de la solidaridad!; pero con exclusión de los mayores, claro, porque éstos llevan traje gris, chaqué, bombín y las *madames* francesas floreros en la cabeza. No les interesa, como a los *rockers*, la mecánica, los tiovivos eléctricos y volantes, los autos de choque, las máquinas tragaperras, la velocidad; pero se parecen a ellos en su desprecio por las damas elegantes —con perdón—, por los banqueros —con perdón—, y por el espectáculo de las joyerías y de las peleterías. ¡En fin! Es muy difícil conectar con ellos si se han rebasado los cuarenta, y uno lleva reloj de oro como el de Rogelio, o un sombrero de fieltro como el mío. Y a veces, desde luego, se unen a los *rockers*, forman causa común y los ayudan a quemar los pajares de las granjas y a destrozar los coches con remolque de los *campings*…

Cada cual, sin advertirlo, se puso a pensar por su cuenta: «¿mis hijos serían *rockers* o *mods*?». Julián y Margot pensaron que sus dos mayores, Laureano y Susana, no serían ni una cosa ni la otra, y eso los tranquilizó. Ricardo Marín y Merche pensaron que Cuchy sería *mod*. No les dolió, porque no se trataba de un hecho, sino de una abstracción. Rogelio y Rosy vieron a Pedro discutiendo con unos y con otros, y a Carol, *mod* ciento por ciento, aunque no con las cejas afeitadas. ¡O quizá montada feliz en la motocicleta de un *rocker*! Era difícil adivinarlo. Aurelio Subirachs veía a Marcos convertido en *mod*… por los colores. Sergio, el revolucionario, los animaría a todos a que persistiesen en su actitud, a que continuasen cada cual a su manera, al objeto de acabar con las peleterías, con los bombines y con las tumbonas en la playa de moda.

Entonces intervino Merche para clausurar la reunión. Habló con su característico

aire de suficiencia, después que los caballeros se desvivieron para encenderle el cigarrillo que sacó de la pitillera de oro.

Durante su estancia en Londres, en «su» época estudiantil, nada de lo que habían contado existía. ¿O quizá sí? Porque Inglaterra fue siempre el centro de las protestas extravagantes. Ella no podría olvidar nunca una escena que vivió: un centenar de policías acordonados protegiendo a otros tantos estudiantes que protestaban… contra Scotland Yard. El dato era civilizado, a su modo de ver, y no andar por el mundo pegando palos de ciego. No, ella no creía que los *rockers* y los *mods* y los *beatniks* —ni siquiera los *teddy-boys*—, pegaran palos de ciego. Era muy posible que consiguieran, por lo menos en parte, lo que se proponían: acabar con muchos de los llamados valores establecidos. ¿Con razón? ¿Sin razón? Ella no era quién para opinar, porque pertenecía a la casta de los privilegiados y deseaba que todo continuase igual. Por lo pronto, los obligaban a todos a reflexionar, a hurgar en todo aquello, como ocurría en aquella reunión. Claro que esas cosas podían olvidarse pronto, como muy pronto se habían olvidado muchos españoles de la tremenda lección de la guerra civil. Quizá los muchachos de esos movimientos tan de actualidad acabasen fatigándose y, por ley de vida, reintegrándose a la sociedad normal. Si se enamoraban, por ejemplo, estaban perdidos; en eso los *beatniks* tenían toda la razón. Ella se enamoró de Ricardo, porque era banquero —y fiel…— y estaba perdida. ¿O no? Sin embargo, su opinión era que la generación peligrosa era la que venía más tarde, pisándoles los talones a los de Londres, París, Hamburgo, y a los del *Kremlin*… Era Fernando, el tercero de los Subirachs; era Pablito, era Yolanda… Yolanda le hacía ya unas preguntas que Cuchy, con toda su desfachatez, no le había hecho jamás. ¡Y era una chiquilla! Ésos llevaban en la sangre, según la aguda tesis de Aurelio, no la rebeldía, sino la revolución. Era cuestión de prepararse. Cuando oyeran un tango no destrozarían el tocadiscos, sino todo el local. A menos, claro, que les diera por bailar el tango otra vez…

Todos se rieron de este final inesperado. Y todos, por dentro, lloraban un poco. Y fueron despidiéndose poco después, entre abrazos, apretones de manos, besos y sonrisitas que hubieran levantado en vilo a cualquier aprendiz de *rocker* que hubiera pasado en un radio de diez quilómetros…

Efectivamente, aquel verano era motivo de comentario que en el litoral catalán hubieran aparecido grupos de *beatniks*, que se instalaban en las playas y llevaban una vida espontánea y natural, sin hacer el menor esfuerzo por conectar con la sociedad. Mosén Rafael hizo un recorrido y dijo: «Probablemente eso irá en aumento. Irán bajando del norte, de los climas fríos, en busca del sol».

Su actitud —porque mosén Rafael insistía en que aquello no era una teoría, sino una actitud— contrastaba con el frenesí de muchas familias de veraneantes, que se pasaban el día buscando cómo llenar las horas. Lo mismo en casa de Ricardo Marín,

en Caldetas; que en «Torre Ventura», en Arenys de Mar; que en el chalet que Aurelio Subirachs se había construido entre Canet de Mar y San Pol, la preocupación de gran parte de sus moradores era cómo emplear el tiempo. Incluyendo Can Abadal, tal vez cupiera excluir a los dos arquitectos —Aurelio y Julián—, y a Margot y Susana, éstas con cierta capacidad de contemplación; el resto, no paraba un momento. Pablito, como si hubiera oído la conversación anterior, quería ya una motocicleta. La mañana era más fácil de resolver, gracias al baño; ¡pero las tardes, después de la siesta! Y éste fue el motivo del rayo maléfico que inesperadamente cayó sobre aquella comunidad de amigos.

Todo ocurrió como en una película americana. Aurelio Subirachs invitó a todos, grandes y chicos, un sábado por la tarde, para festejar en su chalet la ampliación que había hecho de la piscina, con un fondo de mosaico a base de sirenas e iluminación muy peculiar. Pero al cabo de poco rato se produjo la inevitable división. Los mayores se encontraban a gusto allí y tenían la posibilidad de prolongar la merienda, de charlar o jugar al *bridge*; los jóvenes se aburrían. Y puesto que disponían de tres coches —el de Marcos, el de Pedro y el de Andrés Puig, que veraneaba en San Pol—, decidieron llegarse hasta Blanes, donde había una sala de fiestas que no conocían. Tal vez luego se llegaran hasta Lloret de Mar.

Así se acordó y los tres coches salieron sin que nadie se fijara quiénes montaban en cada uno de ellos. «¡Cuidado, que hay mucho tráfico!». «¡No os preocupéis, no tenemos prisa!».

Sin embargo, apenas transcurridos tres cuartos de hora, sonó el teléfono y una de las doncellas, alarmada, avisó a Aurelio Subirachs. Éste tomó el aparato y la noticia que oyó lo dejó blanco como la más blanca de las *mods* londinenses: un accidente. Se había producido un accidente a la entrada de Malgrat y en aquellos momentos, en la Clínica San José de dicha población, había un muchacho —el conductor del coche— con conmoción cerebral, llamado, según la documentación, Marcos Subirachs. También se hallaba en la clínica la única chica que lo acompañaba —ocupante del asiento al lado del volante—, sin documentación de ninguna clase, y que acababa de fallecer. Por último, otro chico, Jorge Trabal de nombre, que iba sentado en la parte de atrás del coche, estaba también sin conocimiento.

Aurelio Subirachs apenas si consiguió mantenerse en pie. El teléfono estaba allí mismo, y aunque acababan de iniciarse varias partidas de *bridge*, no tenía la menor posibilidad de disimular. Todo el mundo comprendió que algo pasaba y lo acribillaron a preguntas, y él confesó la verdad. Lo de los chicos no parecía grave, aunque era prematuro asegurarlo; en cambio, la chica había muerto y nadie podía identificarla, lo cual les dio a entender que los dos coches restantes habrían seguido camino de Blanes sin enterarse de lo ocurrido.

¡Santo Dios! No había un minuto que perder. La obsesión de todos era quién sería la chica. En un santiamén movilizaron los coches de Aurelio y Rogelio y los tres matrimonios emprendieron el viaje a Malgrat. El nombre de la Clínica San José se

había incrustado en sus mentes y la situación era insólita. ¡Qué desgracia! ¿Quién se habría montado en el coche de Marcos? Nadie lo sabía y era imposible adivinarlo. Precisamente les gustaba cambiarse. De modo que lo mismo podía tratarse de Susana, que de Cuchy, que de Carol. Había caravana en la carretera, lo que acrecentaba la angustia del momento, y los automóviles que venían en dirección contraria parecían enemigos.

Todos y cada uno se aferraban a cualquier idea para suponer que se trataba de la hija de los demás…, y ello les causaba intenso dolor. Tal vez el más afectado fuera Rogelio, puesto que notó una opresión en la zona cardiaca, sin que pudiera llevarse la mano al pecho, protegiéndose, porque conducía su Chevrolet. ¡Y los habían advertido! ¡Cuidado con el tráfico! Claro que a lo mejor el pobre Marcos no había tenido la culpa y algún coche se le echó encima sin darle tiempo a esquivarlo. La verdad era que llevaba poco tiempo conduciendo, pero precisamente por eso era cauto y censuraba siempre a Andrés Puig que apretase como un loco el acelerador.

Al término de una peregrinación como no recordaban otra igual, con intervalos de silencio cortante, llegaron a Malgrat. Allí mismo, en la entrada del pueblo, en la cuneta, vieron el coche de Marcos con el morro materialmente destrozado; enganchado a él, un camión lechero, con el morro abollado. Motoristas de tráfico, un corro de gente, el conductor del camión, que había resultado ileso, ¡y que había sido el culpable al querer adelantar!

Se dieron a conocer y un motorista les indicó la clínica, que estaba situada a unos quinientos metros.

—¿Conoce usted el nombre de la chica?

—No, no. Aquí quedó con vida, pero murió nada más llegar al quirófano.

La entrada en el establecimiento sanitario sería difícil. Les costaría a todos mucho renunciar a la prioridad y guardar el respeto que se debían entre sí.

Pero afrontaron la situación y se dirigieron a la enfermera de guardia. Ésta les dijo que no sabía nada fijo y los condujo por un pasillo interminable, al final del cual apareció un médico. ¡Médico que les dio la más sorprendente de las noticias! Uno de los heridos, Jorge Trabal, acababa de recobrar el conocimiento y les había facilitado el nombre de la chica difunta: se llamaba Fany y era de nacionalidad cubana.

Estalló una mezcla de sollozos, gritos y jaculatorias. Margot se reclinó en la pared, Rogelio pudo por fin llevarse la mano al pecho; nadie comprendía nada, puesto que Fany no había estado en el chalet de Aurelio Subirachs. Una especie de alegría eléctrica se apoderó de todos, alegría que procuraban disimular.

—¿Alguien de ustedes es pariente de la chica?

—¡No, no!

¿Qué había ocurrido? Aurelio Subirachs recordó que la familia de Fany veraneaba en Calella, que cogía de paso, y logró coordinar los elementos con cierta verosimilitud. Lo más probable era que Marcos la hubiera llamado diciendo que pasarían a recogerla y que así lo hubiera hecho, retrasándose con respecto a los otros

dos coches.

Hubo unos momentos de extremo desconcierto. El médico les informó que el llamado Marcos Subirachs parecía también fuera de peligro.

—¡Oh, gracias, Dios mío! Gracias, doctor…

Por fin dieron permiso a una sola persona —fue elegido Ricardo Marín— para que entrase en la habitación en que estaba internado Jorge Trabal. Y a los pocos minutos Ricardo salió y les confirmó que la suposición de Aurelio Subirachs había sido certera: Marcos había llamado a Fany antes de salir y la recogieron en Calella, al borde de la carretera, en el lugar que habían concertado. A la entrada de Malgrat un camión que venía de frente se les echó encima sin darles tiempo a nada. Por cierto que cuando Jorge se enteró de que Marcos se había salvado, se le antojó inexplicable. También ratificó que los demás de la «pandilla», que se les habían adelantado, habrían llegado a Blanes y allí estarían, esperando inútilmente. En el coche de Pedro se habían montado Susana y Carol; en el de Andrés Puig, Cuchy, como siempre, y Laureano.

Habían pasado a una sala de espera y estaban todos sentados, reunidos allí, porque les prohibieron ver a Marcos. ¿Y la pobre Fany…? En absoluta soledad. Por lo demás, ignoraban las señas de su familia en Calella. Tendrían que esperar a que Marcos pudiera darlas.

Tan pronto cedía la tensión como todos volvían a sollozar. Rogelio tenía ganas de encender un cigarro —la opresión hacía cedido y no estaba prohibido fumar—, pero no se atrevió. Margot rezaba, lo mismo que Antonia, la mujer de Aurelio. Y todos se arrepentían de la alegría casi histérica que habían experimentado al oír, escuetamente, el nombre de Fany, «de nacionalidad cubana».

Jorge Trabal y Marcos se restablecieron pronto. Pero Marcos, pensando en la sangre muy querida de Fany, tardaría mucho en pintar algo utilizando el color rojo. Fany fue enterrada en Calella y, a raíz del entierro, varios miembros de las familias afectadas conocieron a los padres y hermanos de la muchacha, que no cesaban de llorar, pues ella era la voz cristalina y gozosa y el nexo de todos los demás. Pedro y Laureano —éste, mientras esperaban en Blanes, tuvo un trágico presentimiento aunque lo guardó para sí— se exprimían el cerebro pensando cómo la vida estaba pendiente de la cosa más imprevisible…, por ejemplo, de un camión lechero. Fany había huido de Cuba, lo mismo que «tío Antonio», para salvarse, y había encontrado la muerte a la entrada de Malgrat, al disponerse a conocer una nueva sala de fiestas.

El conductor del camión, que se comportó como un *rocker* de Hamburgo, fue condenado. Marcos, reaccionando como un *mod*, tardaría también cierto tiempo en reclamar otro coche. Rogelio no olvidó la opresión que sintió en la zona cardiaca. Era muy aprensivo. Rosy tenía razón al hablar de su vertiente cobarde, de su doble personalidad.

Los periódicos dieron una noticia muy escueta. Los *beatniks* no se enteraron de nada. El sol salía todas las mañanas y se derramaba sobre el mar, sobre la arena,

sobre las carreteras y los cementerios. La vida continuó.

Cuarta parte

Ruptura

CAPÍTULO XXXI

POCO DESPUÉS se produjo la explosión de los Beatles, cuya onda expansiva no tardaría mucho en llegar a todos los rincones, sin exceptuar a Barcelona, sin exceptuar General Mitre.

Cuatro muchachos de Liverpool —John, Paul, George y Ringo—, bien lanzados por el *manager* Brian Epstein, al término de un duro forcejeo, pues no conseguían encontrar casa grabadora, irrumpieron en el mundo del disco y de la canción como un fenómeno ciclónico sin precedentes. Aparte de su sonoridad, que efectivamente parecía aportar algo nuevo, en dicha explosión influyeron la indiscutible personalidad de los componentes del conjunto, su picante sentido del humor, ¡una vez más la indumentaria que adoptaron! y detalles de apariencia anecdótica, pero que se revelaron decisivos, entre los que cabe citar el peinado, la melena larga y bien recortada que al natural o en forma de peluca se impuso primero en Inglaterra y luego en los cinco continentes. De nuevo el desafío a las formas establecidas. El histerismo colectivo en torno a los Beatles, a cuya mitificación contribuyó en gran medida su aceptación por parte de los adultos, llegó a extremos realmente exorbitantes. No sólo provocaban la alteración del orden público dondequiera que actuasen, sino que la «Metal Box» de Londres fabricó 50 000 mecheros con la imagen grabada de los cuatro cantantes; la «Wallpaper Manufacturers» vendió 100 000 rollos para empapelar paredes, con el tema Beatles; la «Selcol Products» suministró 130 000 guitarras de juguete semanales y otras tantas baterías, gracias a que dichos instrumentos llevaban impresas las firmas de los Beatles; un panadero de Liverpool vendió en dos días 100 000 panecillos bautizados con sus nombres; la «Mobil Oil» pagó una fuerte suma por el derecho de regalar fotografías de los Beatles en sus gasolineras de Australia… Resumiendo, la expansión llegó a ser tal que se inventó el vocablo *Beatlemanía*. Les bastaba con anunciar un nuevo disco para vender en Londres, por anticipado, quinientos mil ejemplares; en el colegio en que estudió Ringo llegaron a pagarse seis peniques por sentarse un momento en el sitio que el «batería» del conjunto ocupó, y ellos mismos llegarían a declarar «que eran más populares que Jesucristo».

Por otra parte, en torno a los «muchachos de Liverpool» se expandió todavía más la moda o el estilo ye-yé. Eran ye-yés los chicos y las chicas, los jerseys, las viseras, las camisas, las corbatas, los zapatos, los abalorios, los nuevos maquillajes… La influencia ye-yé se extendió a muchos órdenes de la vida, incluidas las publicaciones semanales —el conde de Vilalta estaba al tanto de la cuestión— y la manera de andar. La ética ye-yé era la ética de la «desvinculación de las trabas de costumbre». Los ye-yés ricos lo eran por capricho y lo que en verdad les importaba era ser vistos; los de clase media se desahogaban con ese mimetismo, ya que no podían comprarse un coche; los de extracción «humilde» veían en la nueva modalidad la única forma de

salir del anonimato y llamar la atención. Ninguno de ellos quería reformar la sociedad, como Sergio; se conformaban con poder vivir a su manera, sin pisar los rieles impuestos por los mayores.

Laureano, que había dejado por completo el hockey sobre patines, al oír los primeros discos de los Beatles y sobre todo al verlos actuar por la «tele», sintió que algo muy hondo se removía dentro de él, infinitamente más fuerte que la emoción que experimentó escuchando al padre Duval. De éste lo separaba la intencionalidad: Laureano estaba muy lejos de ser un asceta o un místico, o de aspirar a «juglar de Dios». En cambio, ¡encandilar a millares de *fans*! Llevaba mucho tiempo con este deseo latente y habló de ello con Narciso Rubio, el «batería». Pero precisamente el éxito de los Beatles los asustó. Laureano quedó desconcertado. Así, al pronto, no veía ninguna incompatibilidad entre su hipotética aspiración y la carrera de arquitecto. Precisamente al aprobar —con mucho esfuerzo— un nuevo curso solicitó que le compraran una guitarra eléctrica, que acarició como se acaricia el símbolo de una victoria o la cabeza conquistada del enemigo. Era un instrumento brillante como los pensamientos que lo invadían. Pero no podía evitar sentirse un poco ridículo. Una de las pruebas que realizó de cantar con micrófono acompañándose de la nueva guitarra, tuvo lugar en la sacristía de la parroquia de mosén Castelló. Aprovechando una breve ausencia de éste habló con mosén Rafael, y el vicario accedió encantado, facilitándole uno de los dos micrófonos de que disponían en la iglesia. Testigos de excepción el propio vicario, Narciso Rubio, Cuchy y Carol. La sacristía se llenó de sonidos que querían ser inéditos, como los que habían brotado en Liverpool y que se llamaban del «río Mersey», que pasaba por la ciudad. El resultado fue más bien alentador. Laureano se convenció de lo que había sospechado siempre: con la ayuda del micrófono la voz podía proyectarse al otro confín sin necesidad de desgañitarse, como le ocurría en la tuna. Cantó, además de folklore patrio, unos compases de *She loves you*, de los Beatles. Mosén Rafael aplaudió. Cuchy se entusiasmó y acercándosele lo llenó de besos. Carol se mostró un poco reticente —«te falta ritmo»— y Narciso Rubio le dijo con franqueza: «Tendrías o tendríamos que trabajar mucho…».

¡Eso ya lo sabía Laureano! Pero el remusguillo interior permanecía intacto. De otro lado, todo contribuía a mantener su validez. Por doquier proliferaban cantantes, solos o acompañados, cuyas facultades no eran superiores a las suyas. Y conseguían su auditorio. En la «tele» sus extravagantes siluetas —copias de Liverpool— hacían que Beatriz y millares y millares de personas como ella se santiguasen… pero se mantuviesen firmes ante la pequeña pantalla. Por si fuera poco, la tía de Laureano, Mari-Tere, se encontraba ya en Madrid, en los estudios de televisión, independizada y actuando como actriz. Había dejado los anuncios y de momento sólo figuraba en papeles segundones, pero en compensación corría el rumor de que la cortejaba un conocido productor de cine.

Pedro, enterado de los escarceos de Laureano, se creyó en la obligación de

advertirle que se anduviese con cuidado. Él no veía tan claro que pudiera simultanear aquello con la carrera. ¡Atención a los espejismos! Corría el riesgo de autosugestionarse y que los estudios empezaran a pesarle primero como un impedimento, más tarde como una losa.

—¡No digas idioteces! Es una especie de broma…

—Te conozco y no lo veo así. La posibilidad del triunfo halaga tu vanidad y a poco que te descuides ese chisme eléctrico te hipnotizará.

Susana era del mismo parecer que Pedro. Temía que la broma se convirtiese en algo más serio y lamentó mucho que Claudio Roig, el aparejador, hablando de la cuestión, le dijera a Laureano, sin duda con la mejor intención: «A ti lo que te ocurre es que quieres tener tu propio nombre, y no ser simplemente el hijo de Julián Vega. Es decir, lo mismo que le ocurre a Marcos Subirachs».

Fue éste un argumento al que en principio Laureano apenas si prestó atención, pero que poco a poco había de abrir brecha en él. Sin embargo, en medio de los sueños se imponía la realidad. ¿Cómo empezar? Narciso Rubio lo azuzaba. «Podríamos empezar tú y yo, ensayando durante unos meses —quizá, en el *Kremlin* — y luego procurando tocar en alguna sala de fiestas. ¡Claro que convencer a tu familia…! Yo en ese aspecto no tengo problema».

Laureano, que aquel año tenía que irse a Milicias, pensó que tendría tiempo para decidir la cuestión. No quería dar un paso en falso y la imagen de sus padres lo obsesionaba. Margot, al oír la guitarra eléctrica había dicho simplemente: «Prefiero la otra». No obstante, el muchacho estaba cada vez más convencido de que el móvil era auténtico, de que él sentía verdaderamente aquella música, como la sentía Carol al ponerse a bailar. Mosén Rafael tomó una actitud acorde a su temperamento: «Podría ser, podría ser… Esa nueva música es un grito, cara al futuro, que significa muchas cosas. ¿Has oído a Joan Baez cantando *folk*? ¡Vaya letras! La llaman “La Madona de los desheredados”. Ahora bien, tienes que estar muy seguro de ti. Vete a Milicias. Allí te dará tiempo a probarte a ti mismo y a probar tus facultades».

También Sergio opinó sobre el particular, con ocasión de coincidir en el *Kremlin* con Narciso Rubio y con él. Era un domingo por la tarde. A lo primero Laureano encontró solo al «batería» ensayando, ensayando con los palillos y el bombo. Pocos minutos después llegó Sergio, que ya había terminado Derecho y se proponía instalarse en París, o por lo menos pasar allí largas temporadas, en compañía de Giselle.

Narciso Rubio cesó de meter ruido y Laureano y Sergio hablaron de muchas cosas. A Sergio le dio por empezar abordando una vez más el tema de la libertad. Según él, había muchas clases de libertad, y no únicamente «el hacer lo que a uno le diera la gana», que era lo que pretendían la mayoría de muchachos todavía sin destetar. Existía la libertad física —un prisionero no era libre—, la libertad civil —los esclavos no eran libres—, la libertad política —los países colonizados no eran libres —, etcétera. Pero la libertad más importante, y de la que menos se hablaba, era la de

poder *decidir*, y decidir a través del discernimiento: en otras palabras, la libertad «psicológica», que no podía ser fruto ni de la imposición, ni del azar, ni del apasionamiento, ni del metabolismo, sino del gobierno de la razón. En la sociedad capitalista tal libertad era imposible, por cuanto el bombardeo de solicitaciones obligaba al individuo a trabajar cada día más para ganar más y gastar más y consumir productos ideados por otros.

Laureano estuvo a punto de replicarle que en la sociedad marxista se sufría de un bombardeo todavía peor: las consignas, o la obligación de obedecer bajo amenaza de traslado a Siberia o de un tiro en la nuca, pero he aquí que Narciso Rubio, que rabiaba por hablar con alguien del embrionario proyecto de su amigo de convertirse en «cantante», le contó a Sergio el trauma que les había producido el éxito de los Beatles y todo lo que habían rumiado a raíz de ello; lo único que se calló fue que la prueba más conspicua la hubiera realizado en una sacristía.

Sergio, que siempre se sentaba en un taburete junto a la rueda de carro, cerca de la pecera con monedas dentro, pareció sentirse a sus anchas.

—Sí, eso de los Beatles es algo serio. En el fondo, protestan; entretanto, ganan millones y millones de libras esterlinas. Tal vez pudiera aplicarse a ellos el título de esa película «Hijos de Marx y de la Coca-Cola». No sé en qué parará todo eso, pero en estos momentos hay decenas de millares de muchachos como vosotros que aspiran a imitarlos. No sé qué deciros. Os bloquean las concupiscencias. Creo que lo que os convendría sería continuar con la arquitectura y abandonar todo lo demás. Un edificio siempre parece más sólido que una guitarra, sobre todo si ésta es eléctrica. Claro, me preguntaréis por qué yo quiero irme a París a hacer cine —aquí, con la censura, es imposible—, en vez de entrar en la Agencia Hércules o de hacerme pasante de un sólido abogado; nuestros casos son distintos. Yo tengo, ya lo sabéis, un ideal, y un ideal proyectado hacia los demás; a vosotros os tienta, por un lado, satisfacer una necesidad instintiva, la nueva música; por otro lado, un triunfo personal lo más espectacular posible.

Laureano lo interrumpió.

—No olvides que todo esto son lucubraciones… Lo mismo podíamos haberte hablado de que queríamos actuar en una de tus películas…

—¡No, no, por favor! Que sé leer en el fondo de vuestros ojos… En fin, lo único que querría añadir es que si de verdad decidierais un día cambiar de rumbo, no tendríais otra alternativa que imitar a los Beatles en todo, con todas las consecuencias…

Sergio dijo esto último en un tono inhabitual, de suerte que Laureano se sintió intrigado.

—¿A qué te refieres?

—A una cosa muy concreta. ¿Cómo lanzaros, solos, aislados, a ese inasible mundo de la fama? Tendríais que aceptar forzosamente, como los Beatles hicieron, la ayuda de un *manager*.

—¿Un *manager*? —preguntaron al unísono.

—Desde luego. Ya conocéis la historia, ¿no? Los Beatles son esclavos de su *manager*, que les dicta hasta los chistes que tienen que contar y que ha dispuesto que cuando el conjunto actúa se reserven en primera fila unas cuantas docenas de sillas para paralíticos, para ciegos, etcétera. Eso impresiona mucho.

Narciso Rubio soltó una carcajada.

—¿Un *manager*? Todo esto es una locura. ¿Y dónde encontrarlo?

Sergio se encogió de hombros.

—¡Yo qué sé! Tal vez la Agencia Hércules… Tal vez mí padre —y soltó una carcajada a su vez, lo que no ocurría muy a menudo.

Laureano se rascó una ceja. Todo aquello le parecía jocoso.

—Tendría gracia el asunto —bromeó—. Tu padre, *manager* del cantante Laureano Vega. ¡Supongo que encontraría un nombre artístico adecuado para mí, como encontró la figura del monigote gordinflón para la Constructora!

Repentinamente, Sergio se puso serio. Dijo que, llegado el caso, su padre, u otro agente cualquiera, podría ser eficaz y obtener un éxito. Además, ¡todo aquello entraba en las reglas del juego! Los adultos habían descubierto que el mundo de los jóvenes «modernos» era un campo ideal para la explotación. Los trataban como a utensilios, como a cosas. Eran productos utilitarios fáciles de convencer para que compraran toneladas de chucherías y quilómetros de telas varias, siguiendo la moda. Un mercado de consumo comparable al de los coches. ¡Ahí sería nada fabricar un nuevo ídolo! Cuchy también hablaba de eso, incluso en sus guiones radiofónicos.

Narciso Rubio, sin dejar de reír, pegó un golpe en el bombo que resonó como si hubiera micrófono.

—¡No había oído nada tan peregrino en mi vida! —comentó—. ¡Ja, ja! Ya me veo en las portadas de las revistas… con una melena hasta los hombros.

Sergio lo miró.

—Eso de la melena, como todo lo demás, tendría que decidirlo el *manager*…

De pronto, como se produjo el accidente de Fany o como estalla un motín, hubo un descalabro en «Construcciones Ventura, S. A.». Un edificio de seis pisos que la empresa levantaba cerca de la avenida Meridiana se vino abajo estrepitosamente, en pleno día, causando la muerte de dos obreros e hiriendo a otros cuatro.

El hecho fue tan aparatoso que se movilizaron los bomberos, los fotógrafos, la policía… y los parientes de las víctimas. Después de las primeras diligencias, en las que Alejo acompañó, asesorándolo, a Rogelio, fueron detenidos el arquitecto, que se llamaba Eduardo Ripoll y era «nuevo en la plaza», el aparejador y el capataz. Rogelio quedó pendiente de que se esclareciese el asunto y se supiera si, como propietario de la Constructora, él era también responsable.

Pese a la libertad condicional de Rogelio, los primeros días fueron

abracadabrantes. Rosy olvidó otras angustias, Pedro se formuló mil preguntas, Carol supuso que se le habían acabado los aperitivos en el bar Miami. Menos mal que su padre afirmaba su inocencia, asegurando que él suministró el material indicado, de buena calidad, sin camuflajes, sin escatimar nada. Los culpables serían, efectivamente, el arquitecto, que erraría en los cálculos; el aparejador, o bien el capataz, «que habría hecho de las suyas con el hierro y el cemento», cosa corriente.

—Pero tu obligación era vigilar la obra, ¿no?

—¿Cómo iba a hacerlo? La tecnificación no es de incumbencia de la empresa constructora. Además, ¡en estos momentos estamos construyendo treinta y dos edificios! Tenía confianza en mis hombres, nada más. El arquitecto me lo recomendó el propio Aurelio Subirachs.

Pronto se supo que los trámites serían largos: informe de los expertos, papeleo, declaraciones, etcétera. Además, los parientes de las víctimas no cejaban y pedían indemnizaciones astronómicas. Y Alejo pudo enterarse de que en los archivos de la Policía, así como figuraban los nombres de los líderes de la agitación estudiantil, figuraba la ficha completa de Rogelio Ventura desde sus comienzos de «hombre moderno, de hombre de acción». Y el resumen de la ficha era un gran interrogante.

El día de la Virgen del Pilar, mientras fuera llovía con mansedumbre, lo que las plantas del jardín exótico de la mansión de Rogelio agradecían visiblemente, el propietario de «Construcciones Ventura, S. A.», después del opíparo almuerzo, que transcurrió sin discusiones pero fríamente, empezó a sentirse mal. El primer síntoma se pareció a la opresión en el pecho que notó cuando al mando de su Chevrolet se dirigían a Malgrat. Pero en esta ocasión, inmediatamente después sobrevino un dolor intensísimo que, partiendo de la región cardiaca, se irradió hacia el cuello, hacia la espalda y hacia el brazo izquierdo, todo ello con acompañamiento de sudoración fría, extrema palidez y una terrible sensación de angustia. Rogelio, aterrorizados los ojos, desencajados, tuvo la impresión de ser víctima de un fulminante ataque cardiaco, de un ataque mortal. Quedóse inmovilizado en el sillón y por unos instantes perdió el conocimiento. El susto en la casa fue indescriptible y mientras Pedro salía disparado en busca del médico más cercano, el doctor Sabarís, que vivía en la propia avenida Pearson, dos números más abajo, Rosy, arrodillada al lado de Rogelio, no sabía hacer otra cosa que temblar y tomarle el pulso, que, sorprendentemente, era normal, así como la respiración. El sufrimiento de Rogelio era tan grande que cada segundo les parecía a todos un siglo, y Carol lloraba como una loca, lo mismo que las dos doncellas de servicio. Hasta que, inesperadamente, transcurridos unos dos minutos de la crisis, la angustia pareció disminuir, así como la sudoración. El médico no había llegado aún, pero todos se asieron a ese rayo de esperanza. Rogelio tenía mejor color, pero estaba en un estado de terrible abatimiento, con muchas ganas de eructar y de orinar.

Por fin llegó Pedro con el doctor Sabarís. Éste, con sólo ver al paciente y saber la evolución que se había producido, pensó en seguida en un *angor*, en una angina de

pecho. A fin de dilatar instantáneamente las arterias coronarias para que la afluencia de sangre fuese mayor, le suministró por inhalación tres gotas de nitrito de amilo y le dio una pastilla de trinitrina para disolver debajo de la lengua. Acto seguido Rogelio registró una evidente mejoría, lo que permitió pensar que el diagnóstico inicial fue correcto y que el peligro momentáneo había pasado. Sin embargo, el doctor Sabarís fue partidario de llamar con urgencia una ambulancia e internar al paciente en la Clínica de San Damián, donde podrían hacerle un electrocardiograma, un chequeo en regla, y donde dispondrían de todo lo necesario si sobreviniese alguna complicación. Entretanto, explicó a la familia que la angina de pecho no tenía nada que ver con el infarto de miocardio o similares; pese a ello, nadie se tranquilizó. El que menos, Rogelio, que continuaba convencido de que aquello era el principio del fin.

Fue la primera vez que entró en el jardín de la avenida Pearson una ambulancia, lo que provocó la cólera irrefrenable de *Dog*, el sustituto de *Kris*, que cuidaba de discriminar a los visitantes. Sus ladridos se oyeron desde «Torre Ventura». Rogelio llegó a la clínica en estado lamentable. Inmediatamente ingresó en la sección de cardiología, y el electrocardiograma, que se realizó en medio de general expectación, no registró ninguna anomalía sensible. La cosa, pues, parecía clara. Se procedería al chequeo; mientras, el paciente debería permanecer en estado de reposo absoluto.

Los análisis confirmaron la tesis del doctor Sabarís y renació la confianza. Ni siquiera se repitió la crisis. Sólo se enteraron de lo ocurrido los íntimos; acordóse que para los demás no se mencionaría para nada la angina de pecho. La versión oficial sería «peritonitis», lo que justificaría su estancia en la clínica y la prohibición de las visitas. Los médicos del establecimiento, entre los que figuraba el doctor Carbonell, el exayudante del doctor Beltrán, que quería casarse con una mujer rica, decían: «Ahora es preciso que el enfermo se convenza de que esto ha sido leve y no complique la situación. Por otra parte, su naturaleza es muy robusta, lo que no deja de ser una gran ventaja».

«¡Esto ha sido leve!». Rogelio tardaría mucho en convencerse. El corazón… Consigo mismo y con Rosy no podía disimular su espanto. Pedía un espejo, se tomaba el pulso a cada momento. Y a escondidas incluso de su mujer, habló con una de las monjas de la clínica para que fuera a confesarlo el padre Saumells, el cual acudió puntual a su cita. Y Rogelio, que no se confesaba desde el Congreso, lo hizo con minuciosidad edificante. Se confesó hasta de haber llevado en una cajita de cerillas los ojos de aquellos milicianos… El padre Saumells lo escuchó con atención y al final le impuso como penitencia… que se acordara de Dios también en los momentos buenos. «¡Lo prometo, padre, lo prometo!». Al quedarse solo, Rogelio se llevó las manos a la cara, rompió a llorar y le prometió a Dios que si lo curaba cambiaría radicalmente de vida. «¡Haré lo que sea, lo que sea!».

El doctor Beltrán, que acudió a verle, así como el padre de Rosy, el doctor don Fernando Vidal, le advirtieron de que a partir de aquel momento debería vigilar el peso, dejar de fumar, llevar una vida menos traumatizada, etcétera. Oyendo esto, se

puso en evidencia la doble personalidad de Rogelio. Con todos aquellos que se interesaron por él convencidos de que se trató de «peritonitis», demostró un temple singular. Cogía el teléfono y les decía, sacando fuerzas de flaqueza para bromear: «Dentro de dos meses no se me conoce ni la cicatriz». En cambio, con los íntimos —excepto con sus hijos, delante de los cuales no quiso aparecer como un gigante con los pies de barro—, se dejaba ganar por el abatimiento. A Ricardo Marín, a Alejo, a Aurelio Subirachs, a Jaime Amades —quien al conocer la verdad sudó mucho más que el propio Rogelio—, les decía: «Ya lo veis. De pronto, ¡zas!».

Bueno, no dejaba de ser un consuelo que tantas personas se interesaran por él, empezando por la directiva en pleno del Club de Fútbol Barcelona, cuyo presidente le aseguró que mientras él no se restableciese no ganarían ningún partido. Por supuesto, Alejo procuró molestarle lo menos posible con el asunto del pleito de «Construcciones Ventura, S. A.», aunque en un par de ocasiones no tuvo más remedio que pedirle una firmita… Por suerte, el asunto evolucionaba también favorablemente. El arquitecto, moralmente, parecía no tener culpa, pues sus planos estaban en regla; en cambio, uno de los aparejadores y el capataz incurrieron en contradicciones e iban revelándose como presuntos responsables. Al parecer, escamoteaban el material y lo sustituían por otro de calidad inferior. Todo ello hacía que, por lo menos el prestigio personal de Rogelio llevara trazas de quedar a salvo.

Los íntimos se portaron muy bien con Rogelio. Querían estar al corriente minuto a minuto. Ahora bien, quienes mayormente interesaban al enfermo eran Pedro y Carol. Efectivamente, no quiso de ningún modo que éstos se dieran cuenta de su cobardía. «No pasa nada, hijos, no pasa nada. Cuidado con las emociones, con el alcohol… Millones de personas han sufrido un angor, y tan campantes».

Sí, aquello era curioso. Postrado en la cama, a Rogelio lo invadían oleadas de ternura hacia sus hijos. A Carol la contempló como hacía mucho tiempo que no la contemplaba, como a carne de su carne, y se dio cuenta de lo graciosa que era y le agradecía en el alma que la muchacha le diera un beso al entrar y otro al despedirse. A punto estuvo de pedirle perdón por lo poco que se había ocupado de ella. Respecto a Pedro, le dio a entender que en adelante se interesaría por sus problemas íntimos, que respetaría su vocación y sus inclinaciones, que no lanzaría ningún exabrupto ni haría la menor gala de despotismo, por discrepantes que fueran sus opiniones, que procuraría, en fin, ganarse su amistad, a poco que Pedro pusiese algo de su parte para que así fuera.

Varias veces a Pedro, a quien la palabra *angor* se le incrustó en la mente como una blasfemia, se le humedecieron los ojos… Y entonces Rogelio se dio cuenta de que el muchacho tenía buen porte, una cabellera vigorosa —¡él, en cambio, tan calvo!—, de que lo esperaba toda una vida, con todas las bazas en la mano para triunfar. En parte, se sintió orgulloso… Era su hijo, su prolongación, aunque no le diera por los negocios sino por estudiar. Rogelio se sentía ignorante y procuraba en lo posible elegir las palabras. Llegó a preguntarse si los libros, sobre los que tanto había

ironizado, no enseñarían a comportarse mejor en los momentos de aflicción, a semejanza de lo que le dio a entender el sacerdote con respecto a las relaciones con Dios.

Rosy, que estaba al quite, en una ocasión llamó a Pedro aparte, en el propio pasillo de la clínica, y le dijo:

—Parecéis uña y carne. ¡Vivir para ver!

—¿Por qué no? Ha estado grave. Y hay que saber perdonar.

—Sí, claro, eso es verdad…

«Sí, claro, eso es verdad…». Tales palabras, y sobre todo el tono con que fueron pronunciadas, implicaban la confirmación irrefutable de que su madre consideraba, pese a todo, que aquel hombre que estaba tendido en la habitación de al lado era un gigante con los pies de barro. Que ella lo acusaba de muchas cosas de las que no conseguía perdonarle. Esto último entristeció increíblemente al muchacho, el cual desde hacía mucho tiempo se había dado cuenta de que su madre al lado de otro hombre hubiera sido una mujer menos insensata, que no se habría levantado a las doce, ni habría jugado tantas horas al *bridge*, ni habría llenado la casa de almohadones…

Los días que Rogelio permaneció en la clínica, a todos les parecieron años. Ése era otro aspecto de la cuestión. Sin él la mansión de la avenida Pearson carecía de sentido. Sobraba espacio, hubieran podido cerrarse la mitad de las habitaciones. Rogelio, con su innata vitalidad, llenaba la casa, lo que significaba que algo muy varonil y peculiar habitaba comúnmente en aquella naturaleza suya que los médicos habían declarado robusta.

Por fin Rogelio fue dado de alta y esta vez no fue la ambulancia, sino su Chevrolet, el que lo devolvió a su domicilio.

Rogelio detestaba tanto la clínica, el olor a éter y a quirófano que de ella emanaba, que al encontrarse en su lecho se sintió mucho mejor. Tuvo la impresión de que la palabra hogar no era fútil, que encerraba algo verdadero, y contempló con amor los muebles y cachivaches que en circunstancias normales le pasaban inadvertidos.

Su madre y sus hermanos, que habían estado en la clínica una vez —Rosy mandó avisarlos—, lo visitaron de nuevo en la avenida Pearson.

—Tienes buena cara —le dijeron.

—¡Pse! Esos zarpazos siempre se notan…

Su madre se acercó y lo besó en la frente. Sus hermanos permanecieron tiesos junto a la cama y al despedirse le estrecharon la mano con indisimulable cordialidad.

A partir de aquel momento cuidaron de él el doctor Beltrán y el padre de Rosy, ninguno de los cuales se fiaba excesivamente de los especialistas de la Clínica de San Damián, a los que consideraban excesivamente teorizantes.

Actuando de común acuerdo, el doctor Beltrán, repleto de experiencia, y el padre de Rosy, que conocía muy bien a Rogelio, le trazaron un plan de vida un tanto severo,

sobre todo para los meses inmediatos.

Rogelio, después de escucharlos, tuvo un momento de tristeza.

—Así, pues… esto se acabó, ¿no es eso?

—¿Qué es lo que se acabó?

—¡No sé! Llevar una vida normal… Si lo he entendido bien, he de considerarme un enfermo…

—¡Nada de eso! —replicó el doctor Beltrán—. Su constitución, ya se lo han dicho, es muy fuerte. ¡Ya quisiera yo parecerme! Pero ya no es un chaval, ¿comprende? Y ha luchado usted mucho.

—Sí, claro…

«Ya no es un chaval…». El padre de Rosy confirmó esta apreciación. Fuera los cigarros habanos, fuera los *whiskies*, fuera las emociones fuertes… ¡Vivir sin emociones! ¿Sería eso vivir? ¿Y cómo evitarlas si por un lado las casas se derrumbaban y de otro lado por menos de nada se ponía ahora sentimental?

Superado el período de reposo, se reintegró a la Constructora. Antes de ir se dio una buena fricción de agua de colonia e incluso había ensayado el tono de voz con que pronunciaría las primeras frases.

—Buenos días…

—Buenos días, don Rogelio. ¿Cómo está usted?

—Bien, muy bien. ¿A ver, la correspondencia?

Ése era el diálogo que tenía previsto. Pero todo ocurrió de otro modo. El portero al verlo se abrió en una gran sonrisa alegre, pues Rogelio siempre se mostró generoso con él. Marilín, que continuaba con la costumbre de morder el bolígrafo, le tenía preparada una carpeta que decía: «Asuntos urgentes». Algunos empleados habían sugerido presentarse colectivamente a darle la bienvenida, pero la idea no prosperó. Sin embargo, todos se alegraron de saberlo de nuevo en su sillón. Todos le debían favores y aquello suponía la continuidad de la empresa en que se ganaban el pan.

Rogelio se pasó toda la mañana tentando sus propias fuerzas, con frecuentes escapadas al lavabo para mirarse al espejo. Y la conclusión fue positiva. Al día siguiente, reunión en la Agencia Cosmos, con Ricardo Marín y el conde de Vilalta; asesor jurídico, Alejo. ¡Sosiego, normalidad! En resumen, al cabo de un mes había recobrado la confianza y su temperamento rebrotó, sobre todo delante de los demás, dispuesto a recuperar el tiempo perdido. Volvía a ser dueño de sí mismo, con esporádicas auscultaciones a su corazón. ¡Al diablo con el lenguaje susurrante de los médicos! Los de la clínica hicieron mucho teatro, pues de algún modo habían de justificar sus honorarios —¡menudos honorarios!— que le enviaron por correo, en un sobre inmaculado. No probaba el alcohol, pero empezaba a acariciar las botellas. No fumaba, pero de vez en cuando se incrustaba un puro en la boca, sin encenderlo, sólo masticándolo un poco. Asistía ya a las reuniones de la directiva del *Barça,* donde fue recibido con una ovación, y aceptó un par de invitaciones para cenar en sus restaurantes habituales, por cuestiones de negocio. Rosy le advertía: «Cuidado,

Rogelio… Ten cuidado. Cena ligero. No cometas tonterías». ¡Ah, el conservadurismo de las mujeres!

Una cosa quiso evitar: enfrentarse con los familiares de los obreros víctimas del accidente, que se empeñaban en hablar con él. Le dio a Marilín órdenes estrictas en tal sentido. «Diles que no estoy». Había tomado las medidas necesarias para que se les indemnizase sin regateos, al margen de lo que estipulase en su día la ley. «¿Qué más puedo hacer? No puedo resucitar a esos pobres desgraciados. La cosa ocurrió como ocurrió y no tiene remedio». Entretanto, el arquitecto había sido puesto en libertad y parecían definitivamente responsables el aparejador y el capataz.

Y a todo esto, Rogelio se dedicó a hacer balance del comportamiento de unos y otros en el decurso de la prueba. Un «¡hurra!» para Julián y Margot, pendientes de él como si se tratase de sí mismos. «No olvidaré nunca vuestras pruebas de afecto». Un «¡hurra!» para Carol, que seguía mostrándose cariñosísima… y que a raíz de todo aquello había empezado a salir con el doctor Carbonell. «¡Carol! Tengo la impresión de que se me ha metido una mota en el ojo izquierdo…», le decía Rogelio. Y Carol, que se daba muy buena maña para esas cosas, se alzaba de puntillas. «A ver… Ven aquí, cerca de la luz… Abre, abre un poco más». Rogelio entonces se reía y le pegaba un cachete. «Anda, que ha sido una broma». Un «¡hurra!» para Rosy, que no lo abandonó un solo instante, que demostró entereza y valor, aunque luego se quejaba de que todo aquello le había dejado como resaca una horrible jaqueca…

¿Y Pedro? Pedro era, en cierto modo, la nota oscura de la canción. Lo de uña y carne había pasado a la historia. No habían vuelto a discutir, pero el muchacho adivinó que su padre era vulnerable. Por un lado, esto lo humanizó a sus ojos; por otro, entendió que su temperamento fanfarrón quedaba menos justificado. Como fuere, el muchacho había vuelto a sus cosas y paraba poco en casa. Salía mucho con Susana, quien también había seguido minuto a minuto el curso de la enfermedad. Tal vez Pedro fuera más voluble de lo que parecía y al comprobar que su padre volvía a ser el de antes, se ausentase con el pensamiento, aprovechándose precisamente de que aquél le prometió dejarlo en plena libertad.

¿Y las promesas de Rogelio al padre Saumells? ¡Ay, era tan agradable vivir! ¡Qué hermoso estaba el Tibidabo en los días claros, de mucha luz! ¡Qué hermoso estaba Montjuich, y cuánto carácter tenían las Ramblas, con tanta gente paseando, con los quioscos al aire libre, los puestos de pájaros, de flores, de lotería! Barcelona era una bellísima ciudad, por más que Julián se empeñase en que sería necesario derribar barrios enteros y volverlos a edificar.

Dios era otra nota oscura… Más oscura, quizá, o más misteriosa que Pedro. «Acuérdese de Dios también en los buenos momentos…». Dios estaba lejos. A semejanza de Pedro, apenas si paraba en casa…

CAPÍTULO XXXII

MURIÓ JUAN XXIII. Conmoción inapelable, mucho más trascendente que la de Rogelio. ¡Se contaban tantas cosas del Papa! Tantas como de los Beatles… Una de ellas podía ilustrar el tono de los comentarios. Por lo visto, alguien quiso disuadirlo de la idea del Concilio diciéndole:

—Pero ¿cómo se atreve Su Santidad a convocar un Concilio a los ochenta años?

A lo que Juan XXIII replicó:

—Tenéis razón, sí… Pero… Y si espero a los noventa ¿quién me dice que para entonces estaré bien?

El papa «horizontal, democrático», que hablaba con los limpiabotas y que era enemigo del boato y del protocolo, había conseguido tal popularidad y era tan luminosa el aura de bondad que lo rodeaba, que en cuanto se supo que había entrado en agonía podría decirse que la vida se paralizó, y no sólo en España. Segundo a segundo, a través de la «tele» y de todos los medios de comunicación, el curso de dicha agonía fue seguido prácticamente por el mundo entero, por grandes y chicos, sin distinción de credos. Algunas gentes consideraban que de hecho eso era ya un milagro. Países como el Japón, tan alejados del Vaticano como Ricardo Marín de la humildad, vivían pendientes de la vida-muerte de aquel anciano. Las comunidades judías, árabes, hindúes, etcétera imploraban al cielo por Juan XXIII. No había precedentes de nada semejante. Charito lloriqueaba: «¡es un santo, un santo!». Quizá Sergio, o los sobrinos de Juan Ferrer, que querían marcharse a Alemania a trabajar, hablaran de «psicosis colectiva»; pero en este caso ¿quién la buscó? Juan XXIII no movió un dedo para que fuera así. Él se limitó a ser lo que era: un hombre que retrocedió de golpe a las fuentes de los textos evangélicos, que al resultar elegido fue considerado como simple «papa de transición» —al ir al Cónclave llevaba ya el billete de vuelta para Venecia— y que paradójicamente, con el Concilio y su personal ejemplo había provocado la revolución más trepidante que la Iglesia había conocido durante decenios. Un hombre gordo, afable, feo, de buena voluntad.

Juan XXIII, por fin, murió. Y corrió como una inmensa lágrima por toda la humanidad. Y después de su muerte siguió hablándose el mismo lenguaje referido a su persona. Nadie lo calificaba de «divino inspirado», ni de «clarísima mente», y mucho menos de «omnipotente faraón»; simplemente, lo que Charito dijo: un santo, y un santo alegre. Beatriz no salía de la iglesia; mosén Castelló hubiera deseado celebrar varias misas a la vez; en el propio *Kremlin* se notó… como una amputación y la «batería» de Narciso Rubio guardó silencio unos días. Mosén Rafael, que a veces se sentía culpable de tibieza, de falta de piedad, reaccionó. ¡Qué lástima que aquel hombre de Dios hubiese muerto sin culminar su tarea! Era portador de austeridad y de esperanza. Sobre todo, de esperanza para los jóvenes. Varias veces había dicho que el Concilio era para todos, pero que había que pensar especialmente en las

generaciones futuras, en los jóvenes. Mosén Rafael sabía que se hubiera entendido mucho mejor con el «campesino» Juan XXIII que con el «campesino» mosén Castelló.

El padre Saumells, que sorprendentemente había conseguido permiso del padre Tovar para pasarse una temporada en Roma, asistiendo de cerca al Concilio, regresó entusiasmado. No sólo de la figura de Juan XXIII, al que la pagana Roma atribuía ya una serie de curaciones milagrosas, sino de la marcha dei Concilio. ¡Era el espaldarazo a muchas de las cosas que él había intentado en vano predicar en el Colegio de Jesús y en la iglesia de San Adrian! Era un concilio revolucionario, a mucha distancia del Vaticano I. Naturalmente, entre sus 2500 obispos los había retrógrados —por ejemplo los españoles, hasta el punto que en Roma se decía últimamente que cuando éstos tomaban la palabra algunos padres conciliares se quitaban el auricular—, pero había teólogos como el padre Congar, como los cardenales Frings y Suenens, etcétera, que hablaban con una claridad que escandalizaba a muchos, pero que era como un tedéum anticipado. ¡Y lo que se decía en los pasillos! Iban a ponerse sobre el tapete el celibato de los sacerdotes, el acceso de las mujeres al ministerio sagrado, el estudio a fondo de la doctrina marxista, el diálogo, en mesa redonda, con los protestantes, la palabra «deicida» aplicada al pueblo judío, etcétera. Por lo demás, era el primer Concilio «libre», sin injerencias de autoridades civiles que lo condicionasen, sin hipoteca. Esto era muy importante.

Como lo era la labor de la prensa. ¡Ay, la prensa! Al padre Saumells le dolía en el alma que los periódicos españoles sólo registraran, por lo general, lo epidérmico, las reformas litúrgicas previstas para la Santa Misa, la reforma del breviario, etcétera, callándose taimadamente —no había otra palabra— la temática principal, que era la vuelta o regreso al seno de la Iglesia primitiva. Sí, era una lástima —y quizá un pecado— que España sólo recibiera del Concilio ecos lejanos y deformados, que no supiese que los obispos negros se paseaban y hablaban con majestad cautivante e ignorase, por ejemplo, el diálogo que un periodista sostuvo con un prelado de Indonesia, quien había explicado que en sus pueblos se veían obligados a admitir parte de la liturgia aborigen, que era rica y bella y presidida muchas veces por las danzas, las canciones, las representaciones teatrales, los juegos.

Un periodista le preguntó a uno de ellos:

—¿Y Su Excelencia preside esas fiestas?

—Naturalmente, y muchas de ellas con báculo y mitra.

—¿Incluso cuando se trata de danzas?

—¿Por qué no? La danza expresa los sentimientos del corazón humano. Pero no deben pensar ustedes en las danzas occidentales. Para el oriental la danza es una cosa muy seria, profundamente religiosa. ¿Por qué no habíamos de usarla también los católicos?

—He aquí —decía el padre Saumells— un ejemplo de lo que hay que renovar. Pensar que a menudo hemos confundido catolicismo con occidentalismo. Otro hecho

presentido por los jóvenes…, cuyos ritmos se inspiran en los de la tierra toda, en una especie de ecumenismo musical. Se trata de no aniquilar nada que provenga de dentro, sino de desmaquillarlo de inmoralidad y de conferirle dimensión cristiana. Por eso a mí no me disgustaría celebrar misa con fondo de música actual, adaptada a la suprema sencillez de la ceremonia… Y estoy seguro de que eso llegará, como hace muchísimo tiempo que ha llegado a Indonesia…

CAPÍTULO XXXIII

LAUREANO, EN MILICIAS, tuvo ocasión de dedicarse a su ejercicio predilecto: soñar. Excepto Pedro, que insistía en que la ventaja de estudiar Filosofía era que con ella se aprendía a matizar, los demás compañeros lo aupaban en su proyecto de probar suerte con la guitarra eléctrica y su espléndida voz. A poco que se lo propusiera, desencadenaba en el campamento un entusiasmo muy superior al de las arengas de los jefes y oficiales.

—Yo que tú, colgaba los libros y me subía al primer escenario.

—Pero ¿te das cuenta? ¡El mundo es tuyo! ¡Las chavalas se te comerán!

Fuera del campamento, sus grandes animadores eran Narciso Rubio y Cuchy. Ésta, que desde la aparición de Giselle había dejado de pensar en Sergio y elegido como pareja a Laureano, estimulaba al muchacho. Cuchy había conseguido varios éxitos con sus guiones radiofónicos, obteniendo un premio, y también llevaba viento en popa la Escuela de Periodismo, aunque para ello la pluma se le resistía un poco más. «Por lo visto hace falta más experiencia para la letra impresa que para la radio». No obstante, imaginaba a Laureano cantando canciones compuestas al alimón por él y por Narciso Rubio, con letra de ella. Laureano negaba con la cabeza. «Estás loca. ¡Componer! De momento, si acaso, cantar lo que haya por ahí y le vaya a mi estilo, si es que tengo algún estilo».

Podría decirse que los temores de Pedro y Susana se confirmaban. La carrera empezaba a pesarle a Laureano, fascinado por la nueva posibilidad. Andaba a la pata coja cuando hubiera podido emprender con firmeza la recta final. No decía nada a sus padres, pero éstos notaban que algo ocurría. Cogía los libros de texto como si fueran una carga y apenas si le preguntaba a su padre nada referente a la profesión. En cambio, no se perdía en la «tele» ninguna retransmisión de música moderna y a veces se entusiasmaba de forma delirante, arrastrando a Pablito, ya que no a Susana. Y se pasaba muchos ratos con el tocadiscos. Y con la guitarra. Rosario, la sirvienta, se preguntaba: «¿Por qué no tocará aires de mi tierra?».

Acordaron que, en todo caso, debían ser tres los componentes del conjunto. Les faltaba otro guitarrista que además tocase algún otro instrumento, por ejemplo, el clarinete. Narciso Rubio cuidó de ello. No paró hasta localizarlo. Un camarero de un restaurante de segunda categoría, que también tenía sus aspiraciones y que en el local escuchaba todo el día la radio a todo volumen. Se llamaba Salvador Batalla. El apellido parecía simbólico. Cuando Laureano lo conoció, no pudo evitar un movimiento de retroceso. Salvador tenía la cabeza pequeña y los brazos enormes y grotescos. Había en él algo de simio. Pero ensayaron en el *Kremlin* y su sonido era bueno. Además, tocaba la flauta y el clarinete. «¡Magnífico, magnífico!». Su voz era más bien de bajo, exactamente lo que les hacía falta.

—¿Qué nombre le pondríamos al conjunto?

Después de mucho pensarlo se decidieron por *Los Pájaros*. No era un gran hallazgo, pero quién sabe… Sonoro y fácil de recordar.

Laureano vivía una etapa de desconcierto absoluto. Apenas si veía a Marcos, a Jorge Trabal, a Carol, apenas si dialogaba con su madre, con Margot. A su padre, Julián, lo veía sólo de tarde en tarde, pues el hombre continuaba más atareado que nunca. No resistía Can Abadal, y no porque les temiese, como de pequeño, al viento y a la muerte, sino porque le temía a la calma. Rápido de reflejos, perseguía constantemente sensaciones.

Le estaba muy agradecido a Cuchy por el interés que se tomaba por sus cosas. La relación entre ambos no dejaba de ser original y hubiera podido decirse de ella que no estaba prevista en el Concilio… Habían empezado a besarse sin gran emoción, pero poco a poco fueron habituándose y cada vez sentían más necesidad el uno del otro. Cuchy estaba en su apogeo. Lo que ocurría era que Laureano no podía olvidar que él era el sustituto de Sergio. Sin embargo, la inhibición desapareció. Se citaban en el *Kremlin* y allí, un buen día, encontrándose solos, como quien se toma una horchata, se hicieron el amor, descubriendo que eran capaces de apasionarse hasta extremos insospechados. Fue una sorpresa recíproca, un acoplamiento perfecto, el inicio de unos encuentros que iban a ser periódicos y de una intensidad creciente.

—¿Por qué no cantas con nosotros, Cuchy? Formaríamos un cuarteto…

—Contigo prefiero el dúo, ya lo ves… Nunca creí que llegaras a gustarme tanto.

—A mí me vuelves loco.

—Yo lo estoy ya. Escucha mañana mi guión radiofónico. Es fieramente sentimental.

—Tus adverbios son una delicia. ¡Fieramente!

—Es lo que te mereces.

—Muchas gracias.

Todo ocurría en medio de una especie de inconsciencia difícil de explicar, muy lejos del sentido común que presidían los actos de Pedro y Susana. Laureano y Cuchy habían roto el cordón umbilical. En cuanto los escrúpulos meneaban el rabo, los rechazaban con expeditiva displicencia, lo cual no presuponía que ambos no se hallasen preparados, ¡y de qué forma!, para justificar su actitud. Precisamente Cuchy se daba sus buenos atracones de leer y Laureano, menos bloqueado por las asignaturas de la carrera, se dedicaba a meditar cuestiones personales y a fantasear como cuando, en el parvulario, dibujaba puentes larguísimos que terminaban donde terminaba el papel.

Por parte del muchacho, contribuía también a todo aquello el nuevo rumbo que, inevitablemente, había tomado la carrera de arquitecto. Ya no era cuestión de querer ser algo más que «el hijo de Julián Vega»; era que la profesión en sí se había modificado por la base. Claro que todavía el individuo podía marcar sus creaciones con su peculiar impronta; pero ya no podía abarcar la obra entera, casi ni siquiera firmarla. En trabajos de menor cuantía, sí, pero en los que ocupaban a su padre, a un

Aurelio Subirachs… Los tiempos de don José María Boix habían fenecido e incluso hablar de labor de equipo tenía otro significado. En las vallas, la lista de nombres activos era cada vez más larga. Para levantar un rascacielos era preciso que interviniese un geólogo que estudiase previamente el terreno y sus resistencias; luego, hacían falta «especialistas» en estructuras, depósitos de carburantes, aire acondicionado, ascensores, etcétera. En la cadena de hoteles de la Agencia Cosmos todo ello quedó muy claro, empezando por las cocinas, donde Aurelio Subirachs había imaginado hacer filigranas por cuenta propia. ¡Sí, sí! En definitiva, la arquitectura requeriría cada día más una combinación de elementos que había puesto en un brete a Laureano, siempre con tendencia a ser él mismo, admirador de las hazañas personales de los exploradores, de las islas que brotaban por sí solas en el mar.

Cuchy le dijo a Laureano:

—Laureano, tengo el honor de informarte de que mi emisora ha convocado para Navidad un concurso radiofónico para conjuntos aficionados. Concurso de villancicos. ¡Me iré a dormir a un pesebre un año seguido si no os presentáis! No sois ángeles, pero sois pájaros. ¡Seguro que os lo lleváis de calle! Con flauta y todo… ¡a ver!

Medio en broma, medio en serio, Salvador Batalla, que era el más músico de los tres, dio con un villancico catalán antiguo, le hizo un pequeño arreglo, ensayaron de firme y ganaron el concurso. La flauta fue decisiva… Y la voz de Laureano.

Revuelo en casa de Narciso Rubio —éste más despótico que nunca con los suyos —, revuelo en el restaurante en que trabajaba Salvador, revuelo en General Mitre… No porque el asunto les diera gran popularidad, pero el trío —con el correspondiente nombre— salió en los periódicos ya que Cuchy cuidó de que así fuera.

Julián y Margot se encontraron con la papeleta de tener que felicitar a su hijo —un villancico…—, pero preguntándole al propio tiempo por sus intenciones.

—¿Me han suspendido en alguna asignatura?

—Verás…

—¿Me han suspendido o no?

—Hasta ahora no…

—¡Entonces, dejadme cantar al niño que nació en Belén…!

¿Cinismo? No se sabía. Quizá sí. O combinación de elementos, como en la moderna arquitectura.

Poco después se produjo lo inesperado. En General Mitre sonó el teléfono. Susana le dijo a Laureano: «Es para ti… Cuchy». Laureano se puso y Cuchy, con voz que delataba que algo grave ocurría, le dijo que tenía necesidad de verle inmediatamente.

—Pero ¿qué ocurre? ¡Estoy estudiando!

—Por favor, Laureano… Es muy urgente.

Se citaron en el bar Miami. Y un cuarto de hora después el muchacho escuchaba

de labios de Cuchy la más insólita, de las confesiones: «Lo siento mucho, Laureano, pero es preciso que lo sepas. Estoy embarazada».

El suelo se hundió bajo los pies de Laureano. Éste, agarrándose a un clavo ardiente, miró a la chica con la esperanza de que se tratase de una broma pesada. ¡Cuchy era capaz de eso y de mucho más! Pero, por desgracia, el semblante de la muchacha no mentía. Estaba ojerosa y pálida. Y un gran miedo se le había acumulado en la mirada.

—Es horrible, Laureano… He esperado cuanto he podido confiando en que no sería verdad. Pero ahora ya no me cabe duda. No me obligues a darte más detalles.

Laureano se mordió los labios hasta casi hacerlos sangrar. Y en un segundo reconstruyó el comportamiento de Cuchy en las últimas semanas. Varias veces la chica le había dicho que se encontraba un poco mal. Y se la veía nerviosa y preocupada. Pero Laureano no le había concedido mayor importancia. Y ella misma lo tranquilizó. «Nada, no pasa nada. Mis padres me dan la lata, como siempre. Tonterías». Laureano comprendió toda la verdad.

—Pero… ¡Cuchy!

—Ya lo ves, Laureano. ¡Por favor, tienes que ayudarme!

La muchacha rompió a llorar. Y Laureano experimentó en un momento toda clase de sentimientos: despecho, ternura, piedad, odio… Odio contra Cuchy y contra sí mismo, por no haber tomado más precauciones.

—¿Qué podemos hacer? ¡Por favor, dime algo! Estoy desesperada…

Laureano hubiera querido hablar, pero no podía. Porque evidentemente era preciso hacer algo, tomar una decisión. Y debía tomarla él, él y nadie más. Cuchy, con su pequeño bolso inmóvil sobre la mesa, al lado de dos botellas de Coca Cola, era incapaz de la menor iniciativa.

—Cuchy, esto es una catástrofe… —Laureano añadió—: ¡Somos un par de imbéciles!

Eso ya lo sabía la muchacha. Pero lo que importaba era buscar una salida. Laureano hizo un esfuerzo enorme para coordinar sus ideas y al final llegó a la conclusión de que las opciones eran muy escasas. En realidad, no había más que dos. Una, comunicar la noticia a las respectivas familias… y casarse. Otra… abortar.

¡Casarse…! ¡Qué extraña palabra! ¡La vida entera se encerraba en ella! Abortar… Verbo horrible… En él se encerraba un peligro enorme. Y un tremendo delito, para el que Laureano al pronto no se sentía preparado.

El muchacho sacó fuerzas de flaqueza y expresó en voz alta su pensamiento.

—Supongo que no existen más que esas dos soluciones, que no hay una tercera…

Cuchy asintió con la cabeza. ¡Había meditado tanto!

—No. no la hay…

Marcaron una pausa. Otras parejas estaban alrededor, cogidas de la mano o besándose.

—¿Entonces…?

Cuchy tomó también de la mano a Laureano. Y le miró a los ojos con intensidad. ¡Qué lejos estaba de ser la muchacha frívola que hablaba de dormir un año seguido en un pesebre! Y el caso es que tenía aspecto de niña. O a Laureano se lo pareció.

Laureano se disponía a hablar; pero Cuchy, con voz inesperadamente firme, se le anticipó:

—Yo prefiero abortar.

El chico vivió de nuevo encontrados sentimientos. Por un lado, desprecio por la muchacha; por otro lado, tuvo una sensación de alivio…

Abortar. Sí, el verbo era horrible. Pero, en definitiva, corriente… Cada día más corriente, según versión popular. Por supuesto, era un delito. Pero ¿no era también un delito unir dos vidas para siempre por el mero hecho de no haber sido precavidos? ¿Y el escándalo que supondría elegir la otra solución? Laureano pensó en su madre… ¡Qué espanto!

El chico tardó en contestar unos minutos que a Cuchy le parecieron siglos. Pero por fin cabeceó repetidamente:

—Yo también lo prefiero…

Cuchy tuvo ganas de echársele al cuello, sin saber exactamente por qué. En aquel momento sintió que quería de veras a Laureano y que no le hubiera importado casarse con él si todo aquello se hubiese producido en circunstancias normales. No sabía si lo que la embargaba era gratitud, porque lo cierto era que al notar los primeros síntomas había maldecido a Laureano. Cuando tuvo los primeros mareos, y luego los primeros vómitos… Pero en aquel instante se sentía unida a él por algo misterioso. Algo que se rompería, pero que todavía no estaba roto. Sí, Laureano había dicho: «Yo también lo prefiero», pero el tono de su voz fue grave, hondo. No delató frialdad. La frase fue un llanto.

Cuchy, por fin, se incorporó levemente y le dio un beso en la mejilla. Y Laureano se lo devolvió. Y se miraron el uno al otro como si fueran los dos únicos seres existentes en el mundo. Unidos por un secreto profundo, por un secreto que nadie más podía compartir.

Y el secreto estaba allí, en el interior de Cuchy, en las entrañas de la muchacha, cerca del bolso pequeño, inmóvil, y de las botellas de Coca Cola erguidas en la mesa. Era un secreto sangrante, atroz y dulce. Era un ser, un ser posible, que había brotado al margen de su voluntad, pero real. Por espacio de unos segundos les pareció que lo amaban. Que ya tenía forma concreta y que era la viva estampa de los dos.

—Cuchy… Lo siento. Lo siento de veras.

La muchacha reclinó la cabeza en el hombro de Laureano.

—Me ayudarás, ¿verdad?

—Claro que sí…

Procediendo por eliminación, Laureano concluyó que la persona más indicada

para solucionarles el problema era Sergio. Por suerte, se encontraba en Barcelona, de regreso de París. Primero había pensado en Charito… pero no se atrevió. Y ni hablar de plantearles siquiera el asunto al doctor Beltrán o al doctor Trabal. Sin duda habría en una ciudad como Barcelona médicos que practicasen el aborto, pero ¿dónde estaban?

Sergio se mostró comprensivo y eficaz. Lo primero que hizo fue serenar el ánimo del muchacho, que al quedarse solo se sintió desamparado. Como era de suponer, le soltó un sermoncito de los suyos. «En la vida hay dos clases de viciosos. Los listos y los insensatos. Vosotros sois de estos últimos». Luego, por un momento, sonrió irónicamente, pensando en Cuchy, en los tiempos en que la conoció y la chica no lo dejaba ni a sol ni a sombra. Pero a partir de ahí puso manos a la obra.

—Nada de médicos —le dijo a Laureano—, porque al enterarse de quiénes sois te pedirían una fortuna. Hay mujeres que se dedican a eso; pero es cuestión de andarse con cuidado. Muchas de ellas lo hacen a bulto, utilizando una aguja de hacer calceta. Dame veinticuatro horas y encontraré una experta que se conozca de verdad el oficio. ¿De cuántos meses dijiste que está Cuchy?

—De dos meses.

—Bien. Mañana te quedas en casa y te llamaré sin falta. Y yo mismo os acompañaré.

Así fue. Al día siguiente Sergio llamó a Laureano. Se citaron en el bar Miami. Se había informado debidamente, habiendo encontrado una excomadrona que ofrecía el máximo de garantías que en estos casos podían darse.

—Digo, esto, porque un aborto es siempre un aborto, ¿comprendes? Siempre existe el riesgo de una complicación… Pero, en fin, no se dedica a otra cosa y por lo visto trabajo no le falta. Dispone del instrumental necesario y hasta se toma la molestia de desinfectarlo antes.

Laureano no podía con su alma. «Instrumental, se toma la molestia de desinfectarlo, ¡riesgo de complicación!».

—¿De modo… que no hay una seguridad total de que todo salga bien?

—Pero ¡chico! ¿Es que llegas de las Hurdes? ¿Quién puede hablar de seguridad total? Pero te digo que la comadre es de confianza. Puedes darte por satisfecho.

Laureano vaciló.

—¿Por qué has dicho comadre?

—Porque a las que se dedican a eso se las llama así. ¿O crees que se merecen un nombre más bonito?

Laureano apuró de un sorbo la tercera copa de coñac.

—Bien, de acuerdo. ¿Y cuándo podremos ir?

—Hoy mismo. Nos espera a las cinco. Tomáis un taxi y pasáis por casa a recogerme.

El asunto marchaba a toda velocidad… El precio estipulado eran dos mil pesetas. Laureano no disponía de ellas, Sergio tampoco. Fue a pedírselas a Andrés,

inventando una excusa, y Andrés se las prestó.

Laureano, con el dinero en la cartera, llamó a Cuchy. Y a las cinco menos cuarto la pareja, en compañía de Sergio, se dirigía en taxi Ramblas abajo, en dirección a la calle del Conde de Asalto. Cuchy, pese a estar muerta de miedo, tenía buen aspecto, aunque se había pintado los ojos menos que de costumbre. Apenas si se habían cruzado unas palabras. La chica se había limitado a mirar a Sergio con sincero afecto y a decirle: «Muchas gracias. No olvidaremos esto nunca».

Sergio mandó parar el taxi delante de una pastelería y se apearon. Echaron a andar. Y de pronto, al llegar a una casa de fachada cochambrosa y puerta estrecha, aquél dijo:

—Aquí es.

Subieron lentamente. La escalera estaba oscura y olía mal. A no ser por el recio pisar de Sergio, Laureano hubiera titubeado en seguir adelante.

Les abrió una muchacha joven, que llevaba en las orejas dos aros enormes. Sergio le hizo una seña y la muchacha dijo:

—Un momento.

No había sillas en el vestíbulo. Tuvieron que esperar de pie.

Minutos después reapareció la chica y dirigiéndose a Cuchy le ordenó que pasara.

—Tú sola. Vosotros esperáis aquí.

Laureano iba a decir algo, pero Sergio lo inmovilizó con la mirada. Cuchy, antes de penetrar en la habitación, se volvió hacia los dos muchachos e intentó sonreír, pero no lo consiguió. Sergio, segundos después, le dijo a Laureano:

—Hazte cargo. Esto no es apto para menores.

Laureano encendió un pitillo y hubiera dado otras dos mil pesetas por sentarse en una silla.

El cuarto de «operaciones» era pequeño y destartalado. Pero en el centro había una mesilla de quirófano. A Cuchy le sorprendió que la comadre no estuviera presente. Pero se limitó a obedecer las órdenes de la muchacha de los grandes aros en las orejas, la cual la ayudó a desnudarse y le indicó la postura en que debía colocarse en la mesa. Con la cabeza inclinada para atrás y las piernas abiertas de par en par.

En cuanto Cuchy estuvo dispuesta en esa postura, la «ayudante» le tapó los ojos con un pañuelo. Cuchy estaba tan asustada, que apenas si se atrevía a respirar. Aunque comprendió que de lo que se trataba era de que no viera tan sólo a la comadre, la cual querría guardar su clandestinidad.

Por fin oyó unos pasos y, poco después, una voz segura, autoritaria, pedregosa.

—Conque… dieciocho añitos, ¿eh?

El corazón de Cuchy se lanzó al galope. Incapaz de pronunciar una sílaba, la chica movió las piernas. Y la voz sonó de nuevo.

—¡No, eso no! Quieta… Aquí la que ha de moverse soy yo.

No habría anestesia, a fin de que Cuchy pudiera marcharse luego en seguida, por su propio pie. Sólo una inyección de ergotamina y unas gotas de cornezuelo de

centeno.

—Tranquila, muñeca. Comienza la sesión. ¿A ver, separa un poco más? ¿Un poco más…? Eso es. ¡Bueno! Hoy es miércoles y los miércoles suelo tener suerte…

Cuchy notó el contacto de algo metálico, que intentaba abrirse paso poco a poco, provocar la necesaria dilatación. De pronto, una punzada tremenda. Cuchy lanzó un gemido.

—¡Chiiiiiiist! Qué cuando lo hiciste no te quejabas…

Súbitamente, una sensación dulce. Hemorragia. «¡Maldita sea! Eso no…». Cuchy supuso que algo ocurría, pero, tapados los ojos, no podía ver a la comadre. Ésta, a la vista de la sangre, se asustó. Pero actuó con gran rapidez de reflejos. La «ayudante» le dio una jeringa y la comadre le puso a Cuchy una inyección de oxitocina.

Esperó unos segundos.

—¿A ver? Separa un poco más… Bien… Quieta otra vez.

Otra punzada, esta vez más honda.

—Ahí está… ¡El muy guarro! —La comadre acababa de localizar el embrión diminuto y real que por unos segundos Cuchy y Laureano, en el bar Miami, habían amado—. Ya es mío… ¡Ah, ja!

Cuchy lanzó otro gemido y la voz pedregosa cortó una vez más.

—¡Silencio! Después del gusto viene el disgusto…

El embrión se desprendió y fue extraído. Y Cuchy oyó:

—¡Hala! Al retrete…

¿Al retrete…? Cuchy contuvo un sollozo. La «ayudante» salió de la habitación. Y regresó unos momentos después. Pero Cuchy casi se había desmayado y no se dio cuenta del tiempo transcurrido ni de lo que la comadre hacía para rematar la intervención.

—¡Listos! Hasta la próxima, muñeca…

Cuchy se había recuperado y oyó con claridad los pasos de la comadre, que abandonó a buen paso la habitación. Inmediatamente después, la chica de los aros le quitó a Cuchy el pañuelo que le tapaba los ojos. ¡Extraña sensación! ¿Estaban a oscuras o había luz? La chica la ayudó a bajarse de la mesilla y a ponerse en pie.

—¿A ver? ¿Sólita…? Bien… Ya está.

Cuchy estaba pálida. Ahora sí que su aspecto era «espectral». Pero, en realidad, sufría poco. En realidad todo había sido sencillo, más sencillo que cuando le extrajeron la muela del juicio.

Empezó a vestirse. Y la «ayudante» le dio las debidas instrucciones. Tal vez pasara unos días con un poco de fiebre y notara dolores en el bajo viente y en los riñones. Pero podía hacer vida normal.

—Te tomas esos antibióticos —le dio un papel doblado.

Cuchy tomó su bolso, sacó el espejo, se peinó un poco y guardó la receta. Y pagó a la chica la cifra estipulada.

—¿Vamos?

Cuchy asintió. La «ayudante» abrió la puerta y salieron al vestíbulo.

Laureano y Sergio miraron a Cuchy con ojos implorantes. Cuchy, curiosamente serena, los tranquilizó.

—Sin novedad.

Laureano, a gusto, se le hubiera echado al cuello. Pero no era el momento adecuado para efusiones semejantes.

—Con Dios… —les dijo la «ayudante». Y los dos muchachos y la chica salieron a la escalera, más oscura que antes.

—¿Te ayudamos a bajar?

—No creo que haga falta… —Cuchy probó, y bajó por sí sola un peldaño y luego otro—. No, no hace falta.

Poco después se encontraban en la calle, que hervía de gente. De gente que traía y llevaba paquetes, que se detenía ante los escaparates, ajena a lo que acababa de suceder. ¡Qué próximos y qué lejos vivían unos de otros los seres humanos!

—Esperad un momento, que voy por un taxi.

Laureano salió disparado hacia las Ramblas. Cuchy notó otra sensación de mareo y Sergio la sostuvo asiéndola del brazo.

—Ánimo. Esto se acabó.

—Sí, no ha sido nada.

Sergio miraba a la chica con expresión un tanto irónica. Ella le preguntó:

—¿Te divierte eso?

—Ahora sí…

Cuchy le sostuvo la mirada.

—De todos modos, muchas gracias.

—¡Bah! —Sergio se encogió de hombros. Me informé bien antes de traeros aquí. Y ahora lo que te conviene es dormir veinticuatro horas…

Cuchy iba a decir algo, pero en aquel momento se detuvo delante de ellos un taxi, con Laureano dentro. Éste les hizo una seña, mientras abría la puerta.

—Subid.

Sergio dijo.

—Si no os importa, yo me quedo. Misión cumplida, ¿no?

Laureano insistió.

—¡De ningún modo! Dejamos a Cuchy en su casa y tú y yo nos vamos a un café a charlar un rato. Me horroriza quedarme solo.

Sergio, que tenía el rostro más afilado que nunca, se negó.

—Nada de eso. Cuchy, ya se lo dije, a dormir… Y tú te vas también a tu casa y no tienes por qué quedarte solo: coges la guitarra, o te entretienes repasando la lección que acabas de aprender.

—¿Qué lección?

—Que es más difícil vivir que matar.

Resultó chocante que, pasado el trance, quedase mucho más desalentado Laureano que Cuchy. A los pocos días, el temperamento nervioso y espasmódico de la muchacha la ayudó a reaccionar, como si lo sucedido fuese algo natural. Laureano, en cambio, no daba pie con bola. A ello contribuyeron sin duda las últimas palabras de Sergio, que fueron metálicas, como agujas de hacer calceta…, o más científicas, como bisturíes.

Cuchy le dijo:

—¿A qué embrollarte el cerebro? Aquello no era vida consciente todavía… ¿Crees que más adelante yo me hubiera atrevido? ¿Y la cantidad de abortos que se producen sin que nadie los desee? La naturaleza tendría que morirse, pues, de remordimientos… ¡A lo hecho, pecho! Te juro que no voy a desesperarme por eso. Los guiones, la Escuela, y seguir queriéndote como antes… Porque resulta que yo te quiero, ¿sabes? Pensé que me enamoraría de un miserable y nada de eso: me he entrampado con un chico sentimental como cualquier modistilla. ¡Para lo que le sirven a una los colegios de pago!

Y Cuchy se reía.

—No te entiendo, Cuchy, no te entiendo… Me esfuerzo y no acabo de comprenderte. ¡Si soy un miserable! ¡Si estoy viendo que lo somos todos! La que menos, la comadre… Esto no me vuelve a ocurrir a mí en la vida… ¿Por qué seremos así? ¿No nos haría falta un poco de oxígeno? ¿Y cómo puedes bromear sobre lo que ha ocurrido? ¿Cómo puedes tranquilizarte diciendo: «¡a lo hecho, pecho!»?

—Saltas de un tema a otro, querido. ¡Eso ño es ser un miserable! El mundo pasional es tan real como el de la ira o como esa sed que tengo desde el día que Sergio nos acompañó. ¡Menudo descubrimiento! Si no estuviera prohibido pronunciar nombres propios… Pero te apartas de la cuestión. Yo lo que deseo saber es si me quieres igual que antes o no. ¿Eh, qué me contestas a eso, chato? Porque, como me digas que no, entonces sí que me da fiebre y me tomo una dosis triple de antibióticos.

Laureano no sabía qué decir. Se sentía unido a Cuchy. Experimentaba hacia ella un sentimiento mixto de adhesión afectiva —quizá algo más aún—, pero con un fondo de desasosiego e incluso repugnancia.

—Claro que te quiero igual que antes. Pero ahora, sensatez, ¿no te parece?

—Sensatez significa gozar de la vida. O sea, continuar viéndonos, aunque tomando más precauciones…

—¡Cuchy, no seas loca! ¡Primero hay que digerir todo esto!

—Pero ¡si será lento el hombrecito! Yo lo he digerido ya… ¿Sabes que si continúas hablando así me pongo a chillar?

—Hala, no digas tonterías…

Y la pecosa Cuchy lo cogió del brazo y lo besuqueó en las mejillas.

CAPÍTULO XXXIV

REUNIÓN EN LA AGENCIA COSMOS. Los balances demostraban que la idea de fundar la sociedad había sido cualquier cosa menos un aborto. Por supuesto, todo el negocio giraba en torno del turismo, que empezaba a ser masivo. Eran varios millones los extranjeros que cada verano cruzaban la frontera española. Los periódicos interpretaban el hecho como un reconocimiento tácito del «orden» que imperaba en la nación. Las gentes estaban cansadas del caos político y de los incidentes que se producían en sus patrias respectivas y acudían a España porque sabían que en España podrían disfrutar tranquilamente de sus vacaciones, sin temor a disturbios, a manifestaciones, a bombas. «España es un oasis de paz y el mundo empieza a reconocerlo».

En la Agencia Cosmos no se discutía ese punto de vista. Rogelio, que ahora siempre andaba con tabletas medicinales en los bolsillos, Ricardo Marín y el conde de Vilalta se limitaban a comprobar que los beneficios eran pingües, que las urbanizaciones próximas al mar en que andaban metidos eran un éxito, que los hoteles funcionaban y que los «viajes colectivos todo incluido», motivo del desplazamiento del banquero y de Aurelio Subirachs a Inglaterra, Francia y Alemania, estaban dando el resultado apetecido. Clientela garantizada por las agencias, éstas más atentas a la contabilidad que al trato mejor o peor que se diera a los grupos que enviaban.

Los tres socios estaban de acuerdo respecto a las ventajas que el turismo ofrecía en todos los órdenes y se reían de que Julián se sintiese molesto por el hecho de que tantos españoles se ocupasen en estudiar idiomas. «¿Por qué? —se lamentaba el arquitecto—. ¿Es que si nosotros nos fuéramos a veranear a la Costa Azul o a las Islas Británicas los franceses y los ingleses estudiarían nuestra lengua? ¡Ni hablar! Pues que aprendan ellos el castellano».

A Rogelio le hacía gracia observar el comportamiento de los comerciantes. Todos se dedicaban con entusiasmo a remozar sus tiendas y sus escaparates. Apenas se habían caído las hojas de los árboles y en las casas habían empezado a encenderse las estufas, y ya muchos establecimientos se preparaban «para la próxima temporada». «Esto nos queda muy pequeño. Hay que derribar ese tabique». «¿Te has dado cuenta? A los alemanes les gusta el vino… Vamos a decorar el local a base de pellejos de vino y de azulejos que digan: *El agua para los peces*. O algo por el estilo». Fondas de mala muerte compraban una nevera y una cocina eléctrica y ponían en la fachada: *Restaurante*. En muchos bares, los dueños se habían dado cuenta de que a los extranjeros los chiflaba el marisco y pintaban gambas y almejas en las paredes. Se sacaba mucho partido de los borricos. A los turistas les encantaba retratarse montados en ellos. También los artesanos se lanzaban a idear figurillas representando toreros, bailarinas flamencas y hasta guardias civiles, y los ceramistas enfocaban su

producción a base de jarrones, platos y ceniceros con las siluetas de la Giralda, El Escorial, la catedral de Burgos, las montañas de Montserrat…

Los párrocos de los pueblos, sobre todo los de la costa, estaban tan asustados como mosén Castelló. El turismo era el ataque frontal de Lucifer contra las sanas tradiciones españolas y el catolicismo de las gentes. Ya no había hotelero que en verano tuviera tiempo de ir a misa y habían aparecido tantos *gigolos* como en Italia. Por lo visto, la moralidad del país era débil como un papel de fumar, un castillo de arena, que cuatro esculturales señoritas suecas habían barrido de un puntapié. O acaso tuviera razón Alejo cuando decía que el catolicismo era para los pobres, porque enseñaba a conformarse. Que la moneda fuerte invitaba a hacerse protestante o ateo.

Al conde de Vilalta le impresionaba especialmente el empuje de que daban prueba muchas personas de edad avanzada, sobre todo de países nórdicos, que tenían arrestos para cruzar todo el continente llevando en bandolera la máquina fotográfica. Le llamaban la atención, singularmente, las mujeres. «Hay que reconocerlo —decía —. ¡Son feas como el diablo! Pero no se resignan, como las nuestras, a quedarse en casa a hacer calceta».

A juicio de Ricardo Marín, otra positiva influencia que traían los turistas era que atenuarían un poco la tendencia ibérica a los extremismos.

—El asunto está claro. Hasta ahora había dos clases de españoles, todos equivocados. Los que creían que todo lo extranjero era perfecto y los que creían que sólo aquí el hombre era portador de valores eternos. Cinco años de afluencia de gente de fuera y nos colocaremos en el justo medio: reconoceremos que en todas partes cuecen habas y que si nosotros nos emborrachamos, los ingleses también. Y que si hay aquí siluetas estilizadas como la de mi hija Cuchy, hay francesitas que tampoco son mancas. En fin, la teoría del intercambio, siempre saludable. Al margen de esto, y con permiso de los párrocos costeros, no es mal ejemplo ver que muchos extranjeros se van a la playa con un libro en la mano…

Agencia Cosmos acordó construir un hotel en Benidorm, uno de los focos turísticos más importantes, y una sala de fiestas en la misma localidad. ¡Por fin la obsesión de Rogelio!: las salas de fiestas, o, mejor dicho, las *boîtes*. Probablemente adquirirían en Barcelona otras dos que andaban pachuchas, y procurarían desempolvarlas y sacarlas a flote. La de Benidorm se llamaría «La Caverna» y debería tener aspecto troglodítico. La entrada, un dolmen; dentro, ambiente selvático; el conjunto musical tocaría sobre una plataforma de piedra rojiza y habría dos jaulas colgadas del techo en las que cupieran un par de parejas que pudiesen bailar hasta el hartazgo.

Todos coincidieron en que el hombre idóneo para llevar el control de esa nueva aventura que los tentaba era Alejo, puesto que hacía muchos años que andaba ocupado en ese menester. Por lo demás, y pese a la complejidad de sus relaciones con Ricardo Marín y con el conde de Vilalta —¿por qué la *boîte* de Benidorm no se llamaba «La Gaviota»?—, Alejo había hecho honor a su promesa de que su ingreso

en la Agencia Cosmos sería beneficioso para todos. Aparte de que parecía disponer de un aparato de fumigación para escampar a los inspectores de impuestos, sus periódicas visitas a los hoteles se habían mostrado verdaderamente eficaces. Los gastos de personal habían disminuido al tiempo que aumentaba su rendimiento. Un número de magia, que lo retrotraía a los años en que buscaba con ahínco posibles y lucrativas patentes de invención.

Alejo, al enterarse de la decisión de abrir *boîtes*, se alegró enormemente. Aquel ser alámbrico, con aspecto de sacristán concupiscente, cada día se distanciaba más de lo que significase virtud. Dondequiera que pudiese comprobar que había corrupción, gozaba lo suyo. El agujero en el tabique de uno de los *meublés* a su cuidado era el mejor palco que tenía en la vida, y de haber sabido lo de Laureano y Cuchy hubiera sido feliz. En el Hotel Ritz, en su ostentosa habitación, se dedicaba a leer libros de «aberraciones sexuales». La pornografía normal no le bastaba; buscaba aberraciones, desde el lesbianismo al tribadismo o lo que fuere. Sabía bien que aquello era señal de impotencia, pero no le importaba reconocerlo. Y también contaba con medios expeditivos para alejar los escrúpulos cuando éstos meneaban el rabo. En el fondo, el turismo le interesaba a Alejo en ese aspecto. ¡La promiscuidad de los *campings*! ¡Los líos en las pensiones y apartamentos! «Que se palpen los muslos. Que se pudran. ¡Adelante!». ¿Cómo imaginar que fuese hermano de Vicenta, la madre de Rosy, ingenua mujer cuya máxima satisfacción era que Rogelio continuara llevándole pirámides de caramelos?

De ahí que Alejo hiciera tan buenas migas con el decorador oficial de la Agencia Cosmos, el que decoró la avenida Pearson y «Torre Ventura». Se llamaba Héctor y era homosexual. De unos cuarenta y cinco años de edad, cejas arqueadas, boca en línea recta que se cerraba con cierta dureza, uñas largas y bruñidas. Vestía aparatosamente. No hacía el menor esfuerzo por disimular su condición. A veces sufría ataques de melancolía y se desahogaba con Alejo, contándole sus fracasos o desengaños. Alejo, entonces, procuraba consolarlo, y al oírlo experimentaba una extraña mezcla de placer y repugnancia.

Héctor sería el encargado de decorar «La Caverna» en Benidorm, y todas las *boîtes* que se abriesen. En principio él buscaba siempre motivos de mar. Le gustaban mucho los marineros y se había recorrido muchos puertos de Europa tentando a la suerte. En Marsella le gastaron una broma y le tatuaron una sirena en la pierna izquierda, con un corazón atravesado. Lo consideró una vejación que procuraba ocultar a la mirada de los extraños.

Rogelio le tenía simpatía porque se divertía mucho con él. A Rogelio lo del homosexualismo no le cabía en la cabeza y cuando Héctor le decía que «tan natural era una cosa como la otra» el constructor le contestaba que aquello era una «burrada *per se*». Héctor se defendía como gato panza arriba y aseguraba que la juventud, sin darse cuenta, se dirigía cada vez más al unisexo, como se demostraba en la manera de bailar, en el sentido de camaradería, etcétera. «En los Estados Unidos cada vez hay

más muchachos imberbes y los senos de las muchachas son cada día más pequeños. ¡Te estoy hablando en serio, Rogelio! La gimnasia, la alimentación…». Rogelio se desternillaba de risa, risa que en ocasiones se le cortaba en seco; por ejemplo, si pensaba que, según el último análisis, tenía muy alto el colesterol.

Cada pieza iba colocándose en su lugar. Los hijos de Anselmo y Felisa le habían hecho caso a su padre y se habían especializado en reparar aparatos de televisión. Ganaban sus buenos dineros, aunque aspiraban a más, por lo que semanalmente rellenaban muchas quinielas. Las quinielas hacían furor. Jugaban a ello no sólo los aficionados al fútbol, sino personas como Carmen, la hermana del doctor Beltrán, y, por supuesto, el padre Saumells. El padre Saumells, a escondidas, rellenaba siempre un par de boletos, porque quería mejorar el aspecto de la improvisada iglesia de San Adrián y asegurarse de que su brazo derecho, el pequeño Miguel, podría continuar estudiando matemáticas, También doña Aurora, de la Pensión Paraíso, hacía sus pinitos, y los hacía a voleo. «No entiendo ni jota, pero tengo la corazonada de que un día acertaré un pleno yo sólita. Entonces regalaré la pensión y me dedicaré a recorrer hoteles de lujo».

Mari-Tere se salió con la suya y se casó con el productor de cine que, según rumores, la cortejaba en Madrid. Era un productor de películas comerciales, del tipo de película que horrorizaba a Sergio. Se llamaba Juan José Montoya, nombre que le cuadraba perfectamente. También era andaluz, tenía mucho gracejo y entendió que Mari-Tere sería una magnífica jefe de relaciones públicas. Hablar de matrimonio pasional hubiera sido exagerado, pero las bases de amistad y respeto eran serias.

La boda se celebró en Granada, adonde se desplazaron Julián y Margot, que llevaban mucho tiempo sin ver a la familia. Mari-Tere le agradeció a Julián que se hubiese negado a buscarle un empleo en Barcelona. «No hubiera conocido a Juan José. Ilustre hermano, muchas gracias».

Les impresionó comprobar que todos habían envejecido mucho, especialmente la madre de Julián, que estaba bastante enferma, hasta el punto que se sintió incapaz de ir a la iglesia. Apenas si salía ya de casa, pero continuaba abanicándose y cuidando con solicitud el canario de turno. Don Arturo se apoyaba bastante más que antes en su bastón, y ninguno de sus contertulios del Casino faltó a la ceremonia. «Confío en que Mari-Tere me dará un par de nietos más». El que mejor se conservaba era Manolo. El médico sabía cuidarse y de vez en cuando se sacaba una radiografía. Al igual que Ricardo Marín, jugaba al golf. «Los *beatniks* tienen razón: contacto con la naturaleza. De todos modos, ese asunto lo habían inventado ya los gitanos…».

La flamante pareja viviría en Madrid, en un piso de la prolongación de la Castellana. Mari-Tere daba la impresión de sentirse feliz. «Ya lo ves —le dijo a Margot—. Empecé anunciando jerez en la “tele” y me caso con un cineasta de Jerez de la Frontera. Si a alguno de vuestros hijos le tienta el cine, ya sabéis…». Margot

hizo un gesto que indicaba: «No creo que las cosas vayan por ese camino…».

Regresaron a Barcelona, donde, con un mes de intervalo, se murieron lo dos «viejecitos» de que cuidaba Claudio Roig. Primero murió la mujer y hubiérase dicho que él no logró soportar su ausencia. El aparejador se quedó solo, y el padre Saumells y Julián tuvieron ocasión de demostrarle el afecto que le profesaban, lo mismo que Aurelio Subirachs. Claudio Roig se sintió desconcertado. Se dio cuenta más que nunca de que la buena acción que llevó a cabo durante tantos años lo había llenado espiritualmente, y que en adelante necesitaría una compensación. No podía refugiarse, como Alejo, en el vicio; si acaso, en el trabajo. No obstante, tal vez hiciera falta algo más. ¿Y si se casaba, imitando a Mari-Tere y a Juan José Montoya? ¡Alguna vez le tentó acercarse… precisamente a Montserrat! Nunca se había decidido, y tampoco se decidió. Al final se resignó, advirtiendo claramente que resignarse en el fondo le producía un gozo inexplicable. Curiosa trayectoria la del excamarada de Julián en Zapadores. Tal vez hubiera en él algo de masoquismo, en cuyo caso Alejo hubiera leído gustosamente su biografía.

Montserrat, por su parte, se encontraba en un callejón sin salida. Se había enamorado de Julián «a lo loco», penetrando en un mundo que de hecho no era el suyo. «Julián, cariño, ¿qué significo para ti? En el fondo, un entretenimiento…». «¡Querida, no hables así, por favor! Te quiero de veras y soy feliz contigo. Pero ¿qué puedo hacer?». Claro, claro, la situación familiar no podía cambiarse… Montserrat estaba al borde de la depresión nerviosa. Su padre, notando su tristeza, le preguntaba: «¿Qué te ocurre, hija? ¿Alguna preocupación seria? ¿Por qué no me lo cuentas?». Ella procuraba disimular. «Nada, padre. Eso de la agencia de viajes es un lío. A veces me precinto si ese ir y venir de la gente tiene algún sentido…».

Luego, estaba la Universidad… También en ella cada pieza ocupaba su lugar. Los disturbios aumentaban, reflejo de lo que ocurría en otros países. Asambleas «no autorizadas», pancartas, ocupaciones de Facultad, huelgas, protestas por la detención de cualquier compañero, cócteles Molotov contra la Policía Armada, cuyos miembros, debido a su uniforme, eran llamados los «grises». En Madrid, Barcelona, Valencia y Sevilla se habían levantado barricadas, llegándose a paralizar el tráfico público en algunos sectores. Seguro que algunos líderes movían los hilos de todo aquello, pero una gran masa de estudiantes los seguía espontáneamente y otros lo hacían por mimetismo. Y es que, a decir verdad, las injusticias eran muchas, aparte de que los ánimos se habían exaltado con el asesinato del presidente Kennedy, con la intervención americana en la guerra del Vietnam y la mitificación de Mao. Los vasos comunicantes, las repercusiones a distancia de que había hablado Beatriz.

El más activista, aunque a su manera, era Andrés Puig en la Facultad de Derecho. Con tal de no tener que estudiar, para el hijo del joyero las huelgas eran peritas en dulce. Andaba por entre los corros buscando prosélitos y luego decía en casa: «La Facultad cerrada hasta nuevo aviso. Me voy a dar una vuelta».

El caso de Marcos era distinto. Marcos había sufrido horrores con el accidente

que le costó la vida a Fany y desde entonces había pasado del «mundo-náusea» a «los-avatares-de-la-vida-son-injustos»; sintiendo que la única fórmula viable de desahogo era la agresividad. Tomó de ello conciencia universitaria y se dedicó a la acción, lo que le valió una serie de porrazos y la retirada temporal del carnet. Lo que más le gustaba eran los incendios, tal vez por su condición de pintor. No intervino en el lanzamiento de cierta cantidad de líquido inflamable contra un catedrático «fascista» y tampoco en la introducción de papeles encendidos en el interior de varios buzones de correos, cuyo contenido ardió. Eso eran gamberradas. Pero sí militó entre los «incendiarios de periódicos». Montañas de periódicos fueron quemadas por las calles en señal de protesta por la forma tendenciosa con que eran dadas las noticias referentes a la Universidad. Marcos contemplaba las llamas, oía crepitar el papel y no le importaba que el humo se le metiera por la nariz y le llenara los pulmones.

Aunque lo que él quería era romper amarras, como se le habían roto a Fany. Terminar la carrera y marcharse fuera, tal vez a Londres, a ver mundo y a pintar. ¿Cómo se ganaría la vida? Eso estaba por ver, lo mismo que el enfrentamiento con su padre, Aurelio Subirachs. Ya no se dedicaba a representar fosfenos; se hallaba en su época amarilla. Cuadros amarillos que lo mismo podían ser trigales molidos que retazos de pergamino, que cotos de desierto por los que transitaban invisibles beduinos. A su hermano sacerdote, mosén Rafael, le decía: «Son sensaciones. No busques nada más».

También era distinto el caso de Pedro. Pedro había vuelto a discutir con su padre, aunque en tono menor, e iba madurando lo suyo. En principio estaba a favor de cualquier agitación estudiantil, pero no quería detenerse en la anécdota. Entendía que lo que fallaban eran los pilares: el exceso de alumnado; la escasa dedicación de buen número de profesores; el enfoque de muchas carreras, marginadas de las necesidades de la vida moderna; el método de exámenes, delirante a todas luces; el hecho de que las cátedras fueran vitalicias —«las oposiciones y un puro para toda la vida»—, etcétera. Y por descontado, continuaba revolviéndole el estómago que sólo el uno por ciento de hijos de obreros tuviera acceso a los estudios superiores. En opinión de Pedro, ¡y del padre Saumells!, tal discriminación era un crimen que justificaba por sí solo un replanteamiento total del problema universitario.

En el plano personal, el muchacho había tomado varias decisiones. Descontento de sí mismo, buscaba el camino del deber. Juzgó que había llegado el momento de ganar algún dinero por su cuenta. Y se puso a dar clases particulares. A lo máximo que podía llegar, puesto que también quería terminar la carrera y otear luego el horizonte foráneo, era a enseñar dos horas diarias. Pero la ilusión que le hizo cobrar por primera vez algo sudado por él mismo, fue enorme. Sintióse un poco autojustificado. A Rosy el asunto le pareció humillante y Rogelio se encogió de hombros. «Ya no me sorprende nada, conque…».

La gran amiga del muchacho era Susana. También ésta compartía la agitación estudiantil, aunque le dolían tantas huelgas porque ello suponía perder muchas clases;

y sólo había tomado parte en un homenaje a dos poetas silenciados por el Régimen: Machado y Hernández… Susana hacía honor a la confianza depositada en ella y llevaba estupendamente la carrera. Todo el mundo esperaba que ambos, de un momento a otro, anunciaran su noviazgo, pero las cosas no eran tan sencillas. Se habían encontrado dos temperamentos reflexivos. Pedro no estaba enamorado; Susana, tampoco. Se hubieran pasado horas y horas hablando, intercambiendo conocimientos —filosofía por medicina— y devanándose los sesos en torno a ese grandioso tema que era la vida. Y Susana intentando vencer la profunda crisis religiosa por que atravesaba Pedro; pero ni una palabra de amor. «Parecemos dos seres ya mayores que se hacen compañía», reía Susana. «Es verdad. Pero he descubierto que éste es el verdadero romanticismo», replicaba Pedro.

Susana le decía a Pedro que debía escribir una novela y presentarla a un premio literario. «Escribes a maravilla y te expresas con precisión extraordinaria. ¿Por qué no lo intentas?». Pedro negaba con la cabeza. «Si algo he aprendido en la Facultad es a conocer mis límites. Para escribir novelas hace falta imaginación, y yo no la tengo. Cuchy me daría ciento y raya. Me enseñas un papel blanco y no veo más que papel blanco. Cuchy, en cambio, vería un valle nevado, un traje de novia, infinitos campos de algodón…».

La nota disonante entre los dos era que Susana continuaba fascinada por el mundo de los niños, puesto que especializarse en pediatría seguía siendo su objetivo, y los niños a Pedro lo tenían sin cuidado. Le parecían un mundo divertido —por unos minutos—, pero intrascendente o provisional. Todo lo que era provisional lo colocaba a la defensiva.

—Pero ¿cómo puedes decir que el mundo de los niños es intrascendente? En la infancia quedamos marcados para siempre… Yo no me canso de analizar a Pablito, que es un déspota que se las trae… Por culpa de todos, claro está. Y si tuviera un hermanito de tres años, me volvería tarumba.

—Te repito que es un mundo provisional, Susana. Soy filósofo y sé lo que me digo.

—En ese caso, sólo te interesará de verdad el tema de la muerte.

—Tal vez.

Era mentira. A Pedro lo entusiasmaba vivir y estaba lleno de proyectos, lo mismo que Susana. Susana sabía que para su especialidad necesitaría estudiar a fondo pedagogía, psicología, sociología… Estaba dispuesta a ello y también, como todos, pensaba en el extranjero.

—¡He descubierto por qué me gusta tanto hablar contigo!

—¿Por qué?

—Porque eres un niño grande.

—Gracias, pequeña mamá…

Otra pieza que ocupaba su lugar era mosén Rafael. El vicario vivía atento a las voces que llegaban del Concilio más que a lo que le contaban las viejas en el

confesonario. Y había llegado a ciertas conclusiones. Pese a la impronta de ejemplar sencillez que había dejado tras sí Juan XXIII y a que en el Concilio se hablase mucho y se dijeran cosas muy fuertes —su querido e inefable párroco estaba hecho un basilisco—, él abrigaba el temor de que el tiempo menguara el ímpetu de los «progresistas» y que la crisis que sufría Pedro —y que éste no le había ocultado— se propagase como una epidemia. La Iglesia había sido narcisista y autocrática durante siglos y le iba a costar mucho objetivizar su obra. Y los «integristas» tenían todavía mucha fuerza en la Curia romana. Mientras vivieran —y que el Señor le perdonase— los Ottaviani y demás…

—¿Le digo una cosa? —azuzaba a mosén Castelló—. Yo al próximo papa, lo nombraría de raza negra. Y, desde luego, en la parroquia escondería bajo siete llaves ese dedo de San Hermenegildo que Dios sabe de dónde ha salido y que a lo mejor es de madera. ¡Ay, eso de las reliquias! ¿Sabía usted que en un pueblo de Valencia, Liria, se venera una pluma de las alas del Arcángel San Miguel?

Mosén Rafael a veces tenía salidas que recordaban a Cuchy. Por cierto que Cuchy acababa de comprarse una Mobylette.

CAPÍTULO XXXV

La suerte estaba echada. Laureano, después del golpe recibido con lo de Cuchy, se interesaba cada vez más por la música y cada vez menos por los estudios. El entusiasmo inicial se le había ido desflecando entre los dedos como un pedazo de tela demasiado vieja. La profecía estaba a punto de cumplirse, en lo que influían además otra serie de circunstancias, destacando las huelgas de la Universidad, que le dejaban al chico mucho tiempo libre. Hay que añadir que la carrera se le antojaba progresivamente difícil, lo mismo que le ocurría a Narciso Rubio, y que se repetía una y otra vez que en el mejor de los casos jamás llegaría a ser una figura.

Por otro lado, lo deslumbraban aparte del éxito de los Beatles y de Johnny Halliday, los festivales de la canción que se celebraban por doquier en España. ¡El que tenía el santo de cara y salía vencedor…! En una noche, a la cumbre. El triunfo en otros menesteres y en otras artes exigía años y años de sacrificio previo, de aprendizaje a fondo: cantar ópera; ballet; pintar; escribir; como pretendía Pedro… La canción ligera era básicamente instinto al servicio de determinadas facultades. Con eso y un poco de suerte bastaba. Nadie podía afirmar que a él iban a faltarle esas premisas.

Otra razón a su favor era que lo peor que podía pasarle era que fracasara. Bien ¿y qué? En tal caso, podía bajar la cabeza y reemprender la carrera. Naturalmente, tenía que señalarse un plazo a sí mismo: por ejemplo, dos años. Si transcurrido ese período no había alcanzado la meta se daría por vencido, pero por lo menos no le quedaría el reconcomio de no haberlo intentado.

Antes de plantearles la papeleta a sus padres, que era el punto delicado y oscuro de la situación, habló con sus compañeros Narciso Rubio y Salvador Batalla, con quienes ganó el concurso de villancicos en la emisora de Cuchy. El primero estuvo a punto de destrozar el bombo y el segundo la guitarra, el clarinete y la flauta. «¡Ya era hora de que te decidieses! Somos buenos, ¡podemos ser los mejores! Y ahora no nos vengas con que te has echado para atrás».

No era probable. Sin embargo, no podía afrontar el conflicto familiar que se produciría sin tener bien atados los cabos. Desde el primer momento se acordó el consejo que les dio Sergio, según el cual si resolvían seguir adelante necesitarían de un *manager*, de un apoderado, que podía ser la Agencia Hércules.

¡Jaime Amades! Laureano recordó a aquel hombre bajito, sinuoso y astuto, que a fuerza de saber infiltrarse había llegado a ser una potencia en publicidad. Sí, era la persona indicada para escuchar su proyecto. Imaginó la entrada en la agencia: «Señor Amades, necesitamos un apoderado. Y hemos pensado en usted». Nunca les jugaría una mala pasada, debido a la amistad y condicionamientos que lo unían a Rogelio e incluso a la familia Vega. Y disponía de todos los recursos necesarios: olfato, dinero, tentáculos en todos los terrenos de la propaganda, experiencia, ¡incluso entrada franca

en la televisión! En virtud de su contrato para los anuncios televisados procedentes de Cataluña, tenía fácil acceso a esa formidable, única plataforma de lanzamiento. Con sólo una indicación suya podrían intervenir seguro en cualquiera de las *Galas* dedicadas a la canción que se transmitían semanalmente.

Jaime Amades podía conectar con garantía —ellos no— con alguno de los profesionales en boga, que no sólo componían las canciones, sino que cuidaban de los arreglos, que asesoraban a las casas de discos, que se conocían de pe a pa los entresijos del éxito, además de todos los trucos electrónicos para que la música del conjunto «sonase» como era debido. ¡Si consiguieran interesar a Carlos Bozo! Carlos Bozo era sinónimo de victoria. Se había llevado de calle una serie de festivales y los cantantes arropados por él subían como los cohetes espaciales o como los anhelos de Laureano. Su figura era popular. De mediana estatura, llevaba una cabellera idéntica a la de Ringo, el «batería» de los Beatles, pero con el suplemento de una barbita de chivo un tanto sarcástica. Tenía aspecto de bohemio y, en cambio, fama de trabajador meticuloso y concienzudo hasta la exasperación. Rondaba los cuarenta años y, según una de las revistas editadas por el conde de Vilalta, estaba casado con una bellísima exmaniquí. Se decía que antes de dar por bueno un disco lo sometía al dictamen de un curioso tribunal: el que formaban su hija Ana y su hijo Federico, de quince y catorce años respectivamente. Si éstos daban muestras de aburrimiento, Carlos Bozo reflexionaba el asunto por espacio de un mes.

Decidieron ir a ver a Jaime Amades.

—¿Qué prefieres? —le preguntó Narciso Rubio a Laureano—. ¿Que vayamos los tres o ir tú solo?

Laureano se acarició la mejilla derecha, como solía hacer su padre.

—Creo que, la primera vez, será mejor que vaya yo solo.

—¿Has pensado todo lo que vas a decirle?

—Sí, Voy a decirle que no me diga que no sin antes consultarlo con Charito, su mujer.

—Señor Amades, necesitamos un apoderado. Y hemos pensado en usted.

Jaime Amades se encorvó sobre la mesa, al revés de lo que hubiera hecho Rogelio, que en ocasiones semejantes se echaba para atrás en el sillón. El despacho del propietario de la Agencia Hércules se parecía al del constructor, salvo que en vez de calendarios con mujeres en bañador estaba repleto de carteles de publicidad.

Jaime Amades escuchó con suma atención las palabras de Laureano. Se quedó de una pieza, lo que en su caso significaba que se empapó de sudor. Sabía que el muchacho tocaba la guitarra y había oído hablar del villancico premiado; pero lo suponía a punto de construir rascacielos y no de haber decidido «profesionalizarse» musicalmente. *¡Los Pájaros!* ¿No sería un pájaro el tal Laureano? No. Podía decirse que lo conocía desde que nació. Le miró a la cara. El chico estaba serio y su aire era

de soñador. Frente ancha, ojos brillantes, con un misterio dentro, boca muy parecida a la de Margot cuando ésta hablaba de algo muy querido. Llevaba un jersey de cuello alto que le sentaba muy bien. Dedos finos y largos, elegantes. Muy ágil de movimientos, con una voz muy segura, como seguros eran sus propósitos. La viva estampa del «jovencito dispuesto a todo» para obtener su deseo.

—¿Tus padres saben algo de esto?

—No. Primero he de tener la certeza de que puedo contar con usted.

—Es el pez que se muerde la cola. Antes necesitaría saber lo que ellos piensan.

—Tal vez quepa una solución. Usted se estudia el asunto y me da su respuesta. Si es afirmativa, yo me encargo de convencerlos. —Laureano agregó—: Por otra parte, desde hace tres meses soy mayor de edad.

—No me gustaría tener que jugar esa baza.

—A mí tampoco. Pero, con franqueza, creo que no habrá necesidad.

La actitud de Jaime Amades demostraba que, en principio, el asunto le había interesado. Anteriormente tuvo ocasión de intervenir publicitariamente en varias preparaciones de recitales y a raíz de ello se enteró de las cifras que se manejaban en ese mundo desconocido para él. Laureano le aportó más datos sobre el particular. El hombre se dijo que el lanzamiento de un hijo de un famoso arquitecto, estudiante y de buena familia, podía ser motivo de escándalo. En consecuencia, desde el punto de vista profesional, la jugada era tentadora. Cuando se enterase Alejo se retorcería de gusto y blandiría gloriosamente su bastón. Además, ¡apoderado! El cincuenta por ciento de los derechos de autor, de los beneficios. Bueno, eso no se sabía. Otro detalle a estudiar.

—Voy a pensarlo, sí, voy a pensarlo. Comprenderás que me has pillado de improviso. Por otra parte, hay que saber si esto tiene base; quiero decir…, tengo que asegurarme de que hay calidad.

—Hay un procedimiento rápido para enterarse. Consiga usted que algún experto en música moderna nos escuche, y que le dé su opinión.

—¿Quién podría ser?

—Yo le sugeriría un nombre: Carlos Bozo. ¿Ha oído hablar de él?

—¿Carlos Bozo? ¿Casado con una exmaniquí? ¡Claro! Ha estado aquí, en este despacho. En un par de ocasiones nos ha encargado publicidad.

—Es el mejor. Tiene una especie de varita mágica para conseguir el éxito y se las sabe todas.

—Ya…

De pronto, Laureano miró a Jaime Amades con ojos suplicantes y picaros.

—¿Puedo pedirle una cosa?

—Desde luego.

—Hable del asunto con su mujer… Estoy seguro de que se pondrá de mi parte.

Jaime Amades emitió su clásica risita de conejo y volvió a encorvarse sobre la mesa. La sugerencia le hizo gracia.

—¡Consejo inútil, Laureano! No hago nada sin consultárselo… Es un problema de supervivencia, ¿comprendes?

Charito, recordando sus tiempos del Paralelo, se puso incondicionalmente de parte de Laureano. «Si el chico es artista, ¿por qué no? Sería un crimen cortarle las alas». Habló con gran convicción. Amades titubeaba. «Conozco el paño, Amades… Adelante».

Faltaba dar el paso decisivo y Jaime Amades lo dio: conectó con Carlos Bozo. El prestigio de Agencia Hércules allanó todas las dificultades. El compositor acudió al despacho de la agencia ganado por la curiosidad, llevando consigo una carpeta llena de partituras, su cabellera a lo Ringo y la perilla sarcástica. «A lo mejor quiere hablarme de algo de televisión…».

En absoluto. Jaime Amades, después de invitarlo a un café —una máquina automática los hacía en serie—, le habló de *Los Pájaros*. De ser otro el interlocutor, Carlos Bozo se hubiera largado inmediatamente. Todos los días recibía propuestas en ese sentido. Pero Agencia Hércules no podía haberlo molestado sin un fundamento. Había oído hablar de Julián Vega. «Es su hijo, sí. A mí me parece que tiene mucha personalidad, y una vocación a prueba de bomba».

Carlos Bozo sonrió. Nada de eso podía darse por cierto hasta haberlo demostrado. No existían recetas para el éxito, y las opiniones previas no contaban.

Jaime Amades, interesado, le preguntó más o menos «cómo se fabricaba un ídolo». Y Carlos Bozo le demostró «que se las sabía todas». Un ídolo de verdad no se fabrica; un ídolo falso, sí. Un cantante *pop*, para abreviar —*pop* venía de popular—, era alguien que, con sólo aparecer ante el público juvenil, lo magnetizaba o no lo magnetizaba; eso era todo. Con su voz, con su manera de moverse, fuera guapo o feo, tímido o cínico, inteligente o imbécil. Ocurría como con los toreros: llenaban la plaza o no la llenaban. Él aprendió la lección a fuerza de poner esperanzas que luego fallaron. El público juvenil tenía su brújula, que además cambiaba de rumbo muy a menudo, y decía «sí» o decía «no». La palabra *fan* venía de «fanático» y eso no había que olvidarlo. Tal vez el que mejor hubiese definido la situación fuera el apoderado del famoso conjunto inglés los *Rolling Stones*, quien dijo que un auténtico cantante *pop* —o un auténtico conjunto *pop*— era aquel que conseguía que los adolescentes y los jóvenes bailasen siguiendo el ritmo con la pelvis…

—¿Comprende usted?

Jaime Amades estuvo a punto de pedir otro café, pero siempre temía excitarse demasiado.

—Desde luego.

Ésa era la base sobre la que había que operar. Naturalmente, había gente que quedaba descartada de antemano, y había casos en que valía la pena arriesgarse. Porque se trataba de hacer una inversión… Un buen lanzamiento era algo bastante

costoso, aun contando con los medios con que contaba la Agencia Hércules.

Jaime Amades le preguntó si, en el supuesto de que, después de oír a *Los Pájaros*, él viera posibilidades, estaría dispuesto a componer para ellos, a fijarles un estilo, a ser su ángel tutelar, en suma. En las condiciones que oportunamente podrían establecerse.

—Estoy dispuesto a todo menos a fijarles un estilo. Eso deben traerlo ellos por su cuenta. Lo más que puedo hacer es sugerir algunos retoques, pulir esto o aquello, pero nunca traicionar su manera de ser.

—Ya…

Carlos Bozo volvió a sonreír.

—Es otra opinión del apoderado de los *Rolling Stones*…

La prueba se efectuó en el estudio de Carlos Bozo, instalado con absoluta seriedad, con toda clase de transformadores, amplificadores, magnetófonos, etcétera. Situado en una calle tranquila, en una travesía de Ganduxer, reunía las mejores condiciones acústicas.

Laureano acudió más nervioso que a cualquiera de los exámenes a que se había presentado en la Escuela. Sabía que éste era irrepetible, Narciso Rubio, en cambio, estaba sereno, aunque se abstuvo de escupir como era su costumbre. El camarero Salvador Batalla, achatado, con sus largos y grotescos brazos, era el símbolo del temblor.

Carlos Bozo se fijó especialmente en Laureano, cuyo aspecto, en principio, le causó excelente impresión. Y llegó el momento. Los tres aspirantes ocuparon los lugares que les indicó Carlos Bozo, y éste les hizo una señal. Laureano, de pie en primer término, pegó un grito, que los altavoces repitieron a una potencia increíble, mientras una cinta magnetofónica empezaba a girar. Habían elegido una canción de Johnny Halliday: *Pour moi, la vie va commencer*. La habían ensayado horas y horas. No les salió del todo mal. La voz de Laureano delataba que estuvo cantando en la Tuna, pero era vibrante, dúctil, con buena impostación, gracias a las lecciones que en el Colegio de Jesús le había dado el padre Barceló. El final fue arrollador. Laureano hubiera repetido el estribillo hasta el infinito, mientras Salvador arañaba con crueldad la guitarra y Narciso Rubio enloquecía con la «batería».

Al terminar, Carlos Bozo se limitó a decir: «Otra». Eligieron una canción española muy conocida, que había ganado un festival. Y luego dos o tres del mismo género, en las que se alternaban unos pocos compases de verdadero *rock* con otros muchos folklóricos y sentimentales. Y siempre con un *in crescendo* al final, repetido, repetido…

Laureano se había propuesto dar lo mejor de sí mismo y lo dio. Le había pedido a Carlos Bozo un micrófono de mano con el hilo muy largo, lo que le permitió pasearse, volverse de pronto de espaldas al público, inexistente, ponerse de perfil,

nuevamente de cara, tener súbitos desplantes e iniciar, cuando menos se esperaba, una serie de movimientos ondulatorios con todo el cuerpo, que sin duda invitaban al contagio y dilataban al máximo las pupilas de Jaime Amades. La agilidad del muchacho era realmente felina y aunque su gama de recursos aparecía aún bastante limitada, podía aquilatarse sin esfuerzo la posible orientación.

—Basta —dijo en un momento determinado Carlos Bozo, cerrando el magnetófono.

Los chicos sudaban a mares. Se los veía más dueños de sí que al empezar, lo que era buena señal. Carlos Bozo encendió un pitillo. Su expresión era impenetrable. No porque buscase algún efectismo; se esforzaba por disimular que se había entusiasmado. Faltaba matizar, pero admitía que el grupo tenía un sinfín de posibilidades. Estaba a punto de pensar que acaso hubiera encontrado lo que durante tanto tiempo anduvo buscando.

Laureano se creyó en la obligación de llenar aquel silencio.

—Hágase cargo de que somos aficionados. Nunca hemos actuado en público y sabemos que el problema es de experiencia, de llegar a dominar las tablas. De todos modos, nos hemos fijado mucho… Lo que pasa es que nos faltan canciones escritas exclusivamente para nosotros. Yo soy muy partidario de adaptar la música a las facultades de cada cual; y lo mismo diría con respecto a la letra. La mayoría de las letras son de un cursi subido, no sé por qué, y lo que nos gustaría serían letras con auténtica intención.

Fueron unos segundos que a todos les parecieron eternos. Jaime Amades entrelazaba los dedos, se restregaba las manos. Él no había entendido nada —aquella música le parecía toda igual—, pero intuía que el asunto iba viento en popa y que incluso el gran tribunal, es decir, Ana y Federico, los hijos de Carlos Bozo, reaccionaría favorablemente.

Por fin Carlos Bozo se decidió a hablar. «No está mal, no está mal». No le importaba confesar que se había llevado una agradable sorpresa. Había que trabajar mucho, pero materia prima no faltaba. La «batería» un poco confusa y Salvador —¿se llamaba Salvador?— de vez en cuando se retrasaba un poco. Y Laureano simulaba una naturalidad que, tal como muy bien había dicho él mismo, por lo pronto no existía aún. Pese a ello, entendía que, por su parte, podía dar el visto bueno y su consejo —eso lo dijo volviéndose a Jaime Amades— era que valía la pena arriesgarse…

Narciso Rubio tiró los palillos al aire sin molestarse siquiera en recogerlos. A Salvador se le humedecieron los ojos y Laureano quedó mudo: tal era su emoción.

A continuación, Carlos Bozo se extendió sin más en una serie de consideraciones. El asombro de sus oyentes era total, pues parecía que daba por hecho el asunto y que se estaba ocupando ya de los detalles. Si entre todos llegaban a un acuerdo, lo primero que había que hacer era cambiar el nombre del conjunto. Nada de «pájaros». En cuestión de canciones era muy peligroso aludir a la ornitología. Así, de entrada, y

visto el fervor con que cantaban, se le ocurría que merecían llevar un nombre en el que él había pensado muchas veces: *Los Fanáticos*. Era agresivo y se recordaba con facilidad. *Los Fanáticos*. ¿Acaso no lo eran? Parecían haber nacido en Los Ángeles o en Liverpool y no en barriadas de Barcelona con escasa tradición *rock*.

Además del nombre, había que cambiar el número. Faltaba un elemento, debían ser cuatro. Un cuarteto sonaría mucho más. Él podía llamar al muchacho que les hacía falta, que tocaba la guitarra y el órgano eléctrico. Músico excelente, se le ocurrían melodías porque las llevaba dentro desde que lo parieron, aunque desconocía la armonía y las reglas elementales de la orquestación. Se llamaba Javier Cabanes y su padre estaba empleado en Pompas Fúnebres, pero eso no importaba. Sí, Javier completaría espléndidamente la combinación, porque tenía cara de niña. En todo conjunto moderno que se preciase y que quisiera simbolizar algo relacionado con el porvenir, se necesitaba que por lo menos uno de sus componentes tuviera cara de niña.

Luego era absolutamente preciso pensar en la presentación, en el aspecto externo. La apariencia no influía gran cosa cuando no había calidad; pero cuando la había, era fundamental. Ahí estaba el ejemplo de los Beatles. Tenían que dejarse crecer la melena hasta los hombros. Los cuatro con melena. Tres, de una manera estudiadamente anárquica; Laureano, que sería el solista, el ídolo, o, en términos militares, el capitán, muy bien compuesta, con las filigranas que el pelo permitiera. Ahí estaba para ello el peluquero de moda, Aresti, que tenía como clientes a todos los cantantes y artistas y que había convertido el corte de cabello en un arte, componiendo «cabezas» y no dando simplemente tijeretazos.

Tiempo les daría a pensar en lo demás, llegado el caso. Por ejemplo, el traje. Deberían tener varios, aunque así, a simple vista, él los veía enteramente vestidos de rojo, con las solapas muy anchas. «El color rojo es un color fanático, ¿no es así? Pues eso».

—Me comprometo a componer canciones adaptadas a vuestra manera de hacer. Me comprometo a cuidar de los arreglos y a ensayar hasta que perdáis diez quilos cada uno. Tal vez lo mejor sería grabar de momento un disco, un 45, con cuatro canciones, dos de ellas de protesta. ¡Ah, sí, eso es también fundamental! No es que sea axiomático, ni mucho menos, que todas las letras hayan de tener intención, pues a veces, según la música, basta con que sirvan al ritmo, aunque no sean otra cosa que sílabas inconexas, o meras interjecciones; pero, para empezar, yo haría algo… no sé, por ejemplo contra la guerra del Vietnam… O contra los tabúes que hasta ahora han rodeado a las cuestiones del amor… —Carlos Bozo se acarició la perilla y añadió—: Ahora, el señor Amades tiene la palabra.

Jaime Amades se sentía desbordado. Aquello que empezó siendo mera anécdota llevaba trazar a ser algo importante. *¡Los Fanáticos!* Le dio por pensar que sería el negocio de su vida, aunque no le gustaba lo de apoderado; preferiría ser llamado «representante». Representante de *Los Fanáticos*. ¿Lo pondría en las tarjetas?

¡Charito estaría contenta!

—Después de escuchar al señor Bozo, Agencia Hércules está dispuesta a estudiar el aspecto legal del asunto…

Los tres chicos se abrazaron en el centro del estudio, mientras Carlos Bozo decía:

—Desde luego, aquí hay alguien inteligente… ¡Mira que empezar cantando *Pour moi, la vie va commencer*…!

Laureano se enfrentó con sus padres. Sufría mucho porque sabía el disgusto que les iba a dar, pese a lo cual estaba dispuesto a no renunciar por nada del mundo. Pensó si le convenía hablar antes con Susana, pero decidió que sería un acto inútil, puesto que conocía de antemano la reacción de su hermana. También pensó en recabar la ayuda del padre Saumells, pero se le antojó humillante. El problema era suyo y él tenía que dar la cara.

El chico, aupado por las palabras de Carlos Bozo, sintió que lo ganaba un aplomo inhabitual en él. Era la certeza de que elegía el camino recto, de que la música iba a ser su realización como persona. Eligió un momento en que no hubiera nadie más en casa y les contó todo lo sucedido desde que empezó a intuir aquello con Narciso Rubio. Los meses que lo anduvo meditando; las razones en contra; el poner en un platillo de la balanza la carrera, que de pronto lo fatigó, y en el otro la gloria íntima de descubrir su verdadero afán; el placer que experimentó al cantar y la posibilidad de comunicar a los demás su arte, etcétera. También les contó las gestiones que había hecho con Jaime Amades y con el compositor Carlos Bozo, el resultado de la prueba y que Jaime Amades fue el primero en exigirle el consentimiento de sus padres, que era lo que les pedía aquella tarde.

—Lamento mucho plantearos esta papeleta, porque os conozco y sé lo que vais a pensar. Tú, papá, soñabas con que siguiera tus pasos; tú, mamá, seguro que imaginas que ese mundo de la canción es algo que ha de conducir inevitablemente al desastre, por lo menos al desastre espiritual. Cuando ganamos el concurso de villancicos y os alarmasteis, os pregunté: «¿Me han suspendido alguna vez?». Fui sincero. Entonces estaba lejos de sospechar que las cosas rodarían de esa manera y que llegaría a la conclusión de que lo que realmente quiero es cantar y no ser arquitecto. Pues bien, sigo siendo sincero hoy. Sois, os lo juro, los dos seres que más quiero en este mundo: dejadme probar. Y si me doy cuenta de que estaba equivocado, si fallo, si no triunfo como es mi ambición, lo aceptaré y reanudaré los estudios. De modo que lo que os pido es un margen de confianza… Nada más.

Julián, mientras su hijo estuvo hablando, no pudo hacer otra cosa que llenar de humo la habitación: tan fuertes fueron las chupadas que dio a la pipa. Julián, que ya peinaba canas, en cuyo rostro se marcaban ya las huellas de tanta lucha, ante el aplomo de su hijo quedó desconcertado. Casi fue este aplomo lo que más lo irritó. Laureano les había hablado como si se tratara de cambiar de marca de tabaco, y se

trataba de cambiar el rumbo de la existencia y de poner en ridículo el apellido que llevaba.

Margot, por su parte, a duras penas consiguió contener los sollozos. Conocía a su hijo. Leyó en su rostro que nada lo haría cambiar de opinión. Pese a ello, debían intentarlo.

Habló Julián. Lo malo era que Laureano prácticamente se había anticipado a todas las objeciones; el muy cuco se había preparado a conciencia la lección.

—¿De modo que lo que pides es un margen de confianza? Supongo que lo primero que debería hacer sería llamar al doctor Beltrán, pues esto no puede ser otra cosa que un ataque de locura. ¡Colgar la carrera porque el niño quiere cantar! Formar un conjunto y deambular por ahí pegando gritos como esos que salen en la «tele» y que a veces hasta se vuelven de espaldas al público. «Dejadme probar. Y si me doy cuenta de que estaba equivocado, lo aceptaré y reanudaré los estudios». ¡Mil veces no, amiguito! Afirmas que lo has meditado mucho; ¡pues vuelve a empezar! Piensa que tus padres, que según dices son los dos seres que más quieres en este mundo, se niegan en redondo a que te metas en ese barro. Porque no es sólo tu madre la que piensa que eso es barro, ¿comprendes? Yo también lo pienso así. Dedicarse profesionalmente a eso es entrar en un clima ambiental que no se sabe dónde termina ni cómo retirarse luego de él; no hay más que ver el aspecto de la mayoría de los que ya están metidos hasta la cintura. ¿Quién diablos te ha vaciado la cabeza, vamos a ver? ¿Narciso Rubio? ¿Las modistillas que a lo mejor se disputarían un pedazo de tu camisa? Sí, acertaste al decir que siempre soñé con que seguirías mis pasos, que me parecen muy dignos. Y mi alegría era muy grande viendo cómo ibas venciendo los obstáculos para llegar al final. Ahora de pronto, ¡zas! El pasatiempo se convirtió en obsesión. ¡Y pensar que yo mismo te pagué un profesor de guitarra! ¿Por qué aquel día no pillé una hepatitis? Laureano, escúchame bien. La respuesta de tu padre es: ¡no!

Laureano, que ya esperaba el anatema, no dio muestras de sorpresa, pero sí de incomodidad. ¿Cómo conciliar puntos de vista tan dispares?

Miró con fijeza a su padre.

—Papá, no te exaltes, por favor. Ya te he dicho que no se trata de una improvisación. Me estás hablando en un tono que no me parece el más adecuado.

—Tu padre ha hablado muy bien, Laureano —intervino Margot, interrumpiéndolo—. Y estoy completamente de acuerdo con él. ¡Un conjunto musical! Bien sabes que si aquí hay alguien amante de la música, ese alguien soy yo; pero lo que tú te propones es dedicarte a una grotesca caricatura de la música. No dudo que entre un millar de canciones habrá unas cuantas que se podrán soportar, e incluso serán bellas; pero en su inmensa mayoría son berridos absurdos, una manera de pasar el rato, copia engañosa de un tipo de ritmo reiterado y obsesivo que está bien y es sincero entre ciertas razas que cultivan el tan-tan, pero que en personas como tú resultan por completo sofisticadas. A mi me parece que lo que te tienta es la facilidad. Los libros

son una montaña y has visto una puerta abierta al triunfo cómodo y halagador, es decir, a las modistillas… Un par de discos, tu buena planta, un poco de contoneo, ¡y a salir en los periódicos! Lo otro hay que sudarlo, y sudarlo de verdad. Hijo mío, todo eso es un espejismo. Porque esos triunfos son fuegos fatuos y lo otro es duradero. ¡Y no pienso dudar de tu éxito, fíjate! De modo que el fallo de que hablaste probablemente no se produciría, sino todo lo contrario. Hasta cabe admitir que, por una serie de circunstancias, te harías el amo del cotarro; pues bien, es a eso a lo que le temo. Porque la caída seria luego igualmente vertical. Los gustos cambian en cuestión de días y lo que hoy hipnotiza mañana es arrinconado como un trasto. ¡Cantante de música ligera! ¡Cantante de moda! Yo no te enseñé solfeo ni quise que te aficionaras al piano para llegar ahí. Y cuando en París le pedí a Rosy que te trajera una guitarra, tampoco pude sospechar que un día nos hablarías como acabas de hacerlo. Yo creo que la hepatitis la voy a tener ahora si no nos dices que todo ha sido un mal sueño… de tu juventud. Y por descontado, mi negativa es también rotunda, Laureano.

La incomodidad de éste se acrecentó. La seriedad y el dolor de sus padres eran superiores a cuanto él imaginara. Los argumentos que empleaban eran más sentimentales que lógicos, pero resultaba imposible razonar una repulsión tan profunda. Por otra parte, ¿cómo demostrarle a su madre que esa música que ella despreciaba casi en bloque tal vez fuera tan buena como pudo serlo en otros tiempos la que ella amaba? ¿Que los años habían pasado y que la juventud moderna no era un mal sueño, sino un cuenco tan vasto que en él lo mismo cabía lo primitivo —el tan-tan— como la pasión por la cibernética o la pasión por la libertad? ¡La libertad! Ésa era la palabra, que en cierta ocasión analizó con su padre y que debía poner en práctica… «La libertad es algo que uno de repente desea… y ya está». Esos berridos absurdos y en apariencia sin sentido eran gritos lanzados por quienes, debido a su edad, no querían vivir de normas redactadas en pergaminos de la Edad Media. Nada de fuegos fatuos; cada día que pasara los gritos serían más fuertes y se oirían más lejos. ¿Y por qué su padre habló irónicamente del «niño que quería cantar»? Una vocación podía ser tan auténtica para lo uno como para lo otro. ¿Y por qué habló del barro hasta la cintura? Bueno, el trance era amargo y había que pasarlo.

—Creo que la discusión sería interminable…, y que el problema no es dialéctico, sino de sensibilidad. Y que uno lo mismo puede corromperse ejerciendo de arquitecto que dedicándose a la canción ligera. Supongo que hay precedentes, ¿verdad? Lo que pasa es que los deslices de los artistas son más aparatosos que los que pueden cometerse ejerciendo una profesión con diploma universitario. Yo creo que inmoral puede llegar a serlo más fácilmente un arquitecto sin vocación, y creo que ése sería mi caso; en cambio, la música moderna, si quien la interpreta ha recibido una formación como la que vosotros me habéis dado, ¿qué peligros puede encerrar? La vanidad… No veo otro. Por lo menos, no veo otro que no exista en cualquier otro lugar. Porque, para aprovecharse de las modistillas no hay necesidad de entrar en el

mundo *pop*; los abogados, los banqueros, los constructores…, no se quedan cortos al respecto. ¡Vamos, digo yo!

El forcejeo duró largo rato aún, con raptos coléricos por parte de Julián, con toques de ternura por parte de Margot y también del propio Laureano. Pero nadie daba su brazo a torcer. Por fin, agotados todos los recursos, Julián, que sabía que el chico era mayor de edad, se levantó, dio unos pasos por la habitación y, volviéndose hacia él, se apoyo en la chimenea y le dijo:

—Bien, veo que no hay manera de convencerte… ¿Puedo preguntarte hasta dónde estarías dispuesto a llegar con tal de salirte con la tuya?

Laureano se levanto a su vez. Y sin perder la calma contestó, mirando alternativamente a su padre y a su madre:

—Hasta marcharme de casa.

Fue como un latigazo. Margot se llevó las manos a la boca y Julián enrojeció y se quedó inmóvil.

Fuera, unas nubes habían cubierto la montaña del Tibidabo. El clima era húmedo, inhóspito. La ciudad se había vestido de gris y daba la impresión de que todo estaba silencioso.

Julián, enfurecido, habló con Rogelio. Y Rogelio lo desanimó. No había nada que hacer. «Ya sabes las peloteras que he tenido yo con Pedro, ¿verdad? Ahora te ha tocado a ti… ¡Sí, sí, no lo dudes, sería capaz de marcharse de casa! De alquilar un piso con sus amigos ¡y adelante con los faroles!».

—Pero ¿crees que eso se puede consentir?

—Lo que creo es que tenemos perdida la partida… Cualquier día Pedro nos saldrá con que también está dispuesto a marcharse. Rosy está convencida de que en cuanto termine la carrera se largará…

Por su parte, Margot fue a cambiar impresiones con el padre Saumells. Y el resultado fue idéntico.

—Margot, hace mucho tiempo que te pronostiqué que vuestros hijos os plantearían problemas graves… y elementales. Ven las cosas de otro modo, no tienen remedio. La carrera lo ha cansado y a lo mejor su vocación por la música es auténtica. Y de nada te servirá decirle que esa música no es de tu agrado; es la suya y se acabó. Por lo demás, creo que cometeríais una insensatez permitiendo que se marchase de casa. El mal menor es agachar la cabeza, dejarle que pruebe, y retenerlo. Por lo menos de ese modo podréis controlarlo un poco; si no, lo perdéis definitivamente…

Margot se mordió casi con rabia el labio inferior.

—Sí, claro…

CAPÍTULO XXXVI

SERGIO APARECIÓ DE NUEVO en el *Kremlin*, en compañía de Giselle. Encontró algo encrespado el ambiente de la buhardilla, debido a la decisión de Laureano, que había alertado a los padres de aquella comunidad.

El joven marxista llegaba de «Europa» y habló a sus amigos de un nuevo movimiento juvenil que había surgido en Copenhague y, principalmente, en Amsterdam. Giselle había convivido con algunos de sus miembros y se mostraba bastante interesada. Se llamaban los *provos*, abreviatura de «provocadores», y en cierto sentido eran anarquistas, aunque sin agresividad. En su mayoría eran descendientes de parejas que al terminar la II Guerra Mundial no tuvieron dónde cobijarse. Su dramática infancia los marcó de tal modo que en vez de preguntarle a la sociedad: «¿Qué debo hacer?», le preguntaban: «¿Por qué debo hacer esto?». Y lo preguntaban con tal espontaneidad que a menudo la sociedad no sabía qué responderles.

Estaban también convencidos de que a base del llamado progreso, trabajo en serie y viviendas-colmena, dentro de un engranaje capitalista, competitivo, el hombre acabaría siendo esclavo de su propia ambición. Al principio no tenían ningún programa, limitándose a burlarse de todo lo que ellos llamaban folklore protocolario y moral, pero pronto los *provos* de Amsterdam se habían lanzado a una curiosa campaña, titulada la Campaña Blanca. Lo primero que hicieron fue lanzar una bomba de plástico contra la estatua de un general que había ganado muchas colonias para Holanda, pero que al propio tiempo había matado a mujeres y a niños inocentes. Luego propusieron al Ayuntamiento pintar de blanco todas las chimeneas de las fábricas, y colectivizar y blanquear también todas las bicicletas de la ciudad, que sumaban casi un millón. Todas las bicicletas de Amsterdam serían blancas y estarían a la disposición de todos los ciudadanos, descongestionando así la circulación, pues los coches particulares podrían quedar en las afueras. Al casarse, vestían de blanco lo mismo el novio que la novia. El ideólogo del grupo era un concejal, que simbólicamente había regalado dos bicicletas blancas al Ayuntamiento de Londres. El blanco significaba para los *provos* la purificación, y poco a poco iban enriqueciendo su sistema de ritos. «No se sabe si su aventura prosperará, pero es otro síntoma de lo que está ocurriendo en el mundo. Brota como un halo de poesía que pretende protestar contra la injusticia reinante».

Sergio añadió que no dejaba de ser curioso que, en el momento en que en Dinamarca y Holanda se producía aquella epidemia de blancura, él hubiera llegado con Giselle dispuesto a filmar un largo documental sobre la «España negra»: la España sórdida, lo mismo en el terreno religioso —sentimiento trágico—, que en el terreno social —miseria—, que en el del curanderismo, más arraigado en ciertas regiones de lo que pudiera pensarse.

—He logrado reunir algún dinero y vamos a ver si esta vez conseguimos algo eficaz. En París le he dado un buen empujón al oficio. Vengo mejor preparado. Ignoro si el resultado podrá proyectarse aquí; si no, en Francia me lo estrenarán de mil amores.

La reacción en el *Kremlin* fue de curiosidad doble, por los *provos* blancos y por la España negra. Giselle no había cambiado en absoluto —los mismos cabellos lacios a ambos lados de la cara, la misma barbilla alzada, la misma voz de cazalla—, salvo que chapurraba un poco el español. Andrés Puig les preguntó si ellos se habían casado de blanco y Sergio le contestó que aquello no venía a cuento.

Sergio, después de comentar la decisión de Laureano, que lo sorprendió sólo a medias, añadió que por desgracia en España las fuerzas revolucionarias estaban muy disgregadas, especialmente porque la lucha de los estudiantes no sincronizaba con la de los obreros. «Todos actuáis por cuenta propia, sin buscar una fórmula coherente de acción. Eso es ir al fracaso». Era la táctica de Sergio. De pronto hablaba con la «pandilla» como si todos sus integrantes estuviesen comprometidos como lo estaba él. No les pedía la opinión; lo daba por hecho. Cada vez tenía que salir alguien —solía ser Pedro—, encargado de advertirle que el marxismo tenía para ellos un interés meramente especulativo, pero que en la práctica los atraía escasamente. «Hay doctrinas menos drásticas, más democráticas, con las que nos sentimos más afines». Dionisio Pascual, el del colmado, que perteneció al Frente de Juventudes y era partidario del orden público a toda costa, se preguntó si tenía que denunciar o no a aquel intruso de la sahariana de cuero. «Déjalo —le dijo Marcos, echándole un capote a Sergio—. Está hablando así para impresionar a Giselle».

El caso es que Sergio salió disparado por las rutas de España para su reportaje filmado. No le faltó tema, vive Dios. Lo acompañaban, además de su amante parisiense, un par de colaboradores. Tenían que hacer mil cabriolas para eludir la vigilancia de las autoridades, pero iban saliéndose con la suya. A menudo la presencia de Giselle y su acento francés les abrían todas las puertas. También el título de abogado que él ostentaba les resultaba de utilidad. «¿Abogado? ¡Oh!, adelante, adelante…». Hubiérase dicho que los abogados —con permiso de Alejo Espriu— sólo podían defender causas justas.

Giselle vivió diversas e intensas emociones ante determinadas realidades del país. Por descontado, éste daba mucho de sí.

Al igual que el padre Saumells, mosén Rafael, vicario del reverendo Castelló, no desperdiciaba ocasión de poner en práctica las facilidades que daba el Concilio, entre las que de momento no figuraba retirar de la iglesia el dedo de San Hermenegildo. A resultas de ello, un buen día, previa enconada discusión con su párroco, se vistió de *clergyman* —traje gris, camisa gris, alzacuellos blanco—, que le daba un aspecto muy varonil. Mosén Castelló porfió. Aseguró que para que renunciara él a la sotana tendría que pedírselo Pablo VI en persona.

Con su flamante indumentaria se presentó en su casa, provocando un sonoro alboroto. Excepto su madre, a los demás les dio por reír. Aurelio Subirachs se rió al verlo, y no digamos Marcos y Fernando. «¡Caramba, hijo! ¡Pareces de los nuestros!». «Nada, nada, está muy bien. Todo esto es mucho más natural».

Mosén Rafael se quedó a almorzar con su familia y les habló de que pronto se suprimiría el severo ayuno eucarístico, de que la misa oída el sábado por la tarde sería válida para el domingo, etcétera. En resumen, la barca se había puesto en marcha y él suponía que antes de un año sería obligatorio celebrar el santo sacrificio de cara al público, de cara a los fieles.

También les habló de los movimientos juveniles que, como muy bien sabía el doctor Beltrán, lo tenían realmente obsesionado. Por supuesto, se dispuso a citar a los *provos*, pero resultó que Marcos se le había anticipado. Entonces aludió a los últimos rebeldes salidos a flote: los *capelloni*, en Italia. Los *capelloni* afirmaban que ambicionar bienes materiales era cortarse las alas antes de echar a volar. Que el amor materno era a menudo un amor de «pulpo», que estrangulaba al hijo y lo bloqueaba con inhibiciones. Que poner la ciencia al servicio de la política —los sabios nucleares en Estados Unidos, Rusia y China— era una amenaza planetaria. Que hasta el momento los «administradores de las religiones» habían alentado (en Occidente) a los poderosos, o condenado a sus adeptos (en Oriente) al hambre y a la muerte. Eran partidarios de la supresión de las fronteras y de las aduanas y de la unificación de la moneda. De la libertad sexual a partir de los dieciséis años. Y de muchas cosas más. «Estamos buscando el camino —decían—. Dentro de nosotros hay algo que no nos deja comulgar con vosotros. Esperad que os asimilemos o que creemos un mundo nuevo con nuestros compañeros». Los *capelloni* no tenían filosofía de ninguna clase ni podían tenerla. No aceptaban partido. En el momento en que se cuadricularan, dejarían de ser *capelloni*.

Aurelio Subirachs, que sentía mucho respeto por su hijo sacerdote, le preguntó:

—Bien, bien, de acuerdo… ¿Y qué opinas tú de los *capelloni?*

—Bien y mal, todo a la vez —contestó mosén Rafael—. Son unos extremistas carentes de experiencia. Es lo lógico. En una habitación a oscuras se tropieza con los muebles.

El arquitecto se tomó de un sorbo la taza de café.

—La verdad, Rafael —dijo—, he de confesarte que todo esto empieza a inquietarme. No sé por qué, frente a los movimientos parecidos que vi en Norteamérica, Inglaterra y demás, no reflexioné lo bastante sobre el particular. Ahora veo que el asunto empieza a tocarnos de cerca y reacciono con el más decepcionante de los egoísmos. Veo que nuestras barbas empiezan a remojarse y me digo: «cuidado». Me refiero, por si no lo has supuesto, a Laureano. Ya estás enterado, ¿no es cierto? ¿Qué opinas? Un poco serio, ¿no te parece?

Mosén Rafael se tomó a su vez la tacita de café.

—Comprendo que es un choque brutal para sus padres. Pero no me atrevo a

opinar, a juzgar de antemano… Conozco a Laureano y me guardaré muy bien de afirmar que está pasando el sarampión. Además, y si resulta que triunfa, ¿qué? No hay nada malo en el hecho de formar un conjunto y cantar. Claro, abandonar la carrera a la mitad es una lástima, pero repito que no me atrevo a juzgar al muchacho.

El arquitecto, como le ocurría en esos casos, hinchó su rostro hasta parecer una ampliación. Luego sonrió.

—Tu respuesta justifica el *clergyman* que te has puesto. Yo diría que te ilumina el alzacuellos.

—Lo lamento, pero no puedo hablar de otro modo.

Marcos se puso de parte de su hermano sacerdote y una vez más aplaudió en su fuero interno su proceder. Entonces Aurelio Subirachs se mostró más reticente aún, pues temía —lo mismo que Rogelio con respecto a Pedro— que su segundo hijo le diera algún día una sorpresa de las gordas.

—La verdad —se dirigió de nuevo a Mosén Rafael—, si en el confesonario eres tan indulgente, entre tú y el padre Saumells acapararéis a toda la juventud de la ciudad.

Mosén Rafael, en ademán poco habitual, se acarició la solapa.

—Modestamente he de declarar que creo que lo estamos consiguiendo ya…

Jaime Amades no olvidaba que le había pedido a Laureano el permiso paterno. Estuvo minuto a minuto al corriente de la situación, como el mundo entero cuando Juan XXIII entró en agonía. Y se las ingenió para arrimar el ascua a su sardina. Los padres de Laureano habían dicho «no», pero ante la amenaza del muchacho de hacer uso de sus derechos y marcharse de casa habían claudicado. Porque claudicar era retenerlo en el hogar, «para controlarlo en lo posible». Jaime Amades se dijo a sí mismo que él no tenía la culpa de que hubiera sido necesario jugar esa baza que no le gustaba, de la falta de decisión de Julián y Margot y entendió que ello le despejaba el camino para llevar el asunto adelante.

No contaba con la reacción de Rogelio. Cuando éste se enteró de que iba a ser precisamente la Agencia Hércules la encargada de lanzar a Laureano Vega —y de que fue el propio Jaime Amades quien conectó con Carlos Bozo—, se indigno lo indecible.

—Pero ¿te das cuenta de la que has armado? ¿No comprendes lo que esto significa para los padres del chico? ¿Por qué has metido la nariz en ese estercolero?

Jaime Amades simuló asustarse, pero en el fondo estaba tranquilo.

—No me hables así, por favor. Si no, lo mando todo a hacer gárgaras. Sabes como yo que le exigí a Laureano el visto bueno familiar; y que yo sepa, no se lo han negado, por lo menos de una manera oficial. El negocio puede ser muy bueno y he aprendido de ti que en esos casos hay que prescindir de sentimentalismo…

—Hay una cosa sagrada, y es la amistad. ¡No sabía que fueras capaz de

emborracharte!

—Mi amistad con los Vega es muy relativa. Tratándose de ti sería otra cosa. Además, ¿qué pretendes? Oír que en este despacho se apela a la moral resulta una novedad… ¡No, por favor, no pongas esa cara! Te repito que si sigues así lo mando todo a hacer gárgaras.

—¡Pues hazlo de una vez y se acabó!

Jaime Amades tuvo una expresión sinuosa.

—¿Y el negocio? ¿Y sabes lo que puede representar para el chico? Carlos Bozo se entusiasmó. ¡El número uno, fíjate! Dentro de seis meses, sus padres, orgullosos…

—Déjate de bobadas…

—¡Que no son bobadas, Rogelio! ¡Que Laureano es un tío, ya lo verás! Y él está dispuesto de todos modos… Además… —marcó una pausa—, no deja de ser gracioso, y perdona, que seas tú quien se ponga en contra de ese proyecto. Cuando Pedro decidió estudiar… lo que está estudiando, casi lo matas. Querías que se hiciera arquitecto o que se preparase para los negocios. ¡Pues Laureano ha optado por los negocios, fíjate!

Rogelio intentó sonreír.

—No confundamos las cosas, por favor… Lo que yo quería para Pedro no tiene nada que ver con lo de Laureano…

—Pero ¿qué pasa con el chaval, vamos a ver? ¿Por qué has mencionado la palabra estercolero?

—Sé lo que ocurre con los conjuntos musicales… Y tú también lo sabes.

—¿Desde cuándo te preocupa a ti lo que sucede, si hay billetitos de por medio? Te conozco desde hace veinticinco años. Conozco tu vida y milagros, desde tus comienzos al salir de la cárcel hasta la apoteosis de «Torre Ventura», y de la Agencia Cosmos. ¡Rogelio, no sé de qué estás hablando!

—Amades, que sueles ser un cobardica, y en esta ocasión te desconozco…

Jaime Amades sacó el pañuelo y se lo pasó por la frente.

—¿Cobardica…? Eso ha pasado a la historia, Rogelio. ¿Quieres que te diga lo que te disgusta de este asunto?

—¡Anda, dilo! ¿Por qué no?

—¡Ah, estoy seguro de que Charito me daría la razón! Lo que te disgusta, y lo que sin duda disgustará a tus amigos, es que lo que ha elegido Laureano os parece poco finolis… ¡Sí, sí, tal como lo oyes! Ricardo Marín, la elegante Merche… ¡qué sé yo! Lo que no es finolis huele mal. De puertas afuera, se entiende; de puertas adentro uno puede dedicarse a lo más sucio sin que pase absolutamente nada…

Rogelio estaba estupefacto. Si, a Jaime Amades se lo habían cambiado. Sin duda era cierto que el problema aquel de las neuronas que le planteó un día no existía ya.

—Tengo la impresión de que me estás insultando… por primera vez en esos veinticinco años que nos conocemos. ¿Y sabes lo que has conseguido? Pues ponerme nervioso. ¡Si serás mentecato! ¿Quién ha hablado de poco finolis? A mí lo que me

preocupa son los Vega, a los que considero como cosa propia, ¿comprendes?

—¿Los Vega? ¡Te repito que dentro de un año, orgullosos de su hijo…! ¡Si lo sabré yo!

—No seas insensato. Aquí lo que pasa es que tú eres un padre muy particular. ¡Hay que ver, con el hijito que te ha salido! Y tú como si nada. Cualquier día va a poner una bomba en un cuartel de artillería y no por ello dejarás de ir a la Agencia Hércules… «Me ha salido con esas ideas, ¡qué le vamos a hacer!». En cambio yo, los Vega y todos los demás amigos a que te has referido, defendemos el futuro de nuestros hijos prescindiendo de lo que nosotros, por equis circunstancias, hayamos podido ser… ¡Dile esto a Charito de mi parte, por favor! Y tú no lo olvides…

Jaime Amades tuvo un mohín de disgusto.

—Me desagrada discutir contigo, ésa es la verdad… Vamos a ver, pues, si aclaramos de una vez la cuestión. Considero que lo de Laureano es un negocio como otro cualquiera, que entra de lleno en mi campo y que puede significar un montón de dinero… Y puesto que sus padres han aceptado la situación, como tu madre aceptó la que tú le planteaste al marcharte de Llavaneras, todo lo que puedas decirme no me hará cambiar de opinión: seré el representante del muchacho, el representante de *Los Fanáticos*. ¡Y sólo el tiempo dirá si me he equivocado o no!

Rogelio se levantó y con los pulgares hizo sonar los tirantes.

—¡De acuerdo! Yo continúo creyendo que no debiste tocar esa tecla. Y puesto que la has tocado, debes atenerte a las consecuencias… ¡Pensaré lo que debo hacer, no te quepa la menor duda!

Jaime Amades se frotó las manos, sudorosas.

—Hazme saber cuanto antes tu determinación… La cosa va de prisa, ¿comprendes? Ya están ensayando la grabación del primer disco…

—¡Has apretado el acelerador!

—También en eso he seguido tu ejemplo…

Sólo un detalle evitó que Rogelio tuviera el exabrupto definitivo: ver en la pared el rostro gordinflón y sonriente —«Construcciones Ventura, S. A.»— que había ideado Jaime Amades.

CAPÍTULO XXXVII

MURIÓ, EN GRANADA, la madre de Julián, tiñéndolo todo de luto, especialmente el caserón y la jaula del canario. Días después, en Madrid, Mari-Tere dio a luz a un niño, el primer Montoya, tiñendo de esperanza aquella casa situada en la prolongación de la Castellana. Era la vida que se pasaba la antorcha. Julián y Margot vivían una temporada de vientos contrapuestos, que los zarandeaban sin piedad.

También la suerte estaba echada para Pedro. Además de terminar Milicias, había emprendido la recta final de Filosofía y Letras —lo mismo que Marcos—, pero escribir le interesaba cada vez más. Y a través de la Escuela de Periodismo, cuya nota desconcertante y alegre era Cuchy, se inclinaba de un modo especial por los temas que denunciaran lacras sociales. Nada de novela, por la razón que le dio a Susana: falta de imaginación. Nada de ensayo, porque todavía era muy joven y se sentía poco preparado. Lo que mejor se le daba, de momento, era el reportaje. Había encontrado una revista católica «avanzada», que no sólo le admitía los trabajos, sino que se los publicaba con espectacularidad tipográfica. Se titulaba *El Orden Nuevo* y en ella colaboraba también el padre Saumells, quien por cierto, y asimismo gracias al Concilio, no sólo vestía también *clergyman*, sino que había obtenido, ¡por fin!, el permiso necesario para vivir siempre en San Adrián, con la única obligación de irse a dormir al colegio de la Bona-nova.

Bien, ya no podía decirse de Pedro, como antaño denunciara Montserrat, que se desentendía de la pobreza. En realidad iba mucho más allá. Lo mismo se ocupaba de la delincuencia infantil y juvenil que de los niños subnormales, que del problema de los minusválidos, que de los de viejos desamparados o de los obreros sin trabajo. Se documentaba a fondo, donde fuere menester, a veces teniendo que vencer duras resistencias, debido a su aspecto burgués. Susana y el doctor Beltrán lo ayudaban, y no digamos el propio padre Saumells. Resultaba que los niños subnormales se contaban por millares en Barcelona, lo mismo que las personas minusválidas, éstas debido en su gran mayoría a accidentes —muchos de ellos, por imprudencia— de trabajo. La protección legislativa era escasa y, sobre todo, incoherente. En cuanto a la delincuencia infantil y juvenil, solía provenir de los suburbios donde se hacinaban los inmigrantes. Los chicos se escapaban de casa por hostilidad ambiental y no era raro que empezaran a delinquir iniciándose en el homosexualismo, empujados por los pervertidores de menores que iban a la caza —pagando— de presas tan fáciles. Luego llegaban los pequeños hurtos, la integración en una banda y todo lo demás. Pedro se ocupaba también del problema de las madres solteras, ¡de la prostitución! —qué recuerdos…—, de la falta de escuelas, etcétera. Quincenalmente aparecía un reportaje suyo que iba ganándose progresivamente lectores.

Las reacciones en torno fueron muy diversas. Susana estaba, por supuesto, incondicionalmente a su lado, pero le achacaba cierta falta de religiosidad. Era rarísimo que Pedro introdujera entre sus líneas el nombre de Dios. Otro tanto le achacaban el padre Saumells y mosén Rafael. «Tenéis razón, tenéis razón. Pero ¿qué voy a deciros? ¡Todo esto es tan complicado! ¿Por qué Dios permite ese estado de cosas? Veré si me las arreglo… Lo intentaré…». El doctor Beltrán lo aplaudía sin reservas, e igualmente Marcos. Laureano, muy preocupado por lo suyo, cometía la torpeza de leer sólo algunos de los reportajes, lo que a Pedro le sentaba muy mal. «Conforme con que quieras ser un Beatle, pero no por eso has de olvidarte de los amigos». «¡Perdona; Pedro! ¡Perdona! ¡Pero es que Carlos Bozo no nos deja ni respirar!».

Susana, además, tenía miedo de que se convirtiera en un resentido, a fuerza de no tratar más que temas negativos, como si ella en la Facultad de Medicina no viera más que las acciones irresponsables y las muertes. Resentido, no a la manera de Sergio, desde luego, pues Pedro obraba de buena fe, deseando que los problemas se arreglasen, en tanto que Sergio daba la impresión de que lo que le interesaba para sus fines era que dichos problemas aumentaran en lo posible en número y gravedad. Pero sí que adoptara ante la vida una actitud excesivamente pesimista. Tal vez le conviniera escribir también sobre otras cosas. «¿De qué voy a hablar? —le objetaba Pedro, que había empezado a dejarse crecer la barba—. ¿De los lirios del valle o de los peces de colores?».

Naturalmente, el conflicto serio lo vivía en su casa, en la avenida Pearson. A Rogelio ya casi no le cabía duda de que su hijo era marxista y cuando hablaba de que al terminar la carrera lo más probable era que se largase, imaginaba que se dirigía directamente a las oficinas centrales del *Kominform*. Rosy matizaba un poco más, pero estaba igualmente alarmada y lo cierto era que ya las amigas habían dejado de felicitarla por los trabajos de Pedro.

Dicho conflicto iba a ir en aumento porque Pedro estaba decidido a acabar con la «inconsecuencia» que suponía continuar jugando al «huevo de Colón»; es decir, escribir sobre los dramas humanos desde un palco, sin compartirlos en absoluto, y en verano desde su aireada habitación de «Torre Ventura». Lo que no sabía era cómo se las arreglaría para estar en paz con su conciencia; pero no pensaba renunciar. Sobre todo cuando se iba a San Adrián, y veía aquellos enjambres de churumbeles junto a las fuentes y a las tapias del cementerio, y la taberna «La Chata», y hablaba con el pequeño Miguel, regresaba culpándose de estar haciendo trampas consigo mismo, sin que lo consolara el argumento que se dio cuando su famosa discusión con sus padres: que éstos, internándolo en el Colegio de Jesús y rodeándolo del ambiente adecuado, habían tenido buen cuidado de inmunizarlo incluso contra los remordimientos.

Algo ocurrió que complicó la situación todavía más. De pronto se presentó a Carol el fabricante de lonas con el que había salido una temporada —se llamaba Sebastián Oriol—, y le pidió relaciones formales. Podían casarse cuando quisieran: al

cabo de seis meses o de un año. Carol casi perdió la respiración, y lo mismo Rogelio y Rosy, pues la familia de Sebastián Oriol era una potencia económica. Su fábrica cubría de lonas los camiones, los trenes, los barcos… El resultado fue que el pobre doctor Carbonell, cazador de dotes, que por otra parte era mucho mayor que la muchacha, se quedó sin muñequita con que pasar el rato y que el pretendiente formal fue aceptado.

¡La que se armó en la avenida Pearson! Las mujeres ya no hablaban más que de la boda —ni siquiera hablaban de amor—, que coincidiría más o menos con la terminación de la carrera por parte de Pedro. El vestido de novia, el piso —cerca de la avenida Pearson—, los regalos, los invitados, que entre las dos familias cabía suponer que llegarían sin duda a los quinientos…

La irritación de Pedro le salía por los poros.

—Pero ¿qué te has creído? —le decía a Carol, su hermana—. ¿Qué has hecho en tu vida para que se organice una cosa así? ¡Ni que hubieras descubierto el virus del cáncer, si el cáncer es un virus!

A su madre, a Rosy, otro que tal.

—Qué barbaridad… ¿Cuánto dices que costará el vestido nupcial? Bien, no me importa, lo imagino… ¡Sí, podrás lucir tus mejores joyas! Y a ver si tienes la suerte de que ninguna de las invitadas lleve otras mejores… ¡Se casa Carol, se casa Carol! ¡Lo nunca visto! ¡La niña es un portento y el novio un arquetipo de hombre! Esto no me va, madre… No es el ambiente que a mí me gusta. En estos últimos tiempos he visto demasiadas cosas, he palpado demasiadas llagas, para que una cosa así no me revuelva las tripas. ¡Una boda sencilla, como la que tú hiciste en la ermita de Sant Bernat! ¿Por qué no? ¿Qué ha cambiado? ¿Hay agencias de por medio? ¿Hay lonas por en medio? ¡Qué se pudran! Lo lamento, pero yo no resisto ese caos mental en que está sumergida mi familia… Y lo cierto es que me siento desgraciado, pues a medida que voy conociendo la otra cara de la medalla me reafirmo en la idea de que la célula familiar es vital…

Rosy, que con el maquillaje disimulaba en lo posible las patas de gallo, se defendía contra aquel huracán.

—Siempre con las mismas —decía—. No hay modo de que aceptes un hecho tan sencillo como que en la sociedad hay clases, y que siempre las habrá. Estamos hablando de una boda como corresponde a nuestra categoría, nada más. Y gracias a ella una serie de personas solucionarán sus problemas por unas semanas. Con tus teorías todo el mundo estaría muerto de hambre. ¡Sí, ya sé, me repetirás que ése es el sonsonete de tu padre! Puede que tengas razón. Pero… es que me ha convencido. Hacer circular el dinero es importante y veo que nuestros futuros consuegros, los padres de Sebastián Oriol, opinan lo mismo que nosotros. Por cierto, ¿cuándo querrás conocer al novio? A lo mejor te llevas una sorpresa… Es más campechano que tú, fíjate… Sólo que no está obsesionado por lo que no se puede remediar de un plumazo.

Era un forcejeo constante e inútil. Pedro debía saberlo, pero no había manera. Por otra parte, en Llavaneras compartían su opinión —desbordados ante aquel despilfarro que se avecinaba—, y también la compartía el doctor Vidal, el padre de Rosy, El doctor Vidal había comentado: «Pero ¡si Carol no sabe freír un huevo!».

Susana estaba intrigada porque ignoraba si Carol estaba enamorada o no. Se comía a besos a Sebastián, que era rechoncho como ella, aunque más alto, pero ¿cómo podía pasarse en un santiamén de un médico a un fabricante, sin concederse por lo menos un compás de espera? Mosén Rafael se lo resolvía fácilmente: «Las personas-vientre son así…».

A todo esto, Pedro tuvo una alegría fenomenal. Realizó un trabajo de investigación sobre los problemas del Tribunal Tutelar de Menores, lo presentó a un concurso organizado por la Asociación de Padres de Familia y se llevó el primer premio: cincuenta mil pesetas. Lo primero que hizo fue regalar el coche a sus padres —«devolvérselo»— y adquirir una Mobylette idéntica a la de Cuchy. El resto lo guardó. Y empezó a preparar su gran decisión para cuando pudiese dejar la Universidad: ya no se trataba de parar poco en casa, sino de ir acondicionando el *Kremlin* para quedarse a vivir en él. Arrambló con las bragas, el sostén y otras lindezas por el estilo e instaló en su lugar un diván y una mesa para trabajar. Y algunas noches dormía allí, habida cuenta de que, a raíz de lo de Laureano, la buhardilla había dejado de ser el aglutinante que siempre fue. En consecuencia, a lo mejor llevaba adelante el proyecto y convertía aquello en su hogar. ¿Por qué no? Sólo entonces tendría autoridad moral para escribir todo lo que le hervía en el magín.

Con respecto a la boda de Carol, Cuchy le decía:

—¿Sabes lo que quieren los viejos? Presumir… Presumir ellos. Tu hermana y el tal Sebastián les importan un bledo. ¡Me lo sé de memoria! Yo se lo tengo dicho a los míos: cuando me case, en plan sencillo y que me den en metálico lo que habían pensado gastarse en telas, invitados y caviar. ¡O que no me den nada, no importa! Lo único que me hace falta es la pareja, claro… Porque ahora ¿quién se acerca a Laureano, si se ha convertido en el amante de ese tal Carlos Bozo?

Las salas de fiesta o *boîtes* de la Agencia Cosmos, decoradas por Héctor, eran un éxito, lo mismo la troglodítica de Benidorm, que las que adquirieron en Barcelona, que las dos que inauguraron en la Costa Brava. *Boîtes* sicodélicas, con la música a todo volumen, con luces cambiantes, con colores chillones, agresivos. Alejo llevaba las cuentas y Rogelio barbotaba: «No está mal, no está mal…».

En cambio, Rogelio tuvo que dar marcha atrás en su decisión de tomar represalias contra Jaime Amades por su intervención en el asunto de Laureano. Y es que el éxito de *Los Fanáticos* sobrepasó a no tardar todo lo imaginable… «¡Pensaré lo que debo hacer, no te quepa la menor duda!», había amenazado Rogelio. Lo único que pudo hacer fue rendirse a la evidencia de los hechos.

En gran parte, dicho éxito se debía a la disciplina que les impuso Carlos Bozo, que se convirtió en un déspota. Carlos Bozo, con su barbita de chivo, llevó a la práctica todo lo que les adelantó el día de la prueba: ensayar, ensayar, completar el conjunto con un cuarto elemento, Javier Cabanes, obligarlos a dejarse crecer la melena y adquirir —todo por cuenta de la Agencia Hércules— un órgano electrónico y varios trajes despampanantes, entre ellos un esmoquin de color rojo con solapas muy anchas.

El primer disco, en el que figuraban las dos previstas canciones de protesta —el Vietnam y los tabúes del amor, ambas con letra de Cuchy—, tuvo una resonancia discreta, porque apenas si hicieron propaganda de él. Esperaban lanzarlo caso de obtener el triunfo con el que todos soñaban: el Premio en el II Festival de la Canción *Ciudad de Barcelona*, que se celebraría en plenas fiestas de la Merced. Ésta era la meta y a ella lo sacrificaban todo.

Por el momento, las relaciones entre los cuatro muchachos eran cordiales, pese a las «diferencias de clase» de que hubiera hablado Rosy, porque vivían unidos por un mismo afán. Laureano y Narciso Rubio, como siempre. Salvador Batalla, tal vez acordándose de su época del restaurante, era un poco el botones del grupo, siempre dispuesto a servir. En cuanto a Javier Cabanes, hijo del empleado de Pompas Fúnebres, su cara de niña llamaba tanto la atención que Héctor hubiera asegurado que era de los suyos, y se habría equivocado. Era un chico normal, que si no perseguía a las chavalas era porque Carlos Bozo no le daba tiempo.

Carlos Bozo les prestó su estudio cercano a Ganduxer para ensayar, advirtiéndoles que la cesión era provisional. «Más adelante deberéis tener uno propio, pues éste lo necesito para mí».

El malestar en General Mitre era muy grande. Cuando la melena de Laureano empezó a crecer hubiérase dicho que el desafío tenía ya su símbolo: lo capilar. Beatriz estaba horrorizada y no comprendía que semejante desatino no pudiera atajarse de algún modo; pero era viuda de notario y sabía muy bien que la mayoría de edad constituía un documento cancelante.

Los cuatro muchachos hubieran querido aparecer en unas *Galas* de Televisión, pero Carlos Bozo estimó que sería prematuro. Mejor dar el golpe el día del Festival. A medida que éste se acercaba, Jaime Amades demostró conocer su oficio. Apareció un *póster* de *Los Fanáticos* —uno de los primeros que se veían en el país—, copia de los tan corrientes en Inglaterra: fondo color de naranja, con las cuatro cabezas silueteadas y llamando mucho la atención. Dicho *póster* fue pegado en innumerables vallas de la ciudad, a veces muy cerca de los anuncios de la Constructora. Pablito estaba muy orgulloso de él; en cambio, para Julián, Margot y Susana aquello se convirtió en una obsesión desagradable. Andando por las calles lo veían por todas partes. ¿Quién pudo pensarlo? La cabeza de Laureano estaba situada en el centro y era un poco mayor que las demás.

Carlos Bozo concedía tanta importancia al Festival, que todo lo demás

desapareció de su mente. Convocó a la prensa y declaró que la canción que había compuesto se titulaba «El amor eres tú» y que entraba dentro del más puro estilo *rock*. Elogio con entusiasmo a *Los Fanáticos*, reiterando que por fin había encontrado el conjunto que anduvo buscando durante mucho tiempo. Hizo hincapié en que el solista, Laureano, era estudiante e hijo del conocido arquitecto don Julián Vega: «un intelectual que se pasa a la canción». Con su astucia habitual, y la ayuda de la casa grabadora de discos, se enteró del sistema de votación que seguirían los jurados, repartidos por las cuatro provincias catalanas, e hizo cuanto pudo para presionarlos, sin que *Los Fanáticos* se enteraran de ello. Los dos hijos del compositor, Ana y Federico, oyeron la canción «El amor eres tú» y a los pocos segundos ya seguían el ritmo con las manos y los pies, lo que podía considerarse de buen augurio.

Por supuesto, el conjunto se había preparado a conciencia y tenían la certeza de aportar algo nuevo, de constituir un revulsivo. Por cierto que la mujer de Carlos Bozo, la bellísima exmaniquí, que se llamaba Nieves, era del mismo parecer. Laureano al verla por primera vez experimentó un dulce estremecimiento, a la par que pensó que podía convertirse en su hada bienhechora.

Por fin llegó la hora de la verdad, el día del Festival, que se celebraría por la noche en el Palacio de los Deportes. Sería retransmitido en directo por Televisión Española y se calculaban en varios millones los televidentes que lo presenciarían en toda España. La expectación era tan enorme que el doctor Beltrán le dijo a su hermana, Carmen: «Ya lo ves, querida. Se habla más de ese festival que del golpe militar del Brasil, que de la muerte de Nehru e incluso que de la muerte de Churchill…».

Entre bastidores, en el Palacio de los Deportes, el ambiente estaba cargado y las actitudes eran varias. A los concursantes veteranos se los reconocía por su aplomo; en cambio, algunos de los debutantes rozaban el histerismo, especialmente dos hermanas gemelas, Pepi y Popi, que se mordían las uñas como si tuvieran un hambre atroz. Laureano y sus muchachos se sentían, sobre todo, desplazados, aunque, por fortuna, en las pruebas de clasificación «El amor eres tú» figuró siempre en buen lugar y los profesionales la consideraban una de las favoritas. Capitaneada por Carlos Bozo, que dirigía la orquesta, era en cualquier caso una amenaza.

En General Mitre los familiares se negaron, por supuesto, a asistir al Festival. Y sólo Susana y Pablito querían ver la retransmisión televisada, Julián y Margot, ni siquera eso. No obstante, cinco minutos antes de la conexión se dejaron vencer por la curiosidad y se sentaron en sus respectivas butacas, en medio de un gran silencio. Abajo, los porteros, Anselmo y Felisa, llevaban ya una hora frente a la pequeña pantalla y parecían dispuestos a romper a aplaudir en cuanto Laureano asomase la cabeza. Susana decía: «A mí, si no hubiera dejado la carrera, todo eso me parecería bien». «No digas ·tonterías», cortaba Margot.

Las cámaras hicieron unos pases por el escenario, por el público —el Palacio de los Deportes estaba lleno a reventar—, y Pepi y Popi inauguraron el certamen.

Cantaron fatal, se movían como robots ante el micrófono, sin gracia y totalmente carentes de clase. Luego le tocó el turno a un solista, Marvey, que tenía voz de tenor. Llevaba una camisa bordada y tampoco acertaba a moverse con naturalidad. El tercer participante debió de perder tres quilos en el curso de su actuación, tanto se movió, pero la canción era de un aburrimiento mortal. Pese a todo, el público escuchaba con un respeto extraordinario, todo lo cual, a juicio de los Vega, daba un poco de pena.

Los Fanáticos actuaron en cuarto lugar. Y se llevaron la primera ovación de la noche. Laureano dio el golpe. Con el largo hilo del micrófono en la mano, como el día de la prueba en el estudio de Carlos Bozo, demostró unas cualidades fuera de lo común, con magnetismo… y elegancia. Hubiérase dicho que se trataba de un profesional y todas las miradas convergían en él; los demás quedaron relegados al papel de comparsas. Puso el alma en la actuación —tanto como Carlos Bozo con la batuta— y al terminar juntó los pies y se inclinó ligeramente, con mucho estilo. Esta vez Anselmo y Felisa aplaudieron de verdad, lo mismo que doña Aurora, de la Pensión Paraíso, que Manoli, la portera del taller de Balmes, ¡y que mosén Rafael! También los amigos del *Kremlin* gritaron «¡y olé!». Y Andrés Puig profetizó: «El premio es suyo. Seguro».

En General Mitre y en la avenida Pearson el ambiente era de difícil descripción. Alguna que otra lagrimita corría por las mejillas. Con la sorpresa de que Julián y Margot se dieron cuenta de que en el fondo deseaban que *Los Fanáticos* ganasen. ¡Jugarretas del corazón humano! Parecía imposible, pero así era. Rogelio trituraba un habano entre los dientes y Carol y Sebastián Oriol, su futuro marido, alternaban aplausos y besuqueo. En cuanto a Jaime Amades, estaba presente en el Palacio, en un palco, al lado de Charito —ésta engalanada con lo mejor que tenía—; y su nerviosismo lo hacía sudar como si en realidad estuviera en juego el porvenir de la Agencia Hércules.

El resto fue muy monótono y llegó el momento de las votaciones, las cuales iban apareciendo en el marcador electrónico. *Los Fanáticos* ganaron por unanimidad. «¡Señoras y señores —anunció el presentador, en tono afectado—, el conjunto *Los Fanáticos* queda proclamado vencedor del II Festival de la Canción *Ciudad de Barcelona*!». Ovación estruendosa, trofeo, fotografías, desasosiego por parte de Laureano, abrazos entre los componentes del conjunto y Carlos Bozo, saludos y parabienes, el triunfo absoluto. Desde uno de los palcos, Nieves, la exmaniquí, envió a Laureano un beso que llamó la atención del cantante. Los periodistas acorralaron al muchacho y Laureano, en sus declaraciones, demostró haber pasado por la universidad. Cumpliendo órdenes se mostró audaz, sin asomo de timidez. Su vocación era auténtica y comprendía que lo difícil empezaba en aquel momento, pues se encontraba muy lejos de la perfección a que aspiraba. «Mi propósito es elevar la canción llamada ligera a un plano superior». Narciso Rubio, Salvador y Javier aceptaron deportivamente el protagonismo de Laureano, cuyo esmoquin rojo relampagueaba, preludio de la llama de éxitos que prendería en él después de aquella

noche decisiva.

Estaba previsto que la canción ganadora sería repetida, de modo que así se hizo con «El amor eres tú». El estribillo fue coreado por la multitud. Imposible pedir más. Sergio y Giselle, sentados en la última fila de general del Palacio, sonreían y comentaban: «La anestesia. Todo el mundo feliz…». Ellos habían filmado una España que no tenía nada que ver con el espectáculo que acababan de ofrecerles las fiestas de la Merced.

El milagro se hizo realidad. «En una noche, a la cumbre», había soñado Laureano. Ahí lo tenía. «A mí me parece que lo que te tienta es la facilidad», le había dicho Margot. Tal vez fuera cierto. Páginas y páginas de los periódicos, portadas, las emisoras de radio dando sin cesar sus discos, el *póster* inicial invadiendo ciudades y pueblos. La canción ganadora se hizo tan popular como *Los Fanáticos*. Al cabo de poco tiempo Laureano Vega podía considerarse una *vedette*, pues Carlos Bozo no dejó de empujar al conjunto, cuya calidad nadie discutía. Andrés Puig, bromeando, le preguntó si también en el Colegio de Jesús harían pagar algo para sentarse en el pupitre en que él se sentó.

Jaime Amades se ocupó en seguida de conseguir contratos y firmó uno para que actuasen en «Bolero». ¡«Bolero»! Julián, al saberlo, se mordió el labio inferior. Una vez más, ¿quién pudo pensarlo? Eran profesionales y cada día lo serían más. Pedro era del mismo parecer que Susana: «Si no hubiera dejado la carrera, nada que objetar». Laureano, ebrio, ni siquiera se acordaba de ello. Por lo demás bastante ocupado andaba estrechando entre sus brazos a Nieves, la mujer de Carlos Bozo, lo que consiguió con una facilidad que lo dejó pasmado. «¡Me di cuenta en seguida, pichoncito…! Estás destinado a triunfar… en todos los terrenos».

Empezaban a ganar bastante dinero, lo que lo emancipaba, desde otro punto de vista, de su familia. En General Mitre la situación se había agravado, pues nadie había cambiado de opinión. Laureano era ya menos huésped. A veces se pasaba dos y tres días sin aparecer por casa. Inesperadamente recibió de tía Mari-Tere una propuesta para rodar una película, producida por su marido. Carlos Bozo negó con la cabeza. «Calma, calma… Estamos empezando. Tiempo habrá».

Laureano supo lo que eran las *fans*. Más que el padre Duval. Nunca había acabado de tomarse en serio que las *vedettes* recibieran tantas cartas de admiración, tantas peticiones de fotografías dedicadas y pudieran provocar tantos ataques de vehemencia; entonces lo vivía en su carne. En cuanto lo reconocían iban a por él y él se sabía el príncipe azul de una enorme cantidad de muchachas repartidas por la geografía patria. Carlos Bozo admiraba de Laureano que no se hubiera engreído en absoluto. Al contrario. Era muy responsable y no cesaba de repetir: «Tengo que mejorar… Tengo que corregirme esto y lo otro…». «¡Por favor, quiero que me habléis de defectos!».

Tenía varios. Aparte del erotismo, al que se entregó con frenesí —no sólo con la mujer de Carlos Bozo—, fumaba como un carretero y eso era malo para la voz. Aunque los peores eran el insomnio y los horarios, contrarios al ritmo habitual de la casa. Dormía durante el día, de suerte que Margot tenía que andar continuamente avisando: «¡Chiiiisssssssssst…!». Ello desagradaba especialmente a Pablito, acostumbrado a vivir a su aire.

¡Qué cambio de vida, santo Dios! Rogelio le daba unos manotazos en la espalda y le decía: «¡Arriba, muchacho! ¡Pero ojalá tu ascensor no sea de esos que de repente hacen: plaff!». Laureano se miraba al espejo y apenas si se reconocía. Bendecía el momento en que tomó la decisión de enfrentarse a sus padres. Y no olvidaba que le debía mucho a Cuchy, aunque últimamente podía atenderla menos de lo que se merecía una muchacha que compartió con él un secreto tan profundo…, y que en todo momento lo estimuló. Se sentía culpable de ingratitud. Y Cuchy sufría. Hubieran podido ser felices y ella no le habría puesto ninguna traba para que prosiguiera con su esfuerzo.

También se sentía culpable de ingratitud con su abuela Beatriz. ¿Dónde estaban los tazones de chocolate que le preparaba cuando él era un chiquillo? Beatriz no hacía más que rezar para que Laureano se quedara afónico para siempre. Lástima que no se fumara tantos habanos como se había fumado en su vida Rogelio. Iba al Cristo de Lepanto, como en las grandes ocasiones. Laureano le decía: «Pero, abuelita…, cada cual es cada cual, ¿no? Si estoy triunfando, es porque servía precisamente para eso… y para nada más». Beatriz a gusto le hubiera dado un par de sonoras bofetadas. No lo hacía, pero tampoco se callaba lo que llevaba dentro: «Lo que hay que ver es el final de todo esto, Laureano. Tengo experiencia y sé que no va a ser nada bueno».

CAPÍTULO XXXVIII

La boda de Carol fue el golpe de gracia para Pedro. Por fin decidieron celebrarla en Montserrat. Una caravana de coches subió al monasterio. Los casó, por razones de amistad, mosén Rafael. Rogelio y Rosy hubieran preferido que lo hiciera el arzobispo de Barcelona, pero éste se negó, precisamente porque la boda era de tanto postín. En la plática, mosén Rafael dejó clara constancia de que aquellas ostentaciones no eran de su agrado y los espectaculares sombreros de las señoras, que contrastaban con el canto gregoriano que se estilaba en la basílica aletearon en señal de protesta.

La pequeña Carol estaba muy hermosa con su vestido blanco. Rosy parecía rejuvenecida y Rogelio llevaba con bastante naturalidad el chaqué, aunque en ese aspecto Ricardo Marín y el conde de Vilalta le ganaban la partida. El número de invitados era, efectivamente, superior a los quinientos, muchos de los cuales decidieron guardar como recuerdo el menú, firmado por los novios. Alejo aprovechó la ocasión para contar unos cuantos chistes subidos de tono, mientras Margot observaba al novio, a Sebastián Oriol, y pensaba que todo aquello había sido un poco precipitado, lo cual no significaba que el resultado no fuera feliz. A Margot le ocurría que a veces empezaba a desconfiar de las programaciones a largo plazo.

Sebastián Oriol se comportó con mucha llaneza, ganándose la simpatía de todo el mundo. Cineastas y fotógrafos no cesaron un momento de utilizar sus cámaras. Rogelio quería tener constancia plástica de todos y cada uno de los detalles de la ceremonia. «Quiero —dijo— que mis nietos vean que se hicieron las cosas como debían hacerse».

Eso lo dijo pensando en Pedro, aunque éste no lo oyó. Pedro se había negado a ponerse chaqué y se mantuvo en un plano muy discreto. A la hora del baile Carol se dijo, con su amor de siempre: «Pero ¿es que no estás contento?». Pedro le contestó: «¿Por qué me preguntas eso? Estoy contento de que te cases, pero sabes de sobra que hubiera preferido que lo hicieras con más sencillez». «¡Huy, chico, continúas viviendo en las nubes!».

Laureano fue inevitablemente el centro de muchas miradas. Montserrat no le quitaba los ojos de encima, pensando que antes de la melena se parecía mucho a su padre, a Julián, pero que ya era «otro». Montserrat se emocionó mucho cuando Carol fue a darle un par de besos con afecto especial, recordando sus tiempos de institutriz. Al fin y al cabo, ella fue quien le explicó a Carol cuándo una niña empezaba a ser mujer…

Julián se preguntó por el porvenir de Susana. ¡Cuántas veces había deseado que ésta le diera la noticia de que había formalizado sus relaciones con Pedro! Pero últimamente, ante la conducta de éste, empezaba a dudar. En realidad no sabía a qué atenerse. Tal vez le ocurriera que, aparte de su profesión, la vida le estuviera resultando demasiado complicada.

De pronto, Sebastián y Carol salieron del monasterio en un coche ampuloso repleto de flores de azahar, y comenzó su luna de miel. Viaje por varios países europeos. A Carol todo le parecía un cuento de hadas —el *Kremlin* quedaba lejos— y era completamente feliz.

Pedro y Marcos terminaron la carrera y una vez cumplido el consabido tiempo de cuartel decidieron conjuntamente llevar a cabo su antiguo plan de salir al extranjero. De momento, proyectaron pasar el verano en París. Sergio los había informado de que en la Ciudad Universitaria podrían vivir con poco dinero si tenían la suerte de encontrar alojamiento en algún pabellón.

Aurelio Subirachs no vio ningún inconveniente en darle a su hijo lo necesario para el viaje, que efectuarían en tren, y para pasar un par de meses. Marcos se lo tenía merecido. No le habían suspendido en ninguna asignatura y de momento no le planteaba problemas graves, excepción hecha de que solía contestar a todo: «ni fu ni fa…».

Pedro disponía de algunas reservas, por el premio que ganó y por las clases particulares que estuvo dando, y además confiaba en el azar. En el momento de sacar el pasaporte se sintieron importantes, lo cual era ingenuo, pues había transcurrido mucho tiempo desde que Rogelio, Rosy, Julián y Margot se habían ido a París y cruzar la frontera era ya de lo más natural.

En la avenida Pearson hubo sus más y sus menos con motivo de dicho viaje. Fuera Carol, por primera vez Rogelio y Rosy se encontrarían solos. Además, ¿qué haría el muchacho en París? De cabeza a *La Fin du Monde*, si es que todavía existía… Rogelio hubiera deseado que Pedro se instalara en el Hotel Catalogne, donde por lo menos Juan Ferrer y Chantal podrían espiar un poco sus andanzas; pero Pedro se negó. Con mucho gusto iría a saludarlos, pero quería vivir independientemente. «Probablemente, en la Ciudad Universitaria». En realidad, estaba decidido a no aceptar un céntimo, ni siquiera por banda, de sus padres.

—¿Y qué piensas hacer allí?

—No lo sé. De momento, mirar… He terminado la carrera, estoy un poco cansado de tantos libros y ahora me apetece mirar…

—Hay mucho que ver, desde luego, en París… Pero es cuestión de saber elegir.

—Marcos tiene un olfato fenomenal. Y supongo que encontraré algún plano de la ciudad…

Todo a punto, salieron, con muy poco equipaje, para su destino. El tren cruzó toda Francia, llevando aquellas dos vidas que se iban al encuentro de lo desconocido. El viaje fue casi enteramente nocturno, pese a lo cual apenas si conciliaron el sueño. En las estaciones los silbidos de la locomotora los alertaban y a menudo colocaban las manos en forma de visera procurando leer el nombre al otro lado del cristal. A veces no veían el nombre, pero si rayos de luna sobre los rieles. Cuando amaneció, Francia

les ofreció su aspecto ubérrimo, casi lujurioso. Después, los suburbios. Por fin, la estación de Austerlitz.

Sergio los esperaba, en compañía de Giselle. Éstos vivían en un modesto apartamento en *rue de l'Harpe*. Fueron con ellos a la Ciudad Universitaria y consiguieron ser admitidos en el Pabellón Español. Adquirieron buen número de tickets para el comedor colectivo, de manera que el inicio no podía ser más halagüeño.

París los impresionó más que la luna sobre los rieles. Era una moneda de sonido peculiar, de una calidad inimaginada. Dos recién licenciados en Letras, ¿qué más podían pedir? Sergio no había abandonado sus zapatos de goma, silenciosos. Sin moverse de la Ciudad Universitaria tenían ya mil mundos a su alcance, en los pabellones, tan varios y sobre la hierba verde. Y no digamos en el Barrio Latino. Enviaron diversas postales diciendo escuetamente: «Como el pez en el agua». Marcos no escribió ni una sola vez: «ni fu ni fa…». Pedro se lamentó con Susana: «Lástima que no estés tú aquí…».

Sergio los invitó a ver la proyección de su documental sobre la «España negra», que se daba en un cine-club próximo a la plaza de Ternes. En España, tal como era de suponer, se lo habían prohibido. Pedro y Marcos aquilataron todo el valor de testimonio de aquellas imágenes y sintieron intenso escalofrío al comprobar que los españoles se dedicaban todavía a determinadas manifestaciones; sin embargo, resultaba exagerado no poner la contrapartida, ni una gota de miel en medio de tanta acidez. «Yo creo que te pierdes por estar polarizado en una sola dirección, sin ver los múltiples aspectos de la realidad. En el fondo, imitas a tu padre, con su teoría del machaqueo…».

Defendióse Sergio.

—Es que España es así, como todas las colectividades extremistas. Por eso un baño de Francia no os vendrá mal. Aquí se cultiva el matiz. Si pergeñara un documental sobre este país, donde también se encuentran manifestaciones necrofílicas, no tendría más remedio que dar el contrapunto. Allí no lo estimé necesario.

El caso es que el documental tenía éxito y que, aparte de que muchos franceses iban a verlo, no había exiliado español o emigrante un poco culto que se lo perdiera.

Pedro, antes de proseguir su itinerario, quiso cumplir con un deber de cortesía y se presentó en el Hotel Catalogne. Chantal, pese al tiempo transcurrido desde que lo viera en el Congreso Eucarístico, lo reconoció en seguida. «*Mon cher* Pedro…!». Juan Ferrer, excepto en la estatura y la delgadez, le encontró mucho parecido con Rogelio. Por cierto, Pedro miró a aquel hombre con emoción muy particular, al pensar que había salvado —por dos veces, si no estaba equivocado— la vida de su padre. «En cierto modo, se la debo yo también». En cuanto a los hijos del matrimonio, Maurice, que trabajaba ya en el hotel, descargando en lo posible de su labor administrativa a Juan Ferrer, le pareció ser un tanto anodino, lo contrario que

Bernadette. Bernadette era una muchacha muy expresiva —recordaba un poco a Cuchy—, decidida y temperamental. Pedro sabía de ella, por una de las cartas que les había escrito Chantal, que se pasó una larga temporada en Inglaterra y que quería redimir lo irredimible. Por descontado, daba la impresión de tener ideas propias y mucho mundo interior.

—¿Por qué no te quedas en el hotel esta temporada? Te haríamos un trato especial, puesto que el parecer quieres vivir sin contar con la ayuda de tus padres.

—No, no, muchas gracias. Estoy con un amigo. Además, el ambiente de la Ciudad Universitaria me gusta mucho.

—Como quieras. Pero, si te cansas, por las razones que sea, ya lo sabes.

Pedro no podía sospechar que su encuentro con Bernadette tuviera mayores consecuencias. Quedaron en verse, en salir juntos un sábado o un domingo, pues los demás días la muchacha trabajaba en la oficinas de la UNESCO. Y gracias a ella Pedro y Marcos —Marcos se pirró por Bernadette en seguida—, oyeron hablar por primera vez de un movimiento juvenil que había empezado pegando fuerte y como dispuesto a hacer tabla rasa de todos los anteriores. Se trataba del movimiento *hippie*, nacido en los Estados Unidos, en San Francisco, y que estaba proliferando en forma vertiginosa.

—En París tenéis ya *hippies*. En el Boulevard Saint Michel, en el parque de Luxemburgo, en el Sena, en la propia Ciudad Universitaria… Y yo misma lo soy, pero sólo sábados y domingos; es decir, soy una *hippie* de «plástico», como ellos dicen, un tanto sofisticada. Aunque reconozco que sus ideas me apasionan.

Bernadette era de la misma estatura que Susana. Pelirroja, como Chantal, con sonrisa ingenua y orejas pequeñísimas, que su peinado dejaba al descubierto. Muy huesuda y de espaldas anchas, que le conferían prestancia al andar. Apenas si se maquillaba, excepto sábados y domingos. Los fines de semana, para ponerse a tono con los compañeros de que les había hablado, se pintaba los ojos, los párpados, hasta las uñas de los pies y se colgaba abundantes abalorios metálicos, que le daban mucho *sexy*. Llevaba sandalias romanas y guardaba en un cajón una túnica dorada, larga hasta los pies. También guardaba una serie de calcomanías que podían pegarse en cualquier parte del cuerpo a modo de tatuajes. Extraño contraste el de su facha con sus ideas y predisposiciones. Seguramente era capaz de cualquier cosa, cuando parecía una simple y modosita secretaria inteligente.

A Pedro se le cayó la baba al comprobar que sus padres, para dejarla en libertad, no se amparaban siquiera en que «estaba pasando el sarampión y en que ellos a su edad también protestaban». Reconocían que el mundo se estaba transformando, que era bueno que así fuese y estimaban lógico que los jóvenes se adaptasen a él. Casi lo ilógico era lo de Maurice, integrado desde un principio, sin crisis intermedia, en la sociedad antigua que el hotel, ¡hasta qué punto!, significaba. La UNESCO era otra galaxia, con miras a escala universal. Bernadette podía decir —y hacer— lo que se le antojara, sin que nadie le pidiera explicaciones. ¡Qué enorme distancia la separaba de

la avenida Pearson! A lo sumo se le discutían los puntos de vista, como podía hacerse entre camaradas.

—¡Esto es una bendición de Dios, Bernadette! Si mi hermana Carol hubiera intentado largarse los fines de semana con gente desconocida, partidaria del amor libre, le quitaban la dote y en estos momentos no estaría casada con un dignísimo fabricante de lonas llamado Sebastián Oriol.

—Sí, mis padres son muy comprensivos, ésa es la verdad. No comparten mis ideas —sería pedir demasiado—, pero por eso mismo su actitud es más meritoria. Aunque te advierto que si no me admitieran tal y como soy, me largaría de casa.

Quedaron en que los presentaría al grupo *hippie* con el que había entrado en contacto, que iba y venía del parque de Luxemburgo, frente a la Sorbona, a los andenes del Sena. Así lo hicieron. El sábado por la noche Pedro y Marcos conocieron bajo los puentes a un americano de Los Ángeles, desertor de la guerra del Vietnam, a un canadiense, a un inglés, a varias parejas francesas, la mayoría de ellos universitarios y menores de veinticinco años. Sólo retuvieron el nombre del americano, Harry; los demás fueron pronunciados rápidamente y resultó imposible acordarse, además de que la actitud de los interesados era indolente y nadie tenía interés en que sobresaliera su propia identidad.

Al parecer, Bernadette era querida por todos. Todos tuvieron una expresión de alegría al verla. Al saber que sus acompañantes eran españoles, el inglés exclamó: «¡Caramba, eso está bien! Probablemente, algunos de nosotros nos iremos a las islas Baleares: a Mallorca o Ibiza. ¿Creéis que las autoridades nos permitirán vivir allí?».

Pedro no supo qué contestar.

—No molestando a nadie, es posible. Si lleváis documentación, claro.

—¡Oh, por favor, nosotros no molestamos a nadie!

El aspecto de Pedro y Marcos era de tal avidez de saber que los *hippies*, por boca de Harry, se compadecieron de ellos y los pusieron un poco al tanto de lo que pretendían con su manera de hacer. Bernadette, si surgía alguna dificultad idiomática, ejercía de intérprete o aclaraba algún concepto.

Harry, como todos los demás, llevaba una mochila, un saco tubular que le servía de almohada y una rueda de flores colgada del cuello. Era todo su capital, de acuerdo con su tesis de reducir al mínimo las necesidades materiales. Tocante a sus normas de conducta, destacaban la de ser fiel a uno mismo por encima de todas las cosas; buscar la libertad como máximo bien; aceptar a los semejantes sin discriminaciones; odiar exclusivamente la guerra y respetar todas las cosas del Universo porque eran buenas.

Por el momento estaban repartidos en pequeñas colonias, en las grandes ciudades americanas y también en el campo. Estas últimas formaban las «comunidades agrícolas» y habían redescubierto el trabajo del campo, a la manera primitiva, al revés de lo que ocurría con la música, que tenía que ser estereofónica y lo más avanzada posible; con algún que otro instrumento romántico, como la guitarra o la flauta de caña, por supuesto. «Depende del momento y de las circunstancias, ¿comprendéis?

La consigna es: "Haz lo que te parezca, cuando te parezca y donde te parezca". De modo que si a uno le apetece tocar la flauta de caña, allá él».

Los primeros *hippies* habían salido, en su mayor parte, de familias acomodadas o de clase media. Convencidos de la injusticia que presidía el vivir de sus padres, abandonaron sus hogares y se plantaron en el centro de las grandes ciudades californianas. San Francisco primero, Los Ángeles después, etcétera. Luego llegaron avanzadillas a Nueva York y de allí pasaron a Europa, sobre todo, a Londres y París. Pero la telaraña —a veces, así la llamaban— se iba extendiendo y probablemente llegaría al Próximo Oriente y al Asia Central siguiendo la ruta de las drogas.

—¿De las drogas?

—Sí, ya hablaremos de eso más tarde.

El adjetivo *hip* significaba, en su *argot*, «el que sabe, el que comprende, el que está iniciado o está dentro». Sus lemas eran el amor, el poder de las flores y el ejemplo. Harry entregó una flor a Pedro y otra a Marcos, los cuales no supieron qué hacer con ellas. Predicaban la no-violencia, la alegría infantil, la sinceridad, y amaban los pájaros, las campanillas —como las que aquella noche Bernadette llevaba en el cinturón—, las cuentas y los amuletos y los colores vivos.

Los *hippies* buscaban una mística que los liberara de la esclavitud del dinero, de suerte que a la aritmética la llamaban «el viaje deprimente». Harry, que era un mocetón como un sargento de película de Hollywood, inclinó hacia abajo el pulgar. En San Francisco alguien les dio a un grupo de ellos un billete de cien dólares. El grupo rompió a pedazos el billete y cada miembro se tragó simbólicamente un trocito de aquel papel moneda que consideraban denigrante. Sólo aceptaban el intercambio con cosas elaboradas por ellos mismos o lo necesario para, en un momento de apuro, ayudar a un compañero.

Los *hippies* habían dicho basta a la rutina, a la falta de imaginación. Significaban una ruptura de todas las barreras. Creían que el centro del egoísmo estaba en la sobreestimación del propio Yo, del Yo anterior a la «comunicación con los otros», a la hermandad y a la entrega a los demás, que era lo que perseguían. «Goza libremente de todo, excepto de aquello que pueda perjudicar a los demás». Su gran «sacerdote» era el profesor Timothy Leary, que iba de un centro a otro predicando la buena nueva y cuya expresión de éxtasis se parecía a la del filósofo francés Lanza del Vasto. Harry ponía cara de niño y el canadiense escuchaba como cansado. Se interesaban por la figura de Buda, porque siendo de familia poderosa se fue, regresó con sólo un pensamiento y un tazón de arroz y predicaba la «liberación»; por Cristo, «un tipo formidable»; por San Francisco de Asís, que abandonó a su familia de ricos mercaderes italianos y vivió entre los pájaros y los animales; por Gandhi, debido a la no-violencia; y también les interesaba Aldous Huxley, que cantó las alabanzas de los alucinógenos, etcétera. En algunas de sus sesiones celebraban los funerales del Yo anterior. «Si algún día os decidís a ingresar en nuestro clan, celebraremos los funerales del Yo que os ha esclavizado hasta ahora. Los de Bernadette no los hemos

podido celebrar aún, porque, ya os lo habrá dicho, es sólo una *hippie* de plástico». Y se rieron.

Su lema por antonomasia era: «No fabricamos la guerra sino el amor». Eran una clase ociosa. Su profeta lejano. Alien Ginsberg, había escrito: «El viaje hacia nuestro interior es la respuesta a la sociedad de consumo. Durante siglos los hombres han viajado hacia el exterior, como Colón; ahora la dirección ha sido invertida». «El primer deber del hombre es descubrirse a sí mismo».

Una de las fórmulas más directas de conocerse a sí mismo era la respuesta a la pregunta que les hicieron anteriormente sobre el uso de las drogas. Los *hippies* se drogaban —no todos, claro está—, acto al que denominaban «irse de viaje» o «ponerse en órbita». Usaban muchas clases de droga; para empezar, la marihuana o grifa, que se pasaban unos o otros como la pipa de la paz y repitiendo las palabras del Génesis: «Que la hierba crezca del suelo»; pero también tomaban drogas fuertes, como, por ejemplo, el LSD. Ese tipo de alucinógeno, de ácido lisérgico, desarrollaba, al parecer, las facultades intelectuales y potenciaba los sentidos hasta un límite increíble. Se extraía de un hongo una de cuyas especies era ya conocida por los aztecas y los mayas, cuyos artistas seguramente lo mascaban, a juzgar por el carácter de sus obras, muy semejantes a las que salían de las manos de los que ahora trabajaban bajo su efecto. Los *hippies* consideraban que la nicotina y el alcohol eran estimulantes falsos.

De dichas drogas había nacido la cultura sicodélica, de la que probablemente habrían oído hablar y que el diccionario inglés Randoms House definía como «un estado mental de calma profunda, de trauma estético y de impulso creador». Si el bautizo de los *hippies* era el amor, bautizo que se realizaba con flores y no con agua, sus sacramentos eran las drogas, a las que llamaban eucaristía. A través de ellas perseguían la belleza y la fusión con el cosmos. A través de ellas rechazaban la idea de que existieran diferencias sustanciales entre el hombre, las estrellas, los animales, los vegetales y las piedras. En pleno «viaje», en pleno estado de trance, afirmaban que los gatos y las plantas les parecían hermanos y que la creación entera, con todas sus especies, estaba situada a un mismo nivel.

A Marcos le interesó especialmente que bajo los efectos del LSD se crearan obras artísticas comparables a las de los aztecas y los mayas, que él admiraba profundamente. Pedro preguntó:

—¿Y no existe el peligro del hábito y, en consecuencia, de la auto-destrucción?

—¡Claro que existe! Pero eso es ya cuestión de cada *hippie*, de cada individuo en particular.

El inglés intervino de nuevo y se anticipó a otras posibles objeciones. Lo cierto era que el movimiento empezaba y que era un tanteo, una búsqueda en la oscuridad. Lo indudable era que los esquemas anteriores de vida habían fracasado y había que buscar algo nuevo; pero no estaban convencidos, ni mucho menos, de haber descubierto la verdad ni la solución del problema que suponía el hecho de existir. El

tiempo les iría indicando lo que debían corregir. De momento, una estética, cierto quietismo, un tipo de contemplación parecido al hindú o al de la secta Zen, y el amor por los demás. Aquilatar la importancia de las pequeñas cosas creadas y la maravilla —era un ejemplo— de poder estar sentado bajo un árbol, que era una de las formas más bellas que podían encontrarse, junto con la de los ríos cuando discurrían en libertad. Desde luego, lo importante era haber roto con las cadenas que estrangulaban al hombre práctico, al consumidor y pagador de impuestos. ¿Utopía? También el futuro juzgaría si lo era o no. Las grandes revoluciones del mundo fueron siempre tildadas de utópicas, porque se avanzaban a los demás. Lo que no podía tolerarse era una sociedad de odio y de esclavos del poder y de la burocracia. Era un atentado contra la dignidad de la persona. Los *hippies* querían ser personas y no cosas. «No fabricamos la guerra, sino el amor».

Pedro insistió en sus preguntas.

—Pero ¿verdaderamente sois partidarios del amor libre?

Esta vez fue Bernadette la encargada de contestar.

—¡Por supuesto! —y para demostrarlo, primero se acercó a Marcos y le dio un beso en la boca de forma que lo dejó turulato y luego hizo lo mismo con Pedro—. Y cuando queráis puesto que por mi parte no existe repugnancia, lo hacemos de una manera completa.

El pasmo de Pedro y Marcos provocó la hilaridad general. Las chicas francesas que había allí, tendidas junto a sus mochilas, los miraban como si fueran monaguillos.

—Tenemos una habitación, una *chambre de bonne*, aquí cerca, en *rue Casettes*, que sirve para el caso.

Marcos se encalabrinó, mientras Pedro no salía de su asombro. De repente, este último se puso serio. Excepto lo de las drogas y lo del amor libre, que se le antojaba peligroso, el resto de la tesis *hippie* que había oído lo había impresionado hondamente, no sólo por la naturalidad con que fue expuesta sino porque saltaba a la vista que no era una mera especulación sino una certeza de «estar haciendo el bien», como ellos decían. Y significaba, ¡qué remedio!, un espaldarazo a su ansia de liberarse de sus padres, como el Concilio …Vaticano II significó un espaldarazo a las teorías del padre Saumells.

No iban a hacerse *hippies* en una noche, porque eran dos seres pensantes, recién llegados, y les temían a los deslumbramientos como si tuvieran que cruzar de nuevo por la carretera de Malgrat y se les acercara en dirección contraria un camión lechero; pero no echarían en saco roto lo oído.

Marcos le dijo a Bernadette, con su amplia sonrisa y su pelo alborotado, de pintor de fosfenos:

—Oye, Bernadette… Estoy entusiasmado. Si no existe repugnancia, y te juro que por mi parte tampoco, ¿cuándo podremos ir a esa habitación, a esa… *chambre de bonne* de que has hablado, y que está tan cerca?

—¡Oh, cuando quieras! Esta misma noche. Pero dentro de un rato, ¿no te parece? Se está bien aquí, junto al río, aunque el pobre no discurra con libertad.

Marcos puso cara seria, o cómica.

—Tú mandas. Por mí…

Bernadette sonrió. Y le preguntó a Pedro si él también querría ir. Y si querría ir con ella o con alguna de las compañeras que había bajo el puente.

Pedro miró a las campanillas que Bernadette llevaba en el cinturón.

—Hoy contigo, desde luego… Y a ser posible, antes que Marcos.

Bernadette soltó una carcajada.

—¡Ya salió el español!

Pedro se encogió de hombros.

—No lo puedo remediar…

Lo malo era que los grupos de *hippies* se sucedían como los viajeros en el Metro. Apenas si uno de ellos paraba quince días en París, o en el mismo lugar de la capital. Se dispersaban. A Bernadette no le importaba cambiar —¿dónde estaría Harry?—, porque si bien todos tenían sus rasgos peculiares, existían entre ellos denominadores comunes que estimaba válidos. Y según su teoría «no era un bien prolongar demasiado la intimidad en el plano personal». A Pedro y a Marcos les costaba algo más adaptarse a las nuevas caras, en las que registraban mayores diferencias que Bernadette. Se refugiaban en la muchacha, en su amistad constante, tan desinteresada. Sin embargo, ocurrió que Marcos demostró mayor entusiasmo, por lo que pronto Pedro empezó a dar marcha atrás, dejando de acostarse con ella, sin que por eso Bernadette se molestase.

Cabe decir que, al margen del fenómeno *hippie*, París los excitó. Era un mundo completo en sí, más estimulante que las descripciones que de él habían oído. En la Ciudad Universitaria convivían con jóvenes de todas las razas —muchas naciones tenían su pabellón particular—, y aquella mezcla era un encandilamiento. Un *Kremlin* elevado al cubo. La libertad cultural existente noqueó a Pedro, y a Marcos lo aupaban las tentativas pictóricas de toda suerte. El tiempo se les pasaba en un soplo y Bernadette les decía: «¿Por qué no os quedáis? Ya encontraríamos algo para que os ganarais el pan y el vaso de *rouge*…». Más de una vez estuvieron tentados de aceptar. Pensando en el regreso, Barcelona se les antojaba gris. Pero no querían caer en la trampa de los fáciles espejismos. En el fondo, las cosas solían ser lo que uno fuese por dentro. Y una determinación de ese tipo no podía tomarse al buen tuntún.

Pedro no escribió una sola línea, pese a que en una metrópoli como aquélla las «lacras sociales» saltaban también a la vista; en cambio, Marcos se sintió muy animado viendo lo que pintaban los demás. Se consideró capaz de alcanzar un nivel medio respetable, y más aún. Como fuere, se hinchó con los pinceles y la paleta. Casi podía decirse que salía a cuadro diario, muchos de los cuales se los guardaba

Bernadette en el Hotel Catalogne. Y fue su afición a pintar lo que lo llevó a probar con timidez las drogas. Marihuana, nada más, que le espabiló la mente, pero sin pasar a mayores. Le dieron varias veces un pitillo diciendo lo del Génesis: «Que la hierba crezca del suelo». No se atrevió con el LSD, pero lo cierto era que ardía de deseos de probarlo. Un noruego al que conoció, bajo los efectos de la droga exhumaba su subconsciente y pintaba trallazos vertiginosos, o figuras extáticas con muchos brazos, o espirales verdiazules que tenían una fuerza extraordinaria. Y algo parecido podía decirse de un negro de Detroit. «Algún día lo probaré —decía Marcos—. Pero aquí, por las buenas, sin control médico, sin saber la dosis que me corresponde, no me atrevo». Pedro le advertía: «Como me entere de que lo has probado, te meto en un vagón de carga y te devuelvo a Barcelona». «No hay para tanto», comentaba Bernadette, que todavía no se había «iniciado», pero que por las trazas no tardaría en hacerlo.

Sergio se manifestaba en contra de los *hippies*, como de todo lo que fuese ocio. «El hombre ha de trabajar para el bien de la comunidad». En cambio, le satisfacía que las drogas proliferasen… «Que se pudran», exclamaba, lo mismo que Alejo al hablar de las orgías sexuales.

Pedro y Marcos almorzaron varias veces en el Hotel Catalogne, invitados. Y Chantal y Juan Ferrer se rieron recordando la estancia en París de los padres de Pedro y de los padres de Laureano y Susana. «Parecían chiquillos con zapatos nuevos. ¡Los maravilló hasta la torre Eiffel!». Advirtieron que los muchachos estaban algo inquietos y con mucho tacto los internaron sobre las posibles causas. Y ambos se confiaron a ellos, sobre todo Pedro, que les contó sin tapujos su problema familiar. «El tipo de vida que llevan mis padres… ¡Mi padre llegará a tener tanto dinero como Rotschild! Si no se interpone un infarto, claro».

Juan Ferrer y Chantal se encontraron en una situación incómoda. No podían, en ausencia de Rogelio y de Rosy, criticar a éstos, pero tampoco ser hipócritas. «Claro, en España esas desigualdades y ese frenesí deben de ser corrientes…». «Pues sí —admitió Pedro—. Pero yo sufro en mi carne lo de mi propia casa». No sabían qué decirle. Tal vez obrara cuerdamente independizándose. Sin embargo, mucho cuidado. «En París se ven muchos fracasos, ¿comprendes, Pedro? Antes tienes que medir muy bien tus propias fuerzas».

Juan Ferrer opinaba que si Pedro se quedaba en España acabaría por perder el ánimo y claudicar, lo que en su caso equivaldría a ser desgraciado. Todo hacía presumir que las circunstancias del país no iban a cambiar en el futuro. «Tal vez te convinieran nuevas experiencias, como esa que estás viviendo en París». Con la carrera que tenía, acaso pudiera solicitar irse de lector, o de profesor de español, a alguna universidad extranjera; quizá a los Estados Unidos. «Lo que no veo es que en Barcelona puedas hacer nada positivo. El ascetismo cansa, un día u otro, y entonces todo se viene abajo». Pedro se descorazonó. No sabía por qué, pero en París había experimentado el aletazo del desplazamiento. Quién sabe si era menos frívolo que

Marcos o si le faltaba una mujer —¿Susana?— que le hiciera compañía con garantía de continuidad.

—Lo más horrible es que a veces me parece que soy un cobarde… —confesó súbitamente.

Aquello desató a Chantal.

—¡No digas insensateces! —lo increpó—. Eres víctima de un determinado ambiente, nada más. Ya me di cuenta cuando el Congreso. Ni Maurice ni Bernadette tienen esas dificultades, ya lo ves… Y nosotros trabajamos, pero nunca seremos Rotschild ni nada que se le parezca. Te hablaré con franqueza, Pedro, puesto que tú has sido tan espontáneo: un muchacho de tu sensibilidad nunca podrá firmar un pacto con los hipnotizados por el dinero. De modo que repito lo de antes: mide tus fuerzas y actúa en consecuencia. No estoy segura de que tu solución sea marcharte al extranjero, por lo menos para un período muy largo. Es probable que en Barcelona encontraras tu campo de acción. Y en el peor de los casos, servirías de ejemplo… Desertar es en el fondo un poco cómodo, ¿no crees? ¡Y te lo dice la mujer de un exiliado que llora con sólo oír el nombre de su ciudad!

—La entiendo muy bien, Chantal.

—Me alegro mucho. Y perdona que haya hablado con tanta sinceridad…

Pedro marcó una pausa, y de repente se volvió hacia Juan Ferrer.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —le dijo, en tono misterioso.

—Desde luego.

—Mi padre, en la cárcel… ¿fue valiente?

Juan Ferrer se rascó una ceja.

—Imagino que desearías que te dijera que no. Pero te mentiría. —Guardó breve silencio—. Tu padre, en la cárcel, demostró ser todo un hombre.

CAPÍTULO XXXIX

ANTES DE REGRESAR a Barcelona hablaron largamente con Sergio. Éste andaba a la sazón recopilando material para una película sobre «las atrocidades cometidas por los nacionales». En los archivos de París encontraba mucha cosa y estaba en contacto con una serie de embajadas de países del Este, especialmente la rusa, aunque encontraba muchas dificultades. Pedro y Marcos huyeron de ese asunto como de la peste, más que si estuviesen en España. «Allá tú, amiguito. A nosotros, el asunto de la guerra… —y añadieron, riendo—: Nosotros fabricamos el amor».

Sergio estaba muy relacionado con exiliados del Partido y en París se lo veía más en su ambiente. Y aunque allí era uno de tantos, mientras que en Barcelona podía presumir, había algo en su manera de hacer que disgustaba a Pedro y a Marcos. Se le veía cada vez más obsesionado por su idea y capaz de cualquier cosa para llevarla a la práctica, sin el menor escrúpulo. Ello provocó en los dos muchachos cierta aversión hacia él, que en Barcelona no habían experimentado jamás.

De regreso a la Ciudad Condal se encontraron conque habían ocurrido algunas cosas. Entre ellas, que, inesperadamente, el padre Saumells, conforme a las nuevas corrientes de la Iglesia, había sido nombrado director del Colegio de Jesús. Es decir, había pasado del casi ostracismo a la jerarquía máxima. Su predecesor en el cargo, el padre Tovar, estuvo a punto de irse a misiones, pero el padre Saumells lo tranquilizó.

—No irá a suponer que me moverá espíritu de venganza… Lo único que haré será democratizar el Colegio, nada más.

Su nueva ocupación le impidió ir a San Adrián y delegó la misión en mosén Rafael, quien le destinaría el tiempo que pudiera. Mosén Rafael puso en práctica la idea del padre Saumells para el nuevo curso: instalar allí una Escuela Parroquial, puesto que muchos niños del barrio no tenían aula a la que asistir. Legalizó dicha escuela, contrató a varios maestros y el curso, mal que bien, empezó inscribiéndose un centenar de alumnos, casi en su totalidad hijos de inmigrantes. Mosén Rafael confiaba en su buena voluntad, en la ayuda de Dios y en la ayuda del pequeño Miguel…

Carol había regresado encantada del viaje de boda y al parecer esperaba un bebé. «Eso es lo malo de tener hijos —comentó Rogelio—. Se expone uno a que lo hagan abuelo». Carol también había pasado por París y también se había enterado de la existencia del fenómeno *hippie*, aunque ni ella ni Sebastián, su marido, sabían qué opinar. Los vieron y los confundieron con los *beatniks*. «¡Por Dios! —les dijo Pedro —. Que no tienen nada que ver…».

Pedro, fiel a su decisión, se instaló definitivamente en el *Kremlin*, que de hecho había ya dejado de ser el centro de reunión de la pandilla, pues la decoración había

cambiado por completo y se habían producido una serie de deserciones, entre las que destacaban las de Laureano y Narciso Rubio. En el momento de notificar el traslado a sus padres se produjo una escena un tanto desagradable. En el fondo, ni Rogelio ni Rosy habían acabado de tomarse en serio la amenaza del muchacho de abandonar la avenida Pearson.

—¿Qué vamos a decirte? ¿Que cuando te canses de tu quijotada encontrarás abiertas las puertas de esta casa? Lo sabes de sobra… De todos modos, la humillación que nos haces pasar es de las que no se las salta un galgo.

—¿Humillación? No tengo ganas de discutir. De momento, me dedicaré a escribir y a dar clases particulares y pensaré algo para el futuro. El viaje a París me ha dado muchas ideas.

—¡Oh, claro, a nosotros también nos dio muchas! Por cierto, ¿comunicaste tu decisión a Juan Ferrer y a Chantal?

—Sólo a medias. Varias veces enfocamos el problema, pero son muy educados y prefirieron quedarse al margen del asunto. Ahora bien, predican con el ejemplo, dándole a Bernadette toda clase de libertad…

—¿La niña también se ha ido a vivir por su cuenta a un cuchitril?

—No, eso no. Pero es que la rodean de un ambiente que no le disgusta como el vuestro me disgusta a mí. Y por supuesto hace lo que se le antoja. Y no creo que sea nada malo.

Rosy intervino.

—Nada tan relativo como el concepto de bueno y malo.

—Eso es verdad.

Rogelio tamboreó en la mesa y preguntó:

—¿Imprimirás unas tarjetas con tus nuevas señas?

Pedro acusó la ironía y respondió:

—No creo. De todos modos, vosotros las conocéis de memoria.

Marcos preparó su primera exposición. Con lo que pintó aquel otoño y con lo que se trajo de París —debidamente cribado—, pensaba inaugurarla por Navidad. Se retrasó un poco, pero no importaba. La exposición, en unas galerías de arte vanguardista, fue un éxito para el muchacho. No sólo las críticas lo pusieron por las nubes, sino que lo vendió casi todo. Entre sus clientes figuraba Héctor, que se dispuso a colocar algunos de los cuadros en locales de cuya decoración se ocupaba, ¡y Ricardo Marín!, que le compró seis telas en concepto de inversión. El banquero se olió que allí había calidad y ni corto ni perezoso fue señalando con el índice seis piezas de gran tamaño, que figuraban entre las más caras.

Los temas preferidos por Marcos eran los relacionados con los volcanes, y algún día pensaba llenar con ellos grandes murales. En su producción dominaba el rojo, lo que significaba que había superado el rechazo que, a raíz del accidente de Fany, sintió

por dicho color. No se trataba de volcanes en erupción; más bien los incendios eran sugeridos por llamas restallantes que cruzaban como un tumulto, por cráteres fríos, yertos, etcétera. Ni siquiera él sabía por qué ese tema le interesó. De repente en París, viendo los cuadros del pintor noruego, pensó en la fuerza «volcánica» que emanaba de ellos y encadenó la idea. Por otra parte, era licenciado en Filosofía y Letras. Y entendía que la vida humana era eso, una sucesión de volcanes, que todo lo arrasaban y que luego se morían, quedaban sin vida. Los sentimientos, los pensamientos, los mismos sueños y deseos estaban hechos de una materia que el fuego, primero con su crepitar y luego convirtiéndose en ceniza, simbolizaba perfectamente. Algún crítico había intuido esa correlación, aunque por regla general hicieron excesiva literatura. Lo que a Marcos le interesaba era la pintura, la calidad pictórica y el grito o el silencio de sus colores. Tal vez en la próxima exposición se dedicara a paisajes lunares o al bullebulle del fondo del mar.

Su padre se mostró encantado con el resultado de la prueba y con la independencia económica que ello dio al muchacho. La pintura era un arte noble, un complemento de la arquitectura, a su modo de ver, y no estaba demostrado que para ser un excelente pintor la inteligencia fuera un obstáculo, como algunos pretendían. Marcos alquiló un estudio con mucha luz, un ático en la calle de Zaragoza, donde también instaló un diván por si se le antojaba quedarse a dormir allí. Cuchy lo ayudo. Cuchy estaba indignada con Laureano porque la tenía postergada —¡la *vedette* podía elegir a barullo!— y continuaba con su paradójico estribillo: «yo necesito un ídolo del que ser esclava, para ser libre en todo lo demás». Su ídolo actual era Marcos. También se acostaban juntos y también su acoplamiento era perfecto, aunque esta vez sin riesgos, pues Cuchy, después de la experiencia, se tomaba las debidas precauciones.

Marcos era muy generoso con sus telas y las regalaba sin pensárselo mucho. El padre Saumells tuvo pronto una en su despacho de director, que remozó de arriba abajo. El doctor Beltrán, con buenas maneras, rechazó el obsequio. «¡Hijo mío! ¡Si todo lo que yo tengo son antiguallas! ¿Dónde quieres que meta esto? No pegaría en casa, hazte cargo». Pedro, en el *Kremlin*, contó con tres «volcanes» de Marcos, por lo que el rincón donde los colocó fue llamado el *rincón vesubiano*, en el que el joven «asceta» podía calentar su espíritu. Cuchy llenó de cráteres su habitación y mucha lava corrió también por «Torre Ventura» y Can Abadal. Julián estaba entusiasmado con la pintura de Marcos y pensaba: «Ojalá a Laureano le hubiera dado por ahí».

Sin duda la influencia *hippie* había sido decisiva para el muchacho, que ardía en deseos de irse a Ibiza y Formentera —donde, en efecto, se habían instalado varias «colonias»—, y hacer la prueba con el LSD. ¡Si encontrara a Harry, el americano! ¡O al inglés! Y si no, pronto conectaría con otros, que serían como hermanos gemelos. Una de la ventajas de los *hippies* era que no exigían tarjeta de presentación.

—Cuchy, ¿querrás acompañarme? Lo pasaríamos bomba.

—Por mí… ¡figúrate! Pero no sé si mis padres querrán. Mi padre quiere enviarme

una temporada a Inglaterra a perfeccionar el idioma, lo cual, dicho sea de paso, no sería mala idea.

—¡Si te vas a Inglaterra te enamorarás de un *hippie*! ¡Serás la esclava de otro dueño!

—¿Y a ti qué más te da? Tampoco me quieres de veras.

—Yo no quiero de veras más que a mis pinceles… y a mi hermano Rafael.

—¿Lo ves?

—Lo que ocurre es que a lo mejor le pido a Rafael que nos case…

—¡Fanfarrón, que no eres capaz!

—Por supuesto que no. Sin contar conque harías un mal negocio.

Y que antes tengo que probar otras hierbas de las que el Señor hace crecer del suelo…

—Te ha picado lo de las drogas, ¿verdad?

—¡Te diré! Ni fu ni fa…

El calificativo que convenía al éxito de Laureano era el de «apoteósico». *Los Fanáticos* eran reclamados de todas partes. Ya no actuaban solamente en Barcelona sino que andaban de gira sin cesar, por Madrid, Bilbao, Valencia, ¡Granada!, etcétera. Ello sin contar las apariciones en televisión, las emisiones radiofónicas y las grabaciones de discos. Era un esfuerzo físico agotador y una prueba muy dura para el sistema nervioso.

Al compás de esa escalada Jaime Amades no paraba tampoco un momento y la propaganda que lanzaban al ruedo era un modelo de afinamiento. Lo último que se le había ocurrido era publicar unas pequeñas biografías en forma de folletos, que se vendían muy baratos y con los que inundó los quioscos de periódicos. La biografía de Laureano fue la primera que apareció y para ilustrarla el muchacho arrancó del álbum familiar fotos muy queridas. Cuando Margot se dio cuenta ya no estaban allí. «¡Pero, mamá! ¡La publicidad tiene sus exigencias!». En dichos folletos se contaban ínfimos pormenores de sus vidas, de sus cortas vidas, y cabe decir que Laureano cuidó muy bien de dejar constancia del amor y admiración que sentía por sus padres. «Pero la música es mi vida y cuando subo a un escenario me transformo».

En el fondo, no debía de haber más que motivos para estar contentos. ¡Todo el mundo felicitaba a Julián y Margot! Los que no lo hacían eran excepción y Beatriz, al comprobarlo, se quedaba perpleja y le decía a Gloria, en la tienda de antigüedades: «Esto es un calcetín vuelto al revés». Una de las *fans* de Laureano era precisamente Merche. ¡Merche! Así que Jaime Amades marró al suponer que las amistades de los Vega considerarían poco «finolis» el camino emprendido por Laureano. Éste era invitado aquí y allá y se consideraba un honor que aceptara estar presente, aunque sólo fuera por unos minutos. Y en poco meses conoció a un sinnúmero de personalidades, cuyas esposas solían estar gorditas. Merche decía: «Canta que es un primor y el conjunto suena que da gusto». Merche quería estar al día y su hija Cuchy

le daba la razón. En cambio, en honor a la verdad era preciso reconocer que las canciones de su repertorio iban siendo cada vez más triviales. Pero ello no ocurría porque sí, ni porque a Carlos Bozo se le hubiera acabado la inspiración; el «déspota» lo hacía a propósito. A Carlos Bozo, una vez conseguida la fama, le interesaba la mayor popularidad posible. De suerte que no tenía inconveniente en servir al público la mercancía que éste solicitase masivamente; y el público, cuanto más pegadiza o estridente fuera la música, tanto más le gustaba. «No preocuparse. De vez en cuando un número serio, para demostrar que hacéis simplemente lo que os pasa por las narices; por mis narices, quiero decir».

Todo ello originaba que las liquidaciones a través de la Sociedad de Autores subiesen como la espuma. Por cierto, que la opinión de Carlos Bozo era que debían hacer ostentación de lo que ganaban. «Nada de inversiones anónimas ni de cajas de caudales. El público es muy sensible al exhibicionismo. En todo caso, más adelante puede pensarse en montar algún negocio, como los Beatles…».

Y entretanto, un descapotable rojo cada uno… y a vivir. Carlos Bozo les aconsejaba que de vez en cuando salieran los cuatro en fila, como para una carrera. Todo el mundo los reconocía. Javier Cabanes conducía de maravilla; Salvador Batalla, con torpeza, pese a lo cual siempre se las ingeniaba para pasar frente al restaurante en que en tiempos trabajó. Otras veces subían los cuatro a un solo vehículo y sus impresionantes melenas y su indumentaria obligaban a los transeúntes a volver la cabeza.

Habían alquilado un chalet silencioso en la calle de Modolell, no muy lejos del estudio de Carlos Bozo que al principio les sirvió para ensayar. Ya éste les había advertido que se lo cedía provisionalmente. Ahora disponían de algo propio, con todo lo necesario. De hecho, poco a poco aquello iba convirtiéndose en su vivienda, pues era espacioso y disponía incluso de pequeño jardín, ideal para aparcar. El chalet estaba bien amueblado y podían llegar a Barcelona a la hora que fuese y tenerlo a su disposición.

Lo bautizaron con el nombre del conjunto, *Los Fanáticos*. Y su posesión había de repercutir en la organización de la vida cotidiana en General Mitre. En efecto, murió repentinamente Dolores, la mujer que desde hacía tantos años cuidaba de Beatriz, y ésta se encontró sola en su piso oscuro de la calle del Bruch. Beatriz, además, sufría los achaques propios de su edad. En cuestión de poco tiempo había envejecido mucho, con sordera progresiva y varices. En resumen, parecía lo más conveniente trasladarla a vivir a General Mitre. ¡Laureano vio el cielo abierto! Aquél iba a ser el primer paso… Le ofreció su habitación. «Puedo trasladar parte de mis enseres al chalet de la calle de Modolell y aquí me reserváis una cama en el cuarto de Pablito. ¡Estoy tanto tiempo fuera! Y a lo mejor pronto iniciamos giras por el extranjero…».

La sugerencia, pese a lo que significaba, terminó por ser aceptada, si bien en el momento del traslado Margot se entristeció sobremanera. Tuvo la impresión de que lo que el padre Saumells había querido evitar, que perdieran definitivamente al

muchacho, acababa de producirse. Los muebles sobrantes de Bruch fueron a parar a Can Abadal. Pablito rezongó: «¡No admitiría en mi cuarto a nadie más que a Laureano!». Éste, para el chico, continuaba siendo un dios. Junto con Amades, era su mejor propagandista y ciertamente en el Colegio de Jesús, cuya democratización era un hecho, enseñaba a sus compañeros los pupitres que Laureano ocupó.

Habían surgido, desde luego, algunas pegas. Una de ellas, la embriaguez de Laureano; o para ser más preciso, su engreimiento, que en los comienzos no lo afectó. Continuaba pidiendo que le señalaran los defectos, pero se sabía el alma del conjunto y este hecho le hizo perder pie, a semejanza de lo que le ocurrió a Rogelio al empezar a tener éxito. Influía también en ello la distancia intelectual que lo separaba de sus compañeros. La convivencia no era fácil ¡A veces soltaban unos disparates! ¡Y las dedicatorias de los autógrafos! Laureano procuraba disimular, condescender, pero de pronto asomaba su protagonismo, que los demás aceptaban con menos buen talante que al principio. «¡Eh, que somos cuatro, no lo olvides!». El más engallado, ¿quién pudo decirlo?, no era Narciso Rubio, sino Javier Cabanes, el de la cara de niña, que tocaba el órgano electrónico con auténtico arte.

Carlos Bozo no veía todavía motivo de alarma, pero estaba pendiente de todos los detalles. Más de un conjunto se había ido al traste por esas rencillas de apariencia insignificante. Nieves, su mujer, comentaba: «Eso va a ser una batalla difícil. ¡Laureano es tan superior a los demás!». Por fortuna, Jaime Amades tuvo buen cuidado de que en las biografías todos quedaran más o menos a la misma altura.

Claro que la primera víctima de ese cambio era el propio Laureano… La vanidad, de que ya les habló a sus padres al comunicarles su decisión… ¿Cómo podía a su edad, resistir tanto halago? «Deberías contestarme todas esas cartas… —le decía a Cuchy—. Y enviar en mi nombre, dedicadas, todas esas fotografías». Cuchy le respondía sacándole la lengua. «¡Allá tú con tus admiradoras! Yo lo paso bestialmente bien con Marcos, que está mucho más volcánico que tú».

La vanidad había hecho presa en Laureano y no existía antídoto eficaz. ¡Ganaba más dinero que su padre, que Julián! ¡Y era infinitamente más conocido que él! Si no se quedaba afónico —había conseguido fumar menos— le esperaban unos años, muchos años, de estar en el candelero. Todo al alcance de su mano. No había festival que no se lo llevase por delante. ¡Hasta sus excompañeros de la tuna le rindieron un homenaje! ¡Y otro que tal sus excamaradas del campamento de Castillejos! Creyóse un personaje importante, pues además los periodistas le preguntaban su opinión sobre todo, sin olvidar nada, desde lo que sentía al cambiar de boquilla hasta el misterio de la Trinidad. Tenía que opinar sobre política internacional, ¡sobre la juventud!, sobre la felicidad, sobre la sociedad de consumo y la miseria, sobre las dificultades de llevar una vida íntima, sobre los *Rolling Stones* y sobre Beethoven y Mozart… En este último caso, se acordaba de su madre y rendía culto a la música clásica. ¡Pero mentía como un bellaco! ¡De un tiempo a esta parte no la podía soportar! Estaba convencido de que entre todos creaban sonidos nuevos y que en las salas de fiestas en que

actuaban —por cierto que Ricardo Marín y Alejo azuzaban a Rogelio para que lo contratase—, estaban fraguando una auténtica revolución, más explosiva de lo que Sergio podía imaginar, o de lo que podía imaginar Giselle. Las letras, el texto, le importaban cada día menos. Su guitarra y su voz. Y un creciente dominio de las tablas. Y una educación de privilegio. Y su magnetismo personal, que hubiera permanecido ignorado de continuar con la arquitectura. ¡Si hubiera querido aceptar las propuestas de Amades para anunciar productos! Una camisa que se hubiera puesto en la «tele», y centenares de camisas idénticas vendidas al día siguiente. O una marca de licor o una loción. Y la vanidad era una carga pesada, por cuanto obligaba a mantener una *pose* constante y a soportarse a sí mismo.

Otra de las pegas que habían surgido era la ya conocida: el erotismo. Laureano exageraba. Pero con una particularidad desagradable: se estaba pervirtiendo. Lo normal lo fatigaba, lo encontraba rutinario, por lo que poco a poco iba deslizándose por una pendiente que sin duda hubiera merecido los plácemes más entusiastas de Alejo Espriu.

Por cierto, que donde más ocasión tenía de sacar partido de su palmito y de sus favorables condiciones era precisamente en Madrid, gracias a su tía Mari-Tere. Cada vez que iba a la capital, Mari-Tere lo ponía en contacto con el ambiente del cine y de los espectáculos, donde, como es lógico, se movían mujeres de gran apariencia, flanqueadas de prostitutas de tres al cuarto. Y tuvo más de un éxito sonado. Los periódicos le atribuían sin cesar noviazgos de postín, no sólo con conocidas *vedettes* sino incluso con muchachas poseedoras de título nobiliario. Su último *flirt*, que él creía que podía llegar a ser algo más, era una actriz inglesa, hija de un productor de cine más importante que Montoya, llamada Elizabeth Simpson. Laureano estaba loco por Elizabeth, que tenía mucha clase, y que tan pronto vestía pantalones vaqueros como se presentaba con un abrigo de visón blanco que barría el suelo. Era muy experta en cuestiones sexuales y tenía al muchacho absolutamente dominado. Aquello era un peligro contra el que ni siquiera Carlos Bozo podía luchar. De momento, la pletórica juventud de Laureano podía con todo y aun cuando Narciso Rubio continuaba reclamándole cordura, lo cierto era que se recuperaba en seguida de los cansancios que le sobrevenían; pero todo aquello iba en contra de las normas de autodisciplina que todo profesional tenía que respetar.

A todo esto, Carlos Bozo les consiguió un contrato para actuar dos meses en varias repúblicas sudamericanas. Cruzaron el charco y cantaron allí. Cierto que tuvieron el mismo éxito que en todas partes, pero Carlos Bozo cuidó de que los corresponsales de prensa lo multiplicaran por ciento. Y a su regreso, en el aeropuerto de Barcelona, se organizó una verdadera manifestación, con centenares de *fans* que llevaban una gorrita con el nombre de *Los Fanáticos* y que agitaban banderas. Cuando los cuatro muchachos descendieron del avión, el cordón de guardias fue desbordado y se precipitaron sobre ellos y les estrujaron. Laureano, que al aparecer en lo alto de la escalerilla se había mostrado encantado, llegó a pasar momentos de

verdadero pánico, hasta que se encontró a salvo en el interior de un coche que lo condujo al chalet de la calle de Modolell.

Ni que decir tiene que tal efervescencia contrastaba con la vida voluntariamente elegida por el que fue siempre su mejor amigo: Pedro. Curiosa trayectoria la de los dos muchachos. Durante muchos años, existencias paralelas; de pronto, la separación. El hijo de Rogelio Ventura, en una buhardilla y comiendo en modestos restaurantes de la calle de Tallers; Laureano, hijo de Julián Vega, quien un buen día subió con timidez la escalera de «Construcciones Ventura, S. A.», nadando en la opulencia. Pedro dedicado a escribir una monografía precisamente sobre la rebelión estudiantil en la universidad, sin la menor garantía ni siquiera de encontrar quien se la editase; Laureano cantando sus dos últimos éxitos: «Tú eres mi vida» y «Arriba, corazón», con los que iban acercándose a la conquista del «disco de oro».

Laureano a veces se acordaba de Pedro y notaba un cosquilleo muy particular. Desde su «globo» de vanidad estaba incapacitado para valorar debidamente la resolución adoptada por su amigo, que le parecía a todas luces exagerada; pero el afecto que sentía por él permanecía intacto, de suerte que, de pronto, poniéndose cualquier casquete y unas gafas para no ser reconocido por la calle, tomaba el camino del *Kremlin* e iba a visitarlo. A veces se encontraba allí con Susana y los diálogos no resultaban tampoco del todo fáciles. Susana estaba a punto de terminar su carrera y de momento su propósito era hacer una temporada de prácticas con algún famoso pediatra.

La tesis de Pedro era muy sencilla: quien exageraba era Laureano.

—Ya no voy a meterme en si hiciste bien o mal en abandonar la carrera; pero te mueves en un mundo que es artificial. Tus padres tenían razón al decir que el barro te llegaría a la cintura.

—Pero ¿por qué hablas así? No te entiendo.

—Prometiste que elevarías la canción ligera a un plano superior; pues bien, yo escucho todas vuestras producciones y lo que veo es que hacéis lo que todos: dar de comer a la masa… Por otra parte, leí tu biografía, la del folleto, y quedé asombrado. ¿Por qué contarle a la gente intimidades que sólo os pertenecían a vosotros? A esto, los que manejamos libros lo llamamos enajenación. No vives para ti; tus dueños son los demás.

—Son cosas de la profesión, ¿no crees? Tú no vives para los demás, cuando en principio parece lo aconsejable; te encierras en tu cápsula y ahí me las den todas. ¡Menudo disgusto el de tu familia! Con la diferencia de que yo he demostrado que estaba justificado; tú, no.

—Estás en un error. En primer lugar, nuestras familias no pueden compararse. Creo que yo nunca me hubiera ido de General Mitre; de la avenida Pearson es otro asunto. Tu madre se llama Margot y la mía Rosy, con que… Y tu padre es arquitecto y el mío tiene hasta *boîtes* de esas en las que vosotros berreáis y que huelen a marihuana. En segundo lugar, estás quemando las etapas, mientras que yo prefiero el

ritmo lento. Me temo que cualquier día te encuentres conque se te acabó la curiosidad. Y entonces ¿qué? ¿Te acuerdas de nuestra salida… al «Molino» y a la casa de los espejos? Laureano… Mi querido Laureano… ¿Sabes lo que te digo? Que hay algo importante que se te ha escapado.

—¿De qué se trata?

—No te has dado cuenta de que el maniquí eres tú, de que sois vosotros, y no la mujer de Carlos Bozo.

—Sigo sin comprenderte.

—Sí, todo está perfectamente calculado y organizado. No es que vaya a discutir que habéis armado la marimorena, y no sólo entre la juventud; pero Sergio acertó, como tantas veces. El *manager* es vuestro dueño absoluto. Carlos Bozo y Jaime Amades os manejan como si fuerais títeres. Ya sólo falta que os obliguen a cortaros de una determinada manera las uñas de los pies.

Laureano se rió.

—¡Estás hablando como mi abuelita!

—No importa. Tu abuelita acostumbra hablar muy bien. Te digo que Sergio acertó y que cuanto más subís, más esclavos sois de esa odiosa estrategia que me ha traído a mí a ese remanso de paz. ¿Quieres una prueba?

—Naturalmente. Anda…

—El recibimiento en el aeropuerto…, en gran parte fue organizado. Susana se enteró en la Facultad. Carlos Bozo en persona repartió las gorritas y alquiló unos autocares. ¡No, no, no…, no te sulfures! No quiero decir que no hubiera ido un montón de mecanógrafas a esperaros, entre otras razones porque era día de fiesta; pero de banderitas y de desmayos, nada. Todo calculado y organizado. ¿Te satisface esto?

Laureano se mordió el labio inferior. Pero disimuló.

—¡De acuerdo, de acuerdo! Todo eso forma parte del caldo. En ese terreno podría contarte yo más detalles todavía… ¿Qué voy a decirte? Ni me satisface ni me molesta, puesto que la espontaneidad brota por otros lados, sin que nuestros apoderados puedan intervenir para nada. ¿Pueden obligar a llenar a precios caros las salas donde actuamos y a las amas de casa a comprar discos? ¿A que no?

—Sí, con la publicidad. ¡Eh, cuidado, que no estoy negando que formáis un buen conjunto!; pero de todo vuestro repertorio apenas si se salvan media docena de canciones. El resto pasará.

—Ni tú ni nadie puede afirmar que tal o cual música pasará. Sólo el tiempo determina lo que es clásico y lo que no lo es. Además…

Pedro lo interrumpió con un gesto. Por el ventanuco del *Kremlin* entraba una luz tamizada, de polvillo de oro, que hacía grata la estancia allí. ¿Adónde se fueron el columpio y la rueda de carro? Sólo quedaban la cabeza del negro y la máscara de Carnaval.

—Laureano, dime una cosa… ¿Estás realmente contento de ti mismo?

Contéstame como me hubieras contestado aquella vez que fui a verte cuando tenías la gripe…

Laureano, que se había quitado el casquete y las gafas oscuras, tardó un rato en contestar.

—Estoy seguro de que no me vas a creer. Soy todo lo feliz que puede ser un hombre. Nunca disfruté tanto, ni siquiera cuando le pegaba puñetazos al padre Comellas ni cuando hacía excursiones en Can Abadal. Ahora bien, no soy tan idiota como para no pasar momentos de soledad. Pero eso nos ocurre a todos, cualquiera que haya sido nuestra opción. ¿No crees que el padre Saumells, que es un santo y que no canta «Arriba, corazón», pasa momentos de soledad?

—Desde luego. Pero los pasa… y a ti te irán trabajando por dentro. ¿No has notado, por ejemplo, que estás perdiendo la capacidad de afecto, que es lo que suele ocurrir a los que vivís tan de prisa?

—Creo que no… Lo que ocurre es que ahora quiero de otra manera…

—¿Y no le temes al posible hastío, producto de conflicto entre lo que has logrado y los sacrificios reales que has hecho para ello? Porque, si recapacitas un momento, verás que te has comido el pato en menos de cinco minutos. Entonces sobreviene lo que yo, desde mi celda, denomino «el tedio que produce lo inmerecido».

—Sé por dónde vas, pero la verdad es que no tengo tiempo para afinar tanto… Tengo que cuidar de mi melena, y de otras cosillas por el estilo, ¿comprendes? —e hizo un gesto y sonrió, dando a entender que en cuestión de análisis tan minucioso se encontraba desentrenado.

—No te las des de cínico, que todavía no te va, ni de superficial, que te conozco demasiado. El día es largo y las noches también, sobre todo si, como tengo entendido, padeces de insomnio… En serio, Laureano, ¿adónde te diriges con un descapotable rojo a través de la opulencia, contra la que tanto habías despotricado? ¿Te acuerdas de aquellos versos sobre los perros que nos recitó Giselle? ¿Y qué hay al final de la autopista? Tienes veintidós años y cada día al levantarte te toca la lotería. ¡Sabes de sobra que la naturaleza humana no resiste tanto azar, tanto mimo! Digas lo que digas, me considero más afortunado que tú…

Laureano giró la vista en torno.

—Si mal no recuerdo, una de tus máximas preferidas es que el hombre tiene que ser libre, ¿no es así? Pues acordemos que somos afortunados los dos, y en paz…

—¡Quia! Hay diferencias otra vez. Lo mío irá a más, porque garrapateando palabras en un papel y pensando voy labrando mi estatua con material perdurable; lo tuyo irá a menos, y acabará como la moneda que teníamos dentro de la pecera —¿te acuerdas?—, símbolo del capitalismo que había de naufragar…

—No me llames capitalista, porque gasto todo lo que gano.

—¡Círculo vicioso!

—Exactamente.

—Reconoces que no se sabe dónde caerá la jabalina.

—Caerá donde yo quiera, pues si no tuviera buen pulso no podría tocar la guitarra. De momento, no dramatices, que no hay motivo. Te he dicho que soy feliz y no creo que con ello haga daño a nadie.

—A tus padres, a ti mismo…

—Con mis padres, simple incompatibilidad… Me empujaban en una dirección y yo he seguido otra. Respecto a mí mismo, ¡no hay nada que me desagrade positivamente!

Esa alusión a la frase que solía emplear el padre Tovar en el Colegio de Jesús tuvo la virtud de dar un vuelco a la conversación. De nuevo se sintieron como dos chavales que, con uniforme blanquiazul, se paseaban por los claustros, las manos en la espalda.

Pedro decidió seguir la corriente para no hacerse pesado.

—¿Sabes que al padre Saumells lo han nombrado director? —preguntó.

—¡No me digas!

—En serio. Y *el Pancho*, a sus órdenes…

—*¡El Pancho!* Entonces no me quería mucho; ahora, supongo que me habrá condenado…

—No era tan malo como parecía.

—Quizá no. Pero ocurre que el mundo da muchas vueltas…

Pedro miró con fijeza a su amigo.

—Demasiadas vueltas, Laureano…

Éste solía reaccionar en el momento más impensado.

—¡Bien, tengo que irme! A disfrazarme otra vez para pasar por la calle… y a ensayar.

—Vuelve cuando quieras. A estas horas estoy siempre aquí.

Se abrazaron.

—¡Adiós, querido sabio!

—Adiós, querido «fanático»…

Ojos húmedos. Luz tamizada que llegaba de fuera. Poco después, un gran silencio.

CAPÍTULO XL

LA ÚLTIMA «BOÎTE» adquirida por la Agencia Cosmos se llamaba el «007» y estaba situada en la avenida de Sarriá, cerca de la Diagonal. Tuvieron que remozarla enteramente, y aun así les costó mucho levantarla, sacarla adelante, pues los antiguos dueños la habían desprestigiado por completo. Héctor la decoró a base de luces sicodélicas y mobiliario de colores violeta y negro. Había una vitrina con varias pistolas y muchos *posters* en las paredes. Casi siempre estaba en penumbra, excepto en algún momento en que la luz estallaba como un parto precipitado o como una rotura esquizofrénica. Disponía de un anfiteatro con unos cuantos palcos, de dos pistas, de un tablado para los músicos y de un camarín coquetón para éstos y los artistas. El bar quedaba en un rincón, rodeado de divanes. Funcionaba como todas las de la Agencia: el responsable directo, según una cláusula de los estatutos, era Rogelio; el administrador, Alejo.

Encontraron un sistema para darle un empujón definitivo: contratar por quince días a *Los Fanáticos*. Por fin se impuso el criterio de Ricardo Marín. Rogelio no tuvo más remedio que enfrentarse con Julián y Margot: «Ya lo veis. Estoy atado. El argumento que emplean es que hay que aplastar a la competencia y que el negocio es el negocio. Además, a estas alturas ¿qué más da?». Margot tuvo una sonrisa entre desanimada y despreciativa. Llevaba algún tiempo sonriendo así a veces, lo que en ella era nuevo.

Hicieron diana. Todas las noches el «007» se llenaba hasta los topes, en un ir y venir constante. Podían calcularse en unos trescientos jóvenes, chicos y chicas, los que desfilaban por allí, previo el pago de la entrada, doble de lo normal. En los palcos del anfiteatro se veían algunos matrimonios adultos, tipo Amades y Charito. Amades y Charito acudieron la primera noche para oír a Laureano. Charito rebosó de satisfacción. «¿No te dije que “adelante”? Ahí tienes al mocoso. Esas cosas me las huelo yo a la legua».

Los Fanáticos llevaban ya una serie de días actuando y el entusiasmo no menguaba. Casi se hizo obligatorio pasar por el local a la salida de los espectáculos. Era un fenómeno de mimetismo de los que encantaban al doctor Beltrán.

Sin embargo, la visita más inesperada —y en cierto modo, la de más categoría—, los muchachos patroneados por Laureano los recibieron el viernes: hicieron acto de presencia no sólo Rogelio y Rosy, y Ricardo Marín y Merche, lo que hubiera podido considerarse normal, ¡sino los mismísimos Julián y Margot!

Fue una decisión imprevista, sugerida por Merche. Los tres matrimonios habían asistido juntos a un estreno cinematográfico en el Coliseum y, al encontrarse en la calle, y puesto que la temperatura era cálida, Merche propuso:

—¿Por qué no nos vamos al «007»? Aquello debe de estar a rebosar…

Julián y Margot supusieron que bromeaba y no le hicieron caso, pero he aquí que

Ricardo Marín compartió la idea de su mujer.

—Desde luego, a mí me gustaría ver actuar a los muchachos… —Se dirigió a los padres de Laureano—. ¿Por qué no os animáis y le damos una sorpresa a vuestro hijo? Al fin y al cabo…

Margot, viendo que la propuesta iba en serio, se irritó.

—En todo caso, dádsela vosotros. Ni a Julián ni a mí se nos ha perdido nada en el «007»…

—Se os ha perdido Laureano… —insistió Merche—. ¿Os parece poco?

Fue un forcejeo lento y difícil, que tuvo lugar en plena calle, mientras los respectivos coches, inmóviles, parecían aguardar la decisión.

Lo cierto es que, inesperadamente, Julián empezó a chaquetear. El arquitecto había pensado muchas veces que tal vez les conviniera ver actuar a Laureano directamente en un escenario, sin necesidad de la televisión. En el fondo no es que esperase grandes revelaciones porque había estado en varias *boîtes* y sabía a qué atenerse; pero por dentro le picaba la curiosidad. Y aquella noche se encontraba en un estado de ánimo a propósito, sin saber por qué. Rosy remachó el clavo: «Yo, desde luego, si actuase Pedro no resistiría a la tentación».

Lo espinoso era convencer a Margot. Ésta se había cerrado en banda y mostraba su estupor ante el hecho de que Julián admitiese la posibilidad de aceptar. Finalmente el arquitecto, al que Rogelio estimulaba con miradas relampagueantes, atacó con fuerza:

—Margot, no creo que nuestra asistencia signifique complicidad. Sencillamente, veremos a nuestro hijo en su ambiente y luego le sueltas bonitamente lo que te parezca. La verdad es que hasta ahora sólo hemos hablado de oídas… y que la razón que ha dado Rosy me parece válida.

Margot tardó mucho en dar su brazo a torcer, pero tampoco quiso llevar hasta ese extremo su papel de aguafiestas. Por otra parte, ¡Laureano en su ambiente, en su propia salsa! ¿Qué cara pondría su hijo al verlos? ¿Y qué facha tendría sobre el podio, dominando a placer la sala? Acabó cediendo, bajo la condición de estar sólo un ratito y largarse.

Todos de acuerdo, los coches enfilaron lentamente la avenida de Sarriá. Había toda clase de vehículos delante de la *boîte*, y un trasiego incesante. Algunos gamberros hacían estallar petardos. Los números «007» parpadeaban en la fachada, punteando con picardía la noche.

Alejo, que andaba por la puerta de entrada blandiendo su bastón, al reconocerlos se quedó estupefacto. Pero disimuló y se limitó a decir, señalando la riada de muchachos y muchachas que iban pasando por taquilla: «Eso es el no va más».

Cruzaron el umbral en el momento en que Laureano se retorcía sobre el tablado, lanzando un gemido que estremeció de placer a Merche y que a Margot le llegó al alma. Ella permaneció quieta contemplando a su hijo, que sudaba a mares y que hacía temblar el podio. Julián estaba también muy impresionado y sus acompañantes no

decían nada, respetando la reacción de cada cual.

De pronto, Margot giró la vista en torno a la *boîte*, excepcionalmente decorada aquellas noches. Colgaduras de plástico en todas partes y tiras de confetti cruzando el techo. Luces cambiantes, destacando los colores negro y violeta imaginados por Héctor y que conferían al local una extraña seriedad. ¡En la vitrina, las pistolas…! Pero lo que mayormente convulsionó a Margot fue lo que ocurría en las pistas, situadas a un nivel algo más bajo. En ellas muchas parejas se movían como sonámbulas, siguiendo el ritmo del conjunto, y también seres solitarios que bailaban por cuenta propia, casi en trance. La influencia *hippie* en la indumentaria era evidente. A Margot la invadió una tristeza inexpresable. Más que nunca se convenció de que aquello respondía a un primitivismo superficial, mezclado con un deseo confuso de evasión. En las mesas y divanes muchas parejas en actitudes relajadas o besándose sin entusiasmo. En los laterales, de pie, mucha gente esperando turno o mirando con cara inexpresiva o fuera del tiempo. Los camareros, de melena larguísima, hacían filigranas para llevar de un lado a otro las bandejas.

Al cabo, volvió a mirar a su hijo, que no cesaba de contonearse y de cantar, ahora con la guitarra en la mano. ¡Cuántos recuerdos afluyeron a su mente! Desde la primera vez que lo llevó al parvulario hasta el día en que les dijo: «Estaría dispuesto a marcharme de casa». Desde luego, podía negársele cualquier cosa menos que se daba en cuerpo y alma.

Los amigos de Margot estaban pendientes de lo que ella decidiera —Merche, a gusto se hubiera lanzado a la pista—, y entonces Margot les dio a entender por señas que el volumen de la música empezaba a dañarle los oídos. En efecto, el ruido era infernal. Se llevó los índices a los oídos como indicando: «esto es excesivo para mí». De hecho, a Rosy le ocurría lo mismo, aunque se había abstenido de confesarlo. Entonces Rogelio fue indicándoles que lo siguieran, al tiempo que conseguía hacer oír su voz:

—Vamos al camarín a esperar a que Laureano tenga un descanso…

Aceptaron, y se abrieron paso como pudieron. El camarín estaba situado detrás del tablado de los músicos —éstos no los vieron—, y al llegar allí Margot dio un suspiro de alivio. Los demás sonrieron, incluso Julián. En el fondo su actitud significaba: «no hay que tomarse las cosas a la tremenda». Alejo, que hacía los honores, abundaba en este parecer. Les señaló los sillones y taburetes que había y lo coquetón que era el saloncito, con muchas flores, espejos, varios instrumentos, un enorme cartel de los Beatles y una puerta que comunicaba directamente con el exterior. Por último, en gesto de anfitrión abrió una nevera situada en un rincón y dijo:

—¿Qué les sirvo a los señores?

Todos se acomodaron y pidieron el refresco que les apeteció. Y al encontrarse con el vaso en la mano se produjo un silencio, que nadie se atrevía a romper.

Por fin Rogelio, moviéndose incómodo en el taburete que le tocó en suerte dijo:

—Palabra que yo no entiendo a esa juventud. Son capaces de pasarse horas así, absolutamente entregados…

Margot, que había pedido una naranjada, intervino:

—¿Estáis seguros de que se divierten? Muchos dan la impresión de bailar por inercia, o de estar fatigados antes de empezar.

—Nada de eso —rectificó Merche—. Son ritmos nuevos, que los hacen vibrar de otra manera. Eso es todo. Para Yolanda, y para Pablito, ese mundo es el más natural.

Alejo, que había permanecido de pie, dijo súbitamente:

—Avisaré a Laureano de que estáis aquí —y salió.

El comentario de Merche: «para Yolanda, y para Pablito, ese mundo es el más natural», había interesado a todos y mataron la espera dándole vueltas a su significado. Realmente, los gustos cambiaban con una celeridad increíble y era preciso reconocer que la finalidad del baile había dejado de ser «el agarrao». Tratábase de dejarse ganar por la música, de fundirse con ella con la máxima intensidad. Había como una tendencia juvenil a convertirlo todo en rito, lo que en cierto sentido podía considerarse un atraso. Claro, era preciso tener en cuenta que las «parejas» disponían de muchísimas más facilidades y ocasiones que antes para desahogarse pasionalmente. «En el “007” pueden dedicarse tranquilamente al cultivo de la castidad».

—Lo que sorprende es la falta de imaginación —machacó Margot—. De cada ciento que bailan sólo uno tiene cierto estilo. Los demás repiten siempre el mismo gesto, la misma figura y hala, venga y dale —y se tomó otro sorbo de naranjada.

—No es fácil tener estilo —apuntó Merche.

—Pues que se queden en casa —selló Margot.

En ese preciso momento ¡apareció Laureano! Y detrás de él Javier Gabanes, con más cara de niña que nunca. Los dos muchachos estaban empapados de arriba abajo y sin duda muy excitados. Narciso Rubio y Salvador Batalla se habían ido al bar, donde los aguardaban unos amigos.

En cuanto Laureano se había enterado, por Alejo, de que estaban allí sus padres, no dio crédito a lo que oía. Pero veía que era verdad.

—¡Qué alegría! —les dijo, mirándolos con expresión agradecida—. Perdonad que no os dé un beso, pero antes tendría que ducharme. ¿Qué ha pasado? —y sediento como estaba, se dirigió a la nevera, tomó una Coca Cola y abrió la botella con los dientes.

—No ha pasado nada —explicó Julián—. Salimos del cine y Merche propuso: «¿vamos al “007”?». Y aquí nos tienes…

Laureano se tomó de un sorbo la Coca Cola y tiró la botella vacía a un rincón. Daba la impresión de gran potencia y Merche se lo comía con los ojos. Aquella noche *Los Fanáticos* llevaban camisa blanca bordada, cinturón ancho, acharolado, y pantalones vaqueros muy estrechos. El muchacho sentóse en el único sillón que quedaba libre, relajándose.

Javier Cabanes había permanecido aislado, bebiéndose también su Coca Cola, y Laureano lo presentó.

—Os presento a Javier Cabanes, el mejor músico del conjunto. Javier, mis padres y unos amigos.

Javier inclinó la cabeza. En aquellos momentos, en la *boîte* sonaba una banda estereofónica y Laureano, después de escucharla un momento, hizo una mueca de desagrado.

—Bien… ¿Y qué os ha parecido esto? —reanudó el diálogo—. No es tan fiero el león como lo pintan, ¿verdad?

—Eso, según se mire… —contestó su madre.

—¡Bah! Hay mucha naturalidad en todo, mucha espontaneidad —continuó Laureano—. Todo el mundo se comporta como le da la gana y nadie se mete con nadie.

El muchacho no acababa de hacerse a la idea de que sus padres estuviesen allí y en cuanto tos miraba estaba a punto de soltar una carcajada.

—¿Os dais cuenta? Todas las noches igual. No cabe un alfiler…

—Eso es bueno para todos —rubricó Rogelio.

Era difícil ordenar la conversación, pero Merche acudió en ayuda del muchacho. También ella era la primera vez que lo veía actuar en un escenario y se confirmó en lo que ya suponía.

—Tienes mucha clase, Laureano. Haces lo que quieres…

—Vamos adquiriendo oficio —admitió el muchacho, haciendo un gesto displicente.

Merche continuó con el tema, comparándolos con otros conjuntos, mientras Margot y Julián no cesaban de observar a su hijo. De nuevo los había invadido cierto malestar. Laureano estaba efectivamente engreído, como convencido de que lo que hacía era trascendental.

—¿Puedo confesarte una cosa? —le dijo Margot—. Yo he podido resistir el volumen de la música unos cinco minutos, no más…

—¡Oh, claro! —admitió Laureano—. Al principio ocurre eso. Pero cuando uno entra en ambiente… Es cuestión de acostumbrarse.

—Si tocamos más bajo la clientela se queja —intervino Javier Cabanes.

—Se trata de llegar al paroxismo, ¿no es eso? —incidió Julián.

—Más o menos —aceptó Laureano.

Continuaron charlando sincopadamente, hasta que el muchacho se enteró de que su madre les había hecho prometer que se largarían en seguida.

—¡Oh, no, de ninguna manera! —protestó, levantándose—. Por un día que has caído en la trampa… ¿Sabes lo que vamos a hacer? Ahora está bailando una gogó de diecisiete años, filipina… Nos asomamos un momento, quiero que la veas. Tendrás que aceptar que detrás de ese ritmo puede haber más de lo que supones…

Todos parecieron dispuestos a ver a la gogó, de modo que Margot no tuvo más

remedio que inclinarse.

—De acuerdo. ¿Cuándo empieza?

—Te dije que ya está bailando. De modo que cuando quieras…

Todos se levantaron y cruzaron el camarín. Alejo, que los precedía, corrió el cortinaje y se encontraron en el mismo plano que el tablado, en cuyo podio una muchacha de movimientos felinos y cabellos negrísimos se movía con indiscutibles arte e intención.

—Es la mejor gogó de la ciudad —afirmó Laureano.

No pudieron añadir nada más. En aquel preciso instante se produjo lo que nadie pudo imaginar nunca. ¿Cómo era posible que Rosy no lo presintiera, que no hubiera visto un halo extraño en torno a la luna?

En uno de los palcos del anfiteatro dos chicos jugaban a tirarse el uno al otro las colillas encendidas. De pronto, una de dichas colillas se desvió y dio contra el plástico que recubría, decorándola, una de las columnas. Inesperadamente, brotó de ella una súbita llamarada. Al solo contacto con la colilla el plástico de la columna ardió, de suerte que varias mujeres que ocupaban la mesa vecina se pusieron en pie y lanzaron un grito de espanto. Inmediatamente dos caballeros, con mucha serenidad, al tiempo que reclamaban calma arramblaban con los tapetes de las mesas más cercanas y procuraban con ellos ahogar al fuego. Al no conseguirlo, probaron fortuna con una cortina que colgaba a su lado y que arrancaron de un tirón.

Pero fue inútil. ¿Qué materia era aquella que recubría la columna, que ardía como si se tratase de algodón empapado en gasolina? El revuelo en el palco fue fenomenal, pues la llama trepaba rápidamente hacia el techo, también de plástico e igualmente inflamable. En la penumbra del «007» los lengüetazos de fuego resultaban aparatosos y las vallas laterales habían empezado asimismo a arder, incluso las más próximas a la puerta de salida.

—¡Fuego! ¡Fuego!

En pocos segundos el terror recorrió la *boîte*, cuyo espectáculo contrastaba con el del baile sonambulesco que ofreciera hacía poco. Las llamas recorrían el techo y el plástico, al derretirse, goteaba un líquido pegajoso y espeso que empapaba a las personas y encharcaba el suelo. Los ocupantes del anfiteatro se lanzaron por la escalerilla, mientras los confettis ardían y algunos papeles volaban encendidos, como monigotes de mal agüero. El humo empezaba a hacer de las suyas y se apoderó del «007» lo peor, lo inevitable: la confusión. Un camarero apareció encima del bar con un extintor, pero tenía delante a todos los ocupantes de los divanes en torno, que se habían levantado y que, sin cesar de gritar, empezaban a empujarse para abrirse paso hacia la salida. «¡Fuego! ¡Fuego!». En efecto, todo el plástico era terriblemente inflamable, ardían algunas mesas y se desplomó una valla de no se sabía dónde. En el momento en que empezaron a apagarse algunas luces el pánico fue de tal calibre que Rogelio y sus acompañantes comprendieron que la puerta sería insuficiente para engullir aquella masa, que se atropellaba y se caía, los más fuertes abriéndose paso

con brutalidad.

—¡Las puertas de emergencia! —gritaban Julián y Ricardo Marín.

Inútil. No sólo nadie los oía, sino que se veían al fondo grupos que aporreaban dichas puertas —había dos, cercanas al bar—, sin conseguir abrirlas. Inverosímilmente, no cedían. «¡Están claveteadas!», se oyeron algunas voces. «¿Cómo…?». Rogelio palideció, porque al instante se acordó de que el responsable era él. Alejo, la primera noche, le había dicho que muchos desaprensivos aprovechaban dichas puertas para colarse o para marcharse del bar sin pagar, y Rogelio, sin pensarlo un momento, le dijo: «ciérralas con candado». El sistema se evidenció vulnerable y entonces Rogelio dio la orden fatal: «Clavetéalas y se acabó». Alejo había cumplido la orden y ahora todos los que se encontraban en aquel sector de la *boîte* intentaban en vano acercarse a la puerta que daba a la calle.

El histerismo era absoluto. Gritos, ayes y el color rojo, no imaginado por Héctor, el dueño absoluto del «007». Alejo había acudido al camarín para llamar a los bomberos y a los servicios médicos de urgencia —por fortuna, la línea funcionó—, mientras Ricardo Marín y sus acompañantes, puesto que el lugar que ocupaban quedaba por el momento a salvo y en el camarín había una puerta por la que se podía escapar, procuraban dar a entender a los grupos vecinos que existía esa posibilidad.

Gracias a este descubrimiento se produjo la gran bifurcación, que permitió que buen número de afortunados pudieran ganar la calle.

Laureano intentó por todos los medios localizar el paradero de Narciso Rubio y Salvador Batalla, pero el humo obturaba toda visión. Tampoco estaba seguro de si Carlos Bozo se encontraba o no en el local. Alejo fue llevado a empellones hasta el exterior, lo mismo que Rogelio y que todos sus amigos —Margot tosía aparatosamente— y que la gogó filipina. Rogelio se preguntó por un momento si no le valdría más permanecer dentro. Javier Cabanes consiguió no apartarse hasta después de haber visto cómo una llama se apoderaba del órgano electrónico, lamiendo vorazmente sus teclas. Laureano no se acordó siquiera de su guitarra eléctrica, que caracoleó al encenderse, que fue encogiéndose y retorciéndose como bailando para sí misma su adiós.

Pronto el incendio fue tan colosal —gigantesca ampliación de la colilla— que por desgracia los bomberos no iban a llegar a tiempo, excepto para evitar que se propagase a los locales vecinos. El «007» estaba condenado a la catástrofe. Iban saliendo a la calle personas con síntomas de asfixia, con quemaduras y con magulladuras graves o leves. Y en tanto muchos de los que estaban a salvo se alejaban de la *boîte* y formaban a distancia un semicírculo, contemplando el espectáculo, más cruel que un cuadro vesubiano de Marcos, otros ofrecían sus coches particulares para llevar al hospital a los heridos.

Oyéronse las sirenas de los bomberos acribillando la noche. Todo el barrio se alertó. También llegaron las ambulancias. Unos y otras actuaron con rapidez. Sin embargo, la gente sólo pensaba en los que se habían quedado dentro. Imposible hacer

un cálculo. Por descontado, los más expuestos habrían sido los que se encontraban por el lado del bar, adonde se habían ido precisamente el «batería» y el «guitarrista-flautista» de *Los Fanáticos*.

Algunos bomberos habían intentado entrar para salvar alguna vida, pero las llamas los rechazaron. No había más remedio que extinguir totalmente el fuego y ver luego la magnitud de lo ocurrido. Tardaron una buena media hora en conseguirlo. En cuanto se apagó la última llama, el humo continuaba surgiendo espeso de los rescoldos. Los bomberos entraron: bastantes cadáveres. Fuera, la gente se mordía los puños, ya que quien no tenía al lado al ser querido no sabía si éste se había salvado o no. Los vehículos que continuaban aparcados eran espectadores de excepción.

Oyéronse las sirenas de la policía. Rogelio sintió una opresión en la zona cardiaca, aunque de momento no parecía demasiado fuerte. Alejo estaba allí: con el tumulto, había perdido su bastón.

Mientras los bomberos trabajaban dentro como podían —el techo parecía resistir —, los policías interrogaban a los testigos presenciales. Éstos, unánimemente, hacían referencia especial a la rapidez con que prendieron las llamas y a las puertas de emergencia, claveteadas. Los policías preguntaron por el encargado o responsable de la *boîte*. Fue el momento decisivo. Alejo, pero también Rogelio y Ricardo Marín, no tuvieron más remedio que presentarse. Los policías los protegieron contra cualquier reacción súbita de la muchedumbre, mientras Rosy, Merche y Margot, situadas junto a sus coches, estaban muertas de pánico.

—¿Por qué estaban claveteadas las puertas?

Alejo titubeó. Comprendió que se lo jugaba todo. Pero no tuvo más remedio que declarar la verdad: dichas puertas eran aprovechadas para entrar sin pasar por taquilla y para salir del bar sin abonar la consumición, y se había decidido ponerles candado, pero el sistema se reveló ineficaz. Entonces, y mientras durara la actuación de *Los Fanáticos*, se decidió clavetearlas.

—Pues sí que fue una idea…

Alejo no quería delatar a Rogelio, pero los policías llamaron al comisario y éste llegó y apretó el cerco. Pronto quedó claro que el «007» pertenecía a la Agencia Cosmos, que era una Sociedad Anónima, pero que el responsable de la *boîte*, a todos los efectos, así como del resto de las que poseía la Sociedad, era Rogelio. Quedó claro que una decoración a base de un plástico de tal modo inflamable no era la más idónea para un local de ese tipo. Y sobre todo, estaba lo de las puertas de emergencia.

El comisario se dirigió a Alejo.

—¿Quién le dio a usted la orden de clavetearlas?

Alejo titubeó de nuevo, pero por fin pronunció el nombre otra vez:

—Don Rogelio Ventura.

Rosy se llevó las manos a la cara. Estaba visto que los máximos cargos recaían sobre el constructor, cuyo aspecto inspiraba lástima. La situación no podía ser más

tensa, pues Ricardo Marín y las mujeres, al enterarse de que Rogelio, para salvar unas miserables perras, fue capaz de dar una orden semejante, sin poderlo evitar sintieron una mezcla de desprecio y de asco. «Pero ¿es posible?». «Pero…». Rogelio no decía nada. Jamás se le ocurrió pensar a lo que se exponía.

El comisario se dirigió a Rogelio, a Ricardo Marín y a Alejo.

—No tengo más remedio que rogarles que se vengan conmigo a Jefatura. Hay que aclarar algunos puntos. —Dirigióse a los acompañantes—. Si ustedes quieren ir también, tendrán que permanecer fuera del despacho mientras se levanta el atestado.

Rosy y Merche, naturalmente, se mostraron dispuestas a ir. Y también Julián y Margot, pues Laureano les dijo que no los necesitaba. Laureano, junto con Javier Cabanes, permanecería allí, aguardando la confirmación de lo que casi podía darse como seguro: que Narciso Rubio y Salvador Batalla figuraban entre las víctimas.

Los policías se llevaron a los tres presuntos detenidos y sus acompañantes los siguieron en sus respectivos coches, mientras las ambulancias continuaban haciendo sonar sus estridentes sirenas.

En Jefatura el interrogatorio fue muy laborioso —las mujeres y Julián aguardaban en el vestíbulo—, y el comisario estaba en contacto continuo con las patrullas apostadas junto a la *boîte*. De momento, podía asegurarse que el número de víctimas rebasaría la docena. Una vez levantado el atestado, el comisario se dirigió a los interrogados y les comunicó:

—Ahora serán conducidos ustedes ante el juez de guardia, y el juez dictaminará lo que estime más procedente.

Nuevo traslado, otra vez los coches de los acompañantes siguiendo al de los detenidos.

El juez se hizo rápidamente cargo de la situación, que con toda evidencia era grave. Y previas algunas consultas tomó su decisión. Ricardo Marín podía irse a su casa cuando quisiera; Rogelio y Alejo quedaban procesados por supuesto delito de «imprudencia punible» e ingresarían inmediatamente en la cárcel.

Rogelio estaba abrumado. Sin embargo, tuvo fuerzas para preguntar:

—¿La Modelo?

—Sí.

Esta palabra lo vapuleó más aún. Esta vez no tendría allí a ningún Juan Ferrer dispuesto a protegerlo.

Alejo pensó que la cárcel Modelo no se parecería en nada al Ritz, y su máxima preocupación era calcular el margen de responsabilidad que podía cor responder le. «Al fin y al cabo, yo sólo obedecí la orden».

Ricardo Marín salió del despacho del juez y fue el encargado de transmitir la noticia. Rosy volvió a llevarse las manos a la cara. «No podréis verlos. Los han retenido dentro y los trasladarán cuando quieran». En el fondo, tal vez fue mejor

cancelar aquello sin que mediara la despedida. El cruce de miradas hubiera sido duro. Merche estaba horrorizada, igual que los demás.

—Desde luego —comentó Ricardo Martín—, les enviaré inmediatamente el mejor abogado para defenderlos.

Al amanecer se supo la verdad. Los bomberos habían ido aislando los cuerpos, que pudieron ser identificados casi en su totalidad, gracias a que, además de los amigos, se movilizaron las familias, fue revisada la documentación de coches que nadie reclamaba y se estaba en contacto con los hospitales.

Las víctimas eran, exactamente, dieciséis, la mayoría de ellas por asfixia. Sólo cuatro cuerpos aparecían completamente carbonizados y no se sabía a qué nombre correspondían. Murieron, efectivamente, Narciso Rubio y Salvador Batalla, de suerte que *Los Fanáticos* quedaban reducidos a la mitad. También había muerto Andrés Puig, quien había acudido por su cuenta, solo. ¡Andrés Puig! ¿Quién pudo imaginarlo? Siempre habían pronosticado que moriría estrellado contra un árbol con su coche; y había muerto estrellado contra una puerta de emergencia que no se podía abrir. Asimismo pereció la hija mayor de un directivo del Club de Fútbol Barcelona, a la que el fuego sorprendió en los lavabos. El resto eran muchachos y muchachas que contaban entre los dieciséis y los veinticinco años. Cuchy había estado a punto de ir, pero a última hora le entró sueño y desistió.

Laureano estaba aterrado, lo mismo que Javier Cabanes. Laureano lo estaba doblemente porque en el acto se dio cuenta de que su sentimiento por la pérdida de sus compañeros era más bien escaso; lo que le dolía era lo que aquello significaba para el conjunto musical. Esto le dio idea de que su corazón se le había enfriado, como iban enfriándose los rescoldos de la *boîte*. Algo parecido podía decirse de Carlos Bozo —aquella noche se había quedado en casa y fue alertado al instante— y de Jaime Amades. Javier, en cambio, lloraba a moco tendido. Quería mucho a Narciso Rubio y a Salvador. «¡Es espantoso! —se repetía una y otra vez—. ¡Es espantoso!». El relente de la madrugada y la fatiga infinita les aconsejaban alejarse del lugar e irse al chalet de la calle de Modolell; pero estaban al llegar los padres de Narciso y Salvador, a los que habían llamado por teléfono, y tenían que esperarlos. Y entretanto, Laureano pensaba: «Si Alejo no me hubiera avisado que mis padres me esperaban en el camarín…». Su intención era también ir al bar.

La noticia había corrido por la ciudad y empezaba a llegar la gente más inesperada. Entre ella, Aurelio Subirachs y Marcos. Éste había dado un suspiro de alivio al saber que Cuchy no había acudido a la *boîte*. En cuanto a Aurelio Subirachs, después de oír los consabidos datos referentes a la facilidad con que el plástico ardió, lamentó —y no era la primera vez— que Agencia Cosmos confiara tanto en Héctor, el decorador. ¿A quién podía ocurrírsele colocar en una *boîte* nocturna semejante material? Mientras se acariciaba los bigotes de foca, vieron aparecer a Marilín, la

secretaria de la Constructora, pálida como un espectro. No hubo más remedio que contarle la verdad sobre su jefe y la chica se deshizo en un llanto sin consuelo.

Mientras tanto, las escenas entre los parientes de las víctimas eran desgarradoras. Ya lo habían sido en el momento en que se les permitió entrar en el local para la identificación. Los dieciséis cuerpos —cuatro de ellos, reducidos a ceniza— yacían alineados, cubiertos cada uno con la correspondiente sábana. Eran dieciséis manchas blancas ocultando a la muerte. En ocasiones, nada más entrar los parientes atisbaban ya un pedazo de ropa en el suelo, un zapato, un brazalete o cualquier insignificante objeto personal. Luego se habían retirado, pero en su gran mayoría montaban la guardia allí, esperando no sabían qué.

Acababan de llegar los ataúdes. Dieciséis ataúdes. La intención era colocar los cuerpos dentro y trasladarlos luego a la parroquia del barrio, donde se instalaría la capilla ardiente. Los parientes de los muertos, al ver los ataúdes, sufrieron nuevas crisis de dolor y querían acercarse a ellos, pero los policías se lo impidieron. Podrían hacerlo más tarde, en la parroquia. Lo malo iba a ser lo que ocurriría con los cuatro carbonizados. Nadie estaría seguro de que aquél era realmente el cadáver del ser querido. El directivo del Club de Fútbol Barcelona se encontraba en esta situación y permanecía reclinado en una pared de la calle, como alelado.

La entrada de Rogelio Ventura y de Alejo en la cárcel tuvo lugar a primera hora de la mañana y fue espectacular. Rogelio llevaba la corbata torcida, Alejo se esforzaba por mantener su aire de *gentleman*.

En la cárcel había heterogeneidad de presos. De momento, los destinaron a una celda aparte. La tensión entre ambos era muy grande, ya que Rogelio entendía que Alejo no tenía ninguna necesidad de haberlo delatado.

—¿Pues qué querías? ¿Que cargara yo con toda la culpa y me cortaran el pescuezo?

Los detenidos de las celdas vecinas los vieron y dos de ellos reconocieron en el acto a Rogelio: eran el capataz y el aparejador de aquel edificio que tiempo atrás se construía en la Meridiana y que se derrumbó. Su alegría fue muy grande, pues, aun sabiéndose responsables, siempre creyeron que el constructor atacó duro contra ellos y que si personalmente se salvó fue sin duda con argucias, como todos los constructores. Al enterarse de los motivos de la detención exclamaron: «¡Menuda!».

También había presos políticos, entre ellos jóvenes estudiantes.

—¿Ha venido sin esmoquin? ¡La sociedad de consumo! ¡Qué raro!

—¡A callarse! —gritaban los vigilantes.

Uno de los muchachos hizo bocina con la boca:

—¡Aquí hay puertas de emergencia siempre abiertas! ¡De modo que podréis salir cuando queráis!

El abatimiento de los dos ingresados era absoluto. No acertaban a hablarse.

¡Cuando salieran los periódicos de la tarde! Seguro que sus fotografías aparecerían en primera página y que darían toda clase de detalles. Seguro también que Ricardo Marín y el conde de Vilalta se las arreglarían para que sus nombres no figuraran impresos ni una sola vez. «¡Canallas!», barbotó Rogelio, que se hacía un lío con sus pensamientos y que a lo mejor, pese a todo, encontrarían el modo de salvarse.

¿De salvar qué? ¿El pellejo? ¿La Constructora? ¿La Agencia Cosmos? ¿Y quién salvaba a los dieciséis muertos?

Rogelio se acordó de pronto de que Alejo era abogado y le preguntó:

—¿Cuál es tu opinión?

Alejo le dijo que, muy probablemente, y dado que la instrucción del sumario iba a durar mucho tiempo, en cuestión de unos pocos días podrían conseguir la libertad bajo fianza.

Al salir del Juzgado, Ricardo Marín y Merche regresaron a su casa y Julián y Margot fueron los encargados de acompañar a Rosy a la avenida Pearson. Hubieran querido que se fuera con ellos a General Mitre, pero Rosy se negó. Y durante el trayecto sólo dijo:

—¡Ya lo veis! Estuvimos en el Coliseum, en plan de estreno, y luego la hecatombe…

Al llegar a la avenida Pearson, Rosy hizo dos cosas. Llamar a su hija, Carol, y a Sebastián, para enterarlos de lo ocurrido; y luego irse al lavabo y maquillarse. Sin embargo, estaba deshecha y el maquillaje no significó la menor solución.

Julián y Margot no se atrevían a comentar por menudo lo sucedido. Simplemente estaban allí para hacerle compañía y por si necesitaba algo.

—Sí, necesitaría un marido que de repente no se convirtiera en Nerón.

Los Vega no sabían qué decir. Margot, finalmente, habló, ya que Rosy tendría que afrontar a toda costa la situación.

—Esto va a ser un poco fuerte para él… y para ti. Sólo queríamos decirte que estaremos a tu lado siempre, pase lo que pase.

Rosy se emocionó lo que le permitían las circunstancias.

—Ya lo sabía. De vosotros ya lo sabía. Pero el bochorno va a ser tan espantoso que mucha gente me retirará el saludo incluso a mí. ¿Cómo me presento ante las amistades? Rogelio se lo tenía merecido, pero ¿yo? —Apretó los puños y, por un momento, los dientes. Luego agregó—: ¿Cómo se me ocurrió casarme con él?

Margot no podía fingir. Era su gran defecto o su gran virtud.

—Lo grave no fue casarte con él, sino el camino que ambos emprendisteis luego. No podía conducir a nada bueno. No sabía por dónde explotaría la cosa, pero estaba segura de que explotaría.

Rosy se había tomado ya varias copas para reanimarse y se tomó otra.

—Sí, conozco tu teoría. ¡Ay, Margot! Es fácil hablar, sobre todo cuando las cosas

ya no tienen remedio. A veces me dejé llevar… por el cansancio. Por el escepticismo. En estos momentos lo que siento es asco, nada más. Con Rogelio no había absolutamente nada que hacer, como no fuera separarse de él y buscar consuelo en otra parte.

Intervino Julián.

—Y a todo eso…, Ricardo Marín y el conde exentos de toda culpa…

—Bueno, eso es natural. El responsable de las *boîtes* era exclusivamente Rogelio. ¡Siempre con sus ganas de presumir! Pasándose de listo…

—Eso no cuenta para el caso. Nadie podía sospechar un accidente así.

Rosy parecía no escuchar y hablar para sí misma.

—Y siempre rodeándose de consejeros, por ejemplo, Alejo, capaces de adularlo y de hacerle elegir sistemáticamente lo peor. Si, la cosa está clara, porque tiene muchos enemigos. Ahora saldrán a relucir cosas horribles, y todas recaerán sobre Rogelio. Me di cuenta viendo la reacción de Merche. Merche es una amiga excelente… a condición de que nada sucio la salpique. Y esta vez hay muertos de por medio, y la reacción popular será incontenible.

No había nada que objetar. Rosy miró a Margot de frente y le dijo:

—Y ahora tengo que ir a ver a Pedro. Sin falta. ¡La escena será de aúpa! De golpe y porrazo le hemos dado la razón. —Hizo un ademán de impotencia… ¡y, con la copa en la mano, eructó!—. La vida es un engaño absurdo, una inmensa broma y en cualquier esquina, te portes como te portes, te espera el golpe fatal.

—¿Por qué dices eso?

—Porque vosotros no caísteis en ninguna de nuestras trampas, y ahí tenéis a Laureano…

Margot prefirió no dar esto por oído y acercándose a su amiga la rodeó con un brazo y le dio un beso en la frente.

—¿Quieres que te acompañemos al *Kremlin*?

Rosy iba a contestar que no, pero en ese momento se oyó el llavín de la puerta de entrada y ésta se abrió. Acababan de llegar Carol y su marido, Sebastián Oriol.

Carol, pese a estar encinta y encontrarse muy mal, echó a correr en dirección a su madre y se colgó en sus brazos.

—¡Mamá, mamá! ¡Qué horror!

Sebastián Oriol no sabía qué hacer. Era de natural extraordinariamente optimista y le costaba mucho tomarse los hechos por su lado feo. Siempre le parecía que cabría una solución. Pero en aquel caso…

Carol se dirigió a Julián y Margot.

—Os agradezco mucho que estéis aquí, haciéndole compañía a mamá.

Rosy les explicó detalladamente lo ocurrido, terminando con la sentencia del juez.

—A estas horas tu padre habrá ingresado ya en la cárcel, hija… Con su trajecito nuevo… y con Alejo.

—¿Puede preverse lo que ocurrirá?

Sebastián Oriol opinó:

—Tal vez se encuentren atenuantes… No hubo intención expresa de dañar.

Julián movió la cabeza.

—El juez decretó procesamiento por imprudencia punible y también oí hablar de homicidio doloso, que me sonó peor. Además, tú no viste a los parientes de las víctimas montando la guardia delante de la *boîte*… Pedirán lo que sea… y es muy natural.

Carol y Sebastián se enteraron de que Rosy se disponía a ir al *Kremlin* y se ofrecieron también para acompañarla. Pero Rosy se negó.

—Es una situación que he de afrontar yo sola. Yo sola quiero hablar con Pedro. Quiero ver si mi hijo es de carne y hueso… o un monigote de nieve sin reflejos.

Esta vez quien movió la cabeza fue Margot.

—Mejor que no te ilusiones, Rosy… Tú misma dijiste antes que de golpe y porrazo le habéis dado la razón.

Rosy, repentinamente decidida, se mostró dispuesta a cancelar la situación.

—¿Quién me lleva en coche? Eso sí lo necesito.

Acordaron que la llevarían Sebastián y Carol. Y Julián y Margot se despidieron —«hasta muy pronto…»— y se fueron a General Mitre.

La luz en la calle era ya intensa, pues el sol iba ascendiendo. Se veían las siluetas clásicas de las primeras horas del día: obreros al trabajo, entrando en el Metro; basureros; camionetas que se preparaban para el reparto; zonas solitarias; talleres que levantaban sus puertas metálicas…

—Y la vida continúa, ¿verdad? —comentó Margot.

Julián asintió.

—Hasta tal punto, que dentro de nada verás que el «007» vuelve a funcionar…

La escena en el *Kremlin* fue compleja. Pedro acababa de lavarse en una jofaina y, torso desnudo, se estaba secando con una toalla no muy limpia. Rosy se lo contó todo, sin paliar nada, y la primera reacción del muchacho fue brutal. «¡De modo que mi padre dio la orden…!». Estuvo a punto de romper algo de la buhardilla, cualquier cosa. Mientras iba vistiéndose, de prisa, sin prestar atención, contempló a su madre. La vio tan ojerosa y exhausta, esforzándose tanto por mantenerse dignamente erguida, que sintió lástima. «¿Te preparo un poco de café?». «No, gracias. He tomado mucho coñac en casa». Menos mal que Laureano se había salvado, y que se habían salvado Marcos y Cuchy; pero Pedro se quedó anonadado al enterarse de lo de Narciso Rubio y Andrés Puig. ¡Narciso Rubio, que tantas horas se había pasado ensayando allí mismo, en el *Kremlin* —escupiendo a menudo—, y tan feliz el hombre con su triunfo! ¡Andrés Puig, con su eterno desasosiego, roto por dentro desde la niñez, que sin duda habría acudido a la *boîte* impelido por su obsesión por las mujeres! A Salvador Batalla apenas si lo conocía, aunque había leído el folleto

biográfico que publicó sobre él Jaime Amades.

Pedro se dispuso a prepararse café para él. Necesitaba algo caliente. Pero en ese momento vio que Rosy se sentaba en un taburete, sollozando. Entonces lo dejó todo y se le acercó y la abrazó como llevaba mucho tiempo sin hacerlo. Y repitió más o menos las palabras de Margot. «Mamá, algo así tenía que ocurrir un día u otro. No se ahora con reproches. No puedo más». Rosy había hecho acopio de ahora con reproches. «No puedo más». Rosy había hecho acopio de entereza para enfrentarse con su hijo y ahora que lo tenía delante desfallecía.

Éste fue el toque de atención para Pedro. Continuó consolando a su madre como pudo, y en cuanto vio que empezaba a recuperarse volvió a la carga, porque tampoco sabía fingir. No es que se comportara como un monigote de nieve sin reflejos, pero se mostró duro y tajante.

—No voy a aprovecharme de la ocasión, mamá —le dijo, en tono mesurado—, para repasar la trayectoria que os ha llevado a esta situación y para justificar las decisiones que yo tomé con respecto a vosotros; pero repito que lo que ha sucedido, o algo similar, era inevitable. Mi padre llevaba mucho tiempo corrompido por el maldito dinero, con una inconsciencia que nunca conseguí explicarme. Cuando la angina de pecho tuve la esperanza de que cambiaría, pero me equivoqué. A veces ni siquiera las advertencias del corazón sirven para nada. ¡Ahora, en la cárcel, con su inseparable Alejo! Y decía que era yo, con mis escritos, quien desprestigiaba el apellido familiar… No entiendo nada de leyes, pero sospecho, mamá, que has de prepararte para lo peor. No creo que esta vez el coronel Rivero pueda serle de ninguna utilidad. Y ahora se dará cuenta de que muchos de sus amigos lo eran por interés, porque era un vencedor; detrás de las rejas, le volverán la espalda. Es el precio que se paga por la autosuficiencia y por el «abrirse paso a codazos» y el «cueste lo que cueste»…

Rosy, que continuaba sentada en el taburete, se irguió en él como pudo.

—Dijiste que no aprovecharías la ocasión, y lo estás haciendo a modo. No he venido a verte para que me machaques todavía más. Se trata de pensar lo que se puede hacer en estas circunstancias. Puedo contar, desde luego, con Julián y Margot. También con Ricardo Marín y con Aurelio Subirachs. Pero tú eres el hijo de ese hombre que está entre rejas, y a ti te corresponde actuar.

—¿Actuar…? ¿Qué es lo que puedo hacer, mamá? Dieciséis muertos…

—Hacerme compañía. Mejor dicho, estar a mi lado. Eso es lo único que te pido.

Pedro se paseaba por la buhardilla mesándose la negra barba que se había dejado crecer.

—¿Me estás pidiendo que regrese a casa?

—Te estoy pidiendo muchas cosas. La primera, que el día de la visita general a la cárcel, que es cuando dan permiso para hablar con los detenidos, vayas a ver a tu padre… ¡Bien, bien, me alegro de que estés dispuesto a ello! Esperaba eso de ti. Luego, que te abstengas de comentar nada con las amistades… con la dureza con que

sueles hacerlo. Ya se cuidarán los buitres de lanzarse sobre la presa, como tú mismo has indicado. Y por último, sí, sería para mí el mejor consuelo que te instalaras de nuevo en la avenida Pearson, ya que Carol se casó y estoy completamente sola, con las doncellas y con *Dog*. ¡Claro, ya sé que es pedir mucho! Pero, si no puedes llegar a tanto, por lo menos establece un puente. Vente a comer algunos días, y algunas noches quédate a dormir. Que no tenga yo la sensación de que me has desamparado…

Pedro se plantó ante su madre, cuyo tono de voz había vuelto a ser normal.

—De acuerdo en todo, mamá, excepto en lo de volver a la avenida Pearson… Abandonar este refugio —y giró la vista en torno—, ahora menos que nunca. Ésta es mi balsa de salvación. En cambio puedo, ¡no faltaría más!, ir a verte a menudo. En estos últimos tiempos no lo hacía… porque tenías con quién hablar. Iré. Pero no creas que el amor que siento por ti, que he sentido siempre, me impide ver las cosas claras. Perdona que te hable con tanta franqueza, pero la ocasión se lo vale, si no estoy equivocado. Tú eres en buena parte responsable de lo que ha ocurrido. Si desde el primer día hubieras aconsejado a mi padre de otra manera… Pero eras la primera en dejarte deslumbrar, ¡hemos hablado tantísimas veces de ello!, por esa carrera sin fin de las comodidades y la riqueza…

Rosy se encalabrinó.

—¡Ya salió el sonsonete! ¡Y no eres el único que me reprocha esto! ¡Si con tu padre no hubo nunca nada que hacer! ¿Quieres que te diga cuál hubiera sido su reacción si yo hubiera empezado con sermoncitos? Dejarme plantada, pasarme una pensión e irse a vivir con otra. Así. Por lo menos, de ese modo hemos mantenido las apariencias. ¡Con lo cual no quiero decir que a mí no me hayan gustado las comodidades y las riquezas! Ya conoces mis teorías al respecto.

—¿Entonces, de qué te quejas ahora?

—De mi mala suerte, Pedro… Muchas mujeres obran como yo, sus maridos son como tu padre, o peores, y no se produce ningún incendio ni en su casa ni en ninguna parte.

—¿Debo entender que ni siquiera ahora te arrepientes de nada?

—Si empezamos a hablar de arrepentimientos… ¿Has sido tú un santo, Pedro? ¿No tienes de qué acusarte, pese a ser un chiquillo aún? Estás muy satisfecho de tu decisión… —esta vez fue Rosy quien giró la vista en torno al *Kremlin*—, pero quizá en el fondo has elegido lo más cómodo. Tal vez tu deber hubiera sido continuar a nuestro lado… y soportarnos. Personalmente, he de decirte que con tu ruptura me hiciste mucho daño. Y supongo que a tu padre lo mismo.

—¿No irás ahora a declararme responsable a mí?

—Responsable, no. Pero, desde luego, con nosotros has pecado de soberbia. A veces puede más una palabra dulce que cien desplantes.

—Tú misma dijiste que con mi padre era perder el tiempo.

—Tratándose de mí, desde luego; contigo hubiera sido muy distinto.

Llegados aquí, ambos se dieron cuenta de que se habían desviado, de que por ese

camino no llegarían a ninguna parte. Se habían olvidado de la cárcel, del proceso que se les venía encima, del escándalo popular, de la soledad de Rosy…

Ésta se calló, y dio la impresión de estar a punto de sollozar de nuevo. Entonces Pedro no supo lo que le ocurrió. ¡Sus sentimientos eran tan contrapuestos! Pensó en el «007», en las puertas de emergencia —«clavetéalas y se acabó»— y en lo amargo que había sido su despertar aquel día.

—Tal vez cupiera una solución —dijo, procurando dulcificar su voz—. Podríais vender la casa de la avenida Pearson y tú irte a vivir con Carol, ahora que mi hermana va a darte un nieto dentro de poco…

Rosy negó con la cabeza.

—¿Yo con Carol? Ni hablar, chico. No hay diálogo con mi hija. Una lástima, pero es así.

Pedro dio la impresión de que esperaba esa respuesta.

—Pues si eso no te convence, ni te convence «Torre Ventura», ni irte a Arenys con los abuelos, ¿por qué no desafías en serio a los buitres de que antes hablaste? Creo que habría un medio, y conste que no estoy bromeando.

—¿Cuál?

—Venirte a vivir aquí conmigo… Aquí hay sosiego… y paz.

Rosy miró a su hijo con expresión indefinible. Por un momento le pareció que lo odiaba, aunque estaba harta de odio y lo que necesitaba era lo contrario.

—Estás completamente equivocado, Pedro —dijo, por fin—. ¡Estaría bueno! —Señaló la máscara de Carnaval—. Venir yo aquí… ¿Crees de veras que en este cuchitril hallaría yo el sosiego y la paz?

Pedro se encogió de hombros. Hacía lo posible para no parecer un cínico.

—¿Por qué no? A condición, claro, de adecentarlo un poco…, y de que cambiases completamente de mentalidad.

—Ya… Convertirme en un asceta, ¿no es eso? La teoría del autodominio y esas cosas. —Guardó silencio—. ¿Crees que en un momento pueden tirarse por la borda años y años de determinada manera de vivir?

—A mi padre le habrá ocurrido eso, supongo… Y tendrá que aguantarse.

—A la fuerza, pero no por propia voluntad, que es lo que tú me pides… —Miró con fijeza a su hijo y añadió—: ¡Es curioso! Vine a pedirte que regresaras tú a la avenida Pearson; y tú le das la vuelta al argumento y me propones lo contrario… En el fondo, eso es lo que sueles hacer siempre, si la memoria no me falla.

Pedro volvió a encogerse de hombros. Había hablado completamente en serio y con la máxima naturalidad.

—Entonces… ¿cuál va a ser tu decisión?

Rosy mudó de expresión, sacando fuerzas de flaqueza.

—Continuar viviendo yo sola en la avenida Pearson… y haciendo como si no hubiera pasado nada. ¡Aguantar el tipo! Tu madre aguantará el tipo, Pedro… Sin taburetes… y sin sollozar.

Dicho esto, se levantó. De su actitud emanaba cierta dignidad, que 110 pasó inadvertida para Pedro, Sin embargo, éste comprendió que sus mundos eran absolutamente distintos y que jamás, ni siquiera en momentos como aquéllos, se establecería comunicación.

—Mamá, te agradezco que hayas venido, porque sé lo que esto significa para ti… Y lamento que no hayamos llegado a un acuerdo en lo principal.

Rosy asintió repetidamente con la cabeza.

—Yo también lo lamento de veras… En el trayecto, mientras iba acercándome, me había creado ciertas ilusiones. Había olvidado por completo que estás por encima del bien y del mal…

—No hables así, te lo ruego… Sabes que no se trata de eso.

—No, no se trata de eso… Pero le falta poco. —Rosy abrió el bolso para empolvarse—. De todos modos, no te preocupes. Ya me las arreglaré.

Se produjo un silencio embarazoso y Pedro se asía desesperadamente a alguna posible solución que no se le hubiese ocurrido.

Por fin se declaró vencido y lo aceptó. Y mudando de expresión a su vez preguntó:

—¿Qué día puedo ir a la Modelo?

—El primer día de visita es el jueves… —Rosy cerró el bolso y esbozó una sonrisa, que le salió forzada—. ¡Bien, aquí te dejo, en tu celda bendita!

—¿Quieres que vaya a por un taxi y te acompañe a casa? Estás muy fatigada…

—Nada de eso, hombrecito… Quédate con tus cosas, y prepárate tu café caliente, que te está haciendo mucha falta. —Ya en la puerta, volvió a mirar con fijeza al muchacho y añadió—: ¡Y no te instales teléfono, para que no podamos molestarte!

Pedro hizo un ademán de impotencia.

—Mamá…, que quede bien claro que no he querido ofenderte…

Poco después Pedro se fue al «007». Había llamado a Susana y quedaron en encontrarse allí. Su intención era ver a Laureano, pero éste ya no estaba. Susana le dijo que después de hablar con los padres de Narciso Rubio y de Salvador Batalla las fuerzas le fallaron y el muchacho se había ido a descansar al chalet de la calle de Modolell.

—No podía con su alma…

Pedro se encontró con Susana frente a la *boîte*, es decir, a una distancia de unos cien metros, pues el local continuaba vigilado por los guardias. Había multitud de curiosos. De toda la ciudad acudía gente y los comentarios se parecían como gotas de agua. Aparte de la indignación general, los padres aprovechaban para despotricar contra los locales como el «007», «expuestos siempre a toda clase de peligros». Los hijos decían: «Ha sido un accidente. Igual pudo haber ocurrido en un hotel o en un cine de lujo». Abundaban los jóvenes hinchas de *Los Fanáticos*. Todos mostraban su

desconsuelo. ¿Dónde estaban las gorritas y las banderas con que fueron a esperarlos al aeropuerto? Los nombres de Narciso Rubio y Salvador Batalla, que tenían sus partidarios, corrían de boca en boca.

Pedro y Susana se enteraron de que la capilla ardiente había sido ya instalada en la parroquia y se dirigieron allá, pues la *boîte* no era más que un montón de escombros. En el último momento Pedro oyó vociferar a un hombre que había perdido a su hijo. Decía que si lo dejaban acercarse a ese tal «señor Ventura», lo estrangulaba con sus propias manos.

En la parroquia, el panorama era de intenso dramatismo. Los dieciséis féretros ocupaban la nave central —los bancos fueron arrinconados—, y al lado de cada uno de ellos había varias personas quietas, llorando. Algunas se habían arrodillado. Al parecer, de los cuatro cadáveres carbonizados sólo dos pudieron ser identificados con toda certeza, gracias a una prenda personal; los dos restantes, no se sabía a quiénes correspondían y aquello creaba entre los deudos una incertidumbre, una trágica confusión.

La pareja se dirigió a los féretros de Narciso Rubio y Salvador Batalla, rodeados de gente. Susana propuso rezar en voz baja un padrenuestro y Pedro asintió con la cabeza. Así lo hicieron y Pedro se dio cuenta de hasta qué punto le resultaba raro rezar. Había perdido por completo la costumbre. Sin embargo, en una ocasión como aquélla, los templos se le antojaban completamente justificados.

En medio de todo, reinaba un gran silencio. Nadie tocaba la batería, ni la flauta, ni lanzaba gemidos sicodélicos. Nadie cantaba tampoco «Arriba, corazón». Los corazones de los que entraban y salían se deslizaban por el suelo o andaban como de puntillas para no hacer ruido.

Abandonaron la iglesia, y a la salida se tropezaron nada menos que con mosén Rafael, que llegaba, como ellos mismos, del «007». Se había enterado a primera hora, pero estuvo ocupado hasta aquel instante. A Pedro le dijo: «No sé qué decirte. Todo esto es increíble… —Dirigióse a Susana—: ¡Menos mal que Laureano se ha salvado!».

El sacerdote renunció a entrar en seguida en la iglesia y los acompañó un rato, deambulando por el lugar.

—No os importa, ¿verdad?

—¡Qué va! Al contrario…

Mosén Rafael le dijo a Pedro que necesitaría mucho valor. Estuvo en contacto con el padre Saumells y éste le garantizó que los dos detenidos podrían salir en libertad bajo fianza. Y entonces empezaría el verdadero calvario, pues todo el mundo los miraría como a dos marginados de la sociedad. Y tendrían pendiente siempre sobre sus cabezas la sentencia de última hora, que en el caso del padre de Pedro por fuerza iba a ser muy dura. «Ha de ser muy ingrato vivir en libertad sabiendo que al término del proceso el reingreso en la cárcel, quizá por unos cuantos años, es seguro».

Pedro miró al sacerdote. ¿Qué pretendía? Lo conocía demasiado para suponer que

quería ensañarse con él. ¿Responsabilizarlo? Tal vez.

—¿Por qué me cuentas todo eso? —le preguntó.

—Porque ahora te conviertes en la pieza clave de la familia. Porque ahora vas a tener ocasión de demostrar que dentro de la nueva juventud hay valores de primer orden. No voy a pedirte que ayudes a tu padre en los negocios; pero sí que, cuando salga con libertad provisional, olvides todos los rencores y cuides de él.

Pedro se detuvo en la acera.

—¿Y cómo se hace eso, si aquí dentro no se siente nada, sólo repugnancia? —y se tocó el pecho.

—Venciendo esa repugnancia —mosén Rafael se pasó el índice entre el alzacuellos y la piel—. Si no, ¿de qué sirve vivir como un ermitaño?

Susana se puso de parte del vicario.

—Es verdad, Pedro. Mosén Rafael tiene razón. Es la gran ocasión para ti de demostrar que los jóvenes servimos para algo. Si el movimiento se demuestra andando, a partir de ahora tu movimiento ha de ser el del perdón.

Pedro negó con la cabeza.

—Es muy fuerte lo que voy a deciros, pero mi padre tiene lo que se merece. Nada más. Y mi madre también. Mi madre ha estado en el *Kremlin* hace un rato. Ha sollozado, se ha mostrado orgullosa, me ha pedido muchas cosas… Ha hablado de todo excepto de esos dieciséis féretros que están alineados ahí… —y se volvió hacia la iglesia—. Los domina el egoísmo y a cualquier gesto de tenderles la mano a la larga lo llamarían pusilanimidad.

Mosén Rafael porfió.

—Hay que obrar el bien prescindiendo de si los beneficiarios lo comprenderán o no, lo agradecerán o no. En el Evangelio eso está muy claro. Y tratándose de los padres, no digamos. Te repito, Pedro, que vas a ser la persona clave… Para ellos y para Laureano.

—¿Para Laureano?

—¡Toma! ¿No te das cuenta? Pasará una crisis horrible, y sólo tú podrás ayudarlo.

—Laureano saldrá adelante por su cuenta…

—Eso crees. No ha perdido la sensibilidad. Querrán hacerlo actuar otra vez, y pronto, en cuanto los periódicos hayan dejado de hablar del «007», y algo en él se resistirá a hacerlo. Necesitará un amigo, y ese amigo has de ser tú. No irás a suponer que la perfección consiste en escribir sobre los minusválidos… y entretanto encerrarse en una torre de marfil.

Aquellas palabras se parecían a las que Rosy había pronunciado en el *Kremlin*.

—También a mí me preocupa mucho Laureano —dijo Susana—. ¡Vivía en las nubes! Ahora habrá visto que son de plástico y no sé lo que será de él…

Mosén Rafael apostilló:

—Si no le echáis una mano, también por ese lado puede llegar lo peor… ¡Y bien sabéis que yo había defendido siempre su derecho a elegir!

Pedro le preguntó:

—Entonces ¿qué es lo que te ha hecho cambiar de opinión?

El vicario se mordió el labio inferior.

—Mi experiencia de sacerdote me dice que últimamente Laureano se había dejado ganar por la concupiscencia… Y en eso estoy de acuerdo con mosén Castelló: o se corta por lo sano, o se está perdido.

Aquí terminó la conversación entre los tres. Mosén Rafael añadió que tenía que regresar a la parroquia, pero que antes deseaba «rezar un padrenuestro» junto a los féretros, junto a la capilla ardiente.

—Así que, adiós. Hasta otro día. Mucha suerte…

—Adiós, mosén Rafael.

—Y no olvides lo que hemos hablado, Pedro…

El vicario se fue. Quedaron juntos, solos, Susana y el muchacho. Se miraron. No supieron lo que les ocurría. ¡Cuántas sensaciones! ¡Y 5 qué tiempos los esperaban!

Pedro notó que se estremecía. Se disponía a decir algo y advirtió que le costaba esfuerzo hablar, que se le hacía un nudo en la garganta.

Recordó el vozarrón de aquel hombre que perdió a su hijo y que quería «estrangular con sus propias manos a ese tal señor Ventura».

—¿Sabes, Susana? —dijo, por fin—. Creo que yo también voy a necesitarte a ti…

La calle se convirtió en temblor, lo mismo que las miradas y que el cuerpo y el espíritu de Susana. Pedro había utilizado un tono completamente distinto del de siempre.

—Ya sabes que puedes contar conmigo…

Las palabras se acabaron ahí. Sin darse cuenta, se cogieron de las manos. Apretaron fuerte. Nunca se habían apretado tan fuerte las manos. La costra se había roto en mil pedazos y un nuevo sentimiento acababa de nacer, intenso, muy intenso. Tanto que, pese a las circunstancias, sintieron el aletazo de la felicidad.

CAPÍTULO XLI

Los periódicos de la tarde anticiparon su salida y, tal como estaba previsto, se mostraron implacables. Efectivamente, no mencionaban ni una sola vez los nombres de Ricardo Marín y del conde de Vilalta; en cambio, ¡Rogelio y Alejo! Sus fotografías en primera página, y todos los detalles… «Las puertas de emergencia, claveteadas», «las puertas de emergencia, claveteadas». Era el estribillo, semejante a los de las canciones de *Los Fanáticos*.

Cada párrafo era pasto de la curiosidad popular. A Deogracias, el antiguo barbero de Rogelio, se le saltaban las lágrimas: «¡Perra suerte, perra suerte!». Aresti, en cambio, su barbero actual, se abstuvo de participar en los debates que sobre el tema se suscitaron en su establecimiento de lujo. No decía nunca nada que pudiera dañar a ninguno de sus clientes, y aunque a veces simulaba hacer confidencias, bien desmenuzado el asunto resultaba que sus comentarios habían sido neutros. Los empleados de la Constructora y de la Agencia Cosmos devoraron las noticias. Sobre todo los primeros, que dependían exclusivamente de Rogelio, vieron su porvenir en el aire. La mayoría de ellos, además de sentirse abrumados porque querían a la Constructora como si fuera algo propio, que con su esfuerzo habían ayudado a levantar, tuvieron lástima de su jefe y dijeron: «También es una gamberrada lo de las colillas. ¿Y no han detenido a esos jóvenes granujas?». Muy pocos se atrevieron a insinuar: «La avaricia rompe el saco». Pero ¿de qué avaricia estaban hablando, si Rogelio se comportaba con ellos como un padre? Montserrat, en Cosmos Viajes, tuvo un disgusto atroz. Se atrevió a llamar a Julián, entre otras razones porque llevaba bastantes días sin verle el pelo. Por teléfono no se atrevía a tutearlo. «¿Qué puede pasar, señor Vega? Hay que esperar lo peor, ¿verdad?». «Desde luego, Montserrat… Pero descuide usted. En cuanto sepa algo concreto, pasaré por ahí a informarla…».

Ricardo Marín, que pensando en el *meublé* «La Gaviota» —siempre la espada flotante—, no quería de ningún modo que Alejo pudiera pensar que los abandonaba y que en represalia le contara a Rogelio lo suyo y lo de Rosy, no perdió un minuto y envió en seguida a la cárcel, para que se entrevistara con ellos, al mejor abogado de la Agencia, que se llamaba Eusebio Comas y se había especializado en Derecho Penal. Eusebio Comas, que tenía la manía de usar perfumes caros, lo que en la cárcel era un contrasentido, encontró más abatido a Rogelio que a Alejo, lo que no dejaba de ser lógico. Les comunicó que su primera diligencia consistiría en conseguir la libertad bajo fianza —cuestión de unos quince días—, y que luego buscaría las atenuantes posibles, que por desgracia no eran muchas. De todos modos, tal vez se encontrara la forma de ir alargando el proceso… Rogelio lo interrumpió: «¿No podría cambiarme de ropa?». «Hasta la visita general, no». «¿Y tabaco? ¿Unas cajas de puros?». «Eso… procuraré conseguirlo». Eusebio Comas pensó que era chocante que no le bastara a Rogelio con el humo que salió del «007».

En cuanto se fue el abogado, Rogelio y Alejo volvieron a la carga. Su convivencia iba a resultar difícil en la celda, que era muy pequeña, con dos camastros y una ventana de barrotes muy sólidos. Alejo procuraba, lo mismo que Rosy, aguantar el tipo y el ambiente de la cárcel, y la proximidad de las otras celdas, con delincuentes comunes y de toda clase, le procuraba un extraño placer. Viendo a Rogelio tan hundido, se preguntó qué sentía por él. Se dio cuenta de que, desde el punto de vista afectivo, poca cosa. ¡Qué raro! Gratitud, si. Y lo admiraba y lo encontraba divertido… siempre y cuando tuviera en la mano cartas ganadoras; pero ahora que había cometido un fallo garrafal… le inspiró compasión. No hacía más que orinar. Rogelio tenía continuamente ganas de orinar. «Como continúes así, pierdes diez quilos en una semana». «No dices más que sandeces», barbotaba Rogelio, que siempre se olvidaba de abrocharse algún botón de la bragueta.

En Llavaneras se enteraron de lo ocurrido por los periódicos de la tarde y la madre y los hermanos de Rogelio quedaron estupefactos. La madre guardó silencio, los hermanos dijeron: «Tenía que acabar así…».

Los de Arenys de Mar, en cambio, habían llegado puntualmente, a media mañana, a la avenida Pearson, advertidos por Rosy. La madre de ésta, Vicenta, la de las pirámides de caramelos, no hacía más que exclamar: «¡Pobre Rogelio!». Ella continuaba queriendo igual que antes a su yerno, del que estuvo orgullosa siempre. Y también quería a su hermano, a Alejo, aunque de ése no le extrañó que acabara con sus casi visibles huesos en la cárcel. El doctor Vidal, en cambio, soltó todo lo que llevaba dentro. Rosy lo atajó. «Por favor, papá, que no necesito que remaches el clavo. Todo me lo sé de memoria…».

El doctor Vidal, pese a todo, no se olvidó de su profesión y se puso en contacto con el doctor Beltrán, ya que existía el peligro de que a Rogelio le sobreviniera en la cárcel otra angina de pecho, o algo más grave aún.

El doctor Beltrán, que no se había perdido un dato de los sucedido, previos los tramites necesarios consiguió que les permitieran entrevistarse con el médico de la Modelo, al que pusieron al corriente de la situación. «De momento —declaró el hombre—, el detenido no se queja de nada». «Ya, ya. Pero puede darle cuando menos lo piense». El médico asintió con la cabeza. «Conforme. Estaré al cuidado. Pero, por si la crisis fuera grave y aquí no pudiéramos atenderlo debidamente, denme, por favor, el nombre de la clínica donde lo trataron la otra vez». «Clínica San Damián». «Está bien. Tomo nota».

Los doctores Vidal y Beltrán abandonaron la Modelo. Les hubiera gustado ver a Rogelio y Alejo, pero el reglamento lo prohibía. Sintieron ganas de charlar un rato y lo hicieron en el interior del modesto coche del padre de Rosy.

El doctor Vidal opinó:

—Yo más bien le temo al momento en que lo dejen en libertad… Cuando cese la tensión actual y lo abandonen las autodefensas que lo estarán sosteniendo ahora…

—La verdad, yo no me atrevo a pronosticar nada… —contestó el doctor Beltrán.

Éste añadió luego que la ciudad creaba ese tipo de hombre que iba autodestruyéndose en medio de colchones de plumas. «Si su yerno de usted se hubiera quedado en el campo, en Llavaneras, ahora estaría libre y, en la medida en que esto es posible, en paz consigo mismo».

—Yo echo bastante la culpa a mi hija —acusó el doctor Vidal—. Hija única, ya sabe usted… En mi opinión, todo lo ha hecho al revés.

El doctor Beltrán, después de asentir con la cabeza añadió:

—Por cierto, que la última vez que la vi la encontré muy desmejorada… Tal vez sería conveniente vigilarla también de cerca.

—Hágalo usted, por favor, doctor Beltrán… A mino me hace caso. Hoy, cuando llegué de Arenys de Mar, me ha dado auténtica pena. Bebe mucho, aparte de que está en una mala edad. Tengo miedo de que caiga en una depresión nerviosa… ¡Quiere desafiar a las circunstancias! Y eso es tremendo. Sobre todo teniendo en cuenta que Pedro, al parecer, no tuerce su brazo y que Carol es una bendita que sólo sirve para ser cariñosa y para esperar un bebé…

—Tal vez el nacimiento del nieto sea un consuelo… O una distracción.

—Tal vez. Pero no es inminente.

El doctor Beltrán conocía a los consuegros de Rogelio y de Rosy, a los padres de Sebastián Oriol. Eran «personas respetabilísimas» y todo aquello les habría sentado como un tiro.

—Acaso por ese lado haya también dificultades…

—Sería el colmo. Pero tengo entendido que el marido de Carol es un santurrón, que todo lo ve de color de rosa y que sólo se interesa de veras por las lonas que fabrica y por el ping pong.

—¿El ping pong?

—Sí. Es su manía. Inofensivo, ¿no? A mí me gusta, en Arenys, contemplar las estrellas y jugar al tute.

—A mí me gustan los relojes de pared.

—Y analizar a la gente.

—También, pero lo disimulo… ¿Querrá creer que duermo con antifaz? Si entra una rendija de luz, me desvela.

—Todos los médicos hemos de ponernos un antifaz a veces.

Una vez enterrados los muertos —dramática manifestación de duelo—, Laureano se enfrentó consigo mismo. Estaba desmoralizado y de un humor de perros, confirmándose con ello las previsiones de mosén Rafael. En el chalet de la calle de Modolell no hacía más que discutir con Javier Cabanes por cualquier nimiedad. Se pasaba horas y horas en la cama, tumbado, pero sin poder dormir, estrujando la almohada y fumando. Javier Cabanes tenía cuerda para salir y dar una vuelta, pero Laureano no. Y quien se cuidó de devolver a las respectivas familias todos los objetos

pertenecientes a Narciso Rubio y a Salvador, fue Javier. De pronto Laureano reaccionaba extrañamente, negándose a comer o empeñándose en comprar décimos de lotería. Se desahogaba con caprichos, lo que molestaba a su compañero.

—Algún día resucitarás, supongo…

—Supongo. Pero no sé cuándo será.

La prensa, sin necesidad de que nadie la orquestara, se lanzó a una campaña desenfrenada a raíz del accidente. ¿Desaparecerían *Los Fanáticos*? ¿No desaparecerían? Los periodistas rondaban la calle de Modolell, pero Laureano no quería ver a ninguno y mucho menos permitir que le sacasen fotografías.

—No tenemos nada decidido todavía. Ya se verá.

Esto lo declaraba Javier. Porque Laureano, a decir verdad, de momento no hubiera podido cantar. Parecía como si, hasta nuevo aviso, aquello se hubiese terminado para él. En cierto modo, su actitud recordaba la del conde de Vilalta, que le vendió a Ricardo Marín todas sus acciones de las salas de fiestas, negocio que nunca acabó de ser de su agrado. «Usted haga lo que quiera, Marín, pero yo, de esto, me retiro». Ricardo Marín tenía la sospecha de que influyó en ello la alergia que el conde sentía por Héctor, el decorador, que insensatamente recubrió de plástico el «007».

Laureano topó muy pronto con la realidad, que en este caso se llamaba Carlos Bozo y Jaime Amades. Apenas transcurrida una semana éstos fueron a verlo y le plantearon a lo vivo la cuestión. Lo ocurrido era de lamentar, pero irreparable. Y lo que debían hacer era aprovecharse de la propaganda que les estaban haciendo gracias al suceso y dar otro golpe inesperado: recomenzar. *Los Fanáticos* no podían abdicar de su misión, puesto que se había salvado su pieza principal, que era Laureano. Y no podían tardar mucho en decidirse, porque otros conjuntos empujaban y los gustos de la gente eran volubles.

—Además, ¿qué vas a hacer, Laureano? ¿Estudiar arquitectura otra vez? ¿Quedarte tumbado en la cama toda la vida?

El muchacho experimentó intensa repulsión —se aprovechaban de los cadáveres para la publicidad— y les contestó destempladamente.

—Por favor, marchaos de aquí y dejadme tranquilo. Si tengo alguna noticia que daros ya os avisaré.

Al otro lado, lo zarandeaban las voces de la cordura. En primer lugar, su propia sensibilidad, de la que también había hablado mosén Rafael. En segundo lugar, la aureola de serenidad que emanaba de Pedro y Susana: Laureano se quedó asombrado al enterarse de la formalización de sus relaciones. Por último, el desconsuelo de sus padres y de su abuela, Beatriz. Había ido a almorzar varias veces a General Mitre y siempre le ocurrió lo mismo. A Julián se lo veía avejentado y padecía de serios trastornos digestivos, de suerte que, por lo pronto, le habían prohibido incluso fumar en pipa. Margot distaba mucho de ser la mujer que en Can Abadal se iba de excursión por los montes de los alrededores. Hacía de tripas corazón y le preparaba a Laureano con amor los platos que sabía que más le gustaban; pero había adelgazado mucho, las

canas se habían adueñado de su cabeza y el piano permanecía mudo, lo que era ciento por ciento elocuente. En cuanto a Beatriz, cada día estaba más sorda y más suspicaz. Siempre sospechaba que murmuraban de ella y miraba a Laureano como desafiándolo, con dos ojos que parecían bombas de mano. Por si fuera poco, Pablito tenía muchos discos de otros conjuntos que no eran *Los Fanáticos* y los escuchaba con auténtica devoción.

La familia… La familia, de la que Laureano casi se había olvidado y que de nuevo se le plantaba delante, porque en el fondo todos habían visto la posibilidad de rescatarlo… ¿Y si lo invitaban a permanecer unos días en Can Abadal, a respirar aire puro? Desde el accidente del «007». Laureano lo había hecho todo excepto buscar un ambiente a propósito para meditar y hacer balance. Se encerró en aquella guarida de Modolell, quizá demasiado cargada de recuerdos, y cultivaba un masoquismo que lo perjudicaba decisivamente.

Y Laureano no quería oír nada de Can Abadal. También aquello estaba lleno de recuerdos, de recuerdos de la infancia, de una época que se le hacía difícil admitir que quien la vivió fue él mismo. Cuando los perros, y la muerte, le daban miedo y su madre era una diosa única. Ahora no le daban miedo ni la muerte ni los perros y su madre se le había alejado del pensamiento, no por culpa de nadie, sino de la propia vida, que reclamaba cada día su ración distinta de júbilo, de amores y de llanto.

—¿Por qué dices que la muerte no te da miedo? —le preguntó Pedro.

—Porque es la verdad. Por lo menos, en esta etapa que estoy trampeando. Al fin y al cabo…

—¿Al fin y al cabo qué? —indagó Susana, intrigada.

—No te preocupes, mujer. No pasa nada. Quiero decir que hay momentos en que lo mismo da. —Guardó silencio—. Te prometo, Pedro, que si a mí me ocurre lo que a tu padre me pego un tiro.

—¿Te das cuenta, Laureano, de hasta qué punto necesitas descansar? Es tu mente la que lo necesita. La existencia, pese a todo, es hermosa y siempre es tiempo de entonar el *mea culpa* y recomenzar. ¿Por qué no hablas un rato con el padre Saumells? Ya sabes que es un gran hombre y que te quiere mucho. A lo mejor ordena un poco tus ideas y te señala el camino que te conviene… y que nosotros creemos también que es el de Can Abadal.

—No me hables de curas, por favor, aunque vistan de *clergyman*. No estoy en condiciones. El que salmodió cuando los dieciséis féretros actuó con una rutina indignante. Como un burócrata. Y la ocasión era para tomársela un poco en serio, ¿no?

—No tienes ningún derecho a hablar así, pues sabes muy bien que el padre Saumells no es de esa clase. Y mosén Rafael tampoco.

Laureano tuvo un gesto de cansancio.

—Os empeñáis en que sea feliz… y eso no se compra ni se vende. Cuando fui al *Kremlin* a visitarte lo era por completo, Pedro, aunque tú no lo creías. Luego pasó lo

que pasó y ahora no es cuestión de arreglarlo con parches, ni con aire del campo, ni con psicoterapia clerical. —Mudó el semblante, que volvió a ser enérgico—. ¡Lo que yo quiero es volverlo a pasar bomba y alejar a esos estúpidos fantasmas! —De pronto, miró a Susana y su tono se hizo cariñoso—: Y que la felicidad que los dos sentís desde que os sobrevino el rapto os dure toda la vida.

Susana se acarició el pelo.

—Tal vez el secreto estribe en estar preparado para cuando un acontecimiento así se produzca. Si Pedro y yo nos hubiéramos emborrachado todos los días, pongo por caso, a lo mejor ese rapto no hubiera llegado nunca.

Laureano asintió repetidamente con la cabeza.

—De acuerdo, de acuerdo, querida hermana… Acabaréis siendo perfectos, y esto tampoco sé si se puede resistir.

Tenía que optar entre la propuesta de Carlos Bozo y Jaime Amades y la que su familia representaba. No era fácil elegir. Laureano continuaba de mal café y sumido en la mayor confusión. Por lo demás, sabía que remozar *Los Fanáticos* implicaba sustituir con otros dos músicos a Narciso Rubio y a Salvador; y con sólo pensarlo se le ponía carne de gallina y se daba cuenta de que echaba de menos a los dos desaparecidos mucho más de lo que en un principio supuso. A todo ello se añadió una circunstancia que agravó sensiblemente su estado de ánimo: su gran *flirt* de Madrid, o su gran amor, Elizabeth Simpson, la hija del productor de cine inglés, se marchó a su tierra y se limitó a mandarle unas letras de despedida, mucho menos doloridas que su guitarra cuando ardió en el «007» y que se retorció casi gimiendo para decirle adiós. La frialdad de la muchacha indignó a Laureano y lo desmoralizó todavía más. ¡De modo que no le había impreso ninguna huella profunda…! ¡Con las horas que habían pasado juntos, sobre todo, de frenesí sexual! Entonces, como siempre en parecidas circunstancias, surgió a su lado Cuchy. Cuchy daba la impresión de estar aguardando un gesto de Laureano para decirle «aquí estoy». No porque hubiese regañado con Marcos, pero sintió que Laureano la necesitaba.

—No seas mentecato. La elección está clara: cantar. ¡Si eres el número uno! ¡Si todo el mundo lo está esperando! Ya sé lo que te pasa: crees que no es por ti, sino porque la gente disfruta morbosamente cuando ocurre una desgracia. ¡Eso en tu caso no vale! Antes de que se incendiara la *boîte* ya eras el amo. Lo que me pregunto es por qué me preocupo tanto, cuando lo que debiera hacer es cerrarte también todas las puertas. ¡Como un guarro te has portado conmigo! Peor que Sergio. Pero ¡qué quieres! Soy débil y lo seré hasta que me muera. Conque la inglesita te dio el plantón, ¿eh? ¡No, no, no me lo ha dicho Marcos, ni ningún pajarito! Lo he leído en la prensa, que es peor.

Otro que aconsejó a Laureano lo mismo que Cuchy fue, inesperadamente, Claudio Roig, el aparejador. Tuvo que ir al chalet de la calle de Modolell, porque se precisaban unas reparaciones, y al ver a Laureano en la cama rodeado de colillas y con las sábanas llenas de quemaduras le dijo:

—A cantar, Laureano… Y te lo digo aprovechando que tu padre no nos oye. Es lo tuyo. ¿Sabes? Yo me arrepiento ahora de mi discreción, de situarme siempre en un segundo plano, de haberme ido sacrificando anónimamente por los demás. ¡Triunfaste en toda la línea! Pues adelante a toda vela. Ojalá tuviera yo tu edad y tus facultades. No lo pensaba ni un segundo.

Javier Cabanes dio el golpe decisivo:

—Veinticuatro horas para decidirte. Si no, me voy…

Laureano pasó la noche en vela, estrujando la almohada —el insomnio continuaba siendo su gusanillo, pese a las crecientes dosis de somníferos que se tomaba— y al día siguiente eligió volver a cantar.

Llamó a Carlos Bozo y éste pegó un salto alborozado, al revés que su mujer, Nieves, a la que Laureano había olvidado y que deseaba que el muchacho se hundiera.

Jaime Amades quería celebrarlo y abrazó a Charito con más fuerza que cuando éste le anunció que iban a tener un hijo. Charito se encogió de hombros. «Pero ¿es que pensabas que decidiría otra cosa? Los aplausos son los aplausos… ¡A mí todavía me suenan en los oídos y me vuelven tarumba!».

Pleito resuelto, Carlos Bozo demostró que había estado esperando aquel momento. Todo preparado. Por lo visto el compositor tenía, en vez de corazón, una clave de sol y una clave de fa. Apenas transcurridas cuarenta y ocho horas le presentó a dos músicos del conjunto *Los Truhanes*, muy buenos, que en principio estaban dispuestos a fichar por *Los Fanáticos*. El sustituto de Salvador se llamaba Francisco Campos y el «batería» se llamaba Juan Luis Orozco, también de procedencia universitaria. Había colgado la carrera de Ingeniero de Caminos y era un auténtico profesional.

Laureano comprendió que tenía que desperezarse. Acudió al primer ensayo como quien acude a trabajos forzados. Y no había manera de que cantara con entusiasmo, por lo que en seguida se produjo la fricción. Los recién incorporados no eran unos novatos y no estaban dispuestos en absoluto a soportar el *vedettismo* del cantante. Y Juan Luis Orozco, sin saber por qué, le cayó mal a Laureano. Éste estaba acostumbrado a Narciso Rubio y decía que no se adaptaba al ritmo del nuevo «batería», pese a que objetivamente hablando —Carlos Bozo se desgañifaba afirmándolo— era mejor que aquél.

—Claro, a ti lo que te gustaba era el caramelo y yo le doy fuerte, como tiene que ser.

Poco a poco Laureano fue reencontrando su antiguo estado de ánimo, hasta el punto que se atrevieron a grabar un disco pequeño. Pero ocurrió que tuvo poca salida, en tanto que los discos anteriores, desde el incendio de la *boîte* se vendían más que nunca, como rosquillas.

Pero eso no significaba ningún fracaso. En compensación los contrataron, en condiciones óptimas, en el «Bolero» —el «Bolero» otra vez— y tuvieron un éxito

fenomenal. El día del debut la expectación era enorme —Charito estaba allí— y el local se llenó de bote en bote. El conjunto sonó ¡y de qué forma! Por unos instantes Laureano se olvidó de su mal café y lo dio todo, como si quisiera vengarse de su amargura interior. Y Francisco Campos y Juan Luis Orozco estuvieron a su altura y los críticos al día siguiente dijeron más o menos: «Con perdón de los muertos, pero el conjunto ha mejorado».

Todo el mundo estaba convencido y contento, excepto Laureano. Éste, pese a las palabras de Cuchy, continuaba creyendo que gran parte del éxito se debía a la morbosidad de la gente. Carlos Bozo, astuto, le sopló al oído:

—Te equivocas. Y te hablaré con franqueza. No sólo ha mejorado el conjunto, sino también tu voz. Tu voz es ahora más dramática… Y eso, si el oficio no me engaña, es siempre calidad.

¿Calidad? Tal vez. Por lo menos, eso era lo que creía Montoya, el marido de su tía Mari-Tere, productor de cine en Madrid. Les oyó cantar en un viaje rápido que hizo a Barcelona y acto seguido reiteró su propósito de filmar una película basada en el conjunto. ¡Ahora podía escribirse un guión fascinante, con un gancho irresistible!: el mundo de la juventud y del cante *pop*… y al final el incendio de una *boîte*, con un número de muertes muy superior al que hubo en la realidad.

—Una secuencia apasionante, de las que hacen época. ¿Eh, qué opinas, Laureano?

Laureano opinó… que sentía asco otra vez. Otra vez la repulsión, otra vez aprovechándose de los muertos. Le dijo a Montoya todo lo que pensaba, pero éste no se dio por vencido, no cejó. Habló con Carlos Bozo y con Jaime Amades. Carlos Bozo, esta vez, se entusiasmó. «La idea es genial». Formaron un cerco en torno al muchacho, utilizando toda clase de argumentos, el más contundente de los cuales —lo empleó, por teléfono, la mismísima Mari-Tere— era que en la vida todas las tragedias acababan convirtiéndose en materia artística.

—En tu propia cesta tienes el ejemplo —le dijo—. La guerra del Vietnam, para *Los Fanáticos*, se convirtió en una canción.

Laureano no chaqueteó. Aquello le tocaba mucho más de cerca. «No habrá película». Sin embargo, Montoya organizó un tinglado publicitario basado en su pretensión. La prensa habló del asunto «como rumor», como «noticia procedente de fuentes bien informadas». Y se armó un alboroto de consideración, acaso porque aquello coincidió con la puesta en libertad bajo fianza de Rogelio y de Alejo. Los primeros en protestar fueron los parientes de las víctimas, si bien algunos de ellos andaban muy atareados haciendo números sobre la posible indemnización. «¡Como se atrevan a explotar un asunto así!».

Sin embargo, y puesto que la inestabilidad del muchacho era un hecho, Laureano empezó a dudar. «En tu propia cesta tienes el ejemplo. La guerra del Vietnam, para *Los Fanáticos*, se convirtió en una canción». Sí, empezó a tentarlo aquella aventura, que además de cantar le ofrecía otros muchos alicientes. ¡El cine! Salieron muchos

defensores del proyecto. «El cine tiene la obligación de reflejar la vida y de hecho se han filmado millares de películas basadas en la realidad». Los tres restantes componentes del conjunto estaban decididos desde el primer día y no comprendían la actitud de Laureano. El propio Javier, que fue testigo de la tragedia, no veía en aquello nada fuera de lo normal.

Laureano tuvo uno de sus prontos y una mañana se levantó diciendo que aceptaba. Lamentación entre los detractores, alegría de Montoya, Carlos Bozo y demás, publicidad. La película se rodaría en Barcelona… ¡Laureano se enteró con sorpresa de que mientras él dudaba habían escrito el guión! Su pareja sería una bailarina de flamenco muy joven, Olga Baeza, que se pasaría todo el rato persiguiéndolo y que al final moriría carbonizada. Era una muchacha bellísima, con unos ojos como sacados de un lago nórdico, e inmóvil. Laureano la había conocido en un cóctel en Madrid y le habían dicho: «No te hagas ilusiones. Es de lo más decente que hay».

¡Eso ya se vería! Laureano había vuelto a dar la razón a mosén Rafael: a partir del debut en «Bolero» retornó a la concupiscencia… En este sentido se estaba convirtiendo en un obseso, y sus últimas tendencias perversas, después de la vigilia se le habían acentuado, hasta el extremo que Cuchy tuvo que pararle los pies. «¡No, eso no, hijito!». Y Laureano ni siquiera chistó.

En definitiva, llegó a Barcelona todo el material necesario, junto con el director. El director se llamaba Gabriel Llorca y era íntimo de Carlos Bozo. También llevaba barbita de chivo. El rodaje duraría unos dos meses, salvo imprevistos. Montoya y Mari-Tere se habían anticipado para firmar el contrato —Laureano, al leer la cifra que le correspondía casi se tambaleó—, y Margot, que invitó a su cuñada y al productor, se hacía cruces de que Mari-Tere fuera la misma persona que se deshizo en lágrimas porque Julián no le quiso buscar trabajo en Barcelona. Margot iba de decepción en decepción. Y Julián, que por un momento había creído que Laureano no haría la película, continuaba con sus trastornos digestivos y sin poder fumar en pipa, empleando como sucedáneo los caramelos de malvavisco del padre Saumells.

Los imprevistos surgieron. ¡Uno de ellos fue Sergio! Sergio llegó de París… y al enterarse de que en la película la pareja de Laureano era una «bailaora» de flamenco se acarició su cabeza, otra vez rapada, y le dijo al muchacho: «Nunca pensé que te prestaras a semejante humillación». Sergio estaba de mal humor, porque también lo habían humillado a él. Giselle lo abandonó de sopetón, sin apenas explicaciones, y se fue con uno de los *hippies* canadienses amigos de Bernadette, que se cansaron de dormir bajo los puentes del Sena y se marcharon a la isla de Ibiza a llevar una vida muy poco acorde con las teorías marxistas sobre la producción y el trabajo.

Otro imprevisto: por más que hizo Laureano no consiguió arrancar de la joven Olga Baeza ni un beso siquiera, a no ser los que figuraban en el guión. «¡Eh, chico! ¿Qué te has creído?». Laureano no estaba acostumbrado a los fracasos de ese tipo y se quedó viendo visiones.

También lo molestó darse cuenta de que sólo servía para cantar. El resto, un desastre. No sabía moverse ante las cámaras. Hubiérase dicho que estaba paralizado, que le sobraban los brazos, las piernas, y no acertaba a sonreír. Ello obligó a modificar una serie de escenas: más canciones y acortar la historieta y los diálogos. «Pero ¿cómo es posible? ¡Si con el micrófono en la mane haces lo que te da la gana!». Olga, en cambio, que había hecho películas desde niña, se encontraba en su elemento y ponía cara de infinita paciencia repitiendo una y otra vez, por culpa de Laureano, las secuencias. Y con todo, lo peor fue el incendio de la *boîte*. Cinematográficamente salió perfecto. Calcado lo que ocurrió. Laureano revivió aquellos momentos trágicos con una intensidad que le arañó las entrañas, sobre todo porque Francisco Campos y Juan Luis Orozco, que morían cerca del bar —Olga Baeza aporreando las puertas de emergencia—, demostraron, en sus papeles respectivos, ser consumados artistas. Un poco caracterizados, casi llegaron a parecerse a Narciso Rubio y a Salvador. Laureano sufrió tanto que en varias ocasiones estuvo a punto de decir: «¡basta!». Pero temió que lo llamaran timorato y aguantó.

Aguantó hasta el final de la película, pese a que el ambiente era raro alrededor. Y el día del estreno, que fue multitudinario, pasó una vergüenza loca. Aparte de que al verse no se gustó ni pizca, era evidente —resultó evidente para todo el mundo— que Olga Baeza lo borraba de la pantalla, excepto en un par de números *pop*. El muchacho se irritó sobremanera y se preguntó si no habría dado un mal paso. La ocasión fue que ni pintada para Sergio, que casi soltó una carcajada —no se reía jamás—, y también la mujer de Carlos Bozo. «Para que veas. A lo tuyo… y de ahí no pasas».

Luego la película fue a provincias y en los pueblos gustó mucho más. ¡Tanto peor! El nerviosismo elevado al cubo. Y la fatiga. Porque el rodaje tuvo que simultanearlo con las actuaciones y apenas llegados al final empezaron las giras otra vez, sin parar, de una a otra población, de una a otra sala de fiestas, durmiendo en el coche, en el tren o en el avión y acosado por la creciente popularidad. Muchas veces no sabía en qué localidad se encontraban. A tanto llegó el cansancio de Laureano, que perdió varios quilos en pocas semanas y su carácter se tornó insoportable.

Por otra parte, le entró un miedo absurdo e injustificado: miedo a perder la voz. Si al levantarse se notaba un poco afónico se descomponía y se pasaba una hora haciendo gárgaras. ¡Había oído hablar tantas veces de que aquello podía ocurrir! Visitó a un par de médicos especialistas y ambos lo tranquilizaron, pero no le bastó. La duda la llevaba dentro y se pasaba el día tarareando y escuchándose, por si advertía algún fallo. Se puso un pañuelo al cuello y tenía sueños fantásticos, en los que era frecuente que se quedase mudo de repente. Empezó a fijarse en las personas mudas y sentía por ellas una compasión especial.

Todo ese desequilibrio había de tener un desenlace consecuente. Y así fue. De regreso a Barcelona, una noche, en el chalet de la calle de Modolell, apuntaba el alba

y no había conseguido pegar ojo. Y gente muda lo perseguía por todas partes. Entonces cogió un tubo de Luminal e ingirió todas las pastillas que quedaban, sin tomarse la molestia de contarlas, pues por culpa del hábito le hacían poco efecto. Y se durmió en el acto. Al cabo de un par de horas Javier Cabanes tuvo que entrar en su cuarto y al ver el aspecto de Laureano y el tubo vacío a sus pies lanzó un grito «¡Maldita sea!». Laureano tenía la tez amoratada. Javier comprobó que, por fortuna, la respiración y el pulso eran normales, pero en cambio la inmovilidad del muchacho era extraña y sus miembros se le caían, inertes. Javier, temblando de pies a cabeza, llamó por teléfono al doctor Beltrán. «¡Venga en seguida! ¡Rápido!». El doctor acudió con toda la celeridad posible y puso manos a la obra. «¡Insensato!», no cesaba de repetir. Le hizo un intenso lavado de estómago y le inyectó un antídoto. La terapéutica se mostró eficaz y al cabo de unas horas Laureano estaba recuperado. «La dosis que se tomó no era mortal, pero…», comentó el doctor Beltrán.

Juan Luis Orozco, que continuaba mirando esquinadamente a Laureano, cuidó de que la noticia se filtrase, a pesar de las advertencias del doctor Beltrán. Y se formó la bola de nieve, saltando al ruedo —saltando incluso a la prensa— la palabra *suicidio*… Laureano estaba tan deshecho que no se tomaba la molestia de desmentirlo con energía. «¿Qué suicidio ni qué ocho cuartos? No podía dormir y me tragué todo lo que había en el tubo, nada más».

Difícil contener el alud. El sensacionalismo hizo de las suyas y para el gran público quedó flotando la duda, ante el regocijo de Carlos Bozo, pues también aquello era publicidad. Cuchy se hartó de defender al muchacho, pero fue inútil. Sólo su madre, Merche, le dio crédito; su padre, Ricardo Marín, sólo a medias… «Se ve que lo de la película le sentó como un tiro». Algún crítico se atrevió a escribir: «Olga Baeza le dio un baño y el gran Laureano no pudo soportarlo».

Naturalmente, Julián y Margot también dudaron… El aspecto del muchacho era poco estimulante y daba pábulo a cualquier tipo de suposición. Entonces ocurrió que el doctor Beltrán le ordenó, previsoramente, un reposo un poco largo. ¡Ahora ya no había excusa! Can Abadal. Carlos Bozo dio su consentimiento, pero a condición de que Laureano hiciera antes una fugaz aparición en televisión, para que la masa —los *fans*— se convencieran de que estaba vivo y de que no había pasado nada. Laureano no tuvo más remedio que acceder, y fue lo curioso que cantó como nunca.

Se trasladaron a Can Abadal. En esta ocasión Julián lo abandonó todo, incluso a Rogelio, pese a que éste, en la avenida Pearson —¡y en la Constructora, adonde había vuelto haciendo chascar los tirantes!— lo necesitaba a su lado. Aunque quien más los echaría de menos sería Rosy, ya que la compañía de Margot, que se multiplicaba para atender a unos y a otros, era insustituible.

En Can Abadal la naturaleza estaba haciendo de las suyas. Era primavera y los campos y las vaguadas se habían puesto hermosos, como para celebrar la salvación de una vida. Los cipreses montaban la guardia a la entrada, el sauce llorón estaba al servicio de quien pasase a su vera y en el pórtico el aire fresco circulaba que era una

bendición de Dios. Rosario, la sirvienta, decía: «Aquí el señorito Laureano se repone en tres días». Lo contrario de lo que pensaban los porteros de General Mitre, Anselmo y Felisa, quienes leyeron en los ojos del muchacho que aquello no iba a ser tan fácil.

Julián invitó a Pedro, que también lo abandonó todo —el *Kremlin*— y se fue a la masía. Susana no estaría presente porque, habiendo terminado la carrera, trabajaba en la consulta de un pediatra y no podía permitirse el lujo de ceder a los sentimentalismos.

Can Abadal era el sosiego, la paz, y a Laureano le dio por llorar. Sin saber por qué, de pronto se ponía a llorar como cuando era niño —y no a causa de los recuerdos— y nadie se atrevía a consolarlo. «Que se desahogue —decía Margot—. Eso es bueno». ¿Bueno? Beatriz no era de esa opinión. «Los hombres no lloran». Su marido, el notario Abadal, no había llorado jamás. Claro que tampoco tuvo jamás motivos análogos para desahogarse.

Margot, pasadas las primeras cuarenta y ocho horas, sentóse al lado de Laureano, junto a la piscina, y le dijo:

—Hijo, no quiero sermonearte. Simplemente quería preguntarte si admites ahora que lo que te anuncié el primer día, cuando nos comunicaste que abandonabas la carrera y querías cantar, era verdad o no.

Laureano, todavía con las huellas de lo que le había ocurrido, negó, como siempre, con la cabeza.

—De ningún modo, mamá. Una mala racha. Eso nos sucede a todos. A lo mejor un día a papá se le cae una casa y tampoco puede dormir.

Margot marcó una pausa y con la punta de la zapatilla trazó un signo en el suelo.

—Entonces ¿no te ha pasado por la imaginación que a lo mejor te equivocaste y que podrías recomenzar tu vida de antes?

—¿Quieres decir volver a estudiar?

—Exactamente.

—Sí, lo he pensado. ¡Cuando no se duerme se piensan tantas cosas! Me siento tan lejos de los libros de arquitectura como Carol de abandonar el bebé que acaba de tener…

—Es una lástima… —comentó Margot—. Sería un camino más seguro, menos peligroso.

—¿Y de dónde has sacado que me gusta la seguridad y que me molesta el peligro?

—No fanfarronees conmigo, Laureano. Soy tu madre y te conozco. En el fondo eres débil, mucho más débil que Susana… y que Cuchy. Pablito es más fuerte que tú. Pablito está convencido de que te tomaste las pastillas en serio, aunque no por lo de la película, sino porque te dan miedo los otros conjuntos que andan pisándote los talones.

—Pablito es un gili y le pegaré un par de tortas. En cuanto a ser débil o fuerte,

¿con qué se come eso? ¿Quién lo es y quién no lo es? ¿Qué es papá? Constantemente se acaricia la mejilla derecha… Y «tío» Rogelio —es curioso que ahora me moleste tanto llamarlo «tío»— ¿qué es? Tal vez Alejo sea fuerte, puesto que es partidario de volver a levantar el «007».

Las zapatillas de Margot borraron los signos que habían trazado en el suelo.

—Es lástima que no te hayas enamorado de una muchacha formal. Eso me bastaría para estar tranquila. Pero me consta que buscas lo fácil, o lo que pueda darte popularidad. Es decir, en todos los terrenos huyes de lo sólido, de lo que tiene cimientos firmes.

—Según Pedro y Susana, eso de enamorarse es un rapto. No es culpa mía si no me han raptado aún.

—Tienes los ojos turbios, Laureano. Y ésa no es la predisposición adecuada.

—Es el tributo que se paga por el éxito. Porque… he tenido éxito, ¿no, mamá? ¿O es que vas a negarlo?

—¿Cómo voy a negarlo yo si te lo pronostiqué desde el primer día? Pero lo que cuenta es tener éxito con el espejo. ¿Te gustas cuando te miras al espejo?

—Como todo el mundo. A veces sí, a veces no. Y depende del espejo.

—Yo sé que no te gustas. Y te has engreído tanto que no soportas un «no». Y la vida es una cadena de «noes». ¡Fíjate en el que tú nos has lanzado al rostro a tu padre y a mí! —Margot hizo una pausa y de repente añadió—: Pero vamos a darte una sorpresa, ¿sabes? Ésta es la última prueba. Si después de este reposo continúas destruyéndote a ti mismo… allá tú. No dejaremos de quererte por eso, pero no vamos a sentarnos en un rincón y morirnos de pena. Tenemos derecho a continuar viviendo, y viviremos…

Fue una salida inesperada. Laureano se quedó asombrado y hubiera jurado que el agua de la piscina cambiaba de color y que el sauce llorón levantaba sus ramas en señal de protesta.

—¿Qué significa esto? ¿Es un desafío?

—Tómalo como quieras.

Laureano se dio cuenta de que estaba en falso. Acababa de descubrir que en el fondo le gustaba que los demás sufrieran por él, y a lo mejor por eso echaba tanto de menos a Narciso Rubio. O estaba tan seguro de la fidelidad de sus padres, que la posibilidad de que le dijeran: «allá tú…», en vez de suponer un alivio lo desazonaba. «Soy un ser vampiresco», se dijo por dentro, aunque disimuló.

—Ya sería hora de que me dejarais en paz.

—¡Cómo! ¡Esto es el colmo! Has hecho lo que te ha dado la gana. Nos hemos limitado a obedecer las órdenes del doctor Beltrán. Él te salvó la vida —según tú, es lo que deseabas— y nos dijo que te trajéramos a descansar. Hemos cumplido con nuestro deber y sanseacabó.

Acercóse Julián, que se había ido por los atajos a dar una vuelta.

—¿De qué estáis hablando? —y sin transición el arquitecto agregó—: El campo

está hermoso… ¡Sí, lo está! A lo mejor me dedico a la arquitectura bucólica…

Laureano tenía una brizna de hierba en los labios.

—Nada… —contestó—. Hemos estado hablando de cimientos firmes…, y del derecho a continuar viviendo… Y también de la imagen que nos devuelve el espejo.

CAPÍTULO XLII

A LAS TRES SEMANAS JUSTAS de ingresar en la cárcel, Rogelio y Alejo salieron en libertad bajo fianza. Fianza de cuantía importante, pero que para la Agencia Cosmos era una ridiculez. Imposible pedir más diligencia por parte del abogado defensor, Eusebio Comas, quien una vez más demostró sus exhaustivos conocimientos profesionales, tal como Ricardo Marín había previsto.

Rogelio, en la Modelo, recibió muchas más visitas que Alejo, pero ello no le ayudó a levantar cabeza. De repente se acordaba de los muertos —Alejo, jamás— y estaba perdido. No es que sintiera pena por ellos, pero el delito le parecía monstruoso. Comía muy poco —el rancho colectivo le daba náuseas—, y continuaba con incesantes ganas de orinar. Resultado, que adelgazó sensiblemente, lo que en cierto modo mejoraba su aspecto. «Has perdido la alegría y la tripa», se mofaba Alejo, que lo que mayormente echaba de menos era el bastón.

Alejo confiaba mucho en Eusebio Comas…, en el prestigio y en el dinero. Creía que el abogado —colega suyo, no cabía olvidarlo—, una vez se encontraran en la calle echaría mano de mil triquiñuelas para alargar indefinidamente el proceso y conseguir que, a la postre, la pena fuera lo más reducida posible. No porque viera la posibilidad de sobornar a la justicia; simplemente, los intereses creados y aplacar la cólera de los parientes de las víctimas, a base de ofrecimientos generosos para las indemnizaciones.

—¿Qué sacarás con hacerte mala sangre? Acuérdate de la angina de pecho. Mucha calma, confianza en tu nombre… y en la suerte. ¿No me habías predicado mil veces que creías en la suerte? Pues demuéstralo.

El gran alivio del constructor, y al propio tiempo su gran pesadilla, era dormir. Dormía —y roncaba— horas y horas. Y tenía sueños absurdos, aunque de signo distinto a los de Laureano. No soñaba con que se quedaba mudo y con que los mudos lo perseguían; soñaba con que se quedaba ciego. Las sortijas de Rosy brillaban tanto que de pronto le quemaban las pupilas y se quedaba ciego. Entonces acudía Marilín que lo acariciaba e intentaba consolarlo, y le daba a beber un vaso de bicarbonato. También soñaba con que lo condenaban a fregar el piso de todas las habitaciones de todos los hoteles de la Agencia Cosmos. Se veía con delantal, arrodillado y fregoteando, en Lloret de Mar, en Mallorca, en Torremolinos. Al despertar, pegaba un brinco en el camastro y se encontraba siempre con el mismo espectáculo: la luz incierta del amanecer al otro lado de los sólidos barrotes.

A la salida de la cárcel no lo esperaba su Chevrolet, sino, por discreción, un taxi, en el que iban Rosy y Julián. El taxi depositó primero en el Ritz a Alejo —éste se dirigió a pedir la llave como si llegara de un crucero por el Caribe—, y luego

continuó camino hasta la avenida Pearson, donde *Dog* pegó, en el patio, unos saltos jubilosos que Rogelio le agradeció sobremanera. El jardinero, Serafín, se quitó la gorra y le dio los buenos días, nada más. Las doncellas aguardaban aturulladas y el resto de la casa… parecía repleto de *whisky*. Rosy mandó traer botellas de *whisky* de distintas marcas, aun sin saber si a Rogelio le apetecía y si le sentaría bien. Fue una suerte que Julián estuviera presente, pues la pareja, a solas, no hubiera sabido cómo resolver la situación.

Rogelio no podía con su alma. La libertad lo impresionó menos de lo que esperaba… porque sabía que era provisional. Rosy, al darse cuenta de este hecho, reaccionó con energía. Se le hacía raro ver a Rogelio tan delgado y poder hablarle de tú a tú, sin rejas de por medio, sin el horrible locutorio en el que, para dialogar con los demás detenidos, unos vecinos vociferaban a pleno pulmón, mientras otros parecían estar en un confesonario.

—Por favor, Rogelio, es la hora de la verdad… No chaquetees ahora. Yo me he mantenido en mi puesto todo ese tiempo y tú debes hacer lo mismo. Los dos a solas no podemos mentirnos, porque de nuestro amor no quedan ni las cenizas, dicho sea sin metáfora; pero de puertas afuera, más unidos que antes. Y tú, firme en tu puesto, en la Constructora, en la Agencia, en los clubs… Ir a todas partes —a los estrenos de gala—, como si nada hubiera pasado. Si te echas para atrás y te descubren acomplejado, te aplastarán como a una chinche.

—No es fácil lo que me pides —replicó Rogelio—. En mis condiciones enfrentarse con la sociedad no es comer gambas a la plancha. Todo el mundo sabe lo que pesa sobre mis espaldas, que tengo que presentarme a la policía los días uno y quince de cada mes y que no puedo ausentarme de Barcelona sin pedir permiso.

—Deja que los demás piensen lo que quieran. Tienen razón, por supuesto, pero tú ya no lo puedes remediar. Se trata de salvarte a ti mismo, de no andar mendigando por ahí un saludo o que te encarguen la construcción de una casa de dos pisos.

Intervino Julián.

—Además, la prueba te servirá para saber quiénes eran amigos tuyos de verdad y quiénes lo eran por conveniencia o frívolamente.

—Claro, claro —admitió Rogelio—. Cuando hay tempestad es cuando sabemos qué techo nos cobija. Pero por más esfuerzos que hago no soy 1 de antes. A lo mejor logro superar el bache, como Alejo, y adaptarme a la idea de que si no lo hago así estoy perdido, como dice Rosy.

—¡Cómo! Y te lo repetiré hasta la saciedad. —La mujer agregó—: Y piensa que los que más te criticarán son los que tienen las manos igualmente sucias, con la salvedad de que las órdenes que han dado no han acarreado ninguna desgracia. —Rosy era la que más bebía y añadió—: Aquí, desde luego, el que tiene razón es Marcos: el mundo entero está podrido, y no tú solamente. Las excepciones se cuentan con los dedos de una mano. Eso tiene que consolarte y darte ánimo.

Julián no compartía este punto de vista ni coincidía con las directrices del

diálogo, pero sí con la finalidad de que Rogelio no se quedara encerrado en casa como si siguiera en la Modelo.

—En esas tres semanas Aurelio y yo, con la ayuda de Marilín, hemos procurado que en la Constructora tu ausencia se notara lo menos posible. Tengo entendido que Ricardo Marín y Montserrat han hecho lo mismo en la Agencia Cosmos y que los hoteles y demás funcionan como siempre. Rosy te ha estado hablando de simular, de puertas afuera, que estáis unidos… ¡A lo mejor os embaláis y esto os sirve para esa reconciliación en regla que todos estamos esperando! A veces las grandes aflicciones obran milagros y ése sería el mejor que podría Hoveros del cielo. —Julián, mirándolos a los dos, recordando los muchos años que hacía que los trataba, se emocionó un poquitín—: La verdad es que daría cualquier cosa para que de las cenizas que Rosy ha citado renaciera entre vosotros un poco de amor…

Rosy se envaró. Llevaba un collar de perlas y tiró de él lo justo para no romperlo.

—Muchas gracias, Julián… Pero conseguir amor bajo fianza es entre nosotros más difícil que conseguir la libertad.

Rogelio opinaba lo mismo… pero con harto dolor. En la cárcel había meditado mucho sobre el particular. Y aun cuando culpó a Rosy, en gran parte, del camino que emprendió y en consecuencia de los resultados —incluso con respecto a los hijos—, se dijo que su error más grave fue no cuidar del matrimonio como cuidó de los negocios. Su gran fracaso fue ése. Por eso las palabras que había pronunciado Julián le hicieron mella de un modo especial. Por eso el día en que el arquitecto y Margot fueron a verlo al locutorio, al observar que sin darse cuenta iban cogidos de la mano, experimentó una sacudida y una ráfaga de celos que aquella noche incidieron en sus sueños sobre la ceguera. Ciego se necesitaba estar para no advertir que Rosy era más importante que la Constructora y que cualquier operación destinada a conseguir dinero. Pero sin duda era tarde para volver a empezar, y por desgracia él no creía en los milagros…

—Vamos a dar tiempo al tiempo —declaró, en un tono de voz más enérgico—. Por lo pronto, estaré muy ocupado poniéndome una máscara cada mañana y saliendo por ahí…

En la Constructora no hubo problema. Hizo chascar los tirantes, encendió un cigarro habano y todo el mundo en su puesto, empezando por Marilín, a la que hizo un obsequio en premio a su reconocida fidelidad. Rogelio se enteró, aparte de lo que le contó Julián, de que su secretaria se había ido al «007» de madrugada y que su tez era espectral y su llanto sin consuelo.

Los funcionarios de la empresa procuraban no mirarle a los ojos, nada más. No se atrevían. O no querían patentizar lo que sentían o tenían miedo de que «don» Rogelio no fuera el mismo. El encargado de la correspondencia le entregó varios anónimos que se habían recibido y que contenían amenazas. Rogelio los leyó, fingió no

afectarse y dijo: «¡Basura! A la papelera».

Donde hubo problema fue precisamente en el Club de *bridge*. Su entrada en él, del brazo de Rosy, fue espectacular. Merche se volvió ostensiblemente de espaldas. Hubo carraspeos, tos, espirales de humo de cigarrillo que volaron hacia el techo. Pero la mayoría lo saludaron y manifestaron alegrarse de verlo otra vez. El conde de Vilalta se mostró casi tan duro como Merche. Le dijo que deseaba hablar con él y se fueron al reservado en el que solían fabricarse los adulterios. Allí le cantó las cuarenta. Lo que había hecho no tenía nombre, no existía la menor excusa. Le suponía enterado de que había vendido a Ricardo Marín las acciones de las salas de fiestas y si no hizo lo mismo con las restantes de la Agencia Cosmos fue en atención al banquero y porque en los hoteles se jugaba limpio. «Hay cosas que un caballero como yo no puede dejar pasar». Rogelio se contuvo, consultó sin disimulo su reloj, como si tuviera prisa, y declaró: «Es usted muy dueño, señor conde»; y se levantó y regresó al salón, donde tenía lugar un reñido campeonato.

También hubo problema en Arenys de Mar. Lo peor fue el encuentro con su suegro, el doctor Vidal. El doctor Vidal se calló lo de su visita a la Modelo, pero quiso dejar bien sentado que, de saber con quién se la había, no le hubiera concedido la mano de su hija.

—No exageres, Fernando —terció Vicenta—. Un mal paso lo da cualquiera.

Rogelio, consciente de que ni en los días triunfales su suegro lo miraba con simpatía, no intentó siquiera defenderse. Aguantó como pudo el chaparrón. Hubiera dado lo que fuere para recibir la visita de su madre, que seguro que lo hubiera tratado con el cariño austero de siempre; pero para verla y para ver a sus hermanos tuvo que ir él al plantío de Llavaneras, donde la escena fue todavía más tensa que de ordinario.

Una sonrisa en medio de ese círculo adverso: el nacimiento del nieto, del hijo de Carol. Era varón y se llamó Antonio, Antoñito para la familia. Cierto que los consuegros no disimularon sus sentimientos de hostilidad cerca de Rogelio, ni el primer día ni el día del bautizo; pero el nieto… El nieto era una bendición, y a Rogelio con sólo mirarlo se le humedecían los ojos. Experimentaba una sensación dulce, como hacía tiempo que no recordaba otra igual. «¡Se parece a mí! ¡Es igual que Carol!». Sebastián, el padre de la criatura, aficionado a las lonas y al ping pong, admitió que era cierto. Era un muchacho que, a fuerza de no tener complejos, vivía en un mundo bastante real, sin inventarse nunca gratuitos eufemismos.

Antoñito había de ser la nota alegre y cristalina en la vida de Rogelio, quien en cuanto podía hacía una escapada y se iba a verlo. Carol lo recibía de buen talante. Y el crío lo miraba sin acusarlo absolutamente de nada, lo que para el constructor era una recompensa inapreciable. Si alguna vez sonreía, el contento del abuelo era tal que no podía describirse.

Duras las relaciones con Pedro, con su hijo. Rogelio esperaba que éste lo aguardaría en el taxi, a la salida de la cárcel. Al no verlo sufrió una decepción. En cambio, el muchacho almorzó al día siguiente con ellos en la avenida Pearson, y cabe

decir que repitió el gesto muy a menudo, mucho más a menudo que antes. Pero ocurría que no había diálogo posible, que no encontraban motivo de conversación.

Pedro no quería tocar el tema del «007» ni valerse de ello para reforzar su postura. Lo hizo con su madre y bastaba. Entonces ¿de qué hablar? Rogelio a veces se mostraba ocurrente y contaba anécdotas de su vida pasada, que llenaban los minutos; otras veces cometía la torpeza de aludir a incidencias de su estancia en la cárcel y entonces la atmósfera se hacía espesa. Menos mal que de tarde en tarde se le ocurría preguntarle a Pedro por lo que estaba haciendo. Entonces el muchacho se animaba y le contaba que seguía escribiendo su ensayo sobre la «rebelión estudiantil en la Universidad», analizando las causas, las causas por las cuales eran precisamente los universitarios los que, en aquel asalto a los valores establecidos, llevaban la voz cantante. Rogelio lo escuchaba ahora con mucha atención. Porque, al parecer, aquello ocurría lo mismo en España, que en Francia, que en Estados Unidos, que en el Japón. En otras circunstancias el constructor hubiera pegado un puñetazo en la mesa… o hubiera eructado; entonces, no. Se interesaba por detalles del esfuerzo que Pedro llevaba a cabo… y le deseaba mucha suerte.

Lo cual no significaba que Pedro estuviese contento de sí mismo. Tenía muy presente las palabras de mosén Rafael —«tienes que estar al lado de tu padre»— y al ver que no conseguía cumplir su promesa se sentía culpable. ¡Con lo que Rogelio lo necesitaba! Porque la lucha del constructor era realmente titánica, atizado por Rosy, que fiel a su consigna quería hacerlo aparecer en público como si ninguna mancha oscureciese su vida. Y eso era imposible. En el gremio recibía muchos desplantes —y los recibía de personas como Gloria—, como le ocurría a la propia Rosy en la peluquería, en las *boutiques*, en los lugares más impensados. Tuvo que dimitir de directivo del *Barça*, por la muerte, en el «007», de la hija mayor del que actuaba de tesorero. Aunque lo peor eran los periódicos. Continuamente publicaban noticias referentes al proceso que se seguía, y casi siempre cargando la nota con mala intención. Entonces Rogelio a gusto hubiera permanecido oculto en la avenida Pearson. Cabe decir que por lo general conseguía dominarse; sin embargo, muy a menudo se auscultaba el corazón, porque temía que también éste en cualquier momento le jugara una mala pasada.

Lo que lo impresionaba era oír a *Los Fanáticos*. Cuando cantaban por radio, o salían en la televisión, o veía alguno de sus *posters* por la calle —sin Narciso Rubio y sin Salvador—, se arrebolaban sus mejillas, entre otras razones porque había vuelto a engordar. ¡Y con motivo de la película! Durante varias semanas no se habló de otra cosa. Entonces el incendio del «007» se instalaba en su mente y se ponía nerviosísimo. Menos mal que Carol no estaba en casa con sus eternos discos *pop* y que Margot los invitaba con frecuencia a General Mitre, donde, si bien Beatriz lo miraba de mala manera, Margot los obsequiaba con su sonrisa de siempre. ¡Ay, los esfuerzos de Margot! Eran también de padre y muy señor mío. Había retado a Laureano y debía hacer honor a ese reto; pero además, Rogelio la repugnaba —todos

sus pronósticos se habían cumplido— y sólo el sentimiento cristiano y los ruegos de Julián podían lograr que disimulase. Cuando pensaba que Laureano pudo ser una de las víctimas en la *boîte* le daba una especie de mareo que a duras penas conseguía vencer.

Los Fanáticos eran una obsesión para Rogelio, porque se encontraba con su efigie por todas partes, como se encontraba con algunos edificios levantados por la Constructora o con el monigote regordete y sonriente, que ahora se le antojaba una alusión cáustica. ¡Y Amades se empeñaba en torturarlo hablándole de sus éxitos! Rogelio miraba al exasmático y estaba seguro de que también pararía en la cárcel, lo mismo que Carlos Bozo. Si alguien podía calibrar hasta qué punto la pareja estaba materializada y explotaba a «Laureano y sus muchachos», ese alguien era Rogelio. ¡Rosy tenía razón! Aquello era también una estafa —se quedaban con una buena tajada de los ingresos— y nadie ponía por ello el grito en el cielo.

Lo malo para Rogelio era que continuaba con las mismas aversiones, con los mismos miedos. Más que nunca lo hubiera asustado subir a un avión; y más que nunca —puesto que continuaba recibiendo anónimos— seguía asustándolo quedarse solo… Antes, Amades lo acompañaba a todas partes; pero ahora… No tuvo más remedio que acudir a Alejo, aunque sus relaciones con éste se habían complicado lo suyo. Alejo, que exhibía ya otro bastón con puño de plata, a menudo se excusaba —tenía mucho trabajo y estaba mucho más tranquilo que Rogelio—, pero frecuentemente lo acompañaba, y hasta se avenía a jugar a las cartas con él en la avenida Pearson, lo mismo que en la Modelo, aun a sabiendas de que en este terreno con el constructor no tenía nada que hacer.

A todo esto, le llegó a Rogelio, por el ángulo más inesperado, otra complicación: los *meublés*. Uno de los periodistas fisgones, amigo de Sergio, aprovechándose de que a raíz del sumario instruido contra Rogelio se exhumaba la vida de éste en todos los terrenos, se enteró de que el hombre era propietario de cinco *meublés*, entre los cuales figuraba «La Gaviota». En el periódico apareció una noticia redactada de forma sibilina y equívoca, que dio pie a toda clase de interpretaciones. Total, que el asunto, al pasar de boca en boca, fue desvirtuándose de forma alarmante. Pronto resultó que Rogelio no sólo tenía *meublés* sino una red de casas de prostitución y que muchas *vedettes* del «Molino» estaban a sueldo suyo, como lo estaba la gogó filipina del «007».

Complicación… Todos cuantos se enteraron de aquello sintieron un repeluzno difícil de dominar. El conde de Vilalta exclamó: «¡No me extraña absolutamente nada!». Margot se mordió las uñas y en un arranque poco habitual en ella afirmó que hasta nuevo aviso Rogelio no volvería a entrar en General Mitre. También Julián se indignó —a veces se preguntaba por qué defendía con tanto ahínco al constructor— y Aurelio Subirachs lanzó seis flechas seguidas a la diana de la pared de su despacho. En cuanto a Carol, no supo qué decir —casi quería esconder a Antoñito para que Rogelio no lo viera—, y Pedro, muy a pesar suyo, se enfrentó de nuevo con su padre

en términos de una dureza extraordinaria.

Rogelio se defendió como un león. Negó que aquello fuera verdad. «Esto es una infamia. Ahora todo son calumnias y van a colgarme hasta atracos a las joyerías y asesinatos de guardia civiles». Hablaba con tal convicción que algunas personas dudaron, pues era cierto que todo el mundo se atrevía con los árboles caídos. Además, ¿de dónde había salido la noticia? ¿De un periodista? ¿De Sergio? Sabido era que los periodistas inventaban cualquier cosa; y en cuanto a Sergio, sus ideas eran harto conocidas y siempre apuntaba en la misma dirección.

Ricardo Marín, al oír el nombre de «La Gaviota», tembló de pies a cabeza, pues se acordó, naturalmente, del chantaje de Alejo. ¿Y si Alejo le había contado a Rogelio «lo suyo y lo de Rosy»? ¿Y si Rogelio utilizaba también «el mirador»?

Como siempre en esos casos, optó por la audacia, por jugárselo todo a una carta y llamando a Rogelio le increpó.

—¡De modo que cuando fui a consultarte lo del chantaje que me estaba haciendo Alejo, el propietario del *meublé* de marras eras tú! ¡Y tú sin soltar prenda! ¡Y Alejo fisgoneando, inspeccionando, para ti, en ese sucio negocio! Rogelio, te ruego que me des ahora mismo una explicación, si es que la explicación existe; de lo contrario, tendré que hablarte como nunca lo he hecho hasta ahora…

Ricardo Marín no cesaba de tragar saliva. Le temía a la reacción de Rogelio más que a una bayoneta. ¡Si Rogelio estaba enterado! Pero al instante se dio cuenta de que no era así. Rogelio se deshizo en explicaciones.

—Si en aquel momento te hubiera confesado que yo era el dueño de «La Gaviota», hubieras podido sospechar que también estaba al corriente de quiénes entraban y salían, lo cual no era cierto. Eso era privativo de Alejo, que, como sabes, es un pervertido. Por eso me callé. Luego ya no hubo ocasión de volver a tocar el tema y bastante hice con contribuir a que Alejo cumpliera su palabra de no delatarte, de no comunicar a nadie la identidad de la mujer que te acompañaba…

Ricardo Marín recobró la respiración. Tan eufórico se sintió, que tuvo arrestos para atacar nuevamente a Rogelio por lo de los *meublés* lo de las casas de prostitución no se lo creyó jamás.

—Realmente, has sido un tipo incansable —le dijo—. No te ha importado de dónde ni cómo llegaba el dinero a tus manos. ¿Qué necesidad tenías de embarcarte en un asunto así?

Rogelio se acordó de las palabras de Rosy: el mundo está podrido.

—¿En serio crees que un *meublé* es algo más inmoral que un banco, que el Banco Industrial Mediterráneo? Ricardo, eres demasiado inteligente para afirmar una cosa así.

Ricardo Marín sonrió. No podía evitar sentir simpatía por el constructor.

La otra persona que supo, por boca de Rogelio, que lo de los *meublés* era verdad, fue Rosy. A Rosy no podía engañarla —la mujer le leía los ojos, los pensamientos, la médula de los huesos— y le confesó: «Pues sí. ¿Qué más da una cosa que otra?

Además, es un asunto que está legalizado, permitido por la ley. Las casas de prostitución, no, pero los *meublés*, sí. Alejo me lo sugirió y acepté».

Rosy, enterada también de que entre los que le pertenecían figuraba «La Gaviota», no tembló como Ricardo, porque ignoraba lo de que en la entrada existiera «un mirador» y porque Rogelio, caso de conocer su infidelidad, la hubiera estrangulado o poco menos. Pero el desprecio que sentía por su hombre se acrecentó más aún.

—Realmente, eres un cerdo, Rogelio… Dicho sea sin perdón. Dondequiera que haya cochambre, estiércol, allí estás tú.

Rogelio no quería prolongar aquella conversación. Pero se dio cuenta de que el odio de su mujer se había duplicado. Y a partir de ese día advirtió que en todas partes era recibido con mucho más recelo que al salir de la cárcel. Por lo visto lo de los *meublés*, pese a estar legalizados, causaba una impresión terriblemente desagradable.

No sabía qué hacer. Poco a poco iba adentrándose en un callejón sin salida. Por otro lado, el abogado, Eusebio Comas, se mostraba escasamente optimista. Le daba esperanzas con respecto a la duración del proceso, pero era muy realista en al cuestión de las indemnizaciones y, sobre todo, en cuanto a los años de cárcel que el fiscal pediría para él —con Alejo sería mucho más indulgente—, y que no tendría más remedio que cumplir.

Rogelio se amilanó. La carga del desprestigio le pesaba ya mucho, y ponerse la máscara todos los días aún más… Pero la perspectiva de unos años de cárcel era superior a sus fuerzas.

Así las cosas, inesperadamente, y gracias a Alejo, se le abrió una perspectiva inédita. Una mañana en que salían ambos de declarar en el juzgado, Alejo lo detuvo en la acera y le dijo:

—¿Sabes lo que he pensado? Yo, en tu lugar, me largaría…

Rogelio se quedó inmóvil y lo miró, parpadeando.

—No te entiendo. ¿Qué quieres decir?

—Lo que he dicho. Que me largaría al extranjero… Situaría allí todos los fondos que pudiera y a vivir. —Se volvió hacia el edificio que acababan de abandonar y haciendo un gesto añadió—: Adiós, muy buenas.

La primera reacción de Rogelio fue tacharlo de chalado y delirante. ¡Menuda solución! ¿Adónde se iría? Si tuviera treinta años, cuarenta… y le fuera factible volver a empezar… ¡En el extranjero no conocía más que a Juan Ferrer y lo tildaría de cobarde! Además, ¿y Rosy? ¿Qué haría con ella? ¿Y aceptaría Rosy irse con él? ¿Y de dónde sacar los arrestos para pegar un salto así?

Alejo no se tomó la molestia de entrar en detalles. «Piénsalo…», le dijo. Subieron a un taxi y le pregunto: «¿Te dejo en la Constructora?».

Rogelio estaba un poco aturdido y contestó:

—Pues sí.

Así lo hicieron. Alejo siguió viaje hacia el Ritz y Rogelio subió a su despacho y

se encerró en él. No era hora de oficina y estaba solo. De las paredes habían desaparecido incluso las mujeres en bañador. De pronto Rogelio empezó a acariciarse la papada, tirando de la piel colgante. ¿Y si Alejo tenía razón? Fueron unos minutos alucinantes, durante los cuales sus ojos brillaron más que los chismes de oro que llevaba en la muñeca y en la corbata. Realmente, tal vez no estuviera mal pensado… «¡Adiós, muy buenas!». El problema de situar buena parte de sus fondos al otro lado de la frontera no era grave, lo mismo si podía contar con Ricardo Marín como si no. Tampoco veía imposible convencer a Rosy, pues la pobre se estaba cansando también de dar la cara y envejecía por días en aquel ambiente hostil. Cierto que él carecía de pasaporte y necesitaba permiso hasta para irse a «Torre Ventura»; pero eso se solucionaba con facilidad. Sencillamente, pagando a algún pescador de Arenys de Mar para que, con una barca motora, en una noche loca o cuerda —¿cómo saberlo?— los acompañara a la costa francesa.

Lo invadió una extraña calma, encendió un veguero y repensó la cuestión. Y no vio otra salida. Al fin y al cabo lo había perdido todo, excepto la fortuna, y sólo de ésta se podía valer. La cárcel era esquizofrénica, sus hijos lo habían abandonado, por lo menos espiritualmente. Le quedaban algunos amigos, ¡el nieto!, pero poco podían hacer por él. Y tal vez en el extranjero —París, Méjico…— Rosy cambiara de actitud y firmara con él un tratado de paz, o por lo menos estuviera dispuesta a mostrarse más tolerante.

No tomó ninguna decisión, porque lo último que hubiera pensado aquella mañana al levantarse era eso. No obstante, se fue a la avenida Pearson con esa idea en la cabeza. Y durante el almuerzo se la soltó a Rosy, absteniéndose, sin embargo, de decirle que la sugerencia era de Alejo.

Rosy también se quedó pasmada, sosteniendo en alto el tenedor. La invadió una ráfaga de sentimientos contrarios. Marcharse ella… ¡ni hablar! «A los treinta años, a los cuarenta, sí; pero ahora…». En principio, en cambio, no le parecía mal que se marchase Rogelio, siempre y cuando le dejara a ella las cosas en regla. ¡Por fin se liberaría de él!

—¿Sabes que es una cosa para pensarla? —le dijo—. Confieso que no se me había ocurrido.

Rogelio se animó.

—¿De veras te parece… digamos razonable? ¿O factible?

Rosy cambio de expresión. ¡Ojo! No quería equívocos.

—De entrada, me parece factible…, y razonable, que te marches tú… Marcharme yo es otro cantar.

Rogelio se hundió.

—Pero… ¡Rosy!

—Sí —le interrumpió la mujer—. Comprendo lo que vas a decir. Pero, de momento, no veo por qué he de seguirte… Eres tú quien ha de ir a la cárcel, ¿no es así? —Marcó una pausa—. ¡Oh, no me hagas caso! ¡Me ha pillado tan de improviso!

Estoy como borracha. Es cuestión de reflexionar.

Rogelio se sentía humillado. Que Rosy admitiera la posibilidad de que se marchara él solo se le antojaba una afrenta. En esas condiciones, desde luego, no valía la pena proseguir el diálogo.

Rosy leyó, como siempre, su pensamiento y dio un astuto giro a la conversación.

—Por supuesto —añadió—, mi papel aquí, sola, no sería tampoco muy lucido… ¡Lo mejor es lo que te dije antes!: déjame reflexionar…

Rogelio quiso dejar bien sentado que él solo no se iría y de momento el peloteo se aplazó.

CAPÍTULO XLIII

MARCOS RECIBIÓ UNA CARTA de Bernadette comunicándole que había decidido pasar en Ibiza el mes de vacaciones que le correspondía, con los *hippies* que conoció en París: Del uno al treinta de agosto. «¿Por qué no vas tú también? Estaré en la playa de Santa Eulalia… Lo pasaríamos estupendamente. Yo te recuerdo mucho. Y si Pedro quiere ir también, tanto mejor».

El muchacho se quedó pensativo. En Ibiza estaba también Giselle. ¡Era tentador! Se había quedado con las ganas de prolongar aquella experiencia y de decirles «ni fu ni fa» a las drogas sicodélicas. Por descontado, él era libre y podía ir; Pedro, ni hablar. Ni siquiera se atrevería a proponérselo.

Entonces pensó en Laureano. ¿Por qué no hablarle del asunto? Un mes, imposible, debido a los compromisos, a los contratos; pero una semana… Precisamente a Laureano, según rumores, le habían ordenado descansos periódicos y él había prometido obedecer.

Marcos se agarró a esta idea porque quería mucho a Laureano y estaba preocupado por él como todo el mundo, como su familia, como todos sus amigos, como el doctor Beltrán. Y se dijo que tal vez conocer el mundo *hippie* lo obligara a reflexionar. La libertad, el desarraigo, la falta de apetencias… ¡Quién sabe! Podría cantar para ellos, en la playa de Santa Eulalia, cerca de los árboles y cerca del mar, y no lo pagarían con dinero por la actuación, pero sonreirían beatíficamente y le corresponderían con sus propias canciones, a su manera y tocando los instrumentos quizá ingenuos de que dispusiesen. ¡Si estuviera Harry, el americano! ¿Por qué una flauta de caña y una vida primitiva y unos rostros nobles no podían hacerle un bien a Laureano?

El hijo de Aurelio Subirachs, pintor por vocación y bohemio por instinto, escéptico y a la vez enamorado de la vida, aguardó turno para poder hablar con su amigo, que después de Can Abadal había vuelto a sus actuaciones en cadena y tan pronto cantaba en Valencia como en Zaragoza, y que era verdaderamente un esclavo. Por fin lo consiguió en el chalet de la calle de Modolell.

Laureano tenía tan buen aspecto y lo recibió tan efusivamente, que Marcos pensó: «Me mandará a hacer gárgaras. ¡Hablarle de reposo! Me equivoqué de puerta». Pero le expuso su idea y, ante su asombro, Laureano se tomó de un sorbo una Coca Cola, como la noche del incendio del «007» y le dijo, tirando también la botella vacía a un rincón:

—¿Sabes que tu propuesta no es ninguna tontería? Exactamente tengo que descansar cinco días al mes, pero cinco días seguidos… ¿Tú cuándo te vas?

—El día uno de agosto quiero estar allí. ¡Ah, si conocieras a Bernadette! Saldrías ahora mismo… y Giselle no está nada mal, ¿verdad?

—Giselle… —murmuró Laureano—. ¿Sabes que han metido a Sergio en la

cárcel?

—¿Cómo? No… No sabía nada. ¿Cuándo?

—Ayer. Su padre está desesperado. Aparte del cine subversivo que estaba preparando en París, aquí le han descubierto una tonelada de octavillas de no te menees.

—Está visto que la cárcel es un lugar tentador…

—A mí me tienta más Ibiza… —dijo Laureano, estirando los brazos—. Me revienta no saber nada de los *hippies*, sólo lo que he leído y oído. Les gusta mucho el *pop*… A lo mejor me hacían un monumento.

—No lo creas. Los que yo conocí, son partidarios de la inmovilidad. Lo cual no significa que sean insensibles. Probablemente se concentrarían más que tus *fans*, pero no te halagarían en absoluto. Todo lo bello les parece de lo más natural.

—… Ya —Laureano siguió meditando y de repente añadió—: Hablaré con Bozo y con mis compañeros y mañana te daré una respuesta. ¿A qué día estamos de julio?

—A veinticuatro.

Laureano volvió a estirar los brazos.

—¡Huy, las francesas…! Y Giselle… Supongo que hacen locuras.

Marcos se rió.

—Casi te lo puedo garantizar.

Carlos Bozo le dijo que podía disponer del ocho al catorce de agosto y Laureano se decidió. Se puso de acuerdo con Marcos y en la fecha prevista se reunió con él en Ibiza. Allí estaban, efectivamente, Bernadette y Giselle.

El grupo no era muy numeroso —unos treinta o cuarenta— y vivían en la playa, algunos en pequeñas tiendas de campaña. La primera sorpresa que se llevó Laureano fue que, excepto las dos muchachas, nadie más había oído hablar de él. Lo tomaron por uno de tantos curiosos que asomaban la nariz por el campamento. Cuando Bernadette los informó de que era un cantante muy famoso y que deseaba quedarse unos días con ellos, contestaron que «bueno».

El ambiente era idílico. Elaboraban variedad de bagatelas y amuletos —collares de concha, de semillas, brazaletes, sandalias, artesanía de influencia árabe o india, etcétera—, y cada día algunos se destacaban por los alrededores, intentando colocar la mercancía o intercambiarla por lo indispensable para comer. No faltaban los competidores de Marcos —éste se había traído sus bártulos— que pintaban o dibujaban. Comían sobre todo fruta. Laureano se preguntó cómo hubieran reaccionado de haberse presentado allí con su descapotable rojo. No le hubieran hecho caso, o quizá lo hubieran tirado al mar.

Laureano no quiso comunicarle a Giselle que Sergio estaba en la cárcel, para no crear complicaciones. Giselle iba con un canadiense, aunque parecía dispuesta al intercambio. Cuando Marcos la interrogó sobre los motivos de su trueque de vida —

del mundo marxista al mundo *hippie* había un buen trecho—, ella dijo sencillamente que se había cansado de la tensión constante, de luchar, y que Sergio y los suyos terminaron por parecerle utópicos. «Claro que a lo mejor ahora he caído en una utopía mayor aún, pero por lo menos aquí me permiten descansar».

¡Por supuesto! Bernadette decía: «En la UNESCO no paro de trabajar. Cuando estoy aquí me pregunto por qué». Tanto era el descanso, tanta la quietud, que Laureano comprendió en seguida que no lo resistiría. Y ya la primera noche les pidió prestada una guitarra y, aunque sonaba horriblemente, los obsequió con un recital.

Entonces se produjo su segunda sorpresa. La mitad del grupo se limitó a leves aplausos, pero la otra mitad se excitó. Se pusieron a bailar en la playa con un sentido del ritmo y un respeto que era difícil encontrar en las *boîtes*. Puede decirse que cayeron en trance y no le permitían a Laureano que se tomara un respiro. Cabe decir que él les correspondió gustosamente; entre canción y canción, se oían comentarios en diversos idiomas y el rumor de las olas. Bernadette se le acercó y le dijo: «¡Eres *épatant*!».

Al término del recital los que habían bailado se bañaron desnudos; los demás daban la impresión de no sentir nunca la necesidad de lavarse. Pero no formaban dos comunidades separadas, sino que volvieron a mezclarse como antes.

Marcos se acostó con Bernadette, rememorando su temporada de París, y Laureano con Giselle. Al muchacho le sorprendió que Giselle se comportase como una novata y ella le dijo: «Sergio daba poca importancia a esto y la verdad es que hasta ahora a mí me ocurría lo mismo». Laureano no supo si indignarse o si considerar que aquello podía ser también un aliciente.

El día siguiente fue el día de las preguntas. Laureano se llevó otra sorpresa: no faltaban quienes habían olvidado que fue él quien actuó la víspera. Y en muchos casos le costó arrancar confidencias; menos mal que Marcos y Bernadette le ayudaron. En principio él creyó que todos los que estaban allí se habrían peleado con sus padres, y no era así. Cierto que en la mayoría de los casos se habían producido fricciones, por estar en desacuerdo con el tipo de vida que las familias llevaban; pero abundaban los que respetaban a sus progenitores y los excusaban diciendo que «habían heredado aquel tipo de educación y que era lógico que fueran como eran». Sus convicciones eran, por lo general, profundas, pero sin rencor: novedad para Giselle… y para Laureano. No se sabía adonde iría a parar todo aquello, pero el presente era de por sí importante y un hecho incontrovertible.

—¿Qué opinas de la guerra?

—Una porquería.

—¿Y tú?

—Que me maten; yo no dispararé jamás.

—¿Y tú?

—¡Guerra, guerra! Ninguna guerra ha sido nunca justa. La guerra es la crueldad.

—¿Y tú?

—Las medallas del héroe son el símbolo de la traición a la humanidad.

Laureano insistió:

—¿Cómo definirías al *hippie*?

—No lo sé. Ser *hippie* es algo que se siente.

—¿Y tú?

—El *hippie* elimina, elimina y se queda con lo que le duele o le hace feliz y con el amor por los demás.

—¿Y tú?

—Ser *hippie* es creer en uno mismo y en que las propias posibilidades son ilimitadas si uno llega a encontrarse.

La mayoría de ellos hicieron su clásico canto a la naturaleza en general —«lo que nos rodea es una lección constante»—; elogiaron a las flores —«viven sencillamente, para alegría de nuestros ojos»— e incluso a las espinas —«hacen daño, pero nosotros estamos acostumbrados a dar sangre»—. Andaban descalzos para «identificarse más con lo natural». «Me siento más libre viviendo bajo el cielo estrellado que en casa de mis padres». «Tengo un árbol que parece un palacio; creo que no me lo merezco». «Durmiendo en el campo el paso del tiempo se advierte a ritmo de corazón. En el firmamento lees tu propio nombre hasta que te duermes y parece como si hasta los bichitos fueran diciéndote: tú también tienes derecho a estar aquí». Aquella comunidad había recogido a una serie de perros enfermos, que nadie quería, y los cuidaba con verdadero amor.

Celebraban sus fiestas, sobre todo, cuando había luna llena. Bajo la luna llena se pasaban la noche en vigilia, en un extraño silencio, casi religioso, en torno a unas fogatas, hasta que al amanecer estallaban en gritos y cantos de alegría y mientras unos se bañaban los otros se ponían a bailar. En otras fiestas se tatuaban de arriba abajo. Una de las chicas, amiga de Bernadette, estaba convencida de que el mejor medio para conocer a los demás era mirarlos a los ojos. «Los ojos lo delatan todo. Con sólo mirar a los ojos de las personas sé si pueden ser amigas o si tengo que huir de ellas». Laureano hubiera querido cerrar los suyos, porque de un tiempo a esta parte todo el mundo le decía que su mirada no era la misma de antes. «Ya sabemos que hay quien nos considera unos vagos, pero otros nos defienden afirmando que no hacemos daño a nadie».

—¿Y cuando tenéis hijos?

Había un par de niños pequeños en la comunidad, y daban un poco de pena. Vestían estrafalariamente, como los mayores, y daban la impresión de estar un poco abandonados.

—Solemos enviarlos a nuestras familias.

—¡Eso no es jugar limpio!

—Quizá no. Pero cada cual hace lo que quiere.

La mayoría sentían curiosidad, aunque sin profundizar, por las religiones orientales, especialmente por el Zen, el taoísmo y los vedas, y muchos pensaban

proseguir viaje hacia Marruecos —lo árabe los atraía— y luego irse hacia la India y el Nepal. Por descontado, prácticamente todos creían en Dios y hablaban de ello casi con exaltación.

—Dios es la vida.

—Cada día doy gracias a Dios por conservarme la vida.

—Si pensara que Dios no existe, ya me habría suicidado.

Muchos creían también en la telepatía y, algo menos, en la astrología.

Laureano se impresionó un tanto ante esas afirmaciones religiosas, pues por su parte había dejado de pensar en ello desde hacía mucho tiempo. Dios… ¡qué extraña lejanía! Casi tan lejano como el Colegio de Jesús. Y pensando que Dios existía, ¿cómo concebir que se incendiaran las *boîtes* y muriesen dieciséis jóvenes? Pero no se trataba de impugnaciones apologéticas, sino de que aquella comunidad, que se bebía a sí misma y contemplaba en vez de diluirse en la acción, creía en Dios y en su contacto personal y directo con los hombres. No dejaba de ser curioso y otro motivo de reflexión… para quien tuviera tiempo y querencia —quizá Marcos— de reflexionar.

¡Las drogas! Casi todos fumaban o tomaban drogas. Eso se veía porque se pasaban unos a otros los pitillos, porque utilizaban las jeringas y porque lo confesaban sin ambages. Aunque existían muchas diferencias a la hora de elegir y las reacciones eran muy diversas. No era lo mismo tomar marihuana que anfetaminas, o tranquilizantes —¡barbitúricos!— que opio o heroína, o que alucinógenos como el LSD. Giselle, por ejemplo, no había pasado de fumar hachís —un desertor de la Legión trajo cierta cantidad— y tuvo la sensación de que flotaba, y le dio un ataque de risa. Bernadette había probado varias —ninguna alucinógena— y se había sentido «más sincera», «como liberada», «con deseos de expansionarse», pero sin muchas ganas de repetir la prueba. Y el acto sexual, bajo el efecto de la droga, no le procuró mayor placer. Marcos, en los días que llevaba allí, sólo había hecho «un viaje», con una cantidad ínfima de LSD. Se negó a contarle a Laureano lo que experimentó, puesto que el tema no le gustaba. Se limitó a decirle que su percepción aumentó, que vio colores preciosos, que la música le pareció más bella y que en todo cuanto veía aparecían calidades desconocidas; aunque luego el abatimiento que le sobrevino, la abulia, lo asustaron.

Laureano quiso hacer honor al diagnóstico del doctor Beltrán —«el muchacho busca sensaciones nuevas»—, y puesto que disponía de poco tiempo, ya que los cinco días se le irían en un soplo, pidió probar, sin más dilación, una cantidad también pequeña de LSD.

Nadie se opuso. Bernadette lo presentó a un drogadicto, que por su larguísima melena, su laxitud, su túnica azul celeste y el encogimiento de su pecho hubiera podido muy bien tomarse por el *guru*, por el guía o el alma de la comunidad, aunque en realidad no era así, sino el más solitario de todos sus componentes. Nadie sabía de dónde sacaba el LSD, pero no le faltaba jamás y lo suministraba a precio módico, en

terrones de azúcar que empapaba previamente. Se llamaba Edward, era inglés, pero chapurraba el español. Llevaba ya una temporada en Ibiza, pero le molestaba que dos de las muchachas estuvieran embarazadas y tenía la intención de trasladarse a Formentera.

—Te daré un terrón de azúcar con doscientos microgramos. Eso bastará para tu primera experiencia. Y te garantizo que la droga es auténtica.

Laureano se sentó en la arena, a la hora del amanecer, en mangas de camisa, e ingirió el terrón de azúcar. A los pocos segundos experimentó una suave náusea y una cierta rigidez en el cuello. Minutos después sintió la irreprimible necesidad de defecar, de modo que mirando a Edward le pidió perdón —éste asintió— y bajándose los pantalones defecó, aunque en pequeña cantidad.

Ello pareció proporcionarle una sensación de descanso, hasta que se repitieron las náuseas. Y de pronto volvió a mirar a Edward, imaginando que era el maestro que lo conduciría por caminos jamás hollados y vio que su rostro se transformaba, alternativamente, en el de Cristo y en el de un sátiro, para volver a la primera expresión.

En ese momento Laureano se sintió invadido por una «nueva conciencia», relacionándolo enteramente todo con lo sagrado. Los que lo rodeaban, Marcos, Bernadette, Giselle y una pareja de daneses, cogidos de la mano, eran sacerdotes y sacerdotisas. Todo lo que había en la playa era sagrado: la tienda de campaña de Edward, el altar; los utensilios, cálices; las botellas, lo mismo; una bolsa de plástico era una hostia y todo aparecía tocado por el dedo de la consagración. Laureano adoró sobre todo una de las botellas, verdes, que comenzó a irradiar una luz sobrenatural, hasta que de pronto se trocó en una imagen obscena, fálica.

Edward le preguntó:

—¿Qué ves y qué sientes ahora?

Laureano entendió perfectamente las palabras, aunque le parecieron llegar de muy lejos.

—Ahora oigo música pornográfica, y ello me llena de indignación, porque los cálices que hay aquí me van a despreciar.

Poco después Laureano cerró los ojos. Sus manos tocaban la arena de la playa y le pareció que la arena quemaba. Entonces tuvo una visión de lo futuro y oyó voces, pero las oyó sólo en el interior de su cerebro, como en una caverna. Se encontraba, como el resto de la Humanidad, sobre las cumbres montañosas de la Tierra, escuchando el discurso que les dirigían dos figuras a muchos centenares de quilómetros de altura. A pesar de su altitud, podían divisarlas perfectamente. Les dijeron que eran los ancianos de aquella parte del Cosmos y habían perdido ya la paciencia con las criaturas terrestres. La recalcitrante, egoísta, avarienta, bélica y bárbara Humanidad se había excedido a sí misma, y ahora que había sido descubierto el poder nuclear, la ultrajante raza que se estaba desarrollando en nuestro planeta podía intentar subvertir todo el orden cósmico. Por tanto, el «Consejo de ancianos»

había decidido que, a menos que la Humanidad hallase algo en sus creaciones con lo que justificarse a sí misma, sería aniquilada.

Tras de haber escuchado este mensaje, los terrestres se diseminaron, Laureano en cabeza, escudriñando en sus bibliotecas, museos, historias y parlamentos en busca de algún invento o descubrimiento que pudiera ser la justificación de toda la Humanidad. Exhibieron las grandes joyas del Arte: los Leonardo da Vinci, los Miguel Ángel, los Praxíteles. Pero los ancianos sacudieron la cabeza y exclamaron al unísono:

—No es suficiente.

Entonces mostraron las grandes obras de la literatura, pero resultaron igualmente insuficientes. Buscaron las obras de los místicos; tampoco. Les ofrecieron las figuras de los genios de la religión: Jesús, Buda, Moisés, San Francisco, pero los ancianos se echaron a reír exclamando:

—No nos basta.

Fue entonces, cuando la destrucción parecía inminente y ya todo el mundo se había abandonado a su destino, cuando Laureano pidió una guitarra, alguien se la dio y se puso a interpretar a Juan Sebastián Bach.

Los ancianos escucharon aquellas melodías y grandes lágrimas plateadas, de increíble resplandor, resbalaron por sus luminosos cuerpos, cayendo en medio de un silencio sepulcral. Este silencio se fue propagando hasta que ellos mismos lo rompieron para decir:

—Es suficiente. Uno que justifica la tierra.

Laureano se tumbó en la arena. Su cuerpo era una serpiente o un cocodrilo que evolucionaba hacia la forma humana. No sabía qué edad tenía, si era un niño o un viejo, y oyó un nombre: Beatriz. Aunque la zeta se repetía y parecía un silbido. Su cuerpo empezó a pesarle, lo que le produjo una enorme sensación de fatiga. Cada extremidad le pesaba toneladas y el cerebro debía de pesar como la Tierra entrevista anteriormente con los ancianos. Sus sensaciones táctiles —tenía la guitarra en la mano— eran variadísimas, del hueco del instrumento salían gnomos y si abría los ojos no sabía si lo estaba contemplando sólo Edward —con cara de Cristo o de sátiro— o una multitud, y si la multitud estaba quieta o bailaba *rock*. Alguien lo aplaudió, pero él quería bailar y no podía; su cuerpo era de plomo. Quería cantar y no se atrevió: le hubiera salido un chorro de voz que hubiera destrozado el Universo. Vio ante sí un gato que le pareció él mismo y también que era como un piano de cola, con teclado en vez de dientes. Luego el aire se llenó del olor amoniacal de la muerte. Olor a amoníaco, a pis, como en el taller de su padre, en el cuarto donde sacaban copias de los planos. Él y el gato estaban matando a mucha gente; a todo el mundo, excepto a Edward. Y por fin tuvo una sensación de agonía, experimentó un sufrimiento inexplicable y sintió ganas de coger la botella verde, que disponía de gatillo, y de pegarse con ella un pistoletazo en la sien.

Poco después abrió los ojos. No estaba tumbado, sino que continuaba sentado.

Notaba la boca seca y la lengua espesa. Recobró consciencia y reconoció a los que lo rodeaban.

—Hola…

—Hola…

Vio a su lado el montón de excremento.

—Es mío, ¿verdad?

—Sí.

Lo sepultó con la arena y luego con la manga de la camisa se secó el sudor.

—No me acuerdo de nada, pero creo que lo he pasado fatal.

Hubo un silencio.

—¿No te acuerdas de nada? ¿De nada absolutamente? —le preguntó Bernadette.

—Sólo oigo… un poco de música y sé que me quería suicidar… —Mudó la expresión y añadió—: ¡Y que no podía moverme!

Pegó un salto y se puso en pie, aunque tambaleándose, como para demostrarse a sí mismo que aquello fue una pesadilla.

Edward le dijo que lo mismo podía tener una amnesia total sobre lo que había visto y vivido, como poco a poco ir recordándolo todo con nitidez, en sus mínimos detalles.

—Pero ¿tienes la sensación de que algo tuyo, de muy adentro, se ha enriquecido, o no tienes esa sensación?

Laureano, que había vuelto a sentarse, y que sepultó un poco más los excrementos, titubéo:

—Creo que sí… Aunque no sé en qué puede consistir dicho enriquecimiento.

Edward, más aureolado que nunca, más decrépito que nunca, sonrió y a Laureano le pareció que le veía en la boca el teclado de un piano.

—La clave está ahí —dijo el inglés—. Estas experiencias no se pueden hacer así; y ahora apenas si se dispone de medios para hacerlas de otra manera. Pero día llegará en que esas drogas se controlarán a placer, las dosis convenientes, la forma de tomarlas, el momento exacto, y entonces el hombre dará un salto gigantesco en su propia evolución. Tal como vivimos ahora somos parásitos, no avanzamos, no utilizamos el increíble potencial latente en nuestra biología. El mundo del futuro son las drogas. El mundo del futuro es la bioquímica.

Giselle sonrió. Estaba fumándose un pitillo de marihuana y se lo pasó a Bernadette diciendo:

—Que la hierba crezca sobre el suelo.

Bernadette dio una chupada y pasó el pitillo a Marcos. Marcos repitió la frase y luego añadió: «La marihuana no es nada. Es ni fu ni fa».

Al día siguiente Laureano recordó pe a pa todo lo que había vivido en el transcurso de la experiencia. Con perfecta claridad. Pero le ocurrió que le resultó

imposible sacar la menor conclusión. ¿Qué simbolizaba el «Coro de ancianos» que quería aniquilar la Tierra? ¿Los vicios eran una réplica del Apocalipsis? ¿Y por qué la forma de serpiente o cocodrilo evolucionando hacia la persona humana? ¿Y la pesadez del cuerpo y el gatillo en la botella verde?

Le costaba admitir que aquello fuera idéntico a cualquier sueño o pesadilla tenido cualquier noche, sin necesidad de drogarse. Y Edward le afirmó rotundamente que las diferencias eran radicales. «Son alegorías hondas, alegorías muy hondas, que responden a algo verdadero del pasado o del futuro. Si repitieras el viaje otras muchas veces te darías cuenta de que lo de la *nueva conciencia* es un hecho, con sólo doscientos microgramos en un terrón de azúcar».

Laureano no tenía intención de repetir la prueba. Se lo impedía su temperamento espasmódico y que se cansaba de todo, costándole llevar algo, metódicamente, hasta el final.

—Iré pensando en lo que me has dicho, Edward… Es posible que tengas razón y que algún día descubra ese ignoto significado.

La vivencia *hippie* le aportó poca cosa más. Aparte de su actitud, que de repente se tornaba glacial, dicha vivencia iba a ser demasiado corta. Preguntó algunas cosas más: cómo compaginar aquella vida con el progreso, indispensable; con la necesidad del trabajo o producción; hasta cuándo resistirían aquella marginación de la sociedad, etcétera. Las respuestas fueron diversas, vagas o consistieron en otras tantas preguntas: qué entendía él por progreso, por trabajo o producción, por sociedad… Estaban contribuyendo a mejorar el mundo, aunque en muy pequeña escala, pues el mundo era inmenso, pero encima de todo les bastaba con no participar en absoluto en las insensateces que cometían sin cesar los gobernantes, las jerarquías, etcétera. «Los *hippies* son el porvenir». «Mañana todo el Occidente será *Hip*». «El movimiento *hippie* es la más fantástica aventura moderna de la juventud». «No aportamos nada nuevo, sólo ser mejores».

Nada de aquello le bastó a Laureano, ni introdujo en sus galerías interiores la más leve conmoción escrupulosa con respecto a la vida opulenta que él llevaba. Ahora casi le dolía no haberse presentado allí con el descapotable rojo. De modo que las buenas intenciones de Marcos —enfrentarlo con el desarraigo, con la falta de apetencias y demás— fracasaron, como antes, en el *Kremlin*, habían fracasado las especulaciones de Pedro. Laureano volvía a estar seguro de sí mismo, y a no ser porque a través del LSD la playa —y lo restante— le pareció sagrada, hubiera llegado a la conclusión de que aquel fenómeno espiritual colindaba, entre los que se lo tomaban en serio, con la paranoia.

Marcos iba a quedarse en Santa Eulalia, en la isla, todo el mes de agosto, con Bernadette y con sus cuadros. Había vuelto a pintar, estimulado por el éxito de la exposición que hizo al regreso de París. Laureano advirtió que dichos cuadros acusaban a la sazón influencias sicodélicas, pues se habían acabado los volcanes y aparecían por todas partes ojos, narices, orejas, corazones, formas obscenas, una

especie de sublimación del cuerpo humano, del organismo en plenitud. El mundo sensorial, «el aumento de la percepción», atributos cenestésicos. A su modo de ver, eran menos originales que los anteriores, más entroncados con el conocido surrealismo. Bernadette estuvo de acuerdo con Laureano. «Sí, es curioso. La droga es una arma de dos filos. Puede llevar a la cumbre, pero también puede mutilar la inspiración».

El catorce de agosto, tal como estaba programado, Laureano se encontraba en Barcelona, en el chalet de la calle de Modolell. Carlos Bozo lo estaba esperando, no sólo para darle el parte de las futuras actuaciones, sino para anunciarle que se había decidido que *Los Fanáticos* se presentasen al I Festival, que se celebraría en Roma, de la Canción Mediterránea. «Será a finales de octubre. Habrá que prepararse a fondo. Ya tengo medio escrita la canción. Y a ver si tú y Orozco conseguís de una vez dejar de reñir».

¡Roma, Festival Internacional…! Aquello le sonó a gloria, a «música de Juan Sebastián Bach». La sola participación justificaba muchas cosas. Y quién sabe si se mostrarían capaces de dar la campanada.

—¿Cuándo inicias la campaña de prensa?

—A primeros de septiembre.

—¿Así que mañana al «Buena Sombra»?

—Exacto.

—¿Dónde está Javier?

—Por ahí anda, leyendo tebeos.

—¿Amades?

—Acatarrado.

Jaime Amades pretendía que Carlos Bozo y Laureano acabarían hablándose en monosílabos, o por señas. Se conocían ya tanto y trataban siempre tan exclusivamente los mismos temas, que poquísimas palabras les bastaban para entenderse.

Actuaron en el «Buena Sombra» una semana seguida. Una semana durante la cual ni siquiera llamó a su familia. Tampoco ésta lo llamó a él y se dio cuenta de que odiaba a Rogelio —a «tío» Rogelio— más que Merche… Cada vez que leía algo de él lo llamaba «asesino», como los jóvenes de la Modelo detenidos por motivos políticos. Esto último Laureano lo supo porque fue a ver a Sergio al locutorio de la cárcel y Sergio se lo contó. Por cierto, que el hijo de Amades en el fondo estaba contento de pasarse una temporada en chirona. Allá dentro podía hacer una gran labor de proselitismo y leer mucho. «Se estaba captando muchos adeptos, puesto que el peor enemigo del país seguía siendo la ignorancia y en cuanto se abría un poco los ojos de la gente ésta respondía con entusiasmo e incluso con gratitud».

Laureano, en esa visita, dio una muestra más de crueldad. Le puso al corriente a Sergio de que estuvo en Ibiza… con Giselle. «La chica parecía feliz con el canadiense, hasta que llegué yo y lo suplanté. ¿Sabes que no le enseñaste

absolutamente nada? Sólo estaba preparada para hacer la primera comunión».

Sergio, rapada la cabeza, se clavó las uñas.

—Le enseñé lo que era el marxismo… Se cansó y prefirió la vagancia; allá ella. Mi pronóstico es que tendrá un final más bien triste…

—¿Más triste que el tuyo?

—Desde luego. —Sergio agregó—: Pero menos que el tuyo.

Tres días después, Laureano estuvo a punto de darle la razón al hijo de Jaime Amades. Le ocurrió lo que nunca pudo sospechar. Despertó a eso de las doce y al ir a orinar notó un intenso dolor… y que segregaba pus. Inmediatamente supo de qué se trataba; blenorragia. Era la primera vez que contraía una enfermedad venérea, pero había oído hablar tanto de ello que estaba archienterado. En las últimas semanas no había ido más que con Giselle, de modo que fue Giselle, con toda seguridad, quien se la contagió. La maldijo con toda su alma y la metáfora de la primera comunión se le antojó fuera de órbita.

Empezó a sentirse mal y tuvo fiebre. Se metió en la cama y meditó lo que debía hacer. Y la fiebre le subió. No quedaba otra solución que avisar al médico y advertir a sus compañeros —y a Carlos Bozo— de lo que le sucedía. En un estado de súbita desesperación llamó a Javier, quien abandonó por unos instantes sus tebeos, y le comunicó la noticia. Javier lo insultó.

—¡Eres un mentecato! ¡Ni un niño de teta caería ya en esas trampas! Ahora se cura fácilmente, pero de momento no podremos actuar. ¡Bonito cartel!: «Suspendido por blenorragia de Laureano Vega».

Juan Luis Orozco se mofó de él.

—Realmente, se necesita ser ingenuo… ¡Buen recuerdo de Ibiza! Vivan los *hippies* y viva la salvación universal…

Carlos Bozo se indignó también y fue avisado un especialista, el doctor Cremades, que lo trató con penicilina. Sin embargo, cuatro o cinco días no se los quitaba nadie. Amades, ya curado del catarro, fue a verlo y Laureano, en su único gesto de humildad, le pidió que no le dijera nada a Charito…

En cuanto a su familia, los llamó por teléfono y les dijo que tenía la gripe. «No es nada. Un poco de fiebre». Margot sintió deseos de ir a verle, pero se contuvo. «Bien, hijo. Tennos al corriente… y que te mejores».

Laureano, obligado a guardar cama, volvió a padecer de insomnio y a disponer de mucho tiempo para pensar. Y se dio cuenta de que odiaba a mucha gente, además de a «tío» Rogelio. Y de que amaba a poquísima. Otros, como «tía» Rosy, quedaban en una zona intermedia. Tan pronto sentía cierta ternura por ellos como los despreciaba. Aunque lo normal era la completa indiferencia a ráfagas, claro… ¿Qué sentiría si se muriera Carlos Bozo? Imposible adivinarlo, puesto que seguía acordándose especialmente de Narciso Rubio y de Salvador… ¿Qué sentiría si se muriera su abuela, Beatriz? ¿Y por qué, bajos los efectos de los alucinógenos, la z de su nombre silbó como la locomotora de un tren? Se acordó de Merche… ¡La muy coqueta!

Maldita Giselle… Por su culpa se sentía tan lejos del erotismo como de actuar en el «Buena Sombra». Aunque el médico le aseguró que el sábado podría estar ya en el escenario y «moverse» como si nada hubiera pasado.

El sábado… Era un plazo muy largo. Era raro que no se le ocurriera coger un libro, aunque no fuese de arquitectura. Sólo poner discos y la «tele».

De pronto, ¡el padre Saumells! El padre Saumells se había enterado de que estaba malo, llevaba mucho tiempo sin hablar con él y se dijo: «¡Voy a visitarlo!».

—No queda más remedio que hacerlo así, puesto que tú no tienes tiempo de pasar por el Colegio… Antes ibas a verme incluso a San Adrián, pero ahora eres famoso y sólo se te puede pescar si estás enfermo…

Laureano se ocultó un poco más bajo la sábana. Estaba esperando a que el padre Saumells le ofreciera un caramelo de malvavisco y no transcurrió ni un minuto siquiera.

—Para la gripe no te hará ningún daño, hijo… Al contrario.

Laureano no supo lo que le ocurrió. Tuvo un pronto de soberbia, de reto. Una necesidad irrefrenable de contar la verdad.

—Es que no tengo la gripe, padre… Ésa fue la excusa para la familia. Tengo unas purgaciones de tamaño natural.

Sorpresa como las que se llevó en Ibiza. Pensó que el religioso pondría cara de susto, y no fue así.

—Claro, claro, es lógico. Con la vida que llevas y tu escasa experiencia…

—¿Escasa? —Laureano lo miró de hito en hito, con exageración.

—Me refiero a la vida en general, ¿comprendes? A todos los que triunfáis tan temprano os ocurren cosas de ese tipo. Yo las pillé también, durante la guerra, porque me nombraron teniente más o menos a tu edad…

—Ya… —Laureano estaba desconcertado.

—Pero ahora no es nada. Entonces la curación era mucho más difícil. De todos modos, mejor no abusar, ¿entiendes?

Fue un diálogo entrecortado, pues el padre Saumells se dio cuenta en seguida de que el muchacho rechazaría cualquier tipo de sermón. Atacando por el lado sentimental —el religioso se había fijado una meta— le puso al corriente de las últimas novedades del «colé», desde que a él lo nombraron director.

—Ahora aquello es una democracia, ya te lo puedes imaginar. Y se hacen unos *tests* exhaustivos para conocer las inclinaciones de los alumnos y saber si sirven o no para el estudio. ¡Si vieras al pequeño Miguel! Me ha dado recuerdos para ti… Está hecho un matemático. A lo mejor te adivinaba la cifra que ganas cada mes…

Esto último lo dijo no sin cierta sorna, que a Laureano no le pasó inadvertida.

—No necesito contable, padre… Los números están muy claros.

El padre Saumells continuaba teniendo una aureola especial y sólo gracias a ella el chico permitía que estuviera allí, a su lado, en plan amistoso pero inspeccionándolo.

—Pienso muchas veces en ti, Laureano… Y a menudo me pregunto si obraste bien o si cometiste un disparate. Yo al principio más bien te defendí, pero a medida que pasa el tiempo no sé qué pensar.

Laureano se puso nervioso.

—Lo que no entiendo es por qué todo el mundo se empeña en opinar sobre lo que hago o hubiera podido hacer. ¿Por qué a los demás los dejan tranquilos?

—No deja de ser una distinción —contestó el padre Saumells—. Por lo demás, no olvides que tú estás en un escaparate. No mueves un dedo que no tenga resonancia, y hagas lo que hagas sale en los periódicos.

—Pero una cosa es mi vida profesional y otra mi vida particular. Esta última deberían respetármela. Y conseguiré que me la respeten, aunque sea a fuerza de mordiscos.

—Yo creo que tú tienes la culpa, por lo menos en gran parte —opinó el padre Saumells—. Se te ve crispado, compréndelo. Capaz de tomar las decisiones más imprevistas. ¡Has cambiado tanto! Y conste que no he venido a pedirte que cantes en las Congregaciones Marianas…

Laureano no pudo menos de sonreír. Aunque inmediatamente se puso serio.

—Las Congregaciones Marianas… Ya ni me acuerdo del «yo pecador»…

El religioso vio una puerta abierta.

—Ni de Dios tampoco, supongo… O muy rara vez.

—No tengo tiempo. ¡Tantos ensayos! Y siempre de un lado para otro… Además, en el «colé» me contaron demasiadas mentiras.

—¡No lo dirás por mí, supongo!

—No, no, hablo en general. El padre Sureda, por ejemplo… ¿Sigue hablando del infierno?

El padre Saumells titubeó.

—Imagino que sí… —Luego agregó—: Yo sigo predicando el evangelio.

—Los evangelios son muy contradictorios. Hay pasajes que no he conseguido comprender nunca.

—A mí me ocurre eso con tu música —sonrió el religiosa—. En términos generales, me gusta, pero a veces… A cada uno lo suyo.

Hubo un silencio. El religioso, como de costumbre, echó una mirada a su reloj y luego preguntó:

—¿Y por qué esa tirantez con tu familia, Laureano? ¿Puedo hablarte de eso o me tratarás a patadas, como a veces tratas a los fotógrafos?

Laureano cambió de postura en la cama.

—¿De quién cree usted que es la culpa, vamos a ver?

—Enteramente tuya, por supuesto.

—Ya lo suponía.

—Natural. Tus padres son tus padres y has olvidado eso tan elemental. Habrán cometido errores, pero pocos. Simplemente, presintieron desde el primer día que si te

daban un micrófono te convertirías en un perdonavidas. Y eso es lo que ha sucedido.

El muchacho se dio cuenta de que el religioso había decidido desafiarlo y lo miró otra vez de hito en hito.

—Yo no perdono la vida de nadie.

—Eso es lo malo.

—No juegue a lo fácil, por favor. Quiero decir que soy el mismo de antes, pero que he de protegerme contra la popularidad y defender mi independencia.

—Si no fuera más que eso, no se te iría secando el corazón.

—¡Eso suena bien para ponerle música!

—Y si fueras el mismo de antes serías capaz de sonreír espontáneamente; ahora no puedes.

—Ha venido usted con banderillas, ¿eh?

—No tengo por qué ocultártelo. Que tú no seas feliz, pase. Pero que siembres la infelicidad alrededor, entre personas que yo quiero muy de veras, eso me parece excesivo.

Laureano adoptó aire fanfarrón.

—¿Y qué es lo que piensa hacer?

—Nada. Absolutamente nada… —Volvió a mirar el reloj—. Marcharme pronto, porque en el «colé» tengo que hacer. Simplemente, dejar que los días pasen… y leer cada mañana el periódico.

—Eso… es como una amenaza, ¿verdad?

—¡De ningún modo! En lo que a mí toca, el día que sea, en el momento que sea, me llamas y estoy a tu disposición. Yo te quiero como siempre, Laureano. Digamos que eso es más bien… una profecía.

—También usted ha cambiado. Antes no se las daba de profeta.

—Ni ahora tampoco. Pero tu caso es tan evidente que no se necesita ser ningún lince para anticiparse. Hastío, blenorragia, resentimientos… ¿Qué se puede esperar? —El religioso se levantó—. ¿Quieres otro caramelo?

—No gracias. Ya me ha dado bastantes…

—Bien, pues queda con Dios… No te ofenderá que me despida de esa manera, ¿verdad? En mi caso la profesión y la vida privada se confunden…

—Sí, conozco el tema.

—Pues que te alivies… y hasta otro día. ¡Ah! Y te felicito porque, como cantar, cantas bien…

—Tal vez me esté tomando el pelo, pero resulta que es la verdad.

El padre Saumells se fue. En realidad el religioso se comportó de aquella manera porque creyó que era lo más conveniente para el chico. No tenía la menor esperanza de influir en él seguidamente; pero a veces una palabra se grababa en el cerebro y en un momento determinado…

Laureano se puso hecho un basilisco. Encendió un pitillo y quemó, como siempre, la sábana. «¡Habráse visto! El famoso padre Saumells… ¡Hizo la guerra, claro! Y hoy

se ha acordado de eso…».

Entró Javier y le preguntó:

—Un curita… ¿Ha venido a confesarte?

Entró Juan Luis Orozco y le gastó la misma broma.

—Nada de eso —contestó indiferente Laureano—. Un antiguo amigo de la familia. Durante la guerra también pilló purgaciones…

—¿Eso te ha dicho?

—¡Oh, es un gran tipo! Pero hoy tenía un día malo.

—A lo mejor te ha cantado cuatro verdades —hizo el «batería».

—Orozco, no empieces…

—¿Yo? ¡Por mí…! Con tal que el sábado puedas orinar sin tanta jeremiada y podamos tocar en el «Buena Sombra»…

—Gracias por tu interés.

—No hay de qué.

El percance se superó y *Los Fanáticos* volvieron a estar en el candelero. Rogelio hacía lo imposible por acercarse a Laureano y tener una conversación con él. No sabía por qué, pero sentía la necesidad de una reconciliación. Pero Laureano se mostraba inflexible. Dieciséis muertos se interponían entre los dos. No había nada que hacer.

Carlos Bozo consiguió que, antes del Festival de Roma, el conjunto actuase en una velada en el *Olympia* de París, al lado de otras orquestas. Era el mes de septiembre. Tuvieron mucho éxito, la crítica los trató muy bien y el público los obligó a bisar la canción.

Fue un viaje rapidísimo, de ida y vuelta, de modo que Laureano apenas si vio nada de la capital de Francia. El tiempo justo de dar una vuelta en taxi, de comprar un libro para su madre —¡buen detalle!— y de saludar a Bernadette, que fue al *Olympia* a escucharlos.

—Buen recuerdo el de Ibiza… —le dijo Laureano, irónicamente.

Bernadette, que ignoraba lo de la enfermedad venérea, contestó:

—Ya lo imagino. Giselle te echó mucho de menos… —Luego añadió—: Marcos se quedó allí. Últimamente volvía a pintar mejor, pese a que Edward lo convenció para que se tomara de vez en cuando algún terrón de azúcar…

La prensa española había empezado la propaganda de la actuación de *Los Fanáticos* en Roma. Por desgracia, no sería retransmitido por Eurovisión. Y a finales de octubre, conforme a lo previsto, tuvo lugar el acontecimiento.

¡Santo Dios, qué fracaso! En sexto lugar… La canción, compuesta por Carlos Bozo, se titulaba «Siempre adiós» y no gustó a los jurados. El conjunto cantó como siempre, tal vez algo nervioso, pero la canción falló. Pasó inadvertida. La melodía era melindrosa —parecía napolitana— y ganó, con toda justicia, un conjunto griego, con

algo de mucha mayor fuerza.

Regresaron cabizbajos, después de una tremenda discusión. Se jugaban mucho en el Festival y si hubiera conseguido ganarlo el paso era definitivo. Carlos Bozo se defendió con ahínco. A su entender fallaron ellos, sobre todo, Laureano, que cantó sin convicción.

—¡En los ensayos dijiste que la melodía te gustaba!

—Sí, pero los ensayos se hacen en casa. Allí me di cuenta en seguida de que era una birria… Además, yo la defendí como siempre. Simplemente, era mala y no gustó.

La prensa española dio la noticia con grandes titulares, no sin cierto regocijo por parte de algunos críticos. *Los Fanáticos* tenían enemigos y otros conjuntos —*Los Truhanes*, por ejemplo— gozaban de creciente predilección. Tal vez los desplantes de Laureano estuvieran influyendo en ello. «*Los Fanáticos* fracasan en Roma». «Sexto lugar». «Sólo Albania detrás de *Los Fanáticos*», etcétera.

Nadie los recibió en el aeropuerto. Jaime Amades no se atrevió a movilizar ni autocares, ni gorritas, ni banderolas. Sólo había algunos periodistas, pero Laureano, que a la ida dejó el descapotable rojo en el propio aeropuerto, echó a correr hacia el coche y consiguió escabullirse.

Y a partir de ese día cundió en el muchacho, de nuevo, el descorazonamiento. Y su válvula de escape fue precisamente el coche…, como en otros tiempos le ocurriera a Andrés Puig. Puesto que en el chalet de la calle de Modolell discutía siempre con Orozco, se ponía al volante y se lanzaba por esas carreteras al buen tuntún. Aurelio Subirachs se cruzó con él en la Diagonal y dijo: «¡Está loco! ¡Se matará!». El arquitecto estaba seguro de que era eso lo que pretendía y reconsideró el incidente aquel de los barbitúricos. Claudio Roig no era de la misma opinión. Por una vez contradijo a su jefe. «Laureano no se suicidará. No tiene temperamento para hacerlo. Está pasando una crisis, eso es todo».

Julián y Margot se enteraron del frenesí con que Laureano conducía y se preguntaron si, tratándose de eso, no debían intervenir. Aurelio Subirachs les dijo que sí; el padre Saumells, como siempre, los desanimó.

—Creo que sería un error… Después de la visita que le hice, creo que lo único que cabe es desearle suerte…

—Pero ¡padre!

—Sí, que los hados le sean favorables, nada más.

CAPÍTULO XLIV

AURELIO SUBIRACHS estaba en un error. En realidad, quien andaba pensando en suicidarse no era Laureano, sino Rogelio. ¡Qué situación la suya! Era cierto que le había pasado por las mientes acabar de una vez con aquella vida que se le había puesto tan cuesta arriba. Mejor dicho, que se le ponía cuesta arriba cada vez más. Desde el incendio del «007» alguien había trazado un signo negro sobre su redonda y calva cabeza.

Murió, a consecuencia, de una embolia, su madre. El más robusto roble del plantío de Llavaneras —ochenta y ocho años— se tronchó. Un día u otro tenía que llegar, pero Rogelio estaba hecho a la idea de que aquella mujer era inmortal. ¡Siempre con la misma facha! Siempre con la misma mirada… Siempre ofreciéndole un tazón de leche. De repente se murió. El entierro fue escueto, estrictamente familiar, y Rogelio tuvo que pedir autorización para desplazarse. Presidió la comitiva, escoltado por sus hermanos, quienes daban la impresión de haberse quedado sin aliento espiritual. Pedro acudió también al cementerio y mientras los albañiles tapiaban el nicho iba diciéndose para su capote que quería heredar el temperamento de su abuela, parecerse a ella. Siempre estuvo en su lugar. Incluso cerró los ojos en la estación en que debió cerrarlos: en otoño. Rosy estuvo también presente, del brazo de Carol, y se sintió desplazada. Sin posibilidad de diálogo con sus cuñados, ni con los árboles, ni con el humus antiguo y oloroso que emanaba de aquella tierra.

A Rogelio le pareció que le extirpaban algo visceral, algo de lo poco que todavía formaba auténticamente parte de su existencia.

De regreso a Barcelona, el abogado, Eusebio Comas, le comunicó que su proceso acababa de entrar en una fase acelerada y que, por las trazas, el juicio no tardaría mucho en celebrarse. Esta noticia, unida al hecho de que Alejo, aunque simulaba ser el mismo había cambiado por completo y luchaba entre bastidores por sacudirse las pulgas, situó abiertamente a Rogelio ante la alternativa que se le presentó unos meses antes: desentenderse de todo y marcharse al extranjero, o quedarse y pechar con lo que viniere.

¿Qué hacer? Era el momento de la gran decisión. De hecho, Rosy no lo animó mucho a marcharse, y tampoco Julián y Margot. París, Méjico… Una barca motora de Arenys de Mar llevándolo de noche —como en las películas— hacia la costa francesa… Y la soledad esperándolo al otro lado, dondequiera que fuese. ¡A los sesenta y pico de años! Si hubiese sido un roble vigoroso como su madre; pero tenía una idea fija que contribuía a inmovilizarlo: el corazón. Con mucha frecuencia notaba aquella opresión en la zona del pecho, hasta el punto que consultó con el doctor Beltrán, el cual dispuso que se le hiciera un electrocardiograma, que, esta vez, sí registró ciertas anomalías.

No le ocultaron que si no sabía sobreponerse a las emociones podía sufrir otra

crisis en cualquier momento. La perspectiva, dadas las circunstancias, era terrible, pero lo era mucho más si decidía marcharse, con la inestabilidad y los sobresaltos que ello suponía. ¡Si se pasaba el día tomándose el pulso y aplicándose la mano al costado izquierdo! ¡Si al mirarse al espejo se daba cuenta de que la dolencia que lo aquejaba le había marcado señales inequívocas en el rostro! Y ello pese a haber tomado decisiones drásticas en cuestión de comer, de beber, de fumar cigarros habanos… Últimamente estaba hecho un asceta, merecedor de vivir en el *Kremlin*. Y descansaba mucho. Se pasaba sus buenos ratos sentado en su sillón preferido del *living* de la avenida Pearson, mientras Rosy, delante de él, leía el periódico y le echaba el humo a la cara…

El humo a la cara… Antes, Rogelio se levantaba hecho un espadachín y gritaba: «¡Abrir las ventanas, por favor! ¡Aire, aire!»; ahora no se movía, limitándose a suplicar: «Rosy, te lo ruego, que no me dejas dormir».

Resumiendo, descartó la idea de marcharse. Así se lo comunicó a Alejo, que fue quien se lo sugirió una mañana al salir del juzgado. Alejo acarició el puño del bastón y le dijo: «Pues ya sabes lo que esto significa: la cárcel. Yo te acompañaré una temporada, pero luego…».

Rosy se quedó meditabunda. De un tiempo a esta parte notaba que no tenía la cabeza clara, que se armaba un lío, que jamás estaba segura de lo que le convenía. Era lo contrario de Merche, que siempre sabía cuál era su propósito. Claro que, a decir verdad, ninguna decisión que pudiesen tomar solucionaba nada. En ciertos aspectos el destierro era preferible a la cárcel; en otros, lo contrario, con la única ventaja de que lo mismo aquél que ésta suponían para Rosy un respiro, una liberación, un separarse de Rogelio hasta nuevo aviso. El «adiós, muy buenas» lo pronunciaría ella. Pero todo resultaba humillante y Rosy andaba también malucha, aunque de puertas afuera se mantuviera fiel a su juramento de simular «aquí no ha pasado nada».

Julián se alegró de la decisión de Rogelio. Era su teoría: «en la cárcel pagas la deuda». ¡Ah, no cabía duda! Julián demostraba ser uno de los pocos amigos con que el constructor podía contar. Tal vez el mejor, o el más desinteresado, excepción hecha de Marilín, que sufría minuto a minuto los sinsabores de su jefe, que se sentía apegada a aquel hombre —eran muchos años de estar a su lado y de compartirlo todo con él—, y que a gusto se hubiera sacrificado personalmente para que Rogelio quedara libre de cualquier amenaza.

Cabe decir que también Ricardo Marín era merecedor de elogio y que hacía gala, como siempre, de un tacto exquisito. Igualmente podía contar con Aurelio Subirachs, aunque el léxico de éste, mordaz por naturaleza, a veces le producía alguna herida, lo mismo que mosén Rafael, que le hacía alguna visita pero sin poder olvidar que Rogelio pertenecía a las que él llamaba «personas-vientre». En cambio, además del conde de Vilalta, le había fallado Amades. Amades volaba muy alto. Tan alto volaba que Rogelio se enteró con estupor de que, junto con Carlos Bozo, estaba dispuesto a

reconstruir el «007». Al principio no dio crédito al rumor; finalmente Amades hizo a la Agencia Cosmos la propuesta de compra, y Rogelio tuvo que rendirse a la evidencia. Y ocurrió que Ricardo Marín, que tenía la mayoría de las acciones, fue partidario de deshacerse de aquellos escombros que tan fatales consecuencias les habían traído y consintió en realizar la operación.

Margot no daba su brazo a torcer. Sentía piedad por Rogelio, y si bien no le negó, como se había prometido a sí misma, la entrada en casa, le resultaba imposible disimular sus sentimientos, lo que no le remordía en absoluto, por estimarlo enteramente justificado.

Pedro, al verlo tan abatido —el muchacho llevó corbata negra por espacio de un mes, por su abuela—, continuaba menudeando los almuerzos en la avenida Pearson, a veces en compañía de Susana. Pedro le notificó a su padre que ya había terminado su ensayo sobre los jóvenes y la Universidad y que probablemente se lo publicaría una editorial madrileña. Rogelio asintió complacido, aunque pensó: «A lo mejor lo leo en la cárcel». Susana miraba las bolsas que se le habían formado a su futuro suegro en las ojeras y sentía lástima de él. Pedro procuraba distraerlo, pero su éxito era escaso. Lo que lo sorprendía era que su padre últimamente le hiciese confesiones extraordinarias como, por ejemplo, que cuando se dio cuenta de que quedaría calvo casi lloró. También le confesó que le hubiera gustado ser un gran cazador, participar en safaris en África y dondequiera que hubiese caza mayor y traerse sus buenas piezas y trofeos. «¡Si te contara! No he hecho casi nada de lo que hubiera querido hacer». También le hubiera gustado ser campeón de billar, y tuvo que conformarse con jugar bien al póquer y al *bridge*. «Tu padre ha vivido casi siempre de recambios: ésa es la verdad».

El mayor consuelo de Rogelio continuaba siendo su nieto, Antoñito, y desde luego, Carol, que volvía a estar muy cariñosa con él, con el único defecto de que de pronto le había dado por irse a bailar a las *boîtes*… Sebastián Oriol, su ejemplar marido, que desde que se casó había criado mucha tripa, tenía que acompañarla, pero los bailes modernos lo desconcertaban, no podía con ellos y la volatinera Carol se llevaba por esta causa sus buenos enojos. Era curioso que Sebastián sintiera por su suegro tanto apego. Le perdonaba incluso lo de los *meublés*. «Están legalizados, cumplen una misión y alguien ha de tenerlos, ¿no es así? Pues se acabó lo que se daba».

Una de las preocupaciones adicionales de Rogelio eran los anónimos, que no paraba de recibir. Naturalmente, no podía ir con ellos a la policía. Suponía que se los mandaban siempre las mismas personas; acaso, los sobrinos de Juan Ferrer, aquellos dos hermanos comunistas, a los que él no pudo ayudar en cierta ocasión, por lo que Rosy le dijo: «Has cometido un error… Algún día te pasarán la correspondiente factura». El caso es que lo amenazaban por carta y por teléfono. Por teléfono salían voces apagadas o roncas, extrañas, como si le hablaran tapándose la boca con un pañuelo. «Si dentro de un par de meses no estás en la Modelo, te mandaremos al

cementerio…». «El plazo está expirando, de modo que, espabílate…». ¿Qué hacer? En realidad, no hubiera debido darle importancia, pero se la daba. ¡Tenía miedo! Copado por todas partes, y todavía con miedo suplementario. Tanto, que se llevó al despacho —sin saber por qué, temía que en todo caso lo asaltarían en el despacho—, un viejo revólver que en tiempos le compró a Beatriz en la tienda de antigüedades. Por cierto que, para probar si funcionaba, al encontrarse en el patio de la avenida Pearson y ver al pobre *Dog* hecho un viejo y que sufría muchísimo, se le acercó y le disparó a quemarropa, dejándolo seco. Rosy se indignó. «Ése no es el sistema… ¡Mira que el insigne Rogelio disparando! Lo normal hubiera sido llevarlo al veterinario para que le pusiera una inyección». Rogelio no hizo caso, subió a su Chevrolet y al llegar a la Constructora guardó el revólver en un cajón de la mesa de su despacho.

Y resultó que ese acto no fue un acto neutro. En cuanto hubo cerrado el cajón se puso, como ya era costumbre, a meditar. Mejor dicho, a repasar su vida, en busca de sus fallos. ¡Cuántos fallos, santo Dios! Ahora se daba cuenta. ¡Mira que decirle a Deogracias que en la vida era preciso apretar los tornillos…! Hubo un momento, cuando la inauguración de «Torre Ventura», en que hubiera podido decir «basta» y vivir tranquilo. Pero llevaba los negocios en la sangre y lo que no fuera eso y escalar, escalar y codearse con gente «de alcurnia» lo aburría. La única excusa que tenía es que siempre fue sincero. Cuando habló de «crear riqueza» habló seriamente y consideraba que era útil a la sociedad. Los intereses que pudiera lesionar se le antojaban nimios al lado de la onda expansiva de beneficios que hacía brotar con su gestión y que alcanzaba a tanta y tanta gente. Y tomar un solar yermo y levantar en él un enorme edificio ¡era una bendición! Todavía se acordaba de aquéllos del Turó Park, que fueron los primeros que encargó a Julián… Y los hoteles, Y tantas cosas. Claro que llegaba un momento en que era preciso detenerse —Margot se lo advirtió sin cesar— y ahí fue donde falló. Una fatalidad. Por eso recordaba con franca envidia a las personas que se habían comportado de distinto modo, que comparadas con él demostraron tener sabiduría. Especialmente se acordaba de don José María Boix… ¡Qué hombre! ¡Y pensar que se hartó de ridiculizarlo! Siempre en paz consigo mismo, aureolado de serenidad. También se acordaba del doctor Beltrán, querido por todo el mundo, que se paseaba arrancando saludos y sonrisas hasta de las piedras. Y del padre Saumells… ¿Entonces Pedro, su hijo? Pedro tal vez se pasara de rosca y acabara como aquellos *hippies* de que tanto se hablaba o como aquellos muchachos que ellos vieron en París en *La Fin du Monde*. En el *Kremlin* se habían recitado ya versos con voz de cazalla; lo que ignoraba era si se habían lanzado alaridos.

Bien pensado, los desahogos que de un tiempo a esta parte tenía con su hijo obedecían a un motivo muy concreto: a Rogelio le hubiera gustado poder amar, amar mucho… No sólo al peluquero Aresti, que quería colocarle un bisoñé, sino a todo el mundo. Porque, sus atenciones con el personal de la Constructora fueron siempre pura estrategia: tenerlos contentos, con dentadura nueva y que la casa marchara por sí

sola. Sobre todo, claro, le hubiera gustado amar a Rosy… aunque ésta le echase el humo a la cara. ¡Era tan hermoso amar! Él había experimentado esa sensación algunas veces: poco después del matrimonio; en alguna ocasión en que algún negocio le salió bien; alguna tarde al salir del fútbol, después de haber asistido a un buen partido con el triunfo del *Barça*… Ganas de abrazar y de regalar puros incluso a los desconocidos. También había amado, los fines de semana, a la gente de Arenys de Mar, desde los camareros del Café Español hasta los viejos jubilados que se reunían en el Ateneo y que ahora a lo mejor le volverían la espalda…

También hubiera debido amar la naturaleza. Pero siempre lo aburrió. ¿Qué hacer? «Si quiere usted aburrirse, podrá hacerlo junto a una piscina». Incluso contemplar el agua verde de la piscina le pesaba a los pocos minutos. Y el mar… Si salió con la lancha de su propiedad fue para exhibir su gorra de patrón, la embarcación y para deslumbrar a los críos que lo acompañaban por las calas próximas, a los turistas y para ponerse, en lo posible, a la altura del deportista Ricardo Marín. Sí, se daba cuenta de que su gama de sentimientos fue pobre, de que la de una persona como Susana, e incluso como Claudio Roig, era infinitamente más vasta. ¿Cuántas horas había malgastado persiguiendo a las mujeres? ¿Y con comilonas? ¡Y cuántos eructos, y cuántos chistes verdes! Alejo le dijo en la cárcel: «Nadie te quita lo bailado». En la cárcel se decían muchas sandeces…

Fruto de ese estado de ánimo era la súbita necesidad que sintió de ser generoso. Pero no para presumir, como antaño, sino de verdad. Cuando leía en el periódico listas de personas necesitadas —las había que pedían un aparato ortopédico, una máquina de coser, ¡revistas viejas para leer!—, a gusto hubiera montado una organización, presidida por Marilín, para complacer todas aquellas peticiones. Ello dio lugar a una escena chusca. Como si se oliera lo que le estaba ocurriendo al constructor, mosén Castelló fue a visitarlo al despacho y a pedirle un donativo para la parroquia. Rogelio, que en otras circunstancias hubiera barrido de un soplo a aquel párroco con bronquitis y preconciliar, aquella tarde le dio un cheque que casi lo tumbó de espaldas. «Pero… ¡don Rogelio!». «Ande, llévese esto, que sé que lo repartirá como hay que hacerlo». Mosén Castelló se santiguó. Y Rogelio, al verlo, se preguntó si no debería confesarse…, lo que no hacía desde que tuvo la angina de pecho. Pero se sentía fatigado y finalmente desistió.

Otra consecuencia de su estado de ánimo era que iba despidiéndose de las cosas, pero con lentitud… Montaba en su coche y, al revés que Laureano, en lugar de apretar el acelerador, daba vueltas sin prisa por las calles de Barcelona, mirando aquí y allá. En todas partes encontraba huella o testimonios de su trabajo, de su trabajo como constructor. ¡El Banco Industrial Mediterráneo! Cuando se inauguró era el no va más; ahora, uno de tantos. Cines, garajes, bloques de viviendas baratas, con aquellos letreros que decían, ¡todavía!, *«Construcciones Ventura, S. A.» le regala un piso para toda la vida*… Subía al Tibidabo y a Montjuich y se preguntaba cuándo volvería a ver la ciudad desde la cumbre; aparcaba junto a la Catedral y se paseaba

por el Barrio Gótico, porque era ya capaz de calibrar su belleza y grandiosidad; pasaba frente al Estadio, frente a la Clínica San Damián, etcétera; evitaba, en cambio, la Modelo y el «007». En una farmacia —¿por qué en una farmacia?— vio el monigote sonriente y gordinflón con la goma pinchada, hecho un trasto, deshinchado. «Éste, éste es el que ahora se parece a mí».

No había nada que hacer. Salvo en momentos esporádicos, Rogelio no conseguía amar ni a las personas, ni a la naturaleza, ni se conmovía especialmente despidiéndose de las cosas. Sentía una tristeza tan honda que desembocaba en la indiferencia por todo lo que no fuera él mismo, su drama personal. Al pensar en lo que se le venía encima —cada minuto era un minuto menos—, le resultaba imposible concentrarse en algo más. De modo que iba asemejándose a un pelele y dándoles vueltas a las mismas ideas: el desprestigio, la cárcel, el corazón enfermo… Nada. No había remedio. En el fondo, su vida dejó de tener sentido y acabó envidiando no ya a las personas cuya sensatez le era conocida y probada, sino incluso a los obreros que pasaban por la calle, a cualquier modistilla, a los borrachos que dormitaban en cualquier banco público. ¡Y no digamos a la juventud! En las Ramblas se tropezó una vez con un par de carteristas de los muchos que conoció en la Modelo y lo saludaron tan ufanos y pictóricos, que no supo qué decirles y se quedó mirándolos con ganas de llorar.

Una mañana despertó y notó algo especial. Era noviembre. Miró afuera y el cielo estaba encapotado. Serafín, en el patio —¿dónde estaba *Dog*?—, regaba las plantas y el césped.

Rosy se había quedado en la cama —a las once iba la masajista— y se desayunó solo, cómo siempre. En la mesa, el periódico: dos aviones norteamericanos se habían estrellado cerca de la costa de Palomares, en Almería, llevando uno de ellos cuatro bombas atómicas. Tres de dichas bombas fueron encontradas rápidamente en tierra; la cuarta se había perdido en el mar y constituía un grave peligro.

Rogelio no leyó nada más y se quedó con la vista perdida, sosteniendo en alto la tostada con mermelada. Hiroshima, Nagasaki… La bomba atómica lo llevó a pensar en las posibilidades de destrucción. Por el momento sintió una ira incontenible, deseos de destruirlo todo, empezando por aquella mansión… y por Rosy, que últimamente dormía muchas horas boca abajo. Luego fue calmándose pero notó en el pecho más opresión que de ordinario y, en general, más fatiga y una tristeza más honda.

Se fue a la Constructora. Marilín le había preparado la carpeta de «asuntos urgentes» pero Rogelio dijo: «Ya la veré luego». Llegó Alejo, que quería hablar con él. Rogelio lo recibió con cierta frialdad y Alejo le espetó: «Ya estoy un poco harto, ¿sabes? Yo no tengo la culpa de lo que pasa». Y se fue.

Poco después lo llamó por teléfono Eusebio Comas, el abogado defensor,

comunicándole que a no tardar se sabría cuándo tendría lugar la celebración del juicio. Rogelio colgó y pensó: «Pronto llegará el momento». Quería llamar a Rosy para informarla, pero pensó que estaría durmiendo aún; y se equivocó. Precisamente en aquel momento lo llamó ella para decirle que le apetecería almorzar en un restaurante y no en casa.

Rogelio asintió con la cabeza.

—De acuerdo. A las dos pasaré a recogerte. ¿Te parece bien? —A Rosy le sorprendió que Rogelio no opusiera ninguna excusa. Colgó, encendió un pitillo y se puso a reflexionar.

Entró Marilín con el vaso de bicarbonato y le recordó que había citado para las doce a Aurelio Subirachs y a Julián. Se trataba de analizar las posibilidades de continuidad de la Constructora mientras él estuviera «ausente». Habían hablado varias veces de ello y los arquitectos no veían otra solución que buscar una persona joven y competente que lo reemplazara, a la que forzosamente habría que dar amplios poderes y una participación en el negocio.

Rogelio le dijo a Marilín: «Llámalos y que vengan otro día. No me siento muy bien hoy…». Evocó las figuras de sus dos amigos y llegó a la conclusión de que en los últimos tiempos también habían envejecido mucho, especialmente Julián. Sin duda Laureano le había dado un fuerte zarpazo. Aurelio Subirachs se conservaba mejor, pero sus bigotes de foca eran blancos y los acariciaba con menos poder.

Marilín lo estaba observando con atención, mordiendo el bolígrafo.

—¿Por qué no se va a su casa? —le sugirió.

—Allá me sentiría peor. —Marcó una pausa—. No estoy para nadie, ¿sabes? —decidió, por fin—. Descansaré un ratito… —y fue a sentarse en uno de los sillones del tresillo, repantigándose en él.

Marilín desapareció discretamente… y Rogelio se quedó profundamente dormido. Durmió hasta la una, hora en que los empleados, al marcharse, hicieron mucho ruido.

Marilín volvió a entrar para despedirse y le dijo a su jefe:

—¿Quiere que lo acompañe?

—¡No, no, estoy bien aquí! —Rogelio parecía haberse recuperado un tanto con el sueño—. Voy a quedarme un poco más. —Miró a la muchacha y añadió—: Anda, vete, no te preocupes… Y ya sabes cuánto te agradezco el interés que demuestras por mí…

La secretaria se marchó, presa de cierta inquietud. Minutos después reinaba un gran silencio en las oficinas.

Rogelio se levantó y se fue a dar una vuelta por aquellos departamentos que tantas veces había recorrido con su autoridad y su buen humor. Estaban vacíos, con montones de papeles en las mesas, con máquinas de escribir, con los cristales separando los distintos despachos. En uno de ellos ¡había alguien! Se asustó. Pero no. Era el contable, Federico, el hijo de «doña» Aurora, de la Pensión Paraíso. Siempre tenía trabajo y se quedaba un poco más.

—¿Qué haces aquí?

—Ya termino, don Rogelio…

—Anda, vete, es la hora.

—De acuerdo.

Federico, que era muy miope, abrió un armario, se cambió las gafas, se puso la americana y se fue.

—Buenos días…

—Buenos días…

La absoluta soledad. Rogelio continuó recorriendo las oficinas y por fin regresó a su despacho. Entonces sonó el teléfono y de nuevo se sobresaltó. Seguro que si descolgaba oiría una voz anónima: «Expira el plazo, espabílate…».

Aguardó a que el teléfono dejara de sonar. Permanecía de pie, mirando a la calle a través del ventanal. Coches, coches en caravana… ¿Adónde se dirigían? Todo el mundo tenía prisa, todo el mundo tenía algo que hacer.

También él tenía algo que hacer. Lo había decidido en el momento en que leyó que se había perdido una bomba atómica en el mar. Él era una bomba perdida en tierra, ajeno a cuanto lo rodeaba. «Me apetecería almorzar en el restaurante —le había dicho Rosy—. La casa se me cae encima».

No sabía si llamar a su mujer o no. «¿Para qué?», se dijo. Tampoco sabía si escribir o no una nota. «¿A quién?». La cosa estaba clara. Pasado el primer momento de escalofrío, en el fondo su decisión no sorprendería a nadie.

No, no era cierto que en momentos así la vida entera desfilase ante los ojos, en la mente. Eso le había ocurrido en las semanas precedentes, pero no en aquel mediodía de cielo encapotado. La verdad era que no se acordaba de nada, que todo se le aparecía confuso, excepto que no tenía salida y que el único remedio era hacerlo y acabar de una vez.

Un moscardón revoloteaba por la cristalera. ¿Lo mataba con un periódico? ¿Para qué? Que viviera su vida, su vida espasmódica y runruneante, su vida de moscardón.

En el momento de dar la vuelta a la mesa para abrir el cajón se acordó de *Dog*, del disparo a quemarropa que lo dejó seco. Rosy se indignó. ¡Se indignaba tan a menudo! Le dijo: «En esos casos se llevan al veterinario para que les ponga una inyección».

¡Dios, qué cansancio! Y de pronto, qué lucidez… *«Construcciones Ventura, S. A.» le regala un piso para toda la vida*… ¡O un nicho, qué más daba! Sonríe, monigote, sonríe… Eres la mejor creación de Jaime Amades.

¿Dónde estaría Pedro? En algún restaurante de la calle de Tallers. ¿Dónde estaría Carol? Dándole papillas a Antoñito, al nieto, que era lo que Rogelio más amaba en el mundo.

—Conque… un sustituto, ¿eh? Joven y bien preparado…

Cogió el revólver que le había comprado a Beatriz, lo sospesó un par de segundos, volvió a dar la vuelta a la mesa para instalarse en el centro del despacho y una vez allí quitó el seguro, se apuntó al corazón —al corazón enfermo— y pensando

vagamente «adiós, muy buenas» apretó el gatillo y disparó.

CAPÍTULO XLV

El proceso contra Rogelio se cerró, quedó cancelado, para toda la eternidad. El veredicto se lo dio él a sí mismo, con una rotundidad que ningún tribunal humano hubiera podido igualar. Rogelio fue su propio juez y rubricó la sentencia con un charco de sangre.

Los medios de difusión se apoderaron de la noticia y la divulgaron a los cuatro vientos. No todos los días se cobraba una pieza de ese tamaño. No se disimuló que se trataba de suicidio, pero el tono general fue de respeto. La muerte cubrió con un telón discreto lo que quedaba atrás, los «errores» de Rogelio, sobre los cuales precisamente los periódicos, desde el incendio del «007», se habían ensañado con extrema dureza.

Rogelio, por supuesto, se equivocó al pensar que su decisión, «pasado el primer momento de escalofrío no sorprendería a nadie». En realidad sorprendió a casi todo el mundo, especialmente a quienes ignoraban —y era la inmensa mayoría— que sufría una afección cardiaca. Por lo común se le tenía por un luchador que ni siquiera en las circunstancias en que se hallaba iba a declararse vencido. La persona que acaso menos se extrañó fue Alejo. Alejo, que fue de los primeros en enterarse, la última vez que habló largo con Rogelio, al oír de sus labios que desistía de marcharse al extranjero, de poner tierra de por medio, le miró a los ojos con profunda curiosidad y se dijo: «Está tan acorralado que es capaz de cometer una locura».

Rosy estaba deshecha, humillada, en un estado de desconcierto total. «Por fin habrá quedado liberada de aquel monstruo», comentó Merche. En verdad que ésta no anduvo del todo equivocada con su comentario, pero Rosy hubiera preferido, naturalmente, que el vehículo liberador no hubiera sido un revólver.

Se fue unos días a Arenys de Mar. Pero no a «Torre Ventura», que parecía otro cementerio, sino a casa de sus padres. Allá volvió a tomar contacto con su vida de antes, con la ponderación de su padre, con el eterno trajinar de su madre —«se acabaron para siempre las pirámides de caramelos»— y con el telescopio de la azotea. El doctor Vidal le preguntó a su hija si no había presentido, cuando la última luna llena, algún acontecimiento fuera de lo normal; ella dijo que sí, que vio el halo rojo, rojo y muy intenso, pero que no quiso mencionarlo para no provocar las chanzas de siempre o algún temblor que quizá luego no quedara justificado.

Lo que mayormente contribuyó a su desconcierto fue que tuvo que hacer frente, muy pronto, sin pérdida de tiempo, a problemas concretos que la muerte de Rogelio planteaba. Heredera universal, era la responsable de sus bienes y de la suerte de sus empleados. Sus asesores fueron Julián, Aurelio Subirachs y Ricardo Marín, y Rosy hizo todo cuanto los tres hombres le aconsejaron.

Carol quedó estupefacta y no hacía más que llorar y que mecer al bebé, a Antoñito. Sebastián, su marido, no encontró paliativos, no encontró el lado bueno; aunque reaccionó violentamente contra sus padres al oírles decir que «aquella

mancha afectaría para siempre a toda la familia». Carol continuaba siendo una gatita y desde que se casó, hueca de responsabilidades propias, su cerebro se había dormido más aún frente a las cuestiones importantes. Ella servía para ser feliz, para escuchar música bailable y contonearse y para confesar que sí, que era una nulidad y que «no sabía siquiera freír un huevo». Pero Sebastián la adoraba. Mosén Rafael opinaba que había criaturas así, nacidas para «personas-vientre» y que lo serían toda la vida, a las que, por algún misterio inexplicable, nadie les pedía cuentas jamás. De todos modos, la muchacha le hizo prometer a Sebastián que cada mes irían a llevar flores a la sepultura de su padre. Sebastián asintió, pero estaba convencido de que no cumplirían la promesa más allá de dos o tres veces.

A Pedro, el hecho lo pilló totalmente desprevenido. Tantos libros y tanto filosofar, y no había caído en la cuenta de que «eso» podía suceder. Fue como si le golpearan en la nuca con un martillo. No se puso corbata negra, como por la abuela, pero ello no significaba que no le doliese el alma. ¡Cuántas cosas pensó! Entre otras, que su padre no había puesto jamás los pies en el *Kremlin*, que siempre fue para él sinónimo de dislocación. Luego, naturalmente, se preguntó qué parte de culpa podía corresponderle, y ahí se enfrentó con un muro. Imposible saberlo. No podía atribuirlo a su brusca separación de la familia, que arañó el amor propio de ésta y demostró la incompatibilidad existente, pero nada más. Tampoco a las interminables discusiones —sobre todo, en los aniversarios y días festivos—, en que quedaba patente que las palabras «libertad», «sinceridad», «guerra», «burguesía», etcétera, tenían para cada cual distinto significado. Por el contrario, se dijo que si se hubiera dedicado a los negocios en vez de estudiar la carrera, acaso hubiera podido influir benéficamente sobre su padre, ejercer de freno en su desmesurada ambición; pero especular sobre esto era perder el tiempo. Él no había nacido para las finanzas, como su padre no había nacido para soportar una derrota prolongada.

El padre Saumells luchó por vencer los escrúpulos del muchacho. «Deja de torturarte. Le faltó fuerza moral para resistir tanta adversidad». Mosén Rafael fue del mismo parecer, repitiendo una vez más que las causas desencadenantes fueron el becerro de oro y el distanciamiento generacional existente, característico de la época, y cuya clave de arco no había que buscarla ni en los padres ni en los hijos, sino en los bandazos y bruscos cambios que daba el mundo. «Os separaban varias galaxias y era inútil procurar tender un puente. No eres culpable de nada, puedes dormir tranquilo».

A Pedro le hacía daño, desde luego, comprobar que en el fondo se sentía, como su madre, aliviado… Aunque también le sobraba el método del revólver. Su padre era una espada que flotaba sin cesar sobre su cabeza, y lo hubiera sido igualmente —o quizá todavía más— de continuar marchándole todo viento en popa. Precisamente si algo le remordía era que, la última vez que almorzó con él en la avenida Pearson, se dio cuenta de que el hombre se esforzaba titánicamente por cambiar, por romper su costra y lanzarse abiertamente a amar… Pedro lo advirtió por el modo como trataba al servicio. Se quedó pasmado y asistió a aquel espectáculo psicológico como a una

experiencia fascinante. ¡«Don» Rogelio Ventura quería amar… y no podía! Su gran fracaso fue éste, peor que el del «007». De haber superado la prueba, a lo mejor se hubiera reconciliado consigo mismo y se hubiera salvado.

Como fuere, la catástrofe unió al muchacho más aún, si era posible, a Susana, que estuvo a su lado desde el primer instante. Se produjo entre ambos una ligera discusión, pues Susana entendió que Pedro tenía que dedicarse a hacer compañía a su madre, a Rosy, y Pedro se sentía incapaz; por fortuna, la decisión de la mujer de irse a Arenys de Mar zanjó la cuestión y a partir de ahí la pareja de novios se dedicó a compartir la amargura de los hechos, a amarse… y a hacer planes para el porvenir.

Les resultaba un tanto extraña esta palabra, «porvenir», por cuanto una tumba, símbolo de inmovilidad, se había plantado ante ellos. Pero no cabía más remedio. La semiorfandad los empujaba precisamente en esa dirección. Entonces oyeron cantos de sirena, procedentes de París; es decir, Pedro volvió a acordarse de los consejos que le dio Juan Ferrer en el Hotel Catalogne. Juan Ferrer le dijo que debía marcharse de España y buscarse un puesto fuera, por ejemplo, de lector o profesor en alguna universidad de los Estados Unidos. El consejo no cayó en saco roto y el muchacho habló del asunto con Susana. Y ésta casi palmoteo de satisfacción. «¡Por mí, encantada! Los Estados Unidos… Tú de lector o profesor, y yo haciendo prácticas en algún hospital. No creo que sea tan difícil conseguirlo. Podríamos escribir a “tío” Antonio, el hermano de mi abuela que huyó de Cuba y que vive en Los Ángeles, y es probable que él mismo nos lo arreglase o nos pusiese en contacto con alguien. ¡Oh, sí, sería maravilloso! Claro que, antes de marcharnos tendríamos que casarnos…».

—¿Casarnos? —Pedro simuló asustarse y Susana se acarició la cabellera rubia.

—¡Naturalmente! Mosén Rafael me pregunta siempre cuándo es la boda —Susana mudó de expresión—. Ahora, pasado un tiempo prudencial de espera, es la ocasión, creo… ¡Vamos, si es que continúas queriéndome!

Pareció que el asunto quedaba decidido, aunque ño dejó de causarles cierta impresión que la muerte de Rogelio hubiese precipitado los acontecimientos y les hubiese abierto aquella puerta.

—De todos modos —concluyó Pedro—, mi madre es muy rica, pero yo no aceptaré un céntimo. Es condición *sirte qua non*.

—¡Oh! Eso no tiene importancia.

La muerte de Rogelio ilustró a Pedro en otro aspecto, relacionado con los sentimientos del prójimo: los pésames que recibió. Recibió muchos y en seguida sabía a qué atenerse, si eran sinceros o no. Resultaba evidente que su padre contaba con pocas simpatías, o que las había perdido al caerse del caballo. Palabras rápidas, rutinarias, y se acabó. Con excepciones y matices, claro. Por ejemplo, recibió la visita de Marilín… Marilín no pronunció una sílaba; sólo lloró. Y tal vez gracias a ella en la tumba de Rogelio se renovaran periódicamente las flores. También fue sincero Claudio Roig. «¡Qué espanto, Pedro, qué espanto! Yo creo que ha sido lo del corazón…». Marcos regresó por fin de Ibiza justo por aquellas fechas y su sorpresa

fue mayúscula. Tanto como la que se llevó Pedro al oír la versión de su amigo —Marcos preparaba otra exposición—, el cual le dijo: «Si tu padre hubiera conocido de cerca la vida de algunos *hippies* auténticos y hubiera tomado media docena de veces LSD no se habría suicidado». Pedro llegó a la conclusión de que Marcos se había habituado un poco a las drogas, y aquello no le gustó ni pizca; pero el momento no era para sermones, y tampoco serviría de nada prevenir a su padre, a Aurelio Subirachs. «También a los dos los separaban varias galaxias». Quizá pudiera tratar del asunto con su hermano, con mosén Rafael, aunque el vicario solía ponerse siempre de parte de la juventud, ocurriese lo que ocurriese.

¿Y Cuchy? Cuchy soltó el trapo, pese a que en su casa se encontraba entre dos fuegos: el desprecio de su madre, Merche, por Rogelio y el respeto de su padre, Ricardo Marín. Cuchy quería a Rogelio sin saber por qué, tal vez porque en «Torre Ventura» le dio siempre carta blanca para pisotear el césped, en tanto que en su torre de Caldetas tenía que caminar con sumo cuidado. Cuchy le dijo a Pedro:

—¡Para que veas! A veces a los viejos se los puede echar de menos. Cuando veía a tu padre en el Chevrolet, tan seguro, con tanto habano, me contagiaba su satisfacción. ¿Por qué lo habrá hecho? ¡Tenía que haberse largado! A lo mejor tú no estás enterado, pero yo oí hablar de ello… ¡O sobornar a los jueces! Con tanto dinerito… Y ahora ¿qué vas a hacer? Después de tantos años de haberle vuelto la espalda…

En el gremio de constructores casi se celebraron festejos. Aparte de que la competencia era mejor tenerla bajo tierra, Rogelio había aplastado sin compasión a más de uno. «¡Ya era hora! ¡Viva el monigote gordinflón!». Pedro recibió también una nota de Sergio, escrita en la cárcel, que decía escuetamente: «Lo siento»; luego se enteró de que la frase era incompleta. Lo que Sergio andaba diciendo en la Modelo era que lamentaba el suicidio porque le hubiera gustado compartir la encerrona con el «famoso financiero señor Ventura». «Aquí, entre rejas, todos iguales, hubiéramos podido comparar, delante de testigos, el capitalismo con el marxismo. ¡Hubiera sido el no va más!».

¿Y Jaime Amades, el padre del joven militante comunista? Jaime Amades se tomó la molestia de subir al *Kremlin*, desafiando aquella horrible y altísima escalera. Y la entrevista con Pedro fue un poco dura, porque Amades daba muestras de sentirse vivamente afectado y sudaba —le sudaban las manos, la frente y las axilas— y Pedro estaba convencido de que fingía; y no era así. Amades había traicionado últimamente a Rogelio, pero ante la muerte, y pese a los irónicos comentarios de Charito, se achantó. En fin de cuentas, ¡fueron muchos años de amistad íntima! Todo le vino a la memoria, puesto que fue el constructor quien lo sacó de la nada. Pero Pedro lo escuchó como quien oye llover —sabía que Amades y Carlos Bozo reabrían el «007»— y en cuanto pudo lo acompañó a la puerta.

—Tu madre fue más comprensiva que tú —le dijo el propietario de la Agencia Hércules.

—Mi madre es libre de hacer lo que le parezca.

Visita inesperada de pésame fue la de Montserrat, la exinstitutriz. Pedro, al verla, no pudo olvidar que fue la primera mujer cuyos senos lo hicieron estremecer. La muchacha estuvo tajante. «Yo estaba convencida de que tu padre acabaría mal. Siempre lo estuve. Pero lo siento de veras». Pedro le dijo: «Muchas gracias, Montserrat».

¿Y Laureano? También subió la escalera del *Kremlin*, disfrazado con su gorra, con sus gafas oscuras y con su bufanda, que le servían para cruzar las calles sin ser reconocido. Laureano se había afectado como nadie, quizá porque veía cierto paralelismo entre la vida que él llevaba y la que llevó Rogelio. En cuanto Pedro le abrió la puerta lo abrazó y no cesaba de darle palmadas. Pedro estaba mucho más sereno, de suerte que hubiérase dicho que el huérfano era Laureano.

—Chico, no sé qué decirte…

Susana estaba presente, y lo invitaron a entrar. Laureano, en cuanto veía a su hermana, se desconcertaba. Susana despedía un halo muy distinto al que se respiraba en el chalet de la calle de Modolell. La muchacha se le acercó y le dio un beso. En cuanto Laureano se quitó la gorra, la melena le cayó sobre los hombros como una cascada.

Pedro lo invitó a tomar un café y el muchacho aceptó. Y mientras Susana lo preparaba, Laureano se lanzó a hablar. «¡Me lo temía, me lo temía; lo del “007” fue demasiado gordo! ¡Hay pecados excesivos para un ser humano!». Él podía hablarles del asunto porque —era la primera vez que se lo confesaba a alguien—, también le había pasado por las mientes la idea del suicidio. Sí, últimamente llevaba una vida más bien delirante, incluso con una enfermedad venérea de por medio. Por un lado borracho de vanidad, por otro recibiendo en Roma el palo del siglo. Con mejor voz que nunca, pero soñando conque se quedaba mudo. Con otros conjuntos que les pisaban los talones y problemas engorrosos con Carlos Bozo y Jaime Amades. Cansado, muy cansado y a punto de secársele el corazón —sí, lo reconocía—, salvo en raras ocasiones, como la que estaba viviendo en aquellos momentos.

Susana le sirvió el café y Laureano se lo agradeció inclinando la cabeza.

—¡Ah, si sólo tomara café! Pero ahora me ha dado por el alcohol. Necesito estimulantes. Todos nosotros necesitamos estimulantes; y luego lo contrario, relajantes y somníferos, ya lo sabéis, para poder descansar.

Pero lo del revólver no acababa de explicárselo. Sería por los dieciséis muertos, que debían de pesar como los de toda una ciudad. O tal vez estuviera escrito en su destino. Laureano les recordó que su padre, Julián, fatalista por naturaleza, decía siempre que al nacer todo el mundo llevaba marcado su destino, lo que seguramente aprendería de las gitanas del Albaicín. El padre de Pedro no iba a ser una excepción, y al ordenar clavetear unas puertas pronunció su sentencia de muerte.

De un tiempo a esta parte él, Laureano, también era fatalista. No había más que observar la dispersión, la extravagante y epiléptica dispersión de los que formaron la

pandilla del *Kremlin*. Hijos de los mismos padres, unos eran ángeles y otros diablos, éstos aspiraban a la perfección, aquéllos a vegetar. Los había que se habían reintegrado a la sociedad de los mayores, como Carol, como Jorge Trabal, que también se había casado y había abierto una consulta sobre su única manía, que continuaba siendo la esterilidad; otros se habían marginado, como Marcos y como Sergio, y como él mismo; otros se columpiaban entre dos nadas, como Cuchy, malgastando sin ton ni son cualidades de primer orden. Narciso Rubio, Salvador y Andrés Puig se habían anticipado a todos, se habían instalado ya en el más allá, y si era cierto, como antaño les contaba el padre Sureda, que en el cielo sonaban violines, seguro que los dos primeros estarían tocando el violín. Por último, ellos dos, la pareja que tenía delante…, Pedro y Susana. «Sí, aspirando a la perfección. Pero a lo mejor de repente os cansáis de la lucha que esto supone, o de tanta felicidad, y sucumbís a cualquier tentación de tres al cuarto y caéis más bajo que yo. O bien os casáis y tenéis un hijo y os sale subnormal. Entonces ¿qué hacer? Quererlo, claro, quererlo toda la vida…, pero llevando en el pecho una losa, la losa de los desgraciados».

En resumen, todo el mundo estaba condenado a morir, pero todo el mundo —y los jóvenes más que nadie— estaba condenado a vivir… Y a veces era más difícil lo segundo que lo primero, como así lo entendió el padre de Pedro. «Yo, lo repito, también he estado a punto de entenderlo así, y creo que lo que me ha salvado no ha sido ni la familia, ni la religión, ni los millares de *fans*, ni la guitarra, ni la juventud, sino la cobardía. En los momentos de mayor abatimiento he sido un cobarde y ha bastado con que Javier Cabanes, con su cara de niña y sus tebeos, me dijera: “Anda, levántate”, para obedecerlo sin rechistar».

A Susana no le gustaba el terreno en que Laureano se había adentrado, porque denotaba que se iba deprimiendo progresivamente y que casi se complacía en ello.

—No digas tonterías, Laureano, por favor. Tú nunca has pensado en serio en lo que estás diciendo. Todos tenemos nuestras horas sombrías, pero luego cualquier cosa nos hace reír. La situación del padre de Pedro era muy distinta.

—Querida hermana, en la Facultad de Medicina te enseñaron muchas cosas, pero te faltan otras muchas por aprender. En mi profesión hay una serie de precedentes, de chicos y de chicas más jóvenes que yo que se han suicidado. Es una profesión apasionante, pero que te introduce una rata, una rata de muchos colores, en el pecho. Claro que depende, como siempre, de la sensibilidad. ¡Y lo malo es que hay por ahí cosas tantálicas! Mujeres, coches… ¿Por qué me habrá entrado esa manía de la velocidad? ¡Ah, qué bien me ha sentado este café! Susana, eres única, te lo digo yo, que hasta nuevo aviso soy el cantante de moda…

El diálogo continuó. Todo el rato, Pedro y Susana estuvieron pendientes del momento en que pudieran introducir en él la palabra «arquitectura». Resultaba tan evidente que Laureano iba dando tumbos para abajo que más que nunca sintieron la imperiosa necesidad, y la obligación, de procurar rescatarlo; pero no hubo ocasión. De pronto, la expresión de Laureano era la de un hombre feliz y aquello los coartaba.

—¿Permites, Laureano, que yo también te dé el pésame a ti?

La pregunta de Pedro pilló desprevenido al cantante de moda.

—No te entiendo. ¿De qué se trata?

—Nada nuevo, por supuesto. Lo que te he estado diciendo sin parar. Mientras no te vea sin melena y estudiando arquitectura, no creeré que no tienes tú también un revólver en la mano…

Rosy volvió a instalarse en la avenida Pearson. Liquidó la Constructora y, naturalmente, los *meublés*; en cambio, conservó las acciones de la Agencia Cosmos, con lo que se convirtió en socio del conde de Vilalta… y de Ricardo Marín. Ante semejante perspectiva, ella y el banquero no pudieron menos de recordar la temporada de frenesí amoroso que vivieron juntos y que Rosy ignoraba por qué, de repente, se consumió.

Julián y Margot iban a verla con frecuencia. La tesis de Margot, desde el primer momento, fue el vivo calco de la de Beatriz: a Rogelio le falló la religión. Un ser religioso no se suicida. En el momento de la tentación saca fuerzas de flaqueza, se acuerda de Dios y no lo hace.

También hablaba a menudo del distanciamiento y ruptura de padres e hijos; es decir, de las galaxias. Era una catástrofe. Para unos y para otros. «Rosy, si Rogelio y tu hijo hubiesen estado más unidos, no hubiera ocurrido eso». Rosy se encogía de hombros. «¿Estás segura? Me gustaría conocer la opinión de vuestro Laureano…».

Margot no hablaba de la frialdad de la técnica ni de la de los números, porque Julián la hubiera fulminado con la mirada; pero sí hablaba de la paz de Can Abadal. Entonces Julián le recordaba el caso de aquella mujer campesina, vecina suya, que sin saber por qué una tarde caliente de agosto se suicidó tirándose al pozo.

Julián iba más allá. Según Aurelio Subirachs, que no paraba de lanzar flechas en su taller y de viajar por el extranjero —y de observar a su hijo Marcos, aunque no quisiera meterse con él—, el futuro avanzaba hacia la destrucción de la naturaleza entendida como fuente de sosiego —los que la entendieran así serían declarados peligrosos para la sociedad—, y hacia la destrucción del tradicional concepto de familia. De no torcerse las cosas, la generación de Pablito, de Yolanda, de Fernando Subirachs, se comportaría más o menos como la actual. Es decir, muchos jóvenes rebeldes serían reabsorbidos, porque los mayores eran muy astutos y conocían sus puntos flacos; pero la generación de Antoñito, el hijo de Carol —y los hijos que Pedro y Susana pudieran tener, en España o en los Estados Unidos…—, declararía que la familia era una célula egoísta, un clan despótico, que bloqueaba al individuo conminándolo a ser un desertor… o un Caín.

Margot negaba con la cabeza, rotundamente. Según ella, así como había melodías inmortales para el piano, el amor seguiría existiendo siempre. La gente se enamoraría, y al enamorarse desearía vivir conjuntamente hasta la muerte. Y entretanto, querría

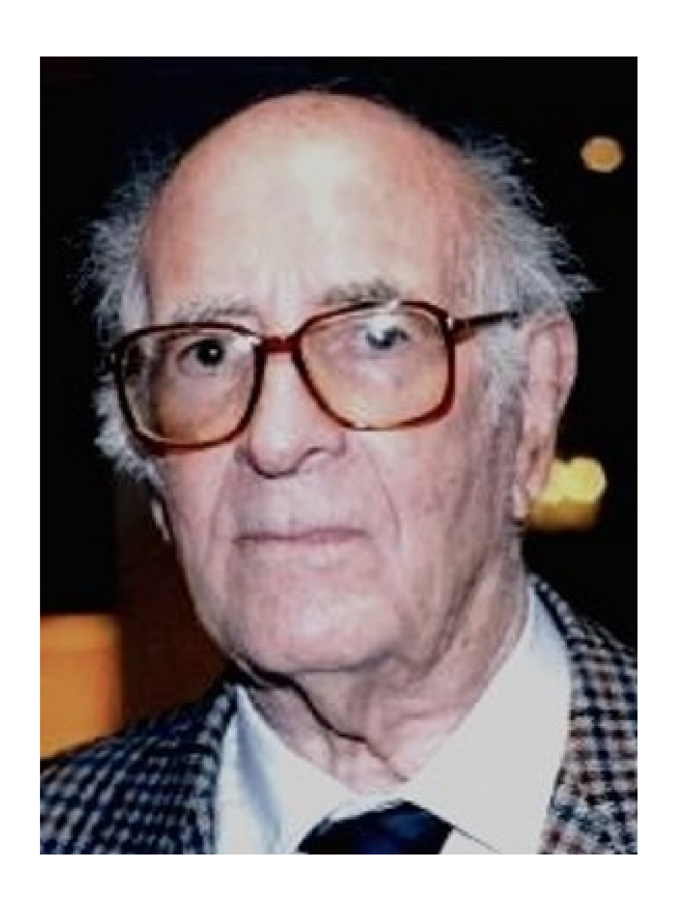
tener hijos; y esa constante biológica tan elemental sería más fuerte que las conquistas del año 2000 y que las previsiones de Aurelio Subirachs.

Rosy escuchaba: no quería opinar. Había decidido hablar poco, aun a costa de sentir más hondamente la soledad. Para ella el amor había dejado de existir hacía tiempo, hasta que nació Antoñito, al que adoraba, y a raíz de ello había vuelto a brotar. De modo que ¿cómo adivinar, cómo saber quién tenía razón? Sin embargo, se inclinaba por las teorías del padre de Marcos y creía firmemente que los Alejos de turno —Alejo Espriu había sido ya juzgado y volvía a estar en la cárcel, pero no tardaría en salir— abundarían cada vez más.

—Por favor, Rosy, ¿por qué esa costumbre de fumar echando el humo a la cara? Es molesto, ¿no te das cuenta?

—Claro que me doy cuenta, Margot… Pero soy incapaz de corregirme un defecto. —Marcó una pausa—. Ni siquiera consigo corregirme, como Rogelio, del defecto de existir…

Benidorm, Barcelona, Benidorm, 1967-1971.



JOSÉ MARÍA GIRONELLA (Darnius, Girona, 1917 - Arenys de Mar, Barcelona, 2003). Después de participar en la guerra civil ejerció diversos oficios, y en 1946 se reveló como escritor con su novela *Un hombre*, con la que ganó el Premio Nadal. A esta obra siguieron *La marea* (1948) y la famosa serie novelesca formada por *Los cipreses creen en Dios* (1953) —con la que consiguió el Premio Nacional de Narrativa—, *Un millón de muertos* (1961) y *Ha estallado la paz* (1966), que luego continuó con *Los hombres lloran solos*. Es autor, asimismo, de *Condenados a vivir*, que obtuvo el Premio Planeta 1971, del libro-test *100 españoles y Dios* (1969) y de numerosos títulos de ensayos y viajes como *Los fantasmas de mi cerebro* (1958), *China, lágrima innumerable* (1965), *En Asia se muere bajo las estrellas* (1968), *El escándalo de Tierra Santa* (1978), *Carta a mi padre muerto* (1978), de un libro de entrevistas, en colaboración con Rafael Borrás, *100 españoles y Franco* (1979) y *Mundo tierno, mundo cruel* (1981), que recoge una selección de sus mejores trabajos periodísticos.

En 1982 publicó *El escándalo del Islam*, y en 1983, *Cita en el cementerio*. Con su novela *La duda inquietante* obtuvo el Premio Ateneo de Sevilla 1988. *A ésta le siguieron Jerusalén de los evangelios* (1989), *A la sombra de Chopin* (1990), *Yo, Mahoma* (1992), *Carta a mi madre muerta* (1992), *Nuevos 100 españoles y Dios* (1994) y *El corazón alberga muchas sombras* (1995). Con *Se hace camino al andar* obtuvo el accésit del Premio de Novela Fernando Lara 1997. Completan sus obras más destacadas *Las pequeñas cosas de Dios* (1999), *El Apocalipsis* (2001) y *Por amor a la verdad* (2003).